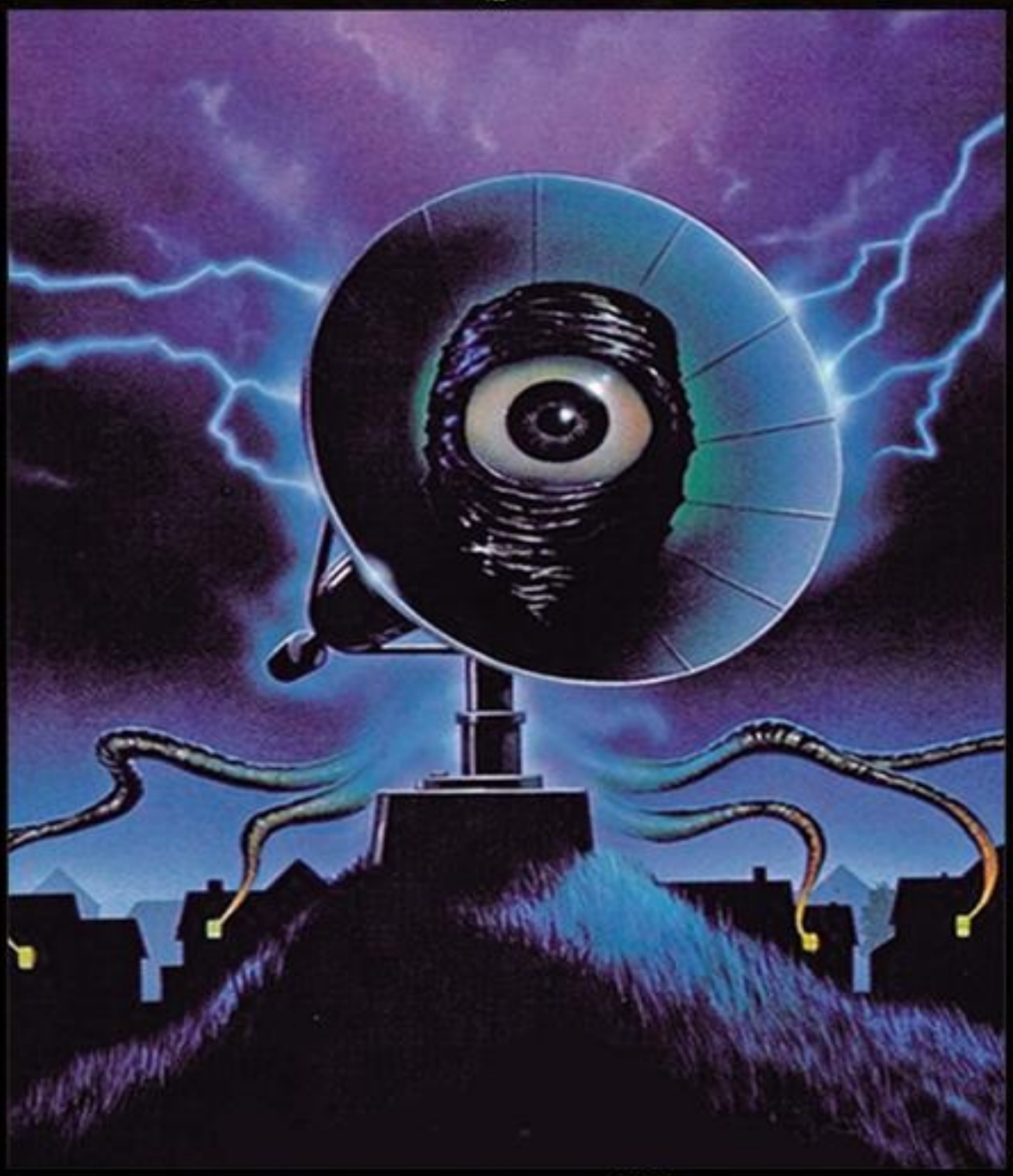

TerrorVisión

Relatos que inspiraron el cine de horror moderno

Edición de Jesús Palacios

Lectulandia

Desde la época del cine mudo son numerosas las películas inspiradas en relatos góticos clásicos o historias de terror más modernas. En los años treinta, los estudios Universal llevaron al cine la práctica totalidad de los mitos literarios del género: «Drácula» (1931), «El doctor Frankenstein» (1931), «El hombre invisible» (1933) y muchas otras. En los años cuarenta toma el relevo la RKO con títulos como «La mujer pantera» (1942) o «El ladrón de cuerpos» (1945). Pero a partir de la década de 1950, los mitos clásicos del terror han ido dando paso a otros temas más propios de la ciencia ficción, como los monstruos mutantes, las invasiones alienígenas o los zombis, así como a la aparición de nuevos personajes como el científico loco. Finalmente, en los años sesenta se produce una revisión iconoclasta de estos mitos de la mano de productoras como la Hammer o directores como Roger Corman o Mario Bava.

La presente antología, elaborada por el crítico de cine y especialista en literatura popular Jesús Palacios, reúne dieciséis relatos que, de una u otra forma, han servido de inspiración para algunos de los títulos más representativos del cine de terror moderno.

La selección reúne relatos clásicos llevados al cine, como *El gato negro* de Poe o *La pata de mono* de Jacobs, y otros menos conocidos, como *La plaga de los muertos vivientes*, de Hyatt Verrill, precursor de «La noche de los muertos vivientes», de Romero; *El hombre elefante*, crónica del doctor Frederick Treves, que inspiró a David Lynch la película del mismo título; *No mires ahora*, de Daphne du Maurier, que se adaptó al cine como «Amenaza en la sombra» (1973), dirigida por Nicolas Roeg, o *Destructor negro*, de A. E. Van Vogt, en el que el lector descubrirá la opresiva historia de horror cósmico que hay detrás de «Alien, el octavo pasajero», de Ridley Scott.

AA. VV.

TerrorVisión

Relatos que inspiraron el cine de horror moderno

Valdemar: Gótica - 114

ePub r1.0
Watcher 12-02-2020

Título original: *TerrorVisión: Relatos que inspiraron el cine de horror moderno*
AA. VV., 2018
Traductores: Señalados en cada relato
Ilustración de cubierta: Cartel de la película *Terrorvisión*, 1986

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

© *The Plague of the Living Dead* (by *Amazing Stories*, 1927)
© *Who Goes There?* (by *Astounding Science Fiction*, 1938)
© *Black Destroyer* (by *Astounding Science Fiction*, 1939)
© *The Skull of Marquis de Sade* (by *Weird Tales*, 1968)
© *Nightmare at 20.000 Feet* (by Richard Matheson, 2002)
© *Don't Look Now* (by Daphne du Maurier, 1971)
© *Midnight Meat Train* (by Clive Barker, 1984)

PRÓLOGO

MATERIALES OSCUROS
SOBRE LAS RAÍCES LITERARIAS DEL CINE DE HORROR MODERNO

I. Hollywood Gothic

En el cine de terror, como por otro lado en el cine narrativo en términos generales, pareciera existir desde siempre una cierta continuidad respecto a la literatura, especialmente en lo que atañe a la novela, de la que en buena medida tomara el relevo a partir de las primeras décadas del siglo XX —más aún tras afianzarse el sonoro—, convirtiéndose en el medio predilecto del público para sumergirse en la ficción como forma de entretenimiento. Esta continuidad es obvia no sólo en las numerosas adaptaciones literarias que la ilustran prácticamente desde el momento, bien temprano, en que el cinematógrafo supera la estricta función de curiosidad científica y espectáculo de feria, al permitir la técnica —y el dinero— el rodaje de historias más largas y complejas, con argumentos más elaborados, sino también en la propia naturaleza eminentemente literaria que adopta el lenguaje cinematográfico, al menos aquel más funcional y estandarizado. Si bien pronto surgen cineastas que entienden el medio y la técnica del cine como elementos totalmente nuevos, fundamentalmente plásticos y poéticos, la mayor parte de producciones dirigidas al consumo popular —y no pocas de las que también nutren el *film d'art* en sus distintas concepciones— siguen estructuras narrativas extraídas del teatro, la novela y el cuento, hasta el punto de que hoy son todavía una gran mayoría los guionistas que dividen sus historias en tres actos, a la manera del drama tradicional, o siguen, especialmente en el universo actual de las series de televisión, complejos arcos argumentales construidos sobre los cimientos de las grandes novelas de los siglos XIX y XX, con diferentes tramas y subtramas que se entrecruzan, saltos adelante y atrás en el tiempo, personajes secundarios que pasan a ser protagonistas o viceversa, y demás trucos del oficio. Por supuesto, incluso cuando se violan a

proposito estas estructuras clásicas se hace partiendo de las mismas, como refleja irónicamente la máxima *godardiana* de «principió, nudo y desenlace, sí, pero no necesariamente en ese orden», que, en cierto modo, no hace sino aplicar al cine lo que los escritores modernistas y de vanguardia pondrían a menudo en práctica a lo largo del siglo pasado, con mejor o peor fortuna, de Proust y Joyce a Robbe-Grillet, William Burroughs o Thomas Pynchon.

Desde sus primeros balbuceos, la literatura gótica y fantástica del pasado, lejano o reciente, fue la primera, primaria y primigenia fuente de la que surgirían los títulos de cine de terror más representativos y seminales. Empezando con Edison y Griffith y sus adaptaciones del *Frankenstein* (*Frankenstein*. J. Searle Dawley, 1910) de Mary Shelley o de los de relatos de Edgar Poe (*La conciencia vengadora | The Avenging Conscience*. D. W. Griffith, 1914, basada en "El corazón delator", entre otros varios), pasando por el gran ciclo del cine fantástico mudo alemán, iniciado en 1913 por un escritor metido a cineasta, Hanns Heinz Ewers, con su guión para la primera versión de *El estudiante de Praga* (*Der Student von Prag*, Stellan Rye y Paul Wegener, 1913), abundan los filmes que adaptan, se inspiran o se basan, con fortuna y fidelidad muy variadas, en los clásicos del género escritos desde los siglos XVIII y XIX hasta el momento mismo del nacimiento y desarrollo del cinematógrafo. Esta tendencia, claramente evidenciada por el cine fantástico alemán de entreguerras, que pone sus ojos, a veces sin acreditarlo, en autores clásicos como Goethe, Hoffmann, Poe, Stevenson o Stoker, adaptando no tanto literalmente sus obras como sus motivos y personajes, pero sin por ello dejar de acusar su influencia, y a veces en otros contemporáneos como Maurice Renard, Norbert Jacques, Pierre Benoit o el propio Ewers, alcanza su nadir con la irrupción del gran ciclo gótico de la Universal, con el que Hollywood «secuestró» el género de terror y a muchos de sus grandes creadores europeos, consagrándolo como uno de los más exitosos y comerciales internacionalmente.

Aunque fuera partiendo casi siempre de las distintas versiones teatrales que de ellas se habían escrito y representado durante décadas, antes que de las novelas originales propiamente dichas, la Universal tradujo a comienzos de los años 30 al cine sonoro la práctica totalidad de los grandes mitos y clásicos literarios del genero. *Drácula* (Tod Browning, 1931), *El Dr. Frankenstein* (*Frankenstein*. James Whale, 1931), *Doble asesinato en la calle Morgue* (*Murders in the Rue Morgue*. Robert Florey, 1932), *El caserón de las sombras* (*The Old Dark House*. James Whale, 1932), *El hombre invisible* (*The Invisible Man*. James Whale, 1933), *The Mystery of Edwin Drood*

(Stuart Walker, 1935), se basaban directa o indirectamente en las obras de Stoker, Mary Shelley, Poe, J. B. Priestley, H. G. Wells y Charles Dickens, respectivamente, y venían precedidas por éxitos del mudo como *El jorobado de Notre Dame* (*The Hunchback of Notre Dame*. Wallace Worsley, 1923), *El hombre que ríe* (*The Man Who Laughs*. Paul Leni, 1928), *El fantasma de la Ópera* (*The Phantom of the Opera*. Rupert Julian, 1925), *El legado tenebroso* (*The Cat and the Canary*. Paul Leni, 1927) o *The Last Warning* (Paul Leni, 1929), que adaptaban a su vez a Victor Hugo, Gustave Leroux, la popular obra teatral de John Willard y una novela de misterio del hoy olvidado Wadsworth Camp. Otras criaturas que se sumaron a la galería de monstruos de la Universal, como *La momia* (*The Mummy*. Karl Freud, 1932) o *El lobo humano* (*Werewolf of London*. Stuart Walker, 1935), si bien procedían de guiones escritos para la pantalla poseían también sendos precedentes literarios, tanto clásicos como contemporáneos, a los que remitían de inmediato, como ciertas obras de Gautier y Conan Doyle en el primer caso o de Alejandro Dumas y el también guionista de Hollywood Guy Endore, en el segundo, por citar algunos ejemplos. Al igual que Universal, el resto de los grandes estudios que se vieron arrastrados al cine de terror por el éxito de la productora de Carl Laemmle Jr. seguirían también su ejemplo, tomando muy a menudo —al igual que Universal— el nombre de Poe en vano e inspirándose a su vez en obras de Stevenson (*El hombre y la bestia / Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. John S. Roberrson, de 1920, y subsiguientes adaptaciones de *El extraño caso del Dr, Jekyll y Mr. Hyde*), H. G. Wells (*La isla de las almas perdidas / Island of Lost Souls*. Erle C. Kenton, 1932), Maurice Renard (*Las manos de Orlac / Mad Love*. Karl Freund, 1935), Sax Rohmer (*La máscara de Fu-Manchú / The Mask of Fu Manchu*. Charles Brabin, 1932), Abraham Merritt (*Seven Footprints to Satan*. Benjamin Chris tensen, 1929; *Muñecos infernales / The Devil-Doll*. Tod Browning, 1936), Todd Robbins (*La parada de los monstruos / Freaks*. Tod Browning, 1932) o Richard Connell (*El malvado Zaroff / The Most Dangerous Game*. Irving Pichel, Ernest B. Schoedsack, 1932), además de en otros autores teatrales de moda y relatos *pulp* mejor o peor escogidos.

Tónica similar seguiría en los años 40 el genial Val Lewton, cuando reinventara el género en términos cinematográficos desde las trincheras de la Serie B de la productora RKO, siendo así que algunos de los filmes más famosos producidos por éste ostentaban sendas bases literarias: *La mujer pantera* (*Cat People*. Jacques Tourneur, 1942), el relato “The Bagheeta”, del propio Lewton; *Yo anduve con un zombie / I Walked with a Zombie*. J.

Tourneur, 1943), el reportaje periodístico del mismo nombre de Inez Wallace, convenientemente combinado con *Jane Eyre* de Charlotte Brontë; *El hombre leopardo* (*The Leopard Man*. J. Tourneur, 1943), una novela de William Irish (Cornell Woolrich), y *El ladrón de cuerpos* (*The Body Snatcher*. Robert Wise, 1945), el relato de Stevenson, si bien el elegante Lewton, judío ruso emigrado de cultura tan amplia como exquisita y escritor él mismo, buscó también otras fuentes para sus producciones fantásticas, subrayando claramente su visionaria, singular y culterana manera de entender el cine y el género. Así, *La venganza de la mujer pantera* (*The Curse of the Cat People*. Gunther von Fritsch, Robert Wise, 1944) se inspiraba en un popular ensayo sobre psicología infantil; *The Inner World of Childhood*, publicado en 1927 por la psicóloga Frances Wickes; *La isla de la muerte* (*Isle of the Dead*. Mark Robson, 1945), tomaba su título y punto de partida visual de las dos versiones del cuadro del mismo nombre creadas por el pintor simbolista Arnold Böcklin, mientras *Bedlam, hospital psiquiátrico* (*Bedlam*. Mark Robson, 1946), lo hacía de una serie de grabados satíricos de William Hogarth, que componían a su vez los títulos de crédito del filme, por no hablar de que su magnífico *noir* satánico y satanista, *La séptima víctima* (*The Seventh Victim*. Mark Robson, 1943), hacía referencia al clásico fraude esotérico y antimasónico *Le Diable au XIX siècle* del polémico Léo Taxil. *Too much for Hollywood*.

Dejando de lado interminables listas, no se trata tanto en definitiva de las películas que adaptan con alguna —o ninguna— fidelidad las obras literarias que marcaron el devenir del género desde el siglo XIX al XX, como de las claras y firmes raíces literarias en las que se fundamentaría el propio cine de horror tanto en Europa como sobre todo en Hollywood hasta bien entrados los años 60, aunque entonces fuera ya a través de la revisión iconoclasta y posmoderna de sus mitos y elementos constitutivos principales, llevada a cabo por la Hammer en Inglaterra, por Roger Corman en los Estados Unidos o por Bava y otros en Italia. En cualquier caso, el cine de terror clásico era, salvo contadas excepciones merecidamente de culto, exactamente eso: clásico. Gótico hasta decir basta, afincado en los escenarios polvorientos, recargados y añejos de los falsos castillos medievales plagados de telarañas y en los paisajes impostados de una Europa imaginaria *made in Hollywood*. En los monstruos sobrenaturales, de origen legendario y folclórico, como vampiros, momias y licántropos. En los productos fallidos de una ciencia retorcida y perversa, como la criatura de Frankenstein, el sádico Mr. Hyde o el sociópata Hombre Invisible. O bien en monstruos humanos de melodrama

sensacionalista, deformes y vengativos como el pobre Quasimodo, el Fantasma de la Ópera o el del Museo de Cera. A ellos se sumaban los misterios criminales de viejo y oscuro caserón, entre la comedia y el policial de enigma —el *whodunit*—, con sus asesinos enmascarados detrás de herencias y tesoros ocultos, además de una imparable galería de científicos locos igualmente melodramáticos, perversos y peripatéticos. Todos ellos (temas, escenarios y personajes), herencia prácticamente directa de la literatura gótica del XIX, más o menos *aggiornata* por la *pulp fiction*, pero que, para colmo, raramente podían en su traducción cinematográfica alcanzar las cotas de horror gráfico, erotismo y violencia de sus modelos literarios, debido a la impronta del siniestro Código Hays, especialmente cuando a finales de la década de los 30 éste se impusiera con vigor (no es raro que el terror se afiance en Hollywood precisamente durante los primeros años de esta década, ya que por aquel entonces el Código aún no se aplicaba rigurosamente y Hollywood vivía una suerte de corro epílogo de los locos años 20, con su erotismo y descaro, que habría ya de durar poco).

Aunque los años 40, con la notable excepción del terror cerebral y elegante producido por Val Lewton, se caracterizarían por la paródica decadencia de los monstruos de la Universal, lo cierto es que éstos seguirán dominando el panorama del género hasta el desembarco, tras el radiactivo y apocalíptico final de la Segunda Guerra Mundial, de los horrores de la ciencia ficción, que siempre habían estado presentes en un segundo plano, y que en los 50 se adueñarán del imaginario popular, si bien podría decirse que lo harán de forma en cierto modo superficial. Por un lado, es innegable que los miedos sufren una transformación, pasando de un mundo sobrenatural y fantástico, que el abuso de criaturas y situaciones inverosímiles ha despojado de casi cualquier cualidad asustante, a otro de terrores científicos, supuestamente posibles y oscuramente asociado a la atmósfera de miedo atómico y paranoia anticomunista propia de la Guerra Fría. Pero, por otro, lo que tenemos generalmente es la sustitución de unos monstruos por otros —de los vampiros y licántropos a los insectos y reptiles gigantes, mutantes y alienígenas—, la continuidad de un mismo tono melodramático y moralista, y la omnipresencia del personaje del científico loco con su *hubris*, que, al fin y al cabo, venía acompañando al género desde el cine mudo a través del Dr. Frankenstein, el Dr. Jekyll y sus innumerables émulos. Pese a notables y novedosos títulos como *Planeta prohibido* (*Forbidden Planet*. Fred M. Wilcox, 1956), *El increíble hombre menguante* (*The Incredible Shrinking Man*, 1957) o *La mosca* (*The Fly*. Kurt Neumann, 1958), donde los elementos

de ciencia ficción son más elaborados y las connotaciones filosóficas más profundas (todos, por cierto, con un origen literario más o menos directo), lo que predominarán serán esos monstruos afectados de gigantismo producto de la radiactividad, los extraterrestres malignos e invasores (con la más ingeniosa y terrorífica variante de aquellos que se apoderan de la personalidad humana, suplantándola como en *La invasión de los ladrones de cuerpos / Invasion of the Body Snatcher*. Don Siegel, 1956) y los *mad doctors*, sin que este Hollywood prisionero de la censura, moral y política, se atreviera nunca a llegar tan lejos como lo habían hecho ya la literatura de horror o la de ciencia ficción, siempre varios pasos por delante.

Si bien los rancios castillos europeos eran abandonados ahora por los modernos laboratorios científicos y el público juvenil y adolescente se convertía en el nuevo y recién descubierto destinatario principal del género, lo que ofrecía la oportunidad de poner al día todos sus mitos y tópicos en versión *teenager*, la esencia del miedo en Hollywood seguía siendo de raigambre gótica. Su formato, esencialmente melodramático y romántico, y su mensaje, moral y moralista, podría resumirse en la advertencia que ya lanzara la novela de Mary Shelley en 1818, al presentar a su Frankenstein como el «moderno Prometeo»: no desafiéis a dios ni a la naturaleza (en el fondo, uno y lo mismo a estos efectos), cuyo corolario inevitable es la pérdida del alma, ya sea rendida ante lo diabólico sobrenatural —el vampiro, el licántropo, el muerto viviente o el diablo mismo con sus seguidores satánicos y satanistas— o ante la tentación del poder atómico y la existencia de fuerzas extraterrestres desconocidas e igualmente destructivas. Es fundamentalmente el Miedo al Extraño, a lo exterior y extranjero, proceda de la lejana Transilvania de cartón piedra o de los confines del Sistema Solar, que amenaza con apoderarse del ser humano y despojarle de su vida pero, sobre todo, de su alma inmortal, de su personalidad y capacidad volitiva. Aun cuando el hombre pueda convertirse en monstruo, como el Hombre Lobo o el Dr. Jekyll, como el vampiro a su pesar y la resucitada criatura artificial de Frankenstein, o como las víctimas de los incontables experimentos locos y radiaciones misteriosas que tanto abundan en la Serie B, el terror se. desencadena casi siempre como producto de un agente exterior, sobrenatural o fantacientífico, pero en última instancia ajeno a nosotros. Recapitulemos: básicamente moralista y cuasi religioso, el miedo en el cine clásico de horror pertenece todavía a la órbita romántica del terror gótico y es literario hasta la medula, encontrando sus fuentes de inspiración en los clásicos del género del siglo XIX y comienzos del XX, pero sin poder plasmar casi nunca los aspectos más gráficos y perturba

dores de éstos, a menudo paradójicamente mucho más modernos que sus versiones cinematográficas.

II. El amanecer del nuevo terror

Tengo para mí que, sin duda alguna, el momento en que todo cambió fue 1960. Ese año indeciso, que puede ser tanto el último de la década de los 50 como el primero de la de los 60, según gustos y opiniones, ven la luz cuatro películas tan peculiares como significativas; *El esqueleto de la señora Morales*, del mexicano Rogelio A. González, con guión del exiliado español y colaborador habitual de Buñuel, Luis Alcoriza; *El fotógrafo del pánico* (*Peeping Tom*) de Michael Powell, con guion de Leo Marks; *Los ojos sin rostro* (*Les yeux sans visage*), de George Franju; y, finalmente pero, por supuesto, no menos importante, *Psicosis* (*Psycho*) de Alfred Hitchcock. Aunque todavía deberá afianzarse a lo largo de la década, coincidiendo, no por casualidad, con la decadencia y práctica desaparición del nefasto Código Hays, el terror moderno acababa de hacer su violenta entrada en la historia del cine en general y en la de Hollywood en particular. Y a nadie pareció gustarle un carajo.

Estas cuatro películas, hoy consideradas clásicos de culto dentro y fuera del ámbito de los aficionados al género de horror, poseen una serie de llamativos elementos comunes que, además, marcan y remarcan sus diferencias y distancia respecto al Hollywood gótico de antaño. En todas ellas, el horror, que se inscribe en un marco contemporáneo y cotidiano, tiene un origen estrictamente natural, y si lo fantástico está totalmente ausente, lo científico es apenas una pátina en el caso de *Los ojos sin rostro*, siendo antes un horror clínico y quirúrgico que radiactivo o futurista. En todas ellas el subtexto fundamental es el sexo, el erotismo desviado y la represión sexual como fuente del horror, a través de las psicologías perversas que genera y que escapan ferozmente al control de lo racional, sin obedecer tampoco a ningún tipo de instancia moral o metafísica superior, más bien todo lo contrario. En dos, *El fotógrafo del pánico* y *Psicosis*, el nuevo monstruo es terriblemente humano: el asesino psicópata en serie, un personaje preanunciado por algunos filmes visionarios (*M, el vampiro de Dusseldorf / M - Eine Stadt sucht einen Mörder*, 1931, de Lang; la citada *El hombre leopardo* de Tourneur…), pero que nunca antes había aparecido bajo el prisma monstruoso que ahora adopta y que con el tiempo le convertirá en mito moderno por excelencia del horror. Dos se basan en «casos reales»: *El esqueleto de la señora Morales* y *Psicosis* hunden sus raíces más allá del referente literario inmediato en la pura crónica

negra, en personajes como Crippen y Ed Gein, que ocuparon las páginas de sucesos de los periódicos. Las cuatro retratan la familia y las relaciones familiares, cuanto más próximas peor, como caldo de cultivo del mal, la represión, el crimen, el incesto y la locura. Tres de ellas llevaron la expresión gráfica de lo que se podía y no se podía mostrar en pantalla todo lo lejos que el cine comercial de la época podía permitir… y más allá. *El fotógrafo del pánico* con su afilada cámara fálica asesina en primer plano y sus *snuff movies* infantiles *avant la lettre; Los ojos sin rostro* con su operación quirúrgica de cambio de cara rodada en largos planos fijos y en mudo detalle sin desviar un ápice el foco; y *Psicosis*, con sus tres *set pieces* criminales: la mítica muerte en la ducha de la supuesta protagonista, el apuñalamienro escaleras abajo del detective y el descubrimiento de la difunta Sra. Bates momificada, consiguieron revolver el estómago de una generación de críticos de cine y espectadores. Pese al éxito popular de *Psicosis*, las tres resultaron despreciadas y severamente condenadas por la crítica: *El fotógrafo del pánico* fue calificada como pornográfica, repulsiva, deprimente y nauseabunda, contribuyendo decisivamente al final de la carrera de su director. *Los ojos sin rostro* constituyó a los ciegos ojos de la crítica francesa una traición de Franju a sus inicios como documentalista y una imitación sensacionalista del cine «expresionista» alemán, mientras, por su parre, la crítica inglesa la Calificaba como «la película más enferma de la historia del cinc»; y aunque *Psicosis* se convertía gracias al público en el filme más rentable de la carrera de Hitchcock, gran parte de la crítica lo rechazaba por violento, vulgar y truculento, y colegas como Jerry Lewis afirmaban que su director había ido demasiado lejos en su forma de mostrar la violencia. Por supuesto, todas ellas han sido posteriormente revisadas, vindicadas y reivindicadas como clásicos no sólo del cine de horror, sino de la historia del cine. Pero lo cierto es que son clásicos estrictamente modernos, que contribuyeron decisivamente a la evolución e incluso revolución del género, deslizándolo hacia el ámbito de un nuevo cine de horror que trasladaba el foco del miedo y del mal de lo exterior a lo interior, de lo fantástico o fantacientífico a lo real, de lo sobrenatural o demoníaco a lo humano y material, de los temores del alma inmortal a los del cuerpo perecedero y la mente enferma, proponiéndose mostrar en pantalla el máximo soportable —y a veces insoportable— de violencia física y sexual, retratando con detalle los procesos de degradación, degeneración y destrucción de la carne, la sinfonía de sangre, mutilación y dolor que acompaña al crimen, la tortura y el asesinato, así como el disfrute que todo ello despierta en el ojo del espectador a través de los actos del monstruo

humano de ficción, tan culpable en la pantalla como cómplices complacientes somos todos en nuestras butacas del teatro. En 1960 el cine de terror se desgajó dolorosamente del tronco gótico tradicional, para transitar hacia la modernidad de un horror contemporáneo sin dios, sin sentido y sin moral.

Pero además y sobre todo, este cuarteto infernal, del que quizá la pieza menos conocida sea *El esqueleto de la Señora Morales*, se significaba también de forma especial por su construcción —o reconstrucción— de un lenguaje cinematográfico del horror y para el horror. Los cuatro filmes contienen momentos cumbre que lo son estrictamente por la escritura cinematográfica de los mismos, y no por sus débitos arguméntales o por sus personajes y diálogos. El entierro en primera persona de, precisamente, *El esqueleto de la Señora Morales*; la operación a cara descubierta de *Los ojos sin rostro*; el meticuloso montaje de la escena en la ducha de *Psicosis* y, finalmente, el suicidio en primer plano cámara en mano de *El fotógrafo del pánico*, donde se consuma la metáfora del propio cinematógrafo como perverso instrumento de muerte y obsesión, son momentos pura y estrictamente cinematográficos, en los que el horror se eleva en alas del montaje, de los planos y ángulos escogidos, los tiempos y cortes, las luces y sombras de la fotografía y el uso de la banda sonora, para suscitar la emoción del espectador por medios netamente audiovisuales. Por supuesto, esto no quiere decir que no existiera un lenguaje propiamente cinematográfico en el cine de terror clásico, pero sólo ocasionalmente se alzaba —desde los gloriosos tiempos del mudo— con un protagonismo tal, haciendo alarde de su consistencia e independencia como vehículo privilegiado para provocar las emociones y sentimientos del espectador, despertando sus miedos, deseos, sueños y pesadillas más íntimos y secretos.

Desde ese seminal año de 1960 (que también vio clásicos menores como *El hotel del horror / The City of the Dead*, de John Llewellyn Moxey, *thriller* de satanismo británico que presenta sorprendentes concomitancias con *Psicosis*) hasta hoy, el devenir del terror moderno se vería marcado por una serie de hitos que, a pesar de sus muchas diferencias y de la reaparición a menudo de elementos góticos y sobrenaturales, poseen en común gran parte de los elementos, tanto estructurales como temáticos y estilísticos, que ya evidencian estas cuatro obras adelantadas a su tiempo, estos cuatro jinetes del apocalipsis que iban a revelar los miedos, terrores y oscuras fascinaciones de un cine y un público *post-beat generation* y existencialismo, post-Vietnam, Watergate, Mayo del 68, revolución sexual y contracultura, posfeminismo, drogas, *rock'n roll* y demás hierbas, y donde el dominio del miedo se

extendería también, sobre todo en los años 60 y 70, a cinematografías europeas como la inglesa, la italiana y la española, con fenómenos como la Hammer y el resto de compañías angloamericanas en las Islas Británicas, el gótico y el *giallo* italianos y el fantaterror ibérico, volviendo en los 80 a reorganizarse en brutal traca final para el apocalipsis del Nuevo Hollywood y el doloroso parto de la industria cinematográfica moderna. Imposible, indeseable e innecesario resumir aquí esta historia cuyo dirimo capítulo vivimos en los 90, si bien también inevitable citar algunos hitos capitales: *Blood Feast* (1963) de Herschell Gordon Lewis, el *Padrino del Gore*, *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*, 1968) de George A. Romero y el amanecer del nuevo terror zombi caníbal; *La semilla del diablo* (*Rosemary's Baby*, 1968) de Polanski, o la consagración del satanismo moderno, la muerte de dios y el primer desembarco del terror en el Hollywood *mainstream; El exorcista* (1973), la respuesta religiosa, hiperrealista y efectista a Polanski, pergeñada por Friedkin y William Peter Blatty; *La última casa a la izquierda* (*Last House on the Left*, 1972), el nuevo teatro de la crueldad *splatter* entre la pornografía de la violencia y la fábula moral creado por Wes Craven; *La matanza de Texas* (*The Texas Chainsaw Massacre*, 1974) de Tobe Hooper, o la América Gótica y Profunda abriéndose paso a mordiscos en el corazón de la generación hippie; *Vinieron de dentro de…* (*Shivers*, 1975), primer filme comercial del canadiense David Cronenberg, pronto profeta de una Nueva Carne dispuesta a infectar el cuerpo principal del género; *Carrie* (1976) de Brian De Palma, irrupción en pantalla de Stephen King, figura dominante del terror moderno que llevaría los viejos tropos y trapos góticos, con sus mitos y arquetipos, a la sociedad cotidiana y pop de la segunda mitad del siglo XX; *Las colinas tienen ojos* (*The Hills Have Eyes*, 1977), donde Craven sigue y amplía la violenta senda abierta por Hooper y por el mismo; *Suspiria* (1977), la cumbre del *giallo* sobrenatural italiano y consagración internacional de Dario Argento; *La noche de Halloween* (*Halloween*, 1978), o el *slasher*, que ya contaba con ilustres antecedentes, convertido en obra de arte por John Carpenter; *Alien* (1979), la vuelta del terror espacial de los 50 transportado al reino de lo *lovecraftiano* y del *body horror* preciberpunk por Ridley Scott y H. R. Giger; *El resplandor* (1980), con Kubrick violando y travistiendo el terror americano de King en horror metafísico, surreal y nihilista prácticamente *euro; Viernes 13* (1980), la definitiva reificación capitalista del *psychokiller* y el *slasher* en saneada franquicia comercial, gracias a Sean S. Cunningham; *Un hombre lobo americano en Londres* (*An American Werewolf in London*, 1981), del

malhadado John Landis, retomo cinéfago de los mitos clásicos en clave de posmoderna tragicomedia romántica *splatter* y con efectos de maquillaje físico nunca vistos; *Posesión infernal* (*Evil Dead*, 1981) de Sam Raimi, o el cine independiente y artesanal como refugio de la imaginación y la inventiva visual; *El ansia* (*The Hunger*, 1983), incomprendido poema neorromántico europeísta y posmoderno de Tony Scott, que remodela el vampirismo para la era del sida, el hedonismo y la nueva sociedad de consumo, transformando al personaje para siempre; *Pesadilla en Elm Street* (*Nightmare on Elm Street*, 1984), donde el inevitable Wes Craven reconvierte el *slasher en* fantasía onírica y humor negro, forzando al psicópata a entrar en el terreno de la autoparodia; *Re-Animator* (1985), con la que Stuart Gordon y Brian Yuzna comienzan su rescate de Lovecraft para el cine de horror moderno, buscando su lado más truculento y sardónico; *Henry: retrato de un asesino en serie* (*Henry: Portrait of a Serial Killer*, 1986), donde John McNaughton devuelve al asesino psicópata en serie a la sórdida realidad de la que salió; *Atracción fatal* (*Fatal Attraction*, 1987) de Adrian Lynne, que inaugura el *thriller* psicosexual para todos los públicos, recuperando el cine de suspense de los 60 convirtiéndolo en pesadilla post-sida de los 80; *El silencio de los corderos* (*The Silence of the Lambs*, 1991), con la que Jonathan Demme llevó el terror hasta los Óscar, gracias a su disfraz de *thriller*, al tiempo que elevaba definitivamente al *psychokiller* a la categoría de mito universal… Y paro de una vez, porque a partir de aquí se inicia, si no antes, un proceso de hipermodernización del cine en general y del de horror en particular, cuyo análisis escapa a las intenciones de estas páginas, que deben volver ahora a su principal objeto y objetivo; la literatura de terror en relación a este cine de horror moderno que fue traumática y sangrientamente alumbrado en 1960.

III. El cuerpo del horror, el horror del cuerpo

Si el *corpus* principal del cine clásico de terror, entre los años del mudo y la década de los 50, tal y como hemos visto, está fundamentado en adaptaciones literarias y, más aun, en los conceptos góticos y románticos procedentes de la literatura del siglo XIX, un primer vistazo a los tirulos fundamentales y fundacionales del horror moderno parece mostrar todo lo contrario, Allí donde antes la literatura había ido siempre o casi siempre por delante, como es lógico por otra parte desde el punto de vista histórico y cronológico, el cine parecía tomar por fin ventaja y, según avanzaban los 60 y caían las imposiciones tiránicas del Código Hays, a las que una película no precisamente de terror pero al tiempo bien terrorífica en sus propios términos

daría la puñalada definitiva al prescindir por completo de su aprobación (*¿Quién teme a Virginia Woolf? / Who's Afraid of Virginia Woolf*. Mike Nichols, 1966), los filmes de terror se hacían más y más explícitos, abandonando los amaneramientos tanto arguméntales como visuales propios de otras eras, y viejos maestros de la elipsis y el fuera de campo —tantas veces impuestos por las circunstancias antes que deseados por los directores — como Hitchcock, implementaban gozosamente el nivel de violencia gráfica de sus filmes (pensemos, más allá de *Psicosis*, en *Los pájaros / The Birds*, 1963, y, naturalmente, en *Frenesí / Frenzy*, 1972), mientras a su vez la literatura de terror parecía ofrecer cada vez menos atrevimiento e interés para los realizadores. Así, a pesar de que aún encontramos numerosas adaptaciones literarias, fundamentalmente de *best-sellers* contemporáneos, estas parecen estar en franca minoría, especialmente si comparamos la tendencia general del cine a partir de los 60 con la de las décadas precedentes.

Y no obstante… No obstante, de los cuatro títulos que he escogido de forma nada casual para simbolizar la inauguración del ciclo de horror moderno en la pantalla, tres tienen origen literario: *El esqueleto de la Señora Morales*, adaptación de un relato del británico Arthur Machen —incluido en esta misma antología—, que Alcoriza aclimata con singular gracia y efectividad a la atmósfera y humor mexicanos; *Psicosis*, versión notablemente fiel de la novela de Robert Bloch, ya entonces un consumado maestro del género macabro en todas sus expresiones, que colaboraría frecuentemente no sólo con Hitchcock sino también con otros numerosos productores y realizadores tanto en cine como en televisión; y *Los ojos sin rostro*, basada en una granguiñolesca novela policial del escritor francés Jean Redon, quien también participaría en su guion con la colaboración, ni más ni menos, de los novelistas Boileau y Narcejac, autores de obras como la inspiradora del *Vértigo* (1958) de Hitchcock. ¿Qué diferencia, pues, estas adaptaciones literarias de las habituales en el cine de terror del viejo Hollywood? Fundamental y significativamente, que se. trata de historias de horror sin elemento fantástico, mágico o sobrenatural alguno, donde el mal, el terror y el miedo surgen de lo posible, de lo real e incluso «realista». En el caso del relato *El crimen de Islington* de Machen, que inspira la película escrita por Alcoriza, éste se limita a narrar un supuesto crimen auténtico, que compara favorablemente con el famoso *affaire* de Crippen, y en el de la novela de Robert Bloch el autor afirmó siempre inspirarse lejanamente en el carácter y las fechorías cometidas por Ed Gein, el famoso e infame asesino necrófilo que desenterrara el cuerpo de su madre para conservarlo junto a sí mientras

celebraba sus macabros rituales necrófllos y paganos. Son, por tanto, ficciones novelescas que enlazan con la realidad más sangrienta, oscura y siniestra de las páginas de sucesos y la crónica negra criminal. Incluso en el caso de Franju, lo fantástico está implícito en su imaginería surrealista, pero no en un argumento totalmente racionalista, donde el enloquecido cirujano protagonista se limita a aplicar su habilidad y técnica médica, llevándolas al extremo de lo posible… aunque sin éxito en conseguir lo imposible. No hay monstruos ni villanos sobrenaturales o con poderes extraordinarios, sino seres humanos vulgares, aunque extraordinariamente perversos y peligrosos, con los que cualquiera podría tropezarse en un mal día. Por supuesto, en el terror clásico de Hollywood abundan también los títulos donde lo aparentemente sobrenatural tiene antes o después explicación racional, a la manera de los folletines góticos de Ann Radcliffe, con su gran tradición de los *Old Dark House Mysterys* y similares… La diferencia radica en que sus tramas, mezcla desequilibrada de comedia negra, *whodunit* y melodrama, son en sí de tal extravagancia que, sin necesidad de elemento sobrenatural alguno, resultan tanto o más inverosímiles que cualquier historia de vampiros, demonios o fantasmas. Sin embargo, el horror moderno busca y consigue, reinventar el escalofrío verosímil y creíble, al llevar ciertos elementos de lo gótico y lo fantástico a nuestra realidad cotidiana y contemporánea, resucitando así la sadomasoquista función estrictamente asustante y catártica del género de terror.

Es verdad que una parte de los buques insignia del cine de horror moderno, varios de los cuales hemos citado más arriba, no poseen original literario directo alguno —si bien tenemos también notables excepciones como *La semilla del diablo* o *El exorcista*, además, por supuesto, del personaje *bigger than life* de Stephen King—, pero en última instancia esto no implica que carezcan de ciertas fuentes literarias de inspiración. Lo que ocurre es que ahora se benefician de una serie de aspectos peculiares de su momento que hacen posible la emancipación del cine de terror de sus raíces en lo literario, sin por ello renunciar a los autores, obras y, sobre todo, elementos de modernidad existentes en numerosas novelas y relatos tanto clásicos como contemporáneos del género, pero que la presencia de una autocensura más o menos férrea, ejemplificada y promovida por el Código Hays, así como la carencia de medios técnicos más desarrollados que permitieran dotar de credibilidad a ciertos efectos especiales, pasando por una necesaria evolución en la sensibilidad del espectador, que sólo llegaría con la inaudita y radical ampliación del horizonte de *soportabilidad* que marcaría la ruptura de los

años 60 con respecto a las décadas anteriores, habían imposibilitado que se manifestara antes en todo su poder perturbador y verdaderamente terrorífico. En definitiva, como ocurriera con otros géneros de origen literario (el western, el *noir* o la ciencia ficción), el cineasta del Hollywood clásico era prisionero de las convenciones reinantes, convenciones que, sin embargo, no se aplicaban a la literatura, por ello siempre adelantada en cuanto a crudeza, madurez, profundidad y… horror. Entre los primeros años 30, cuando la Universal y otros grandes y pequeños estudios se sumergieron aún con relativa libertad en las mazmorras del terror gótico y *pulp*, permitiéndose el lujo de matices abiertamente psicosexuales y efectos genuinamente asustantes —no sólo de maquillaje—, con tramas, personajes y situaciones excesivas, repletas de una violencia, humor negro y sadismo sin precedentes, y el año 1960, en el que se inaugura con timidez pero contundencia el nuevo ciclo de horror moderno cinematográfico, se extiende un yermo que sólo el genio e ingenio de maestros como Hitchcock o Lewton, y el talento y falta de pretensiones de los artesanos —y artistas— de la Serie B y el *Poverty Row* de Hollywood pudieron atravesar arduamente, renunciando a menudo a sus deseos y, casi siempre, a la fidelidad a sus fuentes literarias, generalmente más arriesgadas, adultas, complejas y violentas.

Pero la posibilidad, por fin, de elegir a qué público dirigirse, sin necesidad de verse encorsetados por censuras varias, desde las políticas y estéticas a la freudiana, daría al cine de horror en los años 60 y 70 tanto la posibilidad de emanciparse de la literatura como la libertad de escoger qué literatura había de servirle de inspiración, punto de apoyo o de partida. Porque nada surge de la nada e incluso el horror moderno transita un sendero que los escritores habían hollado primero, y alisado ya en ciertos aspectos. Ahora, el nuevo cine de horror echará mano mucho más a menudo de una novela policíaca, criminal y de suspense voluntariamente contagiada de miedo y horror, pero donde éstos derivan de lo estrictamente humano, demasiado humano, así como también de la ciencia ficción, con su materialismo intrínseco y consustancial. Incluso al adentrarse en el territorio de lo sobrenatural, lo hará siempre o casi siempre filtrado por una literatura de lo paranormal y lo esotérico que prestigia lo fantástico a través de lo seudocientífico y periodístico, situándolo en un terreno supuestamente real o al menos verosímil. El gran salto al vacío, que no adelante, porque delante ya no hay nada, ni siquiera abismo que nos devuelva la mirada, del cine de terror moderno y modernista es cambiar el miedo a perder un alma que

Hiroshima y Mauthausen se habían ocupado ya de reducir a cenizas volatilizadas en un crematorio atómico universal, por el miedo a ser prisioneros de un cuerpo que se rebela, transforma y autodestruye sin nuestro consentimiento ni complicidad, Pasar del miedo a vernos invadidos por el Otro al miedo a ser nosotros mismos ese Otro al que temer. Del miedo a lo imposible —lo fantástico y sobrenatural— al miedo a lo posible; los asesinos en serie, las enfermedades contagiosas de la mente y de la carne (que no otra cosa son los zombis), los monstruos cotidianos de una ciencia y una tecnología descontroladas… Hasta lo maravilloso o mágico se racionaliza: fantasmas, vampiros, espectros y demás criaturas o fenómenos sobrenaturales se convierten en fuerzas y poderes paranormales, razas de noche, eslabones perdidos de otras evoluciones posibles e imposibles, seres alienígenas, pero en mayor o menor medida no sólo explicables por la ciencia (aunque sea por las ciencias ocultas), sino materiales, terriblemente materiales y físicos, tanto como lo somos nosotros mismos. Y al final del túnel, el propio ser humano como fuente y destino, origen y final de todo Horror, de toda Perversidad, de todo Mal.

Epílogo
(Esta antología)

El cuerpo principal del horror cinematográfico moderno se basa en —o se adhiere a— las premisas fundamentales que hemos descrito, incluso cuando, como en el caso de *El exorcista*, cree jugar a la teología y la metafísica, mientras su discurso visual y su narrativa son más físicas, hiperrealistas y materialistas que nunca. De ello también dan prueba las fuentes literarias, algunas directas, la mayoría indirectas, que yacen en el humus primigenio del que surge parcialmente este bosque retorcido y oscuro del terror moderno. Nos hemos introducido en él, a riesgo de quedamos enganchados en sus raíces y puntas afiladas, para intentar desbrozar los peculiares orígenes literarios que acechan a menudo tras las películas más insospechadas. Hemos querido seguir voluntariamente el camino que iniciara hace ya muchos años el maestro Juan Antonio Molina Foix, quien en los dos míticos volúmenes de *Horrorscope*, publicados en 1974 por la editorial Alfaguara en su seminal colección Nostromo, recopiló una buena cantidad de relatos de fantasía, horror y ciencia ficción que fueron llevados —confesa o inconfesamente— a la pantalla durante el periodo clásico del cine, dando lugar a numerosas obras maestras del mismo. Aquella doble antología, que no podía sino hacer las delicias de cualquier aficionado que lo fuera tanto al género fantaterrorífico

como al cine, llenó un hueco fundamental en la historiografía y la bibliografía del uno y del otro. Acompañada por sendos prólogo en el primer tomo y ensayo bibliográfico final en el segundo, donde trazaba Molina Foix un catálogo razonado de los «Principales mitos básicos del terror y sus orígenes literarios», su originalidad y utilidad fueron y serán siempre de importancia fundamental para el que suscribe y para cualquier interesado en la cuestión. Sería quizás exagerado decir que desde mi temprana lectura de estos volúmenes, allá por los últimos años 70, pensara ya en pergeñar alguna suerte de secuela, pero sí es cierto que el proyecto ha estado siempre presente en mi cabeza a lo largo de los años, hasta fructificar ahora en este volumen que espero y deseo sirva también como sincero homenaje y continuación de aquellos libros concebidos por Molina Foix, pionero en nuestro país del estudio sistemático, profundo y empático del terror y lo fantástico, amén de fantástico traductor de grandes clásicos, muchos en esta misma editorial.

En las páginas que siguen, el lector encontrará una selección de relatos que, de una forma u otra, a veces adaptados directamente para la pantalla, a veces como referencia más o menos oculta, han servido de inspiración para algunos de los títulos más representativos de ese cine de horror moderno que cambió el rumbo de nuestros miedos, conduciéndolo por nuevos e inéditos derroteros que, aunque parren siempre de los temores y angustias eternos del ser humano, sufrieron una transformación radical a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. La literatura fantástica y de horror, en su infinita variedad, intuyó, prefiguró y preparó muchos de estos cambios y mutaciones, que sólo a partir de los años 60 pudieron cristalizar cinematográficamente y superar, de hecho, durante mucho tiempo, lo que los escritores modernos del género aportaban, dándose así por vez primera la paradoja de que el cine era más atrevido, gráfico y desinhibido en sus representaciones de la violencia, el horror y la perversidad que la literatura de la que había tomado el relevo.

En estos cuentos se hace evidente cómo los terrores del alma dieron paso a los del cuerpo; los de la religión, el folklore y lo sobrenatural a los de la mente humana, la ciencia y la tecnología, y cómo lo real se acabó conviniendo en la fuente última y mas poderosa de nuestros miedos presentes y futuros. Hoy, cuando el cine amenaza ser tan sólo un fungible vestigio dentro de lo audiovisual a punto de ser consumido por sus quizá indignos herederos digitales, revisar estos textos y relacionarlos con las películas que inspiraron y con el cine de terror que contribuyeron a cimentar puede suponer un curioso respiro para el amante de un cine y una literatura de horror moderno que el paso de las décadas y un nuevo cambio de sensibilidad han

convertido a su vez en propios de un mundo olvidado por el tiempo, fuente constante de *remakes* y copias que, sin embargo, son incapaces de reproducir la potente magia de sus supuestamente añejos originales. Quizá porque, a diferencia de estos, han perdido todo contacto ya con la literatura en su más profundo sentido y son sólo productos de la Nube digital y virtual. Y, como es bien sabido, las nubes se disipan tras la tormenta.

JESÚS PALACIOS

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

King, Stephen: *Danza macabra*. Valdemar. Madrid, 2016.

Lardín, Rubén (Coordinador): *Ven y mira. El cine fantástico y de terror en la zona prohibida*. Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián/Donostia Kultura, 2011.

Molina Foix, Juan Antonio (Ed.): *Historias de cine. Relatos que inspiraron grandes películas*. Siruela. Madrid, 2017.

Molina Foix, Juan Antonio (Recopilador): *Horrorscope: mitos básicos del cine de terror*. 2 Vols. Alfaguara. Col. Nostromo. Madrid, 1974.

Navarro, Antonio José: *El imperio del miedo. El cine de horror norteamericano post-11 S.* Valdemar. Madrid, 2016.

Navarro, Antonio José (Ed.): *Las sombras del horror. Edgar Allan Poe en el cine*. Festival de Sitges/Valdemar. Madrid, 2009.

Navarro, Antonio José (Coordinador): *American Gothic. El cine de terror USA 1968-1980*. Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián/Donostia Kultura, 2007.

Jesús Palacios (Ed.): *Eroguro. Horror y erotismo en la cultura popular japonesa*. Satori Editories. Gijón, 2018.

Palacios, Jesús (Ed.): *¡Sigue grabando! Falso documental, metraje encontrado y telerrealidad en el nuevo cine de terror*. Festival Internacional de Cine de Gijón/Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián, 2015.

Palacios, Jesús (Ed.): *La plaga de los zombis y otras historias de muertos vivientes*. Valdemar. Madrid, 2010.

Palacios, Jesús (Ed.): *Los hombres topo quieren, tus ojos y otros relatos sangrientos de la Era Dorada del Pulp*. Valdemar. Madrid, 2009.

Palacios, Jesús (Ed.): *Goremanía 2*. Alberto Santos Editor. Madrid, 1999.

Palacios, Jesús: *Psychokillers: anatomía. del asesino en serie*. Temas de hoy. Madrid, 1998.

Skal, David: *Monster Show. Una historia cultural del horror*. Valdemar. Madrid, 2008.

Zinoman, Jason: *Sesión sangrienta*. T & B Editores. Madrid, 2011.

AA. VV: *El cine fantástico y de terror de la Universal*. Semana de Cine Fantástico de San Sebastián/Donostia Kultura, 2000.

AA. VV.: *Cine fantástico y de terror alemán (1913-1927)*. Semana de Cine Fantástico de San Sebastián/Donostia Kultura, 2002.

AGRADECIMIENTOS

Esta antología surge de la siempre estimulante e inquisitiva actitud de mis editores de Valdemar, Rafael Díaz Santander y Juan Luis González, a ellos, pues, mi mayor agradecimiento por permitirme realizar un peculiar sueño (o pesadilla) de juventud. Gracias también a Juan Antonio Molina Foix por haber abierto el camino, a Joaquín Palacios, mi padre, ya fallecido, por haber comprado y atesorado para la posteridad los dos hermosos volúmenes de *Horrorscope*. Gracias a Marián Bango y Alfonso García, de la editorial Satori, así como a Daniel Aguilar, su traductor, por facilitarnos el acceso al relato "La oruga" de Edogawa Rampo. A Jóse Luis Yubero, Frank G. Rubio, Adolfo Reneo, Rubén Lardín, Antonio José Navarro, Manuel Valencia, Rubén Paniceres, Borja Crespo, Hernán Migoya, Alfredo Lara, Jorge Iván Argiz, Ángel de la Calle, mi hermano Federico Palacios y a muchos otros amigos, colegas y compañeros de viaje (que espero no se sientan ofendidos por no poder citarlos a todos por su nombre en estas breves líneas), cuyas apreciaciones e ideas han contribuido de una u otra forma a sentar las bases de este libro. Mi más sincero agradecimiento también a Mar Corrales por sus sugerencias y apasionado intercambio de opiniones y, muy especialmente, a Iria Barro Vale por su amable lectura y atenta corrección de mis textos, que siempre contribuye a mejorar, así como por sus valiosas reflexiones sobre el género de horror, por el que ambos compartimos un mismo arrebato. Y gracias, por supuesto, a todos los autores, vivos, muertos y no muertos, de los relatos seleccionados, que han conseguido que el miedo y el terror se conviertan en mis mejores amigos a lo largo de los años, haciéndome más llevadero el horror y la alegría de estar vivo.

Anónimo

Nuestro primer relato es ya toda una declaración de principios, en lo que hace al carácter distintivo del cine de horror de los años 70 con respecto al del Hollywood clásico. Esta historia de Sawney Bean, líder de un clan familiar de supuestos ladrones y criminales antropófagos que cometieron sus siniestras fechorías en la Escocia del siglo XVI, procede del *Newgate Calendar*, publicación que de ser algo así como el registro mensual de las ejecuciones llevadas a cabo en la prisión londinense de Newgate pasó a convertirse a mediados del XVIII en una antología de volúmenes que recopilaban, en breves e impactantes narraciones ilustradas, las hazañas y finales no siempre trágicos de los bandidos, asesinos y fueras de la ley ingleses más notorios, entrelazando a menudo realidad y ficción, con fines moralistas pero también dirigidos al puro, sano y morboso deleite del lector. Antecedente directo, pues, de la no-ficción criminal y la crónica negra literaria, el *Newgate Calendar* contribuyó a cimentar la fama de personajes como Dick Turpin o Moll Cutpurse, pero, de entre todos los que pasaron por sus páginas, ninguno tan brutal y monstruoso como nuestro Sawney Bean y su tribu caníbal.

Lo cierto es que hay muchas dudas razonables respecto a la existencia real de Bean y los sangrientos actos que se le atribuyen, pero lo importante es que su truculenta historia, cuya versión más famosa, aquí incluida, fue publicada originalmente en el *Newgate Calendar* de 1824, es notablemente conocida en el ámbito anglosajón, donde se convertiría en una evidente influencia para la oleada de cine caníbal que irrumpió en el género a partir de *La matanza de Texas* (*The Texas Chainsaw Massacre*. Tobe Hooper. 1974). Si bien Tobe Hooper nunca dijo nada al respecto, sí lo hizo a menudo Wes Craven, quien trasladó conscientemente los rasgos principales de la historia al desierto americano en *Las colinas tienen ojos* (*The Hills Have Eyes*, 1977), a la que seguirían una secuela del propio Craven en 1984, el excelente *remake* de 2006 a cargo del francés Alexandre Ajá, y su continuación, *El retorno de los malditos* (*The Hills Have Eyes II*. Martin Weisz, 2007). Al convertir esta legendaria crónica caníbal de las tierras escocesas en pieza de Gótico

Americano, el filme de Craven inauguró, en colaboración con el clásico de Hooper, un ciclo de horror antropófago moderno, con sus bases bien asentadas en la posibilidad real de comportamientos salvajes y ancestrales en mitad de la civilización, además de invocando los demonios humanos del incesto, la violencia familiar y el canibalismo.

Otros ejemplos, no codos especialmente notables, de filmes inspirados por esta vieja leyenda son *El clan* (*Blood Clan*. Charles Wilkinson, 1990), que lleva a una descendiente de los Bean al Canadá; *Hillside Cannibals* (Leigh Scott, 2006), vulgar *exploitation* de la nueva *Las colinas tienen ojos*, o la escocesa *Sawney: Flesh of a Man* (Ricky Wood, 2012), que sitúa de nuevo al personaje en su tierra natal aunque en nuestros días. Pero su verdadera impronta, a través de los seminales títulos de Hooper y Craven, la encontramos en obras literarias como *Offspring*, de 1991 (publicada en España como *Al acecho*), del desaparecido Jack Ketchum, adaptada al cine en 2009 por Andrew van den Houten, y en una reciente película *splatter* ya de culto, el *weird western*, *Bone Tomahawk* (S. Craig Zahler, 2015), que combina la influencia del cine *mondo* caníbal italiano con el recuerdo y la atmósfera del viejo clan antropófago escocés, todo en clave de western crepuscular. Cuatro cosas, pues, calaron hondo en el cine de horror moderno, procedentes de esta legendaria historia: su origen en la crónica negra sensacionalista, la supervivencia en tiempos modernos de comportamientos ancestrales propios de salvajes prehistóricos, el clan familiar como enfermiza estructura incestuosa y el horror al acto de devorar a nuestros congéneres sin necesidad, capturándolos como ganado y convirtiéndolos en conservas y fiambres colganderas. El hombre es un lobo para el hombre… literalmente.

SAWNEY BEAN[1]

UN MONSTRUO INCREÍBLE QUE, CON SU ESPOSA, VIVÍA DEL ASESINATO Y EL CANIBALISMO EN UNA CUEVA. EJECUTADO EN LEITH JUNTO A TODA SU FAMILIA DURANTE EL REINADO DE JACOBO I

La siguiente narración, a pesar de haber sido refrendada como cualquier hecho histórico pueda estarlo, es casi inverosímil por las monstruosas barbaridades sin parangón que relata, y porque no hay nada conocido, con el mismo grado de certeza, que pueda ser comparado con este hecho, o que muestre de tal manera hasta qué punto un temperamento brutal, no domado por la educación, puede llevar a un hombre a comportarse de forma tan indignante y horrible.

Sawney Bean nació en el condado de East Lothian, a unas ocho o nueve millas al este de la ciudad de Edimburgo durante el reinado de la reina Isabel, mientras que el rey Jacobo I solo gobernaba en Escocia. Sus padres se ganaban la vida podando setos y abriendo zanjas y educaron a su hijo en la misma ocupación. Se ganó el pan diario durante su juventud de esa manera, pero al estar más inclinado al ocio y no querer quedar confinado a ningún empleo honesto, dejó a su padre y a su madre y corrió hacia el territorio desértico de la región, llevándose con él a una mujer con la que compartía las mismas malsanas inclinaciones, Ambos se alojaron en una cueva junto al mar en la costa del condado de Calloway, donde vivieron veinticinco años sin visitar ni una sola ciudad, pueblo o aldea.

En todo ese tiempo tuvieron un gran número de hijos y nietos, a quienes habían criado a su propia manera, sin ninguna noción de humanidad o de sociedad civilizada. No frecuentaban ninguna compañía, solo la de ellos mismos, y subsistían enteramente gracias al robo; además, eran tan crueles que nunca robaron a nadie sin asesinarlo.

Mediante este sangriento método y viviendo en un lugar tan apartado del mundo, continuaron durante todo ese tiempo sin ser descubiertos, ya que no había nadie que se apercibiera de cómo desaparecían las personas que se

acercaban al lugar donde habitaban. En cuanto robaban y mataban a un hombre, mujer o niño, llevaban el cadáver a su guarida, y allí, tras cortarlo en cuartos, encurtían las extremidades mutiladas y después se las comían, siendo este su único sustento. Y, sin embargo, sus víctimas eran tan numerosas que habitualmente tenían abundancia de esta abominable pitanza, así que, con cierta frecuencia, al amparo de la noche, lanzaban al mar las piernas y brazos sobrantes de aquellos pobres desgraciados a los que habían asesinado, a gran distancia de su sangriento hogar. Los miembros eran arrastrados por la corriente a diferentes partes de la región para asombro y terror de quienes los descubrían y otros conocedores de tales hallazgos.

Las personas que por diferentes motivos se aproximaban a aquella zona caían con tanta frecuencia en sus garras que se alzó un clamor popular en los alrededores. En cuanto estos despiadados caníbales detectaban a su presa, nadie volvía a saber qué había sido de sus amigos o familiares.

Por fin, las gentes que habitaban en los terrenos cercanos se alarmaron de tan habituales pérdidas de vecinos y conocidos, pues no había manera de viajar de forma segura cerca de la guarida de aquellos desalmados. Esto propició el envío frecuente de espías a aquel territorio, muchos de los cuales jamás regresaron, y aquellos que lo hicieron, tras la más exhaustiva búsqueda e investigación, no pudieron averiguar cómo tenían lugar las tristes desapariciones. Se arrestó bajo sospecha a varios viajeros honestos, que fueron ahorcados erróneamente basando las acusaciones en meros indicios; varios posaderos inocentes fueron ejecutados por la única razón de que se sabía que algunas de esas personas desaparecidas se habían alojado en sus posadas, lo cual levantó la sospecha de que los habían asesinado y enterrado secretamente sus cuerpos en oscuros lugares para evitar que los descubrieran. Así pues, se aplicó una justicia equivocada con la mayor severidad imaginable con el fin de evitar estos hechos atroces tan frecuentes, de manera que no pocos posaderos que vivían en la Western Road de Escocia abandonaron sus negocios por miedo a ser tomados como cabeza de turco y se dedicaron a otras ocupaciones. Esto, por otro lado, ocasionó muchos inconvenientes a los viajeros, que ahora se las veían y deseaban para encontrar alojamiento para ellos mismos y sus caballos cuando se disponían a refrescarse o alojarse por una noche. En una palabra, el territorio quedó casi despoblado.

No obstante, los súbditos del Rey seguían desapareciendo como antes, de manera que todo el reino se sorprendía por el hecho de que se pudieran cometer tales villanías y no se descubriera a los que las perpetraban. Muchos

habían sido ya ejecutados, y ni uno solo había confesado el crimen en la horca, y defendieron hasta el final su inocencia respecto a los crímenes de los que habían sido acusados. Cuando los magistrados vieron que todo era en vano, abandonaron tan severos procedimientos y se confiaron totalmente a la Providencia para que arrojara algo de luz sobre los autores de aquellas barbaridades sin parangón cuando el momento le pareciera más apropiado a la Divina sabiduría.

La familia Sawney aumentó hasta hacerse enorme y cada uno de los vastagos, en cuanto podía, ayudaba a perpetrar estos crímenes abominables, que seguían cometiendo con total impunidad. En ocasiones atacaban a grupos de cuatro, cinco o seis hombres a pie, pero nunca a más de dos si iban a caballo. Además, tenían la precaución de que nadie a quien estuvieran acosando pudiera escapar y a tal propósito preparaban emboscadas en todas las direcciones posibles para atraparlos huyeran a donde huyeran, siempre que, como raras veces ocurría, uno o más lograran escapar de los primeros asaltantes. ¿Cómo podrían ser descubiertos cuando ni uno solo de los que se cruzaban con ellos veía a nadie más después? El lugar donde habitaban era bastante solitario y apartado y, cuando la marca subía, el agua se adentraba unas doscientas yardas en sus habitáculos subterráneos, que alcanzaban una extensión de casi una milla bajo tierra. En consecuencia, cuando los hombres armados enviados para explorar el terreno pasaban junto a la boca de la cueva, nunca prestaban mayor atención a esta suponiendo que ningún ser humano podía residir en un lugar de tal horror y oscuridad perpetuos.

El número de personas que estos salvajes descuartizaron jamás so supo, pero se aceptaba de forma general que durante los veinticinco años que llevaron a cabo sus carnicerías se habían lavado las manos en la sangre de al menos mil hombres, mujeres y niños. La manera en la que finalmente fueron descubiertos es como sigue.

Un hombre y su esposa, montados en el mismo caballo, regresaban a casa tras una noche en la feria cuando quedaron atrapados en una emboscada tendida por aquellos miserables desalmados, los cuales cayeron sobre ellos en un ataque furioso. El hombre, haciendo lo que podía para salvarse, luchó valientemente con espada y pistola, derribando a algunos de ellos por la pura fuerza de su caballo. En la refriega, la pobre mujer cayó y fue asesinada inmediatamente ante la mirada de su esposo; las mujeres caníbales le rebanaron el cuello y se lanzaron a chuparle la sangre con tanta avidez y gusto como si hubiera sido vino. Tras hacerlo, le abrieron el estómago en canal y le sacaron las entrañas. Un espectáculo tan terrible hizo que el hombre se

resistiera más obstinadamente, como si temiera el mismo sino si caía en sus manos. La Providencia tuvo a bien, mientras seguía resistiendo, que veinte o treinta personas procedentes de la misma feria llegaran juntas en grupo; ante lo cual, Sawney Bean y su clan sanguinario se retiraron y se abrieron paso por el espeso bosque hasta su guarida.

Este hombre, el primero que se había cruzado en su camino y había salido vivo, contó a todo el grupo lo ocurrido y les mostró el horrible espectáculo del cuerpo de su mujer, a quien los asesinos habían arrastrado a cierta distancia, pero no tuvieron tiempo de llevársela con ellos. Todos quedaron estupefactos y asombrados al escuchar la narración de los hechos, y a continuación condujeron al hombre a Glasgow e informaron del asunto al preboste de la ciudad, quien inmediatamente envió mensaje al Rey al respecto.

Tres o cuatro días más tarde Su Majestad en persona, con un séquito de unos cuatrocientos hombres, partió hacia el lugar donde había tenido lugar aquella terrible tragedia con la intención de remover cada roca y examinar cada matorral para atrapar a la demoniaca banda que durante tanto tiempo había causado tamaño daño en la región occidental del reino.

El hombre que había sido atacado les sirvió de guía y se aseguraron de llevar un gran número de perros de presa con ellos, sin escatimar ningún medio humano para poner fin a estas atrocidades.

Durante mucho tiempo no se encontró rastro de vivienda alguna, e incluso cuando llegaron a las inmediaciones de la cueva de aquellos desalmados no prestaron mayor atención, sino que siguieron su búsqueda por la costa al subir la marea. Pero, afortunadamente, algunos de los perros de presa penetraron en la guarida tenebrosa e inmediatamente se pusieron a ladrar de una forma terrible, aullando y gruñendo; de manera que el Rey y sus ayudantes regresaron sobre sus pasos e inspeccionaron el interior. Incluso entonces no llegaban a entender cómo era posible que alguna criatura humana pudiera esconderse en un lugar donde tan solo había oscuridad. Sin embargo, al escuchar los ladridos cada vez más nerviosos de los sabuesos y observar que estos continuaban ahondando en la cueva y se negaban a regresar, comenzaron a pensar que debía de haber algo allí dentro fuera de lo ordinario, Se hicieron traer rápidamente unas antorchas y una gran cantidad de hombres se aventuraron a explorar las vueltas y revueltas más intricadas de la cueva, hasta que por fin llegaron a ese rincón privado apartado del mundo y que daba cobijo a aquellos monstruos.

Ahora, todo el séquito, o tantos como pudieron, entraron y quedaron tan impresionados por lo que contemplaron que casi desearon que se los tragara

la tierra. Piernas, brazos, muslos, manos y pies de hombres, mujeres y niños colgaban en hileras como trozos de ternera curándose. Había también una gran cantidad de miembros flotando en salmuera y grandes cantidades de dinero, tanto en oro como en plata, junto a relojes, anillos, espadas y pistolas, y una gran cantidad de ropa, tanto de lino como de lana, y un número infinito de otras cosas, que habían robado a aquellos que habían asesinado, todo ello apilado en montones o colgado en las paredes laterales de la guarida.

La familia de Sawney, en esos momentos, aparte de él, consistía en su esposa, ocho hijos, seis hijas, dieciocho nietos y catorce nietas, todos ellos nacidos del incesto.

Inmediatamente fueron apresados y maniatados por orden de Su Majestad; a continuación, los hombres del rey recogieron cualquier pedazo de carne humana que pudieron encontrar y enterraron todo en la arena; después, cargando todos ellos con el botín que encontraron, regresaron a Edimburgo con los prisioneros, y todos los lugareños, al verlos pasar, se arracimaban para ver a aquella tribu maldita. Cuando llegaron al final del viaje, los depravados fueron encerrados en prisión; y desde allí, al día siguiente, fueron conducidos bajo fuerte vigilancia a Leith, donde se les ejecutó a todos sin que tuviera lugar ningún proceso judicial; se pensó que resultaba inútil juzgar a criaturas que eran enemigas confesas de la humanidad. A los varones se les amputó su miembro para ser lanzado al fuego, y a continuación se les amputaron los brazos y las piernas. A consecuencia de estas amputaciones se desangraron hasta morir en unas pocas horas. La esposa, hijas y nietos, tras ser forzados a presenciar tan justo castigo contra los varones, fueron quemados a continuación en tres hogueras distintas. En general, todos ellos murieron sin mostrar ni el menor rastro de arrepentimiento, pero continuaron hasta el final de sus vidas maldiciendo y gritando las más terribles imprecaciones contra los concurrentes y contra todos aquellos que habían colaborado para que recibieran su bien merecido castigo.

Edgar Allan Poe

Si el terror moderno tuviera un padre —que tiene muchos—, no cabe duda de que ese sería el genial y malhadado Edgar Allan Poe (1809-1849). A él le cabe el honor de haber reconvertido los terrores y miedos góticos, procedentes tanto de la Alemania romántica como de los novelistas ingleses del XVIII, en miedos y terrores humanos y contemporáneos, sustituyendo las más de las veces los fantasmas sobrenaturales por aquellos procedentes de la mente torturada y tortuosa de sus protagonistas, llevando así el género del terreno de lo fantástico tremendista a lo psicológico, sin por ello dejar de transmitir siempre o casi siempre una atmósfera y filosofía ominosas, metafísicas y especulativas, donde cabe también lo extraordinario, lo oculto y lo ocultista. Pero si hemos recogido aquí "El gato negro", que publicara por vez primera el número del 19 de agosto de 1843 del *Saturday Evening Post* con éxito inmediato, es porque se trata, precisamente, de uno de sus magistrales ejemplos en la descripción en primera persona de una mente enferma, obsesivamente criminal y viciosa, en el contexto de una historia de asesinato, locura y culpa que se adelanta en décadas a los descubrimientos de la psicología moderna y el psicoanálisis de Freud. Y que de paso siembra, junto a relatos de características parecidas como "El corazón delator", la semilla del futuro género policíaco psicológico y de horror, en el que se mueve gran parte del terror moderno cinematográfico (de *Psicosis a El silencio de los corderos*).

Por supuesto, el cine ha usado y abusado del galo delator de Poe de mala manera, generalmente utilizando el título y la figura del felino para contar argumentos que nada tenían que ver con su trama y personajes. Sin embargo, y dejando de lado estas seudoadaptaciones que dieran lugar por otra parte a grandes películas como *Satanás* (*The Black Cat*. Edgar G. Ulmer, 1934), totalmente ajenas a Poe, resulta interesante reseñar que en la truculenta *Maniac*, de fecha tan temprana como 1931, su director, el delirante Dwain Sper, introduce algunos elementos literales del relato… incluyendo sacarle un ojo al gato en directo —aunque es de esperar que no en vivo—, en una

singular *exploitation*, precedente del *splatter* tan prematuro como desopilante. Curiosidades aparte, la versión más fiel del cuento aparece en *Historias de terror* (*Tales of Terror*, 1962), donde Corman y su guionista habitual del Ciclo Poe, el escritor Richard Matheson, combinan el relato con otro clásico criminal del autor, "El barril de amontillado", con óptimos resultados. Pero si "El gato negro" figura en nuestra antología es, fundamentalmente, porque ha sido también utilizado y citado a menudo por el *giallo* —el distintivo género de crimen, misterio y horror a la italiana que tiene en Bava a su profeta y en Argento a su ángel (caído)—, en muchos sentidos descendiente directo de Poe. En efecto, si combinamos los relatos detectivescos protagonizados por Dupin, con su estructura clásica de investigación, deducción y «¿quien lo hizo?», con aquellos psicológicos que describen personalidades criminales mórbidas, obsesivas y mentalmente enfermas, el *giallo* surge casi por sí solo como mutación latina, italiana y europea del género.

Pasando de largo junto a la divertida pero engañosa *El gato negro* (*Gatto nero*, 1981) de Lucio Fulci, que una vez más toma el nombre de Poe en vano, elementos del cuento son utilizados con gracia e ingenio por Sergio Martino en uno de sus mejores *gialli: Vicios prohibidos* (*Il tuo vizio è una stanza chiusa e solo io ne ho la chiave*, 1972), *giallo* erótico y perverso a mayor gloria de Anita Strindberg y Edwige Fenech, que quizá deba más a Sade que a Poe, pero sabe recuperar con ingenio al gato chivato, y no deja de conectar con la tradición que hemos establecido en tomo al escritor de Baltimore, con su revolucionaria introducción de la psicología enfermiza y la obsesión erótica y criminal como motores principales del miedo y el horror. Merece citarse también, como un buen intento de traer "El gato negro" al siglo XX, el episodio basado en éste que forma parte de *Los ojos del miedo* (*Due occhi diabolici*, 1990), película donde George A. Romero convierte "El caso del señor Valdemar" en un cómic de la E. C., mientras Darío Argento consigue una genuina pieza de horror posmoderno, fiel en fondo y hasta en forma al cuento y al espíritu de Poe, apoyándose en una gran interpretación de Harvey Keitel. Da un poco la impresión de que el director italiano, autor de *gialli* fundamentales como *Rojo oscuro* (*Profondo rosso*, 1975), estuviera aquí no sólo rindiendo homenaje al escritor, sino reconociendo la deuda del género con su figura y obra, cuya alargada sombra cubre casi todos, si no todos, los logros del horror moderno, del *eroguro* japonés al *slasher*, el *psychothriller* e incluso la nueva carne. ¡Viva Poe!

EL GATO NEGRO[1]

No espero ni remotamente que se conceda el menor crédito a la extraña, aunque familiar historia que voy a relatar. Sería verdaderamente insensato esperarlo cuando mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. No obstante, yo no estoy loco, y ciertamente no sueño. Pero, por si muero mañana, quiero aliviar hoy mi alma. Me propongo presentar ante el mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de sencillos sucesos domésticos. Por sus consecuencias, estos sucesos me han torturado, me han anonadado. Con todo, sólo trataré de aclararlos. A mí sólo horror me han causado, a muchas personas parecerán tal vez menos terribles que estrambóticos. Quizá más tarde surja una inteligencia que dé a mi visión una forma regular y tangible; una inteligencia más serena, más lógica y, sobre todo, menos excitable que la mía, que no encuentre en las circunstancias que relato con horror más que una sucesión de causas y de efectos naturales.

La docilidad y la humanidad fueron mis características durante mi niñez. Mi ternura de corazón era tan extremada que atrajo sobre mí las burlas de mis camaradas. Sentía extraordinaria afición por los animales, y mis parientes me habían permitido poseer una gran variedad de ellos. Pasaba en su compañía casi todo el tiempo y jamás me sentía más feliz que cuando les daba de comer o acariciaba. Esta singularidad de mi carácter aumentó con los años y, cuando llegué a ser un hombre, vino a constituir uno de mis principales placeres. Para los que han profesado afecto a un perro fiel e inteligente, no es preciso que explique la naturaleza o la intensidad de goces que esto puede proporcionar. Hay en el desinteresado amor de un animal, en su abnegación, algo que va derecho al corazón de quien ha tenido frecuentes ocasiones de experimentar la falsa amistad y la frágil fidelidad del *hombre*.

Me casé joven, y tuve la suerte de encontrar en mi esposa una disposición semejante a la mía. Observando mi inclinación hacia los animales domésticos, no perdonó ocasión alguna de proporcionarme los de las especies más agradables. Teníamos pájaros, un pez dorado, un perro hermosísimo, conejos, un pequeño mono y un *gato*.

Este último animal era tan robusto como hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Respecto a su inteligencia, mi mujer, que en el

fondo era bastante supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular que veía brujas disfrazadas en todos los gatos negros. Esto no quiere decir que ella tomase esta preocupación muy en serio, y si lo menciono es sencillamente porque me viene a la memoria en este momento.

Plutón, éste era el nombre del gato, era mi favorito, mi camarada. Yo le daba de comer y él me seguía por la casa adondequiera que iba. Esto me tenía tan sin cuidado que llegué a permitirle que me acompañase por las calles.

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales mi carácter, por obra del demonio de la intemperancia, aunque me avergüence de confesarlo, sufrió una alteración radical. Me hice de día en día más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Llegué a emplear un lenguaje brutal con mi mujer. Más tarde, hasta la injurié con violencias personales. Mis pobres favoritos, naturalmente, sufrieron también el cambio de mi carácter. No solamente los abandonaba, sino que llegué a maltratarlos.

El afecto que a *Plutón* todavía conservaba me impedía pegarle, así como no tenía escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono y aun al perro, cuando por acaso o por cariño se atravesaban en mi camino. Mi enfermedad me invadía cada vez más, porque el mal es comparable al alcohol, y, con el tiempo, hasta el mismo *Plutón*, que mientras tanto envejecía y naturalmente se iba haciendo un poco desapacible, empezó a conocer los efectos de mi carácter malvado.

Una noche que entré en casa completamente borracho, me pareció que el gato evitaba mi vista. Lo agarré, pero, espantado de mi violencia, me hizo en una mano con sus dientes una herida muy leve. Mi alma anterior pareció que abandonaba mi cuerpo, y una rabia diabólica, saturada de ginebra, penetró en cada fibra de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita. Me avergüenzo, me consumo, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Por la mañana, al recuperar la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté una sensación mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen que había cometido; pero fue sólo un débil e inestable pensamiento, y el alma no sufrió las heridas. Persistí en mis excesos, y bien pronto ahogué en vino todo recuerdo de mi criminal acción.

El gato sanó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, en verdad, un aspecto horroroso, pero en adelante no pareció sufrir. Iba y venía por la casa, según su costumbre; pero huía de mí con indecible horror. Aún me quedaba lo bastante de mi benevolencia anterior para sentirme afligido por

esta antipatía evidente de parte de un ser que tanto me había amado. Pero a este sentimiento bien pronto sucedió la irritación. Y entonces se desarrolló en mí, para mi postrera e irrevocable caída, el espíritu de la PERVERSIDAD, del que la filosofía no hace mención. Con todo, tan seguro como existe mi alma, yo creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las facultades o sentimientos elementales que dan la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción sucia o vil, por la sola razón de saber que no la debía cometer? ¿No tenemos una perpetua inclinación, no obstante la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que *es ley*, sencillamente poique comprendemos que es ley? Este espíritu de perversidad, repito, causó mi ruina completa. El deseo ardiente, insondable del alma de *atormentarse a sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar el suplicio a que había condenado al inofensivo animal. Una mañana, con total sangre fría, le puse un nudo corredizo alrededor del cuello y lo colgué de una rama de un árbol; lo ahorque con los ojos arrasados en lágrimas, experimentando el más amargo remordimiento en el corazón; lo ahorqué *porque* me constaba que me había amado y *porque* sentía que no me hubiese dado ningún motivo de cólera; lo ahorqué *porque* sabía que haciéndolo así cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, al punto de colocarla, si tal cosa es posible, fuera de la misericordia infinita del Dios misericordioso y terrible.

En la noche que siguió al día en que fue ejecutada esta cruel acción, fui despertado a los gritos de «¡fuego!» Las cortinas de mi lecho estaban convertidas en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad escapamos del incendio mi mujer, un criado y yo. La destrucción fue completa. Se aniquiló toda mi fortuna, y entonces me entregué a la desesperación.

No trato de establecer una relación de la causa con el efecto, entre la atrocidad y el desastre; estoy muy por encima de esta debilidad. Sólo doy cuenta de una cadena de hechos, y no quiero que falte ningún eslabón. El día siguiente al incendio visité las ruinas. Los muros se habían desplomado, exceptuando uno solo, y esta única excepción fue un tabique interior poco solido, situado casi en la mitad de la casa, y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho. Dicha pared había escapado en gran parte a la acción del fuego, cosa que yo atribuí a que había sido recientemente renovada. En torno de este muro se agrupaba una multitud de gente, y muchas personas parecían examinar algo muy particular con minuciosa y viva atención. Las

palabras «¡extraño!», «¡singular!» y otras expresiones semejantes excitaron mi curiosidad. Me aproximé y vi, a manera de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un *gato* gigantesco. La imagen estaba estampada con una exactitud verdaderamente maravillosa. Había una cuerda alrededor del cuello del animal.

Al momento de ver esta aparición, pues como a tal, en semejante circunstancia, no podía por menos de considerarla, mi asombro y mi temor fueron extraordinarios. Pero, al fin, la reflexión vino en mi ayuda. Recordé entonces que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín habría sido inmediatamente invadido por la multitud y el animal debió de haber sido descolgado del árbol por alguno y arrojado en mi cuarto a través de una ventana abierta. Esto, seguramente, había sido hecho con el fin de despertarme. La caída de los otros muros había aplastado a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido; la cal de este muro, combinada con las llamas y el amoníaco desprendido del cadáver, habrían formado la imagen, tal como yo la veía.

Merced a este artificio logré satisfacer muy pronto a mi razón, mas no pude hacerlo tan rápidamente con mi conciencia, porque el suceso sorprendente que acabo de relatar se grabó en mi imaginación de una manera profunda. Hasta pasados muchos meses no pude desembarazarme del espectro del gato, y durante este periodo envolvió mi alma un semisentimiento muy semejante al remordimiento. Llegué hasta llorar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los tugurios miserables que tanto frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie y de una figura parecida que lo reemplazara.

Ocurrió que una noche en que me hallaba sentado, medio aturdido, en una taberna más que infame, fue repentinamente solicitada mi atención hacia un objeto negro que reposaba en lo alto de uno de esos inmensos toneles de ginebra o ron que componían el principal ajuar de la sala. Hacía algunos momentos que miraba a lo alto de aquel tonel, y lo que me sorprendía era no haber notado antes el objeto colocado encima. Me aproximé, tocándolo con la mano. Era un enorme gato, tan grande por lo menos como *Plutón*, e igual a él en todo, menos en una cosa. *Plutón* no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo, mientras que éste tenía una salpicadura larga y blanca, de forma indecisa, que le cubría casi toda la región del pecho.

No bien lo hube acariciado, cuando se levanto súbitamente, prorrumpió un continuado ronquido, se frotó contra mi mano y pareció muy contento de mi atención. Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba. Al momento

propuse al dueño de la taberna comprarlo, pero éste no se dio por enterado; yo no le conocía ni le había visto nunca antes de aquel momento.

Continué acariciándolo y, cuando me preparaba a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Le permití que lo hiciera, agachándome de vez en cuando para acariciarlo durante el camino. Cuando estuvo en mi casa, se encontró como en la suya, y se hizo enseguida gran amigo de mi mujer.

Por mi parte, bien pronto sentí nacer antipatía contra él. Era casual mente lo contrario de lo que yo había esperado; no sé cómo ni por qué sucedió esto: su empalagosa ternura me disgustaba, fatigándome casi. Poco a poco, estos sentimientos de disgusto y fastidio se convirtieron en odio. Esquivaba su presencia; pero una especie de sensación de bochorno y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarlo. Durante algunas semanas me abstuve de golpearlo con violencia; llegué a tomarle un indecible horror, y a huir silenciosamente de su odiosa presencia como de la peste.

Seguramente lo que aumentó mi odio contra el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana siguiente de haberlo traído a casa: lo mismo que *Plutón*, él también había sido privado de uno de sus ojos. Esta circunstancia hizo que mi mujer le tomase más cariño, pues, como ya he dicho, ella poseía en alto grado esta ternura de sentimientos que había sido mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis más sencillos y puros placeres.

No obstante, el cariño del gato hacia mí parecía acrecentarse en razón directa a mi aversión contra él. Con implacable tenacidad, que no podrá explicarse el lector, seguía mis pasos. Cada vez que me sentaba, se acurrucaba bajo mi silla o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus repugnantes caricias. Si me levantaba para andar, se metía entre mis piernas y casi me hacía caer al suelo, o bien, introduciendo sus largas y afiladas garras en mis vestidos, trepaba hasta mi pecho. En tales momentos, aunque hubiera deseado matarlo de un solo golpe, me contenía en parte por el recuerdo de mi primer crimen, pero principalmente, debo confesarlo, por el *ferrar que* me causaba el animal.

Este terror no era de ningún modo el espanto que produce la perspectiva de un mal físico, pero me sería muy difícil denominarlo de otro modo. Lo confieso abochornado. Sí; aun en este lugar de criminales, casi me avergüenzo al afirmar que el miedo y el horror que me inspiraba el animal habían aumentado por una de las mayores fantasías que es posible concebir. Mi mujer me había hecho notar más de una vez el carácter de la mancha

blanca de que he hablado y en la que estribaba la única diferencia aparente entre el nuevo animal y el que yo había matado. Seguramente recordará el lector que esta marca, aunque grande, estaba primitivamente indefinida en su forma, pero lentamente, por grados imperceptibles que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, había llegado a adquirir una rigurosa precisión en sus contornos. Presentaba la forma de un objeto que me estremezco sólo al nombrarlo: y esto era lo que sobre codo me hacía mirar al monstruo con horror y repugnancia, y me habría impulsado a librarme de él, *si me hubiera atrevido*: la imagen de una cosa horrible y siniestra, la imagen de LA HORCA. ¡Oh lúgubre y terrible aparato, instrumento del horror y del crimen, de la agonía y de la muerte!

Y heme aquí convertido en un miserable, más allá de la miseria de la humanidad. Un *animal inmundo*, a cuyo hermano yo había destruido con desprecio, una bestia bruta creando para mí —para mí, hombre formado a imagen del Altísimo— un tan grande e intolerable infortunio. ¡Desde entonces no volví a disfrutar de reposo, ni de día ni de noche! Durante el día el animal no me dejaba ni un momento, y por la noche, a cada instante, cuando despertaba de mi sueño, lleno de angustia inexplicable, sentía el tibio aliento de la *alimaña* sobre mi rostro, y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que no podía sacudir, posado eternamente sobre mi *corazón*.

Tales tormentos influyeron lo bastante para que lo poco de bueno que quedaba en mí desapareciera. Vinieron a ser mis íntimas preocupaciones los más sombríos y malvados pensamientos. La tristeza de mi carácter habitual se acrecentó hasta odiar todas las cosas y a toda la humanidad; y, no obstante, mi mujer no se quejaba nunca, ¡ay!, ella era de ordinario el blanco de mis iras, la más paciente víctima de mis repentinas, frecuentes e indomables explosiones de una cólera a la cual me abandonaba ciegamente.

Ocurrió que un día que me acompañaba, para un quehacer domestico, al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a habitar, el gato me seguía por la pendiente escalera, y, en ese momento, me exasperó hasta la demencia. Enarbolé el hacha, y, olvidando en mi furor el temor pueril que hasta entonces contuviera mi mano, asesté al animal un golpe que habría sido morral si le hubiese alcanzado como deseaba; pero el golpe fue evitado por la mano de mi mujer. Su intervención me produjo una rabia más que diabólica; desembaracé mi brazo del obstáculo y le hundí el hacha en el cráneo. Y sucumbió instantáneamente, sin exhalar un solo gemido mi desdichada mujer.

Consumado este horrible asesinato, traté de esconder el cuerpo. Juzgué que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr

el riesgo de ser observado por los vecinos. Numerosos proyectos cruzaron por mi mente. Pensé primero en dividir el cadáver en pequeños trozos y destruirlos por medio del fuego. Discurrí luego cavar una fosa en el suelo del sótano. Pensé más tarde arrojarlo al pozo del patio: después meterlo en un cajón, como mercancía, en la forma acostumbrada, y encargar a un mandadero que lo llevase fuera de la casa. Finalmente, me detuve ante una idea que consideré la mejor de todas. Resolví emparedarlo en el sótano, como se dice que los monjes de la Edad Media emparedaban a sus víctimas.

En efecto, el sótano parecía muy adecuado para semejante operación. Los muros estaban construidos muy a la ligera, y recientemente habían sido cubiertos, en toda su extensión, de una capa de mezcla que la humedad había impedido que se endureciese. Por otra parte, en una de las paredes había un hueco, que era una falsa chimenea, o especie de hogar, que había sido enjalbegado como el resto del sótano. Supuse que me sería fácil quitar los ladrillos de este sitio, introducir el cuerpo y colocarlos de nuevo de manera que ningún ojo humano pudiera sospechar lo que allí se ocultaba.

No salió fallado mi cálculo. Con ayuda de una palanqueta, quité con bastante facilidad los ladrillos, y habiendo colocado cuidadosamente el cuerpo contra el muro interior, lo sostuve en esta posición hasta que hube reconstruido, sin gran trabajo, toda la obra de fábrica. Habiendo adquirido cal y arena con todas las precauciones imaginables, preparé un revoque que no se diferenciaba del antiguo y cubrí con él escrupulosamente el nuevo tabique. El muro no presentaba la mas ligera señal de renovación. Hice desaparecer los escombros con el más prolijo esmero y expurgué el suelo, por decirlo así. Miré triunfalmente en torno mío, y me dije: «Aquí, a lo menos, mi trabajo no ha sido perdido».

Lo primero que acudió a mi pensamiento fue buscar al gato, causa de tan gran desgracia, pues, al fin, había resuelto darle muerte. De haberlo encontrado en aquel momento, su destino estaba decidido, pero, alarmado el sagaz animal por la violencia de mi reciente acción, no osaba presentarse ante mí en mi actual estado de ánimo. Sería tarea imposible describir o imaginar la profunda, la feliz sensación de consuelo que la ausencia del detestable animal produjo en mi corazón. No apareció en toda la noche, y por primera vez desde su entrada en mi casa, logré *dormir* con un sueño profundo y sosegado: sí, dormí como un patriarca, no obstante tener el peso del crimen sobre el alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día, sin que volviera mi verdugo. De nuevo respiré como hombre libre. El monstruo, en su terror, había abandonado para siempre aquellos lugares. Me parecía que no lo volvería a

ver. Mi dicha era inmensa. El remordimiento de mi tenebrosa acción no me inquietaba mucho. Se practicaron algunas averiguaciones, a las que no me costó demasiado responder. Incluso se hizo una pesquisa en la casa, sin el menor resultado. Mi tranquilidad futura estaba asegurada.

Habían pasado cuatro días desde el asesinato, cuando un montón de agentes de policía se presentaron inopinadamente en casa, y se procedió de nuevo a una prolija investigación. Como tenía plena confianza en la impenetrabilidad del escondrijo, no experimenté zozobra. Los funcionarios me obligaron a acompañarlos en el registro, que fue minucioso en extremo. Por último, y por tercera o cuarta vez, descendieron al sótano. Mi corazón latía regularmente, como el de un hombre que confía en su inocencia. Recorrí de uno a otro extremo el sótano, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé afectando tranquilidad de un lado para otro. La justicia estaba plenamente satisfecha, y se preparaba a marchar. Era tanta la alegría de mi corazón que. no podía contenerla. Me abrasaba el deseo de decir algo, aunque no fuese más que una palabra en señal de triunfo, y hacer indubitable la convicción acerca de mi inocencia.

—Señores —dije al fin, cuando la gente subía la escalera—, estoy satisfecho por haber desvanecido vuestras sospechas. Deseo a todos buena salud y un poco más de cortesía. Y de paso, caballeros, vean aquí, una casa singularmente bien construida (en mi ardiente deseo de decir alguna cosa, apenas sabía lo que hablaba). Yo puedo asegurar que ésta es una casa admirablemente hecha. Estos muros… ¿Van a marcharse, señores? Estas paredes están fabricadas sólidamente.

Y entonces, con una audacia frenética, golpeé fuertemente con el bastón que tenía en la mano precisamente sobre la pared del tabique detrás del cual estaba el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah, que al menos Dios me proteja y me libre de las garras del demonio! No se había extinguido aún el eco de mis golpes, cuando una voz surgió del fondo de la tumba: un quejido primero, débil y entrecortado como el sollozo de un niño, que aumentó después de intensidad hasta convertirse en un grito prolongado, sonoro y continuo, anormal y antihumano, un aullido, un alarido a la vez de espanto y de triunfo, como sólo puede salir del infierno, como horrible armonía que brotase a la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios regocijándose en sus padecimientos.

Relatar mi estupor sería insensato. Sentí agotarse mis fuerzas y caí tambaleándome contra la pared opuesta. Durante un instante, los agentes, que estaban ya en la escalera, quedaron paralizados por el terror. Un momento

después, una docena de brazos vigorosos caían demoledores sobre el muro, que vino a tierra enseguida. El cadáver, ya bastante descompuesto y cubierto de sangre cuajada, apareció rígido ante la vista de los espectadores.

Encima de su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y el ojo único despidiendo fuego, estaba subida la abominable bestia, cuya malicia me había inducido al asesinato, y cuya voz acusadora me había entregado al verdugo…

Al tiempo mismo de esconder a mi desgraciada víctima, había emparedado al monstruo en la tumba.

William Wimark Jacobs

Hay algunos relatos que, en su brevedad y concisión, pero sobre todo gracias al ingenio y la gracia especial de sus autores, son capaces de condensar en sí, en unas pocas páginas, un tema universal que, a partir de ese momento, encuentra en ellos su manifestación ejemplar, capaz de llegar con terrible eficacia y claridad a sus lectores, convirtiéndose de algún modo en la fuente de la que luego surgirán otras versiones mas elaboradas o ligeramente distintas de la misma historia o, mejor dicho, de su significado y simbolismo más profundo. El caso de "La pata de mono" de W. W. Jacobs es paradigmático, pues en él se resume de la forma más impactante a la par que elegante el axioma que reza (nunca mejor dicho) «cuidado con lo que deseas» o, parafraseando a Santa Teresa de Jesús —mas bien a San Truman Capote—, «se derraman mas lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas».

William Wimark Jacobs (1863-1943), recordado hoy como uno de los muchos y siempre interesantes cultivadores del relato fantástico inglés de la era eduardiana, fue en realidad y fundamentalmente un humorista, varias de cuyas novelas retratan una cierta picaresca portuaria londinense, llena de personajes extravagantes y tipos populares, al tiempo que recrean el argot del East End con elegancia e ingenio. Sus cuentos, generalmente también de carácter humorístico, gozaron de extrema popularidad en su día, apareciendo en publicaciones como *The Strand* o el *Idler* que dirigía Jerome K. Jerome, que al igual que P. G. Wodehouse era declarado admirador del escritor, al que la crítica llegó a comparar con Dickens en su momento de mayor éxito. Sin embargo, como buen literato inglés, Jacobs abordó también con frecuencia los cuentos de fantasmas y de lo extraño, y sería precisamente en su antología *The Lady of the Barge*, publicada en 1902, donde aparecería el que se ha convertido con el paso del tiempo en el más famoso y recordado no sólo de sus relatos, sino de tuda su obra literaria: "La pata de mono".

Jacobs posee todas las virtudes del escritor británico de ficción de su tiempo y pocos de sus defectos, y de hecho, "La para de mono" es un auténtico ejemplo de narrativa breve pluscuamperfecta, que no en vano es

estudiado a menudo en cursos de literatura y escritura como modelo de relato fantástico donde destacan la finura del autor, su juego con la ambigüedad, la creación de un clima de pesadilla desarrollado sutilmente a partir de una situación aparentemente normal, y cómo la presencia de lo sobrenatural y grotesco se introduce de tal forma que nunca llegamos a estar totalmente seguros de su realidad, dejando en el lector una inquietante sensación de incomodidad, permitiéndole escoger si creer (o no) en la naturaleza fantástica y extraordinaria de lo sucedido, de lo que parece que sucede o incluso de lo que *podría* haber sucedido. Más allá de este juego narrativo, el esqueleto y desarrollo argumental centrales en "La para de mono", así como su fondo moral, aparecen en varios filmes característicos del terror moderno, que suelen, sin embargo, ir más lejos que el cuento original, para mostrar al espectador aquello que Jacobs sólo sugiere en sus páginas, a veces con buenos resultados, otras no tanto, pero dejando claro sin duda que el eje central del relato encuentra profundos ecos en las tendencias propias del género de horror contemporáneo.

El cuento en sí ha sido llevado a la pantalla en un buen número de ocasiones, sobre todo para la televisión (recordemos la adaptación que en sus *Historias para no dormir* realizara Narciso Ibáñez Serrador con el título de *La zarpa*, en 1967), pero también en al menos dos clásicos de Hollywood: uno de 1933, firmado por Wesley Ruggles y difícil de ver hoy día, y otro de 1948 dirigido por Norman Lee, ambos al parecer bastante fieles al original. Pero a nosotros nos interesa mucho más detectar de forma clara y transparente las huellas del relato en un filme como *Crimen en la noche* (*Dead of Night*. Aka. *Deathdream*, 1974), dirigido por Bob Clark y escrito por Alan Ormsby, dos nombres de mucha mayor importancia para el terror moderno de lo que se suele admitir, donde a partir de una anécdota muy similar a la imaginada por Jacobs, si bien prescindiendo de la pata de mono en cuestión, se nos ofrece una variante netamente contemporánea y física, al borde del *body horror*, del tema del vampirismo o el reviniente clásico, con algo de aroma a zombi, que a la vez se convierte en desgarradora metáfora del síndrome de estrés postraumático que sufrieron muchos de los excombatientes de Vietnam, al retornar al hogar para encontrarse transformados en extraños, satanizados por la misma sociedad que les había enviado a convertirse en héroes de una guerra absurda. Amparado en el puro género de Serie B y en la estética peculiarmente sórdida y realista de los 70, *Crimen en la noche* resulta mucho más eficaz como descripción y denuncia de los efectos de la guerra de Vietnam en la sociedad estadounidense que, por ejemplo, títulos tan

considerados como *El regreso (Coming Home*. Hal Ashby, 1978) o *El cazador* (*The Deer Hunter*. Michael Cimino, 1978), con el valor añadido de haberse rodado cuando la propia guerra aún no había concluido.

El corazón palpitante del relato de Jacobs (¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar por recuperar a un ser querido que acaba de morir?) esta también, sin duda, en el centro de una de las mejores novelas de Stephen King, *Cementerio de animales* (*Pet Sematary*, 1983), llevada al cine por Mary Lamben en 1989, y en su secuela, pero podemos encontrarlo más recientemente en una interesante coproducción entre Europa y Estados Unidos, que recupera algo del exotismo propio de la historia (o de la pata de mono, mejor dicho): *El otro lado de la puerta* (*The Other Side of the Door*. Johannes Roberts, 2016), si bien el único intento contemporáneo por adaptar de forma supuestamente fiel el cuento ofrece, precisamente, los resultados más irregulares y, a la postre, alejados del verdadero espíritu de este: *The Monkey's Paw* (Bren Simmons, 2013). En cualquier caso, "La pata de mono", una de las obras maestras del relato fantástico y de honor clásico, sigue haciendo sentir hoy su influencia en el cine de terror del siglo XXI.

LA PATA DE MONO[1]

I

Mientras afuera la noche era fría y húmeda, en el interior de la pequeña sala de estar de Laburnam Villa las ventanas se hallaban bien cerradas, las persianas echadas, y el fuego resplandecía vivamente en la chimenea. Sentados a una mesa, el dueño de la casa y su hijo disputaban con aire solemne una partida de ajedrez. De los dos, el primero, convencido de que la clave de aquel juego consistía en cambiar continuamente de estrategia para desconcertar al rival, llevaba ya rato poniendo a su rey en una serie de situaciones tan comprometidas e innecesarias que en más de una ocasión había provocado algún que otro comentario en la anciana de cabellos blancos que, cómodamente instalada junto al mego, fingía estar enfrascada en su labor de punto.

—¡Shhh! ¡Escucha! ¿Te has dado cuenta de cómo sopla el viento esta noche? —dijo de repente Mr. White, quien, habiendo descubierto demasiado tarde el tremendo error que acababa de cometer con su último movimiento, pretendía distraer a su hijo.

—Hace rato que lo escucho, papá —respondió el otro examinando el tablero con rostro ceñudo y alargando el brazo para mover una pieza—. Jaque…

—No creo que nuestro invitado venga esta noche —se apresuró a decir su padre con una indecisa mano suspendida sobre el tablero.

—… mate —concluyó el hijo.

—¡Eso es lo peor de vivir tan lejos de la ciudad! —exclamó entonces Mr. White perdiendo súbita e inesperadamente los estribos—. De todos los lugares que hay en este mundo para vivir aparrado de los demás, éste es el peor de todos. Cuando la carretera no está inundada, se encuentra hecha un barrizal. No sé en que demonios estarán pensando las autoridades para no ponerle remedio de una vez por todas a esta situación. Supongo que lo que ocurre es que, como en esta zona no vivimos más que unas pocas familias, a nadie le importamos un comino.

—No te sulfures, querido —le dijo suavemente su esposa—. Ya ganarás en otra ocasión.

Mr. White levantó la vista bruscamente justo a tiempo de sorprender una mirada de complicidad que en aquel momento cruzaban madre e hijo. Sus palabras de protesta no llegaron a salir de sus labios, pero al menos logró ocultar una delatora sonrisa entre la enmarañada espesura de su barba.

—Ahí lo tenemos —le dijo Herbert White a su padre cuando la verja del jardín, impulsada por el viento, se cerró de un portazo y unos pesados pasos se acercaron a la casa.

El anciano se levantó y se dirigió hacia la puerta para recibir al recién llegado. Unos segundos más tarde, tras pronunciar unas cuantas frases de bienvenida, Mr. White regresó a la sala de estar en compañía de un corpulento caballero de ojos brillantes y rostro rubicundo.

—Os presento al brigadier Morris —dijo escuetamente Mr. White a manera de presentación.

Tras estrecharle la mano a Mrs. White y a Herbert, el recién llegado tomó asiento en la silla que le fue ofrecida junto a la chimenea y observó complacido la acogedora habitación mientras su anfitrión sacaba de una alacena una botella de whisky y unos cuantos vasos y ponía sobre el fuego una pequeña tetera de cobre.

Hubo de llegarse al tercer vaso de whisky para que, una vez superada la primera timidez, el brigadier, con los ojos cada vez más brillantes, comenzase a hablar con mayor libertad. La familia White, mientras tanto, dispuesta frente a el formando un pequeño semicírculo, contemplaba con creciente interés a aquel visitante llegado de lejanas tierras conforme éste, sentado muy tieso en su silla, iba relatando todo tipo de historias y anécdotas curiosas acerca de guerras, plagas y gentes extrañas.

—Veintiún años lleva el brigadier en esas tierras —dijo al cabo de un rato Mr. White mirando afablemente a su mujer y a su hijo— Cuando se marchó no era más que un chiquillo. Ahora, en cambio, mirad en lo que se ha convertido.

—Pues el cambio no parece haberle sentado nada mal —dijo cortésmente Mrs. White.

—Cuánto me gustaría ir a la India —musitó el anciano— Sólo para ver cómo es aquello, ya me entendéis.

—Si yo fuese usted, preferiría quedarme donde está —repuso el brigadier soltando un suspiro y dejando su vaso vacío sobre la mesa.

—Pero a mí me gustaría tanto poder ver con mis propios ojos todos esos templos antiguos… Y también a los faquires y a los encantadores de serpientes… —replicó el anciano—. Por cierto, Morris, ¿cómo era aquello

que comenzó usted a contarme el otro día acerca de una pata de mono o algo parecido?

—Nada —se apresuró a responder el brigadier—. Al menos, nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de mono? —preguntó Mrs. White, llena de curiosidad.

—Bueno, en realidad no se trata más que de un pequeño ejemplo de o que ustedes, aquí en Occidente, llamarían simplemente «magia» —respondió el brigadier con cierta brusquedad.

Los tres oyentes, visiblemente interesados, se inclinaron hacia delante para poder oír mejor. Su invitado, mientras lauto, se llevó distraídamente el vaso a los labios sin darse cuenta de que se hallaba vacío. En cuanto descubrió su error, volvió a dejarlo sobre la mesa con un gesto contrariedad y Mr. White, solícito, se apresuró a llenárselo.

—A simple vista —explicó el brigadier hurgando en uno de sus bolsillos — no es más que una simple pata de mono momificada.

Dicho lo cual, se sacó del bolsillo el objeto en cuestión y lo sostuvo en su palma abierta para que los demás pudieran contemplarlo. Al posar sus ojos sobre él, Mrs. White se echó hacia atrás con una mueca de disgusto, pero su hijo, en cambio, lo cogió y comenzó a examinarlo con atención.

—¿Y qué es lo que tiene de especial? —preguntó Mr. White tras tomar la para de manos de su hijo, observarla durante unos segundos y dejarla a continuación sobre la mesa.

—Hubo una vez en la India un viejo faquir que le lanzó un conjuro a esa pata —explicó el brigadier—. Se trataba de un santo muy respetado en aquellas tierras que pretendía demostrar, por un lado, que el destino determina irremediablemente la vida de las personas y, por otro, que aquellos que intentan luchar contra su destino acaban siempre malparados. El conjuro en cuestión permite que tres hombres distintos rengan la posibilidad, cada uno de ellos, de pedirle a esa pata hasta tres deseos.

Su forma de hablar resultaba tan cautivante y turbadora que a sus tres oyentes se les congeló la sonrisa en el rostro.

—En ese caso, ¿por qué no pide usted tres deseos? —propuso Herbert White con tono ligeramente burlón.

El militar se volvió hacia él y le dirigió una de esas explícitas miradas que un hombre de mediana edad acostumbra dirigir a todo joven presuntuoso.

—Porque ya lo he hecho —se limitó a decir mientras su rostro de piel curtida empalidecía de repente.

—Esa historia parece sacada de *Las mil y una noches* —dijo Mrs. White levantándose para poner la mesa—. Por cierto, ¿por qué no pedís cuatro pares de manos para mí? No me vendrían nada mal a la hora de hacer las tareas de la casa.

Dispuesto a continuar con la broma de su mujer, Mr. White se apresuró a coger la pata de mono de la mesa y abrió la boca para pedir el deseo. Pero, al ver la expresión alarmada que acababa de aflorar al rostro del brigadier, se echó a reír súbitamente.

—Si va usted a pedir algún deseo —dijo entonces con brusquedad el militar cogiendo del brazo a su anfitrión—, asegúrese primero de que lo que desea sea algo razonable.

Sin darle importancia a la aspereza con la que el brigadier le acababa de hablar, y sin pensar en lo que hacía, Mr. White se metió sin más la pata de mono en el bolsillo y, tras disponer unas sillas alrededor de la mesa, invitó a su amigo a tomar asiento en una de ellas. Durante la cena apenas se habló de aquel extraño talismán, y una vez acabada la misma, los White permanecieron sentados largo rato escuchando embelesados muchas otras de las aventuras que aquel singular personaje había protagonizado durante su estancia en la India.

—Si esa historia de la pata de mono tiene tanto de verdad como todas las demás historias que ese hombre nos ha contado esta noche —dijo Herbert una vez que la puerta de la casa se hubo cerrado tras el brigadier, quien se había marchado con el tiempo justo para tomar el último tren—, me da la impresión de que esa reliquia disecada no nos va a ser de mucha utilidad.

—¿Le diste algo por ella, querido? —preguntó Mrs. White mirando atentamente a su marido.

—Apenas unas pocas monedas, mujer —contestó éste ruborizándose ligeramente—. Al principio se negaba a cogerlas, pero yo le obligué a aceptarlas. ¿Y, a que no sabéis una cosa? Mientras se guardaba el dinero no dejó de repetirme que procurase deshacerme de ella.

—¿Deshacerte de ella? —intervino Herbert fingiendo escandalizarse—. Pero ¿cómo se le ocurre decir algo así justo ahora, que, gracias a esa para, vamos a ser ricos, famosos y felices para siempre? Yo, para empezar. deseo convertirme en emperador. De esa manera tú, papá, como padre del emperador, podrás poner a mamá en su sitio de una vez y evitar así que ella siga teniéndote completamente dominado.

Envuelto en sus propias carcajadas, Herbert echó a correr alrededor de la mesa seguido de cerca por su madre, quien, escandalizada, blandía en alto una

sartén capaz de atemorizar a cualquiera.

Mr. White se sacó entonces del bolsillo la pata de mono y la examinó con curiosidad.

—Lo cierro es que, si tuviese que pedir un deseo, no sabría qué pedir —dijo lentamente—. Creo que ya tengo todo cuanto puedo desear.

—Podrías pedir dinero, papá. Así podrías liquidar de una vez todas tus deudas. Y eso no te vendría nada mal, ¿verdad? —dijo Herbert rodeando a su padre con un brazo—. ¿Por qué no pides doscientas libras? Creo que con eso será más que suficiente.

Ligeramente avergonzado de su credulidad, Mr. White sonrió con timidez y levantó en alto la pata de mono mientras su hijo, tras guiñarle un ojo a su madre, se sentaba al piano con expresión solemne y comenzaba a tocar unos majestuosos acordes.

—Deseo doscientas libras —dijo en voz alta el anciano.

Una soberbia melodía de piano envolvió aquellas palabras. Sin embargo, justo en aquel momento Mr. White profirió un estremecedor alarido que hizo que su esposa y su hijo se precipitasen a su lado.

—¡Se ha movido! —exclamó asustado el anciano mirando con repugnancia la pata de mono, la cual, tras caer de su mano, yacía ahora sobre el suelo—. ¡Os aseguro que se ha movido! ¡Mientras pedía el deseo, se retorció en mi mano como si estuviese viva! ¡Os juro que lo que digo es cierto!

—Lo que sí es cierto es que yo no veo el dinero por ninguna parte —repuso su hijo recogiendo del suelo el talismán y dejándolo sobre la mesa—. Y os apuesto cualquier cosa a que nunca lo veré.

—Debe de haber sido tu imaginación, querido —dijo Mrs. White mirando a su esposo con preocupación.

El anciano, todavía sobresaltado, sacudió la cabeza.

—Bueno, no pensemos más en ello. No quiero que empecéis a creer que me estoy haciendo viejo —dijo—. Seguro que ha sido una falsa impresión. Aunque, por muy falsa que haya sido, eso no quita que me haya llevado un susto de muerte.

Los tres volvieron a tomar asiento frente al Riego y allí permanecieron un buen rato mientras los dos hombres apuraban sus pipas. Fuera, mientras tanto, el viento, que en aquellos momentos soplaba con mayor fuerza que nunca, comenzó a azotar en algún lugar de la casa una puerta mal cerrada cuyos súbitos golpes hicieron que Mr. White diese un respingo. Un silencio tan

opresivo como inquietante se apoderó entonces de los tres habitantes de la casa hasta que, finalmente, los dos ancianos decidieron retirarse a descansar.

—Espero que cuando lleguéis a vuestro cuarto os encontréis sobre la cama una gran bolsa llena de dinero —dijo Herbert riendo y agitando una mano en señal de buenas noches—. Y tened mucho cuidado —añadió en tono burlón —, quién sabe si mientras estáis ocupados llenándoos los bolsillos un horrible monstruo os acecha desde lo alto del armario…

Una vez a solas en la sala de estar, el muchacho permaneció sentado en medio de la oscuridad con la mirada fija en las últimas llamas que danzaban todavía en la chimenea. Mientras sus ojos se hallaban allí clavados, tuvo la impresión de estar viendo en el fuego extrañas formas semejantes a horribles rostros simiescos que parecían salidos de una espantosa pesadilla. En determinado momento la impresión llegó a ser tan real que, riendo nerviosamente, buscó a tientas sobre la mesa un poco de agua que poder arrojar sobre las llamas. Pero, al hacerlo, tocó sin querer la pata de mono y, con un escalofrío, retrocedió bruscamente. Luego, sin dejar de limpiarse la mano una y otra vez en los faldones de su batín, se puso en pie y comenzó a subir lentamente las escaleras que conducían a su habitación.

II

A la mañana siguiente, mientras desayunaba en la sala de estar, Herbert no pudo evitar echarse a reír de los temores que le habían acosado la noche anterior. En la estancia, inundada ahora por la hermosa claridad del sol invernal, se respiraba un aire fresco y saludable que unas horas antes había brillado por su ausencia. En cuanto a la pata de mono, ésta, momentáneamente olvidada, se encontraba tirada de cualquier manera sobre el aparador. A la rotunda luz del día, su aspecto sucio y arrugado no impulsaba precisamente a creer en las propiedades mágicas que se le atribuían.

—No sé por qué será, pero a mí me da la impresión de que todos los soldados son iguales. A todos les gusta creer en paparruchas —dijo Mrs. White—. ¡Y pensar que anoche estuvimos a punto de tragarnos semejante sarta de tonterías! ¿Cómo puede uno llegar a creer que los deseos se conceden así como así? Y aunque así fuese, ¿qué daño podrían hacernos doscientas libras?

—¿Quién sabe? A lo mejor, si cayesen del cielo y nos diesen de lleno en la cabeza… —dijo Herbert echándose a reír.

—Morris me dijo que cuando un deseo resulta concedido todo ocurre de la forma más natural —intervino Mr. White—, de tal manera que uno no puede evitar pensar que se trata de una simple coincidencia.

—Bueno, si así fuese, prométeme una cosa, papá: que no tocarás las doscientas libras hasta que yo vuelva del trabajo —dijo Herbert poniéndose en pie—. Mucho me temo que, de no hacerlo así, te convertirías en un avaro y no querrías separarte nunca del dinero. Y mamá y yo nos veríamos obligados a quitártelo por la fuerza.

Mrs. White se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Luego, poniéndose también en pie, acompañó a Herbert hasta la puerta, se despidió de él y permaneció unos segundos en el umbral contemplando cómo su hijo se alejaba por el camino. Seguidamente, riéndose todavía de la credulidad de su marido, regresó a la mesa. No obstante, a pesar de todas sus risas y burlas, no pudo evitar salir corriendo hacia la puerta cuando el cartero llamó aquella mañana a la puerta, ni hacer un despectivo comentario sobre lo que ella llamó «esos dichosos soldados aficionados a la bebida» cuando vio que el correo de aquel día consistía en una factura del sastre en vez de en un cheque por valor de doscientas libras.

—Estoy deseando oír lo que dirá Herbert cuando vuelva a casa y vea esa factura —dijo mientras ella y su marido se sentaban a comer—. Sólo de imaginármelo ya me estoy riendo.

—Y yo —convino Mr. White sirviéndose un buen vaso de cerveza—. Aunque, de todas formas, digáis lo que digáis, anoche esa cosa se movió en mi mano. Te juro que lo hizo.

—Simplemente te daría esa impresión, querido —dijo su esposa con tacto.

—Si yo digo que se movió es que se movió —repuso el otro—. No estoy hablando de impresiones, sino de hechos. Yo acababa de pedir aquel deseo cuando, de repente… Pero bueno, ¿qué es lo que pasa?

Mrs. White no respondió. Se hallaba demasiado ocupada siguiendo con la mirada los misteriosos movimientos de un hombre que, de pie frente a la entrada del jardín, no dejaba de mirar con aspecto indeciso hacia la casa como si estuviese pensando si debía o no llamar a la puerta. Sin poder evitarlo, asoció mentalmente a aquel extraño con las doscientas libras y reparó entonces en que el sujeto en cuestión no sólo iba muy bien vestido, sino que además llevaba puesto un magnífico y reluciente sombrero que debía de haberle costado una fortuna. Mientras deambulaba frente a la casa, aquel personaje se paró hasta tres veces ante la verja, como dispuesto a entrar, pero otras tantas veces se echó atrás y continuó paseando. Finalmente, al cuarto

intento, asió con fuerza la puerta del jardín, la abrió resueltamente de un empujón y echó a andar con paso firme y decidido por el sendero que conducía a la puerta de la casa. Mrs. White, poniéndose en pie al ver cómo el hombre se acercaba, se quitó apresuradamente el delantal, lo escondió bajo el cojín de una silla y acudió a recibir al extraño.

Tras abrir la puerta de un tirón, Mrs. White hizo pasar al recién llegado hasta la sala de estar. Éste, visiblemente incómodo, la miró de soslayo y la escuchó con expresión preocupada mientras la anciana le pedía disculpas por el desorden que reinaba en la casa y por las ropas tan sucias que llevaba puestas su marido, pues, según explicó, eran las que Mr. White solía ponerse cuando se disponía a trabajar en el jardín. A continuación guardó silencio y, con toda la paciencia de la que una mujer es capaz, esperó a que aquel hombre explicase el motivo que le había llevado hasta allí.

—Yo… Verán ustedes, yo… Me han pedido que viniera a verles —dijo por fin, tras un extraño silencio, bajando la vista y dejándola clavada en algún lugar del suelo—. Vengo de parte de la firma Maw & Meggins.

La anciana dio un respingo.

—¿Hay algún problema? —preguntó sin aliento—. ¿Le ha ocurrido algo a Herbert? ¡Conteste, por lo que más quiera! ¿Le ha ocurrido algo a mi hijo?

Su marido intervino.

—Tranquilízate, querida. No te alteres —se apresuró a decir con voz suave—. Siéntate aquí y no saques conclusiones precipitadas. Y ahora, caballero —anadió volviéndose hacia el recién llegado con una mirada cargada de ansiedad—, díganos lo que ha venido a decirnos. Estoy seguro de que no se trata de malas noticias, ¿verdad?

—Lo siento mucho, caballero, pero… —comenzó a decir el hombre.

—¿Le ha pasado algo a mi hijo? —preguntó la anciana sin poder contenerse por más tiempo.

El visitante asintió con la cabeza.

—Así es, señora. Su hijo se encuentra gravemente herido —dijo en voz baja—. Pero al menos ya no sufre.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la anciana retorciéndose las manos con fuerza—. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a…!

La mujer guardó silencio de repente cuando cayó en la cuenta del verdadero significado que encerraban las últimas palabras pronunciadas por aquel hombre. Luego, cuando al ver el rostro sombrío y crispado de éste sus más horribles temores se vieron definitivamente confirmados, se quedó sin aliento y, mirando con desesperación a su marido, que todavía no parecía

haber comprendido del todo lo que sucedía, puso su mano temblorosa en la de él y se la apretó con fuerza. Se produjo entonces un silencio sepulcral.

—Al parecer, su hijo quedó atrapado entre los engranajes de una de las máquinas —añadió finalmente el visitante con voz apenas audible.

—Atrapado entre los engranajes —repitió Mr. White, aturdido—. Dios mío…

El anciano se dejó caer pesadamente en una silla y se puso a mirar por la ventana sin ver nada en particular. Luego, con una dulzura infinita, tomó la mano de su esposa entre las suyas y la apretó tal y como había hecho por primera vez cuarenta años atrás, cuando los dos no eran más que una joven pareja de novios.

—Herbert era lo único que teníamos en este mundo —dijo volviéndose ligeramente hacia el visitante—. No tiene usted idea de lo duro que resulta perderle.

El hombre, incómodo, carraspeó y, poniéndose en pie, se acercó lentamente a la ventana.

—La empresa me ha pedido que les comunique su más sincero pésame ante tan dolorosa pérdida —dijo sin apenas levantar la mirada—. Espero que comprendan que yo no soy más que un simple empleado y que me limito a obedecer las órdenes que me han transmitido.

No hubo respuesta. A la anciana, mortalmente pálida y con la mirada completamente perdida, apenas se la oía respirar. Su marido, mientras tanto, seguía mirando en silencio por la ventana.

—También me han encargado decirles que Maw & Meggins niegan cualquier tipo de responsabilidad en lo ocurrido —continuó diciendo el hombre—. No obstante, en consideración a los servicios prestados por su hijo a lo largo de los últimos anos, la empresa desea hacerles entrega de cierta cantidad de dinero a manera de compensación.

Al oír aquello, Mr. White soltó la mano de su esposa y, poniéndose en pie cuan alto era, miró a aquel hombre con expresión horrorizada. Lentamente, sus labios resecos se abrieron para preguntar:

—¿A cuánto… a cuánto asciende esa cantidad?

—A doscientas libras, caballero —fue la respuesta.

Ajeno totalmente al grito de su esposa, el anciano, tras esbozar una amarga sonrisa, extendió las manos ante sí como un ciego que intentase caminar sin ayuda de su bastón y a continuación se desplomó sin sentido sobre el suelo.

III

Al día siguiente los dos ancianos enterraron a su difunto hijo en el cementerio nuevo del pueblo y a continuación, una vez concluida la ceremonia, recorrieron a pie las dos millas que les separaban de su casa, aquella casa que ahora se había quedado sumida en las sombras y el silencio. Todo había ocurrido tan deprisa que al principio les costó asimilar lo que realmente había sucedido, y durante algunos días permanecieron en vilo, como a la espera de alguna otra cosa que aún estuviese por ocurrir. Algo que, sin lugar a dudas, les ayudaría a llevar mejor aquella carga que tan pesada resultaba para sus fatigados corazones.

Pero conforme los días fueron pasando la esperanza fue convirtiéndose poco a poco en esa incurable resignación que, cuando se apodera de los ancianos, suele recibir erróneamente el nombre de apatía. Incluso había días en los que marido y mujer apenas intercambiaban una sola palabra pues, ahora que su hijo ya no estaba con ellos, no tenían nada de que hablar. Poco a poco, un profundo hastío comenzó a consumirles por dentro.

Cierta noche, aproximadamente una semana después del funeral, Mr. White, tras despertarse de manera brusca, descubrió que se encontraba solo en la cama. A su alrededor, la habitación se hallaba sumida en la más completa oscuridad. No obstante, al cabo de unos segundos pudo oír con claridad, procedente de la ventana, el llanto contenido de su mujer. Tras tomar una profunda bocanada de aire, el anciano se incorporó y se quedó sentado sobre el lecho.

—Vuelve a la cama, querida —dijo con toda la ternura de que fue capaz —. Hace mucho frío.

—Más frío hace donde está mi hijo ahora —respondió la anciana dando rienda suelta a sus lágrimas.

Los sollozos de su esposa fueron apagándose poco a poco en sus oídos mientras él, echándose de nuevo sobre el cálido lecho, cerraba los ojos y se hundía lentamente en el sueño. Así permaneció durante un buen rato hasta que, de repente, los gritos de su mujer lo despertaron bruscamente.

—*¡La pata de mono!* —gritaba la anciana, lucra de sí—. ¡Claro que sí, Dios mío, claro que sí! *¡La pata de mono!*

El marido se incorporó en la cama con un respingo.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Qué le pasa a la pata de mono?

La anciana se acercó a él corriendo.

—¿Dónde está? —le dijo, algo más calmada, a su marido—. No te habrás deshecho de ella, ¿verdad?

—No. Está abajo, en la sala de estar, sobre la repisa de la chimenea —respondió Mr. White, todavía un tanto aturdido—. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Qué es lo que ocurre, querida?

Ella se echó a llorar y a reír al mismo tiempo e, inclinándose hacia delante, besó a su marido en la mejilla.

—Se me acaba de ocurrir una idea —respondió, histérica—. ¿Cómo no habré pensado antes en ello? ¿Y cómo es que no se te ha ocurrido a ti tampoco?

—¿Ocurrírseme? ¿El qué? —preguntó él.

—Los dos deseos que aún faltan por pedir —se apresuró a contestar su mujer—. Sólo hemos pedido uno.

—¿Y qué? ¿Es que acaso no has tenido suficiente? —repuso él con aspereza.

—¡No! —exclamó triunfalmente su mujer—. Pediremos otro deseo. Ve a por la pata de mono, cógela y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

Como impulsado por un resorte, el anciano se sentó en la cama y, tras arrojar a un lado las mantas, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Es que te has vuelto loca? —exclamó horrorizado.

—Ve ahora mismo a por esa pata —dijo la anciana, casi sin aliento—. Ve a por ella, cógela y pide ese deseo… ¡Oh, Dios mío! Mi niño, mi pequeño…

El anciano cogió una cerilla, la prendió y encendió con ella una vela.

—Vuelve a la cama —dijo con voz insegura—. No sabes lo que estás diciendo.

—Si el primer deseo nos fue concedido, ¿por qué no va a suceder lo mismo con el segundo? —replicó su esposa con mirada febril.

—Nadie nos ha concedido ningún deseo —balbuceó el anciano—. Aquello no fue más que una desafortunada coincidencia.

—¡Ve abajo, coge esa pata y pide el deseo! —gritó su mujer temblando de excitación.

El anciano se volvió hacia ella y la miró fijamente. Cuando habló, lo hizo con voz temblorosa.

—Herbert lleva muerto diez días, querida. Además… no debería decirte esto, pero… cuando sacaron su cuerpo de la máquina en que quedó atrapado, sólo fui capaz de reconocerlo gracias a sus ropas. Si en aquel momento verlo hubiera sido una experiencia demasiado terrible para ti, imagínate ahora.

—¿Y qué importancia tiene eso? Lo único que quiero es que mi hijo vuelva a casa —gritó la mujer empujando a su marido hacia la puerta—. ¿Es

que acaso crees que le tengo miedo al hijo que yo misma he criado?

Incapaz de seguir oponiendo resistencia por más tiempo, el anciano salió de la habitación, bajó a oscuras las escaleras, entró a tientas en la sala de estar y, una vez allí, llegó junto a la repisa de la chimenea, donde la pata de mono parecía estar esperándole. Nada más cogerla, le asaltó la terrible idea de que quizás aquel deseo demencial acabase realmente trayendo a casa el cuerpo destrozado de su hijo antes de que él tuviese tiempo de escapar. Aquel pensamiento le impactó tanto que durante unos segundos se quedó completamente paralizado de terror y, respirando con dificultad, perdió el sentido de la orientación y se sintió súbitamente desamparado en la oscuridad. Con la frente bañada en sudor, y con aquella inmunda pata momificada fuertemente cogida en una mano, se abrió camino a trompicones hasta la mesa y, desde allí, fue avanzando a tientas a lo largo de la pared hasta que se encontró nuevamente en el pasillo que desembocaba en las escaleras.

Cuando por fin llegó a su habitación, incluso el rostro de su esposa le pareció diferente. No sólo se hallaba mortalmente pálido debido a la excitación y el insomnio, sino que además parecía dominado por una extraña y enigmática expresión. Con un repentino e inmenso dolor, el anciano se dio cuenta de que tenía miedo de su mujer.

—Muy bien. ¡Ahora pide ese deseo! —le espetó la anciana en voz alta.

—Todo esto no tiene ningún sentido, querida —balbuceó él.

—¡Te he dicho que pidas ese deseo! —repitió ella.

Lentamente, el anciano levantó en alto la pata de mono y dijo: —Quiero que mi hijo vuelva a la vida.

El talismán cayó entonces al suelo con un suave golpe. El anciano, incapaz de articular una sola palabra más, clavó en él una mirada cargada de terror y a continuación, temblando de pies a cabeza, se desplomó pesadamente en una silla. Su esposa, mientras tanto, se acercó a la ventana con la mirada encendida y levantó la persiana de un enérgico tirón.

Dirigiendo alguna que otra ocasional mirada a aquella arrebatada figura que esperaba ansiosa junto a la ventana, Mr. White permaneció sentado hasta que su cuerpo comenzó a entumecerse de frío. La vela, reducida a una pequeña lengua de fuego que asomaba tímidamente por el borde del candelabro, comenzó a proyectar temblorosas sombras sobre las paredes y el techo de la estancia hasta que, finalmente, con un último estremecimiento más pronunciado que los anteriores, se extinguió. Entonces el anciano, sintiendo un alivio indescriptible al ver que el talismán no parecía surtir efecto alguno, se levantó y se introdujo silenciosamente en la cama. Uno o dos minutos más

tarde, su esposa, dándose definitivamente por vencida, se separó de la ventana, cruzó la habitación, y se tumbó junto a él sin hacer ruido.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra. En vez de eso, se limitaron a permanecer tumbados, en silencio, escuchando atentamente el tic-tac del reloj, el crujir de las escaleras y el ocasional correteo de algún que otro ratón en algún oculto rincón de la casa. La oscuridad resultaba tan asfixiante que, al cabo de un buen rato, el anciano, incapaz de seguir soportándola por más tiempo, reunió todo el valor que fue capaz de encontrar y, tras coger de la mesilla de noche una caja de cerillas, encendió una de éstas y salió de la habitación para ir en busca de una vela.

Cuando llegó al pie de las escaleras, la cerilla se apagó de repente y tuvo que detenerse para encender otra. Pero, justo en aquel preciso instante, un golpe, tan leve y suave que al principio el anciano tuvo dudas de haberlo oído, sonó en la puerta de la casa.

Mr. White sintió cómo la caja de cerillas, aún abierta, se le escapaba de la mano y cómo los fósforos se desparramaban a sus pies sobre el suelo del pasillo. Permaneció inmóvil, conteniendo la respiración hasta que el golpe volvió a dejarse oír. Entonces, reaccionando súbitamente, dio media vuelta, regresó corriendo a su habitación y, con manos temblorosas, cerró la puerta a sus espaldas. Un tercer golpe resonó entonces por toda la casa.

—*¿Qué ha sido eso?* —exclamó su esposa despertándose de repente.

—Una rata, querida —respondió el anciano con voz temblorosa—. Me pasó por entre las piernas mientras bajaba las escaleras.

Su esposa se sentó en la cama escuchando atentamente. Un nuevo golpe, esta vez más poderoso que los anteriores, retumbó por todas partes.

—¡Es Herbert! —gritó—. ¡Oh, Dios mío! ¡Es Herbert!

Como impulsada por un resorte, la anciana se levantó de la cama y echó a correr hacia la puerta, Pero entonces su marido, reaccionando con rapidez, se plantó frente a ella y la agarró fuertemente del brazo.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —le dijo en un ronco susurro.

—Dejar a mi hijo entrar en casa. ¿Es que no re das cuenta de que es Herbert quien llama? —gritó la mujer forcejeando por soltarse—. Con los nervios, me olvidé de que el cementerio se encuentra a dos millas de aquí y de que recorrerlas lleva algún tiempo. Y ahora, suéltame. ¿Por qué me retienes? ¡Suéltame, te digo! Tengo que abrir esa puerta.

—Por el amor de Dios, no le dejes entrar —suplicó el anciano temblando de pies a cabeza.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que acaso tienes miedo de tu propio hijo? —replicó su esposa sin dejar de forcejear—. Suéltame de una vez. ¡Ya voy, Herbert! ¡Ya voy, hijo mío!

Marido y mujer forcejearon todavía durante unos instantes mientras los golpes, cada vez más insistentes, seguían resonando sobre la puerta de la casa. Finalmente, la anciana, liberándose de un tirón, dio media vuelta y salió corriendo de la estancia. Su marido, echando a correr tras ella, la siguió hasta el rellano de las escaleras, pero una vez allí, incapaz de alcanzarla, se detuvo y la llamó a gritos mientras ella bajaba apresuradamente al piso inferior. Poco después se oyó el ruido de la cadena de la puerta al ser quitada y el de uno de los cerrojos al ser descorrido. Y, justo a continuación, la voz forzada y jadeante de la anciana que gritaba:

—¡El cerrojo de arriba! ¡No puedo alcanzarlo! ¡Está demasiado alto para mí! ¡Ven a ayudarme!

Pero su marido, en vez de acudir en su ayuda, dio media vuelta, entró de nuevo en el dormitorio y, poniéndose a gatas, comenzó a rastrear el suelo corno un loco en busca de la pata de mono. Si tan sólo pudiese encontrarla antes de que su mujer le abriese la puerta a aquella cosa…

Mientras una verdadera andanada de golpes hacía temblar toda la casa, oyó cómo su esposa arrastraba una silla hasta el vestíbulo y la ponía contra la puerta. Unos segundos más tarde, justo en el momento en que oía cómo aquel último cerrojo era descorrido con un leve chirrido, encontró lo que buscaba. Sin perder un solo instante, levantó ante sí la pata de mono y pronunció horrorizado su tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de repente y de ellos sólo quedó un eco que recorrió toda la casa hasta extinguirse. Con el corazón en un puño, el anciano oyó cómo su esposa apartaba a un lado la silla y abría acto seguido la puerta.

Una fría ráfaga de viento atravesó el umbral y se deslizó velozmente escaleras arriba. A continuación, un largo y desesperado lamento de la anciana recorrió la casa de un extremo a otro. Nada más oírlo, su esposo, haciendo acopio de valor, bajó corriendo las escaleras, pasó junto a ella y salió al exterior. Allí, a la frágil luz de una farola situada al otro lado de la calle, el camino se hallaba desierto y tranquilo.

Howard Phillips Lovecraft

Cuando en 1985 se estrenó *Re-Animator*, de Stuart Gordon, una producción independiente de horror, gore y humor negro que pese a la desconfianza inicial de su distribuidor, el mito del terror ochentero Charles Band, había sido bien recibida en varios festivales y acogida con sorprendente entusiasmo por vacas sagradas de la crítica cinematográfica como Pauline Kael o Roger Eber, buena parte de los fans de H.P. Lovecraft, el mayor renovador del género de terror desde Poe y fundador del Horror Cósmico, se echaron las manos a la cabeza, considerando que aquello era lo menos *lovecraftiano* del mundo y un insulto a la memoria del Solitario de Providence. Por supuesto, casi ninguno había leído entonces el relato original que aquí ofrecemos de nuevo, y ai que la película de Gordon, con su ingeniosa, esperable y deseable puesta al día, se mantenía enormemente fiel un espíritu y hasta en la letra. Porque, de hecho, "Herbert West, reanimador" es un cuento relativamente atípico de su autor, ajeno al Corpus de los Mitos de Cthulhu (si bien es la primera vez que aparece citada la Universidad de Miskatonic), pero también absolutamente sangriento, divertido y paródico.

En efecto, publicado originalmente en la revista de aficionados *Home Brew* dividido en seis episodios, entre febrero y julio de 1922, lo que explica su estructura de puro serial donde cada aventura termina en *clifhanger* y comienza con un breve resumen de los sucesos anteriores, y por cada uno de los cuales cobró Lovecraft cinco dólares, "Herbert West, reanimador" es básicamente una parodia del *Frankenstein* Mary Shelley, que lleva las ideas y el personaje del científico loco del clásico gótico y filosófico de la célebre escritora, hasta los extremos más ridículos, grotescos y truculentos, consiguiendo, prácticamente de forma involuntaria, una pieza de humor negro modernista, adelantada a su tiempo, pero que, por supuesto, al propio autor nunca llegó a gustarle del todo y que muchos expertos, como S. T. Joshi, consideran entre lo peor de su producción. Sin embargo, usa naturaleza alimenticia netamente *pulp*, despreocupadamente morbosa y granguiñolesca, es la que supo ver y entender a la perfección Gordon, que en un momento del

género moderno en el que la comedia *splatter* se abría paso con títulos pioneros como *Un hombre lobo americana en Londres* (*An American Werewolf in London*. John Landis, 1981), *El Vengador Tóxico* (*The Toxic Avenger*. Michael Herz, Lloyd Kaufman, 1984), *Noche de miedo* (*Fright Night*. Tom Holland, 1985) o *El regreso de los muertos vivientes* (*The Return of the Living Dead*. Dan O'Bannon, 1985), la elevó a cotas inéditas de *gore* frenético, humor negro literalmente visceral y erotismo *camp*, que no sólo seguirían aumentando en las siguientes secuelas del filme, dirigidas ya por Brian Yuzna, la excelente *La novia de Re-Animator* (*Bride of Re-Animator*, 1989) y la aceptable *Beyond Re-Animator* (2003) —esta última una coproducción española, por cierto—, sino que abriría además territorio salvaje para una verdadera oleada *splattstick* ejemplificada por directores como Sam Raimi, Peter Jackson, Jackie Kong, Fred Dekker, Ted Nicolau —el de *TerrorVision* (1986), por cierto—, Frank Henenlotter y otros, hasta llegar a los mismísimos Robert Rodríguez, Quentin Tarantino, James Gunn o Edgar Wright.

Por poco que le gustara en su día al propio HPL y menos que les guste a algunos de sus fans, "Herbert West, reanimador", que tras ser reimpreso por *Weird Tales* en su número de marzo de 1942 caería prácticamente en el olvido hasta ser rescatado por la pantalla, era y sigue siendo un relato sorprendentemente actual gracias a su descarada iconoclastia paródica, exceso de alegre truculencia y zombis violentos y caníbales adelantados a su tiempo, y de hecho su herencia sangrienta, pura *exploitation*, estalló en los años 80 en una alegre orgía de sangre y tripas, cabezas cortadas, muertos vivientes y chicas desnudas gracias al clásico moderno de Stuart Gordon, que consagraría de paso un nuevo icono del cine de horror: el incombustible y obsesivo Dr. Herbert West, encarnado con soberbia propiedad por un inolvidable Jeffrey Combs. Por no hablar de Barbara Crampton, hoy totalmente recuperada para el terror del siglo XXI. Añadir como curiosidad que el director independiente italiano Ivan Zuccon, fanático de Lovecraft, realizó una nueva adaptación del relato en 2017, bastante más alejada del original que la de Gordon aunque no menos sangrienta. Corno no podía ser de otra manera, "Herbert West, reanimador", sigue vivo.

HERBERT WEST, REANIMADOR[1]

I. DESDE LA OSCURIDAD

De Herbert West, que fue mi amigo en la universidad y posteriormente, no puedo hablar sino con extremo terror. Terror que no se debe completamente a la siniestra manera en la que desapareció recientemente, sino que fue engendrado por la naturaleza intrínseca de su trabajo en vida, y que adquirió por primera vez su posterior gravedad hará más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer curso de carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, en Arkham. Mientras coincidió conmigo, lo prodigioso y diabólico de sus experimentos me mantuvieron totalmente fascinado, y me convertí en su más íntimo compañero. Ahora que ya no existe y el embrujo se ha roto, mi miedo es aún mayor. Los recuerdos y las posibilidades siempre resultan más terroríficos que la propia realidad.

El primer incidente espantoso durante nuestra amistad supuso la mayor impresión que jamás había experimentado hasta entonces, y me resulta muy difícil tenerlo que relatar. Como ya he anotado, sucedió mientras nos encontrábamos en la Facultad de Medicina, donde West había adquirido fama a causa de sus absurdas teorías sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de vencerla con medios artificiales. Sus puntos de vista, que eran ampliamente ridiculizados por el profesorado y los compañeros de estudios, giraban en torno a la naturaleza esencialmente materialista de la vida, y a los procedimientos para influir un la maquinaria orgánica del ser humano mediante una calculada acción química que entraría en liza tras el fallo de los procesos naturales. Durante sus experimentos con varias criaturas vivientes había matado y ensayado con un número ingente de conejos, cobayas, gatos, perros y monos, llegando a convenirse en el personaje más molesto de la Facultad. En varias ocasiones había conseguido obtener signos de vida en animales supuestamente muertos —generalmente, violentos signos de vida—, pero pronto se dio cuenta de que la perfección de su método, de ser efectivamente posible, le requeriría sin género de dudas la dedicación de toda una vida a sus investigaciones. Del mismo modo, vio con total claridad que, puesto que una misma solución no actuaba de igual manera aplicada a distintas especies orgánicas, necesitaría ejemplares humanos para conseguir

resultados futuros y progresos más especializados. Fue entonces cuando entró por primera vez en conflicto con las autoridades académicas, y le fue prohibido llevar a cabo sus experimentos por el mismísimo decano de la Facultad de Medicina, el letrado y bondadoso doctor Allan Halsey, cuyo trabajo en pro de los enfermos es recordado por todos los antiguos vecinos de Arkham.

Siempre he sido excepcionalmente tolerante con las investigaciones de West, y con frecuencia ambos discutíamos acerca de sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios eran casi infinitos. Sosteniendo, al igual que Haeckel, que toda clase de vida se basa en procesos químicos y físicos, y que la llamada «alma» es tan solo un mito, mi amigo creía que la reanimación artificial de la muerte podía depender meramente del estado de los tejidos; y que, a menos que la descomposición ya hubiese empezado a actuar, cualquier cuerpo completamente dotado de órganos era susceptible, gracias al tratamiento adecuado, de recuperar ese peculiar estado llamado vida. West afirmaba sin ningún género de dudas que la vida física e intelectual podría ser dañada por el más leve deterioro de las células sensitivas del cerebro, aun cuando este fuera afectado durante un breve periodo de muerte. Al comienzo, sus esperanzas se centraban en encontrar un reactivo capaz de restituir la vitalidad antes de que se produjera la verdadera muerte, y solo sus repetidos fracasos en los experimentos con animales le habían convencido de que los condicionantes artificiales y naturales resultaban incompatibles. Entonces se procuró ejemplares extremadamente recientes y les inyectó sus preparados en la sangre inmediatamente después de la extinción de la vida. Este hecho hizo que los profesores se mostraran tremendamente escépticos, pues pensaban que en ningún momento se había producido una muerte real. No se pararon a considerar los hechos de una manera más rigurosa y razonable.

No mucho después de que los académicos le prohibiesen seguir adelante con su trabajo, West me confesó su propósito de hacerse con ejemplares frescos de una manera u otra, y de continuar en secreto con sus experimentos, ya que no podía hacerlo abiertamente. Escuchar sus juicios y planes para conseguirlos resultaba espantoso, ya que en la Facultad jamás nos habíamos visto obligados a procurarnos nuestros propios ejemplares para las prácticas de anatomía. Cuando el depósito de cadáveres se hallaba agotado, dos negros de la vecindad se encargaban del asunto, y jamás se les hacía ninguna clase de preguntas. West era por entonces un joven delgado y menudo, con gafas, facciones delicadas, pelo rubio, ojos azul pálido y voz suave, y resultaba grotesco oírle hablar de las buenas perspectivas del Cementerio Cristiano y de

la fosa común. Finalmente nos decidimos por esta última, ya que prácticamente todos los cuerpos enterrados en el Cementerio Cristiano estaban embalsamados; lo cual, evidentemente, era perjudicial para las aspiraciones de West.

Por aquel entonces yo era su activo y ferviente auxiliar, y le ayudaba en todas sus componendas, no solo en las que tenían que ver con el abastecimiento de cadáveres, sino también en las concernientes al lugar adecuado para nuestros repugnantes planes. Fue a mí a quien se le ocurrió pensar en la granja deshabitada de Chapman, al otro lado de Meadow Hill, donde habilitamos una estancia en la planta baja como sala de operaciones y otra como laboratorio, ambas ocultas tras gruesos cortinones, a fin de que nuestras actividades nocturnas pasaran inadvertidas. El lugar estaba alejado de cualquier vía de paso, y no había casas vecinas a la vista; sin embargo, debíamos extremar las precauciones, ya que los rumores sobre extrañas luces, que podrían ser descubiertas por algún merodeador nocturno, resultarían desastrosos para nuestra empresa. Nos habíamos puesto de acuerdo para decir que el habitáculo era un simple laboratorio químico si llegábamos a ser descubiertos.

Poco a poco fuimos equipando nuestra infausta guarida científica con materiales adquiridos en Boston o robados inadvertidamente de la Facultad —materiales cuidadosamente camuflados de manera que resultaran irreconocibles, salvo para un ojo experto—, y también nos hicimos con picos y palas para los numerosos enterramientos que nos veríamos obligados a llevar a cabo en el sótano. En la Facultad utilizábamos un incinerador, pero ese aparato resultaba demasiado costoso para un laboratorio clandestino corno el nuestro. Los cuerpos siempre eran un engorro… incluso los diminutos cadáveres de cobaya de los experimentos secretos que West llevaba a cabo en el cuarto de la pensión donde residía.

Acechábamos las noticias locales sobre defunciones como vampiros, ya que nuestros especímenes requerían determinadas cualidades. Lo que queríamos eran cuerpos enterrados poco después del fallecimiento y sin ningún tipo de preservación artificial; preferiblemente libres de malformaciones morbosas y, por supuesto, con todos sus órganos presentes. Las víctimas de accidentes eran nuestra mayor esperanza. Durante muchas semanas no conseguimos ningún ejemplar adecuado, aunque hablábamos con las autoridades del depósito y del hospital, fingiendo representar los intereses de la Facultad, con tanta frecuencia como nos podíamos permitir sin llegar a despertar sospechas. Advertimos que la Universidad siempre tenía

preferencia, de manera que seguramente no nos quedaría más remedio que permanecer en Arkham durante las vacaciones, en las que tan solo se impartían unos cuantos cursillos de verano. Sin embargo, al final nos sonrió la suerte, ya que un día nos enteramos de un sujeto casi ideal que iban a enterrar en la fosa común: un musculoso y joven obrero que se acababa de ahogar el día anterior en Sumner's Pond, y al cual se había dado sepultura sin dilación ni embalsamar por cuenta del erario público. Aquella tarde descubrimos la tumba reciente, y decidimos empezar el trabajo justo después de la medianoche.

Fue una tarea repugnante la que acometimos en las oscuras horas de la madrugada, a pesar de que en aquella época aún carecíamos de ese pavor característico a los cementerios que despertó con experiencias posteriores. íbamos provistos de palas y lámparas de petróleo, pues aunque por entonces ya existían las linternas eléctricas, no resultaban tan satisfactorias como esos artilugios de tungsteno de hoy en día. El proceso de exhumación fue lento y sórdido —podría haber resultado grotescamente poético si hubiéramos sido artistas en vez de científicos—, y nos alegramos mucho cuando nuestras palas chocaron con la madera. Cuando la caja de pino fue completamente despejada, West se deslizó al fondo y quitó la tapa, sacando el contenido y dejándolo apoyado. Me incliné, lo agarré y entre ambos lo sacamos de la fosa; luego nos afanamos para dejarlo todo tal cual estaba en un principio. El asunto nos había puesto bastante nerviosos; sobre rodo el cuerpo rígido y la cara inexpresiva de nuestro primer trofeo, pero nos las arreglamos bien para borrar todas las huellas de nuestra visita. Cuando aplanamos la última paletada de tierra, metimos el espécimen en un saco de lona y emprendimos el regreso hacia la casa del viejo Chapman, al otro lado de Meadow Hill.

Sobre la improvisada mesa de disección de la vieja granja, bajo la luz de una potente lámpara de acetileno, el ejemplar no ofrecía un aspecto demasiado espectral. Se había tratado de un joven musculoso y, al parecer, poco imaginativo, de clase plebeya y saludable —constitución ancha, ojos grises y cabellos oscuros—; un animal sano, sin complicaciones psicológicas, y seguramente con unos procesos vitales de lo más simples y saludables. Con los ojos cerrados parecía más bien estar dormido que muerto, pero las pruebas expertas a las que le sometió mi amigo pronto disiparon toda duda al respecto. Por fin habíamos conseguido lo que West siempre había anhelado: un cuerpo ideal y listo para ser sometido a la solución preparada de acuerdo a los cálculos y teorías más minuciosos para su uso en un organismo humano. Estábamos muy nerviosos. Sabíamos que apenas existían posibilidades de

lograr un éxito completo, y nos resultaba imposible dejar de sentir un miedo horroroso a los grotescos efectos de una reanimación parcial. Nos sentíamos especial mente temerosos con las secuelas mentales e impulsivas de la criatura, ya que podría haber sufrido algún tipo de deterioro en las delicadas células cerebrales justo después de producirse la muerte. Por lo que a mí respecta, aún conservaba ciertas ideas curiosas acerca del concepto tradicional del «alma» humana, y sentía algo de temor ante los secretos que podría atesorar alguien que ha regresado del más allá. Me preguntaba que visiones podría haber contemplado este plácido joven en las esferas inaccesibles, y lo que nos contaría si recuperaba plenamente la vida. Pero mi curiosidad no era excesiva, ya que compartía casi en su totalidad el materialismo de mi amigo. Se mostró más tranquilo que yo mientras inyectaba una buena dosis de su fluido en una de las venas del brazo del cadáver, y también después de vendar el pinchazo sin dilación.

La espera fue térrica, pero West jamás perdió el control. Con frecuencia aplicaba su estetoscopio al espécimen, y soportaba con filosofía los resultados negativos. Al cabo de unos tres cuartos de hora, en los que no hubo ninguna señal de vida, declaró decepcionado que la solución era inadecuada; pero decidió aprovechar al máximo esta oportunidad e intentar una modificación en la fórmula antes de deshacerse de su macabro trofeo. Aquella tarde habíamos cavado una losa en el sótano, y debíamos llenarla antes de la aurora; ya que, a pesar de haber puesto un candado en la puerta, no deseábamos correr ni el más mínimo riesgo de que se produjera un grotesco descubrimiento. Además, el cuerpo ya no estaría lo suficientemente fresco para la noche siguiente. De manera que llevamos la solitaria lámpara de acetileno a la habitación contigua, dejamos a nuestro silencioso huésped a oscuras sobre la losa y empleamos todas nuestras energías en la preparación de un nuevo fluido, en cuya fórmula, peso y medidas West se entregó con una intensidad casi fanática.

El terrible suceso llegó de manera repentina y totalmente inesperada. Yo estaba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro, y West se hallaba ocupado con la lámpara de alcohol, que hacía las veces de mechero Bunsen en esta edificación sin gas, cuando de la oscura habitación contigua brotó la más atroz y demoníaca sucesión de gritos que jamás habíamos escuchado. No habría resultado más espantoso este caos de aullidos infernales si el abismo se hubiera abierto para dejar escapar la agonía de los condenados, ya que en esa cacofonía inconcebible se concentraba todo el horror supremo y la desesperación de la naturaleza animada. No podía tratarse de algo humano —

los hombres no son capaces de proferir semejante griterío—, y sin pensar en la tarea que estábamos realizando, ni en la posibilidad de ser descubiertos, los dos nos precipitamos por la ventana más cercana como animales heridos, derribando los tubos de ensayo, la lámpara y los crisoles, y corriendo alocadamente bajo el abismo estrellado de la noche rural. Creo que nosotros también gritábamos mientras avanzábamos a trompicones en dirección a la ciudad; pero al llegar al extrarradio adoptamos unas maneras más circunspectas… lo justo para hacernos pasar por un par de juerguistas nocturnos que regresan a casa después de una fiesta.

No nos separamos, sino que nos las arreglamos para llegar hasta la habitación de West, donde estuvimos hablando entre susurros, con la luz de gas encendida, hasta el amanecer. Por entonces ya nos habíamos calmado un poco a base de repetirnos teorías racionales y nuevos planes de investigación, de manera que pudimos dormir durante el día, en vez de asistir a las clases. Pero esa misma tarde aparecieron dos noticias en el periódico, sin aparente relación entre ellas, que nos quitaron por completo el sueño. La vieja casa deshabitada de Chapman había ardido inexplicablemente, quedando reducida a un amorfo montón de cenizas; eso pudimos asimilarlo, ya que habíamos derribado la lámpara. La otra noticia trataba sobre el intento de exhumación de una sepultura en la fosa común, como si alguien hubiera estado hurgando en la tierra vanamente y sin las herramientas adecuadas. Esto nos resultaba incomprensible, ya que habíamos allanado la tierra húmeda con sumo cuidado.

Y durante diecisiete años, West estuvo mirando con frecuencia por encima de su hombro, y quejándose de oír unos pasos sigilosos tras él. Ahora ha desaparecido.

II. EL DEMONIO DE LA PLACA

Jamás olvidaré aquel espantoso verano de hace dieciséis años, en el que, como un pernicioso ifrit surgido de las moradas de Iblís, el tifus se pro pagó inadvertidamente por toda Arkham. A causa de este azote satánico muchos recuerdan el año, pues el terror más absoluto se propagó con sus alas membranosas sobre los ataúdes de los sepulcros del Cementerio Cristiano; y sin embargo, para mí, hay un horror aún más grande asociado a aquel tiempo: un horror que solo yo conozco, ahora que Herbert West ha desaparecido.

West y yo estábamos ocupados en nuestras tesis del posgrado durante el curso de verano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, y mi amigo había adquirido una enorme notoriedad a causa de sus

experimentos encaminados a la reanimación de los muertos. Tras la matanza científica de incontables animalillos, la estrafalaria labor había sido expresamente prohibida por orden de nuestro escéptico decano, el doctor Allan Halsey; aunque West había seguido realizando ciertas pruebas secretas en el lúgubre cuarto de la pensión donde residía, y en una terrible e inolvidable ocasión se había hecho con un cuerpo humano que había sustraído de la fosa común, llevándolo a una granja deshabitada más allá de Meadow Hill.

Yo estuve a su lado en aquel detestable evento, y vi cómo inyectaba en las venas exangües el elixir que, según su criterio, restituiría de alguna manera al cadáver sus procesos físicos y químicos. El suceso había terminado de una manera terrible —en un delirio de horror que, con el tiempo, llegamos a atribuir a nuestros nervios sobreexcitados—, y West ya no había sido capaz de quitarse de encima la enloquecedora sensación de estar maldito y ser objeto de persecución. El cadáver no estaba lo suficientemente fresco; era obvio que, para conseguir restablecer las adecuadas condiciones mentales, el cuerpo tenía que ser verdaderamente reciente; además, el incendio de la vieja casa hizo que no pudiéramos enterrar los despojos. Habría sido preferible tener la seguridad de que estaban bajo tierra.

Después de aquella experiencia, West abandonó sus investigaciones durante un tiempo; pero poco a poco fue retornando su celo de científico nato, y de nuevo volvió a entrar en discordia con el profesorado de la Facultad, rogándoles que le dejaran utilizar la sala de disecciones y los especímenes humanos recientes para su trabajo, un trabajo que él consideraba de la mayor importancia. Sin embargo, todas sus súplicas fueron en vano, ya que la decisión del doctor Halsey fue inflexible; el resto del profesorado apoyó sin ambages el veredicto de su superior. En la teoría radical de la reanimación tan solo veían las extravagancias inmaduras de un joven entusiasmado, cuya delgada figura, rubios cabellos, ojos azules con anteojos y voz suave no dejaban entrever la fuerza sobrenatural —casi diabólica— de la fría mentalidad que albergaba dentro. Ahora puedo verle tal y como él era por entonces… y me estremezco. Su rostro se hizo más serio, pero no envejeció. Y ahora el Manicomio Sefton carga con la responsabilidad, y West ha desaparecido.

West chocó desagradablemente con el doctor Halsey casi al final de nuestro último curso de carrera, y ambos se vieron envueltos en una disputa que le desprestigió más a él que al venerable decano en términos de cortesía. Sentía que se le estaba negando de una forma irracional e innecesaria la

realización de una labor suprema, una labor que, sin lugar a dudas, podría realizarla por sus propios medios en los años venideros, pero que ansiaba comenzar mientras aún pudiera disponer de las facilidades excepcionales que le reportaba la Facultad. El hecho de que los académicos más conservadores ignoraran los singulares resultados obtenidos en animales, y se empeñaran en negar la posibilidad de la teoría de la reanimación, resultaba absolutamente indignante y prácticamente incomprensible para un joven del temperamento lógico de West. Solo una mayor madurez podría haberle ayudado a entender las crónicas limitaciones mentales un la relación «doctor-profesor», típico producto de generaciones de patético puritanismo: personajes amables, concienzudos, y a veces gentiles y amigables, pero siempre estrechos de miras, intolerantes, esclavos de las costumbres y faltos de perspectiva.

El tiempo suele ser más caritativo para con estas personalidades incompletas aunque de alma grande, cuyo peor defecto es, en realidad, la timidez, y que reciben finalmente el castigo del ridículo general por sus pecados intelectuales: su ptolemismo, su calvinismo, su antidarwinismo, su antinietzschianismo, y por toda clase de sabbatarinanismo y demás legislaciones suntuarias. West, aún joven a pesar de sus extraordinarios conocimientos científicos, tenía escasa paciencia con el bueno del doctor Halsey y sus eruditos colegas, y alimentaba un rencor cada vez más grande, parejo al deseo de demostrar la veracidad de sus teorías a aquellos engreídos obtusos de una forma grandilocuente y dramática. Como la mayoría de los jóvenes, se entregaba a retorcidos delirios de venganza, de triunfo y magnánima indulgencia final.

Y entonces surgió el azote letal y sarcástico de las cavernas de pesadilla del Tártaro. West y yo nos acabábamos de graduar cuando todo empezó, aunque seguíamos en la Facultad, realizando un trabajo extra en los cursillos de verano; de manera que aún estábamos en Arkham cuando estalló con demoníaca furia por toda la ciudad. Aunque todavía no éramos médicos graduados, poseíamos nuestras respectivas titulaciones, y se nos requirió urgentemente para incorporarnos al servicio público debido al número creciente de afectados. La epidemia estaba fuera de control, y el número de defunciones era demasiado alto para que las empresas de pompas fúnebres pudieran hacerse cargo de todas. Los entierros se sucedían uno tras otro, sin tiempo para embalsamar los cuerpos, e incluso el Cementerio Cristiano estaba repleto de ataúdes. Este hecho no le pasó desapercibido a West, que pensaba con frecuencia en la ironía de la situación; ¡tantos ejemplares frescos y sin

poder usar ninguno para sus prácticas! Estábamos saturados de trabajo, y la terrible tensión nerviosa y mental sumía a mi amigo en mórbidas reflexiones.

Pero los diplomáticos enemigos de West no se hallaban menos ocupados con la agobiante tarea. La Facultad había cerrado, y todos los doctores del departamento de medicina estaban ayudando a vencer la plaga de tifus. En particular, el doctor Halsey se había distinguido por su abnegación en el trabajo, dedicando todas sus enormes habilidades, con sincera y honda energía, a los casos que los demás evitaban por el peligro que representaban o por estar fuera de toda esperanza. Antes de terminar el primer mes, el valeroso decano se había convertido en un héroe popular, aunque él parecía no ser consciente de su notoriedad, y luchaba para evitar su propio desmoronamiento físico y mental. West no podía dejar de admirar la fortaleza de su enemigo, y precisamente por esto estaba más decidido que nunca a demostrarle la veracidad de sus increíbles teorías. Una noche, aprovechando la desorganización que existía entre los cometidos de la Facultad y las normas sanitarias municipales, se las arregló para introducir subrepticiamente en la sala de disecciones el cuerpo de un fallecido reciente, y le inyectó en mi presencia una dosis de su fluido modificado. El cadáver abrió los ojos, pero tan solo se limitó a fijarlos en el techo con una mirada petrificada llena de horror, antes de caer en una inmovilidad absoluta de la que nada pudo sacarle. West dijo que no era lo suficientemente fresco; el cálido ambiente veraniego no favorece la conservación de los cuerpos. Aquella vez estuvimos a punto de ser descubiertos antes de incinerar el cadáver, y West empezó a tener dudas sobre la conveniencia de volver a utilizar indebidamente las instalaciones de la Facultad.

El punto álgido de la epidemia tuvo lugar en agosto. West y yo estuvimos a punto de morir, y el propio doctor Halsey falleció el 14 del mismo mes. Todos los estudiantes acudieron a su apresurado sepelio que tuvo lugar el día 15, y compraron una impresionante corona funeraria, aunque fue casi engullida por los testimonios de admiración que enviaron los ciudadanos nobles de Arkham y la propia municipalidad. Se trató casi de un acontecimiento público, ya que el decano se había convertido en un benefactor de la ciudad. Tras el sepelio, nos quedamos bastante deprimidos, y pasamos la tarde en el bar de la Commercial House, donde West, aún afectado por el fallecimiento de su mayor adversario, nos hizo temblar a todos con una charla sobre sus infames teorías. Casi todos los estudiantes se fueron a casa, o se concentraron en sus diversas obligaciones; pero West me convenció para que le ayudara a sacar partido de la noche. La patrona de West nos vio llegar

a su habitación hacia las dos de la madrugada, cargando con una tercera persona entre los dos, y le comentó a su marido que, con toda seguridad, habíamos cenado y bebido a base de bien.

En apariencia, la avinagrada patrona tenía razón, pues hacia las tres de la madrugada todo el edificio se despertó a causa de los gritos que salían de la habitación de West; y cuando forzaron la puerta nos encontraron inconscientes a ambos, rendidos sobre la alfombra manchada de sangre, golpeados, magullados y doloridos, con pedazos de frascos e instrumentos rotos esparcidos a nuestro alrededor. Tan solo una ventana abierta daba cuenta del camino que había Lomado nuestro salteador, y muchos se preguntaron cómo se las habría apañado después del tremendo salto que tuvo que dar desde un segundo piso hasta el césped de abajo. Descubrieron algunas prendas extrañas en la habitación, pero cuando West volvió en sí les explicó que no pertenecían al desconocido, sino que se trataba de unas muestras recogidas para su posterior análisis bacteriológico en el transcurso de sus investigaciones sobre la transmisión de enfermedades contagiosas. Les ordenó que las incineraran lo antes posible en la espaciosa chimenea. Dijimos a la policía que ninguno de los dos conocíamos la identidad de nuestro acompañante. Se trataba, declaró un nervioso West, de un simpático forastero con el que nos habíamos topado en un bar de las afueras de la ciudad que no recordábamos. Todos juntos habíamos pasado una alegre velada, y ni West ni yo queríamos denunciar a nuestro agresivo compañero.

Aquella misma noche fuimos testigos del segundo horror que se adueñó de Arkham, un horror que, desde mi punto de vista, eclipsaba al de la misma epidemia. El Cementerio Cristiano se convirtió en el escenario de un espeluznante asesinato: un vigilante fue muerto a zarpazos de una manera tan espantosa que resulta imposible de describir, e incluso se llegó a poner en duda la autoría humana del crimen. La víctima había sido vista con vida bastante después de la medianoche, aunque hasta el amanecer no se descubrió el infame crimen. Se interrogó al administrador de un circo instalado en la vecina ciudad de Bolton, pero este juró que ninguna de sus bestias había escapado de la jaula en toda la noche. Los que encontraron el cuerpo observaron un rastro de sangre que conducía a un sepulcro reciente en cuyo cemento se podía ver un charco rojo, justo delante de la entrada. Otro rastro más tenue se dirigía hacia los bosques, aunque pronto se le perdía la pista.

A la siguiente noche, los diablos danzaron sobre los tejados de Arkham, y una locura sobrenatural aulló con el viento. Una maldición andaba suelta por la enfebrecida ciudad, y para muchos se trataba de algo aún peor que la propia

plaga, y otros murmuraban que era la materialización del mismísimo demonio de la enfermedad. Ocho casas fueron asaltadas por un ser innombrable que sembró la muerte roja a su paso… dejando tras de sí un saldo de diecisiete cuerpos asesinados a manos de un monstruo sádico y silencioso. Algunas personas que pudieron distinguirle en la oscuridad declararon que era como un mono blanco y deforme, o una especie de diablo antropomorfo. No había dejado ningún cuerpo completo tras de sí, ya que a veces había tenido hambre. El número total de sus víctimas ascendía a catorce; las otras tres se encontraron en casas infectadas a las que la muerte por la enfermedad ya había sorprendido.

Durante la tercera noche, grupos desesperados de ciudadanos, dirigidos por la policía, lograron capturarle en una casa de Crane Street, cerca del campus de la Universidad de Miskatonic. Habían organizado la batida con sumo cuidado, manteniéndose en contacto mediante emisoras voluntarias de teléfonos; y cuando alguna persona del distrito de la universidad informó que había oído a alguien arañando sobre una ventana cenada, la tela de araña se desplegó con toda rapidez. Gracias a la alarma general y a todas las precauciones que se tomaron, no hubo más que otras dos víctimas, y la captura se efectuó sin mayores incidencias. La criatura fue finalmente abatida por una bala, aunque esta no acabó con su vida, y trasladada al hospital municipal, en medio del furor y el odio populares.

Pues el ser había sido un hombre. Este hecho quedó patente, a pesar de sus ojos nauseabundos, su simiesco mutismo y su diabólica brutalidad. Le vendaron la herida y le encerraron en el asilo de Sefton, donde permaneció golpeándose la cabeza contra las paredes acolchadas de. su celda durante dieciséis años, hasta un reciente accidente, a causa del cual pudo escapar en circunstancias que a nadie le gusta mencionar. Lo que más repugnó a los captores de Arkham fue que, tras limpiar la cara del monstruo, observaron en ella una semejanza increíble y ridícula con la de un venerable y sabio mártir al que habían dado sepultura tres días antes: el difunto doctor Allan Halsey, benefactor público y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic.

Para el desaparecido Herbert West y para mí la repugnancia y el horror fueron indescriptibles. Aún me estremezco ahora cuando pienso en todo ello, me estremezco aún más que aquella mañana en la que West murmuró por entre sus vendajes:

—¡Maldición, no estaba lo bastante fresco!

III. SEIS DISPAROS A LA LUZ DE LA LUNA

No es muy normal descargar las seis balas de un revólver a toda velocidad cuando seguramente con una habría sido suficiente, pero en la vida de Herbert West había muchas cosas que no eran en absoluto normales. No es habitual, por ejemplo, que un joven medico recién salido de la universidad se vea obligado a ocultar los motivos que le impulsan a escoger su lugar de residencia y consulta; y sin embargo, ese fue el caso de Herbert West. Cuando ambos obtuvimos el graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, y tratamos de mitigar nuestras penurias económicas estableciéndonos como doctores de medicina general, adoptamos muchas precauciones para ocultar que habíamos elegido nuestra casa por su aislamiento y por encontrarse muy cerca del cementerio de los pobres.

Un deseo de soledad como este siempre suele estar justificado; y tal era nuestro caso, ya que el trabajo de nuestras vidas resultaba claramente impopular. De cara al exterior, tan solo éramos un par de médicos; pero por debajo de esa apariencia existían unos objetivos de una importancia mucho mayor y terrible, ya que la esencia de la vida de Herbert West consistía en la búsqueda de las regiones desconocidas que se abren más allá de la negrura y lo prohibido, en las cuales esperaba desentrañar el secreto de la vida y devolver la animación perpetua al frío barro de la fosa. Semejantes objetivos demandan extraños materiales, entre ellos, cadáveres humanos en buen estado de conservación; y para mantenerse bien abastecido de estos ingredientes imprescindibles, uno debe vivir discretamente y no muy lejos de un lugar de enterramientos anónimos.

West y yo nos habíamos conocido en la universidad, y fui el único que simpatizó con sus terroríficos experimentos. Con el tiempo me convertí en su inseparable ayudante, y ahora que habíamos terminado los estudios universitarios teníamos que seguir unidos. No resultaba sencillo que dos médicos encontraran una salida juntos; pero, al fin, y gracias a las recomendaciones de la Universidad, conseguimos una consulta en Bolton, un pueblo industrial próximo a Arkham donde estaba localizada la Facultad. Las Fábricas Textiles de Bolton eran las más importantes del valle del Miskatonic, y sus políglotas empleados no resultaban demasiado gratos a los médicos locales. Elegimos nuestra residencia con el mayor cuidado, estableciéndonos finalmente en un edificio ruinoso casi al final de Pond Street, a cinco portales de nuestro vecino más próximo, y separado del cementerio común tan solo por una estrecha franja de tierra boscosa que se extiende al norte. La distancia resultaba mayor do lo que habríamos deseado, pero no pudimos encontrar una morada más cercana sin tener que instalarnos al otro lado del prado, muy lejos

ya de la zona industrial. Sin embargo, no estábamos demasiado insatisfechos, ya que apenas había inquilinos entre nosotros y nuestra fuente de suministros. El paseo resultaba un poco largo, pero podíamos acarrear nuestros silenciosos ejemplares sin ser molestados.

Nuestro trabajo fue sorprendentemente abundante desde el mismísimo principio… lo bastante abundante como para satisfacer a la mayoría de los médicos más jóvenes, y demasiado abundante como para no resultar aburrido y pesado a dos estudiosos cuyo verdadero interés se hallaba en otro sitio. Los empleados de las fábricas eran de inclinaciones más bien turbulentas, y ademas de sus múltiples necesidades de asistencia médica, también nos mantenían muy ocupados con sus frecuentes peleas a golpes y navajazos. Pero lo que verdaderamente acaparaba nuestro interés era el laboratorio secreto instalado en el sótano, con su enorme mesa de operaciones iluminada por focos eléctricos, donde, a primeras horas de la madrugada, solíamos inyectar las diferentes soluciones de West en las venas de los desechos que sustraíamos del cementerio común. West estaba experimentando ansiosamente con la esperanza de descubrir algo que pusiera de nuevo en marcha las constantes vitales de los hombres, tras haber sido estas interrumpidas por eso que llamamos muerte; pero se había topado con los más espectrales obstáculos. La solución tenía que ser diferente según el sujeto a intervenir; lo que era adecuado a los conejillos de Indias no valía para los seres humanos, y cada espécimen requería notables modificaciones.

Los cuerpos tenían que ser extremadamente frescos, pues la más mínima descomposición del tejido cerebral hacía inviable una perfecta reanimación. En realidad, el mayor problema consistía en conseguir ejemplares lo suficientemente frescos… West ya había tenido terribles experiencias durante sus investigaciones secretas en la Universidad con cadáveres de dudosa calidad. Los resultados de una reanimación parcial o imperfecta resultaban infinitamente más espantosos que los fracasos absolutos, y ambos conservábamos terroríficos recuerdos de los del primer tipo. Desde nuestra primera intervención diabólica en la granja abandonada de Meadow Hill, en Arkham, sentíamos una especie de secreta amenaza; y West, en apariencia un científico frío, tranquilo, rubio y de ojos azules, con frecuencia confesaba sentir, sobrecogido, que era objeto de una furtiva persecución. Tenía la sensación de que le seguían, una ilusión psicológica producida por sus trastornados nervios, y sustentada en el hecho innegablemente perturbador de que al menos uno de los especímenes que habíamos conseguido reanimar seguía aún con vida: un espantoso y carnívoro ser encerrado en una celda

acolchada de Sefton. Y también había otro —el primero—, cuya suerte jamás llegamos a conocer.

Tuvimos mucha suerte con los ejemplares de Bolton; bastante más que con los de Arkham. Aún no había transcurrido una semana desde que nos habíamos instalado, cuando conseguimos hacernos con la víctima de un accidente la misma noche de su entierro, y logramos que abriera los ojos con una asombrosa expresión de lucidez antes de que la fórmula fallara. Había perdido un brazo… Si no le hubieran faltado partes al cuerpo, quizá nuestra suerte habría sido distinta. Desde entonces, y hasta el siguiente mes de enero, realizamos tres ensayos más: uno terminó en un absoluto fracaso; en otro conseguimos un claro movimiento muscular; y el tercero resultó estremecedor, ya que se irguió por sí solo y emitió un sonido gutural. Luego sobrevino un periodo de mala suerte; decayó el número de enterramientos, y los pocos que hubo eran de ejemplares demasiado enfermos o incompletos para nuestras necesidades. Seguíamos la pista de todas las defunciones que se producían y de sus circunstancias personales con un cuidado sistemático.

Una noche de marzo, sin embargo, conseguimos de forma totalmente inesperada un ejemplar que no procedía del cementerio común. El puritanismo imperante en Bolton prohibía la práctica del boxeo… hecho que dejaba sus lógicas consecuencias. Los combates clandestinos y mal arbitrados entre los obreros de las fábricas eran cosa corriente, y en ocasiones se traía de fuera a algún profesional de escasa entidad. Esa noche de finales del invierno se produjo un combate de semejantes características; y, evidentemente, sus consecuencias fueron desastrosas, ya que vinieron a buscarnos dos polacos aterrorizados, rogándonos entre murmullos incoherentes que atendiésemos un caso muy secreto y desesperado. Les seguimos hasta un cobertizo abandonado, donde aún quedaban los rezagados de una muchedumbre de atemorizados extranjeros que observaban un cuerpo negro y silencioso que yacía en el suelo.

En el combate se había enfrentado Kid O’Brien —un joven sin experiencia, y ahora tembloroso, con una nariz ganchuda muy poco irlandesa — contra Buck Robinson, «El Renegrido de Harlem». El negro había caído noqueado y, tras el breve examen que le practicamos, nos dimos cuenta de que ya no se iba a levantar nunca más. Se trataba de un ser repugnante, con pinta de gorila, unos brazos inusitadamente largos a los que no podía evitar referirme como las patas delanteras, y un rostro que conjuraba en la mente los innombrables secretos del Congo y el tam-tam de los tambores bajo una luna fantasmagórica. El cuerpo debió de tener aún peor aspecto en vida, pero el

mundo atesora muchas cosas horrendas. El miedo se había adueñado del lastimoso gentío, ya que nadie sabía de qué manera podría actuar la ley en su contra si aquel asunto llegara a conocerse; pero todos se sintieron muy agradecidos cuando West, a pesar de mis involuntarios temblores, se ofreció a desembarazarse del cuerpo en secreto… para un propósito que yo conocía demasiado bien.

La luna brillaba resplandeciente sobre un paisaje carente de nieve, pero vestimos al cadáver y lo llevamos a casa entre ambos, atravesando calles y campos desiertos, justo de la misma manera que transportamos un bulto similar aquella terrible noche en Arkham. Nos acercamos a la casa por el prado de atrás, metimos el ejemplar por la puerta trasera, lo bajamos por la escalera del sótano y lo preparamos para los habituales experimentos. Teníamos un miedo absurdo a la policía, aunque habíamos planeado nuestro recorrido para evitar la ronda del solitario guardia de aquel barrio.

El resultado fue enojosamente decepcionante, A pesar de su repugnante aspecto, el ejemplar permaneció completamente indiferente a todas las soluciones que le inyectamos en su negro brazo; soluciones que, por otro lado, habían sido formuladas de acuerdo a las experiencias con sujetos blancos. De modo que, como la aurora se aproximaba peligrosamente, hicimos lo mismo que con los demás: arrastramos el cuerpo por el prado hasta la zona boscosa colindante con el cementerio común, y lo enterramos allí, en la mejor fosa que la tierra helada nos permitió excavar. La tumba no era demasiado profunda, pero resultaba tan adecuada como la del anterior experimento, aquel que se había erguido y lanzado un grito gutural. A la luz de las trémulas linternas la cubrimos cuidadosamente con ramas y hojas secas, convencidos de que la policía jamás la encontraría en un bosque tan denso y tenebroso.

Al día siguiente comencé a inquietarme cada vez más con la policía, ya que un paciente nos contó que había rumores sobre la celebración de un combate clandestino en el que se había producido una muerte. West tenía otro motivo de preocupación, ya que le habían llamado por la tarde para un caso que terminó de modo amenazador. Una mujer italiana se había puesto histérica por la desaparición de su hijo —un chiquillo de cinco años que se había extraviado por la mañana y no había regresado a la hora de la cena—, y presentaba síntomas muy alarmantes debido a que padecía del corazón. Se trataba de una histeria bastante estúpida, ya que el muchacho se había escapado antes con frecuencia, pero los campesinos italianos son extraordinariamente supersticiosos, y aquella mujer parecía tan abrumada por

los presentimientos como por los hechos. Hacia las siete de la tarde, la mujer falleció, y su frenético marido armó un escándalo espantoso intentando matar a West, a quien acusaba con vehemencia de no haber salvado a su esposa. Sus compañeros le habían sujetado cuando esgrimió una navaja delante de West, pero este pudo marcharse entre gritos inhumanos, maldiciones y juramentos de venganza. En su último dolor, el sujeto parecía haberse olvidado de su hijo, que aún no había regresado, a pesar de que ya era noche cerrada. Se habló de buscarle en los bosques, pero la mayoría de los amigos de la familia ya estaban demasiado ocupados con la fallecida y su vociferante marido. En cualquier caso, la tensión nerviosa a la que West se había visto sometido debió de ser tremenda. Las preocupaciones por la policía y el italiano enloquecido pesaban sobre él de manera espantosa.

Nos retiramos a dormir sobre las once de la noche, pero yo no pude conciliar el sueño. Bolton contaba con un cuerpo de policía asombrosamente eficiente para tratarse de una pequeña localidad, y yo no podía dejar de preocuparme por el escándalo que se armaría si llegaban a descubrirse los acontecimientos de la noche anterior. Significaría el fin de nuestros experimentos en la ciudad… y quizá la cárcel para los dos. No me agradaban todos esos rumores sobre un combate clandestino. Cuando en el reloj sonaron tres campanadas, la luz de la luna brilló en mis ojos, pero yo me di la vuelta sin levantarme a bajar la persiana. Entonces se escuchó un enérgico golpeteo sobre la puerta trasera.

Me quedé quieto y algo aturdido, pero al rato oí a West llamando a mi puerta. Estaba en bata y zapatillas, y llevaba un revólver y una linterna eléctrica en las manos. Por el revólver me di cuenta de que pensaba más en el italiano enloquecido que en la policía.

—Será mejor que vayamos los dos —susurró—. Sería inadecuado no contestar; podría tratarse de un enfermo… seguro que esos idiotas suelen llamar a la puerta de atrás.

Así que los dos bajamos de puntillas por la escalera, con un temor en parte justificado, y en parte producido por el ambiente fantasmagórico de las primeras horas de la madrugada. El golpeteo continuaba, e incluso había subido de tono. Cuando llegamos a la puerta, descorrí con cautela el cerrojo y la abrí de par en par; y cuando la luz de la luna delineó la figura que se erguía delante de nosotros, West hizo algo muy extraño. A pesar del peligro evidente de alertar y atraer sobre nuestras cabezas la temida investigación policial —hecho que, felizmente, no se produjo debido al relativo aislamiento de nuestra

residencia—, mi amigo, repentina, nerviosa e innecesariemente, vació el cargador de seis balas de su revólver sobre el visitante nocturno.

Pero aquel extraño no resultó ser el italiano, ni tampoco un policía. Recortándose de manera espantosa contra la luna espectral, se erguía un ser gigantesco y contrahecho, tan solo comparable al de las peores pesadillas… una aparición de ojos vidriosos, tan negra como la tinta, que casi se mantenía a cuatro patas, cubierta de lodo, hojas y ramas, embadurnada de sangre coagulada, y que mostraba entre sus brillantes dientes un objeto cilindrico, terrible, blanco como la nieve, el cual estaba rematado en una mano infantil.

IV. EL AULLIDO DEL MUERTO

El aullido de un muerto fue lo que me ayudó a forjar aquel intenso horror hacia el doctor Herbert West, horror que ensombreció los últimos años de nuestra sociedad. Es normal que un grito semejante, salido de la garganta de un cadáver, produzca espanto, ya que no se trata de una experiencia placentera ni ordinaria; pero yo estaba habituado a tales acontecimientos, y lo que realmente me afectó en aquella ocasión fue cierta circunstancia especial. Como ya he dejado caer, no fue el muerto en sí mismo lo que me hizo sentir pavor.

Herbert West, de quien yo era socio y asistente, poseía intereses científicos muy alejados de la rutina habitual de un médico de pueblo. Por eso, cuando abrió su consulta en Bolton, había elegido una casa aislada cerca del cementerio común. Dicho de manera breve y concisa, el único y obsesionante interés de West consistía en el estudio secreto de los fenómenos de la vida y del fin de esta, encaminados a la reanimación de los muertos gracias a la administración inyectada de ciertas soluciones estimulantes. Para llevar a cabo estos macabros experimentos era necesario estar constantemente abastecido de cuerpos humanos recientemente fallecidos; tenían que ser ejemplares muy frescos, ya que la más mínima descomposición daña irremediablemente la estructura del cerebro; y también tenían que ser ejemplares humanos porque descubrimos que la solución debía adecuarse a los diferentes tipos de organismos. Matamos gran cantidad de conejos y cobayas para experimentar con ellos, pero estos ensayos no nos condujeron a ningún sitio. West jamás había conseguido un éxito rotundo porque nunca había podido disponer de un cadáver lo suficientemente fresco. Lo que realmente necesitaba eran cuerpos cuyas constantes vitales hubieran cesado muy poco antes; cuerpos con todas las células intactas y capaces de recibir de nuevo el impulso hacia esa modalidad de animación que llamamos vida.

Había esperanzas de que esta segunda vida artificial pudiera llegar a ser perpetua gracias a la administración repetitiva de las inyecciones, pero también habíamos aprendido que la vida natural y ordinaria no respondía al tratamiento. Para conseguir una animación artificial, la vida ordinaria tenía que estar extinguida… Los especímenes debían ser muy frescos, pero estar positivamente muertos.

La fantasmagórica investigación había comenzado cuando West y yo éramos simples estudiantes de la facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, y estábamos profundamente convencidos desde el principio de la naturaleza totalmente mecanicista de la vida. Habían pasado siete años desde entonces, pero West parecía no haber envejecido ni un solo día: era bajo, rubio, siempre bien afeitado, de voz suave y con gafas, y solo algún destello casual en sus fríos ojos azules delataba el despiadado y creciente fanatismo que asomaba bajo la presión de sus terribles investigaciones. Nuestras experiencias habían resultado a menudo aterradoras en extremo, y siempre como consecuencia de una reanimación defectuosa, cuando los grumos de lodo del cementerio se han galvanizado en unos movimientos morbosos, antinaturales y ciegos a resultas de las diversas modificaciones llevadas a cabo en la solución vital.

Uno de los ejemplares había lanzado un grito turbador; otro se había erguido violentamente, golpeándonos hasta dejarnos inconscientes, huyendo luego enloquecido antes de que consiguieran atraparle y encerrarle tras los barrotes del asilo; otro más, una grotesca monstruosidad africana, había escapado de su poco profunda fosa y cometido una bestialidad… West se vio obligado a disparar sobre aquella cosa. No podíamos conseguir cadáveres lo suficientemente frescos como para que mostrasen alguna traza de inteligencia tras ser reanimados, de manera que, ineludiblemente, habíamos creado horrores innombrables. Resultaba inquietante pensar que una, posiblemente dos, de nuestras monstruosidades aún seguían vivas; pensamiento que estuvo angustiándonos de una manera imprecisa, hasta que al fin West desapareció en espantosas circunstancias. Pero en el momento del aullido en el laboratorio del sótano de aquel apartado caserío de Bolton, nuestros temores se subordinaban a la ansiedad por conseguir especímenes realmente frescos. West se mostraba más ávido que yo, de manera que a mí me parecía que estudiaba los cuerpos de cualquier persona viva con cierta codicia.

El mes de julio de 1910 empezó a mejorar la mala suerte que habíamos tenido con la adquisición de nuevos ejemplares. Yo había estado ausente largo tiempo, durante una visita familiar en Illinois, y a mi regreso encontré a

West en un estado de singular euforia. Me dijo muy excitado que había resuelto, casi con toda seguridad, el problema del abastecimiento de cuerpos frescos abordando el asunto desde una perspectiva totalmente nueva: el de la conservación artificial. Yo sabía que había estado trabajando en una fórmula de embalsamamiento inédita y totalmente original, y no me sorprendió que hubiera tenido éxito; pero hasta que no me explicó todos los detalles, me sentí bastante confuso por cómo podría ayudarnos eso en nuestras investigaciones, ya que el inaceptable deterioro de los cuerpos se producía siempre por culpa del tiempo que transcurría antes de que pudiéramos hacernos con ellos. Pero West, ahora me doy cuenta, ya había pensado en ello; formuló un compuesto embalsamador con vistas a un uso posterior y no inmediato, por si el destino le ponía en las manos un cuerpo muy reciente y aún sin enterrar, como ya había sucedido unos años antes con el negro muerto en el combate clandestino celebrado en Bolton. Y el destino por fin se mostró amable con nosotros, de manera que, en esta ocasión, conseguimos tener en el laboratorio secreto del sótano un cadáver cuya descomposición no podía haber tenido tiempo de empezar a actuar. West no se atrevía a aventurar lo que sucedería en el momento de la reanimación, ni si conseguiríamos una recuperación completa de su capacidad mental. El experimento marcaría un hito en nuestros estudios, por lo que conservó este nuevo cadáver hasta mi regreso, con la finalidad de que ambos compartiéramos el resultado de la manera habitual.

West me relató cómo había conseguido el ejemplar. Se trataba de un hombre vigoroso, un extranjero muy correctamente vestido que acababa de bajar del tren con la intención de tramitar algún tipo de operación comercial en las Fábricas Textiles de Bolton. La caminata a través de la ciudad era bastante larga y, al detenerse en nuestra casa para preguntar por la dirección de las fábricas, había sufrido un paro cardíaco. Se negó a tomar un estimulante, y acto seguido cayó súbitamente muerto. Su cuerpo, como era de esperar, le vino a West como llovido del cielo. En su breve conversación con el forastero, este le había explicado que no conocía a nadie en Bolton, y un posterior registro de sus bolsillos reveló que se trataba de un tal Robert Leavitt, de St. Louis, y que, al parecer, no tenía familia que pudiera interesarse por su desaparición. Aunque no pudiéramos reanimarle, nadie se enteraría de nuestros experimentos. Solíamos enterrar los restos en una densa franja de bosque que había entre nuestra casa y el cementerio común. Si, por el contrario, conseguíamos devolverle a la vida, lograríamos una fama perpetua y brillante. Así que West había inyectado sin demora en la muñeca

del cadáver la fórmula que le conservaría fresco hasta mi llegada. El hecho de que el cuerpo pudiera albergar un corazón débil, que a mi modo de ver pondría en peligro el éxito de nuestro experimento, no parecía inquietar demasiado a West, Esperaba que ai fin conseguiría aquello que siempre le había rehuido: el despertar de una chispa de consciencia y, quizá, la reanimación de una criatura viva y normal.

De modo que la noche del 18 de julio de 1910, Herbert West y yo nos encontrábamos en el laboratorio del sótano y contemplábamos una figura silenciosa y pálida bajo la luz resplandeciente de la lámpara de operaciones. El fluido embalsamador había actuado extraordinariamente bien, pues al estudiar fascinado el cuerpo robusto que había permanecido dos semanas sin aparentes signos de rigidez, me vi impulsado a pedir a West que me asegurara que el sujeto estaba en verdad muerto. Enseguida afirmó que así era, recordándome que jamás usábamos el Huido reanimador sin antes pasar una serie de minuciosas pruebas para confirmar la muerte real del cuerpo, ya que, si conservara algún vestigio de vitalidad, la fórmula no surtiría ningún efecto. Mientras West se afanaba con los preparativos, yo me sentía anonadado ante la enorme complejidad del nuevo experimento, una complejidad tan formidable que se negó a confiar en otras manos que no fueran las suyas. Tras prohibirme tocar el cuerpo, inyectó en primer lugar una droga en su muñeca, justo al lado del punto donde ames le había administrado el fluido embalsamador. Me dijo que aquella sustancia neutralizaría el compuesto preservativo y liberaría el sistema de modo que adquiriese una relajación normal; así la solución reanimadora podría actuar libremente tras ser inyectada. Muy poco después, al observar ciertos cambios y un débil temblor que parecía afectar a los miembros sin vida del cadáver, West tapó violentamente el rostro contraído con una especie de almohada, y no la retiró hasta que el cuerpo quedó completamente inmóvil y listo para nuestro intento de reanimación. El pálido entusiasta se dedicó entonces a realizar ciertas pruebas superficiales y últimas para confirmar la ausencia total de vida, y, tras quedar satisfecho, inyectó en el brazo izquierdo del cadáver una dosis cuidadosamente calculada del elixir vital, que había preparado por la tarde con un esmero aún mayor del que solíamos tener en nuestros días de universidad, cuando nuestras hazañas eran nuevas y precarias. Soy incapaz de describir la salvaje, tremenda ansiedad con la que aguardarnos el resultado de nuestros experimentos en un ejemplar auténticamente fresco, el primero del que en verdad podíamos esperar que abriera sus labios y nos contara, quizá, en un lenguaje racional, lo que había visto al otro lado del insondable abismo.

West era un materialista, no creía en el alma e imputaba cualquier función de la conciencia a un simple fenómeno corporal; por lo tanto, no esperaba ninguna revelación sobre los terribles secretos que acechan en los abismos y grutas más allá de los límites de la muerte. Yo no estaba en total desacuerdo con sus teorías, pero aún conservaba ciertos retazos, vagos e intuitivos, de la primitiva fe de mis ancestros; de manera que no podía dejar de observar el cadáver sin un terrible sentimiento de expectación y temor. Además… no podía alejar de mis recuerdos aquel grito inhumano y espantoso que habíamos escuchado la noche de nuestro primer experimento en la granja deshabitada de Arkham.

Apenas había pasado el tiempo, cuando me percaté de que el ensayo no iba a resultar un fracaso total. Una débil coloración asomó en las mejillas, que estaban antes tan blancas como la tiza, y pronto se extendió bajo la incipiente barba, curiosamente extensa y de color arenoso. West, que estaba tomando el pulso al cadáver con su mano izquierda, asintió repentinamente de forma reveladora, y, casi al mismo tiempo, el espejo que habíamos acercado a la boca del sujeto se llenó de vaho. Acto seguido, se produjeron una serie de movimientos espasmódicos, seguidos de una audible inhalación y un movimiento manifiesto en el pecho. Observé los párpados cerrados, y me pareció percibir un estremecimiento. Y entonces se abrieron, mostrando unos ojos grises, serenos y vivos, pero en los que aún no se reflejaba ninguna clase de intelecto, ni siquiera curiosidad.

En un arrebato de curiosidad, susurré varias preguntas sobre la oreja cada vez más colorada, preguntas acerca de otros mundos cuyo recuerdo aún podría estar fresco. Era el espanto lo que las extraía de. mi mente, pero no pude evitar hacer una dirima, la cual repetí: «¿Dónde has estado?» Aún no sé si me contestó o no lo hizo, ya que ningún sonido salió de aquella boca tan bien formada; pero lo que sí recuerdo es que, justo en ese preciso instante, creí firmemente que sus finos labios se habían movido en silencio, formando una sucesión de sílabas que yo habría traducido como «solo ahora», si esta frase hubiera tenido algún sentido o correspondencia con lo que le estaba preguntando. En ese momento, como digo, me sentí completamente seguro de que habíamos alcanzado nuestro gran objetivo y que, por primera vez, un cuerpo reanimado había sido capaz de pronunciar varias palabras movido por el impulso de la razón. Un rato después ya no hubo duda de nuestra victoria, ninguna duda de que la solución había cumplido verdaderamente con su cometido, al menos de manera temporal, y que había conseguido devolver al muerto una vida racional y articulada. Pero con ese triunfo me invadió

también el más grande de los horrores… no porque el ser hubiera hablado, sino por todo lo que habíamos presenciado, y por el hombre con el cual estaba unido mi futuro profesional.

Aquel cadáver tan sumamente fresco, cobrando al fin plena consciencia de una forma aterradora, con los ojos dilatados por el recuerdo de su última escena en la tierra, estiro frenéticamente sus manos como si luchara a vida o muerte con el aire que le rodeaba, y, de repente, se desplomó definitivamente en una segunda disolución de la que ya no habría retorno, lanzando un último grito que resonará eternamente en mi atormentado cerebro:

—¡Socorro! ¡Aparta, aparta, maldito demonio con pelo de estopa… aparta esa condenada aguja!

V. EL HORROR DE LAS SOMBRAS

Muchos hombres han contado cosas espantosas, que no figuran en letra impresa, acerca de lo que aconteció en los campos de batalla durante la Gran Guerra. Algunos de estos sucesos me han hecho palidecer, otros me han producido una náusea indescriptible, y aun otros más consiguieron hacerme estremecer y mirar a mi espalda en medio de la oscuridad; pero creo que soy capaz de relatar la peor de todas estas experiencias: el espantoso, sobrenatural e increíble horror de las sombras.

En 1915 yo servía como médico, con el grado de teniente, en un regimiento canadiense destinado en Flandes, uno de los numerosos norteamericanos que se adelantaron al propio gobierno en la gigantesca contienda. No había ingresado en el ejército por propia iniciativa, sino a resultas del alistamiento del hombre de quien yo era su imprescindible ayudante: el famoso cirujano de Boston, doctor Herbert West. El doctor West siempre había estado ávido de prestar servicio como cirujano en una gran guerra y, cuando la ocasión se presentó, me llevó consigo aun en contra de mi voluntad. Existían bastantes motivos por los que yo me habría alegrado de que la guerra nos separase, motivos por los que cada vez encontraba más irritante la práctica de la medicina y la compañía de West; pero cuando se marchó a Ottawa, y consiguió una plaza de comandante medico gracias a las influencias de un colega suyo, fui incapaz de resistir la persuasiva insistencia de un hombre determinado a que yo le acompañase como su ayudante habitual.

Al decir que el doctor West estaba ávido de servir en combare, no me refiero a que fuera un amante de la guerra o a que anhelara salvar la civilización. Siempre había sido un hombre de frío y calculado intelecto,

flaco, rubio, de ojos azules y con gafas; creo que siempre se mofaba en secreto de mis ocasionales arrebatos marciales y de mis censuras a una estúpida neutralidad. Y sin embargo, había algo en la asediada Flandes que él codiciaba; y para conseguirlo adoptó una apariencia militar. No deseaba lo mismo que anhelan las personas corrientes, sino algo relacionado con una determinada rama de la ciencia medica que él había elegido practicar clandestinamente, y en la cual había conseguido unos resultados asombrosos y, *a veces*, terroríficos. Se trataba, en suma, de tener acceso a una abundante provisión de cuerpos recientemente fallecidos y en cualquier estado de descuartizamiento.

Herbert West necesitaba cadáveres frescos porque el trabajo de su vida consistía en la reanimación de los muertos. Este trabajo no era sospechado por la distinguida clientela que había hecho crecer tan rápidamente su fama tras su llegada a Boston, pero era de sobra conocido por mí, que había sido su amigo más íntimo, y único ayudante, desde los viejos tiempos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, en Arkham. Fue en aquellos días de universidad cuando inició sus terribles experimentos; con pequeños animales al principio, y después con cadáveres humanos obtenidos de una manera espantosa. Disponía de una solución que inyectaba en las venas de los seres muertos, y si eran lo suficientemente frescos respondían de extrañas maneras. Le había costado mucho descubrir la fórmula adecuada, ya que cada tipo de organismo necesitaba un determinado estímulo que se adaptara a su ser. El terror le dominaba cuando reflexionaba sobre sus fracasos parciales: cosas innombrables, que habían sido reanimadas gracias a fórmulas imperfectas o cuando su cuerpo no era lo suficientemente fresco. Cierta cantidad de estos fiascos habían seguido con vida —uno de ellos estaba internado en un manicomio y el resto había desaparecido—, y cuando pensaba en los riesgos posibles, aunque improbables, se echaba a temblar por debajo de su aparente manto de imperturbabilidad.

West se había dado cuenta pronto de que el requisito primordial para el uso adecuado de los ejemplares era que estos fueran lo más frescos posible, de manera que había optado por el espantoso y denigrante procedimiento de robar cadáveres. En la facultad, y durante nuestros primeros experimentos juntos en la ciudad industrial de Boston, mi actitud hacia él había sido siempre de profunda admiración; pero a medida que sus métodos se iban haciendo cada vez más atrevidos, un terror incierto se fue apoderando de mí. No me gustaba la forma en que observaba a los sujetos vivos y sanos; y entonces tuvo lugar aquel experimento de pesadilla en el laboratorio del

sótano, cuando descubrí que cierto ejemplar aún estaba vivo cuando West se hizo con él. Aquella fue la primera vez que pudo devolver la capacidad de pensar racionalmente a un cadáver; y este triunfo, obtenido a tan horrible precio, le había insensibilizado por completo.

De sus métodos en los siguientes cinco años prefiero no hablar. Me vi impelido a seguir a su lado por puro miedo, y presencié actos que la lengua humana sería incapaz de repetir. Poco a poco llegué a darme cuenta de que el propio Herbert West era más horrible que todo lo que hacía… fue entonces cuando descubrí que su anterior celo científico por prolongar la vida había degenerado sutilmente en una simple curiosidad morbosa y devoradora, y en un secreto entusiasmo por la contemplación de la muerte. Sus intereses se convirtieron en una adicción infernal y perversa por todo lo repugnante, anormal y diabólico; se deleitaba tranquilamente en las monstruosidades artificiales que matarían de repugnancia y terror a cualquier persona en sus cabales; detrás de su apariencia de intelectualidad, se convirtió en un maniático Baudelaire del experimento médico, en un lánguido Heliogábalo de las tumbas.

Enfrentaba los peligros con estoicismo; llevaba a cabo sus crímenes sin inmutarse. Creo que el momento álgido se produjo al verificar que, efectivamente, podía reanimar una vida intelectual, y buscó nuevos mundos que conquistar experimentando con la reanimación de fragmentos seccionados de los cadáveres. Tenía ideas extravagantes y originales sobre las propiedades individuales de la materia viva que subsiste en las células orgánicas y en los tejidos nerviosos separados de sus naturales sistemas psíquicos, y había obtenido ciertos resultados preliminares y espantosos con varios tejidos imperecederos, alimentados artificialmente a partir de los huevos a medio incubar de un indescriptible reptil tropical. Había dos supuestos biológicos que anhelaba verificar con gran ansiedad; en primer lugar, si podía existir algún tipo de consciencia o actividad racional en ausencia del cerebro; y en segundo, si había alguna clase de relación etérea e intangible, distinta a la de las células materiales, que pudiera acoplar las partes quirúrgicamente separadas que previamente habían constituido un solo organismo vivo. Todo este trabajo de investigación requería un prodigioso suministro de carne humana fresca y recientemente fallecida… y por eso Herbert West intervino en la Gran Guerra.

El incalificable, fantasmagórico suceso tuvo lugar una medianoche de finales de marzo de 1915, en un hospital de campaña tras las líneas de St. Eloi. Incluso hoy en día me pregunto si no se trató más que de un sueño o

delirio demoníaco. West poseía un laboratorio privado en el lado este del granero que se le había asignado temporalmente, bajo el pretexto de poner en práctica un método totalmente nuevo y radical para el tratamiento de los casos de mutilación más desesperados. Allí trabajaba como un carnicero en medio de su sangrienta mercadería… Jamás pude acostumbrarme a la ligereza con la que manejaba y clasificaba determinados materiales. A veces realizaba maravillosas operaciones de cirugía con los soldados; pero sus principales gozos eran de un carácter menos público y filantrópico, y se vio obligado a dar numerosas explicaciones acerca de los ruidos que resultaban extraños incluso en medio de aquella babel de condenados. Entre todos esos sonidos no eran infrecuentes las detonaciones de disparos… algo bastante usual en un campo de batalla, pero ciertamente extraño dentro de un hospital. Los especímenes reanimados por el doctor West no reunían las condiciones necesarias para aguantar una existencia prolongada o ser el objeto de una amplia audiencia. Además del tejido humano, West empleaba gran cantidad de tegumentos embrionarios de reptiles que él cultivaba con singulares resultados. Daban mejor resultado para mantener con vida los fragmentos sin órganos que el material humano, y en eso consistía entonces la principal actividad de mi amigo. En un oscuro rincón del laboratorio, sobre un curioso mechero de incubación, guardaba un enorme barril tapado, repleto de esa materia celular de reptiles, que se multiplicaba y reproducía de manera burbujeante y espantosa.

La noche de la que hablo teníamos un ejemplar reciente y espléndido: un sujeto de gran potencial físico y de tan elevada inteligencia que nos garantizaba un sistema nervioso lo suficientemente receptivo. Resultaba más que irónico, ya que se trataba del oficial que había ayudado a West a conseguir su ansiado destino, y que ahora tenía que haber sido nuestro socio. Es más, con anterioridad había estudiado en secreto la teoría de la reanimación bajo la tutela del propio West. El comandante sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O.[2], era el cirujano más importante de nuestra división, y había sido trasladado apresuradamente al sector de St. Eloi cuando llegaron noticias al cuartel general de un recrudecimiento de la lucha. Inició el viaje en un aeroplano pilotado por el intrépido teniente Ronald Hill, siendo derribado nada más alcanzar su punto de destino. La caída fue terrorífica y espectacular, y Hill quedó completamente irreconocible; sin embargo, el accidente seccionó casi por completo la cabeza del gran cirujano, pero el resto del cuerpo permaneció intacto. West se apoderó con avidez de aquel despojo inerte que una vez había sido su amigo y compañero de estudios; me estremecí cuando

finalmente separó la cabeza del tronco y la depositó en el diabólico barril repleto del pulposo tejido de los reptiles con la intención de conservarla para futuros experimentos, y después siguió manipulando el cuerpo decapitado sobre la mesa de operaciones. Le inyectó sangre nueva, unió ciertas venas, arterias y nervios del cuello sin cabeza, y cosió la repugnante abertura a base de injertos de piel procedentes de un espécimen sin identificar que había llevado uniforme de oficial. Conocía sus pretensiones: la verificación de que este cuerpo altamente organizado podría exhibir, aun decapitado, alguna señal de la vida mental que había distinguido a sir Eric Moreland Clapham-Lee. Antiguo estudiante de la reanimación, a aquel tronco silencioso se le requería ahora para servir como repugnante demostración.

Aún puedo ver a Herbert West bajo la siniestra luz eléctrica, inyectando la solución reanimadora en el brazo del cuerpo decapitado. Me siento incapaz de describir la escena… me desmayaría si lo intentara, pues la locura pululaba en aquella habitación repleta de horribles objetos clasificados, con el suelo resbaladizo a causa de la sangre y de otros despojos no tan humanos que formaban un barrillo cuyo espesor llegaba a la altura de los tobillos, y con aquellas anormalidades reptiles y espantosas que bullían, burbujeaban y se agitaban sobre el espectro parpadeante de una llama verde-azulada en un lejano rincón cubierto de negras sombras.

El espécimen, como West observó en repetidas ocasiones, poseía un espléndido sistema nervioso. Esperaba mucho de él; y, cuando empezaron a aparecer algunos signos de movimientos espasmódicos, pude observar un interés febril en el rostro de West. Creo que estaba listo para ver la prueba de su cada vez más sólida convicción de que la conciencia, la razón y la personalidad podían existir con independencia del cerebro… de que el hombre no posee un espíritu conectivo, sino que es una simple máquina nerviosa, y que cada órgano se completa más o menos por sí solo. En una demostración triunfal, West estaba a punto de relegar el misterio de la vida a la simple categoría del mito. El cuerpo se estremecía ahora con más vigor y, bajo nuestros ávidos ojos, comenzó a palpitar de una manera espantosa. Agitó los brazos compulsivamente, alzó las piernas y varios músculos se contrajeron en una repugnante especie de torsión. Entonces, aquella cosa sin cabeza estiró los brazos en un gesto de inequívoca desesperación… una desesperación que mostraba inteligencia, la suficiente como para demostrar todas las teorías de Herbert West. En realidad, los nervios rememoraban el último acto en vida del hombre: el forcejeo por liberarse del avión que se iba a estrellar.

Jamás sabré a ciencia cierta lo que sucedió a continuación. Podría haberse tratado de una simple alucinación provocada por la conmoción que sufrí ante la repentina y completa destrucción del edificio bajo un infierno de fuego alemán… ¿y quién podría probar lo contrario, teniendo en cuenta que West y yo fuimos los únicos supervivientes? West prefería pensar que fue así antes de su reciente desaparición, pero a veces no podía, ya que resultaba muy extraño que ambos hubiéramos tenido la misma alucinación. El terrible suceso fue, en realidad, muy simple, y solo destacaba por sus implicaciones.

El cuerpo de la mesa se alzó con un movimiento ciego y terrorífico, y escuchamos un sonido. No me atrevo a afirmar que se tratara de una voz, pues fue demasiado espantoso. Y sin embargo, su acento no fue lo más horrible de todo. Ni tampoco lo que dijo, ya que tan solo gritó: «¡Salta, Ronald, por Dios, salta!» Lo más espantoso fue su origen.

Porque procedía del gran barril cubierto que descansaba en aquel espeluznante rincón rodeado de negras sombras.

VI. LAS LEGIONES DE LA TUMBA

Cuando el doctor Herbert West desapareció, hace ahora un año, la policía de Boston me interrogó minuciosamente. Sospechaban que ocultaba cosas, o, incluso, algo peor; pero no podía confesarles la verdad porque no me habrían creído. En realidad, ya sabían que West había estado implicado en ciertas actividades que estaban fuera de lugar para el común de los mortales; ya que sus terribles experimentos sobre la reanimación de cadáveres habían sido demasiado numerosos como para poder mantenerlos en total secreto; pero la escalofriante catástrofe final albergaba tantos elementos de una demoníaca fantasía que incluso yo mismo tuve dudas de lo que en realidad había visto.

Yo era el amigo más íntimo de West y su único ayudante de confianza. Nos habíamos conocido tiempo atrás, en la Facultad de Medicina, y desde el principio había compartido sus terribles investigaciones. Había intentado refinar pacientemente una fórmula perfecta que, inyectada en las venas de un hombre recientemente fallecido, le haría retornar a la vida; una tarea que demandaba una abundante provisión de cadáveres frescos y, por lo tanto, la práctica de las más espantosas actividades. Pero aún más impactantes eran los resultados de algunos de sus experimentos: truculentas masas de carne que había estado muerta, pero a las que West devolvía una animación ciega, demente y nauseabunda. Estos eran los resultados habituales, ya que si queríamos despertar la mente era absolutamente necesario que los cuerpos

fueran lo más frescos posible para que la descomposición no hubiera llegado a afectar a las delicadas células cerebrales.

Esta necesidad de cadáveres muy frescos supuso la ruina moral de West. Resultaba difícil conseguirlos, y un pavoroso día se había apropiado de un ejemplar cuando aún estaba vivo y en todo su esplendor. Un breve forcejeo, una aguja y un poderoso alcaloide habían transformado el cuerpo en un cadáver muy fresco, y el experimento había tenido éxito durante un memorable, aunque transitorio, momento; peto West superó la prueba con el alma seca y endurecida, y una mirada gélida que a veces observaba con fría y calculada valoración a los hombres que mostraban un cerebro especialmente sensible y un físico especialmente vigoroso. Hacia el final, West llegó a causarme verdadero pavor, ya que empezaba a mirarme de la misma manera. La gente no parecía darse cuenta de sus miradas, aunque sí notaban mi miedo; y tras su desaparición se basaron en este hecho para propalar absurdas sospechas.

En realidad, West tenía más miedo que yo, pues sus abominables ocupaciones le hacían llevar una vida furtiva y preñada de sombras. En cierta manera, le atemorizaba la policía, pero a veces su malestar era más hondo y vaporoso, y tenía mucho que ver con ciertas criaturas inclasificables a las que había administrado una vida morbosa, y en las que no había visto extinguirse dicha vida. Generalmente concluía sus experimentos con el revólver; pero algunas veces no había sido lo suficientemente rápido. Estaba aquel primer espécimen en cuya tumba saqueada se habían encontrado después rastros de arañazos. Y también el cadáver del profesor de Arkham que había cometido actos de canibalismo antes de ser capturado y encerrado de forma anónima en una celda del manicomio de Sefton, donde pasó dieciséis años golpeándose la cabeza contra las paredes. La mayoría de los demás posibles supervivientes eran criaturas de las que resulta muy difícil hablar, ya que en los últimos años el celo científico de West había degenerado en una especie de obsesión insana y fantasmagórica, y había consagrado su portentosa destreza a revitalizar cuerpos no completamente humanos, sino simples despojos aislados, o partes unidas a una materia orgánica de procedencia animal. Hacia la época de su desaparición, se había convertido en algo diabólicamente nauseabundo; muchos de sus experimentos no deberían ser detallados en letra impresa. La Gran Guerra, en la que ambos servimos como cirujanos, había intensificado esta peculiaridad de West.

Al decir que el temor de West por sus especímenes era vaporoso, tengo particularmente en cuenta la complejidad de su naturaleza. En cierta manera,

esto se debía al simple hecho de saber que aún permanecían con vida varios de aquellos monstruos innombrables, pero también al temor que le causaba el daño corporal que podrían infligirle en determinadas circunstancias. La desaparición de aquellas criaturas no hizo más que aumentar el horror de la situación: West solo conocía el paradero de uno de ellos, el del lastimoso espécimen del manicomio. Pero también había un miedo más sutil: una sensación en verdad fantasmagórica, propiciada por un extraño experimento que realizó en el ejército canadiense en 1915. En medio de una sangrienta batalla, West había conseguido reanimar al comandante Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., un colega médico que conocía sus experimentos, y que podría haberlos reproducido. Seccionó por completo su cabeza, con la intención de investigar las posibilidades de vida inteligente en el tronco. Justo en el momento en el que el edificio fue barrido por un obús alemán, nuestro experimento tuvo éxito. El tronco se había movido de manera consciente; y, por increíble que parezca, ambos tuvimos la enfermiza seguridad de que unos sonidos articulados brotaron de la cabeza seccionada que yacía en un tenebroso rincón del laboratorio. En cierta manera, la caída del obús fue un acto de misericordia; pero West jamás llegó a estar seguro, como habría deseado, de que solo nosotros fuéramos los únicos supervivientes. A partir de entonces, solía hacer estremecedoras conjeturas sobre las acciones potenciales que podría llevar a cabo un médico decapitado con el poder de reanimar a los muertos.

La última morada de West fue una residencia muy elegante y venerable que dominaba uno de los cementerios más antiguos de Boston. Había escogido aquel lugar por razones puramente simbólicas y fantásticas, ya que la mayoría de los enterramientos databan del periodo colonial y, por lo tanto, resultaban de escaso valor para un científico que necesitaba cuerpos extremadamente frescos. El laboratorio, instalado en el subsótano, había sido construido en secreto por emigrantes, y guardaba un enorme incinerador para la total y discreta eliminación de los cadáveres, despojos o fragmentos sintéticos que sobraban tras los morbosos experimentos e impías diversiones del dueño. Durante la excavación de este subsótano, los obreros se habían topado con ciertos restos de una construcción extraordinariamente antigua, que sin duda conectaba con el viejo camposanto, aunque era demasiado profunda para que desembocara en algún sepulcro conocido. Tras numerosos cálculos, West determinó que existía alguna cámara secreta debajo del mausoleo de los Averill, donde se había celebrado el último enterramiento en 1768. Me encontraba con él cuando estudió las paredes rezumantes y nitrosas

que habían dejado al descubierto las palas y picos de los obreros, y estaba preparado para el fantasmagórico escalofrío que nos esperaba una vez desveláramos los seculares secretos de la tumba; pero por primera vez la recién adquirida timidez de West se impuso a su habitual curiosidad y traicionó su degenerado ímpetu ordenando a los albañiles que dejaran la obra intacta y la taparan con yeso. Y así permaneció hasta aquella última noche infernal, como una pared más del laboratorio secreto. Hablo de la decadencia de West, pero también debo añadir que se trataba de algo puramente mental e intangible. Exteriormente siguió siendo el mismo de siempre hasta el fin: un hombre frío y tranquilo, delgado, rubio, con gafas, ojos azules y un aspecto juvenil que los años y los terrores sufridos no habían conseguido cambiar. Parecía calmado incluso cuando pensaba en aquella tumba llena de arañazos y no podía evitar una mirada por encima del hombro, incluso también cuando se acordaba de aquella criatura carnívora que mordía y golpeaba los barrotes de Sefton.

El fin de Herbert West se inició una tarde mientras nos encontrábamos en nuestro despacho compartido y alternaba su mirada entre el periódico y yo. Un extraño titular había llamado su atención desde las arrugadas páginas, y una zarpa titánica pareció surgir de dieciséis años atrás para hundirse en él. Un suceso increíble y espantoso había ocurrido en el Asilo Sefton, a setenta kilómetros de distancia de donde nos encontrábamos, algo que había sorprendido al vecindario y desconcertado a la policía. A primeras horas de la madrugada, un grupo de hombres silenciosos se había introducido en el patio de la institución y su líder había despertado a los celadores. Se trataba de una amenazadora figura militar que hablaba sin mover los labios y cuya voz de ventrílocuo parecía estar conectada a una enorme maleta negra que llevaba consigo. Su rostro inexpresivo era tan apuesto que rozaba la belleza más radiante, aunque el director se llevó un buen susto cuando la luz del vestíbulo le dio de lleno, pues en realidad se trataba de un rostro de cera con ojos de cristal pintado. Aquel hombre debió de tener un espantoso accidente. Otro sujeto más alto guiaba sus pasos, un gigantón repugnante cuya cara azulada parecía medio devorada por alguna enfermedad desconocida. El que hablaba solicitó la custodia del monstruo caníbal trasladado de Arkham dieciséis años antes; y al serle denegada, hizo una señal que derivó en un espantoso desorden. Aquellos seres diabólicos golpearon, patearon y mordieron a todos los celadores que no consiguieron huir, matando a cuatro de ellos antes de poder liberar al monstruo. Estas víctimas, que podían rememorar los acontecimientos sin histerismos, juraban que las criaturas habían actuado con

ademanes más parecidos a los de los autómatas que a los de los hombres, y que en todo momento estaban guiados por el líder con la cabeza de cera. Cuando al fin recibieron ayuda, ya no quedaba ningún rastro de los hombres ni del demente que habían venido a buscar.

Desde el momento en que leyó esta noticia hasta la medianoche, West permaneció prácticamente paralizado. A las doce sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó aterrorizado. Todos los sirvientes dormían en el ático, así que yo mismo fui a atender la llamada. Como ya he contado a la policía, no había ningún vehículo en la calle, tan solo un grupo de estrambóticas figuras con un enorme maletín cuadrado que depositaron en la entrada, después de que uno de aquellos personajes gruñera, con una voz totalmente inhumana: «Correo Urgente… Franqueo pagado». Se alejaron de la casa con pasos tambaleantes, y mientras les veía irse tuve la extraña certidumbre de que se dirigían al antiguo cementerio que lindaba con la parte trasera de la casa. Cuando cerré la puerta tras ellos, West se precipitó escaleras abajo y miró el maletín. Medía unos sesenta centímetros de ancho, y llevaba el nombre correcto de West con su dirección actual. También venía el remitente: «Eric Moreland Clapham-Lee, St. Eloi, Flandes». Seis años atrás, en Flandes, un hospital bombardeado se había desplomado sobre el tronco sin cabeza del reanimado doctor Clapham-Lee, y también sobre la propia cabeza que —quizá— había llegado a proferir algunos sonidos articulados.

West apenas se excitó entonces. Su estado era aún más espantoso. Enseguida dijo: «Es el fin… pero antes incineremos esta… cosa». Bajamos el maletín al laboratorio, escuchando con atención. No recuerdo muchos de los detalles —pueden hacerse cargo de mi estado mental—, pero es una mentira atroz afirmar que fue a Herbert West a quien metí en el incinerador. Entre los dos echamos dentro el maletín sin abrir, cerramos la puerta y conectamos la corriente. Y después de todo, ningún sonido brotó de su interior.

West fue el primero en observar que el yeso se desprendía de una zona de la pared que daba a la albañilería del antiguo mausoleo que habíamos sellado. Estuve a punto de huir corriendo, pero él me detuvo. Entonces vi una pequeña y negra abertura, sentí una diabólica ráfaga de viento helado y olfateé el hedor de las entrañas mortuorias de una tierra putrefacta. No se produjo ningún sonido; pero en ese preciso instante se fue la luz eléctrica y vi una horda de seres silenciosos, recortándose contra las fosforescencias del mundo interior, que avanzaban a trompicones y parecían el fruto de la demencia… o de algo aún peor. Sus contornos eran humanos, semihumanos, parcialmente humanos y completamente inhumanos… se trataba de una horda grotescamente

heterogénea. Retiraban las piedras de la pared centenaria una a una y en silencio. Y entonces, cuando la brecha fue lo suficientemente ancha, penetraron en el laboratorio en fila de a uno, dirigidos por una criatura espigada que lucía una hermosa cabeza de cera. Una especie de monstruosidad con ojos enloquecidos que iba detrás del líder agarró a Herbert West. Este no se resistió ni emitió sonido alguno. Luego se abalanzaron todos sobre él y lo despedazaron ante mis ojos, llevando consigo los despojos al interior de aquella cripta subterránea repleta de abominaciones espantosas. El líder de la cabeza de cera, que vestía un uniforme militar de oficial canadiense, portaba la cabeza de West. Mientras desaparecía vi que los ojos azules que asomaban por detrás de sus gafas relucían aterradoramente, mostrando por primera vez una visible y frenética emoción.

Los criados me hallaron desmayado a la mañana siguiente. West se había ido. El incinerador tan solo contenía unas cenizas inidentificables. Los inspectores me acosaron a preguntas; pero ¿qué puedo decir? Jamás relacionarán la tragedia de Sefton con West; ni con ella, ni con los hombres del maletín, cuya existencia niegan. Les conté lo del mausoleo, y ellos me mostraron el yeso intacto de la pared y se echaron a reír. Así que ya no les dije nada más. Sospechan que soy un demente o un asesino… seguramente estoy loco. Pero podría no estarlo si aquellas condenadas legiones de la tumba no hubieran sido tan silenciosas.

Frederick Treves

El horror moderno, lo diremos siempre que haga falta y cuando no, también, tiene una tendencia que es casi más bien urgencia: husmear en la realidad para turbarnos y perturbarnos con su esencia monstruosa y terrible en sí y para sí, sin necesidad de acudir a temores sobrenaturales o fuerzas ocultas. Por supuesto, *El hombre elefante* (*The Elephant Man*, 1980) de David Lynch no es una película de terror en sentido estricto, pero sí de horror. De un horror que se manifiesta a través de la injusticia sin moral ni reclamación posible de una Naturaleza que, en lugar de sabia, es atroz e inconsciente, y genera maldiciones inmerecidas como la enfermedad que convirtió al desdichado Joseph Merrick (1862-1890) en criatura de feria, abusada, perseguida y torturada en público y en privado hasta su rescate, casi milagroso, por obra y gracia de Sir Frederick Treves (1853-1923), brillante cirujano y hombre de mundo. Pero que también nos habla, sobre todo, del horror de una humanidad que no merece tal nombre, que se aprovecha sin escrúpulo de la desgracia ajena, de la curiosidad morbosa y de la superstición, entre otras bonitas características de nuestra especie, sin importarle el sufrimiento que genera, imparte y reparte, con tal de sacar beneficio económico, unos, y de satisfacer los más extraños gustos y caprichos más insanos los demás —y aquí, por supuesto, me incluyo a mí mismo con total (des)vergüenza—, en obscena celebración de aquello que por supuesto nos hace también, en realidad, humanos, demasiado humanos.

El origen literario del Filme quizá menos *lynchiano* de Lynch, pero no por ello menos digno de su extensa y excelsa filmografía fundamental para el cine de horror contemporáneo, está en el capítulo que aquí se incluye del libro de memorias *The Elephant Man and Other Reminiscences*, publicado en 1923, obra del susodicho Sir Frederick Treves, pionero de la cirugía moderna y caballero de cultura y posición, que movido tanto por la curiosidad médica como, por fortuna, por su piedad de eminente Victoriano, rescató al desdichado Hombre Elefante de su vida de explotación, abuso y abandono, para convertirlo en otra especie de fenómeno de feria, pero al menos de una

feria de las vanidades que le permitió disfrutar de una extraña posición de tranquilidad, comodidad y reposo en sus últimos años, antes de reposar para siempre, a la prematura edad de veintiocho años, en el seno de la misma cruel Naturaleza que le había marcado a fuego con el sello infame de la deformidad física más extrema. Y por hablar de otra siniestra paradoja del destino: el propio Treves, cuyo revolucionario tratamiento de la apendicitis se dice que salvó la vida al mismísimo Eduardo VII, fallecería en 1923 a los setenta años debido a una peritonitis, provocada, por supuesto, por la ruptura de su apéndice, que quizá sólo él mismo habría podido operar con fortuna.

El filme de Lynch, producido por Mel Brooks —un tipo mucho más raro de lo que se suele creer—, nominado en ocho categorías para los Óscar, habría de influir notablemente tanto en la recuperación de cierto victorianismo gótico con el sello de la vieja Hammer —no en vano su director de fotografía, Freddie Francis, fue uno de los hombres señeros en la Casa del Horror británica—, como en la visión peripatética y amable, e incluso entrañable, del *freak* de feria, del monstruo humano en la pantalla, que aun estando relativamente presente en clásicos malditos como el *Freaks* (1932) de Browning, adquiriría en el genero moderno un carácter especial y específico, de sintonía y simpatía por el monstruo, que se encuentra en títulos tan diferentes como *¿Dónde te escondes hermano?* (*Basket Case*. Frank Henenlotter, 1982) y sus secuelas o en *Ed Wood*. (Tim Burton, 1994), sobre ese Hombre Elefante por dentro que fuera el conocido como «peor director de la historia del cine». Por su parte, Lynch, después de rozar el falso Olimpo de los dioses de Hollywood, optó por seguir una carrera autoral, arriesgada y singular, al margen de modas e industria, que conforma todo un género de horror moderno en sí mismo: lo *lynchiano*, hoy tan influyente y reconocible como lo kafkiano o lo *lovecraftiano*. He de admitir aquí que, leyendo la crónica real y verídica de la serie de catastróficas desdichas sufridas por el pobre Joseph Merrick, concisa y sensiblemente narradas por su benefactor, ha sido el único momento en que he derramado verdaderas lágrimas sobre estas páginas. El horror… El horror…

EL HOMBRE ELEFANTE[1]

En Mile End Road, frente al London Hospital, había (y posiblemente todavía haya) una hilera de pequeños comercios. Entre ellos había una antigua verdulería vacía con un cartel que ofrecía el local en alquiler. Toda la fachada de la tienda, con excepción de la puerta, estaba ahora oculta tras una lona en la que se anunciaba que se podía ver dentro al Hombre Elefante y que el precio de la entrada era de dos peniques. Pintado sobre una lona con colores básicos había un retrato a tamaño real del Hombre Elefante. Esta reproducción, bastante tosca, mostraba a una aterradora criatura tan solo posible en una pesadilla. Era la figura de un hombre con las características de un elefante. La transfiguración no estaba demasiado avanzada. Todavía quedaba más del hombre que de la bestia. Este hecho, que todavía fuera humano, era el atributo más repugnante de la criatura. En él no se apreciaba ningún rastro de la compasión que pueden despertar los que padecen malformaciones o los deformes, ni tampoco del aire grotesco de los fenómenos de feria, simplemente producía repulsión ante la insinuación de un hombre transformándose en un animal. Algunas palmeras al fondo del dibujo sugerían una jungla y el público más imaginativo asumía que aquel era el hábitat natural de la criatura.

Cuando me enteré de la existencia de tal fenómeno, la exposición estaba cerrada, pero un chico con información de primera mano buscó al propietario en un bar y este me ofreció un pase privado tras el pago de un chelín. La tienda estaba vacía y cubierta con una capa gris de polvo. Algunas viejas latas y unas cuantas patatas mustias ocupaban un estante, mientras que un puñado de verduras irreconocibles se pudrían esparcidas por el escaparate. La luz en el local era tenue, oscurecida por el cartel exterior. El fondo del local, donde supuse que el antiguo propietario ocupaba su mostrador, quedaba oculto tras una cortina o, más bien, un mantel rojo colgado de un cordel y unos cuantos aros. En la habitación hacía frío y había humedad, porque era el mes de noviembre. Debo decir que el año era 1884.

El empresario descorrió la tela y reveló una figura inclinada, encogida sobre un taburete y tapada con una manta marrón. Delante de esta, sobre un trípode, había un ladrillo grande calentado por un quemador Bunsen. La

criatura se acurrucaba sobre el trípode para calentarse. No se movió cuando la cortina se descorrió. Encerrado en una tienda vacía e iluminado por la débil luz azul del chorro de gas, la figura encogida era la personificación de la soledad. Podría perfectamente haber sido un cautivo en una caverna, o un mago buscando manifestaciones profanas en la llama espectral. Fuera el sol brillaba y se podían escuchar los pasos de los viandantes, la melodía silbada por un chico y el murmullo habitual del tráfico en la calle.

El empresario, hablándole como si se dirigiera a un perro, exclamó bruscamente:

—¡Ponte de pie!

La criatura se levantó lentamente y dejó que la manta que le cubría la cabeza y la espalda cayera al suelo. Y allí se reveló el espécimen humano más abominable que jamás hubiera visto. Durante el desempeño de mi profesión he podido contemplar lamentables deformidades debido a heridas o enfermedades, así como mutilaciones y torsiones del cuerpo originadas por distintas causas, pero jamás contemplé una versión tan degradada o pervertida del ser humano como la encamada por aquella figura solitaria. Iba desnudo hasta la cintura, llevaba los pies descalzos y unos pantalones deshilachados que en otro tiempo formaron parte de un traje de chaqueta de un caballero voluminoso.

Por la ilustración exagerada de la calle me había imaginado que el hombre elefante era de un tamaño gigantesco. Sin embargo, aquel era un tipo pequeño y de una estatura por debajo de la media, que daba la impresión de ser aún más reducida por la posición curvada de su espalda. El rasgo más sorprendente en él era la gran cabeza deforme. Desde la frente se proyectaba una protuberancia ósea enorme como una barra de pan, mientras que desde la nuca colgaba una bolsa de piel esponjosa y de aspecto mohoso cuya superficie podría ser comparada con la textura de una coliflor marrón. De la coronilla del cráneo colgaban unos cuantos mechones de pelo lacio. La protuberancia ósea de la frente cerraba casi por completo un ojo. La circunferencia de la cabeza no era menor que la de la cintura del hombre. De la mandíbula superior se proyectaba otra masa ósea. Sobresalía de la boca como un muñón rosa, dándole la vuelta al labio superior y haciendo de la boca una mera ranura babeante. Esta protuberancia de la mandíbula había sido tan exagerada en el dibujo que parecía una trompa o un colmillo rudimentario. La nariz era simplemente un pedazo de carne, tan solo reconocible como tal por su posición. El rostro tenía la misma expresividad que un trozo de madera. La parte posterior era horrible, porque hasta la mitad

del muslo colgaban unas gruesas y enormes masas tuberculosas de carne cubiertas por esa misma repugnante piel de coliflor.

El brazo derecho estaba muy deformado y tenía un tamaño enorme. Recordaba a la extremidad de algún paciente de elefantiasis. Además, también estaba cubierto de masas que pendían con la misma piel de textura de coliflor. La mano era grande y torpe… más una aleta o anca que una mano. No había diferencia entre la palma y el dorso. El pulgar tenía la apariencia de un rábano y el resto de los dedos bien podrían haber sido tubérculos gruesos de algún tipo. Como extremidad era casi inservible. Por el contrario, en comparación, el otro brazo era sorprendente. No solo era normal, sino que además era una extremidad delicada y de piel fina, con una mano tan bella que cualquier mujer la hubiera envidiado. Del pecho colgaba otra bolsa de la misma carne repugnante. Era como la papada que cuelga del gaznate de un lagarto. Las extremidades inferiores poseían las mismas características que el brazo deforme. Estaban rígidas, amoratadas y enormemente deformadas.

Para empeorar aún más sus problemas, el pobre desgraciado padeció ce niño una enfermedad en la cadera que le había dejado permanentemente cojo, de manera que tan solo podía caminar con bastón. Esto le impidió aprovechar alguna ocasión para escapar de sus torturadores. Como me contó más tarde, jamás podría haber escapado. Debo mencionar otro rasgo para subrayar el aislamiento que sufría por parte de los de su especie. Aunque ya era lo suficientemente abominable, las protuberancias carnosas mohosas que le cubrían prácticamente por completo despedían un hedor nauseabundo difícil de soportar. El empresario no me dio ningún dato sobre el Hombre Elefante, a excepción de que era inglés, que su nombre era John Merrick y que tenía veintiún años.

Durante la época de mi descubrimiento del Hombre Elefante, yo era profesor de anatomía en la clínica universitaria situada justo enfrente de la tienda y por ello ansiaba examinarlo en detalle y preparar un informe sobre sus anomalías. Por lo tanto, pacté con el empresario una entrevista con su extraña atracción de feria en mi despacho de la universidad. De inmediato fui consciente de una dificultad. El Hombre Elefante no podía mostrarse en público. La multitud le habría perseguido y acosado y la policía lo habría detenido. De hecho, se encontraba tan recluido y alejado del mundo como el Hombre de la Máscara de Hierro. Sin embargo, tenía un disfraz, aunque este era casi tan sorprendente como el mismo. Consistía en una capa larga y negra que llegaba hasta el suelo. No soy capaz de imaginar de dónde podría haber salido dicha capa. Solo había visto tal tipo de prenda sobre un escenario

embozando la figura de algún bravo veneciano. Al recluso se le había suministrado un par de zapatillas con aspecto de bolsas en las que podía esconder sus pies deformes. Sobre la cabeza llevaba una especie de sombrero nunca visto. Era negro como la capa, tenía una visera ancha y el aspecto general de una gorra marinera. Dado que la circunferencia de la cabeza de Merrick era como la de la cintura de un hombre, es fácil de imaginar el tamaño de aquel sombrero. Desde la unión de la visera, un velo gris de franela colgaba delante de su rostro. En dicha máscara había una ranura ancha horizontal por la que el portador del sombrero podía mirar. Este atuendo, en un hombre jorobado que cojeaba con un bastón, era probablemente el más sorprendente y extraño que jamás se haya diseñado. Lo organicé todo para que Merrick pudiera cruzar la calle en un coche de caballos y, para asegurarme de que se le permitiera de inmediato la entrada a la universidad, le di mi tarjeta de visita. Esta tarjeta estaba destinada a jugar un papel crucial en la vida de Merrick.

Realicé un minucioso examen de mi visitante cuyos resultados he recopilado en un artículo[2]. No pude sacar mucho de él. Era un hombre tímido, confundido, bastante asustado y evidentemente desconfiado. Además, apenas se podía entender lo que decía. La enorme masa ósea que sobresalía de la boca oscurecía su pronunciación y hacía imposible la articulación de ciertas palabras. Regresó en un coche de caballos hasta el lugar del espectáculo y di por sentado que esa sería la última vez que lo vería, especialmente cuando al día siguiente descubrí que el espectáculo había quedado prohibido y clausurado por la policía y que la tienda estaba vacía.

Supuse que Merrick era retrasado mental y que lo había sido desde su nacimiento. El hecho de que su rostro no pudiera mostrar ninguna expresión, que al hablar tan solo pudiera escupir las palabras y que su actitud era la de alguien cuya mente carece de cualquier emoción o preocupación reforzó esta hipótesis. Sin duda, esta convicción también estaba reforzada por la esperanza de que su mente estuviera tan en blanco como la suponía. No podía imaginarme que fuera consciente de su situación. Teníamos a un hombre en la flor de la vida tan vilmente deforme que codo el mundo lo contemplaba con una mirada de horror y asco. Lo llevaban por el país para exhibirlo como un monstruo y un objeto de repulsión. Era tratado como un leproso, enconado como una bestia salvaje y solo podía ver el mundo desde un agujero en un carromato del empresario. Además, estaba cojo, solo disponía de un brazo útil y apenas podía hacerse entender. Solo cuando supe que Merrick era una persona de gran inteligencia, que poseía una profunda sensibilidad y, lo peor

de todo, una imaginación romántica, fui plenamente consciente de la sobrecogedme tragedia de su vida.

Imaginé entonces que el episodio del Hombre Elefante había quedado cerrado, pero el destino hizo que volviera a encontrarlo, dos años más tarde, en circunstancias mucho más dramáticas. En Inglaterra, el empresario y Merrick habían tenido que ir de un sitio a otro por la persecución policial tras establecer que. el espectáculo era degradante y no apto para sus patrones morales. Creyeron que en los lugares apartados y discretos de Mile End podrían encontrar algo de paz. Pero no Fue así. La opinión oficial allí, como en el resto de los lugares, decretó muy apropiadamente que la exhibición pública de Merrick y sus deformidades transgredían los límites de la decencia. El espectáculo debía ser clausurado.

El empresario, desesperado, huyó con su cargamento al continente. No sé adonde se dirigió en primer lugar, pero finalmente llegó a Bruselas. Allí el recibimiento resultó descorazonador. Bruselas se mostró firme; el espectáculo fue clausurado; era brutal, indecente e inmoral y fue prohibido dentro de las fronteras de Bélgica. Así pues, Merrick perdió todo su valor. Ya no era una fuente de entretenimiento rentable. Era una carga. Debía deshacerse de él. La eliminación de Merrick era un asunto sencillo. No podía ofrecer ninguna resistencia. Era tan dócil como una oveja enferma. El empresario, tras robar a Merrick sus ahorros, le compró un billete para Londres, le acompañó hasta el tren y sin duda, al partir, le condenó a su perdición.

Su destino era Liverpool Street. El viaje es fácil de imaginar. Merrick iba ataviado con su alarmante indumentaria de paseo. Sería acosado por la multitud curiosa mientras cojeaba por el muelle. Correrían para ponerse delante de él y mirarle. Le levantarían la orilla de la capa para echar un vistazo a su cuerpo. El intentaría esconderse en el tren o en algún oscuro rincón del barco, pero jamás se libraría de aquel círculo de ojos curiosos o de los susurros de terror y repulsión. Tan solo llevaba unos cuantos chelines en el bolsillo y no había comido ni bebido nada de camino. Un perro asustado con una chapa en el collar habría recibido más simpatía y posiblemente algo de amabilidad. Merrick no recibió nada.

¿Qué iba a hacer cuando llegase a Londres? No tenía ningún amigo en el mundo. Estaba tan familiarizado con Londres como con Pekín. ¿Cómo iba a encontrar alojamiento, o qué casero se atrevería siquiera a alojarle? Lo único que quería hacer era esconderse. Lo que más temía eran las calles y la mirada de sus congéneres. Aunque se metiera en un sótano, aquellos horribles ojos y

los aún más temidos susurros le seguirían hasta el último rincón. ¡Jamás se vio tal regreso al hogar!

En Liverpool Street la policía le rescató de la multitud y le condujo a una sala de espera de tercera. Allí se acurrucó en el rincón más oscuro. La policía no sabía qué hacer con él. Habían tratado con vagabundos extraños y mugrientos, pero jamás con una criatura como aquella. No podía ni hacerse entender. Su pronunciación estaba tan mermada que, por lo que le entendían, bien podría haber hablado en árabe. Sin embargo, llevaba algo con él que sacó corno un rayo de esperanza. Era mi tarjeta.

La tarjeta simplificó el asunto. Dejó claro que aquella curiosa criatura tenía un conocido y que debían ir a buscar al individuo en cuestión. Se envió a un mensajero al London Hospital, que se encuentra relativamente cerca. Afortunadamente yo me encontraba en el edificio y regresé de inmediato con el mensajero a la comisaría. En la sala de espera tuve dificultades para abrirme paso entre la gente, pero allí, en el suelo y en un rincón, estaba Merrick. Parecía un simple montón de ropa. Era como si lo hubieran arrojado allí como un saco. Estaba tan acurrucado y parecía tan desvalido que bien podría tener rotos ambos brazos y ambas piernas. Pareció alegrarse al verme, porque se quedó dormido en cuanto se sentó y durmió hasta el final del trayecto. No dijo una sola palabra, pero parecía satisfecho de que todo estuviera ya bien.

En el ático del hospital había una sala de aislamiento con una sola cama. Se usaba para situaciones de emergencia: en casos de *delirium tremens* o si algún hombre de repente enloquecía o algún paciente presentaba una fiebre sin causas conocidas. Allí colocaron al Hombre Elefante en una cama, lo acomodaron y le proporcionaron alimentos. Yo había cometido una irregularidad al ingresarle, porque el hospital no era un refugio ni un hogar para incurables. No se aceptaban pacientes crónicos, solo aquellos que requerían un tratamiento activo y Merrick no necesitaba tal tratamiento. Dirigí una petición al compasivo presidente del comité, el señor Carr Gomm, que no solo tuvo la bondad de aprobar mi acción, sino que además estuvo de acuerdo conmigo en que Merrick no debía ser abandonado de nuevo a su suerte en el mundo.

El señor Carr Gomm escribió una carta al *The Times* detallando las circunstancias del refugiado y pidiendo una donación para apoyarlo. Tan generoso es el público inglés que, en unos pocos días, creo que tan solo una semana, llegó suficiente dinero para mantener a Merrick de por vida sin necesidad de realizar ningún cargo a los fondos del hospital. Resultó que

había dos habitaciones vacías en la parre trasera del hospital que se usaban en raras ocasiones. Estaban en la planta baja, apartadas, y se abrían a un patio grande llamado Bedstead Square, porque allí desfilaban las camas de hierro donde las pulían y pintaban. La habitación principal se había convertido en un dormitorio salón y la habitación pequeña en un baño. La condición de la piel de Merrick hacía necesario un baño al menos una vez al día, y debo mencionar en este punto que con ese baño diario el desagradable olor al que ya me he referido dejó de percibirse. Merrick se mudó a su alojamiento en el hospital el mes de diciembre de 1886.

Ahora Merrick tenía algo con lo que jamás habría soñado, ni jamás habría pensado que sería posible; una casa propia para toda la vida. De inmediato, comencé a familiarizarme con él para intentar entender su mente. Fue un estudio de lo más interesante. Muy pronto aprendí a entender su pronunciación, de manera que podía hablar con cierta fluidez con él. Esto le proporcionó una enorme satisfacción porque, curiosamente, sentía pasión por la conversación y, sin embargo, durante toda su vida no había tenido a nadie con quien hablar. Como contaba con bastante tiempo libre por aquel entonces, podía verlo casi todos los días y me propuse pasar unas dos horas con él todos los domingos por la mañana, tiempo que pasábamos hablando casi sin cesar. Era absurdo tener a una enfermera para atenderle continuamente, pero no faltaban voluntarios temporales. Como no todos ellos llegaban a entender su pronunciación, ocasionalmente yo actuaba de intérprete.

Merrick, como ya he mencionado, me pareció extraordinariamente inteligente. Había aprendido a leer y se había convertido en un lector voraz. Creo que le enseñaron cuando estuvo en el hospital por sus problemas de cadera. La variedad de libros que había leído era limitada. Tenía un profundo conocimiento de la Biblia y el Devocionario, pero había subsistido principalmente con periódicos o, más bien, fragmentos de viejos periódicos que lograba recoger. Había leído unas cuantas historias y algunos libros de educación elemental, pero lo que más le complacía de todo eran las novelas, especialmente las novelas de amor. Estas historias le parecían muy reales, tan reales como cualquier narración de la Biblia, de manera que me las contaba como si fueran sucesos en las vidas de personas que habían vivido realmente. Su visión del mundo era la de un niño, pero un niño con los tempestuosos sentimientos de un hombre. Era un ser elemental, tan primitivo que bien podría haber pasado veintitrés años de su vida encerrado en una cueva.

Poco pude averiguar de sus primeros años. Le asqueaba hablar del pasado. Era una pesadilla que aún le hacía estremecerse. Creía que había nacido en

Leicester o alrededores. De su padre no sabía absolutamente nada. De su madre tenía algún recuerdo. Era un recuerdo muy débil y creo que había fantaseado para crear una imagen concreta. En los cuentos que había leído aparecían madres y él quería que su madre fuera una de aquellas personas reconfortantes que cantan nanas y que son tan adorables. En su subconsciente había aparentemente un vago recuerdo de alguien que había sido amable con él. Se había aferrado a esta imagen y la había hecho más real con su imaginación, porque desde el mismo día en el que pudo gatear nadie había sido amable con él. De niño, debió de ser repugnante, aunque sus deformidades no se hicieron completamente visibles hasta que alcanzó toda su estatura.

Una de sus creencias favoritas era que su madre era bella. Soy consciente de que tal ficción debió de ser de su propia creación, pero a él le producía una gran alegría. Su madre, tan bella como fuera, básicamente lo había abandonado cuando era muy pequeño, tan pequeño que sus primeros recuerdos claros eran del asilo de pobres al que fue entregado. Por muy ingrata e inhumana que fuera su madre, Merrick hablaba de ella con orgullo e incluso reverencia. En una ocasión, cuando comentaba algo sobre su propio aspecto, dijo: «Es muy extraño, porque mi madre era muy bella, ¿comprende?»

El resto de la vida de Merrick hasta el instante en el que lo encontré en la comisaría de Liverpool Street era un sórdido testimonio de degradación y miseria. Fue arrastrado de ciudad en ciudad y de feria en feria en una jaula como un animal extraño. Durante una docena de veces al día debía exponer su desnudez y sus penosas deformidades ante una muchedumbre embelesada que lo saludaba con palabras como «¡Oh, que horror!» «¡Que monstruo!» No había tenido niñez. No había tenido adolescencia, jamás había experimentado el placer. No sabía nada de las alegrías de vivir ni de la diversión de la vida. La única idea de felicidad que poseía era la de lograr arrastrarse hasta la oscuridad y esconderse. Encerrado solo en tina cabina, esperando la siguiente función, ¡qué hirientes debieron de sonarle las risas y la algarabía de los chicos y las chicas allí fuera que disfrutaban de las «diversiones de la feria»! No tenía ningún pasado al que echar la vista atrás ni un futuro que esperar. A sus veinte años era ya una criatura desesperanzada. No había nada frente a él, tan solo una vista de las caravanas avanzando lentamente por un camino, de hileras de tenderetes de feria y de corros de ojos clavados en él y, al final, el espectáculo de un hombre roto en un humilde dispensario policial.

Aquellos interesados en la evolución de la personalidad humana pueden especular sobre los efectos de esta vida brutal en un hombre sensible e inteligente. Sería razonable suponer que terminara convertido en un misántropo, lleno de veneno y odio por sus congéneres o, por otro lado, que degenerara en una melancolía desesperada hasta el punto de la idiocia. Sin embargo, Merrick no era así. Había atravesado el fuego y había salido ileso. Sus vicisitudes lo habían ennoblecido. Se mostraba como una criatura gentil, afectuosa y tan afable como una mujer feliz, sin un solo rastro de cinismo o resentimiento, sin una queja o una mala palabra para nadie. Jamás le oí quejarse. Jamás le escuché lamentar su vida ruinosa o quejarse por el tratamiento que había recibido de sus insensibles guardianes. Su viaje por la vida sin duda había transitado por la *vía dolorosa*, el camino había sido cuesta arriba todo el trayecto y ahora, cuando más oscura era la noche y el camino más escarpado, encontró de repente algo parecido a una taberna amigable brillante con luces y calurosa bienvenida. La gratitud que mostraba a aquellos que le rodeaban resultaba patética por su sinceridad y elocuente por la simpleza infantil con la que la expresaba.

Cuando fui conociendo más a esta criatura primitiva descubrí que le atormentaban principalmente dos problemas que me reveló tímidamente. Ya se estaba alojando en las habitaciones que le habían asignado, tras asegurarle que le cuidarían hasta el fin de sus días y, sin embargo, le costaba asimilar este hecho, porque en varias ocasiones me preguntó tímidamente cuál sería el siguiente lugar a donde iban a llevarlo. Para entender su actitud es necesario recordar que había estado cambiando de lugar toda su vida. No conocía otro estado de existencia. Para él era lo normal. Había pasado del asilo al hospital, del hospital de regreso al asilo, luego de esta ciudad a aquella otra o de una caravana de espectáculos a otra. No había conocido un hogar ni nada que se le pareciera. No tenía ninguna posesión. Sus únicas pertenencias, aparte de las ropas y algunos libros, eran el monstruoso sombrero y la capa. Era un vagabundo, un paria y un desterrado. No podía entender que aquellas habitaciones en el hospital Rieran para toda la vida. No podía borrar de su mente la ansiedad que le había acosado durante tantos años… ¿adonde me llevarán ahora?

Otro problema era el temor que le despertaban sus congéneres, el miedo a los ojos de la gente, el terror de ser siempre observado y el látigo de los crueles murmullos de la muchedumbre. En su cuarto en Bedstead Square estaba recluido, pero de vez en cuando algún camillero o limpiadora de sala abría su puerta y dejaba que amigos curiosos echaran un vistazo al Hombre

Elefante. Por lo tanto, para él era como si la mirada del mundo todavía le siguiera.

Influido por estas dos obsesiones, durante las primeras semanas en el hospital se mostró curiosamente inquieto. Por fin, tras mucho vacilar, me dijo un día: «¿Cuando me trasladen de nuevo, puedo ir a un sanatorio de ciegos o a un faro?» Había leído algo sobre los sanatorios para ciegos en el periódico y le atrajo la idea de estar entre personas que no podían ver. El faro tenía otro encanto. Significaba aislamiento de los curiosos. Allí al menos nadie podría abrir una puerta para entrar a mirarle. Entonces podría olvidar que alguna vez fue el Hombre Elefante. Allí escaparía del empresario vampiro, Nunca había visto un faro, pero había caído en sus manos un dibujo del Eddystone y le pareció que aquella solitaria columna de piedra en los confines de la tierra era el hogar que siempre había deseado.

No me costó mucho disuadir a Merrick de tales ideas. Quería que se acostumbrara a sus congéneres, que se convirtiera en un ser humano y fuera admitido en comunión con su especie. Cada día parecía menos asustado, menos huidizo, menos ansioso por esconderse, menos alarmado cuando veía que se abría la puerta. Llegó a conocer a la mayoría de la gente del lugar, se acostumbró a sus idas y venidas y advirtió que tan solo le prestaban una amistosa atención. Solo podía salir de noche y cuando hacía buen tiempo se aventuraba a dar un paseo por Bedstead Square ataviado con su capa y sombrero negros. Su mayor aventura era la de las noches sin luna, cuando paseaba a solas hasta el jardín del hospital y de regreso otra vez.

Para asegurarnos de la recuperación de Merrick y traerlo en efecto a la vida una vez más era necesario que se relacionara con hombres y mujeres que le trataran como un joven normal e inteligente y no como un monstruo deforme. Yo tenía la impresión de que las mujeres serían más importantes que los hombres para provocar tal transformación. Las mujeres eran las que más se asustaban de él, las más asqueadas por su aspecto y las que con más frecuencia dejaban escapar expresiones de rechazo en su presencia. Además, Merrick sentía tal admiración por las mujeres que rayaba casi en la adoración. No era resultado de su experiencia personal. No eran mujeres reales, sino productos de su imaginación. Entre ellas se encontraba la hermosa madre rodeada, a una respetuosa distancia, por las heroínas de muchos de los romances que había leído.

Durante su primera entrada al hospital tuvo lugar un incidente lamentable. Lo habían tumbado sobre la cama del pequeño ático y una enfermera tenía instrucciones de llevarle comida. Desafortunadamente, no le informaron

adecuadamente sobre el inusual aspecto de Merrick. Al entrar en la habitación, lo vio en la cama, apoyado en una almohada blanca, una figura monstruosa tan horripilante como un ídolo indio. Inmediatamente, la mujer dejó caer la bandeja que llevaba y salió huyendo con un grito de espanto. Merrick estaba aún demasiado débil para advertir este suceso, pero me temo que la experiencia no era nueva para él.

Era atendido por enfermeras voluntarias cuyos cuidados eran un tanto formales y comedidos. Merrick, sin duda alguna, era consciente de que aquel servicio era un puro trámite, que hacían simplemente lo que les ordenaban que hicieran y que actuaban más bien como autómatas que como mujeres. No le ayudaban a que se sintiera uno más de su especie. Por el contrario, sin saberlo, le hacían consciente de que el abismo que les separaba era inconmensurable.

Tras darme cuenta de este hecho, pregunté a una amiga, una joven y bonita viuda, si creía ser capaz de entrar en el cuarto de Merrick con una sonrisa, desearle buenos días y estrecharle la mano. Ella dijo que podía hacerlo y lo hizo. El efecto en el pobre Merrick no fue el que yo esperaba. Cuando soltó la mano de ella, inclinó la cabeza sobre las rodillas y comenzó a sollozar hasta el punto de que creí que jamás pararía. La entrevista había acabado. Más tarde me confesó que aquella había sido la primera mujer que le había sonreído, y la primera mujer en toda su vida que le había estrechado la mano. Desde aquel día, comenzó la transformación de Merrick y poco a poco pasó de criatura acosada a hombre. Fue un cambio maravilloso que jamás dejará de fascinarme.

El caso de Merrick atrajo mucha atención en los periódicos y en consecuencia tenía una sucesión constante de visitantes. Todo el mundo quería verle. Debió de recibir a casi todas las damas notables de la alta sociedad. Todas se mostraban lo suficientemente dispuestas a saludarle con una sonrisa y estrecharle la mano. El Merrick que yo encontré temblando bajo un retal de cortina en una tienda vacía ahora frecuentaba la compañía de duquesas, condesas y otras damas de alta alcurnia. Le llevaban regalos, iluminaron su cuarto con adornos y cuadros y, lo que más le complació de. rodo, le proporcionaron libros. Pronto se hizo con una biblioteca considerable y pasaba la mayor parre del día leyendo. No era nada caprichoso, ni orgulloso en absoluto, nunca pedía nada, nunca daba por sentada la amabilidad que recibía y siempre se mostraba humilde y profundamente agradecido. Sobre rodo, perdió la timidez. Le gustaba que se abriera la puerta y la gente mirara dentro. Trabó amistad con la mayoría de los que frecuentaban Bedstead

Square, charlaba con ellos desde la ventana y les mostraba algunos de los regalos más selectos. Mejoró su dicción, aunque hasta el final sus frases seguían resultando difíciles de entender a los extraños. Además, estaba comenzando a ser menos consciente de su fealdad, levemente predispuesto a creer que, después de todo, no era tan extrema. Posiblemente ayudado por el hecho de que yo había prohibido los espejos de cualquier tipo en su habitación.

Alcanzó la cumbre de su ascenso en sociedad un día célebre cuando la reina Alejandra, entonces princesa de Gales, llegó al hospital de visita especial. Con esa amabilidad que marcó todos y cada uno de los actos de su vida, la reina entró en el cuarto de Merrick sonriendo y le estrechó calurosamente la mano. Merrick estaba extasiado de placer. Aquello no lo habría imaginado ni en el más increíble de sus sueños. La reina hacía feliz a mucha gente, pero no creo que ningún otro de sus actos causara jamás tanta felicidad como la que trajo a la habitación de Merrick cuando se sentó junto a su silla y le habló como si lo hiciera con alguien a quien se alegraba de ver.

Debo decir que Merrick era ahora una de las criaturas más satisfechas que jamás he conocido. En más de una ocasión me dijo: «Soy feliz a todas horas del día». Era un excelente avance en comparación con la criatura que había visto en el rincón de la sala de espera en Liverpool Street. La mayoría de los hombres de la edad de Merrick habrían expresado su alegría y contento cantando o silbando a solas. Desafortunadamente, el pobre Merrick tenía la boca tan deformada que no podía ni silbar ni cantar. Se conformaba con expresarse golpeando la almohada al ritmo de alguna melodía que sonaba en su cabeza. En muchas ocasiones le sorprendí haciéndolo al entrar en su cuarto inesperadamente. Algo que siempre me pareció un rasgo triste en Merrick era el hecho de que no pudiera sonreír. Por mucha que fuera su alegría, su rostro permanecía impasible. Podía llorar, pero no podía sonreír.

La reina visitó a Merrick en numerosas ocasiones y todos los años le enviaba una tarjeta navideña con un mensaje de su propio puño y letra. En una ocasión le envió una fotografía suya firmada. Merrick, embargado por la emoción, la consideraba un objeto sagrado y apenas me permitía tocarla. Lloraba mirándola y, tras enmarcarla, la colocó en su habitación como una especie de icono. Le dije que debía escribir a Su Real Majestad para agradecerle la amabilidad. Esto le agradó, porque le gustaba mucho escribir cartas; jamás en su vida había tenido a nadie a quien escribir. Permití que se enviara la carta sin correcciones de ningún tipo. Comenzaba: «Mi querida

princesa», y acababa: «Su seguro servidor». A pesar de lo poco ortodoxa que era su redacción, se expresaba en términos que cualquier cortesano envidiaría.

Otras damas siguieron el ejemplo de su graciosa Reina y enviaron sus retratos fotografiados a aquella criatura encantada que toda su vida había sido odiada y rechazada por los hombres. La repisa de la chimenea y la mesa terminaron tan repletas de fotografías de bellas damas, junto a exquisitos chismes y bonitas chucherías, que bien podrían haber decorado el apartamento de un actor bello como un Adonis o un tenor famoso.

A pesar de todos estos desconcertantes incidentes y el glamur que suponía este gran cambio, Merrick seguía siendo tan solo un niño en muchos aspectos. Poseía toda la inventiva de un chico o chica imaginativos, el mismo amor por la ficción, el mismo instinto para los disfraces y la personificación de héroes y personajes impresionantes. Esta actitud mental queda ilustrada en el siguiente incidente. Los benevolentes visitantes me habían dado, de vez en cuando, cantidades de dinero para hacer más cómoda la vida del *ci-devant*[3] Hombre Elefante. Cuando se acercaban unas fiestas navideñas pregunté a Merrick qué le gustaría que le comprara de regalo de Navidad. Me sorprendió bastante cuando dijo tímidamente que le gustaría un neceser de viaje con accesorios de plata. Había visto una fotografía de dicho artículo en un anuncio que se había guardado furtivamente.

La relación de aquel neceser de viaje con accesorios de plata con el pobre desecho humano envuelto en una sucia manta encerrado en una tienda vacía resultaba difícil de comprender. Con el tiempo logré desentrañar el misterio, porque Merrick no callaba las ideas que atormentaban su mente adolescente. Al igual que una niña pequeña con una corona dorada y una cortina haciendo las veces de velo de cola se imagina ser una condesa de camino a la corte, Merrick se deleitaba imaginándose como un hombre joven y elegante paseando por la ciudad. Sin duda, mentalmente se había «disfrazado» para hacer ese papel. Podía actuar de forma convincente, pero quería algo que proporcionara al personaje un mayor realismo. De ahí el desenfadado neceser que debía asumir la función de corona de juguete y cortina para transformar a una niña con trenzas en condesa.

Como «atrezo» teatral, el neceser era una idea ingeniosa, ya que no podía recurrir a mucho más para la transformación. Merrick no podía llevar el sombrero de seda del dandi ni, de hecho, ningún tipo de sombrero. No podía adaptar su cuerpo al abrigo de corte elegante. Su deformidad era tal que le impedía llevar cuello de camisa o corbata, mientras que resultaba impensable asociar sus pies bulbosos con unos zapatos de piel de potro de pura raza. ¿Qué

otra cosa tenía para poder construir su personaje? Una dama le había dado un anillo para que lo luciera en la mano deforme y un lord noble le había regalado un bastón muy elegante. Pero estas cosas, por muy útiles que resultaran, difícilmente podían ser suficientes.

Sin embargo, el neceser era algo inconfundible, clarificador y totalmente característico. Así que se compró el neceser, y Merrick, el Hombre Elefante, se transformó en la intimidad de su habitación en el caballero exquisito de Piccadilly, la joven promesa, el galán, el «estrafalario». Cuando compré el artículo era consciente de que, al no poder viajar, Merrick no necesitaba en absoluto un neceser de viaje. No podía usar los cepillos o peines repujados en plata porque no tenía pelo que peinar. Las cuchillas con mango de marfil no le servían porque no podía afeitarse. La deformidad de su boca hacía que un cepillo de dientes normal no fuera de ninguna utilidad, y como sus labios monstruosos no eran capaces de sostener un cigarrillo, la pitillera era simplemente una burla. El calzador de plata no le hacía falta para calzarse sus zapatillas dadas de sí, mientras que el cepillo de sombrero no parecía apropiado para la gorra de visera.

El neceser era un emblema del verdadero tipo elegante y del duro Don Juan de quienes tanto había leído. Así que, cada día, Merrick colocaba sobre la mesa con orgullosa precisión los cepillos de plata, las cuchillas, el calzador y la pitillera que se había ocupado de llenar con cigarrillos. La contemplación de dichos objetos le producía placer y es tan grande el poder del autoengaño que le convenció de que él era un autentico dandi.

Creo que solo había una sombra en la vida de Merrick. Como ya he dicho, poseía una imaginación muy activa, era un romántico, albergaba emociones por las mujeres y su ocupación favorita era leer historias de amor. Se enamoró, de una manera humilde y casi reverencial, de una, creo, atractiva dama que vio. Sin duda, se veía a él mismo como el héroe de un incidente lleno de pasión. La deformidad corporal había dejado desatados los instintos y sentimientos propios de su edad. Era enamoradizo. Le habría gustado ser un amante, haber paseado con el objeto de su amor bajo las lánguidas sombras de algún bello jardín y haber susurrado a su oído las brillantes frases que tanto había ensayado en su corazón. Y, sin embargo, ¡muy a su pesar!, imagínense los sentimientos de tal joven cuando tan solo vio una mirada aterrada en los ojos de la chica a la que miraba. Imagino que cuando hablaba de vivir entre ciegos tenía una vaga idea de que podría obtener el afecto de una mujer si esta no tuviera ojos con los que mirarle.

A medida que Merrick fue progresando, comenzó a mostrar cierras ambiciones modestas en ensanchar su mente y ampliar su conocimiento del mundo. Era tan curioso como un niño y estaba igual de dispuesto a aprender. Había tantas cosas que quería saber y ver… En primer lugar, estaba ansioso por ver el interior de lo que él llamaba «una casa de verdad», una casa como la que figuraba en muchos de los cuentos que conocía, una casa con un zaguán, un salón donde los invitados eran recibidos y un comedor con platos en el aparador y con sillones en los que el héroe podía «dejarse caer». El asilo, el hospicio y una variedad de desvanes miserables eran todas las residencias que conocía. Para satisfacer ese deseo le lleve a mi pequeña casa en Wimpole Street. Se mostró exageradamente interesado y examinó todo minuciosamente y con incesante curiosidad. No pude enseñarle a los criados consentidos ni los lacayos empolvados sobre los que había leído, ni tampoco pude Fabricar la escalera de mármol blanco de la mansión romántica ni los espejos dorados o los divanes de paño brocado típicos de ese estilo de residencia. Le expliqué que la casa era una modesta morada del tipo de las de Jane Austen, y como había leído *Emma* se quedó satisfecho.

Una ambición aún más acuciante todavía era la de ir al teatro. Era un proyecto de difícil realización. En esos momentos había en cartel una popular comedia musical en el teatro de Drury Lane, pero el problema era cómo un ser tan llamativo corno el Hombre Elefante podía llegar allí y cómo podía ver la actuación sin atraer la atención de la audiencia y causar pánico o, al menos, un desagradable contratiempo. Todo el operativo fue llevado a cabo ingeniosamente por la mujer más amable y actriz más consumada, la señora Kendal. Hizo todas las gestiones necesarias con los arrendatarios del teatro. Se reservó un palco. Merrick fue conducido hasta allí en carruaje con las cortinas echadas y se le permitió usar la entrada de la realeza para llegar al palco por unas escaleras privadas. Pedí a tres hermanas del hospital que se vistieran con traje de noche y se sentaran en la hilera de delante, por un lado, para llenar así el palco y, por otro, para formar una pantalla que ocultara a Merrick. Merrick y yo ocupamos la hilera trasera del palco que se mantenía en todo momento en sombra. Todo fue bien y nadie vio una figura más monstruosa que las que había en el escenario subiendo por la escalera o atravesando el pasillo.

Con frecuencia se puede observar el deleite desatado de un niño al contemplar su primera pantomima, pero el arrebato de Merrick era mucho más intenso y mucho más solemne. Allí tenía a mi lado a un ser con el cerebro de un hombre, los gustos de un joven y la imaginación de un niño. Su

actitud no era tanto de deleite como de asombro y sorpresa. Estaba sobrecogido. Estaba embelesado. El espectáculo le dejó sin habla, de manera que si se dirigían a él no prestaba la más mínima atención. A veces parecía respirar entrecortadamente por el asombro. No pude evitar comparar su reacción con la de un hombre de su misma edad situado en el patio de butacas. Este individuo ya harto andaba distraído por el aburrimiento y miraba con desaliento al escenario de vez en cuando, para luego bostezar como si no hubiera dormido durante varias noches; al mismo tiempo, Merrick estaba atrapado por aquella visión que estaba casi fuera de su comprensión.

Habló sobre esta representación durante semanas y semanas. Para él, como para un niño con la facultad de la ficción, todo era real; el palacio era el hogar de reyes, la princesa era de sangre real, las hadas eran tan ciertas como los niños de la calle mientras que los platos del banquete eran indudablemente de oro. No le gustaba hablar de ello como de una obra, sino más bien como de una visión del mundo real. Cuando su ánimo se exaltaba, decía: «Me pregunto qué hizo el príncipe cuando nos fuimos», o «¿Crees que ese pobre hombre sigue todavía en la mazmorra?», e incesantes preguntas similares.

El esplendor y despliegue de la comedia le impresionó, pero, creo, las damas del ballet aún atraparon más su imaginación. No le gustaban los ogros o los gigantes, y los cómicos le sorprendían por su irreverencia. Al no tener la experiencia con juegos y chanzas de un niño, ni con las burlas o «chistes», el payaso no le despertaba mucha simpatía, pero, creo (motivado por alguna clase de instinto travieso de su subconsciente), se alegró cuando el policía recibió el puñetazo en la cara, fue derribado y humillado ante todos.

Más tarde, otro deseo fue creciendo en lo más hondo de la mente de Merrick. Era el deseo de ver el campo, el deseo de vivir en algún lugar verde y apartado y aprender allí algo sobre las flores y el comportamiento de los animales y los pájaros. El campo visto desde un carro en una carretera polvorienta era lo único que conocía. Nunca había paseado por las praderas ni había recorrido los senderos enrevesados de un bosque. Nunca había escalado hasta la cima de una colina ventosa.

Nunca había recogido flores en un prado. Como tantas de sus lecturas describían la vida campestre, Merrick deseaba ver las maravillas de esa vida por sí mismo.

Esto implicaba una dificultad aún mayor que la visita al teatro. Sin embargo, se pudo realizar el proyecto en esta ocasión también gracias a la amabilidad y generosidad de una dama, lady Knightley, que ofreció a Merrick su residencia de vacaciones: una casita de campo en los terrenos de su

propiedad. Merrick fue trasladado hasta la estación de tren de la forma habitual, pero como era casi imposible que se atreviera a aparecer en el andén, las autoridades ferroviarias tuvieron a bien situar un vagón de segunda clase en unas vías aparcadas. Allí condujeron a Merrick, que llegó hasta el vagón sin ser descubierto. El vagón, con las cortinas echadas, fue posteriormente enganchado al tren de pasajeros.

Llegó sin incidencias a la casita, pero el ama de llaves (como la enfermera del hospital) no fue advertida claramente del deplorable aspecto del visitante. Así pues, cuando Merrick se presentó ante su anfitriona, esta lanzó por encima de la cabeza el delantal que llevaba y huyó despavorida al campo. Afirmó entonces que tal invitado estaba más allá de su capacidad de aguante, porque cuando lo miraba le entraba lo que definió como el peligro de sufrir temblores permanentemente,

Merrick fue entonces conducido a la casita del guarda de caza, escondida y cercana a los lindes del bosque. El hombre y su esposa eran capaces de tolerar su presencia. Le trataban con la mayor amabilidad y con ellos vivió las mejores vacaciones de su vida. Podía pasear por donde quisiera. No se encontraba con nadie en esos paseos, porque el bosque estaba preservado y el paso estaba prohibido a toda persona a excepción del guarda de caza y el guardabosque.

No hay ninguna duda de que Merrick pasó en este retiro los momentos más felices que hubiera experimentado hasta el momento. Estaba a solas en una tierra de maravillas. En el silencio del bosque la temible voz del empresario de espectáculos jamás podría entrar. Ningunos ojos crueles podían mirarle entre la amigable vegetación. Le parecía que en aquel lugar de paz cualquier mancha de su pasado mancillado quedaba borrada. El Merrick que en otro tiempo se acurrucaba aterrado en las sucias sombras de una tienda de Mile End ahora estaba sentado al sol, en un claro rodeado de árboles, formando un ramo con unas violetas que había recogido.

Las cartas que me envió eran cartas de un niño encantado y entusiasmado. Me relataba sus aventuras triviales, las cosas maravillosas que había visto y los bellos sonidos que había oído. Había avistado extrañas aves, había espantado a una liebre de su ruta, había hecho amistad con un perro fiero y había visto a las truchas saltando en la corriente. Me envió algunas de las flores silvestres que había recogido. Eran flores de lo más comunes y conocidas, pero evidentemente él las consideraba especímenes raros y valiosos.

Regresó a Londres, a sus aposentos de Bedstead Square, más saludable y encantado de estar de nuevo en «casa» y una vez más entre sus libros, sus tesoros y sus numerosos amigos.

Unos seis meses después del regreso de Merrick de sus vacaciones en el campo lo encontraron muerto en su lecho. Fue en el mes de abril de 1890. Yacía boca arriba, como si estuviera dormido, y era evidente que había muerto de repente y plácidamente, ya que ni tan siquiera la colcha estaba arrugada o deshecha. La forma de su muerte fue bastante peculiar. Su cabeza era tan grande y tan pesada que no podía dormir tumbado. Cuando se colocaba en posición horizontal el enorme cráneo tendía a caer hacia atrás provocándole un gran malestar. La posición que estaba obligado a adoptar cuando dormía era muy extraña. Se sentaba en la cama con la espalda apoyada en almohadones, encogía las rodillas hacia arriba y las rodeaba con los brazos mientras apoyaba la cabeza en las puntas de las rodillas dobladas.

Con frecuencia me decía que le gustaría poder tumbarse para dormir «como el resto de la gente». Creo que aquella última noche, con cierta determinación, debió de probarlo. La almohada estaba blanda y la cabeza, al apoyarse en ella, debió de caer hacia atrás y causar la dislocación del cuello. Y así es como su muerte fue producto del deseo que había dominado toda su vida: el patético pero inútil deseo de ser «como el resto de la gente».

Como espécimen humano, Merrick era innoble y repulsivo, pero su espíritu, si pudiera ser encarnado en un ser vivo, adoptaría la figura de un hombre honorable y heroico, de frente despejada y miembros ligeros y con ojos que despedían un fulgor de indomable coraje.

El tortuosa viaje había llegado a su fin. Durante todo el trayecto había llevado a su espalda una carga demasiado pesada para poder soportarla. Fue lanzado al Cenagal de la Desesperación, pero con pasos de hombre había logrado llegar hasta la otra orilla. Fue transformado en «un espectáculo para todos los hombres» en las despiadadas calles de la Feria de las Vanidades. Fue maltratado e insultado y salpicado con el barro del Desprecio. Había escapado de las garras de la Gigantesca Desesperación y, por fin, llegó al «Lugar de la Liberación», donde «su carga se desprendió de sus hombros y cayó de su espalda, de manera que no la volvió a ver nunca más».

Arthur Machen

Arthur Machen (1863-1947) es justamente considerado uno de los maestros del terror moderno, antecedente directo de muchos de los elementos puestos en juego décadas después por Lovecraft en sus Mitos de Cthulhu, y ejemplo perfecto, junto a su compatriota Algernon Blackwood, de lo que Rafael Llopis, siguiendo a los franceses, denominaría como «el cuento materialista de terror», es decir: aquel que da a los fenómenos fantásticos o aparentemente sobrenaturales una explicación si no exactamente racionalista, sí racional, amparada bajo el ambiguo paraguas del Ocultismo, lo seudocientífico y paranormal. Si bien Machen no dejó de ser en toda su vida un decadentista de tendencias místicas, su paso por la Golden Dawn y el contacto directo con espiritistas, psíquicos y ocultistas le marcó con cierto poso de amargura, que se tradujo en una mezcla de fe en lo espiritual y escepticismo ante quienes se presentaban corno sus intérpretes en la Tierra, capaces de contactar con el más allá.

Profeta del *folk-horror*, con relatos como “El gran dios Pan”, “El pueblo blanco”, “La novela del sello negro”, “La pirámide resplandeciente”, “La mano roja”, “La novela del polvo blanco” o “Cambio”, algunos de ellos incluidos en su novela de episodios *Los tres impostores* (1895), donde explora el legado siniestro de la Billarda prerromana, la brujería, sus tradiciones feéricas y cultos ancestrales, en clave de terror antropológico y arqueológico, su novela corta *El terror*, suerte de horror ecológico, puede considerarse precedente a su vez de filmes como *Los pájaros* (*The Birds*. Alfred Hitchcock, 1963), *Largo fin de semana* (*Long Weekend*. Colin Eggleston, 1978) e incluso *El incidente* (*The Happening*. M. Night Shyamalan, 2008), sin embargo, el Machen que traemos aquí a colación es el que también cultivara el humor negro, las historias de crimen y la *forteana* varia, husmeando una vez más en esa realidad cotidiana que es por definición fuente constante y conspicua de inspiración para el cine de terror moderno.

“El misterio de Islington”, relato publicado por vez primera en la antología de Lady Cynthia Asquith *The Black Cap* (1927), es, precisamente,

una irónica pieza de crónica negra con un ojo puesto en Thomas de Quincey y otro en el reciente caso Crippen, que había conmovido a la sociedad anglosajona en particular y al mundo entero en general. Pero es también un ejemplo de mistificación literaria, puesto que aquello que Machen presenta como caso real, extraído de la prensa y la crónica negra, es casi con toda seguridad producto de su imaginación, capaz, como es bien sabido, de pergeñar fraudes involuntarios tan célebres como el de "Los arqueros de Mons", y así, antecedente narrativo de ese subgénero del «falso documental» o el «falso metraje encontrado», tan de moda en el cine de terror de comienzos del nuevo milenio, ejemplarizado por *El proyecto de la bruja de Blair* (*The Blair Witch Project*. Daniel Myrick, Eduardo Sánchez, 1999), que posee también, por supuesto, numerosos precedentes literarios.

Curiosamente, este divertido y amoral cuento de crimen perfecto y sin castigo sería llevado a la pantalla… ¡en México! En efecto, *El esqueleto de la señora Morales* (1960), dirigida por el todoterreno Rogelio A. González y escrita por el exiliado español y habitual colaborador de Buñuel, Luis Alcoriza, convertía el humor y el cinismo típicamente británicos de la historia original en esperpento y comedia negra netamente hispanos, contando con un reparto encabezado por el galán Arturo de Córdova y la estrella española Amparo Rivelles. Filmada en delicioso blanco y negro, famosa por escenas imaginativas y cinematográficamente brillantes como el entierro final, a veces de inequívoco aire buñuelesco, la película escrita por Alcoriza posee también un valor simbólico de no poco interés para el terror moderno. Rodada en 1959, supone un cambio de rumbo claro respecto al cine fantástico y de terror mexicano, que durante toda la década había abundado en un gótico charro que bebía de los clásicos de Hollywood, especialmente de los monstruos de la Universal y los seriales, para llevar el género no sólo al terreno del humor negro, sino también, alejándolo de vampiros, brujas, demonios, marcianos y superhéroes enmascarados, al del crimen real, la psicopatología del matrimonio y la vida familiar y los nefastos resultados del fanatismo religioso y la represión sexual. Aunque durante los 60 el género en México seguiría marcado por luchadores con máscaras y monstruos ridículos pero entrañables, *El esqueleto de la Señora Morales* señalaba el inquietante rumbo que muchos filmes del género o afines a éste tomarían en todo el mundo a partir del año seminal de 1960: el del crimen real, las psicologías perversas, los monstruos humanos y la enfermiza naturaleza de una realidad más negra que la más negra de las pesadillas.

EL MISTERIO DE ISLINGTON[1]

I

La afición del público a los asesinatos es a menudo errática, y a veces, pienso, bastante falible. Tomemos, por ejemplo, el caso Crippen. Sucedió hace diecisiete años y recientemente todavía se recordaba y discutía con interés. Sin embargo no fue ni mucho menos un asesinato de primer orden. ¿Qué había en él? El resumen es bastante vulgar; sencillo, fácil y repulsivo, como el doctor Johnson dijo de otra obra de arte[2]. Crippen tenía que soportar a una esposa regañona de hábitos desagradables; y abrigó una pasión por su mecanógrafa. Con lo cual envenenó a Mrs Crippen, la despedazó y enterró los trozos en la carbonera. Eso estuvo bastante bien, aunque era obvio; y si el insensato hombrecito se hubiese contentado con quedarse callado y no hacer nada, podría haber vivido y muerto en paz. Pero no tuvo más remedio que desaparecer de su casa —una locura— y cruzar el Atlántico con su mecanógrafa, disfrazada absurda y burdamente de chico; una absoluta y torpe imbecilidad. En eso, sin duda no hay el menor vestigio de maestría; y aun así, como digo, el Crimen de Crippen está considerado como una de las obras maestras. Pasa lo mismo en todas las artes: el mal cómico siempre estaba seguro de que se reirían si no tenía inconveniente en caerse de cualquier manera; y el asesino más endeble está seguro de que le prestarán cierra atención respetuosa si se toma la molestia de desmembrar a su víctima. Por lo tanto, con respecto a Crippen: lo atraparon por medio de la radiotelegrafía, entonces en su fase inicial. Eso, por supuesto, fue completamente irrelevante pata la verdadera cuestión; pero el público se regodea en la irrelevancia. Un gran crítico de arte puede alabar un gran cuadro, y hacer que su crítica sea una obra maestra por sí sola. Lo leerán poco: pero basta que algún estúpido gacetillero diga que el pintor siempre canta “Tom Bowling”[3] mientras prepara su paleta, y cena pollo cocido con salsa de albaricoque tres veces a la semana… entonces el mundo proclamará al gran artista.

II

El éxito del mediocre es deplorable de por sí, peto es más deplorable porque a menudo oculta la verdadera obra maestra. Si el vulgo anda detrás de lo falso, debe despreciar lo verdadero. Se ensalza la inadmisible *Romola*[4]; la admirable *Cloister and the Hearth*[5] se deja de lado. Así, mientras la desmañada y muy insignificante actuación de Crippen llenó los periódicos, el extraordinario Asesinato de Battersea fue despachado con uno o dos escasos párrafos en recónditos rincones de la prensa. A decir verdad, fuimos tan vergonzosamente privados de detalles que solo retengo en la memoria un exiguo bosquejo de aquel magnífico crimen; pero, en líneas generales, el caso se desarrolló como sigue: En el primer piso de uno de los más pequeños bloques de apartamentos de Battersea un joven (de entre 18 y 20 años) hablaba con una actriz, una actriz «itinerante» de escasa fama, cuya edad, si mal no recuerdo, estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Un disparo, un disparo próximo, interrumpió de pronto su conversación. El joven salió precipitadamente del apartamento, bajó las escaleras, y en el vestíbulo del bloque encontró a su propio padre, muerto a tiros. El padre, habría que advertir, era un actor ambulante, y antiguo amigo de la mujer de arriba. Pero ahora viene el ingrediente magistral de ese asesinato. Junto al muerto, en su mano o en el bolsillo de su chaqueta (no estoy seguro de cómo fue) se encontró un arma hecha con alambre grueso: un artilugio vil y de lo más mortífero, forjado con curiosa y malvada ingenuidad. Era de noche, pero brillaba la radiante luz de una luna nueva de ocho días, y el joven dijo que vio a alguien corriendo y saltando por encima de las tapias.

Pero observen el detalle: el actor muerto se ocultaba debajo del apartamento de su amiga, se ocultaba y estaba al acecho, con su infame arma en la mano. Esperaba encontrarse con algún enemigo, al cual había decidido hacer por lo menos alguna maldad enorme, si no asesinarlo.

¿Quién era ese enemigo, cuya bala fue más rápida que el cruel y premeditado deseo del muerto?

Probablemente nunca lo sabremos. Un asesinato que podría haber figurado verdaderamente en la máxima categoría, que podría haber rivalizado con el caso de Madeleine Smith[6] (había ciertos indicios que hacía que eso pareciese posible), se dejó que cayera en el olvido, mientras la necia multitud sobrevaloró de repente al elemental Crippen y sus chapuceras imbecilidades. Así en tiempos hubo gente que consideró que *Robert Elsmere*[7] era una obra literaria de importancia palmaria.

III

Por descontado, y con cierta razón, la guerra fue responsable de gran parte de esa especie de negligencia. En aquellos años arroces no hubo en sus cabezas más que una cosa; todo lo demás se borró. De modo que se prestó poca atención al caso de una mujer, cuyo cadáver se encontró, envuelto cuidadosamente en tela de saco, en Regent's Square, junto a Gray's Inn Road. Un hombre fue ahorcado sin cláusulas, pero hubo en el caso uno o dos detalles curiosos.

Hubo también el Asesinato de Wimbledon, un caso extraño. Una familia acaudalada acababa de instalarse en una casa grande frente a la Cámara de los Comunes, tan recientemente que muchos de sus muebles y enseres estaban todavía en las cajas de embalaje. El dueño de la casa fue asesinado una noche por un hombre que se llevó su botín. Fue un curioso botín, consistente en una gabardina, que valía, quizás, un par de libras, y un reloj que habría costado unos diez chelines. El asesino, además, fue colgado sin más comentarios; pero, a simple vista, su conducta parece necesitar una explicación. Pero el caso más singular de todos los que padecieron las preocupaciones de la guerra fue, no cabe la menor duda, el Misterio de Islington, como lo llamó la prensa. Fue un titular llamativo, pero el mundo estaba demasiado ocupado para prestarle atención. El asunto se divulgó, hasta cierto punto, en la época en que empezaron a usarse los carros de combate; y la gente trataba de no creer a los corresponsales de guerra, de no percatarse de que los fandangos y *corroborees*[8] de tinta de esos caballeros ocultaban una sensación de fracaso y decepción.

IV

Pero en lo que se refiere al Misterio de Islington… así es como resultó. Hay una calle extraña, no lejos de la zona que en tiempos se llamaba Spa Fields, muy cerca de Pentonville o Islington Fields, donde antaño el *clown* Grimaldi fue acusado de incitar al populacho a perseguir a un buey agotado[9]. El animal subió una colina escarpada, y el raro aventurero que de vez en cuando penetra en aquel barrio desconocido de Londres se asombra y desconcierta desde el primer momento, ya que no hay colinas escarpadas en el Londres que él conoce, y los contornos de aquel escenario le recuerdan la zona de casas de huéspedes de precio reducido en la parte de atrás de los lugares de veraneo con empinadas cuestas. Pero si el lugar es extraño, son mucho más extraños los edificios que hay en él. Sin duda fueron construidos durante el apogeo del neogótico de Sir Walter Scott, que ha dejado tras él tan extraños monumentos conmemorativos. Las casas de Lloyd Street están

emparejadas, y el arquitecto, al combinar las dos en un diseño, quería crear la ilusión de una serie de iglesias, en el estilo Perpendicular o con arco de ojiva de tercio punto[10], que trepan por la colina. El detalle es magnífico, hay florones para alegrar el corazón, y gárgolas de primorosa fantasía, todo realizado en el más puro estuco. En la casa más humilde del lado derecho vivía Mr Harold Boale y su esposa, y una placa de latón en la puerta gótica decía «Taxidermista. Esqueletos articulados». Por casualidad, esta casa, la más humilde de Lloyd Street, tenía un jardín más grande que los de sus colegas, que daba al patio de un contratista, y al final del jardín Mr Boale había instalado el equipo de su oficio en un cobertizo, para que sus vecinos no pudieran meter las narices.

En la medida en que puede deducirse, el disecador y componedor de esqueletos era un tipo pacífico, inofensivo. Sus vecinos lo querían, y él y el ebanista especializado en marquetería Boulle[11] de la puerta de al lado, el fabricante de cajas de concha de enfrente, el grabador de sellos y el armero de Baker Square en lo alto de la colina, y el anciano capitán de la marina mercante que vivía a la vuelta de la esquina en Manchester Street, en la casa con el junco de marfil en la ventana, solían pasar más de una velada cordial en el salón de los Quill en los días anteriores a que la guerra lo echara todo a perder.

Ninguno de ellos bebía ni hablaba mucho; pero disfrutaban de sus comedidas copas y de la acogedora comodidad del lugar, y miraban fijamente con gesto adusto las viejas estampas de coches que había en las paredes, y el gran cuadro que representa el desembarco de la agraviada reina de Inglaterra[12], que cuelga encima de la repisa de la chimenea, entre dos perros de color rosa con collares dorados. Mr Boale pasaba por ser un hombre muy amable en aquel círculo y todos lo compadecían. Mrs Boale era una persona intratable y una gruñona. Los hombres del barrio evitaban encontrarse con ella; las mujeres la temían. Al pobre Boale le hacía llevar una vida de mil demonios. Su voz, bastante a menudo, se oía en la puerta de los Quill, vomitando veneno contra su marido; y el pobre hombre temblaba y se marchaba, por miedo a que pudiera pasar algo peor. Mrs Boale era una mujer morena de baja estatura. Su cabello era negro como el tizón, su rostro tenía una expresión de malignidad mordaz, y andaba rápidamente aunque con una marcada cojera. Rebosaba de energía y daba la lata al vecindario, y a su marido más que la lata.

La guerra, con sus escaseces y su riguroso horario de cierre, hizo que las reuniones en casa de los Quill fueran más raras que antes, y les privó de

buena parte de su comodidad. Sin embargo, el círculo no se disolvió por completo, y una tarde Boale anunció que su esposa se había ido a visitar a sus parientes en Lancashire y seguramente estaría fuera bastante tiempo.

—Bueno, no hay nada mejor que un cambio de aires, eso afirman —dijo el capitán—, aunque yo he tenido más que de sobra de eso.

Los demás no dijeron nada, pero en el fondo felicitaron a Boale. Uno de ellos comentó después que el único cambio que le sentaría bien a Mrs Boale sería el cambio al otro mundo, y todos asintieron. No eran conscientes de que Mrs Boale estaba disfrutando las ventajas del tratamiento recomendado.

V

Recuerdo que los problemas de Mr Boale empezaron con la aparición de la hermana de Mrs Boale, Mary Aspinall, una mujer de casi tan mal genio y malignidad como la propia Mrs Boale. Había sido durante algunos años nodriza de una familia en Ciudad del Cabo, y había vuelto a su país con su señora. En un principio, la mujer había escrito dos o tres cartas a su hermana, y no había tenido ninguna contestación. Le pareció extraño, pues a Mrs Boale le gustaba escribir cartas, que llenaba de «cosas desagradables» acerca de su marido. Así que, la primera tarde después de su regreso, Mary Aspinall llamó a la casa de Lloyd Street para conocer la verdad de boca de su propia hermana. Tenía muchas sospechas de que Boale hubiese ocultado sus cartas. «Ese mal dito Limante me las pagará», se dijo. De modo que Miss Aspinall llegó a Lloyd Street y sacó a Boale de su taller. Y cuando él la vio se le cayó el alma a los pies. Había leído sus carras. Pero la decisión de regresar a Inglaterra se había tomado de pronto; por tanto Miss Aspinall no había dicho ni una palabra de ello. Boale había imaginado que la hermana de su esposa se quedaría en el otro extremo del mundo los próximos veinte años, quizás treinta; y tenía la intención de marcharse y perderse en uno o dos años con un nuevo nombre. Conque cuando vio a la mujer se le cayó el alma a los pies.

Mary Aspinall fue derecha al asunto.

—¿Dónde está Elizabeth? —le preguntó—. ¿En el piso de arriba? Me extraña que no bajara cuando oyó el timbre.

—No dijo Boale. Se sentía tranquilo pensando en el extraño laberinto que había elaborado alrededor de su secreto; se sentía seguro en el centro del mismo.

—No, no está en el piso de arriba. No está en casa.

—¿De veras no está en casa? Supongo que habrá ido a ver a algunos amigos. ¿Cuándo esperas que vuelva?

—La verdad, Mary, es que no espero que vuelva. Me abandonó… hace tres meses, es eso.

—¡Lo dices en serio! ¡Te abandonó! Demostró sentido común, supongo. ¿Adónde se ha ido?

—A fe mía, Mary, no lo sé. Una tarde tuvimos una pelea, aunque no creo que le dijese mucho. Pero ella me dijo que estaba harta, y metió unas cuantas cosas en una bolsa y se largó. Corrí tras ella y le grité que regresara, pero ni siquiera volvió la cabeza, y se marchó en dirección a King's Cross. Y desde aquel día no la he vuelto a ver, ni he sabido una palabra de ella. He tenido que devolver todas sus carras a la oficina de correos.

Mary Aspinall miró fijamente a su cuñado y meditó. Aparte de decirle que él se lo había buscado, no parecía haber más que decir. De modo que de acuerdo con eso lo trató bien, y salió indignada del salón. El volvió a disecar pavos reales, que yo sepa. Volvió a sentirse tranquilo. Durante unos pocos segundos había tenido una sensación muy desagradable en el estómago, un miedo horrible cuando se había abierto una brecha en uno de los muros externos de aquel laberinto suyo, pero ya todo iba bien de nuevo.

Ytodo habría ido bien de forma permanente si Miss Aspinall no se hubiese tropezado casualmente con Mrs Horridge en la calle principal, cerca del final de Lloyd Street. Mrs Horridge era la esposa del fabricante de cajas de concha, y ambas habían tomado el té una o dos veces hacía mucho tiempo en casa de Mrs Boale. Se reconocieron y, tras unos cuantos comentarios sin sentido, Mrs Horridge preguntó a Miss Aspinall si había visto a su hermana desde que volvió a Inglaterra.

—¿Cómo iba a verla si no sé dónde está? —respondió Miss Aspinall con cierta ferocidad.

—No me diga, ¿no ha visto, entonces, a Mr Boale?

—Vengo de su casa en este preciso momento.

—Pero, sin duda, no puede haber perdido la dirección de Lancashire.

Y así una cosa llevó a la otra, y Mary Aspinall dedujo con toda claridad que Boale había contado a sus amigos que su esposa estaba haciendo una larga visita a sus parientes en Lancashire. En primer lugar, los Aspinall no tenían ningún pariente en Lancashire… ellos procedían de Suffolk… y en segundo lugar, Boale le había puesto al corriente de que Elizabeth se había marchado enfurecida, no sabía adónde. No le volvió a visitar inmediatamente, como al principio había pretendido. Se estaba haciendo tarde, y tomó en consideración regresar a Wimbledon, decidida a examinar el asunto.

La semana siguiente volvió a pasarse por Lloyd Street. Acusó a Boale de mentirle deliberadamente, y le expuso francamente las dos historias que le habían contado. De nuevo notó Boale aquella horrorosa sensación de que todo se acababa. Pero tenía recursos.

—Lo cierto es —le dijo— que no te he contado ninguna mentira,

Mary. Todo sucedió como te dije. Pero me inventé ese cuento sobre Lancashire por la gente de por aquí. No quería que hablaran de mis problemas, sobre rodo porque Elizabeth no tiene más remedio que regresar un algún momento, y espero que será pronto,

Miss Aspinall le miró por un momento de un modo indeciso y amenazador, y luego subió deprisa al piso de arriba. Poco después bajó.

—He examinado a fondo los cajones de Elizabeth —dijo en tono desafiante—. Han desaparecido muchas cosas. No veo esas tiras de encaje que tenía de la abuela, y el aderezo de azabache ha desaparecido, y lo mismo el collar de granate, y el broche de coral. Tampoco pude encontrar el abanico de marfil.

—Después de que se fuera encontré todos los cajones completamente abiertos —dijo Mr Boale suspirando—. Supongo que se llevó las cosas.

No queda más remedio que confesar que Mr Boale, adiestrado, quizás, por la sutileza de su oficio, había prestado la debida atención a todos los detalles. Se había dado cuenta de que sería inútil contar el cuento de la marcha de su esposa si se olvidaba de sus tesoros. Así que los tesoros habían desaparecido.

En realidad, la arpía Aspinall no sabía que decir. Tenía que reconocer que Boale había explicado el problema de sus dos historias de forma completamente plausible. Así que le dijo que más que un hombre era un ser despreciable y cerró de golpe la puerta del vestíbulo. Boale volvió de nuevo a su taller con entusiasmo en el corazón. Su laberinto todavía estaba seguro, su secreto a salvo. Al principio, cuando se enfrentó de nuevo a la acusación de Aspinall, había pensado en cerrar la puerta con cerrojo en cuanto la mujer saliera de la casa; pero eso era pánico irracional. Estaba en peligro. Y recordó, como el resto de nosotros, el caso Crippen. Fue la huida lo que perdió a Crippen; si se hubiera cruzado de brazos habría permanecido seguro, y el secreto del sótano nunca se habría conocido. Sin embargo, como reflexionó Mr Boale, nadie estaba dispuesto a buscar en su sótano, a buscar por todas partes y a donde sea en su local, desde la puerta del vestíbulo de delante hasta el taller en el fondo. Y procedió a dedicar su atención, tranquila, sin reservas, a un hermoso cuervo que le habían enviado por la mañana.

Al volver a Wimbledon Miss Aspinall examinó detenidamente la extraordinaria desaparición de su hermana. Pensó en ella una y otra vez, y no pudo sacar nada en limpio. No sabía que la gente desaparece constantemente por todo tipo de motivos; que nadie oye nada sobre esos casos a menos que algún periódico con iniciativa imagine que hay materia para una «noticia sensacional» y soliviante a toda Inglaterra a buscar a John Jones o a Mrs Carraway. Para Miss Aspinall la desaparición de Elizabeth Boale parecía un portento y un prodigio, un acontecimiento único y terrible; y se devanaba los sesos, y no encontraba ninguna salida de aquel laberinto… una estructura distinta del laberinto mantenido por el sereno Boale. La Aspinall no tenía ninguna sospecha de su cuñado; tanto su comportamiento como su quehacer eran diáfanos, claros y honrados. Era un ser despreciable, como ella le había llamado, pero sin duda decía la verdad. Sin embargo la mujer le tenía cariño a su hermana, y quería saber adónde se había ido y lo que le había sucedido; así que puso el asunto en manos de la policía.

VI

Proporcionó la mejor descripción de la mujer desaparecida de que fue capaz, pero el policía encargado del caso le advirtió que no había visto a su hermana en muchos años, y que Mr Boale era por supuesto la persona a consultar en aquel asunto. Así que el taxidermista una vez más fue aparrado de sus labores científicas. Confirmó la información que dio Miss Aspinall y la descripción que ella facilitó. Contó otra vez su sencilla historia, mencionó el incidente de la mentira a sus vecinos para evitar un desagradable cotilleo, y añadió varios detalles al retrato de su esposa que hizo Miss Aspinall, Proporcionó al agente de policía dos fotografías, señalando la que más se parecía de las dos, y vio marcharse de su local a su visitante con jovial tranquilidad.

A su debido tiempo pegaron en las comisarías de policía de todo el país el cartel de la «desaparecida», aderezado con una reproducción de la fotografía seleccionada por Mr Boale, con minuciosos detalles descriptivos, incluso la «marcada cojera», y de vez en cuando unos cuantos transeúntes le echaron un vistazo de pasada, El cartel no tenía nada de particular y la afirmación «vista últimamente andando en dirección a King’s Cross» no era una pista muy prometedora para el detective aficionado. No apareció en la prensa ninguna indicación sobre el asunto; como he señalado, apenas un uno por ciento de estos casos de «desaparición» salen en la prensa, Y justo en aquel momento todos nos dedicábamos a leer los panegíricos de los corresponsales de guerra, que demostraban que el avance de una milla y media en un frente de nueve

millas constituía una victoria que eclipsaba a Waterloo. No había espacio para discutir el paradero de una mujer desconocida de la que no se sabía nada en Islington.

Fue un verdadero accidente lo que provocó la catástrofe. James Curry, un estudiante de medicina que se alojaba en Percy Street, esquina con Tottenham Court Road, merodeaba una tarde por su barrio de un modo impreciso y vago, mirando los escaparates de las tiendas y pensando en las musarañas en las esquinas. Sabía que nunca le haría falta una caja registradora, pero examinó el surtido con la mayor atención y eligió un elegante modelo que costaba setenta y cinco libras. Además, invirtió mucho en costosas alfombras orientales, y amuebló una mansión urbana al estilo Sheraron[13] con un gasto muy considerable. Así que su gira de inspección le llevó hasta la comisaría de policía; y allí procedió a leer los carteles pegados en el exterior, que incluían el relativo a Elizabeth Boale.

«Anda con una marcada cojera».

James Curry sintió que se quedaba sin aliento y dio un rápido grito ahogado. Alargó una mano hacia la barandilla para recuperar el equilibrio mientras leía de nuevo aquella asombrosa frase. Y entonces entró directamente en la comisaría de policía.

Lo cierto es que él había comprado a Harold Boale, tres semanas después de la fecha en que fue vista Elizabeth Boale por última vez, un esqueleto de mujer. Lo había conseguido relativamente barato a causa de la malformación de uno de los fémures. Por eso le pareció que el difunto propietario de aquel fémur debió haber andado con una marcada cojera.

VII

M’Aulay adquirió fama en el juicio. Defendió a Harold Boale con magnífica audacia. Yo estuve en la audiencia (en aquella época una parte considerable de mi ocupación consistía en frecuentar Old Bailey) y nunca olvidaré las frases iniciales de su alegato a favor del preso. Se levantó poco a poco y dejó vagar la mirada despacio alrededor del tribunal. Sus ojos se detuvieron por fin con severa solemnidad en el jurado. Por último habló en voz baja, clara, pausada, recalcando, según pareció, cada frase que pronunciaba.

—Caballeros —empezó diciendo—, un hombre muy eminente, y muy sabio, y muy amable dijo en una ocasión que la probabilidad es la guía de la vida. Creo que convendrán conmigo en que se trata de una expresión de peso. En cuanto dejamos el ámbito de la matemática pura, hay muy poco que sea cierto. Supongamos que tenemos dinero para invertir: sopesamos el pro y el

contra de esa idea sin más, y al final decidimos por motivos probables. O puede ser nuestro destino concertar una cita; tenemos que elegir un hombre para ocupar un cargo de responsabilidad en el que tanto la honradez como la sagacidad son de importancia básica. De nuevo la probabilidad debe guiarnos en nuestra decisión. Nadie puede formarse una opinión cierta e infalible de otra persona. Y lo mismo en todos los asuntos de la vida: debemos contentarnos con la probabilidad, y una y otra vez con la probabilidad. El obispo Butler[14] tenía razón.

»Pero todas la reglas tienen su excepción. La regla que acabamos de formular tiene su excepción. En este preciso momento se enfrentan ustedes a esa excepción del modo más espantoso, más tremendo. Pueden ustedes creer… no digo que lo crean… pero pueden creer que Harold Boale, el acusado, es muy probable que asesinara a su esposa Elizabeth Boale.

Al llegar a este punto hubo un prolongado silencio. A continuación:

—*Sí* ustedes creen eso, entonces es su deber imperioso absolver al acusado. El único veredicto que se atreverían a dar es el veredicto de «inocencia».

Hasta aquel momento, el abogado había mantenido la elocución en voz baja, pausada, con que había empezado su alegato, deteniéndose de vez en cuando y pareciendo tener en cuenta el valor de cada palabra que acudía a sus labios. De pronto su voz se oyó resonante, aguda. Una palabra seguida rápidamente de otra:

—Este no es, recuérdenlo, un tribunal de probabilidades. La máxima del obispo Butler no se puede aplicar aquí. La probabilidad está aquí de más. Este es un tribunal de certezas. Y a menos que tengan ustedes la certeza de que mi cliente es culpable, a menos que estén tan seguros de su culpabilidad como de que dos y dos son cuatro, deben ustedes absolverlo.

»De nuevo, y una vez más… este es un tribunal de certezas. En los asuntos comentes de la vida, como hemos visto, nos guiamos por la probabilidad. A veces nos equivocamos; en la mayoría de los casos esos errores se puede rectificar. Una inversión desastrosa puede compensarse mediante otra inversión propicia; un mal criado puede sustituirse por otro bueno. Pero en este lugar, donde la vida y la muerte pende de un hilo que está en manos de ustedes, no caben los errores, ya que son irreparables. Ustedes no pueden devolver la vida a un hombre muerto. No deben decir: «Este hombre probablemente es un asesino, y por tanto es culpable». Antes de pronunciar tal veredicto, ustedes deben poder decir: «Este hombre con toda seguridad es un asesino». Y *eso* no pueden decirlo, y les diré por qué.

M’Aulay examinó los datos uno a uno. Los testimonios científicos habían declarado que la malformación del fémur del esqueleto exhibido produciría exactamente el tipo de cojera que había caracterizado a Elizabeth Boale. El abogado defensor había atacado a los médicos, les había hecho admitir que semejante malformación no era ni mucho menos única. Era poco frecuente, sí. Pero ¿era muy poco frecuente? Puede que no. Finalmente, un médico admitió que en el transcurso de treinta años de ejercicio en hospitales y de forma privada había visto cinco casos semejantes de malformación del fémur. M’Aulay dio un suspiro inaudible de alivio; le pareció haber logrado su veredicto.

Explicó todo eso al jurado con absoluta claridad. Insistió en el principio de que nadie puede ser condenado a menos que se pueda presentar el *corpus delicti*, el cadáver, o alguna parte identificable del cuerpo de la persona asesinada. Les contó la historia del Asombro de Campden; cómo el hombre «asesinado» entró en su pueblo dos años después de que tres personas fueran colgadas por haberlo asesinado.

—Caballeros —dijo—, por lo que yo sé, y por lo que ustedes saben, Elizabeth Boale podría entrar en este tribunal en cualquier momento. Me atrevo a decir que no tenemos ningún derecho a asumir que haya muerto.

Sin duda la defensa de Boale fue muy sencilla. El esqueleto que vendió a Mr Curry lo había armado él poco a poco durante los últimos tres años. Señaló que las dos manos no hacían juego; y sin embargo, use fue un detalle que había pasado por alto.

El jurado tardó media hora en considerar su veredicto. Harold Boale fue declarado «inocente».

Un antiguo amigo lo vio un par de años más tarde. Había emigrado a Estados Unidos, y trabajaba prósperamente en su antiguo oficio en una ciudad grande del Medio Oeste. Se había casado con una simpática chica de origen sueco.

—Ya ves —le explicó—, los abogados me dijeron que debería estar seguro al suponer que la pobre Elizabeth había muerto.

Sonrió amablemente.

Y por último, me permito afirmar que lo que los he contado es una historia sumamente parcial. Por lo que a mí se me alcanza, asumiendo por un momento las severas normas de M’Aulay, Boale era inocente. Es posible que su historia sea cierta. Elizabeth Boale, después de rodo, podía estar viva; podría regresar a imitación del hombre «asesinado» del Asombro de Campden. Todos los pensamientos, estratagemas, meditaciones que he metido

dentro del corazón y la cabeza de Boale podrían ser malévolas invenciones mías sin una pizca de verdadera sustancia que las apoye.

En teoría, pues, el Misterio de Islington está todavía sin resolver. Desde luego; pero ¿de hecho?

Alpheus Hyatt Verrill

Si hay un subgénero, personaje o tema —las tres cosas y muchas otras más a la vez— que caracteriza en buena medida al terror cinematográfico moderno, ése es el del zombi, el muerto viviente pocho, caníbal y revenido. Ahora bien, no el zombi haitiano y afrocaribeño, que reinara en el Hollywood clásico a partir del éxito del seminal libro de viajes del periodista de lo oculto William Seabrook, *La isla mágica* (1929), cuyos capítulos consagrados a la magia negra vudú y los zombis desatarían una fiebre por el zombi que daría lugar a títulos tan memorables como *La legión de los hombres sin alma* (*White Zombie*. Victor Halperin, 1932), sino el muerto viviente post-Romero, que si compartía con su pariente lejano del acervo religioso y folklórico afroamericano la naturaleza de difunto vuelto a la vida, carecía por completo de explicaciones religiosas (o casi de cualquier tipo), función social o económica alguna… salvo la de devorar y contagiar a todo bicho —perdón, a todo ser humano— viviente con el que se tropezara, evidenciando una conducta antropófaga, descerebrada y virulenta, total y rabiosamente moderna. Por supuesto, este zombi postindustrial, consumista y consumido, que vería la luz del proyector el año de 1968 (¡vaya añito!) en *La noche de los muertos vivientes*, al igual que la revolución estudiantil con la que, quizá, compartiera inquietantes rasgos inadvertidos en su día, nacía bajo la influencia más o menos indirecta de fenómenos como la Guerra de Vietnam, la lucha por los derechos civiles, la paranoia atómica y comunista que todavía coleaba, la contracultura o la liberación sexual… Pero eso no quiere decir que no tuviera claros y oscuros precedentes literarios, algunos reconocidos por los propios George A. Romero y John Russo, su guionista, como la novela de Matheson *leyenda* (1954), otros, más raros y posiblemente manifestados a nivel casi inconsciente, como ciertas historietas de la E. C. o un más que notable número de relatos *pulp* que menudearon a lo largo de la primera mirad del siglo XX en las revistas americanas de horror, misterio y ciencia ficción, uno de cuyos ejemplos ya hemos tenido oportunidad de ver con “Herbert West, reanimador”, de HPL.

Sin embargo, quizá ninguna historia de zombis *pulp* posea tantos elementos peculiares y característicos fagocitados, devorados y vomitados después en incontables ocasiones por el cine de horror moderno, como "La plaga de los muertos vivientes", del divulgador científico, zoólogo, inventor y escritor de ciencia ficción Alpheus Hyatt Verrill (1871-1954). En esta clásica y delirante historia publicada en su número de abril de 1927 por el mítico magazine *Amazing Stories*, no sólo encontramos el escenario caribeño, que a veces reaparece en el género moderno como guiño a sus orígenes folclóricos, así como una explicación totalmente racionalista del monstruo, producto una vez más de los experimentos de. un científico si no loco sí bastante obsesivo, sino por encima de todo el tratamiento de la aparición de los dichosos zombis como si de una epidemia o plaga se tratara (aunque no lo sea cu realidad en sentido estricto), convertida pronto en crisis internacional, poco menos que una pequeña *Guerra Mundial Z* (*World War Z*. Marc Forster, 2013), y desarrollada en un clima claustrofóbico y apocalíptico, con los protagonistas prácticamente rodeados y arrapados por una descontrolada, caótica, furiosa y desatada multitud de zombis asesinos. Más aún, estos violentos muertos vivientes no sólo desarrollan cierta tendencia al canibalismo, sino que son literalmente cuerpos animados cuyas partes o fragmentos desgajados también cobran vida y tienden a reorganizarse entre sí de forma grotesca y antinatural, componiendo cuerpos sin cabeza, con varios brazos, ora sin piernas o con dos cabezas, adoptando formas demenciales, como ciempiés o arañas humanas, de tal manera que parece que estemos viendo ya las creaciones demenciales y surrealistas de Screaming Mad George para películas de Brian Yuzna como *La novia de Re-Animator* (*The Bride of Re-Animator*, 1989) o *Society* (1989).

Aunque es difícil —aparte de innecesario— saber si Romero y Russo conocían o habían leído este preciso clásico de la ciencia ficción de horror *pulp*, no es imposible que así fuera, y en cualquier caso el lector no podrá dejar de apreciar los incontables elementos de la mitología zombi moderna y posmoderna que desfilan por sus páginas y preludian no sólo *La noche de los muertos vivientes*, sino otros títulos como *Nueva York bajo el terror de los zombies* (*Zombi 2*. Lucio Fulci, 1979), *El regreso de los muertos vivientes* (*The Return of the Living Dead*. Dan O'Bannon, 1985) y su secuela, *La divertida noche de los zombies* (*Return of the Living Dead: Part II*. Ken Wiederhorn, 1988) o *Zombi 3* (Lucio Fulci, Claudio Fragasso, 1988), por citar algunos, descubriéndonos que la combinación de ciencia ficción apocalíptica, *survival*, horror físico, nueva carne y viejos mitos ancestrales que caracteriza tan a menudo el género de muertos vivientes, lejos de haber sido inventada

por el cine moderno estaba ya prefigurada en la más loca y divertida *pulp fiction*.

LA PLAGA DE LOS MUERTOS VIVIENTES[1]

1

Jamás se han hecho públicos los asombrosos acontecimientos que tuvieron lugar hace años en la isla de Abilone y que culminaron en el hecho más dramático y extraordinario de la historia mundial. Los vagos rumores de lo que aconteció en aquella república isleña fueron considerados como mera ficción o un simple producto de la imaginación, porque la verdad fue celosamente ocultada. Incluso la prensa de la isla cooperó con las autoridades manteniendo un absoluto silencio sobre lo que estaba ocurriendo y, en lugar de presentar el asunto en grandes titulares, los periódicos simplemente informaron (como les había pedido el gobierno que hicieran) de que una enfermedad contagiosa desconocida azotaba la isla y que se decretaría una rígida cuarentena.

Pero, aunque los increíbles acontecimientos hubieran sido anunciados al mundo entero, dudo mucho que el público les hubiera dado crédito. En cualquier caso, ahora que todo pertenece al pasado, no hay razón alguna para que la historia no sea contada con todo detalle.

Cuando Gordon Farnham, el célebre biólogo reconocido mundialmente, anunció que había descubierto el secreto de prolongar la vida indefinidamente, el mundo reaccionó ante la noticia de diferentes maneras. Muchos se burlaron abiertamente y afirmaban que, o bien el doctor Farnham chocheaba ya, o bien se le había citado incorrectamente. Otros, familiarizados con los logros del doctor y la cautela mostrada en todas sus declaraciones, afirmaban que, aunque pudiera parecer increíble, debía de ser cierto; mientras tanto, la mayoría se inclinaba a considerar la noticia de modo jocoso. Esta era la acritud de casi todos los diarios; los suplementos dominicales incluían detalladas ilustraciones referidas a las historias totalmente infundadas y ridículas atribuidas a las opiniones y declaraciones del doctor sobre el tema.

Tan sólo un periódico, el fiable, conservador y un tanto pasado de moda *Examiner*, consideró apropiado publicar las declaraciones literales del biólogo sin comentarios añadidos, En los escenarios de vodevil y en la radio los chistes sobre el supuesto descubrimiento del doctor Farnham hacían furor; la inmortalidad y el científico eran los Lemas principales de una canción popular

que se oía a todas horas y en todas parres. Por pura desesperación, el doctor Farnham se vio forzado a realizar unas cautas aclaraciones públicas sobre su descubrimiento. En ellas hacía hincapié en que él nunca afirmó haber descubierto el secreto de prolongar la vida humana indefinidamente, porque, para poder probar esto, sería necesario mantener vivo a un ser humano durante varios siglos, e incluso entonces el tratamiento podría simplemente haber prolongado la vida por un determinado periodo de tiempo, pero no indefinidamente. Sus experimentos, declaró, se habían limitado hasta el momento a animales inferiores, y mediante su tratamiento había logrado extender su esperanza de vida de cuatro a ocho veces. En otras palabras, si el tratamiento funcionaba igualmente bien con los seres humanos, un hombre podría vivir de quinientos a ochocientos años… tiempo suficiente para considerar satisfecha la idea de inmortalidad de la mayoría de la gente. Ciertas personas, cuyos nombres declinaba revelar, se habían sometido a su tratamiento, afirmó el doctor; pero, por supuesto, aún no había transcurrido suficiente tiempo para que quedaran probados los pretendidos efectos. Añadió que el tratamiento era inofensivo, que una preparación química inyectada en el organismo lo reconfiguraba, y que deseaba tratar a un número limitado de personas que quisieran experimentar y probar la eficacia de su descubrimiento.

En el caso del doctor Farnham, que era parco en palabras tanto en conversación como por escrito y que raras veces hacía declaraciones públicas, este anuncio era algo extraordinario y sus defensores afirmaban que probaba que el doctor confiaba plenamente en su descubrimiento. Pero la psicología del común de los mortales funciona de cal manera que la explicación del doctor, perfectamente lógica y directa, en lugar de convencer al público o a la prensa, tan sólo sirvió para provocar una tormenta aún mayor de sarcasmos concentrados en su persona.

Multitudes de curiosos se daban cita en los alrededores de su laboratorio. Allá donde iba, la gente lo miraba, se reían de él y le observaban. En cada esquina varios fotógrafos de prensa disparaban cámaras ante sus mismas narices. No pasaba un solo día sin que algún nuevo y humorístico artículo satírico apareciera en la prensa y su foto figurase al lado de otras de ladrones, asesinos, divorciados de la sociedad y luchadores de boxeo en los tabloides gráficos. Para un hombre de costumbres tranquilas, tímido y modesto como el doctor Farnham, todo esto era una tortura y, finalmente, incapaz de aguantar más la celebridad no deseada, empaquetó sus pertenencias y se escabulló silenciosa y discretamente de la metrópolis, confiando su paradero tan sólo a

unos cuantos de sus más íntimos colegas científicos. Durante un tiempo su desaparición causó cierto revuelo y más rumores sensacionalistas en la prensa y el público; pero al poco tiempo él y su supuesto descubrimiento fueron olvidados.

Sin embargo, el doctor Farnham no tenía ninguna intención de abandonar sus investigaciones y experimentos y, acompañado por su supuestamente inmortal colección de fieras y por tres desahuciados de avanzada edad que se habían ofrecido voluntarios para su tratamiento, tras comprometerse a permanecer con el científico indefinidamente a cambio de un salario mayor que cualquiera que hubieran percibido antes, el doctor se mudó a la Isla Abilone. Allí era un total desconocido y prácticamente ningún habitante había oído hablar de él o de su trabajo. Compró una enorme finca azucarera abandonada; allí, pensó, podría realizar su trabajo pasando desapercibido y sin ser molestado. Pero no tuvo en cuenta a sus tres experimentos humanos.

Estos tres ilustres ancianos, al descubrir que el tratamiento estaba dando resultados, que permanecían estables en edad y vigor y convencidos de que seguirían viviendo para siempre, no pudieron evitar pavonearse de ello ante todos aquellos con los que se encontraban. Los resi denles blancos les escuchaban y reían, tomando a los tipos por unos trastornados, pero la población de color miraba a los pacientes del doctor con un asombro supersticioso, convencidos de que el doctor Farnham era un poderosísimo «hombre Obeah», y que debía ser temido.

Sin embargo, el hecho de que su secreto y las razones que le llevaron a la isla se hubieran filtrado no interfirió en el trabajo del doctor Farnham, como temía que podría suceder. La gente inteligente, que por supuesto era minoría, cuando se encontraban con el científico se referían chis tesamente alo que habían oído, aunque nunca le preguntaban en serio si había algo de verdad en la historia; pero la mayoría le evitaba como evitarían al mismísimo Satanás y hacían todo lo posible para no encontrarse con él, lo cual el doctor agradecía enormemente. Por otro lado, no tenía oportunidad de probar su tratamiento de inmortalidad con seres humanos, y por ello se vio obligado a continuar sus experimentos con animales inferiores.

Al principio de sus experimentos había descubierto que, aunque su tratamiento detenía los estragos del tiempo en los vertebrados, y las criaturas y seres humanos tratados manifestaban prometedores signos de vivir indefinidamente, sin embargo no lograba devolverles su juventud. En otras palabras, un sujeto tratado con su suero permanecía en el mismo estado físico y mental en el que se hallaba cuando se le empezó a administrar el

tratamiento aunque, hasta cierto punto, se observaba un incremento en el desarrollo de los músculos, una mayor flexibilidad en las articulaciones, un reblandecimiento de las arterias endurecidas y una mayor actividad, debido quizás al hecho de que los órganos vitales no rendían al límite de sus posibilidades, retrasando así el proceso de envejecimiento.

Así pues, el más anciano de los tres sujetos humanos del doctor aparentaba más de noventa años de edad (su edad exacta cuando comenzó el tratamiento era de noventa y tres años) y su aspecto era exactamente el mismo que el de hacía dos años, cuando comenzó a someter su viejo cuerpo a las inyecciones del doctor. No tenía dientes en las encías y su ralo cabello era blanco como la nieve, su rostro estaba tan surcado de arrugas y era tan bulboso como una nuez, y su espalda encorvada culminaba en una joroba sobre sus hombros y un cuello largo y delgado. Pero había abandonado las gafas, ya que podía ver tan bien como cualquier otro hombre; su oído se había afinado, tenía tanta vitalidad como un grillo y físicamente estaba más fuerte de lo que había estado en años, y tenía el apetito de un marinero. Tanto el propio sujeto como el científico pensaban que podría continuar en ese estado hasta el fin de los tiempos, a menos que ocurriese algún accidente imprevisto. Todos los días el científico anotaba cuidadosamente la presión sanguínea, la temperatura, el pulso y la respiración del anciano y realizaba análisis microscópicos de su sangre, y hasta el momento no se había detectado ningún síntoma de alteración en su estado ni la más ligera indicación de envejecimiento físico.

2

Pero el doctor Farnham no estaba totalmente satisfecho con este logro. Si quería que su descubrimiento tuviera un valor real para la raza humana, debía averiguar cómo recuperar al menos parte de la juventud perdida, al tiempo que retrasaba el envejecimiento; y durante días y noches trabajó intentando descubrir cómo alcanzar lo imposible.

Trató una cantidad ingente de conejos, cobayas, perros, monos y otras criaturas; calculó y comprobó incontables fórmulas; llevó a cabo infinidad de experimentos, y varios volúmenes de anotaciones en letra apretada y metódicamente tabuladas llenaron las estanterías de la biblioteca del doctor Farnham.

Y, sin embargo, parecía encontrarse tan lejos de los resultados deseados como al principio. Desde su pumo de vista, no estaba intentando realizar un milagro, ni luchaba por conseguir lo imposible. El sistema humano, o el de

cualquier criatura, era, según él, simplemente una máquina; una máquina que, mediante técnicas maravillosamente perfeccionadas y sumamente económicas, utilizaba el combustible en forma de comida para producir calor, potencia y movimiento, reemplazando al mismo tiempo y de forma constante las partes gastadas de su propio mecanismo. El biólogo jamás aceptaría la existencia de un alma o espíritu, o cualquier elemento divino e incomprensible, aunque no le costaba en absoluto admitir que la vida, que impulsaba a la máquina, era algo que ningún hombre podía explicar o crear. Pero, apostillaba, esto no significaba necesariamente que, tarde o temprano, el secreto de la vida no pudiera ser desentrañado. De hecho, afirmaba él, era la máquina del cuerpo la que producía la vida, y no la vida la que impulsaba a la máquina. Y siguiendo esta línea de razonamiento sostenía que el espíritu o alma o, como prefería llamarlo él, «la inteligencia impulsora» era el producto final, el objetivo de toda la maquinaria del cuerpo orgánico.

«El embrión no nacido —dijo en una ocasión— posee movimiento independiente, pero no pensamiento independiente. No respira, no produce sonidos, ni duerme ni se despierta, y no obtiene alimento comiendo. Tampoco elimina excrementos. En otras palabras, es una máquina completa pero aún no operativa por voluntad propia, un mecanismo como el de un motor que vibra en espera de ser puesto en movimiento y producir resultados desde el momento de su encendido. Ese momento es el nacimiento. Con el primer aliento, la máquina comienza a moverse; de los órganos vocales salen lloros; se demanda alimento, la materia residual se evacua y, a ritmo constante e incesante, la máquina continúa formando y construyendo gradualmente la inteligencia hasta llegar a su más alto nivel. Una vez alcanzado éste y tras cumplir con su propósito, la máquina comienza a ralentizarse, a dejar que las partes gastadas permanezcan gastadas, hasta que al final se abotarga, se vuelve errática y finalmente deja de funcionar».

Así que, totalmente convencido de que cualquier criatura era básicamente una máquina, el doctor Farnham opinaba que para mantener la máquina funcionando para siempre sólo era necesario proporcionarle los recambios de las unidades desgastadas, así como un inductor de «inteligencia impulsora» para mantener el mecanismo en funcionamiento tras haber logrado cumplir su objetivo original. Y en todos sus intentos el científico había alcanzado estos objetivos. Los animales con los que había experimentado, y que bajo sus cuidados y observación habían sobrepasado varias veces su esperanza normal de vida, en ningún momento mostraron señales de endurecimiento de los

vasos sanguíneos, o de acumulación de calcio en el sistema, o de deterioro glandular.

Además, descubrió que las criaturas que habían sido tratadas podían propagar sus genes, incluso aunque fueran estériles por envejecimiento. Se puso como loco de contento con este hallazgo, porque, si sus conclusiones eran correctas, los especímenes jóvenes de estos animales supuestamente inmortales heredarían esa misma inmortalidad. Pero aquí el doctor Farnham encontró un obstáculo insalvable para propagar una raza de inmortales. Una camada de jóvenes conejos permanecieron, mes tras mes, tan indefensos, ciegos, desnudos y embrionarios como al nacer. Sin duda habrían continuado en ese estado para siempre si la madre, quizás impacientándose o disgustada con su descendencia, no hubiera devorado a toda la camada. Sin embargo, quedaba probado que existía la capacidad de heredar los resultados del tratamiento y el doctor Farnham estaba convencido de que finalmente podría diseñar algún método para que los jóvenes pudieran desarrollarse hasta cualquier estadio de vida antes de que se produjera el cese del envejecimiento, y permanecieran así indefinidamente en aquel estado. Estaba seguro de que ahí residía la solución para la recuperación de la juventud. No se trataba de que pudiera hacer retroceder al sujeto desde una edad anciana a su juventud, sino que, asumiendo que descubriera cómo hacerlo, todas las generaciones futuras podrían, si así lo deseaban, llegar a la plenitud vigorosa de su masculinidad o feminidad, dejar de envejecer y permanecer en la cúspide de su poder físico y mental. Mientras llevaba a cabo las investigaciones en esta dirección, realizó de forma accidental un descubrimiento sumamente extraordinario que alteró profundamente sus planes.

Había estado trabajando en una combinación totalmente nueva de los componentes de su producto original, y con el fin de probar sus características de penetración inyectó un poco del fluido en una cobaya conservada en formol para observar el progreso del líquido a través de los distintos órganos. Para su total sorpresa, el animal supuestamente muerto comenzó a moverse inmediatamente, y pronto, ante la atónita mirada del doctor, corría de un lado a otro más vivo que nunca. El doctor Farnham se quedó sin habla. La pequeña criatura llevaba muerta varias horas… su cuerpo incluso manifestaba signos de *rigor mortis*, y sin embargo ahora estaba obviamente muy, muy viva.

¿Tal vez la cobaya había estado simplemente en un estado de alelargamiento? ¿O era posible (y el doctor Farnham tembló de excitación ante la idea) que el suero hubiera devuelto realmente la vida al animal?

Sin atreverse a comprobar que esto lucra lo sucedido realmente, el científico cogió uno de sus conejos y, tras colocarlo bajo una campana de cristal, le administró suficiente éter para matar a varios hombres. Luego, obligándose a mantener la calma, esperó hasta que el cuerpo del conejo estuvo frío y con signos de *rigor mortis*. Incluso entonces el doctor no estuvo del todo satisfecho y procedió a examinar los ojos del conejo, Lo auscultó con un estetoscopio extremadamente potente intentando oír algún latido, e incluso cercenó una vena de la pata del animal. No había duda alguna, el conejo estaba muerto. Entonces, con dedos nerviosos pero templados, insertó la punta de la aguja hipodérmica en el cuello del conejo e inyectó una pequeña cantidad del nuevo líquido. Casi inmediatamente las patas del conejo se agitaron, sus ojos se abrieron y, mientras el doctor lo observaba con incredulidad, la criatura se levantó sobre sus cuatro patas y huyó dando saltos.

3

¡Esto sí era un descubrimiento! ¡El suero con la nueva combinación de componentes no sólo reparaba los efectos de la edad, sino que además devolvía la vida!

Pero Farnham era un científico sumamente pragmático que no se dejaba llevar por las fantasías de su imaginación, y fue totalmente consciente de que debían de existir limitaciones en este descubrimiento. Estaba seguro de que no podría devolver a la vida a una criatura que hubiera sufrido una muerte violenta por lesión o herida en algún órgano vital, ni a una criatura que hubiera muerto por alguna enfermedad orgánica. Al aceptar esta conclusión estaba, como siempre, comparando inconscientemente a los seres vivos con máquinas. «Se puede parar el péndulo de un reloj —escribió—, y el mecanismo dejará de funcionar hasta que el péndulo vuelva a ser movido; pero si el reloj se para debido a la pérdida de una ruedecilla o un muelle, o un diente de la ruedecilla se rompe, entonces no puede volver a funcionar hasta que las partes rotas sean reemplazadas o reparadas».

Entonces, ¿reviviría este tratamiento a los animales que hubieran sucumbido a una muerte distinta a la de sobredosis de anestesia? Ese era un tema importante que debía clarificar, y el doctor Farnham procedió inmediatamente a investigarlo. Para su primer experimento sacrificó un garito en aras de la ciencia, ahogándolo en agua de la forma más humana y concienzuda que pudo. Con el fin de que el experimentó fuera aún más concluyente, el biólogo decidió retrasar la resurrección hasta que toda posibilidad de que resucitara por medios ordinarios hubiera desaparecido, de

modo que estableció cuatro horas como plazo antes de inyectar el suero en el cadáver del gato. Mientras tanto, se dispuso a preparar otra prueba. Enumeró mentalmente las distintas causas de muerte prematura, excepto aquéllas relacionadas con enfermedades orgánicas o muertes violentas, y averiguó que el allegamiento, la congelación, la inhalación de gas y el envenenamiento mediante sustancias no irritantes eran las causas más frecuentes en esa lista; a continuación aparecían como causas de muerte prematura el miedo, la conmoción y otras más inusuales.

Quizá resultara difícil conseguir sujetos muertos por alguna de estas causas, pero podía probar la eficacia de su tratamiento en el caso de las más frecuentes, de modo que procedió a sacrificar a algunos de sus animales mediante la congelación, la inhalación de gases y el envenenamiento. Cuando estos cadáveres estuvieron listos, el gato muerto ya había permanecido inerte sobre la mesa del laboratorio las cuatro horas asignadas y, con el pulso acelerado y una excitación totalmente acientífica, introdujo una dosis de su compuesto en el cuello del minino. En cincuenta y ocho segundos exactos medidos por su reloj, los músculos del gato se retorcieron, los pulmones comenzaron a respirar, el corazón empezó a retomar sus funciones interrumpidas, y al cabo de dos minutos y dieciocho segundos el gatito estaba sentado y lamiendo su húmedo y enmarañado pelaje. Los experimentos con los sujetos congelados, gaseados y envenenados también obtuvieron los mismos resultados positivos, de modo que el doctor Farnham quedó totalmente convencido de que, a menos que hubiera herida, deterioro de órganos vitales o perdida excesiva de sangre, cualquier animal muerto podía ser devuelto a la vida mediante este procedimiento.

Naturalmente, estaba sumamente ansioso por experimentar el maravilloso compuesto en seres humanos, e inmediatamente se dirigió a la oficina del juez de instrucción con una petición para poder probar una nueva técnica de resucitación en la próxima víctima ahogada o envenenada en la isla. Luego visitó el hospital con la esperanza de encontrar a algún desafortunado que hubiera expirado por alguna causa que no le hubiera dañado ningún órgano vital, pero de nuevo fue un intento frustrado. Sin embargo, las autoridades prometieron informarle si se daba algún caso según lo especificado. Finalmente regresó a su laboratorio para llevar a cabo pruebas más exhaustivas.

Entre otras cuestiones, deseaba determinar cuánto tiempo podía permanecer muerta una criatura antes de ser revivida y, centrándose en este objetivo, inició una carnicería generalizada de su zoo particular, intentando

etiquetar cada cadáver y desarrollar una serie progresiva de experimentos. Los animales permanecían muertos durante series determinadas de tiempo, hasta que la inyección no lograra revivirlos, posibilitando así establecer los límites exactos de su eficacia.

Y entonces, debido a los nervios y la excitación producidos por su descubrimiento, se olvidó de meter al gatito resucitado en una jaula. Durante su ausencia del laboratorio, su ayudante (el más joven de los tres inmortales humanos) encontró a la criatura suelta y, pensando que se había escapado de su recinto, la colocó junto a los demás gatos. Más tarde, cuando el doctor seleccionó como mártires en aras de la ciencia a media docena de garitos de aspecto saludable, incluyó sin darse cuenta al animal que unas horas antes había traído a la vida.

El garito resucitado fue ubicado junto a sus compañeros felinos en un cubículo hermético en el que se introdujo gas letal, y allí permaneció encerrado durante casi una hora. Para cerciorarse de que los vapores mortíferos habían hecho total efecto, el doctor, protegido con una careta antigás, abrió la cámara para sacar los cadáveres de las criaturas. Imaginad su sorpresa cuando, al retirar la tapa, un enérgico gato saltó maullando desde el interior, corrió por la habitación y aterrizó sobre la mesa, escupiendo y gruñendo, y evidentemente muy vivo.

—¡Extraordinario! ¡Sumamente extraordinario! —exclamó el científico mientras asomaba el rostro cautamente en el interior de la cámara y observaba a los otros gatos, que yacían sin vida—. Un caso asombroso de inmunidad natural a los efectos del gas ácido de hidrocianuro. Debo registrarlo en mi libreta.

Tras considerables esfuerzos para apaciguar a la furiosa criatura, el doctor Farnham la examinó con sumo cuidado. Al hacerlo descubrió una pequeña herida en el cuello del animal y dejó escapar una exclamación de sorpresa. ¡Era el mismo gato que había resucitado antes! La marca en el cuello estaba donde antes había inyectado la aguja hipodérmica y por su mente cruzó un pensamiento demencial e imposible. ¡El gato era inmortal! No sólo podía vivir indefinidamente, sino que, además, ¡no se le podía arrebatar la vida!

Sin embargo, unos segundos después el sentido común del científico vino a su rescate. «Por supuesto —razonó—, esto es imposible, absolutamente ridículo».

Pero, después de todo, pensó, ¿era esto más ridículo que traer criaturas muertas de nuevo a la vida? Su tratamiento debía de poseer algún efecto desconocido que hacía que las criaturas sometidas a él fueran inmunes a

ciertos venenos. Pero, si esto era cierto, entonces otros procedimientos deberían acabar con la vida del gato. Ansioso por probar esta teoría, inmovilizó al gato y procedió a ahogarlo por segunda vez. Tras dejarlo sumergido en agua durante una hora, el doctor Farnham sacó del tanque la jaula de metal que contenía el gatito supuestamente muerto… y, un segundo después, saltó hacia atrás como si le hubieran golpeado con un mazo. Dentro del contenedor de alambre el gato arañaba, aullaba, luchaba como un poseso por escaparse y, obviamente, estaba muy vivo y sumamente molesto por haber sido sumergido en agua fría.

4

Incapaz de creer lo que registraban sus sentidos, el doctor Farnham se desplomó sobre una silla y se secó la frente mientras el gato, habiéndose liberado finalmente, corría como un demente por la habitación para acabar buscando refugio bajo el radiador.

Sin embargo, unos segundos más tarde, recuperó su acostumbrada serenidad y reflexionó sobre el aparente milagro con más calma. Después de todo, pensó, el gato había regresado a la vida tras ser ahogado, así que, ¿por qué no iba a ser posible que una vez resucitado, resultara imposible en adelante morir ahogado o incluso por otros medios? Por otro lado, la criatura había sobrevivido también al gas. Debía seguir investigando este punto. Lo intentaría congelando al gato (se rió para sus adentros al recordar el conocido dicho que dice que los gatos tienen siete vidas) y, si aun así la bestia se. negaba a morir, lo probaría por cualquier otro medio. Pero el gato tenía otros planes y, harto de los experimentos del doctor, se escabulló de las manos del científico, y con el lomo arqueado y el pelo de la cola erizado saltó a través de la ventana medio abierta y desapareció para siempre entre los arbustos en campo abierto.

El doctor Farnham suspiró. El animal evadido era sumamente valioso e interesante para el experimento, pero pronto le llegó el consuelo. Se acordó de que aún tenía un conejo y una cobaya que también habían revivido de una aparente muerte, de modo que realizaría las pruebas con ellos.

Y el asombro del doctor fue en aumento a medida que procedía con los experimentos. Las dos criaturas fueron congeladas hasta quedar rígidas como tablas, pero en cuanto se descongelaron se vieron tan saludables y vivas como antes; fueron gaseadas, se les inoculó cloroformo, se les envenenó y electrocutó, pero no cambió nada. No podían ser dormidas con anestésicos ni

sacrificadas. Finalmente, el científico tuvo que reconocer que su tratamiento literalmente convertía a los seres vivos en inmortales.

Y cuando al final estuvo totalmente convencido y se aseguró de que no se había vuelto loco, se dejó caer en una silla y bramó con una sonora carcajada.

¿Qué dirían los periódicos allá en los Estados Unidos sobre esto? No sólo los seres humanos podrían vivir para siempre al cesar el proceso de envejecimiento, sino que también serían inmunes a la mayoría de las causas más comunes de muerte accidental. La gente que emprendía un crucero por el mar no tendría que temer ningún desastre, ya que nadie podría ahogarse.

Los electricistas no temerían los cables pelados o las conexiones eléctricas, ya que ninguna potencia de comente podría matarlos. Los exploradores del Ártico podrían congelarse totalmente, pero revivirían al descongelarse. Y la mitad de los horrores de la guerra, los gases mortíferos en los que se han invertido ingentes sumas de dinero y a los que se han dedicado tantos años de investigación, ya no servirían de nada, porque un ejército tratado con el maravilloso compuesto sería inmune a los efectos de los gases más mortales.

La cabeza le daba vueltas ante las ideas que se agolpaban en su cerebro, pero aun así no terminaba de estar totalmente satisfecho. Había probado su asombroso descubrimiento experimentando con animales inferiores, pero ¿estaba seguro de que se produciría el mismo milagro en seres humanos? Pensó en probarlo con sus tres compañeros, pero vaciló. Suponiendo que ahogara, envenenara o gaseara a uno de los tres viejos y el tipo no reviviera, ¿no sería culpable de asesinato ante los ojos de la ley, aunque el sujeto hubiera mostrado su acuerdo a someterse a la prueba? ¿Y realmente se atrevía a arriesgarse? El doctor Farnham negó con la cabeza mientras reflexionaba sobre ello. No, reconoció, no se atrevería a arriesgarse. Sabía que en muchas ocasiones los experimentos que habían funcionado perfectamente con animales inferiores habían dado malos resultados cuando eran aplicados a sures humanos. Y, por otro lado, si no podía probar su descubrimiento en seres humanos, ¿cómo asegurarse de que podía convertir a la raza humana un inmortal?

Posiblemente, concluyó, si diseccionaba a alguna de sus criaturas inmortales podría dar con algo que arrojase luz sobre el asunto. En ese momento frunció el ceño con expresión atónita y preocupada. Era totalmente contrario a la vivisección; y, sin embargo, ¿cómo iba a diseccionar a una de sus criaturas sin practicar una vivisección? Por supuesto, pensó, podría matar al conejo golpeándole en la parte de atrás de la cabeza, punzándole el cerebro

indoloramente con una lanceta o decapitándolo. Pero, en ese caso, podría estar destruyendo justamente lo que andaba buscando.

No obstante, era la única manera; ni siquiera pensando para calmar su conciencia que lo hacía en interés de la ciencia aceptaba torturar a un ser vivo. Pero podía matar al conejo lesionando su cerebro y a la cobaya mediante una muerte igualmente indolora a través del corazón, y así estar razonablemente seguro de no dañar ni el sistema nervioso ni el circulatorio.

De este modo, muy a su pesar, cogió al confiado conejo y con el máximo cuidado y precisión clavó un escalpelo de hoja fina en la base del cerebro de la criatura.

Un segundo después el instrumento se le cayó de la mano, se sintió mareado y débil y se sentó mirando con la boca abierta y los ojos incrédulos. En lugar de quedarse totalmente inerte con el mortal corte, el conejo seguía mordisqueando despreocupadamente un trozo de zanahoria, ¡y parecía tan vivo y sano como antes!

Ahora el doctor Farnham estaba convencido de que se había vuelto loco. La excitación, la fatiga nerviosa o las largas horas de investigación le habían hecho experimentar alucinaciones, porque, no importaba lo asombroso que el descubrimiento fuera, tenía la total certeza de que ningún vertebrado de sangre caliente podía sobrevivir a un corte de escalpelo en la base del cerebro.

5

Sacudió la cabeza, se frotó los ojos, se pellizcó. Paseó la vista por el laboratorio, observó las palmeras y arbustos de los terrenos cercanos a su vivienda, hojeó unas pocas páginas de un libro y realizó una docena de pruebas. En todos los aspectos, parecía que sus sentidos funcionaban con normalidad.

Algo, razonó, debía de haber salido mal. Por alguna razón no había logrado llegar al punto vital con el escalpelo. Se obligó a calmarse y, tras aplacar sus nervios con gran esfuerzo, volvió a coger la lanceta e, inmovilizando la cabeza del conejo, introdujo toda la hoja con filo dentado en el cerebro del animal.

Y entonces estuvo a punto de gritar y, tambaleándose y medio mareado, se desplomó sobre la silla, mientras el conejo, sacudiendo la cabeza y meneando las orejas como si notara una leve molestia, bajó de la mesa de un salto ¡y comenzó a olisquear los rincones buscando trozos de zanahoria que habían caído al suelo!

Durante media hora el biólogo permaneció petrificado, totalmente superado por la situación, los nervios a flor de piel y el cerebro en un torbellino. ¿Cómo era posible?

Al final, lentamente, casi temeroso, se levantó y, con una total determinación dibujada un sus facciones, aró a la cobaya y con un ejercicio casi sobrehumano de fuerza de voluntad estiró al animal sobre la mesa y le clavó decididamente el escalpelo en el corazón. Pero, aparte de una pequeña cantidad de sangre que manó de la herida, la criatura parecía totalmente ilusa. De hecho, no parecía sufrir ningún dolor, y no hizo ningún esfuerzo por escapar cuando la soltó.

Por primera vez en su vida el doctor Farnham se desmayó.

Cuando casi una hora después, su ayudante, asustado y fuera de sí, logró despertar al científico, ya había caído la noche y el doctor Farnham, tembloroso y profundamente desconcertado, salió tambaleándose del laboratorio. Casi sin atreverse a mirar a su alrededor y averiguar si rodo aquello no había sido más que una pesadilla o la alucinación de su desmayo.

Pasó mucho tiempo antes de que recuperara su habitual calma y, tras obligarse a observar a los dos animales, que según todas las teorías y hechos científicos aceptados deberían estar rígidos y muertos, y que sin embargo disfrutaban de excelente salud, y tras haber fortalecido su ánimo regalándose una abundante comida y un poco de ron añejo de Cincuenta anos, so dispuso a enfrentarse a los hechos incontrovertibles y determinar las razones a partir de allí.

Desde que inició el último curso en la escuela se había dedicado por entero al estudio de la biología. Ningún otro biólogo con vida había ganado una reputación tan envidiable como experto en la materia. Ningún otro biólogo había realizado descubrimientos más importantes o de mayor prestigio mundial. Ningún otro científico podía alardear de una biblioteca tan extensa y completa o de una colección más perfecta y valiosa de instrumentos, apararos y demás parafernalia para su campo de estudio. Y es que el doctor Farnham renía además la suerte de ser inmensamente rico, y dedicaba toda su renta a su ciencia. A pesar de ser profundamente revolucionario y poco convencional en sus teorías, experimentos y creencias, no obstante estaba dispuesto a reconocer que ningún hombre podía saberlo todo, y que las personas más perfeccionistas y cuidadosas podían cometer errores. Así pues, aunque no comulgara con ellos, consultaba todas las obras disponibles de otros biólogos y, con bastante frecuencia, hallaba abundante y valiosa información en sus ensayos e informes. Asimismo, en más de una

ocasión, se apropiaba de alguna afirmación o de datos aparentemente nimios que habían sido publicados con apenas una somera mención, y construía teorías a partir de ellos dando total credibilidad a la fuente.

Así pues, enfrentado ahora a un hecho imposible, el doctor Farnham se dispuso a estudiar los hechos básicos. Sería imposible describir en detalle todas sus deducciones, o analizar sus razonamientos, o citar sus argumentos de autoridad (en una docena de idiomas), los cuales le permitieron llegar a sus conclusiones finales. Pero, como se lee en las notas que escribió mientras trabajaba, éstas fueron las siguientes:

«Nadie puede definir exactamente la vida o la muerte. Lo que es mortal para una forma de vida animal podría ser inocuo para otras formas. Un gusano o una ameba, así como muchos invertebrados, pueden ser subdivididos y cortados en varias piezas, y cada fragmento sobrevive y no sufre mayor inconveniente. Además, bajo ciertas condiciones, dos o más de estos fragmentos pueden unirse, sanar juntos y reconstruir su forma original. Algunos vertebrados, como los lagartos y las tortugas, pueden sobrevivir con heridas que arrebatarían la vida a otras criaturas, pero que no producen ningún efecto perjudicial en ellos. Hay numerosos casos en los que órganos como el corazón o incluso el cerebro han sido extraídos de las tortugas, y aun así las criaturas han sobrevivido y han sido capaces de moverse y comer durante largos periodos. Hablamos de órganos vitales, pero tendríamos que preguntarnos a continuación: ¿qué órganos *son* vitales? Una lesión accidental del cerebro, el corazón o los pulmones podría ocasionar la muerte y, sin embargo, los cirujanos pueden llegar a realizar heridas incluso más serias en esos órganos, y el paciente sobrevive. Si resulta amputada una nariz, una oreja o incluso un dedo humano, se puede implantar de nuevo al muñón, pero otros miembros una vez amputados no pueden ser implantados de nuevo. Pero ¿por qué no? ¿Por qué es posible injertar ciertos órganos o porciones de anatomía y no otros? Cuando un hombre recibe un balazo en el cerebro o el corazón puede morir instantáneamente, mientras que otro puede recibir varios balazos en su cerebro, o un disparo o puñalada en el corazón y sobrevivir con perfecta salud durante años. Incluso los llamados órganos vitales pueden ser extraídos mediante cirugía sin afectar de manera visible la salud del paciente, mientras que una lesión o herida en un órgano no esencial puede producir la muerte de otro. No es infrecuente que una persona muera por una hemorragia causada por el pinchazo de una aguja o por abrasión superficial, mientras que es igualmente frecuente que las personas sobrevivan a la pérdida de un miembro por accidente o la incisión de una arteria.

»La vida es definida por regla general como una condición en la que un conjunto de órganos funcionan cuando los latidos del corazón y el sistema respiratorio están operando. Por otro lado, normalmente se considera que una persona u otro animal está muerto cuando los órganos dejan de funcionar, y las acciones del corazón y el pulmón cesan. Pero, en innumerables casos de animación suspendida, todos los órganos dejan de funcionar y no hay señales audibles o visibles de que el corazón o los pulmones funcionen. En casos de inmersión o sofocación, existen las mismas condiciones, la sangre deja de fluir por las arterias y las venas, y la víctima, si se la deja a su suerte, nunca revivirá. Pero mediante la respiración artificial y otros medios puede llegar a ser revivida. ¿Está la persona ahogada viva o muerta?

»En resumen, es imposible definir la vida o la muerte en términos exactos o científicos. Es imposible afirmar de manera contundente cuándo acaece la muerte, a menos que se inicie la descomposición. Es imposible definir lo que causa la vida o lo que produce la muerte. Muchos de los usos o funciones de infinidad de glándulas nunca han sido determinados, y nadie puede explicar los efectos exactos de estimulantes, narcóticos, sedantes o anestésicos.

»¿No es posible, o incluso probable que, bajo cierras condiciones, la vida pueda continuar, pasando por encima de causas que ordinariamente provocarían la muerte? ¿Es irracional suponer que podrían producirse cierras reacciones químicas que actúen sobre los órganos virales y tejidos de manera que resistan cualquier intento de destruir sus funciones?

»Mi opinión es que rales cosas son posibles; que, en términos científicos, no hay mayores razones para que un animal sobreviva a una extracción de glándulas endocrinas, renales, de estómago o del bazo, o a heridas en estos órganos, que a heridas similares o la extracción del corazón, el cerebro o los pulmones».

Aquí el doctor dejó caer la pluma, empujó a un lado el cuaderno y los libros y se encerró en sus propios pensamientos. Después de todo, no había averiguado nada que no supiera. Había regresado al punto de partida. De hecho, había logrado hallar respuesta a sus propios interrogantes y probar su hipótesis. Pero los estudios e investigaciones que había realizado propiciaron nuevos hilos de pensamiento. Nunca antes había estado tan cerca del misterio de la vida y la muerte. Nunca antes se le había ocurrido que la vida pudiera existir de forma totalmente separada del simple organismo físico, o la máquina, como él lo llamaba. Y si sus teorías eran correctas, si sus deducciones eran acertadas, ¿no sería capaz entonces de devolver la vida a una criatura muerta violentamente o cuyos órganos estuvieran lesionados o

enfermos? ¿Y hasta dónde se podría llegar gracias a su descubrimiento? Si una criatura fuera tratada de forma que pudiera resistir la muerte por ahogamiento, gaseado, envenenamiento, congelación o electrocución, incluso perforación del corazón o del cerebro, ¿sería posible arrebatarle la vida a esa criatura por algún medio? Incluso si el animal fuera cortado en trozos, si su cabeza fuera separada de su cuerpo, ¿moriría? ¿O continuaría viviendo, como una lombriz de tierra o una ameba? Y si así fuera, ¿se volverían a unir las partes y funcionar como antes?

De repente, el científico dio un brinco en la silla como si se hubiera soltado un muelle debajo de él. Por fin, ¡ya lo tenía! ¡Ésa era la solución! Nadie había sido capaz de explicar por qué ciertas formas de vida podían ser subdivididas sin sufrir un daño irreparable, mientras que otras formas sucumbían por heridas comparativamente leves.

Pero, cualquiera que fuese el motivo, cualquiera que fuese la diferencia entre los animales superiores e inferiores en cuanto a la vida y la muerte, había logrado encontrar el eslabón que faltaba. Gracias a su descubrimiento los invertebrados de sangre caliente serían tan indestructibles como los animálculos.

Sí, gracias a su tratamiento el mamífero podía sobrevivir a la misma mutilación que una lombriz de tierra. El doctor Farnham corrió a su laboratorio, cogió al conejo y, sin el más mínimo escrúpulo o vacilación, le separó la cabeza del cuerpo.

Y, a pesar de estar preparado para ello, a pesar de que estaba seguro del resultado, no obstante se quedó lívido, se tambaleó hacia atrás y buscó apoyo en una silla cuando la criatura decapitada continuó saltando de un lado a otro, erráticamente y sin rumbo alguno, pero totalmente viva; mientras, la cabeza sin cuerpo movía el hocico y las orejas y pestañeaba como si se preguntase qué le había ocurrido a su cuerpo.

Recogiendo con rapidez el cuerpo y cabeza vivos, los jumó, cosió y entablilló en su lugar y, alborozado por el éxito del experimento, colocó en su jaula al conejo, que citaba aparentemente feliz y sin que manifestara padecer dolor alguno. Pero había un experimento que aun no había probado. ¿Podría resucitar a una criatura que hubiera sufrido una muerte violenta? Pronto lo averiguaría. Inmovilizó a una liebre sana y la mató piadosa e indoloramente clavándole un punzón en el cerebro; e inmediatamente se dispuso a inyectarle una dosis de su mágico preparado en las venas del animal muerto. Pero nunca terminó de realizar esa prueba…

6

Como todo el mundo sabe, la isla de Abilone es de origen volcánico y experimenta frecuentes terremotos. Así pues, a pesar de que durante los últimos días se habían dejado sentir algunos temblores, nadie les prestó demasiada atención, e incluso el doctor Farnham, que inconscientemente había sentido que uno o dos de los temblores eran inusualmente severos, simplemente se sintió incomodado porque interferían con su trabajo y el perfecto calibrado de sus delicados instrumentos.

En ese momento, mientras estaba inclinado sobre el cadáver de la liebre con la jeringuilla hipodérmica en la mano, un terrorífico temblor sacudió la tierra; el suelo del laboratorio se elevó y cayó; las paredes se agrietaron; cientos de cristales llovieron del tragaluz del techo; vasos de precipitación, campanas de cristal, retortas, probetas, jarras y bandejas de porcelana cayeron al suelo explotando en cientos de fragmentos; las mesas y las sillas se volcaron, y el doctor salió despedido violentamente contra la pared. No era momento para vacilaciones, ni para experimentos científicos, y el doctor Farnham, totalmente humano y de reacción rápida ante el peligro, salió corriendo del laboratorio en ruinas a cielo abierto, sujetando aún la jeringa en una mano y el vial de su preparado en la otra. Olvidando por completo que supuestamente eran inmortales, sus tres ancianos compañeros salieron corriendo y gritando aterrorizados de la vivienda que se desmoronaba y, manteniéndose en pie a duras penas, asqueados y mareados por el balanceo de la tierra, al cual le siguió otro en rápida sucesión, los cuatro miraban mudos y atónitos cómo los edificios quedaban reducidos a ruinas informes ante sus propios ojos.

Pero lo peor estaba aún por llegar. Después de varios temblores, se oyó un estruendo ensordecedor y terrible… el sonido de una terrorífica explosión que pareció desgarrar el mismísimo universo. El cielo se oscureció; la brillante luz del día dio paso al crepúsculo; las palmeras se combaron ante un abrumador vendaval e, incapaces de permanecer de pie, los cuatro hombres se tiraron cuerpo a tierra.

—¡Una erupción! —gritó el doctor, esforzándose por hacerse oír por encima del aullante viento, la conmoción de las explosiones que sonaban como detonaciones de proyectiles y el balanceo de las palmas—. El volcán ha entrado en erupción —repitió—. El cráter del Pan de Azúcar se ha activado. Nosotros probablemente estemos fuera de peligro, pero miles de personas podrían haber perecido. ¡Que Dios se. apiade de los aldeanos de las laderas de la montaña!

Mientras hablaba, comenzó a caer polvo y cenizas, y pronto la tierra, la vegetación, los edificios en ruinas y la ropa de los cuatro hombres quedaron cubiertos por una capa gris de ceniza volcánica. Pero finalmente el polvo dejó de caer, el viento cesó, las explosiones se hicieron más débiles y más espaciadas, y los cuatro hombres conmocionados y aterrados se pusieron en pie y recorrieron con la vista un paisaje que jamás hubieran reconocido.

Las casas, los cobertizos, el laboratorio y la biblioteca habían quedado totalmente en ruinas; había prendido el fuego y éste completó la destrucción del terremoto, y los inestimables libros del doctor Farnham, sus valiosísimos instrumentos, todo el trabajo de años, habían desaparecido para siempre. En algún lugar bajo los escombros de ruinas en llamas ardían las fórmulas e ingredientes de su elixir de la inmortalidad; en algún lugar bajo esa pila humeante reposaban los cuerpos de las criaturas que habían probado su eficacia. Deprimido e incapaz de expresar la inmensidad de su pérdida, el doctor Farnham permaneció petrificado observando lo que hacía tan sólo unos minutos había sido su laboratorio. De repente, de debajo de las montanas de detritus apareció una criatura marrón y blanca que miró aturdida a un lado y a otro para salir pitando a continuación hacia los hierbajos y la maleza. El científico la miró, se frotó los ojos y ahogó un grito. Que una criatura viva hubiera podido sobrevivir a aquella catástrofe parecía imposible. Y luego explotó en una risa histérica. Pero ¡claro! ¡Se había olvidado! ¡Era la cobaya inmortal! Y apenas acababa de ser consciente de la explicación cuando, de otra montaña de escombros y maderos quemados, apareció un segundo animal. Como un hombre desprovisto de cordura, el doctor miró incrédulamente la aparición… un enorme conejo blanco, con el cuello tapado con vendas y esparadrapo. No había duda alguna. ¡Era el conejo al que había decapitado y luego cosido! Todo el ardor científico del biólogo retornó febrilmente al ver esta increíble demostración de la milagrosa naturaleza de su descubrimiento, y saltando hacia delante, intentó capturar al pequeño roedor. Pero demasiado tarde; con un salto, el conejo alcanzó un matorral de hibiscos y desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado.

Durante unos segundos el doctor Farnham se quedó indeciso, y luego dejó escapar un grito que casi hizo perder la cabeza a sus tres acompañantes. Su mente se había iluminado con una inspiración. Debía de haber decenas, centenares, quizás miles de hombres y mujeres muertos o gravemente heridos por el terremoto y la erupción. Tenía aún en su poder la suficiente cantidad de preparado antimuerte para tratar a cientos de personas. Iría a toda prisa a los distritos afectados cercanos al volcán y utilizaría hasta la última gota de su

valioso compuesto reviviendo a los muertos y moribundos. Por fin podría probar a placer su descubrimiento en seres humanos, y podría seguir realizando un trabajo de humanidad y de incalculable valor científico al mismo tiempo. Si no se sacaba nada en claro, nada se habría perdido, mientras que, si se demostraba que el tratamiento era eficaz con seres humanos, habría salvado innumerables vidas y haría inmortales a los que se trataran e inmunes para siempre de posteriores erupciones y terremotos. En parte debido a la casualidad, y en parte a la dejadez, el viejo pero fiable coche del doctor estaba totalmente ileso, al haber estado aparcado en la entrada a cierta distancia de los edificios. Saltó a su interior seguido por los otros tres confundidos acompañantes, pisó con fuerza el acelerador y salió disparado hacia las laderas de la montaña sobre las que flotaba una nube de humo negro y denso iluminada por brillantes relámpagos, explosiones intermitentes de gas encendido y estallidos de bombas de lava incandescentes.

—No es una erupción tan fuerte como la que esperaba —comentó el científico, mientras el coche, traqueteando sobre las carreteras medio levantadas por el terremoto y sobre los túneles y puentes derruidos, se acercaba cada vez más a las colinas—. Parece que ha tenido un alcance muy localizado —continuó—, no hay rastro de torrentes de lava en esta ladera del cono volcánico… probablemente eyectó por el otro lado hacia el mar.

Y justo es reconocer que, a medida que el doctor Farnham se aproximaba al volcán aún activo y amenazador, fue sintiendo mayor decepción al descubrir que la catástrofe no había sido como esperaba. No es que lamentase que la erupción hubiera causado unos daños y pérdida de vidas relativamente pequeños, sino porque empezó a temer que no tendría oportunidad de probar su descubrimiento en seres humanos.

Sin embargo, no debió preocuparse por ello. Como había deducido, el cráter había eyectado hacia el norte y las abundantes masas de lava incandescente y bombas de lava habían descendido por las casi deshabitadas laderas costeras que desembocaban en el océano. No obstante varias poblaciones pequeñas y muchas casas aisladas habían sido borradas del mapa; decenas de personas, tanto blancas como negras, habían muerto quemadas hasta quedar reducidas a cenizas o enterradas bajo varios metros de brasas y lodo; miles de acres de campos cultivados y jardines habían quedado transformados en yermos y desolados mares humeantes de lodo volcánico, y se observaba una incalculable cantidad de daños.

Cerca del cráter, el cual se pensaba totalmente extinguido desde épocas inmemoriales, la destrucción, allá donde había tenido lugar, había sido total.

Más allá de esa zona de vapor abrasante, las cenizas al rojo vivo y los gases en llamas, incluso un mayor número de muertes se habían producido por la acción de los pesados y letales gases, que al descender de los estratos más altos do la atmósfera habían dejado una estela de cientos de seres humanos asfixiados.

Pero como es casi siempre el caso con las erupciones y fenómenos volcánicos, los vapores morrales habían causado las muertes de una manera totalmente errática e inexplicable. Decenas de personas habían caído fulminadas en un lugar, pero a unos pocos metros ninguna se había visto afectada. Un lado de la calle de un pueblo había sido barrido por el gas nocivo, mientras que el lado opuesto de la estrecha vía no se veía afectado. Cuando mas tarde se realizaron informes inteligibles, se descubrió que en varios casos la víctima cayó muerta mientras conversaba con un amigo, el cual escapó sin sufrir daño alguno. De todos los asentamientos que habían sido afectados por los gases letales, el de San Marco fue el que se llevó la peor parte, y cuando el doctor Farnham y sus compañeros se dirigieron en coche hacia el pueblo azotado, el científico supo que le había llegado la oportunidad de su vida. Por todas las esquinas yacían cuerpos encogidos e inertes de hombres y mujeres donde les había alcanzado el gas volcánico. Estaban estirados sobre las calzadas y en las calles, yacían rumbados sobre escaleras y portales; cubrían el suelo del mercado y de la pequeña plaza, y quedaba menos de una docena de habitantes vivos e ilesos, que habían huido del pueblo atacado por el gas. El doctor Farnham y sus tres hombres eran los únicos seres vivos en San Marco. Naturalmente, el científico estaba inmensamente complacido. No había nadie que pudiera detenerle o que fuera a expresar objeciones estúpidas y totalmente injustificadas a su trabajo. Había una sobreabundancia de material sobre el que trabajar, y sujetos óptimos para sus objetivos, y es que, en un primer vistazo, el doctor Farnham supo que la gente había muerto por inhalación de gas o conmoción, y que las muertes no habían sido causadas por lesiones en órganos vitales, en cuyo caso tendría menos certeza de que su experimento funcionase. Y lo cierto es que no podemos culparle por su entusiasmo al encontrar el pueblo cubierto de cadáveres. ¿Por qué debería sentir pesar o dolor, cuando en el fondo de su mente tenía la total certeza de que podía traer a las víctimas de vuelta a la vida, a algo más que la vida, a un estado de inmortalidad? Para él no estaban muertos, sino en un estado temporal de animación suspendida del cual serían despertados para no morir nunca más.

Salió de un brinco del coche y, asistido por sus tres ancianos aunque enérgicos y vitales compañeros, el doctor Farnham procedió a suministrar metódicamente y de uno en uno la dosis mínima de su precioso elixir de la vida a los cadáveres. Sin embargo, desde un primer momento fue consciente de que no sería posible revivir a todos los muertos del pueblo. No poseía ni la mitad de compuesto suficiente para ello, y se le planteó un dilema. En primer lugar, deseaba fervientemente conservar parte de su material para probarlo con cadáveres que con toda seguridad murieron violentamente más cerca del volcán. En segundo lugar, ¿cómo podría decidir a quién salvar y consagrar con la inmortalidad y a quién desechar?

Era una cuestión difícil de solucionar, porque nunca nadie antes había poseído el poder de la vida y la muerte sobre tantos de sus congéneres. Pero no podía perder mucho tiempo decidiendo. No sabía cuánto tiempo podía permanecer muerto un ser humano para poder ser resucitado, y ya había transcurrido un tiempo precioso desde que los habitantes sucumbieron por el gas. Debía tomar una decisión con rapidez, y así lo hizo. La vida, decidió, era más importante para los más jóvenes y vigorosos que para los ancianos, y más deseada por los individuos inteligentes y educados que por los ignorantes e iletrados. Sabía que, en líneas generales, su tratamiento tendría como consecuencia que las personas tratadas permanecieran indefinidamente en el estado físico en el que se encontraban en el momento de iniciar el tratamiento y que, aunque con vigor y tuerzas renovadas, una persona anciana permanecería físicamente vieja y, razonó, era muy probable que un bebé o un niño permaneciera para siempre mental y físicamente poco desarrollado. Así pues, por el bien de la humanidad, trataría los cadáveres de aquellos que hubieran muerto en la flor de la vida, aunque unos cuantos niños también serían tratados con fines científicos, dejando que los viejos, los enfermos, los lisiados y los decrépitos permanecieran muertos.

Al hacer esto no sintió que estuviera actuando de Forma inhumana o despiadada. De todas formas, tan sólo podía salvar a un determinado número de personas, y aquellas que desechaba no iban a estar peor de lo que ya estaban, ya que él mismo se aseguró mediante un examen rápido de que todas las víctimas estaban completamente muertas según todos los parámetros médicos conocidos.

7

Así pues, tras haber tomado dicha decisión, se apresuró a inyectar su compuesto en aquellos cadáveres que consideraba que valía la pena resucitar,

y mientras tanto llenaba su mente con visiones del futuro y de una raza inmortal de hombres que se desarrollaba a partir del grupo que él había iniciado. Ansioso por conocer los resultados de su tratamiento y de averiguar cuánto tiempo tardaba una persona muerta en regresar a la vida, el doctor Farnham ordenó a sus tres compañeros que esperasen y vigilaran los cuerpos de los recién tratados, y que le informaran en cuanto cualquiera de los muertos mostrara signos de estar volviendo a la vida. Había comenzado el trabajo en la plaza y aquí dejó a uno de los tres ancianos; en el mercado dejó a otro, y el tercero fue asignado a unas cuantas manzanas de allí. Cuando llegó al mercado, ya había tratado a cientos de cuerpos, pero aún no había recibido ningún aviso del compañero al que dejó vigilando en la plaza. Comenzaron a asaltarle las dudas mientras proseguía con su trabajo. Quizá, después de todo, los seres humanos no respondieran a su tratamiento. Posiblemente los efectos particulares de este gas anularan la eficacia del tratamiento. Podría ser…

Un aterrador ruido a sus espaldas interrumpió sus pensamientos. De la plaza le llegaba un estruendo de gritos, alaridos, una babel de sonidos. ¡Había funcionado! Donde unos instantes antes reinaba el silencio de la muerte, ahora se escuchaban los inconfundibles sonidos de la vida. Los muertos se habían levantado. Había logrado lo imposible y, olvidando todo lo demás por la profunda excitación La plaga de los muertos vivientes que le producía el deseo de presenciar la resurrección, el doctor Farnham dejó caer la jeringa y el vial junto al cuerpo que estaba a punto de tratar y se alejó corriendo en dirección a la plaza.

El tumulto aumentaba a medida que se aproximaba. Por supuesto, pensó, los muertos del mercado debían de estar volviendo a la vida. Pero ¿por qué sus dos hombres no le habían avisado?, se preguntó.

La respuesta le llegó de forma totalmente inesperada. Tan rápidamente como les permitían sus ancianas piernas, los dos hombres aparecieron por una esquina corriendo hacia él, con el terror dibujado en sus rostros, jadeando y sin aliento, mientras que tras ellos venía una horda de hombres y mujeres, gritando, berreando palabras incomprensibles, agitando los brazos amenazadoramente, y obviamente hostiles.

Con gritos ahogados, apresuradamente, los dos hombres intentaron explicarse.

—Están locos —exclamó el que había estado vigilando en la plaza—, ¡locos asesinos! Dios sabrá por qué, pero se me echaron encima como tigres. Me vapulearon de forma terrible. Aún no me explico cómo he logrado salir vivo. Me golpearon en la cabeza con piedras y me dieron una paliza.

—A mí también —intervino el otro, el que había estado en el increado—. Me clavaron un machete, uno de ellos. ¡Mira esto! mientras hablaba se. descubrió el pecho y mostró una incisión de unos siete centímetros sobre el corazón. El doctor, a pesar de que la horda, evidente mente hostil, seguía avanzando hacia ellos, ahogó un grito de sorpresa. La herida debería haberlo matado, y sin embargo el anciano parecía no sentir molestia alguna. Y entonces cayó en la cuenta: por supuesto no había muerto, ¿cómo iba a morir si era inmortal?

Ninguno de los dos hombres corría peligro. No importaba lo que les hiciera la muchedumbre, ellos sobrevivirían, y el doctor Farnham se imaginó durante unos instantes fugaces que sus dos ancianos compañeros eran cortados en trocitos o descuartizados, y que cada fragmento separado de su anatomía continuaba viviendo, o incluso uniéndose de nuevo para volver a formar un hombre completo. Y entonces se lamentó amargamente de no haber probado el tratamiento consigo mismo. ¿Porque no lo hizo? Se maldijo por ello. Pero no había tiempo para reflexiones o lamentos. La horda ya estaba muy cerca, y había que hacer algo.

—No pueden haceros daño —gritó a sus compañeros—. Sois inmortales. Nada puede mataros. No corráis, no tengáis miedo. Enfrentaos a la horda.

Pero la fe de los dos hombres un el tratamiento y en las palabras del científico no era lo suficientemente sólida para hacerles obedecer, de modo que buscaron refugio con una mirada Furtiva y se dispusieron a huir. Durante unos breves instantes el doctor pensó en enfrentarse a la turba e intentar razonar con ellos y explicarles por qué estaba allí, y calmarlos. Y es que sospechaba que, con toda probabilidad, sus acciones eran debidas al terror y la tensión nerviosa; que, al revivir, se habían sentido embargados por el terror enloquecedor de volver a experimentar las últimas sensaciones conscientes de la erupción antes de morir; que al verse rodeados de tantos cadáveres que yacían aún en el suelo habían sufrido un ataque de pánico, y que el ataque a los dos vigilantes había sido simplemente el acto irracional e involuntario de unos hombres medio enloquecidos y fuera de sí.

Pero la incipiente idea del científico de enfrentarse a la horda fue desechada casi en el mismo instante en que fue concebida. Nadie podría razonar con esa muchedumbre. Con el tiempo se calmarían; en cuanto se dieran cuenta de que la erupción había cesado, olvidarían su terror y se ocuparían de enterrar al resto de muertos.

De momento, pensó, el mayor valor tendría que ser la discreción. Cuando el tercer compañero llegó a donde se encontraban, todos se escabulleron

guiados por el doctor Farnham tras el edificio más cercano y corrieron como locos hacia el coche. Pero mientras huían les llegaban gritos, maldiciones y alaridos desde la dirección opuesta; hombres y mujeres aparecían desde las calles y las viviendas, y decenas de resucitados se abalanzaron y cayeron enloquecida y violentamente sobre la muchedumbre de la plaza. En un instante reinó el caos y los cuatro fugitivos se quedaron petrificados ante el horror de la escena.

Luchando, arañando, mordiendo, golpeando, los resucitados se atacaban entre sí, y los cuatro testigos se estremecieron al ver a hombres y mujeres sin brazos o manos, con rostros deformes convertidos en amasijos de carne, cuerpos cercenados, descuartizados y desgarrados, aún saltando y brincando de un lado a otro, aún luchando totalmente inconscientes de sus terribles heridas… Al ser inmortales, nada podía destruirlos.

Sin prestar ninguna atención a los cuerpos muertos que no habían sido resucitados, la turba violenta se balanceaba de un lado para otro, mientras que de tanto en tanto (y el doctor Farnham y sus hombres sintieron que se les revolvía el estómago ante la visión) algún hombre o mujer jadeante se apartaba de la horda apisonadora y, saltando como una bestia sobre los cadáveres pisoteados, desgarraba y devoraba su carne.

¡Esto era demasiado! Los cuatro corrieron enloquecidamente hacia el coche y, haciendo caso omiso del peligró de la carrerera, condujeron hacia la distante ciudad.

Mientras se alejaban, el doctor Farnham fue calmándose poco a poco y se forzó para que su mente volviera a funcionar con normalidad. No podía explicar satisfactoriamente el salvajismo de los habitantes del pueblo resucitados, pero podía formular algunas teorías razonables que lo explicaran. «Regresión a un estadio ancestral bajo la presión de una enorme tensión mental», especuló. «Al hallarse inexplicablemente vivos y seguros tras haber tenido la sensación de que estaban siendo destruidos, dieron rienda suelta a sus inhibiciones y a un instinto salvaje latente. Exactamente como una explosión mental. Probablemente en breve manifestarán su calma habitual, así como otras condiciones».

Pero ¿sería posible?, y el científico tembló ante tal pensamiento, ¿sería posible que, aunque su tratamiento devolviese la vida, no devolviese la mente? Hasta el momento tan sólo había experimentado con animales inferiores, ¿y quién podría discernir si un conejo o una cobaya poseían una mente normal o anormal tras ser devueltos a la vida? Entonces, por la mente del doctor cruzaron las imágenes de la reacción del gatito que resucitó por

primera vez con su hallazgo, y recordó cómo la bestia había escupido, arañado y aullado, y cómo finalmente escapó escabullándose por la maleza como un animal salvaje. Quizás sólo pudiera resucitarse al organismo físico, mientras que los procesos mentales permanecían muertos. Quizás, después de rodo, existía algo como el espíritu o el alma, y esta abandonaba el cuerpo al morir y no podía ser restaurada. Tembló a pesar del sofocante calor del sol. Si esto era así, si toda alma o espíritu o razón o lo que fuera que mantuviese el equilibrio de un ser humano o un animal, si esta inexplicable y desconocida cosa estuviera ausente cuando los muertos revivían, entonces que Dios se apiadase del mundo.

8

Nadie podría imaginar los resultados. Los muertos resucitados iban a continuar existiendo. Ni tan siquiera podían destruirse los unos a los otros.

Entonces, con más serenidad y sintiendo un profundo alivio, intentó animarse pensando que, después de todo, sus miedos podrían ser totalmente infundados. Quizás las acciones de los seres salvajes en el pueblo eran simplemente temporales, y posiblemente, incluso si la mente o el alma estaba ausente al principio, con el tiempo retornaría y se uniría de nuevo al cuerpo resucitado. Nadie podía saberlo, tan sólo se podía teorizar; pero fuera cual fuera el resultado final, el doctor Farnham ya había decidido que informaría a las autoridades del asunto, que no importaban las consecuencias que pudiera acarrearle a él mismo, y que lo confesaría todo y haría lo que estuviera a su alcance dedicando toda su fortuna y su tiempo a intentar corregir lo que había originado si, como temía, la situación fuera tan nefasta como había supuesto.

Y de esta manera llegó la Plaga de los Muertos Vivientes, como se la conoció más tarde. Al principio, las autoridades de Abilone creyeron que el doctor Farnham y sus tres compañeros sufrían de locura transitoria por los efectos del terremoto y de la erupción, e intentaron tranquilizarlos. Pero, cuando unas horas después, los supervivientes de una patrulla de auxilio informaron que el pueblo y el vecindario estaba atestado de salvajes violentos y ávidos de sangre, y que tres miembros de la patrulla habían sido atacados, asesinados y descuartizados, las autoridades tomaron cartas en el asunto. Sin embargo, no creían la historia del doctor Farnham, se mofaban de la idea de que hubiera resucitado a los muertos o de que los salvajes fueran inmortales, y pensaban que se trataba de alucinaciones de una mente trastornada.

Sin duda, decían, los supervivientes de. la catástrofe habían enloquecido por la erupción y habían vuelto a un estadio de salvajismo, pero sería tan sólo

cuestión de agruparlos y encerrarlos en un manicomio hasta que poco a poco recobrasen la cordura.

Pero las fuerzas de policía enviadas a las proximidades del pueblo descubrieron que ni el doctor Farnham ni la patrulla de auxilio habían exagerado la situación ni un ápice. De hecho, tan sólo dos policías lograron escapar, y con ojos aterrorizados relataron una historia de terror que iba más allá de cualquier imaginación. Habían visto a sus compañeros destrozados delante de sus ojos. Habían descargado ráfagas de balas en los cuerpos de los salvajes lugareños a quemarropa, pero sin causar efecto alguno. Habían luchado cuerpo a cuerpo y habían visto las hojas de sus espadas introducirse en la carne de sus antagonistas sin obtener resultado alguno, y temblaban al relatar que habían visto hombres sin brazos, e incluso sin cabeza, luchando como demonios.

Finalmente las autoridades se convencieron de que había ocurrido algo totalmente insólito e inexplicable. Aunque pareciera increíble, la historia del doctor debía de ser cierra, y tenían que hacer algo urgentemente para librar a la isla de esta maldición… de esta Plaga de Muertos Vivientes. Ya entrada la noche, y a lo largo de todo el día siguiente, los funcionarios en pleno del gobierno se reunieron con el científico; siendo hombres inteligentes, las autoridades habían llegado a la conclusión de que nadie tenía mayores probabilidades de encontrar una solución al problema que la misma persona que lo había causado. Y fue una decisión muy acertada. La primera medida fue establecer una prohibición estricta sobre cualquiera que abandonara la isla. Permitir que el mundo exterior llegara a conocer lo ocurrido era muy arriesgado. La prensa se entrometería; reporteros y demás profesionales llegarían de todas parres para contrastar los hechos; Abilone se convertiría en el hazmerreír de todos o en un lugar maldito, según la prensa y el público creyeran o no en los informes. Pero el problema era cómo establecer tal prohibición, cómo evitar que los forasteros visitasen la isla o que los isleños la abandonaran. El doctor Frisbie, inspector médico del puerto, encontró la solución. Se anunciaría que una epidemia altamente contagiosa se había desatado en un pueblo remoto, lo cual era en verdad lo ocurrido, y que hasta próximo aviso no se permitiría que ninguna embarcación entrase o saliese de los puertos. Por supuesto, el plan conllevaría algunas penalidades, pero los suministros de alimentos disponibles parecían suficientes para sostener a la población durante varios meses, y se esperaba que los Muertos Vivientes hubieran sido exterminados antes de que expirase ese periodo. Pero, a medida que pasaba el tiempo, la gente de Abilone comenzó a temer que ningún poder

humano pudiera vencer a aquellos autómatas sin alma y con forma humana que maldecían la tierra y que no podían ser destruidos. Afortunadamente, al carecer totalmente de inteligencia y de capacidad de raciocinio, las criaturas no llegaban muy lejos, y no mostraban ninguna inclinación a abandonar su distrito de origen para atacar a individuos que no los molestaran. Y para prevenir cualquier posibilidad de que se propagaran, se erigieron unas alambradas enormes alrededor de la población tomada por los Muertos Vivientes. Como había señalado el doctor Farnham, una barrera de alambre no detendría a las criaturas, a pesar de los daños y las heridas causadas por los pinchos metálicos, de modo que la alambrada fue reforzada a lo ancho y a lo alto formando finalmente una barrera que ni tan siquiera un elefante podría atravesar.

Este proceso, sin embargo, llevó su tiempo, y antes de que pudiera ser completado se llevaron a cabo innumerables intentos de capturar o destruir a los seres sin alma. Algunas ideas están profundamente arraigadas en el cerebro humano, y los gobernantes no podían creer que los Muertos Vivientes no pudieran morir, a pesar de los argumentos del doctor Farnham, el cual había declarado en repetidas ocasiones que era una pérdida de dinero y vidas humanas intentar aniquilar a los seres que él mismo había resucitado. Pero, por supuesto, todos aquellos intentos de destruirlos fueron inútiles. Las balas no surtían efecto alguno sobre ellos. Entonces, tras un sinfín de discusiones e innumerables protestas, se decidió que, dado que no eran más que bestias salvajes y por lo tanto una amenaza para el mundo, cualquier medio era justificable, y a tal fin se llevaron a cabo los preparativos para quemarlos a todos. Se encendieron numerosas hogueras y las llamas, empujadas por un viento fresco, barrieron toda la zona ocupada por los Muertos Vivientes y redujeron a cenizas los últimos vestigios del pueblo. Pero cuando se apagaron las últimas llamas y un destacamento policial se internó en el distrito para el conteo de cuerpos, éste fue atacado, aniquilado casi por completo y repelido por la horda de seres espectrales chamuscados y mutilados que habían sobrevivido a la pólvora y los tiroteos, a los gases letales y al resto de intentos de destruirlos. Después se sugirió que fueran ahogados y, aunque el doctor Farnham se mofó abiertamente de la idea y el gasto derivado para llevarla a cabo, nadie terminaba de creerse que aquellas cosas fueran realmente inmunes a la muerte, fuera cual fuera la causa de tal horror. Así pues, y a un coste altísimo, se construyó una presa sobre el río que cruzaba el distrito y durante varios días se inundó toda la zona. Pero, pasado ese periodo, los Muertos Vivientes parecían más enérgicos y salvajes, y más irracionales, y formaban

una plaga más enorme que nunca. Además, era muy extraño que ninguno de los seres hubiera sido capturado jamás. En dos ocasiones, a decir verdad, algunos miembros pudieron ser apresados, pero en ambos casos las criaturas literalmente se liberaron descuartizándose, dejando un brazo o una mano mutilada en posesión de sus captores. Y estos fragmentos de carne, para el horror y asombro de todos, siguieron viviendo.

Era indescriptiblemente espantoso ver un brazo desmembrado retorciéndose y brincando de un lado a otro, ver los músculos flexionándose y los dedos abriéndose y cenándose. Incluso cuando fueron introducidos en recipientes con formol, los miembros seguían conservando la vida y el movimiento, hasta que al fin, llevadas por la desesperación, las autoridades decidieron enterrarlos en cubos de cemento, donde, por lo que a ellos concernía, los fragmentos inmortales podrían continuar viviendo y retorciéndose hasta el fin de los tiempos.

9

No obstante, se llevaron a cabo estudios e investigaciones exhaustivas sobre los Muertos Vivientes, y finalmente se reconoció que el doctor Farnham había estado en lo cierto y no había exagerando en absoluto acerca de los atributos de aquellas criaturas. De igual modo, se reconoció que sus teorías en relación a las acciones y condiciones vitales eran correctas en lo básico. No podían ser sacrificados por ningún medio conocido; eso había sido probado concluyentcmente. Podían existir sin experimentar efectos dañinos incluso cuando eran mutilados o decapitados. Literalmente, podían ser cortados en pedacitos y cada fragmento seguía viviendo; y, si dos de estos pedazos entraban en contacto, se unían y formaban terribles y monstruosas criaturas de pesadilla. Al examinar con prismáticos la zona delimitada por la barrera, los observadores pudieron ver muchas de estas anomalías. En una ocasión, una cabeza que se había unido a dos brazos y una pierna salió corriendo campo a través como una araña monstruosa. En otra ocasión apareció un cuerpo sin piernas y con dos cabezas adicionales injertadas en los hombros, donde los brazos originales habían sido amputados. Y muchos de los seres casi completos tenían manos, dedos, pies u otras porciones anatómicas injertadas en heridas en distintas partes de sus cuerpos. Y es que los Muertos Vivientes, a pesar de no tener capacidad de raciocinio, instintivamente sentían la necesidad de reemplazar la porción que les faltara; recogían cualquier fragmento humano y lo injertaban en una herida o superficie en carne viva de su cuerpo. También resultaba extraño, aunque no tanto si se pensaba con

detenimiento, que aquellos individuos que no tenían cabeza parecían apañárselas tan bien como los que aún la mantenían sobre los hombros. Y es que, careciendo de inteligencia y razonamiento, siendo tan sólo máquinas de carne y sangre no controladas por cerebros, los Muertos Vivientes realmente no necesitaban cabezas. Sin embargo, parecían poseer algún tipo de extraña idea subconsciente de que las cabezas eran algo deseable, y estallaban feroces batallas por poseer una cabeza cuando era descubierta al mismo tiempo por dos de las criaturas. Con bastante frecuencia la cabeza aparecía unida al cuerpo con la parte posterior por delante, y un gran porcentaje de ellos llevaban cabezas que no les habían pertenecido originalmente. Además, se habían transformado en cazadores de cabezas, y una de sus principales diversiones u ocupaciones era podarse las cabezas unos a otros.

Lo realmente extraño era la asombrosa rapidez con la que cicatrizaba y sanaba hasta la herida más espantosa, así como el increíblemente corto periodo de tiempo en el que un miembro o cabeza tardaba en injertarse firmemente en su sirio, pero ambas circunstancias fueron explicadas por el doctor Farnham como sigue. Afirmaba que, mientras que normalmente los tejidos de seres humanos mueren parcialmente y deben ser reemplazados por implantes, los tejidos de los Muertos Vivientes seguían viviendo, activos y con todas sus células intactas, y así se reagrupaban de forma instantánea, al tiempo que las infecciones sépticas o los microbios nocivos no tenían oportunidad de actuar sobre los tejidos vivos sanos. Aunque en un principio estos seres peleaban y luchaban noche y día, a medida que transcurría el tiempo fueron haciéndose más pacíficos y las peleas entre ellos eran cada vez menos frecuentes. Cuando se observó este cambio por primera vez, las autoridades albergaron esperanzas de que las criaturas finalmente se estuvieran conviniendo en seres racionales, pero el doctor Farnham les abrió los ojos y su declaración fue confirmada por los científicos y médicos de la isla.

«Es el resultado lógico y esperado —declaró—; en primer lugar, al carecer de razón o de capacidad de deducción y al ser incapaces de aprender por experiencia, simplemente han agotado su capacidad del lucha. Y, en segundo lugar, una gran proporción de ellos son simples engendros compuestos. Es decir, tienen brazos, miembros, cabezas u otras porciones de su anatomía que pertenecen a otros individuos. Así pues, atacar a otro ser equivaldría a atacarse a sí mismos. No es una cuestión de instinto o cerebro, sino simplemente la reacción de los músculos y nervios ante el inexplicable

pero ampliamente aceptado reconocimiento o afinidad celular existente en toda materia orgánica».

Asimismo, al principio se creyó que los Muertos Vivientes podían morir de hambre o, si eran realmente inmortales, que al menos podrían debilitarlos privándoles de alimentos, de manera que Fuese más fácil su captura. Pero de nuevo las autoridades habían pasado por alto las características básicas de este caso. Aunque las criaturas se devorasen de vez un cuando unas a otras (y el doctor Farnham se preguntaba qué ocurría cuando un ser inmortal era devorado por sus semejantes), sin embargo este canibalismo parecía más un acto puramente instintivo que una necesidad. Los miembros de la comunidad que. carecían de cabeza obviamente no podían comer, pero seguían viviendo igualmente, y por fin los funcionarios de la isla aceptaron que cuando una criatura es realmente inmortal, nada mortal puede afectarle.

Mientras tanto la isla estaba quedándose sin provisiones y hubo que implantar el racionamiento entre la población. Todos sabían que muy pronto sería necesario permitir que algún barco atracase en el puerto para traer suministros. Además, la cuarentena no podía ser mantenida durante mucho más tiempo sin levantar sospechas. Por supuesto, ya desde mucho antes el gobierno era consciente de que no podrían mantener el secreto indefinidamente, pero tenían esperanzas de que la Plaga de los Muertos Vivientes fuera eliminada para siempre antes de que se hiciera necesario informar al resto del mundo de la maldición que había recaído sobre Abilone.

Si no hubiera estado en una localización tan apartada, y si la noticia de la erupción no hubiera llegado al mundo exterior y la gente no hubiera asumido que la epidemia declarada era resultado directo de ésta, los verdaderos hechos del caso se hubieran hecho públicos mucho tiempo atrás.

En esos momentos, sin embargo, las autoridades estaban desesperadas.

Habían intentado por todos los medios exterminar a los Muertos Vivientes, pero sin éxito. Habían invertido una fortuna y sacrificado muchas vidas intentando capturar a aquellas terribles criaturas, pero sin resultado alguno. Y el doctor Farnham, hasta el momento, había sido incapaz de sugerir algún medio para librar a la isla y al mundo entero del íncubo que él mismo había creado.

Éste era el estado de las cosas cuando, una noche, las autoridades se reunieron para decidir sobre la cuestión de levantar la cuarentena y rendirse por desesperación, confiando en poder mantener a los Muertos Vivientes confinados indefinidamente en el interior de la barrera de alambre.

—Eso —declaró el coronel Shoreham, comandante del ejército— es, o mejor dicho, será imposible. Hasta ahora, gracias a Dios, las criaturas no han intentado romper o escalar la barrera, pero tarde o temprano lo harán. Si poseyeran algo de raciocinio ya lo habrían hecho hace tiempo, pero algún día, quizá mañana o quizá dentro de un siglo, decidirán trasladarse a otro lado, y ni siquiera la barrera más sólida que pueda erigir el hombre podrá retenerlos. Y es que uno de esos monstruos con aspecto de araña, que tan sólo tiene piernas y manos, podría escalar la alambrada tan fácilmente como una mosca trepa por una pared. Y no olviden, caballeros, que el agua no representa ningún impedimento para estas criaturas. No pueden ahogarse, y por lo tamo podrían arrastrarse por mar hasta tierras lejanas y expandirse hasta los confines del mundo. Aunque esto suene terrible y blasfemo, ojalá se produjera otra erupción… y que el volcán estallara bajo los pies de los Muertos Vivientes y los lanzara al espacio. Personalmente…

El coronel fue interrumpido por un repentino grito del doctor Farnham, el cual, poniéndose en pie de un brinco, atrajo excitado la atención de todos los reunidos.

—¡Coronel! —gritó—, a usted habrá que otorgarle el mérito de haber resuelto el problema. Ha hablado de lanzar a los Muertos Vivientes al espacio. Caballeros, ésa es la solución. No necesitaremos invocar la ayuda divina para forzar una erupción del volcán, sino que nosotros mismos proporcionaremos los medios para que tal cosa ocurra.

Los demás su miraron unos a otros, y también al entusiasmado científico con completo asombro. ¿Se había vuelto loco ante tantas preocupaciones? ¿Qué pretendía hacer?

10

Pero el doctor Farnham estaba evidentemente cuerdo y hablaba en serio.

—Soy consciente de lo quimérica que puede parecerías esta idea, caballeros —dijo, esforzándose por hablar con serenidad—, pero creo que la aceptarán tras mi desafortunado descubrimiento, el cual ha desembocado, cierto es, en nuestra actual situación, pero que ha demostrado a la postre que las cosas más utópicas y aparentemente imposibles pueden ser posibles. Estoy seguro, repito, de que después de lo que lodos ustedes han visto, estarán de acuerdo conmigo en que mi actual plan no es ni quimérico ni imposible. Resumiendo, caballeros, se trata de construir un cañón gigantesco o, mejor aún, un cráter artificial bajo el áren ocupada por los Muertos Vivientes y lanzarlos a todos al espacio; de hecho, lanzarlos a tal distancia que queden

más allá del campo de atracción terrestre y giren para siempre, como satélites, alrededor de nuestro planeta.

Cuando terminó, se hizo el silencio entre los presentes. Unas semanas antes le habrían abucheado, se habrían mofado y reído de la idea, o directamente habrían pensado que estaba loco. Pero demasiadas cosas aparentemente demenciales habían ocurrido en los últimos tiempos para permitirse un juicio apresurado, y todos reflexionaron largamente. Al final, un solemne caballero de pelo blanco se levantó y se aclaró la garganta. Era el señor Martínez, ingeniero retirado de fama mundial y descendiente de una de las antiguas familias españolas que originalmente gobernaban la isla.

—Intuyo —comenzó— que la sugerencia del doctor Farnham podría llevarse a cabo. Sólo me asaltan dos dudas en cuanto a su viabilidad. En primer lugar, el coste de la empresa sería tremendo… mucho más de lo que podría permitirse el menguado tesoro de Abilone. Y en segundo lugar, ¿mediante qué tipo de explosivo podría generarse una fuerza que proyectase a estos seres tan lejos que no pudieran volver a caer en la Tierra, aunque continuaran viviendo su grotesca inmortalidad en el espacio?

—Yo asumiré el gasto —anunció el doctor Farnham mientras el señor Martínez regresaba a su asiento—. Mi fortuna, que originalmente era de más de tres millones, ha permanecido prácticamente intacta durante los últimos cuarenta y cinco años, ya que apenas he gastado una pequeña fracción de la renta. Fue exclusivamente por mi culpa que la Plaga de los Muertos Vivientes se desatara en vuestra isla, y por ello pienso que es justo que dedique hasta mi último centavo y mis últimos esfuerzos para corregir tal desventura. En cuanto al explosivo, señor Martínez, será una combinación de fuerzas de la naturaleza y explosivos modernos de gran potencia. Bajo el área ocupada por los Muertos Vivientes hay una fisura en el subsuelo que conecta, con toda probabilidad, con el Pan de Azúcar. Si excavamos un túnel, lograremos ensanchar esa fisura con el fin de formar un inmenso agujero bajo el área que deseamos explosionar, y rellenaremos ese agujero con los explosivos más potentes conocidos por la ciencia y que mis bienes puedan adquirir. Mientras tanto, el río San Marco será desviado de su curso actual y redirigido hacia un túnel que abriremos alrededor del borde del viejo cráter. Mediante electricidad sincronizaremos la explosión de la carga depositada bajo el área de los Muertos Vivientes con el preciso instante en que el agua del río sea liberada y se vierta en el cráter, lo que creará una presión de vapor suficiente para producir una erupción. Esa presión, caballeros, al ser liberada mediante la detonación de explosivos, sin duda seguirá la línea de menor resistencia y

estallará hacia el exterior en forma de erupción violenta esporádica amplificada por la fuerza de los explosivos, y estoy seguro de que será suficiente para catapultar a los Muertos Vivientes más allá del área de atracción de nuestro planeta.

Durante unos breves instantes reinó el silencio tras las palabras del científico, y entonces resonó un clamoroso aplauso por toda la estancia.

Cuando los aplausos y vítores cesaron, el anciano ingeniero habló de nuevo:

—Como ingeniero, apoyo totalmente la propuesta del doctor Farnham —anunció—. Hace unos años tal proyecto habría sido imposible de realizar, pero la ciencia ha avanzado en muchos terrenos a pasos agigantados. Conocemos la presión exacta generada por el agua al entrar en contacto con rocas ígneas fundidas a varias profundidades gracias a las investigaciones de Sigoor Baroardi y el profesor Svenson, los cuales dedicaron varios años de su vida al estudio exhaustivo de las actividades volcánicas en Italia e Islandia respectivamente. Actualmente conocemos la presión de vapor exacta necesaria para producir una erupción volcánica, así como la temperatura exacta de esa presión de vapor. Así pues, será una tarea relativamente simple idear un medio para detonar los explosivos al mismo tiempo que se produzca la erupción, como ha indicado el doctor Farnham. Asimismo, los explosivos modernos a los que se refiere el doctor, que supongo son el recientemente descubierto YLT y el aún más potente Mozatine, han demostrado ser lo suficientemente potentes para lanzar un misil a varios miles de kilómetros más allá de la atmósfera y, con toda probabilidad, más allá de las fuerzas gravitatorias de nuestra esfera terrestre. La única dificultad realmente grande que preveo será calcular el diámetro y profundidad exactos de las excavaciones y confinar a los Muertos Vivientes a la superficie inmediatamente superior de dichas excavaciones. Ofrezco con sumo placer mis conocimientos en ingeniería al gobierno de la isla para resolver estas cuestiones, y será un honor colaborar con el doctor Farnham.

En medio de un clamoroso aplauso, el señor Martínez tomó asiento y el gobernador se levantó y agradeció y aceptó su ofrecimiento. A continuación se levantó el coronel Shoreham, el cual expresó su satisfacción por haber sugerido involuntariamente la solución para eliminar a los Muertos Vivientes y se ofreció para idear un plan que permitiera encerrar a las criaturas dentro del área restringida que se les asignara.

—Creo que es posible —dijo— trasladar gradualmente la alambrada protectora hasta el lugar seleccionado. Imagino que llevará un tiempo

considerable completar las excavaciones y preparar el gran estallido final, pero mientras canto podemos desplazar la barrera unos pocos centímetros cada vez. Como los Muertos Vivientes no poseen ninguna inteligencia, no advertirán el cambio, e incluso si lo advirtieran no entenderían su significado. En cuanto el doctor Farnham y el señor Martínez señalen el lugar exacto, y la extensión del área a detonar, comenzaré con el traslado paulatino de la barrera.

Esta sugerencia parecía resolver la última traba y, profundamente aliviada por haber recuperado la esperanza de destruir la Plaga de los Muertos Vivientes para siempre, la concurrencia se dispersó tras votar y otorgar carta blanca a aquellos que se habían ofrecido para llevar a término el plan.

No queda mucho más que contar. Todo se desarrolló sin problemas. Se determinó el área exacta que iba a ser lanzada al espacio y, cumpliendo su palabra, el coronel Shoreham organizó el traslado de la barrera de acero hasta que aquellos monstruos inhumanos se hallaron confinados en el lugar seleccionado. Mientras tanto, contando con millones a su disposición, el ingeniero y sus ayudantes desviaron el curso del San Marco, abrieron un túnel alrededor de la base del delgado borde del cráter y retuvieron el caudal de agua contenida mediante una presa que pudiera ser destruida con una sola explosión iniciada mediante una conexión y un detonador eléctrico. A los pies de las malditas criaturas, enormes máquinas eléctricas horadaban un túnel hasta las entrañas de la ladera de la montaña, y a medida que pasaban las horas y que la excavación ganaba profundidad, el calor aumentaba y los chorros de vapor eran más frecuentes, todo lo cual era sumamente alentador, ya que probaba que el cráter activo no distaba muchos metros por debajo de donde se estaban realizando los trabajos, Finalmente, el señor Martínez temió profundizar más en la tierra. Bajo el enorme agujero podía oírse el estruendo y el rumor de las fuerzas volcánicas; el vapor salía a través de cada hendidura y cada grieta de las rocas y las temperaturas registradas eran superiores a los doscientos grados. Con sumo cuidado, se apilaron cientos de toneladas de los explosivos más potentes y modernos en el interior de la enorme zona excavada (toneladas del recientemente descubierto YLT, que había reemplazado totalmente al TNT y que era cien veces más potente; y toneladas del incluso más potente Mozatine), hasta que la cavidad estuvo completamente llena. Por fin iodo estaba listo. Su colocaron delicados instrumentos en las profundidades del cráter, instrumentos que a temperaturas predeterminadas enviarían una señal eléctrica a las cargas explosivas

colocadas en el interior de la excavación, así como otros insimulemos que se activarían cuando la presión del vapor llegase a los niveles previstos.

11

Durante semanas se alertó a la población para que se mantuviera alejada de la zona donde se estaban llevando a cabo todas las actividades, aunque en realidad dicha advertencia no era necesaria: pocas personas tenían intención de visitar aquella parte de la isla. Y con el fin de que los habitantes de las zonas más apartadas no se alarmaran innecesariamente, se hicieron circular avisos informando de que en cualquier momento podría producirse una atroz, explosión, pero que ésta no causaría daño alguno en los distritos colindantes. Más excitados y nerviosos que nunca, los gobernadores de la isla, jumo al ingeniero y el doctor Farnham, esperaron dentro de un refugio a prueba de bombas que se encontraba a varios kilómetros del área de los Muertos Vivientes para presenciar desde allí el extraordinario drama.

La presa explotó según lo planeado y el vasto torrente de agua se precipitó en una poderosa catarata por las paredes del cráter hacia las profundidades del volcán. Incluso desde el pumo donde se encontraban, los gobernadores pudieron ver la alargada y blanca nube de vapor que se alzó instantáneamente desde la elevada cima de la montaña. Pasó un minuto, luego dos, tres… y entonces, con un rugido que pareció partir el cielo y la tierra y una sacudida que derribó a todos al suelo, el lateral completo de la montaña pareció elevarse por los aires. Una luz deslumbrante que amortiguó la luz del sol de mediodía surcó los cielos; una columna de humo que se elevó hasta el cenit ocultó el sol y el cielo. y en un área de kilómetros la tierra se abrió desgarrándose y agrietándose. Los riachuelos se desbordaron inundando las riberas; aludes de tierra se desplomaron por las laderas de la montaña; los árboles del bosque se partieron como cerillas. Cientos de pájaros murieron en pleno vuelo por la conmoción, y días después de la explosión todavía se encontraban peces muertos en la superficie del mar. A aquellos que estaban en el refugio antiaéreo les pareció como si la explosión nunca fuera a acabar, como si las fuerzas más poderosas del volcán se hubieran desatado desde las entrañas de la tierra y la erupción nunca fuera a cesar. Y durante lo que les parecieron horas, ni escombros, ni piedras, ni tierra pulverizada ni rocas regresaron precipitándose sobre la tierra. Pero finalmente (en realidad tan sólo unos instantes después de la explosión) miles de toneladas de rocalla, de árboles partidos, de ceniza y barro, de polvo inaprensible se precipitaron y

repiquetearon sobre el suelo con gran estruendo, hasta que finalmente llegó la quietud… y no se oyó ni un solo ruido.

Atónitos y conmocionados, los observadores, acompañados por un grupo de soldados armados, se dirigieron hacia el área devastada.

Un nuevo y enorme cráter se abría donde ames habían estado los Muertos Vivientes. En un radio de ocho kilómetros la superficie de la isla se llenó de escombros; pero en ningún sitio se encontró rastro alguno de las terribles criaturas.

Y como no hay nadie en ningún lugar del mundo que haya informado haber encontrado uno de aquellos monstruos, o alguno de los fragmentos de sus cuerpos inmortales, se puede asumir con toda seguridad que en algún lugar, lejos de las fuerzas gravitatorias de la Tierra, los Muertos Vivientes, convertidos en átomos infinitesimales, están condenados a permanecer eternamente suspendidos en el espacio.

La terrible explosión, de la que informaron varias embarcaciones en alta mar y que fue escuchada con toda claridad en Roque, a unos setenta kilómetros de distancia, fue considerada una erupción natural e inofensiva del Pan de Azúcar.

En cuanto al doctor Farnham, como le quedaban aún varios miles de dólares de su fortuna, construyó una iglesia y un hospital, y aún reside tranquilamente en Abilone, dedicando su talento y sus conocimientos a curar a los enfermos y a aliviar a los que sufren. Sus tres experimentos humanos aún le acompañan. Nunca han divulgado lo que saben, y nunca mencionan el hecho de que fueran sometidos al tratamiento del doctor, porque creen que si los funcionarios de la isla descubrieran que son inmortales acabarían compartiendo el destino de los Muertos Vivientes.

Por lo que se puede observar o determinar, los tres siguen tan vitales y alegres como siempre, pero nadie podría asegurar si están desuñados a vivir para siempre o si su esperanza de vida simplemente ha aumentado. En rodo caso, el más mayor de los tres ya ha hecho testamento, y los otros dos temen constantemente ser atropellados por algún automóvil. De rodo lo cual se puede deducir que ser inmortal aparentemente no libra a la persona del miedo a la muerte.

Edogawa Rampo

Una de las características también propias del cine de terror moderno es que éste extendió sus dominios mucho más allá y más acá de Hollywood, y a partir de los años 60, la industria europea e incluso asiática recuperó y acrecentó en buena parte el impulso que había dedicado al cine en general y al género fantástico y de terror en particular antes del trágico paréntesis de la Segunda Guerra Mundial. El cine británico de terror, con la Hammer a la cabeza, el *giallo* italiano, el fantaterror español y el gótico mexicano eran ya y signen siendo bien populares entre los aficionados al género, y poco a poco el frondoso, multiforme y fascinante mundo del cine fantástico nipón de la época empieza también a ser conocido y reconocido tanto dentro como fuera de su país. En los años 60, Japón desarrolló un cine de fantasmas con raíces asentadas en su folclore, sus tradiciones y el teatro kabuki, ejemplificado tanto por clásicos internacionalmente alabados como *Onibaba* (Kaneto Shindo, 1964) o *El más allá*. (*Kwaidan*. Masaki Kobayashi, 1964), como por cd ciclo de populares películas sobrenaturales de la productora Shintoho, pero también dio a luz un «nuevo» estilo de horror lleno de erotismo, violencia e imágenes perversas, a menudo equívocamente etiquetado como cine erótico o *pinku eiga*, que procedía y llevaba a la pantalla los sueños y pesadillas del *eroguro* (suerte de género transversal y tendencia cultural que había florecido en la literatura popular y las artes de los años 20 y 30 japoneses).

El *eroguro*, tal y como lo plasmaron autores tan prestigiosos como Junichiro Tanizaki o tan populares como Juzo Unno, entre otros, adelantaba muchos de los temas y elementos del horror moderno, basándose en la coyunda impía entre lo erótico, lo grotesco y lo absurdo, y combinando la propia tradición nipona de lo sangriento y sensacional con la influencia occidental de Poe, Conan Doyle, el decadentismo y el folletín, llevándola a extremos insólitos y extravagantes. Partiendo de géneros como el policíaco y criminal o incluso de una primitiva ciencia ficción, el *eroguro* estaba —y está — repleto de desviaciones sexuales, mutilación, deformidad y obsesiones psicopatológicas, perversas y criminales, siempre, de. procedencia humana y

donde el horror, el humor negro y el sexo sadomasoquista se mezclan de forma inextricable y excitante. Naturalmente, el cine japonés sólo se atrevió y pudo reflejar este universo a partir de los anos 60, con filmes que hoy son obras de culto del *bizarre*, como *La bestia ciega* (*Môjû*, Yasuzo Masumura) o *Horrors of Malformed Men* (*Kyôfu kikei ningen: Endogawa Rampo zenshû*, Teruo Ishii), ambos de 1969, entre otros, y ambos basados en relatos del genuino *Rey del Eroguro*, el escritor Edogawa Rampa (1894-1965).

Hirai Taro firmó toda su obra literaria con el seudónimo de Edogawa Rampo porque el sonido de este nombre es prácticamente similar a la pronunciación en japonés del de Edgar Allan Poe, autor que le sirvió de inspiración y al que veneraba hasta el delirio. Creador del Sherlock Holmes nipón, el detective Kogoro Akechi, considerado con justicia el padre de la novela policíaca japonesa, pese a varios precedentes, en realidad tanto su cultivo de la misma como de otros géneros afines estuvo casi siempre, al menos durante la primera mitad de su carrera, teñido de *eroguro* puro y duro, género del que se convirtió en máximo exponente con novelas como *La bestia ciega*, *El extraño caso de la isla Panorama* o *El lagarto negro*, así como con numerosos relatos crueles, extraños y perversos. Pero quizá ninguno de sus cuentos sea tan terrible e impactante como el que hemos elegido, “La oruga”, donde lo erótico, grotesco y nihilista es llevado hasta sus últimas consecuencias, prescindiendo de cualquier excusa fantasiosa o detectivesca, para enfrentarnos cara a cara con el horror de la deformidad, física, psicológica y moral.

Publicado originalmente en 1929, su virulencia, grafismo y, también, colorido antimilitarista y pesimista, serían la causa de que “La oruga” a menudo fuera censurado al ser publicado en su país, a veces por decisión del propio autor, amputándosele (nunca mejor dicho) fragmentos y párrafos demasiado comprometedores o excesivos, aunque aquí hemos contado con la excelente traducción directa del japonés de Daniel Aguilar, que restaura muchas de estas mutilaciones literarias, procedente de la antología *Rampo, la mirada perversa* (Satori, 2017). Adelantándose en una década al Dalton Trumbo de *Johnny cogió su fusil* (1939), el cuento de Rampo narra la, por así decir, historia de amor entre una mujer y su marido veterano de guerra… que ha vuelto de la misma convertido en un torso y una cabeza deformes, sin miembros, sordomudo y al borde —si no más allá— de la demencia. Exacerbando su pasión por la mutilación y la deformidad convertidas en objeto de deseo y rechazo a la par, Rampo expresa como nadie antes o después se ha atrevido a expresar la sensualidad perversa de la dominación

femenina y la impotencia masculinas, la atracción de lo abyecto y el sentimiento de culpa inherente a esta misma atracción, así como también la crueldad sin sentido de la guerra y su patriotismo impostado. Llevada al cine en varias ocasiones, entre ellas como segmento del filme de episodios *Rampo Noir* (*Ranpo Jigoku*, 2005), la versión más conocida es, precisamente, aquella que hace hincapié en estos aspectos antimilitaristas, hasta convertirlos en su *raison d'ětre*, traicionando en buena parte el texto original, al que no hace referencia alguna en sus créditos (al parecer para evitar el pago de derechos de autor): *Caterpillar* (*Kyatapirâ*, 2010), dirigida por el *enfant terrible* del *pinku eiga* y comprometido cineasta político Koji Wakamatsu, muerto en un trágico accidente en 2012, quien sitúa la acción a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, cargando las tintas en la crítica al imperialismo, el machismo y el belicismo japoneses. Pese a ello, la fuerza de la historia es tal que es imposible no sentirse golpeado por ella incluso en esta versión un tanto tramposa.

El *eroguro*, que ha influido también enormemente en el corpus del horror moderno occidental, goza hoy de excelente salud gracias al *manga*. la ilustración, escritores próximos al horror como Ryu Murakami y, naturalmente, la gran pantalla, a la que Rampo ha sido adaptado en más de cincuenta ocasiones, y donde cineastas actuales tan distintos como Sion Sono, Shinya Tsukamoto, Iguchi Noboru o Takashi Miike siguen llevando las visiones más extremas, terribles y fascinantes del genero. *Kiri kiri kiri*.

LA ORUGA[1]

Tras despedirse de los dueños, Tokiko abandonó la casa principal y, mientras caminaba hacia el pequeño edificio de la misma parcela donde vivía con su esposo, cruzando el extenso y descuidado jardín lleno de maleza donde ya empezaba a caer la oscuridad, recordó las palabras que hacía unos momentos le había dedicado el cabeza de familia del caserón, un viejo general en la reserva, palabras de elogio que siempre eran las mismas y que le causaban una sensación realmente extraña, similar al sabor de boca que dejaban al morder esas blanduchas berenjenas rellenas de perdiz chocha que ella odiaba de manera especial.

«No hace falta decir que la fidelidad del teniente Sunaga (de un modo ridículo, aun hoy el general de la reserva continuaba refiriéndose a ese militar mutilado que no se sabía si era un ser humano o qué, con la antigua gradación que entonces ostentaba) es un orgullo para nuestra Infantería, pero eso es algo que ya resulta conocido por todo el mundo. Sin embargo, tu fidelidad de esposa ha cuidado con amabilidad de ese mutilado durante los meses y los días a lo largo de tres anos, sin mostrar desagrado ni por un momento y abandonando por completo tus propios deseos. A algunos les bastará con decir que eso es lo natural en el papel de una esposa, pero por lo general resultaría una tarea imposible. Estoy completamente admirado. Creo que es una de las historias más hermosas de nuestro tiempo. Pero todavía te queda mucho tiempo por delante. Te pido por favor que no cambies esa manera de ser y que continúes cuidando de él».

Cada vez que se encontraba con él, era como si el viejo general Washio no se pudiera quedar a gusto sin repetir esas palabras, y elogiaba sin falta a ese antiguo subordinado que era el teniente Sunaga y a su esposa, que ahora vivían en un pequeño edificio anexo en el mismo solar de su propiedad, separados de la casa principal. Como a Tokiko esas palabras le producían el desagradable regusto a berenjenas con per diz referido antes, en lo posible intentaba evitar al viejo general, pero aun así, incapaz de estar continuamente junto a un impedido que no decía palabra en rodo el día, estaba atenta a sus ausencias para acudir de tanto en tanto junto a su esposa y su hija para conversar con ellas.

Además, en los primeros tiempos estos elogios resultaban apropia dos a su espíritu de sacrificio y a su inusual fidelidad como esposa, produciéndole una indescriptible sensación de agradable orgullo que causaba cosquilleos en el corazón de Tokiko, pero últimamente ya no se veía capaz de aceptarlos de buen grado. O, mejor dicho, estos elogios llegaban a parecerle cargados de horror. Cada vez que los escuchaba, le parecía que le estaban señalando de frente con el índice para decirle: «Escondiéndote bajo el bonito nombre de la fidelidad, estás cometiendo un crimen de los más horribles de este mundo». Era como si la estuviesen torturando y le hacía estremecerse de miedo.

Pensándolo bien, aun tratándose de sí misma, se sorprendía por lo realmente horrible de la transformación, llegando a preguntarse cómo podrían cambiar de esa manera los sentimientos de una persona. Ella, que al principio era una persona tímida, desconocedora de las vicisitudes de este mundo, no era más que lo que se conoce literalmente por una esposa fiel, y ahora, a pesar de que su apariencia externa no lo delataba, en el interior de su corazón anidaba un demonio de lascivia tal que ponía los pelos de punta, y ese disminuido que era su esposo (se trataba de un disminuido hasta un extremo tan miserable que la propia palabra resultaba insuficiente), que antes era un personaje reconocido como fiel y valiente protector de la patria, ahora no cabía sino admitir que se había transformado por completo en algo cuya única utilidad era satisfacer la lujuria de ella, como si fuera una especie de bestia a la que cuidaba como una mascota o incluso un mero utensilio.

¿Pero de dónde habría surgido ese maldito demonio de lujuria? ¿Se trataría del efecto creado por el inexplicable atractivo de ese amarillento amasijo de carne? (porque, en realidad, su esposo el teniente Sunaga no era más que una amarillenta masa de carne que, además, con su grotesca forma de peonza excitaba el apetito sexual de ella). ¿O se trataría de un efecto generado por una fuerza desconocida que rebosaba de su cuerpo de mujer de treinta años de edad? Aunque quizá lo más probable es que consistiera en una mezcla de ambas cosas.

Cada vez que el viejo Washio le dirigía la palabra, Tokiko no podía evitar que le remordiese terriblemente la conciencia debido a la manera en que había engordado o a ese olor corporal suyo que sin duda era perceptible a los demás.

«¿Por que estaré engordando de esta manera tan tonta?», se preguntaba. Pero, pese a ello, su rostro presentaba un aspecto de palidez. Mientras que enumeraba sus habituales elogios, el viejo general siempre escrutaba con ojos ligeramente suspicaces el rechoncho y grasiento cuerpo de ella, por lo que es

posible que ahí residiera el principal motivo por el que Tokiko detestaba esos encuentros con él.

La parcela era tan espaciosa como cabía esperar en provincias, por lo que la casa principal y el edificio que ellos ocupaban se encontraban separados por unos cincuenta metros de distancia. El terreno entre medias, cubierto por los marojos, carecía de camino definido por lo que en ocasiones surgía una serpiente[2] agitando la maleza o, si se descuidaba uno al pisar, podía meter el pie en el antiguo pozo oculto por la vegetación, de modo que resultaba un trayecto peligroso. Rodeando la amplia parcela crecía un poco vistoso seto, formado por arbustos de diferente tipo y por el lado exterior se extendían los arrozales y huertas. Al final, con la arboleda del templo shintoísta Hachiman como fondo, se destacaba como un bulto negro colocado ahí en medio de la casita de dos pisos donde vivían ella y su esposo.

En el cielo comenzaban a brillar una o dos estrellas. La habitación ya debía estar completamente a oscuras. Como su esposo carecía de capacidad para encender la lámpara, si ella no lo hacía, probablemente aquella masa de carne permanecería en tinieblas, apoyada en el respaldo de la silla sin paras o quizá, tras resbalarse del asiento, tirada encima del tatami y moviendo únicamente los ojos en un esporádico parpadeo. El pobre… Pensando en ello, se sentía asaltada por un escalofrío que le recorría la columna vertebral, mezclándose en ella accesos de repugnancia, misericordia, tristeza y, sin embargo, también ocasionalmente, de sensualidad.

Al aproximarse a la casa, vio que, como si simbolizase algo, al encontrarse descorrido el panel de papel, la ventana del segundo piso se asemejaba a una negra boca abierta, y por allí escapaba el familiar sonido sordo ton-ton ton que golpeaba contra el tatami.

—Aah… Ya está olía vez —pensó, sintiendo lástima por él a la vez que notaba cómo se le enrojecían los ojos a punto de llorar.

Lo que sucedía es que su impedido esposo se encontraba tirado boca arriba en el tatami y, en lugar de dar palmadas pata llamar a alguien como haría una persona normal, golpeaba el suelo con la cabeza, llamando impaciente a esa única compañera suya que era Tokiko.

Enseguida llego. Lo que pasa es que ya tienes hambre, ¿verdad?

Aunque sabía que su interlocutor no podía escucharle, Tokiko, tal y como acostumbraba, iba diciendo estas cosas mientras se apresuraba para entrar por la puerta de servicio y ascender por la escalera de mano que subía desde allí hacia el segundo piso.

El segundo piso se componía de una habitación de seis tatami y un pequeño *tokonoma*[3] de una presencia casi simbólica, en uno de cuyos rincones había una lamparita de pie y una caja de cerillas. Como si fuera una madre hablando a un bebé al que amamanta, Tokiko comenzó a encadenar frases como «Te he tenido mucho tiempo esperando, ¿verdad? Lo siento mucho», o «Ya voy, va voy, por mucha prisa que me metas no puedo hacer nada con todo a oscuras. Primero voy a encender la lámpara, ¿eh? Espera un poco más, solo un poco». Mientras repetía este tipo de soliloquios (y es que su esposo se había vuelto totalmente sordo), encendió la lámpara y la colocó junto a la mesita que había en un rincón de la habitación.

Delante de esa mesa se hallaba una silla de un modelo patentado recientemente, llamado estilo no sé qué, que carecía de patas, recubierta de un futón estampado de lana de oveja que se había atado a la misma y, alejada de ella, caído sobre el tatami, un objeto de aspecto peculiar. Ciertamente, el objeto vestía un antiguo kimono de Oshima hecho de seda aunque, más que «vestía», resultaría más apropiado decir que se hallaba envuelto en él, o que un hatillo hecho de paño de seda estilo Oshima estaba ahí tirado, tal era el aspecto realmente extraño que presentaba. Y, por uno de los extremos de ese hatillo, brotaba una cabeza humana que, como un insecto picoteando el grano o como algún tipo de mecanismo automático, se agitaba golpeando el tatami con un ton-ton-ton. Cada vez que la cabeza batía sobre el suelo de tatami, por el efecto del retroceso, el voluminoso hatillo cambiaba ligeramente de posición.

—Bueno, no hay por qué enfadarse tanto. ¿Es esto?

Mientras decía estas palabras, Tokiko imitó el ademán de comer.

—¿Ah, no? Entonces, ¿esto?

Ahora probó a adoptar determinada postura[4]. Sin embargo, su esposo había perdido también la capacidad de hablar, por lo que solo pudo girar la cabeza a derecha e izquierda en signo negativo y luego moverla hacia delante y detrás batiendo con desesperación sobre el tatami. Debido al impacto de fragmentos de metralla, tenía el rostro destrozado hasta resultar irreconocible. La carne de la oreja izquierda había desaparecido por completo, quedando únicamente en su lugar el rastro de un negruzco agujeriro y, del mismo modo, la parte izquierda de la boca y sus alrededores hacia la mejilla y luego hasta debajo del ojo formaban una línea oblicua que daba la impresión de un gran desgarrón que hubieran remendado con lulo.

Desde el parietal derecho hasta la parte superior de la cabeza le corría una fea cicatriz. En la zona de la garganta presentaba una concavidad como si le

hubieran arrancado un trozo, y ni la nariz ni la boca conservaban nada de su forma original. En esa cara que parecía por completo la de un monstruo, tan solo se conservaban en perfecto estado, resaltando la fealdad que les rodeaba, los dos ojos claros y redondos, que poseían la misma inocencia que la de un niño, pero que ahora parpadeaban insistentemente con furia.

—Entonces, ¿quieres decirme algo, no? Espera un momento.

Sacó un cuaderno de notas y un lápiz de uno de los cajones de la musa y puso este en la torcida boca del minusválido, de manera que lo mordiese, acercando luego hasta su alcance el cuaderno abierto. Su esposo no solamente se había vuelto sordo y mudo, sino que también carecía de manos y piernas con las que poder sujetar un lápiz.

—¿Ya-no-quie-res-es-tar-con-mi-go?

El inválido, justo como si fuera un desdichado de los que exhiben su arte en las ferias, escribió una serie de Ierras sobre la superficie del cuaderno que su esposa le ponía delante. Le llevó mucho tiempo y las letras, tan deformes que resultaban difíciles de leer, eran en el sencillo silabario *katakana*.

—Ja, ja, ja, ja. Así que estás otra vez celoso, ¿eh? No, no, nada de eso.

Mientras se reía, movió la cabeza hacia los lados, negando con rotundidad.

Sin embargo, el inválido comenzó otra vez impaciente a golpear el tatami con la cabeza, por lo que Tokiko, adivinando sus deseos, volvió a poner el cuaderno frente a la boca de su interlocutor. Entonces, el lápiz comenzó a deslizarse con frenesí sobre la hoja y escribió:

—¿Dón-de-has-es-ta-do?

Nada más verlo, sin apenas darle tiempo a terminar, Tokiko arrebató el lápiz de los labios del inválido con fría dureza y escribió en la parte de la hoja que quedaba todavía sin utilizar: «En casa de los Washio», poniendo luego el texto ante los ojos de su esposo como si quisiera estampárselo.

—¿Es que no lo sabes de sobra? ¿Acaso tengo algún otro lugar donde ir?

El inválido volvió a pedir el cuaderno y escribió: «Tres-ho-ras».

—¿Quieres decir que has estado solo aquí, esperando durante tres horas? Lo siento mucho —dijo adoptando expresión de arrepentimiento e inclinando la cabeza. Luego añadió: «ya no iré más, ya no iré más», mientras agitaba la mano en ademán negativo.

Envuelco como un fardo, el mutilado teniente Sunaga por supuesto que todavía no se encontraba satisfecho, pero por lo visto se había cansado de mostrar su habilidad para escribir con la boca y, agotado, ya no movió más la

cabeza. En lugar de eso, sus grandes ojos contemplaron fijamente a Tokiko con una mirada cargada de todo tipo de significados.

En situaciones así, Tokiko sabía instintivamente cuál era la única manera de cambiar el humor de su esposo. Puesto que resultaba imposible la comunicación hablada, no podía explicar con detalle sus pretextos y, aparre de las palabras, lo que mejor transmite los sentimientos de uno con mayor elocuencia sin duda son las leves variaciones del ojo al mirar, pero la capacidad de entendimiento de su esposo se hallaba cada vez más embotada, por lo que tampoco esto servía. Por eso, después de una de estas peleas de celos, siempre terminaban mutuamente invadidos por la frustración y adoptaban el modo más rápido de reconciliarse.

Sin mayor mediación, su puso a horcajadas sobre su esposo y cubrió con una lluvia de besos su torcida boca y la lustrosa y gran cicatriz. Con esto, por fin se reflejó el alivio en los ojos del inválido, seguido de una fea mueca a modo de sonrisa en esa deformada boca, que más bien le daba aspecto de estar llorando. Tokiko, como de costumbre, a pesar de ver el cambio experimentado, no detuvo su enloquecida secuencia de besos. Por una parte se debía a que deseaba olvidar la fealdad de su compañero y sumergirse a sí misma en un imposible y dulce delirio de pasión, pero por otra parte también ayudaba el inexplicable sentimiento que le impulsaba a mortificar a gusto al pobre inválido incapaz de realizar casi cualquier movimiento por sí mismo.

Sin embargo, el mutilado esposo, sorprendido por la excesivamente apasionada disposición de ella, se revolvió con angustia medio asfixiado, retorciendo la expresión de su atormentado rostro.

Y Tokiko, a la vista de ello, como le sucedía siempre, sintió cómo un determinado sentimiento de excitación comenzaba a emerger dentro de su organismo con un cosquilleo.

Como en un arranque de locura, se abalanzó sobre el inválido y comenzó a arrancarle el *kimono* de seda estilo Oshima igual que si estuviera desenvolviendo un fardo. Y al hacerlo, esa indescriptible masa de carne salió rodando desnuda por el suelo.

¿Cómo pudo sobrevivir el mutilado teniente Sunaga con el cuerpo convertido en algo semejante? En su día, el asunto produjo un gran revuelo entre los profesionales de la medicina y corrieron ríos de tinta en arríenlos de prensa hablando de lo inaudito del caso, pero lo cierto es que el cuerpo del teniente, exactamente como si se tratara de un muñeco al que han arrancado brazos y piernas y ya no pudiera romperse más, había quedado dañado de una manera horrible y sobrecogedora. Ambos brazos y piernas se hallaban

cercenados casi de raíz, con apenas un pequeño bullo de carne sobresaliendo de cada juntura, que constituía un mero recordatorio del miembro original y, por si fuera poco que su cuerpo presentase el aspecto de un monstruo, por todas partes lucía incontables heridas y cicatrices, grandes y pequeñas, empezando por el rostro.

Realmente la impresión era horrible pero, a pesar de verse transformado de esta manera, su cuerpo, increíblemente, se hallaba bien nutrido y, a pesar de ser el de un inválido, se conservaba bien de salud (el viejo general Washio lo atribuía al mérito de los atentos cuidados de Tokiko y, en su habitual retahila de elogios, no olvidaba incluir esta faceta). Carecía de cualquier otra distracción, así que, posiblemente debido a su salvaje apetito, su vientre estaba tan hinchado que parecía a punto de reventar y, dentro del total de su tronco, era la parte que más llamaba la atención.

Era exactamente como si fuera una enorme oruga amarillenta. O, como lo calificaba siempre Tokiko en su fuero interno, una rara y grotesca peonza de carne. Como si se tratase de una bolsa de papel, cada una de las terminaciones de esos trozos de carne que eran el único recuerdo de sus miembros, estaban anudadas formando una serie de arrugas que se plegaban hacia una concavidad central de aspecto ominoso, por lo que esas protuberancias de carne eran idénticas a las patas de una oruga y, agitándolas de una manera anormal, con las caderas como parte principal, se desplazaba sobre el tatami girando como si realmente fuera una peonza.

En estos momentos, tras ser desnudado por Tokiko, el inválido no mostraba especial intención de resistirse y, como si aguardase algo, se limitaba a observar quedamente la figura de la mujer que se cernía sobre él, que le escrutaba en tensión, con los ojos extrañamente entrecerrados, como si se tratase de una fiera ante su presa. Dirigió su mirada hacia la tersa papada de ella.

Tokiko sabía leer el significado de aquella mirada del inválido. Si, en una situación como esta, ella iba un paso más adelante, dicha expresión desaparecía; pero si, por ejemplo, su pusiera junto a él dedicada a sus trabajos de costura, el inválido, viéndose desocupado, se quedaba mirando fijamente algún punto en el vacío y esa particular expresión de los ojos se acentuaba, transmitiendo una sensación de sufrimiento.

De los cinco sentidos, el inválido había perdido por completo todos salvo el de. la vista y el tacto, y de por sí nunca había tenido gusto por la lectura, siendo de un espíritu guerrero sin sutilezas. Pero, además, debido al trauma que la explosión que le había causado, la cabeza su le había embotado, por lo

que había perdido todavía más el interés por la letra impresa y ahora, al igual que un animal, su ser tan solo encontraba consuelo en los placeres materiales. Sin embargo, dentro de esa embarrada vida semejante a un oscuro infierno, a veces cruzaba por su embotada cabeza un resto de la lógica militar que le fue inculcada en los tiempos en que era un hombre corriente, lo cual coexistía con el deseo carnal acentuado por el hecho de encontrarse inválido, por lo que sin duda ese sufrimiento que yacía como una nube en el fondo de su mirada no era ajeno a la lucha entre ambos sentimientos. O, por lo menos, así lo interpretaba Tokiko.

A Tokiko no le desagradaba ver esa expresión de inquiero sufrimiento que flotaba en los ojos de aquel hombre inerme. Mientras que por un lado ella era una terrible llorica, encontraba en cambio un extraño gusto en martirizar a los más indefensos. Además, el sufrimiento de este lastimoso inválido le producía incluso una excitación de la que no se cansaba nunca. En estos momentos, ella no solo no hacía nada por apaciguar el corazón de su esposo sino que, por el contrario, de una manera abrumadora, se dedicaba a excitar la sensualidad de ese inválido que ya de por sí se encontraba siempre a flor de piel.

Asaltada por una pesadilla ininteligible, Tokiko se despertó lanzando un terrible grito con el cuerpo empapado de sudor.

En el tubo de la lámpara junto a su almohada se había formado una costra de hollín de raro aspecto, y la casi consumida mecha emitía una especie de siseo. Le pareció que ramo el interior de la habitación como el techo y las paredes se hallaban envueltas en una neblina anaranjada, y el rostro de su esposo, que estaba acostado a su lado, relucía también con ese mismo tono anaranjado, con las cicatrices reflejando los destellos de luz. Por supuesto que no podía haber escuchado el alarido de ella, pero sus ojos estaban muy abiertos, con la mirada lija en el techo. Tokiko miró el reloj colocado sobre la mesita y vio que marcaba más de la una.

Posiblemente allí residiera el origen de la reciente pesadilla pero, nada más despertarse, Tokiko sintió cierta sensación desagradable en su cuerpo. Sin embargo, todavía adormilada y sintiéndose extraña, antes de conseguir identificar dicha sensación de pronto surgió ante ella la fantasmagórica visión de los anormales juegos sexuales de hace unas horas. Flotó ante sí la imagen de una masa de carne similar a una peonza viviente, que giraba y se revolcaba. Y el desmañado cuerpo de una mujer gorda y grasienta de treinta años. Luego, ambas figuras se entrelazaron en unos abrazos que parecían sacados de una estampa del infierno. Qué imágenes tan aborrecibles y desagradables… Sin embargo, precisamente por lo aborrecible y

desagradable, excitaban su lujuria y ahora que a los treinta años se encontraba en el punto intermedio de su vida, se encontraba con que, más que ninguna otra cosa, aquello poseía la capacidad de provocarle un hormigueo de placer en todo su sistema nervioso como una potente droga, de un modo que antes nunca hubiera imaginado.

—Aaaah… Aaaah…

Tokiko se estrujó los pechos mientras jadeaba y gemía con una voz extraña, contemplando la figura acostada de ese esposo suyo que era como un muñeco roto.

Entonces, por primera vez identificó la desapacible sensación corporal que notó al despertar. Luego, pensando «Parece que esta vez me ha venido un poco antes», salió del lecho y bajó por la escalera de mano.

Tras regresar poco después y volver a mirar el rostro de su esposo le encontró en la misma posición y, sin girarse en ningún momento hacia ella, continuaba con la vista clavada en el techo.

—Otra vez está pensando…

El panorama que en mitad de la noche ofrecía ese hombre solitario que había perdido lodos los óiganos de expresión salvo los ojos, manteniendo la mirada fija en un punto, le produjo una repentina impresión siniestra. Por mucho que pensase que su cerebro se hallaba anquilosado, pudiera ser que en el caso de alguien mutilado hasta ese extremo se abriese todo un mundo dentro de su cabeza, diferente al de las personas como ella. Y al pensar que quizá él se encontrase ahora vagando por el interior de ese mundo, sintió un escalofrío.

Ya por completo desvelada, no conseguía conciliar el sueño. Sentía como si en el centro de su cabeza resonara crepitante un remolino de fuego. Sin pretenderlo, comenzaron a sucederse ame sus ojos una serie de imágenes intermitentes. Entre ellas se mezclaban los recuerdos de los incidentes de hace tres años que transformaron por completo su vida hasta llegar a la actual situación.

Cuando recibió la notificación oficial de que su esposo iba a ser devuelto al interior del país[5] debido a las heridas sufridas, lo primero que experimentó fue el alivio de que no hubiese perecido en el frente de batalla. Las esposas de los otros compañeros, con las que entonces todavía se relacionaba, incluso envidiaron su suerte, dirigiéndole palabras de felicitación. Poco después, la prensa escribió acerca de las gloriosas hazañas militares de su esposo. Casi al mismo tiempo, supo que el grado de las heridas infligidas sobrepasaba con

mucho lo habitual, pero por supuesto que nunca pudo imaginarse que llegase hasta ese punto.

Probablemente no olvidaría en toda su vida el momento en que fue a visitar a su esposo en el Hospital del Cuartel de Infantería. Rodeado por blancas sábanas el destrozado rostro de su esposo miró hacia ella con aire ausente. Cuando el médico al cargo le explicó con unas palabras abstrusas que entremezclaban numerosos tecnicismos que, debido a las heridas, sus oídos ya no podían oír y que, debido a una rara afección en los órganos de vocalización tampoco podía hablar, ya tenía los ojos enrojecidos y sorbía el agüilla de la nariz sin parar. Y sin conocer que lo que le aguardaba resultaba todavía mucho más horrible.

El médico encargado, aun dentro de su solemnidad, no pudo evitar una expresión compasiva en su rostro cuando le dijo «No debe usted asustarse» y, cautelosamente, apartó la blanca sábana para mostrarle lo que había debajo. Como un monstruo de pesadilla, allí donde debía haber unos brazos y unas piernas, no pudo ver nada. Acostado sobre la cama, solo había un grotesco torso envuelto en un rollo de vendajes. Parecía por completo que se tratase de un busto de yeso, carente de vida.

Sintiéndose a punto de desvanecer y con la boca entumecida, cayó de rodillas junto a la cama.

No fue hasta que el médico y la enfermera le llevaron a la habitación de al lado que sintió una auténtica tristeza y, sin importarle las miradas ajenas, rompió a llorar sonoramente. Con la cabeza inclinada sobre la no demasiado limpia mesa, permaneció allí llorando durante largo tiempo.

—Es un auténtico milagro. El teniente Sunaga no fue el único que perdió ambos brazos y piernas, pero los demás no consiguieron sobrevivir. Realmente es un milagro. Sin duda se debe a la extraordinaria habilidad del médico coronel y del doctor Kitamura. Probablemente no exista un ejemplo similar en ningún otro hospital militar del mundo.

Con intención de consolarla, el médico pronunció estas palabras junto al oído de Tokiko, que continuaba llorando cabizbaja. Repitió varias veces la palabra «milagro», ante la que uno no sabía si alegrarse o entristecerse.

Ni qué decir tiene que la prensa publicó hasta la saciedad las gloriosas proezas militares del teniente Sunaga, así como el milagroso resultado de las técnicas de cirugía.

Transcurrió medio año como un sueño. Acompañado de sus superiores y camaradas del ejército, el cuerpo viviente en que se había convertido el teniente Sunaga fue llevado de vuelta al hogar y, casi al mismo tiempo, como

una compensación por los cuatro miembros amputados, le fue otorgada la Condecoración del Milano Dorado. Mientras que Tokiko lloraba ocupada en cuidar del inválido, el resto del mundo estallaba de júbilo celebrando el victorioso regreso de las tropas. Parientes, conocidos y gente del vecindario acudían también a su casa para dejar caer como una lluvia la palabra «honor».

No pasó mucho tiempo antes de que empezasen a perder confianza en poder sobrevivir únicamente con la pensión concedida, por lo que aceptaron la generosidad del general Washio, su antiguo superior en el campo de batalla, y se mudaron a la casita desocupada que este poseía en un extremo de su amplia parcela y que les ofrecía gratuitamente. En parte se debió también a que se habían trasladado a una comarca rural, pero el caso es que, a partir de entonces, la vida de Tokiko y su esposo pasó a ser harto solitaria.

El revuelo festivo por la victoria se enfrió y el mundo de la gente en derredor volvió a su triste rutina. Ya no venía nadie a visitarles como sucedía antes. Según fueron pasando los días y los meses, el entusiasmo por la victoria militar se fue calmando y, paralelamente, el sentimiento de gratitud hacia aquellos que habían luchado por la misma se debilitó. Ya nadie hablaba de alguien como el teniente Sunaga.

También los parientes de su esposo, quizá porque sentían repugnancia hacia el inválido o porque temían les fuera requerida una ayuda material, prácticamente dejaron de poner un pie en su casa. En cuanto a los parientes de ella, sus padres ya habían fallecido y tanto su hermano como su hermana eran personas insensibles al sufrimiento ajeno. Corno si hubieran sido separados del mundo, el miserable inválido y su fiel esposa subsistían aislados en esta perdida casa de provincias. Allí, el segundo piso formado por la habitación de seis tatamis constituía su único mundo. Y además, uno de los dos era un inválido similar a un muñeco de barro, que no podía oír ni hablar, ni llevar a cabo tarea alguna por sí mismo.

Como si se tratase de un ejemplar de una especie humana de un mundo diferente al que de pronto hubieran arrojado a este, el mutilado parecía encontrarse aturdido ante su nuevo y por completo diferente modo de vida; y, aun después de recobrar su salud, durante un tiempo permaneció como ausente, tumbado sin mover un músculo. Y, sin importar la hora que fuese, caía dormido de vez en cuando.

Cuando, gracias a la idea de Tokiko, pudieron enrabiar conversación mediante el sistema de escribir con el lápiz en la boca, las dos primeras palabras que escribió el mutilado fueron «pe-rió-di-co» y «con-de-co-ra-ción», utilizando a su torpe manera el sencillo silabario *katakana*. Con lo de

«periódico» se refería a los recorres de los artículos que en su día glosaron con profusión sus hazañas militares y con lo de «condecoración», evidentemente, a aquella del Milano Dorado que le había sido otorgada, Cuando recuperó la consciencia en el hospital, lo primero que el general Washio había puesto ante sus ojos fueron estas dos cosas, y él recordaba aquel momento muy bien.

El mutilado continuó escribiendo las mismas palabras de tanto en tanto, solicitando que le trajeran aquellas dos cosas y, cuando Tokiko se las ponía delante de los ojos, permanecía largo tiempo contemplándolas sin cansarse. Durante el tiempo en que él leía una y otra vez los artículos de periódico, a Tokiko se le dormían las manos de sostenerlos pero, aguantando con paciencia, pensaba en lo estúpida que resultaba la situación mientras contemplaba la expresión de satisfacción de su esposo.

Sin embargo, aunque comenzó mucho más tarde de que ella sintiera desdén por la palabra «honor», por lo visto al mutilado también había terminado por resultarle aburrido ese «honor». Con el tiempo, dejó de pedir como antes que le trajeran aquellos objetos. Lo único que quedó después fue aquel enfermizo y salvaje apetito por los placeres físicos, acentuado por el hecho de verse convertido en un inválido. Como si fuera un paciente que se recupera de una enfermedad gastrointestinal, reclamaba alimentos con voracidad y, a cualquier hora del día, exigía también de ella el placer carnal. Cuando Tokiko no se plegaba a tales exigencias, él, en su condición de grandiosa peonza de carne, se retorcía sobre el tatami totalmente enloquecido.

Al principio, a Tokiko ello le producía un vago temor y le disgustaba pero, con el tiempo, con el paso de los meses, también ella fue transformándose poco a poco en un demonio ansioso de placer carnal. Encerrados en una casa en medio del campo, habiendo perdido toda esperanza en el porvenir, para ese hombre y esa mujer casi ignorantes del mundo exterior, aquello significaba toda su vida. Como si fueran dos bestias que tuvieran que vivir el resto de sus días compartiendo una jaula.

Debido a semejante situación, realmente resulta lógico que Tokiko llegase a ver a su esposo como una especie de enorme juguete con el que podía divertirse a voluntad, haciendo con él cuanto quisiera. Del mismo modo, resultaba perfectamente natural que ella, inducida por la vergonzosa actitud del inválido y comando con un cuerpo mucho más vigoroso que el de la mayoría de las personas, se hubiera convertido en una criatura insaciable, que llegaba a poner en aprietos a su propio esposo.

A veces pensaba si no se estaría volviendo loca. Incluso se preguntaba espantada entre temblores dónde se hallarían ocultos hasta ahora en su interior semejantes impulsos abominables.

Sin poder hablar, sin escuchar lo que se le dice, sin poder siquiera moverse a gusto por sí mismo, este lastimoso y estrafalario utensilio de ningún modo estaba formado de madera o de barro, sino que el hecho de tratarse de un ser vivo capaz de experimentar penas y alegrías era lo que le volvía ilimitadamente atrayente para ella. Por añadidura, frente a las insaciables exigencias de ella, sus redondos ojos, el único órgano de expresión que poseía, a veces parecían decir algo con un reflejo de tristeza y en otras ocasiones de furia. Pero, por muy triste que se encontrara, aparte de derramar lágrimas, no podía reaccionar de ninguna manera e, igualmente, por muy furioso que se sintiera, carecía de medios para enfrentarse a ella, por lo que finalmente se veía incapaz de resistirse a su abrumadora seducción y caía también sin remedio en un éxtasis enfermizo. Para ella, martirizar a un ser tan indefenso en contra de su voluntad llegaba incluso a constituir una diversión insuperable.

Sobre los cerrados párpados de Tokiko, Superponiéndose unas sobre otras, se proyectaban y desaparecían intermitentemente una tras otra las apasionadas y salvajes escenas de los sucesos acaecidos durante estos tres años. Estos recuerdos intermitentes de extraordinaria frescura, al aparecer y desaparecer sobre la cara interior de sus párpados como si tratara de la proyección de una película, eran un fenómeno que se producía siempre que en el organismo de ella aparecía una de las periódicas alteraciones. Y además, se cumplía sin falta que, cuando se daba este fenómeno, su naturaleza salvaje se volvía todavía más violenta y la forma en que atormentaba al pobre inválido cobraba aun mayor intensidad. Ella misma era consciente de ello, pero se sentía incapaz de frenar mediante su voluntad esta salvaje fuerza que brotaba del interior de su organismo.

De repente, se dio cuenta de que el interior de la habitación, al igual que las imágenes de sus fantasías, parecía envuelto en una neblina que oscurecía el espacio en derredor. Sintió como si se tratase de una fantasía dentro de otra fantasía y que la más externa de las dos estuviera a punto de desvanecerse. Debido al estado de excitación nerviosa en que se hallaba, la sensación le produjo un temor tal que los latidos de su corazón se aceleraron. Sin embargo, fijándose bien, la impresión se debía a un efecto de lo más natural. Sacando su cuerpo de entre los pliegues del futón, giró la llavecita del tubo central de

la lámpara. La luz había estado a punto de apagarse por agotamiento de la mecha del interior.

La habitación se iluminó al instante. Sin embargo, dicha luz seguía resultando similar a una neblina anaranjada, lo cual producía una sensación un tanto extraña. Como si los haces de luz se lo hubieran recordado, Tokiko echó una mirada al rostro de su esposo, acostado junto a ella. Continuaba exactamente con la misma expresión, con los ojos fijos en el mismo punto del techo.

—Pero… ¿hasta cuándo va a estar así pensando?

Resultaba espeluznante pero, más que eso, le pareció detestable que, a pesar de tratarse de un inválido grotesco, mostrara esa actitud de estar sumido en un algún tipo de pensamiento secreto. Luego, una vez más, al igual que un escozor, sintió que del interior de su organismo brotaba esa crueldad tan característica suya.

De una manera realmente brusca, se abalanzó sobre el futón que cubría a su esposo, sentándose a horcajadas sobre él. A continuación, sin más preliminares, le agarró por los hombros y comenzó a zarandearle salvajemente.

Resultó algo tan inesperado que todo el cuerpo del mutilado se sobresaltó con un espasmo. Acto seguido, clavó en ella una mirada cargada de furia y recriminación.

—¿Qué pasa, te has enfadado? ¿Eh? ¿Qué manera de mirarme es esa?

Tokiko le gritaba desafiante a su esposo este tipo de cosas. Tapándole los ojos intencionadamente para que no pudiera ver, comenzó a exigir de él los habituales escarceos sexuales.

—Nada de enfadarse. Tú estás para lo que yo quiera.

Sin embargo, por más que se afanaba de mil maneras, por primera vez el mutilado no daba muestras de ir a claudicar ante ella como de costumbre. Quizá porque era eso mismo en lo que pensaba desde antes cuando miraba al techo, o quizá simplemente porque le había indignado la caprichosa actitud de su esposa, por más tiempo que pasaba, se limitaba a abrir sus grandes ojos tal que si fueran a salírsele de las órbitas y mirar a Tokiko como si la quisiera apuñalar.

—¿Qué pasa? ¿Cómo me miras así?

Mientras gritaba, puso sus dos manos sobre los ojos de su esposo. Luego, siguió gritando enloquecida: «¿Que pasa? ¿Qué pasa?». Su éxtasis enfermizo le había vuelto insensible. Apenas era consciente de la fuerza con que estaba apretando sus dedos.

Como si despertara de repente de un sueño, se dio cuenta de que, bajo ella, el mutilado se retorcía enloquecido de dolor. Aunque se tratara solamente de un torso, se revolvía con una fuerza tan increíble, que llegó a lanzar despedido el pesado cuerpo de ella que estaba encima. De los ojos del mutilado brotaba sangre a chorros y rodo su rostro cubierto de cicatrices se hallaba congestionado, con la extraña apariencia de un pulpo cocido[6].

En ese momento, Tokiko cobró plena conciencia de lo sucedido. De una manera cruel, como en un sueño, acababa de herir a su esposo en la única ventana de comunicación con el mundo exterior que aún conservaba.

Sin embargo, en modo alguno podía decirse que todo se había debido a una imprudencia cometida inconscientemente. Ella misma lo sabía. Lo que sentía de una manera más clara es que esos ojos tan elocuentes de su esposo suponían un grave impedimento a la hora de que la relación entre ambos pudiera convertirse en algo puramente animal. Le resultaba odioso ese destello que de vez en cuando fulguraba en su mirada, reflejando un ideal de rectitud. Pese a todo lo cual, el menor de aquellos ojos no solo le parecía molesto y odioso sino que, además, en otro orden de cosas diferente, le hacía sentir que encerraba algo mucho más siniestro y espantoso.

Pero eso era una mentira. ¿Acaso en lo más profundo del corazón de ella no existiría una intención diferente, mucho más horrible? ¿No sería que deseaba hacer de su esposo un autentico cadáver viviente? ¿Que quería convertirle en una perfecta peonza de carne? ¿No era su intención convertirle en un torso viviente que, aparte del tacto, careciese por completo de los cinco sentidos? ¿Y no buscaría únicamente satisfacer su insaciable crueldad hasta el fondo del todo? En todo el cuerpo de ese inválido, los ojos eran lo único que recordaba ligeramente a un ser humano. Mientras los conservase, daría la sensación de tratarse de algo incompleto. Le parecería que no sería por completo su peonza de carne.

Este pensamiento cruzó por la cabeza de Tokiko durante apenas un segundo. Luego, lanzando un alarido de espanto, dejó allí a la masa de carne retorciéndose enloquecida y bajó las escaleras con una velocidad tal que estuvo a punto de caerse, saliendo a la carrera hacia la oscuridad del exterior con los pies descalzos. Corrió completamente ensimismada, con la sensación de estar sumida en una pesadilla en que le perseguía algo horrible. Pero consciente de que, saliendo por la puerta trasera, yendo por la carretera comarcal hacia la derecha, separada por unos cuatrocientos metros de distancia, estaba la casa del médico.

Cuando, después de mucho rogar, por fin consiguió arrastrar al médico con ella, la masa de carne continuaba igual que antes, agitándose violentamente como enloquecida. El doctor de la aldea había oído las habladurías acerca del caso, pero como era la primera vez que lo tenía realmente a la vista, se estremeció de espanto ante la horrible condición del inválido, y daba la sensación de que apenas estaba escuchando las excusas y explicaciones que encadenaba Tokiko acerca de la fuerza de las circunstancias que le habían llevado a desencadenar este imprevisto incidente. Luego, tras inyectarle un calmante y curar superficialmente las heridas, se marchó a toda prisa.

Cuando el herido dejó por fin de revolverse, la noche ya dejaba paso a la luz del amanecer.

Mientras masajeaba el pecho del herido, Tokiko derramaba lágrimas sin descanso, musitando «Lo siento mucho, lo siento mucho». La masa de carne, debido a las heridas causadas, al parecer sufría un acceso de fiebre. Su rostro estaba enrojecido e hinchado, y el pucho subía y bajaba con un ritmo de respiración muy acelerado.

Tokiko pasó el día entero junto al enfermo. Ni siquiera comió. Iba y venía sin descanso para lavar y escurrir las toallas húmedas con las que frotaba la frente y el pecho del paciente y andaba susurrando como una enajenada todo tipo de frases de disculpa o probaba a escribir en silabario *katakana* con el dedo sobre el cuerpo de su marido la palabra «Per-dó-na-me» una y otra vez. Se encontraba tan triste y arrepentida que ni siquiera se daba cuenta del paso del tiempo.

Al atardecer, la fiebre del enfermo había bajado un tanto y el ritmo de su respiración también se había calmado. Tokiko, como pensaba que sin duda la consciencia de su esposo ya había vuelto a su estado habitual, volvió a escribir con el dedo sobre su pecho, marcando mucho las letras, la palabra «Per-dó-na-me» y esperó a ver la reacción. Sin embargo, la masa de carne no mostró ninguna intención de responder. Aunque hubiera perdido la vista, nada le impedía contestar de alguna manera al mensaje de ella, por ejemplo girando la cabeza o mediante una sonrisa, pero la masa de carne continuaba sin mover un músculo y sin cambiar de expresión. Por la manera en que respiraba, no cabía pensar que estuviera durmiendo, pero de ningún modo podía saberse si carecía de la capacidad suficiente para comprender las letras escritas sobre su piel o bien estaba tan furioso que optaba por guardar silencio. Aquello no era ahora más que un objeto blando y cálido. Tras un tiempo contemplando la incalificable masa de carne que permanecía inmóvil, Tokiko no pudo evitar

que un violento temblor sacudiese todo su cuerpo ame ese profundo horror de una calidad nunca experimentada en su vida.

Sin ningún género de duda, lo que estaba allí acostado era un ser vivo. Poseía unos pulmones y también un estómago. Pero, a pesar de todo, no podía ver nada. No podía escuchar sonido alguno. No podía pronunciar palabra alguna. Carecía de manos para agarrar las cosas y de piernas para levantarse. Para él, el mundo era la quietud eterna, el silencio inquebrantable y la oscuridad sin límite. ¿Quién hubiera podido imaginar hasta ahora un mundo de terror como este? ¿A qué se podría comparar el estado de ánimo de aquel que viviera en dicho mundo? Seguramente desearía gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro. Por muy difusas que fuesen las formas, le gustaría poder distinguir algo; por muy leve que fuese el sonido, le gustaría poder escuchar algo; desearía poder arrimarse a algo o poder agarrar algo. Sin embargo, cualquiera de estas cosas resultaba imposible para él. Era el infierno. El infierno.

De pronto, Tokiko rompió a llorar sonoramente. Luego, abrumada por el irremediable pecado cometido y por la inconsolable tristeza, sollozando como una niña, le empujó el deseo de ver a alguien, a alguien que tuviera una apariencia normal y, dejando abandonado a su miserable esposo, salió a toda prisa hacia la casa principal donde vivían los Washio.

El general Washio escuchó en silencio la larga y a ratos casi incomprensible confesión que la mujer narraba entre arcadas y gemidos. Sorprendido ante la nada usual índole del asunto, guardó silencio durante un tiempo. Finalmente, con expresión irritada, dijo:

—Antes que nada, vayamos a ver al teniente Sunaga.

Dado que ya había caído la noche, prepararon una lamparilla de mano para el anciano. Mientras caminaban entre las sombras de la maleza, cada uno de ellos iba sumido en sus propios pensamientos, y de esa manera llegaron en silencio hasta la apartada casita.

—Aquí no hay nadie. ¿Cómo es esto? —exclamó sorprendido el anciano que, por caminar delante, había llegado antes al segundo piso.

—No, no. Tiene que estar allí, metido en el lecho.

Tokiko pasó delante del anciano y miró bajo el futón donde antes se hallaba acostado su esposo. Sin embargo, se encontró con algo realmente chocante. El ocupante del lecho se había marchado.

—Pero…

Incapaz de decir nada más, Tokiko quedó allí en pie, paralizada de asombro.

Tras unos momentos de silencio, como haciendo una sugerencia, el anciano dijo:

—Con un cuerpo como el suyo, no creo que pueda haber salido de la casa. Deberíamos probar a buscar por el interior.

Entre los dos miraron por todos los rincones, tanto del segundo piso, como del primero. Sin embargo, no solo no encontraron ni rastro del inválido por ninguna parte, sino que, en lugar de eso, descubrieron algo estremecedor.

—¿Eh? ¿Qué puede significar esto? —exclamó Tokiko mirando fijamente un punto de la viga de madera junto a la cabecera del lecho del inválido.

Allí, escrito a lápiz, con unos trazos difíciles de entender, como si se tratase de la travesura de un niño, podían distinguirse a duras penas las sílabas «Per-do-no».

Cuando por fin Tokiko desentrañó que estaba escrita la palabra «Perdono», tuvo la repentina impresión de comprender rodo lo sucedido. El inválido, arrastrando ese cuerpo que apenas podía mover, debió buscar con la boca el lápiz colocado sobre la mesa y, con un esfuerzo increíble para su condición, consiguió dejar escritas esas tres sílabas.

—A lo mejor se ha suicidado…

Con el semblante pálido y los labios temblorosos, contempló nerviosa el rostro del anciano mientras susurraba.

Comunicaron el incidente a la casa de los Washio y acudieron varios empleados de servicio con lamparillas de mano que se reunieron en la desatendida zona de jardín que se extendía entre el edificio principal y la aparrada casita.

Acto seguido, se separaron para comenzar a recorrer el jardín, buscando entre las tinieblas de la noche.

Mientras abrazaba un espantoso presentimiento, Tokiko iba detrás del anciano Washio, caminando gracias a la tenue luz de la lamparilla que él sostenía. En aquella viga de madera estaba escrito «Perdono». Sin duda, se trataba de la respuesta a ese «Perdóname» que antes había escrito ella sobre el pecho del inválido. Lo que él había querido decir era: «Voy a morir. Pero no porque esté enfadado por lo que hiciste. Puedes estar tranquila».

Esta magnanimidad le provocó un dolor aún más lacerante en el corazón. Al pensar que aquel inválido sin brazos ni piernas, incapaz de bajar correctamente las escaleras, tenía que haber ido dejándose caer de escalón en escalón, se le erizó todo el vello del cuerpo en una mezcla de espanto y tristeza.

Tras andar un tiempo, tuvo una ocurrencia repentina. Y le susurró al anciano:

—Un poco más adelante había un pozo antiguo, ¿no?

El viejo general se limitó a asentir con un sonido nasal y avanzó en dirección al mismo.

La luz de la lamparilla apenas alcanzaba a iluminar con su difuso resplandor un par de metros a la redonda de aquella vasta negrura.

—El antiguo pozo estaba por aquí…

Hablando para sí mismo, el viejo Washio alzaba la lamparilla en torno a sí, intentando que la luz alcanzase lo más lejos posible. En ese momento, asaltada por un súbito presentimiento, Tokiko se detuvo. Aguzando el oído, en alguna parte se escuchó un sonido suave, como el de una serpiente abriéndose paso veloz entre los hierbajos.

Tanto el anciano como ella divisaron el objeto a un tiempo. Era de esperar en ella, pero también el viejo general quedó clavado en el sitio, inmóvil de espanto.

En la penumbra, justo en el umbral que alcanzaba la débil luz de la lamparilla y medio oculto por La maleza, se retorcía lentamente un bulto oscuro. Como si tratara de un tipo ominoso de reptil, el objeto alzaba de tanto en tanto la cabeza en una figura similar a la de una hoz y luego permanecía unos instantes apuntando al frente. A continuación, en silencio, sacudía el cuerpo como una ola, y agitaba los cuatro muñones removiendo la tierra, y aun cuando el cuerpo apenas podía responder al extremo impulso que intentaba aplicar, conseguía avanzar unos centímetros.

Finalmente, esa cabeza que se alzaba periódicamente formando una hoz, descendió de golpe y desapareció de la vista. Un instante después, se escuchó con un ruido mucho más violento que antes el roce de un objeto contra la maleza y el cuerpo entero quedó cabeza abajo, deslizándose de golpe hacia el interior de la tierra como si tirasen de él, perdiéndose de vista por completo. Luego, procedente de las profundidades de la tierra, se oyó un golpe sordo y el ruido de un chapoteo.

Asomando entre los hierbajos, se vislumbró la abierta boca del pozo antiguo.

Pero aunque apareciera ante la vista de ambos, ninguno de los dos encontró el ánimo suficiente para apresurarse hacia allí y, más bien con una sensación de alivio, permanecieron allí inmóviles durante largo tiempo.

Fue realmente extraño pero, durante un instante de esos sobrecogedores momentos, Tokiko tuvo la visión de una oruga que, en la oscuridad de la

noche, se arrastraba por una ramita y, al llegar al extremo, debido al peso de su torpe cuerpo, se precipitaba a un vacío negro y sin fondo.

Clark Ashton Smith

Si hay un título fundamental y fundacional en el cine de horror moderno (esto es sólo una estúpida manera de empezar un párrafo, por supuesto), éste bien podría ser *Alien, el octavo pasajero* (*Alien*. Ridley Scott, 1979), en el sentido de que recuperó y reinventó la fusión y confusión de terror y ciencia ficción, que acompaña al género al menos desde la primera aparición de la Criatura de Frankenstein, en 1818, conduciéndola a un nuevo terreno de horror cósmico, efectos especiales de última generación, verosimilitud en el tratamiento de personajes y situaciones y capacidad mitopoética para crear un icono del terror a la par que una nueva franquicia, que con los años el propio Ridley Scott se encargaría de llevar hasta el límite de lo soportable con *Prometheus* (2012) y *Alien Covenant* (2017), en las cuales, pese a todos sus defectos, sigue reconociéndose cierta inteligencia y gracia originales, que, por cierro, se deben en buena medida a sus débitos con la literatura *pulp*, el cine de Serie B y los clásicos de la ciencia ficción.

Las influencias detrás de *Alien*, tanto literarias como cinematográficas e incluso de otros tipos —desde las teorías de Erich von Däniken hasta el feminismo—, han sido abundantemente estudiadas y reconocidas, y muchos son los que encuentran en el relato que incluimos a continuación una de sus fuentes más directas. En efecto, en “Las criptas de Yoh-Vombis”, del poeta, escultor, traductor, escritor y maestro de lo macabro, Clark Ashton Smith (1893 1961), publicado por *Weird Tales* en su número de mayo de 1932, se reconocen no sólo ideas generales o efectos atmosféricos que se rastrean también en la película escrita por Dan O’Bannon, sino, de hecho, al menos dos episodios trasladados casi literalmente al filme (ojo: *spoiler*): el significativo momento en que los arqueólogos protagonistas, descendiendo por las criptas malditas de una antigua ciudad marciana, se tropiezan con la momia de un visitante anterior, que muestra sospechosos rasgos de haber sido víctima de algo monstruoso y mortífero; y aquel otro en que son atacados por primera vez por lo que parece ser una suerte de sanguijuelas viscosas y parasitarias, que se aferran a la cabeza y el rostro de SUS involuntarios

huéspedes, de la misma forma en que lo hará mucho más tarde el embrión *Alien* al salir del pegajoso huevo diseñado por H. R. Giger. Por supuesto, puede dudarse de si realmenre los creadores de la película conocían la historia de Ashton Smith o estamos ante una serie de casualidades propias de hozar en las mismas pantanosas aguas del género *pulp*, inconscientemente deglutido y asimilado por el imaginario colectivo. En el caso de Scott estoy casi seguro al cien por cien de que no debía conocerla en absoluto… Pero, por supuesto, no me atrevería a decir lo mismo de Dan O'Bannon, verdadero padre de la criatura, fan y amante del genero, e incluso del propio Giger, artista fascinado por Lovecraft, quien también podía haber leído perfectamente la obra de quien fuera uno de los miembros más eminentes del Círculo Lovecraftiano, a cuyos Mitos contribuyó con numerosos y brillantes cuentos. Si ciertamente, como veremos más adelante, *Alien* no surgió ni mucho menos de una sola idea o historia concreta, "Las criptas de Yoh— Vombis" se cuenta entre tina de sus más que probables fuentes de inspiración.

Pero, además, los escasos e impactantes relatos marcianos escritos por Clark Ashton Smith no remiten sólo al universo *Alien*, sino que con su tratamiento ominoso, siniestro y trágico de las antiguas culturas y criaturas pobladoras del planeta rojo, que tanto juego diera a la vieja y buena ciencia ficción, posiblemente influyera también en algunos de los cuentos de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, así como, directa o indirectamente, en esa magnífica e incomprendida película de horror, acción y ciencia ficción que es *Fantasmas de Marte de John Carpenter* (*Ghosts of Mars*, 2001), que recuperaba el genuino *Sense of Wonder* del *pulp* clásico y el cine de *exploitation* de los años 80, pasando de efectos digitales y tonterías pretenciosas. Por otra parte, Clark Ashton Smith fue y sigue siendo un maestro de la fantasía oscura, decadente y macabra, por lo que hemos aprovechado también la ocasión para presentar aquí la versión original de su relato, que escribiera hacia 1931, pero que sufriera varios cambios y recortes en su publicación, debidos a la intervención del editor de *Weird Tales*, Farnsworth Wright, quien obligó al autor a reducir su extensión en unas dos mil palabras y a trasladar su prefacio al final del cuento, en forma de epílogo, todo ello para desmayo y disgusto de éste, quien lo comentó amargamente en alguna de sus cartas a Lovecraft. Afortunadamente, el manuscrito acabaría cayendo en manos de Robert H. Barlow, aunque por desgracia no pasara después a formar parte de la extensa colección de originales de Smith conservada por la Universidad de Brown, sino que fuera posteriormente subastado y comprado por un coleccionista privado. Sólo gracias a la labor de

Steve Behrends, biógrafo y estudioso de Clark Ashton Smith, vería finalmente la luz esta primera, más larga y atmosférica versión de “Las criptas de Yoh-Vombis”, que puede leerse en su idioma original en la excelente web consagrada al escritor:

http://www.eldritchdark.com/

Que sepamos, ésta es la primera vez que se publica en nuestro país el relato tal y como lo concibiera Smith, sin sospechar, por supuesto, que casi medio siglo después “Las criptas de Yoh-Vombis” contribuiría decisivamente a la creación de uno de los más influyentes títulos del cine de horror moderno, seguido por incontables secuelas, imitaciones y copias, en muchas de las cuales se respira también, de una u otra forma, la misma arcana atmósfera envenenada, polvorienta y tóxica de aquel Marre pulposo y *pulp* que algunos preferiremos siempre al de Kim Stanley Robinson o Andy Weir.

LAS CRIPTAS DE YOH-VOMBIS[1]

PREFACIO

Como interno del hospital territorial de Ignarh, me hice cargo del singular caso de Rodney Severn, el único arqueólogo superviviente de la Octava Expedición a Yoh-Vombis, y anoté la siguiente historia a su dictado. Severn había sido trasladado al hospital por los guías marcianos de la expedición. Sufría horribles laceraciones e hinchazones en el cuero cabelludo y la frente, parte del tiempo se mostraba violentamente delirante y debía ser atado a su cama durante los ataques recurrentes de una manía cuya violencia era doblemente inexplicable a la vista de su estado físico de extrema debilidad.

Las laceraciones, como se descubrirá en la historia que sigue, fueron principalmente las que el propio paciente se infligió. Estaban mezcladas con numerosas heridas pequeñas y redondas, que se distinguían fácilmente de los cortes de navaja; estos últimos estaban situados en círculos regulares y a través de ellos había sido inoculado un veneno desconocida en el cuero cabelludo de Severn. La causa de estas heridas resulta difícil de explicar, a menos que uno crea la historia de Severn y no piense que fue un mero producto de su enfermedad. Desde mi punto de vista y a la luz de los sucesos que tuvieron lugar después, creo que no me queda más remedio que creer su historia. Hay extrañas criaturas en el planeta rojo y sólo puedo secundar el deseo expresado por el malogrado arqueólogo con relación a futuras exploraciones.

La noche posterior a que terminara de dictarme su historia, mientras otro médico estaba supuestamente de guardia, Severn logró escapar del hospital, sin duda en uno de esos extraños ataques a los que ya me he referido antes: algo realmente extraordinario, porque en esos momentos parecía más débil que nunca después del prolongado esfuerzo que realizó para dictarme su terrible historia, y se esperaba que muriera en cuestión de horas. Y lo que resultaba aún más sorprendente es que se encontraron las huellas de sus pies descalzos en el desierto, en dirección a Yoh-Vombis, hasta desvanecerse en el aire tras el paso de una ligera tormenta de arena, pero hasta el momento no se ha encontrado ningún rastro del propio Severn.

La narración de Rodney Severn

Si los doctores no se equivocan en su diagnóstico, me quedan sólo unas pocas horas marcianas de vida. En estas horas me dedicaré a relatar, como advertencia a otros que pudieran seguir nuestros pasos, los singulares y terribles acontecimientos que acabaron con nuestras investigaciones en las ruinas de Yoh-Vombis. De alguna manera, incluso en mis circunstancias extremas, me esforzaré por relatar la historia, ya que no queda nadie más que pueda hacerlo. Pero la narración será ardua y accidentada y, cuando haya acabado, la locura retornará y varios hombres me atarán para evitar que abandone el hospital y regrese, tras recorrer muchas leguas por el desierto, a esas criptas abominables, sometido por la compulsión del virus maligno y malicioso que inunda mi cerebro. Quizás la muerte me libere de un control tan horrible que me arrastra hasta las madrigueras del inframundo insondable de terror del que no existe analogía en los planetas más cuerdos del sistema solar. Y digo que, tal vez… por recordar lo que he visto, no estoy seguro de que la muerte acabe con mis ataduras…

Eramos ocho, todos arqueólogos profesionales con más o menos experiencia terráquea e interplanetaria, y partimos con guías nativos desde Ignarh, la metrópolis comercial de Marte, para inspeccionar aquella antigua ciudad desierta desde hacía eones. Allan Octave, nuestro líder oficial, ostentaba su liderazgo por saber más sobre arqueología marciana que ningún otro terrícola en el planeta, y otros del grupo, como William Harper y Jonas Halgren, habían colaborado con él en muchas de sus anteriores investigaciones. Yo, Rodney Severn, era el nuevo en la expedición, pues había pasado tan sólo unos meses en Marte y la mayor parte de mis experiencias ultraterrenas se habían limitado al planeta Venus.

Había oído hablar con frecuencia de Yoh-Vombis de forma vaga y en tono de leyenda, pero nunca de primera mano. Incluso el omnipresente Octave jamás la había visto. Construida por un pueblo extinguido cuya historia se había perdido en las últimas eras de decadencia del planeta, sigue siendo uno de los enigmas más oscuros y fascinantes, cuya solución jamás ha sido abordada… y que, creo firmemente, podría permanecer para siempre sin resolver por el hombre. Ciertamente, espero que nadie siga nuestros pasos…

Al contrario de la impresión que nos habíamos hecho a partir de las historias de los marcianos, encontramos aquellas ruinas semifabulosas a no mucha distancia de Ignarh, con su colonia y consulados terrestres. Los aihais, desnudos y de torsos fornidos, habían intentado disuadirnos hablándonos de

los vastos desiertos sacudidos por incesantes tormentas de arena que debíamos atravesar para llegar a Yoh-Vombis y, a pesar de nuestras generosas ofertas de pago, resultó difícil contratar guías para el viaje. Nos habíamos aprovisionado abundantemente y habíamos previsto cualquier tipo de emergencia que pudiera acontecer durante un largo viaje. Por lo tanto, nos sorprendimos, tanto como nos alegramos, cuando llegamos a las ruinas tras siete horas de avance lento y pesado por la llana desolación amarilla y sin árboles que se extendía al suroeste de Ignarh. Gracias a la menor gravedad, el viaje resultó mucho menos cansado de lo que un recién llegado a Marte, pudiera pensar. Pero, debido al aire ligero, como el del Himalaya, y el posible esfuerzo al que podrían verse sometidos nuestros corazones, tuvimos la precaución de no apresurarnos.

La llegada a Yoh-Vombis fue repentina y espectacular. Después de escalar la suave pendiente de una legua de largo de roca desnuda y profundamente erosionada, pudimos contemplar los muros derruidos de nuestro destino, cuya torre más alta hacía una muesca en el pequeño y remoto sol que brillaba con un sofocante carmesí por entre la bruma de fina arena en suspensión. En un principio pensamos que las torres de tres ángulos sin cúpulas y los monolitos derruidos pertenecían a alguna ciudad olvidada diferente a la que buscábamos. Pero la disposición de las ruinas, que estaban situadas formando una especie de arco que ocupaba casi toda la legua de longitud de una baja meseta gnéisica de piedra viva erosionada, junto al tipo de arquitectura, nos convencieron de que habíamos dado con nuestro objetivo. Ninguna otra ciudad antigua de Marte había sido diseñada de aquella manera y los extraños contrafuertes a distintos niveles, como las escaleras de la olvidada Anakim, eran característicos únicamente de la prehistórica raza que construyó Yoh-Vombis. Además, Yoh-Vombis era el único ejemplo existente de este tipo de arquitectura, a excepción de algunos fragmentos por los alrededores de Ignarh, que ya habíamos examinado previamente.

Yo mismo he contemplado las vetustas paredes del Machu Picchu que retan a los cielos en medio de los desolados Andes, y los teocallis enterrados en las junglas mexicanas. Y he visto las almenas congeladas construidas por gigantes de Uogam en las tundras glaciales del hemisferio nocturno de Venus. Pero éstas eran cosas de antaño, que al menos eran recordadas o transmitían algo de vida en comparación con la asombrosa y mortífera antigüedad, la maldición de eras de una esterilidad petrificada que parecía investir a la ciudad de Yoh-Vombis. Toda aquella región se hallaba muy alejada de los canales usuales de vida más allá de los cuales raras veces se encuentra ni tan

siquiera la flora y fauna más ponzoñosas; de hecho, no habíamos visto ningún ser vivo desde que partimos de Ignarh. Pero allí, en aquel confín de esterilidad petrificada, de eterno vacío y soledad, daba la impresión de que jamás hubiera podido existir vida. Las rocas desnudas y erosionadas eran objetos que bien podrían haber sido erigidos con el esfuerzo de los muertos para albergar a los gules y los demonios de la desolación primigenia.

Creo que todos tuvimos la misma impresión allí de pie, en silencio, mientras el pálido ocaso se derramaba como pus sobre las oscuras ruinas megalíticas. Recuerdo que aspiré levemente un aire que parecía haber sido tocado por el irrespirable helor de la muerte, y escuché la misma esforzada inhalación por parte de otros de nuestro grupo.

—Este lugar está más muerto que una morgue egipcia —comentó Harper.

—Sin duda, es bastante más antiguo —asintió Octave—. Según las leyendas más fiables, los yorhis, que construyeron Yoh-Vombis, quedaron borrados de la faz de la tierra por la actual raza reinante hace al menos unos cuarenta mil años.

—¿No existe una historia —dijo Harper— en la que se afirma que los últimos yorhis fueron destruidos por la intervención de alguna fuerza desconocida… algo demasiado horrible y estrafalario para ser mencionado ni tan siquiera en un mito?

—Por supuesto, he oído esa leyenda —asintió Octave—. Tal vez podamos encontrar pistas entre las ruinas para confirmarla o refutarla. Es posible que los yorhis se extinguieran por alguna terrible epidemia, como la peste de Yashta, que era una especie de moho verde que corroía los huesos del cuerpo, comenzando por los dientes y las uñas. Pero nosotros no debemos preocuparnos por contraer la enfermedad, si es que hay alguna momia en Yoh-Vombis… Las bacterias estarán ya tan muertas como sus víctimas, después de tantas eras de desertización planetaria. De todas formas, sin duda encontraremos muchas cosas que nos ayudarán a saber. Los aihais siempre han rehuido el lugar. Muy pocos lo han visitado, y por lo que he podido averiguar ninguno ha realizado una exploración exhaustiva de las ruinas.

El sol se había puesto con inusitada rapidez, como si hubiera desaparecido por algún truco de prestidigitación en lugar de dibujar la parábola habitual del ocaso. Sentimos el frío instantáneo del crepúsculo azul verdoso, y el éter sobre nuestras cabezas era como una enorme cúpula transparente de hielo sin sol, iluminada por un millón de débiles destellos que eran las estrellas. Nos pusimos los abrigos y los cascos de piel marciana, cuyo uso siempre es necesario de noche y, tras continuar hacia el oeste de las murallas, montamos

el campamento a sus pies para estar parcialmente cobijados del *jaar*, el cruel viento desértico que siempre sopla desde el este antes del amanecer. A continuación, encendimos las lámparas de alcohol que habíamos llevado para cocinar y nos apiñamos a su alrededor mientras se cocinaba la comida y cenábamos,

Después, más por comodidad que por cansancio, nos retiramos pronto a nuestros sacos de dormir y los dos aihais, nuestros guías, se envolvieron como en una mortaja entre los pliegues de paño de *bassa*, que es la única protección que sus curtidas pieles parecen necesitar incluso a temperaturas bajo cero.

A pesar de mi grueso saco con doble forro, seguía sintiendo los rigores del aire nocturno, y estoy seguro de que fue eso, y no otra cosa, lo que me mantuvo despierto durante largo raro y lo que provocó que mi sueno fuera un tanto inquiero e intermitente cuando por fin caí dormido. Por supuesto, lo extraño de nuestra situación y la inquietante proximidad de las murallas y torres de eones de antigüedad podrían haber contribuido a mi dificultad en conciliar el sueño. En cualquier caso, no me turbaba ni el más leve presentimiento de alarma o peligro y me habría reído ante la idea de que algo peligroso pudiera estar acechándonos en Yoh-Vombis, entre cuyas antigüedades inimaginables e increíbles hasta los fantasmas de sus muertos debían de haberse esfumado desde hacía bastante tiempo.

Sin embargo, apenas recuerdo algo más que esa sensación del lento transcurrir del tiempo que por lo general se tiene durante un sueño superficial e intermitente. Recuerdo el sobrecogedor viento que gemía sobre nuestras cabezas hacia medianoche y la arena que me aguijoneaba el rostro como fino granizo, flotando desde un desierto inmemorial a otro, y también recuerdo las estrellas inmóviles e inflexibles que se apagaron tenuemente durante un tiempo según pasaba ese antiguo polvo en suspensión. Entonces, el viento amainó y debí de adormilarme de nuevo, con lapsos de duermevela entremedias. Por fin, en uno de esos momentos, percibí vagamente que las pequeñas lunas gemelas, Phobos y Deimos, habían salido y arrojaban enormes y alargadas sombras sobre las torres sin cúpula; sombras que casi tocaban las brillantes formas embozadas de mis compañeros.

Debí de quedarme medio dormido, porque el recuerdo que tengo de lo que vi es tan vago como suelen serlo los sueños. A través de los párpados entrecerrados contemplé las diminutas lunas que coronaban ahora las torres triangulares sin cúpula, y también observé las alargadas sombras que casi tocaban los cuerpos de mis compañeros arqueólogos.

Toda la escena estaba envuelta en una quietud pétrea y ninguno de los durmientes se movía. Entonces, cuando estaba a punto de cerrar los párpados, me pareció detectar un movimiento en la helada oscuridad y tuve la impresión de que una porción de la oscuridad se había desgajado y se arrastraba hacia Octave, que estaba tumbado más cerca de las ruinas que el resto.

A pesar de mi profundo letargo, me asaltó la sensación de la presencia de algo antinatural y, tal vez, de mal agüero. Me incorporé un poco en el suelo y, al moverme, el objeto sombrío, fuera lo que fuese, se retiró y volvió a fundirse de nuevo con la oscuridad principal. Su desvanecimiento hizo que me despertara del todo y, sin embargo, no podía estar seguro de haber visto algo. En aquel fugaz y último vistazo me había parecido un trozo vagamente circular de tela o cuero, oscuro y arrugado, y de unas diez o doce pulgadas de diámetro, que se desplazaba rápidamente a ras de suelo con el movimiento ondulante de una oruga, plegándose y desplegándose de una forma sorprendente.

No volví a dormirme hasta casi una hora más tarde, y si no hubiera sido por el frío extremo sin duda me habría levantado para investigar y asegurarme de si había contemplado en realidad un objeto de tan extraña naturaleza o simplemente lo había soñado. Me quedé tumbado observando la profunda sombra de ébano en la que aquello había desaparecido, mientras que por mi mente fueron desfilando una serie de increíbles cuestiones. Incluso en esos momentos, a pesar de estar un tanto turbado, no sentía ningún miedo ni amenaza posible. Poco a poco, fui convenciéndome de que aquella cosa era demasiado improbable y fantástica para ser algo más que el producto de una pesadilla. Por fin, me dejé envolver en un sueño ligero.

Me despertó el frío aliento demoniaco del *jaar* que arremetía contra las irregulares murallas y vi que la débil luz de la luna se desvanecía ahora ante la incolora ascensión de un temprano amanecer. Nos levantamos y preparamos el desayuno con los dedos entumecidos, a pesar de las lámparas de alcohol. A continuación, temblorosos, comimos mientras el sol se asomaba por el horizonte como la bola de un malabarista. Enormes, adustas y sin diferentes grados de penumbra o luminosidad, las ruinas se abrían ante nosotros en aquella luz escasa como mausoleos de gigantes primigenios, dominados por la oscuridad, que esperan desde hace eones para contemplar el último amanecer de un planeta agonizante.

Mi extraña experiencia visual durante la noche había adquirido una irrealidad fantasmagórica; no le dediqué más que un pensamiento fugaz y no hablé de ello con el resto. Pero, al igual que las sombras distorsionadas de los

sueños con frecuencia tiñen las horas de vigilia, mi sueño podría haber contribuido al indescriptible estado de ánimo en el que me encontraba; un estado en el que sentía el extrañamiento inhumano de nuestros alrededores y la negra e insondable antigüedad de las ruinas como una opresión casi insoportable. La sensación parecía estar compuesta de un millón de aflicciones que rezumaban invisibles pero palpables de aquella arquitectura sobrenatural, y que pesaban sobre mí como íncubos nacidos en una tumba, aunque carecían de una forma y un significado que pudiera ser comprendido por el pensamiento humano. Me parecía que me movía no al aire libre, sino en la sofocante penumbra de las criptas sepulcrales selladas, para ahogarme en una atmósfera fraguada por la muerte y con los miasmas de una corrupción de eones de antigüedad.

Mis compañeros estaban ansiosos por explorar las ruinas y, por supuesto, me resultaba imposible tan siquiera mencionar las aparentemente absurdas sombras sin fundamento que atormentaban mi espíritu. Los seres humanos en otros mundos distintos al propio con frecuencia padecen síntomas nerviosos o psíquicos de este tipo, generados por fuerzas desconocidas, las nuevas radiaciones de su entorno. Pero, a medida que nos acercábamos a las ruinas para llevar a cabo una investigación preliminar, fui quedándome rezagado, presa de un pánico paralizante que me impedía moverme o respirar durante unos instantes.

Una sensación húmeda y pegajosa se apoderó de mi cerebro y mis músculos y dejó suspendido su funcionamiento interno. Al cabo de un rato aquella sensación desapareció y quedé liberado para continuar y seguir a mis compañeros.

Nos extrañó que los dos marcianos rehusaran acompañarnos. Impasibles y taciturnos, no nos dieron ninguna explicación, pero era evidente que nada los convencería de adentrarse en Yoh-Vombis. No pudimos determinar si estaban o no asustados de las ruinas: sus enigmáticos rostros, con los pequeños ojos oblicuos y enormes y anchas fosas nasales, no mostraban miedo ni ninguna otra emoción que un humano pudiera comprender. En respuesta a nuestras preguntas, se limitaron a decir que ningún aihai había puesto jamás un pie en las ruinas durante siglos, Aparentemente, existía algún misterioso tabú sobre aquel lugar.

Como equipamiento para aquella exploración preliminar sólo nos llevamos una palanca y dos picos. El resto de las herramientas y algunos cartuchos de explosivos de alta potencia quedaron en el campamento para usados más adelante si fuera necesario una vez explorado el terreno. Uno o

dos de nosotros teníamos armas automáticas, pero también las dejamos en el campamento; parecía absurdo imaginar que pudiéramos encontrar algún tipo de vida entre las ruinas.

Octave estaba visiblemente nervioso cuando comenzamos la exploración y mantenía una chachara febril repleta de comentarios enfáticos. Los demás nos mostrábamos contenidos y en silencio, y creo que mis propios sentimientos, en cierta medida, también eran compartidos por el resto. Era imposible sacudirse el siniestro sobrecogimiento y asombro que nos producían aquellas piedras megalíticas.

No rengo tiempo para describir minuciosamente las ruinas y debo apresurarme con mi narración. En cualquier caso, hay demasiadas cosas que no podría describir, porque la zona principal de, la ciudad estaba destinada a permanecer inexplorada.

Continuamos avanzando un trecho entre los edificios triangulares con terrazas, siguiendo las enrevesadas calles que serpenteaban entre aquella peculiar arquitectura. La mayoría de las torres estaban en un estado más o menos ruinoso y por todas partes se observaba la profunda erosión causada por incontables estaciones de viento y arena, las cuales, en muchos casos, habían llegado a redondear las esquinas cu otro tiempo rectas de los poderosos muros. Entramos en algunas de las torres por altas y estrechas entradas, pero sólo hallamos un completo vacío en el interior. Cualquier mobiliario que hubieran contenido debió de deshacerse en polvo mucho tiempo atrás, y ese polvo ya había sido dispersado por los escrutadores vendavales del desierto. En algunas de las paredes exteriores había rastros de grabados o inscripciones, pero estaban tan desgastadas y abandonadas por el tiempo que sólo pudimos descifrar vagamente unos cuantos fragmentos, de los cuales no era posible sacar ninguna conclusión.

Finalmente llegamos a un barrio amplio que acababa en el muro de una vasta terraza de varios cientos de yardas de largo por unas cuarenta yardas de alto, sobre la cual los edificios centrales estaban agrupados en una especie de cindadela o acrópolis. Un tramo de escalones devorados por el paso del tiempo, diseñados para extremidades más largas que las de los humanos, o incluso de los desgarbados marcianos modernos, daba acceso a la cima toscamente tallada en la propia meseta.

Paramos y decidimos aplazar nuestra investigación de los edificios más altos, los cuales, al estar más expuestos que los otros, se encontraban en un estado de ruina y decadencia mayor y con toda probabilidad poco podían ofrecernos como recompensa a nuestros esfuerzos. Octave había comenzado a

expresar su decepción al no encontrar objetos como artefactos o estatuas que arrojaran alguna luz sobre la historia de Yoh-Vombis.

Entonces, un poco a la derecha de la escalera, detectamos una entrada en el muro principal que se hallaba parcialmente oculta bajo antiguos desechos. Tras el montón de detritus, encontramos el comienzo de un tramo de escalera que descendía. La oscuridad salió a raudales de la abertura, maloliente y mohosa, junto a los efluvios estancados de una putrefacción primigenia; no pudimos distinguir nada más allá de los primeros escalones, que daban la sensación de estar suspendidos sobre un negro abismo.

Octave, yo mismo y unos cuantos más llevábamos linternas eléctricas por si necesitábamos utilizarlas durante nuestras exploraciones. Pensábamos que podría haber criptas o catacumbas subterráneas en Yoh-Vombis, al igual que existen en las ciudades actuales de Marte, que con frecuencia son más extensas bajo tierra que sobre la superficie. Tales criptas eran el lugar donde con mayor probabilidad podríamos encontrar vestigios de la civilización yorhi.

Tras lanzar el haz de luz hacia el abismo, Octave empezó a bajar las escaleras. Con voz impaciente nos pidió que le siguiéramos.

De nuevo, durante unos segundos, el pánico irracional a lo desconocido congeló mis sentidos y vacilé mientras los que marchaban a mis espaldas me empujaban en su avance. Entonces, como sucedió antes, el terror pasó y volví a preguntarme cómo era posible que me venciera algo tan absurdo e infundado. Seguí a Octave escaleras abajo y el resto desfilaba tras de mí.

A los pies de los altos e incómodos escalones nos encontramos con una larga y espaciosa cámara, como un vestíbulo subterráneo. El suelo tenía una profunda capa de polvo inmemorial y en algunos lugares había montones de polvo gris, como el que podría dejar la descomposición de ciertos hongos que crecen en las catacumbas marcianas bajo los canales. Tales hongos, en otro tiempo, posiblemente existieron en Yoh-Vombis, pero debido a la prolongada y excesiva deshidratación debieron de extinguirse mucho tiempo atrás. Sin duda, nada, ni siquiera un hongo, podría haber sobrevivido en aquellas áridas criptas con el transcurso de los eones.

El aire parecía singularmente pesado, como si el velo protector de una atmósfera de otra época, menos benigna que la de Marte hoy, se hubiera instalado y permanecido en aquella oscuridad estancada. Resultaba más difícil respirar allí que en el exterior; el aire estaba lleno de ignotos efluvios y un fino polvo ascendía ante nosotros a cada paso, difundiendo una vaharada de corrupción añeja, como polvo de momias polvorientas.

Al final de la cámara, frente a una entrada estrecha y alta, nuestras linternas revelaron una inmensa urna plana o plato apoyado sobre unas patas cortas cuadradas talladas en un material mate de color negro verdoso que sugería alguna extraña aleación de metal y porcelana. El objeto medía unos cuatro pies de lado a lado, con un grueso borde adornado con figuras retorcidas indescifrables y profundamente grabadas como con ácido. En el fondo vimos un depósito de fragmentos oscuros semejantes a cenizas que desprendían un débil pero desagradable olor acre, como el fantasma de un olor más poderoso. Octave St inclinó sobre el borde y se puso a toser y estornudar tras inhalarlo.

—Esa sustancia, fuera lo que fuera, debió de emplearse como un fumigante bastante fuerte —comentó—. Los habitantes de Yoh-Vombis tal vez la usaban para desinfectar las criptas.

El umbral que se abría más allá de la urna plana nos condujo a otra estancia más grande, cuyo suelo estaba por comparación bastante limpio de polvo. Vimos que la piedra oscura bajo nuestros pies estaba marcada con dibujos geométricos multiformes grabados con mineral ocre, entre los cuales, como en los carruchos egipcios, se incluían jeroglíficos y dibujos sumamente estilizados. Poco pudimos interpretar de la mayoría de aquellos dibujos, pero las figuras que aparecían en muchos de ellos sin duda habían sido diseñadas para representar a los propios yorhis. Al igual que los aihais, eran altos y angulosos, con enormes torsos como fuelles, y se les representaba con un tercer brazo adicional que brotaba del pecho: una característica que, de forma rudimentaria, en ocasiones ocurre entre los aihais. Las orejas y las fosas nasales, por lo que pudimos juzgar, no eran tan grandes y anchas como las de los marcianos modernos. A todos los yorhis se les había dibujado desnudos; pero en uno de los cartuchos, realizado en un estilo mucho más descuidado que los otros, vimos dos figuras cuyos cráneos alargados y cónicos estaban envueltos en lo que parecía ser una especie de turbante que estaban a punto de quitarse o ajustarse. El artista parecía haber puesto un énfasis especial en el extraño gesto con el que los cuatro sinuosos dedos palmeados tiraban de aquellos tocados, y las figuras se hallaban en una postura inexplicablemente contorsionada.

De la segunda cripta partían pasillos en todas direcciones que conducían a un verdadero laberinto de catacumbas. Allí, enormes urnas panzudas del mismo material que la urna de fumigación, pero más altas que un hombre y con capones rematados con asas angulares, estaban colocadas en solemnes hileras junto a las paredes, dejando apenas espacio para que dos personas

recorrieran hombro con hombro la estancia. Cuando logramos retirar uno de los enormes tapones, vimos que la urna estaba llena hasta los bordes de cenizas y fragmentos carbonizados de huesos. Sin duda (como todavía sigue siendo costumbre en Marte), los yorhis habían almacenado los restos incinerados de familias enteras en urnas separadas.

Incluso Octave se quedó callado a medida que avanzábamos, y una especie de sobrecogimiento introspectivo pareció reemplazar a su anterior excitación. Los demás, creo, habíamos quedado reducidos a un solo hombre, envueltos por la densa penumbra de una antigüedad que desafiaba cualquier concepción del tiempo, en la que parecía que nos íbamos sumergiendo a cada paso que dábamos.

Las sombras se agitaban frente a nosotros como las monstruosas y contrahechas alas de murciélagos fantasmagóricos. Por los rincones tan sólo se veía el polvo atomizado de los siglos y las urnas que contenían las cenizas de un pueblo extinguido hacía mucho tiempo. Pero, colgando del techo de una de las criptas más alejadas, vi una masa oscura y ondulada con forma circular, como un hongo marchito. Estaba demasiado alta para poder tocarla y nos quedamos observándola y haciendo diversas e inútiles conjeturas. Extrañamente, no recordé en ese momento el objeto ondulado y oscuro que había visto o soñado la noche anterior.

No tengo ni idea de cuánta distancia habíamos recorrido cuando llegamos a la última cripta, pero teníamos la impresión de haber estado andando durante siglos por aquel submundo olvidado. El aire se hacía cada vez más hediondo e irrespirable, con una espesa nota de humedad, como si procediera de un sedimento de putrefacción material y decidimos dar media vuelta. Entonces, sin previo aviso, al final de una larga catacumba repleta de urnas, nos encontramos frente a frente con una pared desnuda.

Allí realizamos uno de nuestros descubrimientos más extraños y desconcertantes: una figura momificada e increíblemente disecada, erecta y apoyada contra la pared. Medía más de siete pies, era de un color marrón bituminoso y estaba totalmente desnuda a excepción de una especie de capucha negra que cubría la parte superior de la cabeza y caía por ambos lados en pliegues arrugados. Por los tres brazos y el contorno general, se trataba claramente de uno de los antiguos yorhis… tal vez el único miembro de aquella raza cuyo cuerpo había permanecido intacto.

Sentimos un inefable estremecimiento al contemplar la tremenda antigüedad de aquella cosa apergaminada que, en el seco aire de la cripta,

había resistido a través de todas las vicisitudes históricas y geológicas del planeta para proporcionarnos un nexo visible con eras inmemoriales.

Entonces, al contemplar la figura más atentamente con las linternas, vimos *por qué* la momia había logrado mantenerse en posición erecta. Sus tobillos, rodillas, cintura, hombros y cuello estaban sujetos a la pared con gruesos grilletes, tan profundamente erosionados y oscurecidos por una especie de óxido que no los habíamos detectado a primera vista entre las sombras. La extraña caperuza de la cabeza, tras examinarla más detenidamente, seguía dejándonos perplejos. Estaba cubierta con una fina capa mohosa, sucia y polvorienta como telarañas vetustas. Algo en aquel objeto, no sé el qué, resultaba aborrecible y nauseabundo.

—¡Por Júpiter! ¡Esto sí que es un descubrimiento! —exclamó Octave al tiempo que lanzaba la luz de la linterna hacia el rostro momificado, en el que las sombras se movieron como criaturas vivas por las vacías cuencas de los ojos, por las enormes fosas nasales triples y las amplias orejas puntiagudas que sobresalían bajo la capucha.

Con la linterna aún en alto, extendió el brazo que tenía libre y tocó el cuerpo muy suavemente. A pesar de que fue un toque tímido, la parte inferior del torso abombado, las piernas, las manos y los antebrazos se deshicieron en polvo, dejando tan sólo la cabeza y la parte superior del cuerpo y brazos colgando de sus grilletes metálicos. La evolución de la putrefacción había sido extrañamente desigual, porque el resto del cuerpo no mostró signo alguno de desintegración.

Octave dejó escapar un grito de consternación y luego comenzó a toser y estornudar cuando lo envolvió la nube de polvo marión que flotaba con liviana ligereza. Los demás nos echamos hacia atrás para evitar el polvo. Entonces, por encima de la nube en expansión, contempló algo increíble. La capucha negra que cubría la cabeza de la momia comenzó a enrollarse y sacudir las esquinas hacia arriba, se retorció con un movimiento verminoso y se desprendió del cráneo marchito, dando la impresión de plegarse y desplegarse convulsamente en el aire al caer. A continuación, se posó sobre la cabeza desnuda de Octave, quien, desconcertado ante la momia deshecha, se había quedado de pie cerca de la pared. En ese instante, en un ataque de profundo terror, recordé la cosa que se había separado de las sombras de Yoh-Vombis, bajo la luz de las lunas gemelas, y que desapareció como el producto de un sueño en cuanto me moví.

Cerrándose con fuerza como un pañuelo ceñido, aquella cosa envolvió el cabello, las cejas y los ojos de Octave y este gritó violentamente profiriendo

incoherentes súplicas de ayuda; tiró de la capucha con dedos crispados, pero no logró desprenderse de ella. Luego sus gritos se transformaron en un demente crescendo de agonía, como si estuviera siendo sometido a algún tipo de tortura infernal; bailoteaba y brincaba ciego por la cripta, eludiéndonos con inusitada velocidad cuando nos abalanzamos hacia él en un esfuerzo por cogerlo y liberarlo de aquel extraño estorbo. Todo el suceso resultaba perturbador como una pesadilla, pero la cosa que había caído sobre su cabeza era alguna forma desconocida de vida marciana, la cual, negando todas las leyes conocidas de la ciencia, había logrado sobrevivir en aquellas catacumbas primigenias. Debíamos rescatar a Octave, de sus garras si podíamos.

Intentamos rodear la figura convulsa de nuestro jefe… que en el reducido espacio entre las últimas urnas y la pared debería haber sido una empresa bastante sencilla. Pero, alejándose como una exhalación de una manera inexplicable, puesto que sus ojos estaban tapados, nos sorteó y corrió hasta desaparecer entre las urnas hacia el laberinto exterior de catacumbas cruzadas.

¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? —gritó Harper—. El hombre se comporta como si estuviera poseído.

Obviamente no había tiempo para debatir sobre aquel enigma y seguimos a Octave tan rápido como nuestra perplejidad nos lo permitió. Le habíamos perdido de vista en la oscuridad y cuando llegamos a la primera bifurcación de las criptas dudamos sobre qué pasillo habría tomado hasta que escuchamos un agudo alarido, que se repitió varias veces, en una catacumba en el extremo izquierdo. Aquellos gritos poseían una aguda y sobrenatural cualidad, que podría deberse al aire estancado durante siglos o a la peculiar acústica de las cavernas que se ramificaban, Pero en cierta manera no podía imaginar que aquellos alaridos fueran proferidos por labios humanos… al menos, no por los de un hombre vivo. Parecían contener una agonía mecánica y sin alma, como si hubieran sido proferidos por un cadáver manipulado por un demonio.

Apuntando las linternas unos pasos por delante hacia las acechantes y huidizas sombras, corrimos entre hileras de imponentes urnas. Los gritos se habían desvanecido en un silencio sepulcral, pero a lo lejos escuchamos el ligero y amortiguado golpeteo de unos pasos a la carrera. Los seguimos de inmediato, pero, jadeando dolorosamente en aquella atmósfera viciada y llena de miasmas, pronto nos vimos obligados a reducir la marcha sin que todavía tuviéramos a Octave a la vista. Muy débilmente y más lejos que nunca, como los pasos de un fantasma engullidos por las rumbas, escuchamos sus pisadas que se perdían en la lejanía. Luego cesaron y no escuchamos nada más, a

excepción de nuestra propia respiración agitada y la sangre que palpitaba en nuestras sienes como tambores golpeados rítmicamente.

Continuamos avanzando, tras dividir el grupo en tres contingentes, cuando llegamos a un triple cruce de cavernas. Harper, Halgren y yo tomamos el pasaje central y, después de buscar durante un tiempo interminable sin encontrar ningún rastro de Octave y haber recorrido los cuartos abarrotados hasta el techo de colosales urnas que debían de contener las cenizas de cientos de generaciones, regresamos a la amplia estancia de los dibujos geométricos en el suelo. Allí se nos unieron los otros, que tampoco habían logrado localizar a nuestro líder desaparecido.

Sería inútil detallar nuestra renovada búsqueda de una hora a través de la miríada de criptas, muchas de las cuales no habían sido exploradas hasta entonces. En ninguna de ellas había signo alguno de vida. Recuerdo haber pasado una vez más por la cripta en la que habíamos visto la oscura mancha en el techo y que comprobé con estremecimiento que la mancha había desaparecido. Fue un milagro que no nos perdiéramos en aquel laberinto subterráneo, pero al fin regresamos al Final de la catacumba, en la que habíamos encontrado a la momia con grilletes.

Escuchamos un repiqueteo rítmico y recurrente a medida que nos acercábamos al lugar… un sonido sumamente alarmante y desconcertante en aquellas circunstancias. Era como el martilleo de demonios necrófagos en algún mausoleo olvidado. Cuando nos acercamos más, los haces de las linternas nos revelaron una visión que fue tan inexplicable como inesperada. Una figura humana que nos daba la espalda, con la cabeza oculta bajo un hinchado objeto negro del tamaño y forma de un cojín, estaba de pie cerca de los restos de la momia y golpeaba la pared con una barra metálica acabada en punta. No sabíamos cuánto tiempo llevaba Octave allí, ni dónde había encontrado aquella barra. Pero la pared desnuda se había desmoronado por sus furiosos golpes, dejando en el suelo una pila de fragmentos de cemento… y una pequeña y angosta puerta, hecha del mismo ignoro material que las urnas cinerarias y la tuna de fumigación, había quedado al descubierto.

Asombrados, vacilantes, inefablemente perplejos, perdimos nuestra capacidad de acción y voluntad en ese momento. Todo el asunto era demasiado fantástico y demasiado espantoso, y estaba claro que Octave había sucumbido a algún tipo de locura. Yo, por mi parte, sentí el vio lento regüeldo de una náusea repentina cuando identifiqué la cosa repugnantemente hinchada que cubría la cabeza de Octave y se derramaba con obscena viscosidad sobre su cuello. No me atreví a conjeturar sobre las causas de aquella hinchazón.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera recobrar del todo sus facultades, Octave tiró la barra metálica a un lado y se puso a rebuscar algo en la pared. Debía de ser algún mecanismo escondido, aunque cómo conocía su posición o existencia era algo sobre lo que tan sólo podemos hacer suposiciones. Con un desagradable chirrido sordo, la puerta descubierta se abrió hacia dentro, gruesa y pesada como una losa de mausoleo, dejando una abertura de la que parecía brotar una medianoche infernal, como una riada de suciedad enterrada hacía eones. Por algún motivo, en ese instante nuestras linternas parpadearon y perdieron intensidad y todos respiramos un hedor sofocante, como una ráfaga procedente de mundos interiores de inmemorial putrescencia.

Ahora, Octave se había dado la vuelta hacia nosotros y permanecía en una postura inerte ante la puerta abierta, como alguien que ya ha Finalizado la tarea encomendada. Yo fui el primero del grupo en sacudirme aquel hechizo paralizante, así que saqué una navaja —el único objeto que llevaba que se asemejara a un arma— y me abalancé hacia él. Octave se echó hacia atrás, pero no lo suficientemente rápido para esquivarme, y entonces apuñalé con la hoja de cuatro pulgadas la negra y tumescente masa que le envolvía la parte superior de la cabeza y colgaba sobre sus ojos.

Preferí no imaginarme qué era esa cosa… si es que era posible imaginársela. Era informe como una sanguijuela gigante, sin cabeza ni cola ni ningún órgano visible… una sucia, hinchada y correosa criatura, recubierta con el fino pelaje mohoso que ya he descrito antes. La navaja lo penetró como si fuera un pergamino podrido, produciendo un largo corte, y aquella abominación pareció reventar como una vejiga pinchada. De aquella grieta comenzó a manar un nauseabundo torrente de sangre humana, mezclado con oscuras masas filiformes, que bien podrían haber sido cabellos a medio disolver, y trozos gelatinosos flotantes como huesos molidos y jirones de una grumosa sustancia blanca. Al mismo tiempo, Octave comenzó a tambalearse y se derrumbó cuan largo era sobre el suelo. Debido a la caída, el polvo de momia se elevó a su alrededor en volutas, bajo las cuales el hombre yació mortalmente inmóvil.

Sobreponiéndome a la repulsión que sentía y ahogándome con el polvo, me incliné sobre él y arranqué el horror flácido y purulento de su cabeza. Se desprendió con sorprendente facilidad, como si hubiera apartado un trapo inerte, pero aún me arrepiento de haberlo hecho.

Debajo ya no había un cráneo humano, pues la mayor parte, hasta las cejas, había sido devorada y el cerebro estaba al aire y parcialmente devorado

cuando levanté el objeto con forma de capucha. Lancé la criatura innombrable y sentí que los dedos se me quedaban repentinamente laxos, y la cosa cayó boca arriba, revelando en la parte inferior muchas hileras de succionadores rosáceos colocados en círculos alrededor de un disco pálido cubierto con filamentos similares a terminaciones nerviosas, sugiriendo la forma de algún tipo de plexo.

Mis compañeros se habían apiñado a mis espaldas; pero, durante un intervalo considerable, nadie habló.

—¿Cuánto tiempo piensas que lleva muerto?

Fue Halgren quien susurró aquella terrible pregunta, que todos nos habíamos estado haciendo.

Aparentemente, nadie se sentía capaz o con ánimo de responderla y nos limitamos a mirar a Octave con una horrible fascinación intemporal.

Por fin, hice un esfuerzo por apartar la vista; tras echar una rápida mirada vi los restos de la momia con grilletes y por primera vez detecté con un terror irreal e instintivo que la cabeza marchita también había sido devorada parcialmente. De allí, mis ojos se desviaron hacia la puerta recién abierta a un lado, sin percibir durante unos segundos lo que había atraído mi atención. Paralizado por el horror, contemplé a la luz de mi linterna, lejos de la puerta y a un nivel inferior, como en un foso infernal, un multitudinario bullir de sombras reptantes. Parecían hervir en la oscuridad y, entonces, por el grueso umbral de la cripta, brotó la vanguardia vermiforme de un ejército incontable: criaturas de la misma especie que la monstruosa y diabólica sanguijuela que había arrancado de la cabeza carcomida de Octave. Algunas eran delgadas y planas, romo discos de tela o cuero que se retorcían y doblaban; otras más o menos rechonchas, reptaban con embotada lentitud. No llego a adivinar de qué se habían estado alimentando en aquella eterna y sellada medianoche… y rezo por no saberlo nunca.

Retrocedí de un salto alejándome de aquellas cosas, enervado por el terror, enfermo de asco, y el negro ejército manaba infinitamente con una rapidez de pesadilla del abismo profanado, como el nauseabundo vómito de infiernos ahitos de horror. Al derramarse hacia nosotros, tras enterrar totalmente el cuerpo de Octave bajo una ola serpenteante y temblorosa, percibí mi hálito de vida en la criatura aparentemente muerta que yo mismo había lanzado a un lado y vi el funesto esfuerzo que hacía para enderezarse y unirse a las otras.

Pero ni mis compañeros ni yo pudimos soportar mirar por más tiempo. Nos dimos la vuelta y corrimos entre las imponentes hileras de urnas mientras

la escurridiza masa de sanguijuelas demoniacas nos pisaba los talones; nos dispersamos, invadidos por un pánico ciego cuando llegamos a la primera bifurcación de criptas. Haciendo caso omiso de los demás o de cualquier otra cosa que no fuera la urgencia de la huida, nos abalanzamos al azar por las ramificaciones de pasillos. A mis espaldas escuché a alguien tropezarse y caer dejando escapar una maldición que aumentó hasta un alarido demente; pero yo sabía que si me detenía y retrocedía sólo serviría para arriesgarme a correr el mismo negro destino que habían corrido los más rezagados del grupo.

Agarrando firmemente la linterna y con la navaja abierta, corrí por un pasillo secundario que, según creía recordar, conducía más o menos directamente a la gran cripta exterior con el suelo pintado. Allí me encontré a solas. Los otros habían continuado por el camino de las catacumbas principales y en la lejanía escuché la amortiguada algarabía de unos gritos dementes, como si varios de los hombres hubieran sido atrapados por sus perseguidores.

Al parecer, me había equivocado al calcular la dirección del pasadizo, porque los giros y revueltas no me resultaban familiares, con tantas intersecciones, y pronto concluí que me había perdido en el negro laberinto, donde el polvo había permanecido sin ser pisado por pies vivos durante incontables generaciones. La madriguera cineraria se había quedado en silencio una vez más y, entonces, escuché mi propio jadeo frenético, fuerte y ronco como el de un Titán en el silencio mortal.

De repente, mientras avanzaba, mi linterna reveló una figura humana que se aproximaba hacia mí en la oscuridad. Antes de que pudiera reprimir mi sorpresa, la figura pasó junto a mí con largas zancadas maquinales, como si regresara a las criptas interiores. Creo que era Harper, ya que la altura y complexión eran semejantes a las suyas; pero no estoy totalmente seguro, porque los ojos y la parte superior de la cabeza estaban ocultos bajo una oscura capucha inflada y los pálidos labios estaban sellados en un silencio de tetánico sufrimiento… o muerte. Quienquiera que fuera, había dejado caer su linterna y corría cegado en total oscuridad, impulsado por aquel vampirismo sobrenatural, para buscar la mismísima fuente del horror desatado. Supe que ya no había nada humanamente posible que pudiera hacer para ayudarle y ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar detenerlo.

Temblando violentamente, retomé la huida y volvieron a pasar por mi lado dos hombres más del grupo, marchando con una velocidad y determinación maquinales y encapuchados con aquellas sanguijuelas del

infierno. Los otros debían de haber regresado por los corredores principales, porque no los encontré… y nunca más los volví a ver.

El resto de mi huida es una nebulosa de terror caótico. Una vez más, creyendo que me encontraba ya cerca de la caverna exterior, me extravié y corrí atravesando una hilera eterna de urnas monstruosas, en criptas que debían de extenderse hasta una distancia desconocida más allá de lo que habíamos explorado. Tenía la impresión de que llevaba años caminando y mis pulmones se ahogaban con aquel aire muerto hace eones; entonces, cuando mis piernas estaban a punto de derrumbarse bajo mi peso, vi en la lejanía un diminuto punto de bendita luz diurna. Corrí hacia allí, mientras todos los horrores de la aberrante oscuridad se agolpaban a mis espaldas y sombras execrables revoloteaban delante de mí y vi que la cripta acababa en una entrada baja y ruinosa, cubierta de cascotes sobre los que se derramaba un arco de tenue luz solar.

Era una entrada distinta a la que habíamos utilizado para penetrar en aquel submundo pernicioso. Me encontraba a unos doce pies de la apertura cuando, sin producir ningún sonido ni ningún otro aviso, algo cayó sobre mi cabeza desde el techo, cegándome instantáneamente y ciñéndose a mi alrededor como una tensa red. Mi frente y cuero cabelludo, a un mismo tiempo, fueron atravesados por un millón de pinchazos… y padecí una agonía múltiple que parecía atravesar hasta el mismo hueso y converger desde todas las direcciones en el interior de mi cerebro.

El terror y el sufrimiento de aquel momento fueron peores que cualquier cosa que pudieran contener los delirantes y dementes infiernos terrestres. Sentí la fétida y vampírica garra de una muerte arroz… y algo más que la muerte.

Creo que dejé caer la linterna, pero los dedos de mi mano derecha todavía sujetaban la navaja abierta. Instintivamente, ya que era casi incapaz de. mantener una voluntad consciente, alcé la navaja y la hundí Ciegamente, una y otra vez,, muchas veces, contra la cosa que había cerrado sus pliegues mortales sobre mí. La hoja debió de atravesar una y otra vez aquella pegajosa aberración, porque corté mi propia carne en una docena de sirios, pero apenas sentía el dolor de aquellas heridas, al estar poseído por los tormentos de un millón de punzadas.

Por fin vi la luz y noté que una banda negra se apartaba de mis ojos y goteaba con mi propia sangre pendiendo del cuello. La abominación se retorció levemente, todavía colgando y la arranqué, y me arranqué los restos que quedaban de aquella cosa, trozo a trozo rezumante y sanguinolento, de la

frente y la cabeza. Luego me dirigí tambaleante hacia la entrada y la lánguida luz se convirtió en una penetrante llama lejana y danzante cuando me abalancé hacia ella y caí fuera de la caverna; una llama que se dio a la fuga como la última estrella de la creación sobre el enorme y deslizante caos y olvido en los que quedé sumido…

Me contaron que mi periodo de inconsciencia fue breve. Recobré el sentido y lo primero que vi fueron los crípticos rostros de los dos guías marcianos inclinados sobre mí. Mi cabeza estaba llena de dolores lacerantes y terrores parcialmente recordados que envolvían mi mente como sombras de arpías en congregación. Rodé sobre la espalda y miré atrás, hacia la boca de la caverna, de la que los marcianos, tras encontrarme, me habían separado un buen trecho. La boca estaba bajo la terraza de un edificio y a la vista desde nuestro campamento.

Contemplé aquel agujero negro con una horrible fascinación y detecté un sombrío movimiento en la penumbra… el movimiento espasmódico y verminoso de cosas que se abalanzaban hacia delante desde la oscuridad, pero no emergieron a la luz. Sin duda, aquellas criaturas de noche ultraterrena y podredumbre sellada no soportaban la luz del sol desde hacía siglos.

Y fue entonces cuando el horror definitivo, el comienzo de la locura, se apoderó de mí. En medio de mi reptante repulsión, de mi deseo furioso de huir de la entrada en ebullición de aquella caverna, brotó el detestable impulso opuesto de regresar, de recorrer de nuevo aquellas catacumbas, como habían hecho los otros; de bajar a donde ningún hombre jamás excepto nosotros, inconcebiblemente condenados y malditos, había bajado; de someterme a aquella maldita compulsión y buscar un mundo infernal que el pensamiento humano jamás podría llegar a imaginar. Había una luz negra, una llamada silenciosa, en las criptas de mi cerebro: el reclamo implantado de la Cosa, como un veneno penetrante y mágico. Me atraía hacia la puerta subterránea que había sido ocultada por las moribundas gentes de Yoh-Vombis, para enclaustrar aquellas sanguijuelas infernales e inmortales, aquellos oscuros parásitos que injertan sus propias vidas abominables en los cerebros medio carcomidos de los muertos. Me llamaba hacia las profundidades del más allá, donde habitan los fétidos Nigromantes, de quienes las sanguijuelas, con todos sus poderes diabólicos de vampirismo, no son más que simples subalternas…

No regresé a la cueva gracias a los dos aihais. Forcejeé y luché con ellos como un demente mientras se empeñaban en inmovilizarme con sus fornidos

brazos; pero probablemente estaba exhausto por las aventuras sobrehumanas que había experimentado aquel día y volví a sumirme una vez más en un vacío insondable, del que despertaba tras largos intervalos para descubrir que estaba siendo transportado por el desierto hacia Ignarh.

Bueno, esta es mi historia. He intentado contarla en su totalidad y de forma coherente, a pesar de que pueda resultar inverosímil para los cuerdos… He querido contarla antes de sumirme de nuevo en la locura, como ocurrirá muy pronto: como está ocurriendo ahora… Sí, he contado mi historia… y tú lo has anotado todo, ¿verdad? Ahora debo regresar a Yoh-Vombis… atravesar el desierto, bajar y recorrer las catacumbas hasta las criptas más amplias del nivel inferior. Hay algo en mi cerebro que me ordena y me conducirá… De verdad, debo marchar…

Howard Phillips Lovecraft

Tras el éxito de crítica y público de *Re-Animator*, quedó abierta la veda de Lovecraft, un nombre que hasta entonces había sido prácticamente veneno para el cine y que apenas en alguna ocasión, durante los años 60 y primeros 70, había intentado ser adaptado a la pantalla con éxito siempre irregular, pese a algún título francamente rescatable como la psicodélica *Terror en Dunwich* (*The Dunwich Horror*. Daniel Haller, 1970). A partir de mediados de los 80, sin embargo, el perfeccionamiento de los efectos especiales y la mayor tolerancia hacia lo violento, repulsivo y revulsivo desarrollada por un público educado en el *gore*, parecían dar carta blanca a la pretensión de trasladar el universo *lovecraftiano* a imágenes en movimiento, y los primeros en aprovechar esta situación no fueron otros que prácticamente los mismos que habían adaptado cinematográficamente las macabras hazañas de Herbert West. Así fue como llegó apenas un año más tarde *Re-Sonator* (*From Beyond*), imaginativo título español para *From Beyond* (Stuart Gordon, 1986), filme basado en el relato del mismo nombre escrito por Lovecraft en 1920, pero quee no sería publicado hasta 1931 en la revista de aficionados *The Fantasy Fan*, en su número de junio.

Contando con los dos protagonistas principales de su anterior éxito, la guapa Barbara Crampton y el inquietante Jeffrey Combs, repitiendo su papel de científico obsesivo y obsesionado, si bien abundan en *Re-Sonator* también las criaturas grotescas, el *gore* y el humor negro, el tono de la película es algo más digamos dramático e inquietante, siguiendo de nuevo con bastante fidelidad el relato original aunque, lógicamente, alargándolo con nuevos personajes y subtramas. Sobre todo, se hace notorio el afán de Gordon y Yuzna por remitirse ahora a un Lovecraft más terrorífico, cósmico y metafísico, quizá como respuesta a las críticas recibidas por los fans del escritor, muchos de los cuales habían rechazado *Re-Animator* como un insulto a la memoria del Maestro, demostrando una vez más que el amante del género puede ser a menudo su peor enemigo, en relación directa con su demasiado habitual carencia de sentido del humor y distancia. En cualquier caso, la

verdad es que algo consiguieron, pues si por una parte la película no tuvo el mismo éxito e impacto popular que su anterior incursión *lovecraftiana*, sí que fue recibida con mayor entusiasmo por los seguidores del escritor, al tiempo que su buena factura y resultados demostraban que un realidad ya era perfectamente posible para el cine de horror moderno atreverse con HPL y su mundo.

Y eso fue precisamente lo que hizo a lo largo de la segunda mirad de la década de los 80, siguiendo así hasta hoy mismo, con mayor o menor éxito y mejores o peores resultados. Yuzna y Gordon, aunque no pudieron llevar a término su soñada adaptación de "La sombra sobre Innsmouth", sí volverían a reunirse bajo pabellón español para la divertida y resultona *Dagon, la secta del mar* (Dagon. Stuart Gordon, 2001), que combinaba elementos del relato que le daba título y de, precisamente, "La sombra sobre Innsmouth", aparte de ser la última película interpretada por Francisco Rabal. Anteriormente, ya el propio Gordon había dirigido nuevamente a Combs y Barbara Crampton en la eficaz *Castle Freak* (1995), inspirada en el cuento "El extraño". Otras producciones *lovecraftianas* en absoluto carentes de interés serían *El innombrable* (*The Unnamable*. Jean-Paul Ouellette, 1988), primera de una cada vez más mediocre franquicia; el filme de episodios *Necronomicon* (Christopher Gans, Shûsuke Kaneko, Brian Yuzna, 1993); *Hemoglobina* (*Bleeders*. Peter Svatek, 1997), inspirada en "El miedo que acecha"; las curiosidades retro *La llamada de Cthulhu* (*The Call of Cthulhu*. Andrew Leman, 2005) y *The Whisperer in Darkness* (Sean Branney, 2011), ambas producidas por la HP Lovecraft Historical Society, las delirantes producciones del italiano Ivan Zuccon e incluso la bilogía española de *La herencia Valdemar* (José Luis Alemán, 2010). Por supuesto, hay para todos los gustos y disgustos, y los amantes del escritor y sus criaturas arcanas procedentes de más allá del espacio y el tiempo siguen esperando, desde hace oscuros eones, la gran superproducción *lovecraftiana*, esa versión de *En las montañas de la locura* que nadie deja rodar a Guillermo del Toro, porque —¡agárrense que vienen curvas!— la historia acaba mal.

Visto lo visto, *Re-Sonator* y el resto de adaptaciones debidas a Stuart Gordon y sus amigos Brian Yuzna y Dennis Paoli, son de lo mejorcito y más memorable, si bien el relato original, ejemplo específico de la modernidad *lovecraftiana* que tanto impacta hoy en los filósofos del Realismo Especulativo, ha sido citado también como una de las fuentes de inspiración del curioso filme de horror conspiranoico *Banshee Chapter* (Blair Erickson, 2013), mientras el canadiense Martin Villeneuve —hermano de Denis—,

artista de cómic en la tradición de *Métal Hurlant*, director de la apreciable *Mars et Avril* (2012), basada en su propia serie de álbumes de ciencia ficción, y amigo de dibujantes como François Schuiten, anuncia una nueva versión que estaría ya en fase de preproducción. *Ïa Ïa Cthulhu fhtang nang!!!!*

DEL MÁS ALLÁ[1]

Terrible, más allá de rodo extremo, fue el cambio que tuvo lugar en Crawford Tillinghast, mi mejor amigo. No le había visto desde aquel día —dos meses y medio antes— en el que me explicó hacia dónde estaban encaminadas sus investigaciones orgánicas y metafísicas. Entonces respondió a mis temerosas y casi aterrorizadas recomendaciones echándome de su laboratorio y de su casa en un estallido de fanática ira. Luego he sabido que, a partir de ese momento, permaneció la mayor parte del tiempo encerrado en el laboratorio del ático con aquel maldito mecanismo eléctrico, apenas sin comer y prohibiendo la entrada a los criados; jamás habría pensado que ese corto periodo de diez semanas pudiera alterar y desfigurar de tal manera a cualquier criatura humana. No resulta muy agradable ver cómo un hombre robusto adelgaza repentinamente, y aún menos que su piel se ponga grisácea y amarillenta, que se le hundan las cuencas oculares y se llenen de ojeras, a pesar de que emitan un extraño fulgor, que la frente se le llene de arrugas y venas abultadas, y que le tiemblen y se le crispen las manos. Y si a eso se le añade una repugnante falta de asco, una desidia absoluta a la hora de vestir, una enmarañada y negra cabellera poblada de canas en la base, y una barba descuidada y blanca sobre un rostro antaño siempre bien afeitado, el efecto general resulta escandaloso. Pero ése era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que llamé a su puerta tras recibir su incoherente mensaje, después de varias semanas de exilio; ése fue el espectro tambaleante que me hizo pasar, con una vela en la mano, mientras me miraba furtivamente por encima del hombro, como si temiera la aparición de unos seres invisibles en el interior de aquella casa vetusta y solitaria que se levantaba en Benevolent Street.

Fue un error que Crawford Tillinghast se dedicara al estudio de la ciencia y la filosofía. Esas materias deberían estar reservadas al investigador frío e impersonal, ya que ofrecen dos caminos igualmente trágicos al hombre sensible y de acción; la desesperación si fracasa en sus estudios, y el espanto más inaudito e inimaginable si triunfa, Tillinghast ya había sido víctima del fracaso, de la soledad y la melancolía; pero ahora comprendí, con un terror nauseabundo, que había alcanzado el éxito. Desde luego, se lo había advertido diez semanas antes, cuando me soltó de golpe la historia de lo que creía estar

a punto de descubrir. Entonces estaba muy nervioso y excitado, y hablaba a gritos y de forma poco natural, aunque siempre con voz pedante.

—¿Qué sabemos nosotros —había dicho— del mundo y del universo que nos rodea? Nuestros medios para captar información resultan absurdamente escasos, y nuestra noción de los objetos que nos circundan infinitamente estrecha. Sólo vemos las cosas de acuerdo a los órganos con que las percibimos, y nos resulta imposible formarnos una idea de su naturaleza absoluta. Pretendemos abarcar el cosmos complejo e infinito por medio de cinco débiles sentidos, cuando otras existencias dotadas de una serie de sentidos más amplios, poderosos o diferentes, no sólo podrían ver cosas totalmente distintas de las que nosotros percibimos, sino que también serían capaces de estudiar y descubrir mundos enteros llenos de materia, energía y vida que se hallan en contacto con nosotros, aunque resultan inaccesibles a los sentidos de los que actualmente disponemos. Siempre he creído que esos mundos extraños e inalcanzables se encuentran muy cerca de nosotros, *y ahora estoy seguro de haber encontrado un medio para traspasar la barrera*. No bromeo. Dentro de veinticuatro horas, esa máquina que hay cerca de la mesa generará ondas que actuarán sobre ciertos órganos sensoriales que habitan en nuestro interior en un estado rudimentario y de atrofia. Esas ondas nos descubrirán numerosas perspectivas desconocidas para el hombre, algunas de las cuales están completamente ignoradas por todo lo que nosotros consideramos vida orgánica. Contemplaremos lo que hace aullar a los perros durante la noche, y descubriremos por qué los gatos enderezan las orejas atentos después de las doce. Veremos todas esas cosas, y muchas otras que ningún ser vivo ha sido capaz de advertir hasta ahora. Traspasaremos el espacio, el tiempo y las dimensiones, y sin desplazamiento corporal alguno nos asomaremos al borde de la creación.

Cuando Tillinghast dijo todas estas cosas, yo protesté acaloradamente, pues le conocía lo suficiente para sentirme más asustado que divertido; pero era un fanático y me hizo salir de su casa. Ahora no se mostraba menos fanático, pero sus deseos de hablar habían vencido a sus resentimientos, y me había escrito imperiosamente con una letra que apenas podía reconocer. Mientras accedía a la morada del amigo tan súbitamente transformado en una especie de gárgola temblorosa, me sentí contagiado por el terror que parecía acechar detrás de las sombras. Las palabras y afirmaciones manifestadas diez semanas antes parecían tomar cuerpo en la oscuridad que se cernía alrededor del círculo de luz de la vela, y me estremecí al escuchar la voz cavernosa y excitada de mi anfitrión. Deseé que los criados estuvieran cerca, y no me

agradó que me dijera que lo habían abandonado tres días antes. Resultaba extraño que, cuando menos el viejo Gregory, hubiese dejado a su señor sin habérselo comunicado a un amigo fiel como yo. Fue él quien me mantuvo informado de. rodo lo relacionado con Tillinghast desde que éste me echara sin contemplaciones de su casa.

Sin embargo, no tardé en subordinar todos mis miedos a la progresiva curiosidad y fascinación que me envolvía. Tan sólo podía hacer conjeturas de por qué Crawford Tillinghast me había hecho llamar, pero no dudaba en absoluto de que tenía algún secreto prodigioso o descubrimiento que compartir. Antaño había censurado sus anormales indagaciones de lo extraordinario, pero ahora que evidentemente había logrado tener éxito, de una u otra manera, casi participaba de su estado de ánimo, aunque el coste de. esa victoria parecía en verdad terrible. Fui tras él escaleras arriba en medio de la oscuridad de su caserón, siguiendo la llama vacilante de la vela que sostenía la mano de aquella temblorosa parodia de hombre. Al parecer, la electricidad estaba desconectada, y, al preguntárselo a mi guía, me explicó que era por un motivo concreto.

—Sería demasiado… No me atrevería —siguió murmurando.

Observé especialmente el nuevo hábito que había adquirido de susurrar siempre, ya que jamás solía hablar consigo mismo. Entramos en el laboratorio del ático y contemple aquel detestable mecanismo eléctrico que relucía con una enfermiza y siniestra luminosidad violera. Estaba conectado a una potente batería química, aunque no parecía recibir ningún tipo de corriente, porque recordaba que, en su fase experimental, chispeaba y zumbaba al estar en funcionamiento. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast murmuró que aquel resplandor perpetuo no era eléctrico en el sentido que yo lo entendía.

A continuación me hizo sentar cerca de la máquina, de manera que quedaba a mi derecha, y conectó un interruptor que se encontraba debajo de una maraña de bombillas. De inmediato comenzaron los acostumbrados chisporroteos, que más tarde se convinieron en runruneas, hasta que, al fin, tan sólo hubo tina especie de zumbido tenue que parecía volver a dar paso al silencio. Entretanto, la luminosidad había aumentado, disminuido otra vez, y adquirido una pálida y extra ña coloración (o mezcla de colores) que yo no podría situar ni describir. Tillinghast había estado observándome, y se percató de mi expresión de asombro.

—¿Sabes qué es eso? —susurró—. ¡Son rayos ultravioleta! —ante mi sorpresa, rió entre dientes de una forma extraña—. Tú creías que eran

invisibles, y así es… pero *ahora* puedes verlos, al igual que otras muchas cosas invisibles.

»¡Escucha! Las ondas de ese aparato están despertando miles de sentidos aletargados latentes en nosotros; sentidos que hemos heredado durante los evos de evolución que han transcurrido entre el estado de unos simples electrones inconexos hasta su posterior desarrollo en organismos humanos. Yo he visto la *verdad*, y pretendo enseñártela. ¿Te gustaría saber cómo es? Pues te lo diré —aquí Tillinghast se sentó frente a mí, apagó la vela de un soplo y me miró directamente a los ojos—. Los órganos sensoriales de los que dispones, creo que los oídos en primer lugar, captarán muchas de las impresiones, pues se hallan estrechamente conectados con los órganos adormecidos. Luego lo harán otros. ¿Has oído algo acerca de la glándula pineal? Me río de la superficial ciencia endocrinológica, en la que se sustentan los falsos y advenedizos freudianos. Esa glándula es el mayor órgano sensorial… *yo lo he descubierto*. Es como la visión final, y transmite estampas visuales al cerebro. Si eres un sujeto normal, ésa es la manera en la que debes captarlo casi todo… me refiero a captar casi toda la esencia del *más allá*.

Miré la enorme habitación del ático, con su inclinada pared meridional, iluminada apenas por los rayos habitualmente invisibles a los ojos ordinarios. Las esquinas más alejadas se hallaban sumidas en sombras, y toda la estancia había adoptado una brumosa irrealidad que oscurecía su naturaleza e invitaba a la imaginación a ver extraños símbolos y fantasmas. Durante el intervalo que Tillinghast permaneció en silencio, me imaginé en medio de un templo inmenso e increíble dedicado a unos dioses tiempo atrás desaparecidos, un edificio nebuloso de innumerables columnas de piedra negra que se erguían sobre un pavimento de losas húmedas y ascendían a unas alturas vaporosas más allá de mi campo de visión. La estampa resultó muy real durante un rato, pero poco a poco fue dando paso a una representación más terrible: la de la soledad más absoluta y profunda en un espacio infinito carente de sonidos y visiones. Era como un vacío, nada más, y sentí un miedo infantil que me impulsó a sacar del bolsillo trasero del pantalón el revólver que siempre llevo por las noches desde que me asaltaron en East Providence. Luego, de los rincones más apartados, el *sonido* fue cobrando suavemente realidad. Era infinitamente tenue, sutilmente vibrante e inequívocamente musical, pero tenía tal calidad de indescriptible frenesí que su impacto me hizo sentir una delicada tortura por todo mi cuerpo. Experimenté la misma sensación que nos produce el arañazo fortuito sobre un cristal esmerilado. Al mismo tiempo,

noté algo parecido a una corriente de aire frío, que pasó junto a mí en dirección a la fuente del distante sonido. Mientras esperaba con la respiración contenida, percibí que, tanto el ruido como la corriente de aire, iban en aumento; esta conjunción de hechos me produjo la extraña sensación de estar arado a unos raíles por los que se acercaba una gigantesca locomotora. Empecé a hablarle a Tillinghast y, al hacerlo, se desvanecieron de inmediato todas esas extrañas sensaciones. De nuevo, tan sólo veía al hombre, la máquina resplandeciente y el nebuloso apartamento. Tillinghast sonrió de una manera repugnante al ver el revólver que yo había sacado casi sin darme cuenta; pero por su expresión supe con total seguridad que él también había visto y oído lo mismo que yo, o, posiblemente, bastante más. Le susurré lo que había sentido, y él me aconsejó que permaneciera lo más quiero y receptivo posible.

—No te muevas —me advirtió—, pues con esos rayos *pueden vemos tan bien como nosotros les vemos*. Ya te he dicho que los criados se fue ron, pero no te he explicado *cómo*. Fue por culpa de esa estúpida ama de llaves; encendió las luces de abajo tras haberla advertido de que no lo hiciera, y los cables captaron vibraciones simpáticas. Debió de ser algo espantoso; pude oír los gritos desde aquí, a pesar de todo lo que escuchaba y veía procedente de otra dirección; y más adelante me quedé horrorizado al descubrir los montones de ropa dispersos por toda la casa. Las prendas de la señora Updike estaban junto al recibidor… por eso sé que fue ella la que encendió. Pero mientras no nos movamos estaremos a salvo. Recuerda que nos enfrentamos con un mundo terrible ante el cual estamos prácticamente desamparados… *¡Quédate quieto!*

El impacto combinado de la revelación y de la brusca orden me causó una especie de parálisis y acosado por el terror, mi cerebro se abrió de nuevo a las emociones que procedían de lo que Tillinghast llamaba el *«más allá»*. Me encontraba ahora sumido en un torbellino de sonidos y movimiento, acompañado de confusas visiones que se representaban ante mis ojos. Veía los contornos borrosos de la habitación, pero de algún lugar del espacio parecía brotar una burbujeante columna de nubes o de formas irreconocibles que traspasaban el sólido techo justo un poco a la derecha y por encima de mi cabeza. Luego volví a vislumbrar esa especie de templo, pero esta vez los pilares llegaban hasta un océano aéreo de luz, que emitía un rayo cegador sobre la nebulosa columna que había visto antes. Después, la escena se tornó casi en una especie de calidoscopio; y en esa mezcla de imágenes, sonidos e impresiones sensoriales indefinibles, sentí que estaba a punto de disolverme o

de perder, de alguna manera, mi forma sólida. Siempre recordaré un resplandor definitivo. Por un instante, me pareció entrever un pedazo de un extraño cielo nocturno poblado de luminosas y bullentes esferas; y mientras desaparecía, vi que los soles resplandecientes formaban una constelación o galaxia de trazado bien definido, un trazado que se correspondía con el rostro desfigurado de Crawford Tillinghast. Un poco después, sentí que unos seres animados y gigantescos pasaban rozándome, *o caminaban o se deslizaban a través de mi cuerpo supuestamente sólido*; y me dio la sensación de que Tillinghast los observaba como si sus sencidos, mucho mejor adiestrados que los míos, pudieran captarlos visualmente. Recordé lo que había comentado acerca de la glándula pineal, y me pregunté qué estaría viendo con su mirada sobrenatural.

De repente, yo también fui poseído por una especie de visión aumentada. Alrededor y por encima de aquel caos luminoso y sombrío se hizo patente una imagen que, aunque vaga, albergaba ciertos elementos de consistencia y perpetuidad. En realidad, se trataba de algo familiar, ya que su parce insólita se superponía al simple escenario terrestre de la misma manera que una proyección cinematográfica se dibuja sobre el telón pintado de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica y la deforme figura de Tillinghast enfrente de mí; pero no había ni un solo rincón libre de los acostumbrados objetos materiales, y ninguna fracción de espacio se encontraba vacía. Un sinfín de formas indescriptibles, vivas o no, se entremezclaban en un caos repugnante; y junto a los objetos conocidos había mundos enteros repletos de entidades ignoras y alienígenas. Era como si todas las cosas cotidianas se combinaran con otras totalmente desconocidas, y viceversa. Y sobre todo, entre las entidades vivas pululaban unas monstruosidades enormes, gelatinosas y negras como la tinta que se estremecían flácidas en armonía con las vibraciones procedentes de la máquina. Estaban presentes en repugnante profusión, y, horrorizado, descubrí que se *superponían*, que eran semilíquidas y capaces de interpenetrarse entre ellas y atravesar lo que nosotros consideramos cuerpos sólidos. Estos seres jamás permanecían quietos, sino que parecían flotar alrededor con algún propósito maligno. A veces parecían devorarse mutuamente, precipitándose el atacante sobre la víctima y haciéndola desaparecer de la vista al instante. Con un estremecimiento creí saber qué era lo que había eliminado al desafortunado subalterno, y ya no podía aparrar aquellas cosas de mi mente mientras me esforzaba por captar nuevos detalles de este mundo inédito que bulle invisible a nuestro alrededor. Pero Tillinghast me había estado observando y ahora se puso a hablar.

—¿Los ves? ¿Los ves? ¿Ves a esos seres que flotan y aletean en torno a ti, y a través de ti, a cada instante de la vida? ¿Ves las criaturas que atestan lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿Acaso no he conseguido romper la barrera, no te he mostrado mundos que ningún otro ser vivo ha logrado contemplar? —oí que gritaba por encima del horripilante caos mientras miraba su rostro descompuesto ofensivamente cerca del mío. Sus ojos eran dos piras de fuego que me observaban con lo que ahora reconozco como un odio infinito. La máquina zumbaba de manera repugnante.

»¿Acaso crees que esos seres tambaleantes fueron los que aniquilaron a los criados? ¡Imbécil, ésos son inofensivos! Y sin embargo, los sirvientes han desaparecido, ¿no es cierto? Intentaste detenerme; me desanimabas cuando necesitaba hasta el más pequeño soplo de aliento; tenías miedo de la verdad cósmica, maldito cobarde; ¡pero ahora estás en mis manos! ¿Qué aniquiló a los criados? ¿Qué les hizo proferir esos gritos espantosos?… No lo sabes, ¿verdad? ¡Pronto lo vas a saber! Mírame; escucha lo que tengo que decirte. ¿En serio piensas que existen cosas tales como el tiempo y la magnitud? ¿Crees que la forma y la materia son algo real? ¡Pues yo te digo que he hollado profundidades que tu raquítico cerebro no puede ni imaginar! He mirado más allá de los confines del infinito y he conjurado a los demonios de las estrellas… He enjaezado a las sombras que cabalgan de mundo en mundo sembrando la muerte y la locura… El espacio me pertenece, ¿lo oyes? Hay cosas que ahora me persiguen, seres que devoran y se disuelven; pero sé cómo evitarlos. Será a ti a quien atrapen, como atraparon a los criados. ¿Tiemblas, querido colega? Te dije que era peligroso moverse. Te he salvado al decirte que permanecieras quieto, te he salvado para que pudieras ver más cosas y para que escucharas lo que tenía que decirte. Si te hubieras movido, ellos habrían caído sobre ti hace tiempo. No temas, no van a hacerte *daño*. Tampoco se lo hicieron a los criados; fue su *visión* lo que hizo gritar a aquellos pobres diablos. Mis mascotas no son demasiado hermosas, pues proceden de lugares cuyos cánones de belleza son… *bastante diferentes*. La desintegración resulta completamente indolora, te lo aseguro; *pero quiero que los veas*. Yo mismo estuve a punto de verlos, pero supe detenerlos a tiempo. ¿No sientes curiosidad? ¡Siempre supe que no eras un verdadero científico! Estás temblando, ¿eh? Temblando de ansiedad por ver los últimos seres que he descubierto. ¿Por qué no te mueves, entonces? ¿Cansado? Bueno, no te preocupes, amigo mío, *porque ya vienen.*.. ¡Mira! ¡Mira, maldito, mira!… Justo encima de tu hombro izquierdo…

Lo que falta por narrar es muy breve, y quizá os resulte familiar tras las noticias aparecidas en los periódicos. La policía escuchó un disparo procedente de la vieja casa Tillinghast y nos encontró a ambos en su interior: Tillinghast muerto y yo inconsciente. Me arrestaron porque tenía el revólver en la mano, pero me soltaron a las pocas horas, tras descubrir que un ataque de apoplejía había acabado con la vida de Tillinghast, y comprobar que mi disparo se había dirigido contra la nociva maquinaria que ahora reposaba inservible en el suelo del laboratorio. No hablé mucho de todo lo que había visto, ya que tenía miedo de que el forense se mostrara escéptico; pero por las vagas explicaciones que le di, el doctor me aseguró que, sin ninguna duda, había sido hipnotizado por aquel demente criminal y vengativo.

Me gustaría poder creerle. Mis destrozados nervios se calmarían mucho si apartara de mi mente lo que ahora pienso acerca del cielo y el aire que me rodea. Jamás me siento a solas ni a gusto, y a veces, cuando estoy cansado, me asalta una terrible sensación, como si alguien me persiguiera. Lo que me impide creer en el diagnóstico del doctor es un hecho muy simple: que la policía jamás pudo encontrar los cuerpos de los criados cuyas muertes achacan a Crawford Tillinghast.

John W. Campbell Jr.

Cuando en 1982 se estrenó *La cosa* (*The Thing*), el esperadísimo (supuesto) *remake* de John Carpenter, a esas alturas uno de los grandes del cine de horror, del clásico de ciencia ficción *El enigma de otro mundo* (*The Thing from Another World*. Christian Nyby, 1951), las reacciones sólo habrían podido ser peores si la mayoría de los críticos cinematográficos se hubieran transformado en seres tentaculados, multiformes y hambrientos, deseosos de triturar y devorar literalmente al director de *La noche de Halloween* (*Halloween*, 1978) y *La niebla* (*The Fog*, 1980). Lo cierto es que no estuvieron muy lejos de ello. Tildado de carnicero, de realizador sin imaginación ni escrúpulos, adalid del mal gusto, de la violencia y la víscera por amor a la víscera, entregado a la truculencia y el puro *shock value* ofensivo, gratuitamente estomagante y repulsivo, Carpenter tuvo que soportar que una película en el futuro reivindicada como uno de los mejores filmes de horror y ciencia ficción no sólo de su década, sino de la historia del cine, ensalzada por Tarantino y víctima a su vez de homenajes, imitaciones y secuelas (en este caso, precuela), lucra en su día un fracaso de público y crítica que durante un tiempo le obligara, relativamente, a batirse en retirada de sus posiciones más atrevidas y a tragarse la amarga hiel de saber que había revolucionado el lenguaje del cine de terror y las técnicas de efectos especiales, además de creado un clásico contemporáneo de contundencia rara vez igualada, que sabiamente combinaba géneros tan dispares como el *whodunit* o el western, llevándolos hasta extremos apocalípticos gracias a su reelaboración bajo el prisma del terror, la ciencia ficción e incluso el nihilismo cósmico *lovecraftiano…* Que no sólo nadie parecía apreciar o comprender, sino rodo lo contrario.

Por supuesto, hubo quien no se privó de comparar *La cosa* en términos negativos con respecto a su teórico modelo original, el filme de 1951 producido por Howard Hawks —uno de los ídolos cinematográficos de Carpenter—, y ejemplo del cine clásico de ciencia ficción de los 50, con su monstruo alienígena de aspecto humanoide y maneras simplonas, que, sin

renegar de sus méritos, que los tiene, está muy lejos de ser una obra maestra. Lo cierto y lo que pocos críticos de cine sabían es que *La cosa* de Carpenter era una adaptación notablemente fiel del relato original que había inspirado también *El enigma de otro mundo*, la novelita de John W. Campbell Jr. (1910-1971) "¿Quién anda ahí?", a su vez todo un clásico. Publicada por vez primera en el número de agosto de 1938 de la revista *Astounding Science Fiction*, con el seudónimo de Don A. Stuart (para evitar el cante de que fuera su propio autor, Campbell, quien dirigía por aquel entonces el mítico *pulp* de ciencia ficción), "Who Goes There?", como podrá comprobar el lector, se fundamenta, al igual que el filme de Carpenter, en la naturaleza proteica y suplantadora de la entidad alienígena rescatada y accidentalmente vuelta a la vida por los científicos que quedarán atrapados con ella en una base polar. Numerosos detalles de la película están tomados literalmente del relato, y otros fueron desarrollados por guionista y director partiendo de ideas o elementos también presentes en éste. Por mucho que se quiera alabar la película de los años 50, correcta, de visión agradable y con buen empleo del suspense, hay algo que impide no sólo que se trate de una verdadera versión de la obra de Campbell, sino que la priva también de cualquier atisbo de modernidad: en ella, el monstruo, la cosa, carece precisamente de cualquier poder proteico o telepático, lo que elimina por completo aquello que realmente hace apasionante todavía hoy la lectura del cuento y que es también el principal atractivo de su traslación fílmica por obra y gracia de Carpenter. El hecho de que cualquiera de los personajes pueda ser la Cosa, al ser ésta capaz de suplantar la forma y la mente de sus víctimas, tanto humanas como animales, provoca no sólo el elemental suspense en torno a la identidad de quién es, en definitiva, alienígena asesino y quién no, sino también el profundo horror a ser poseído por una mente ajena, a la vez que transformado y absorbido físicamente, como de forma tan imaginativa, gráfica y explícita mostraban los efectos especiales del filme de Carpenter. Un horror más profundo y literalmente meta-físico, que preludia el *body horror* y la nueva carne en el cuento, y que *La cosa*, gracias al increíble trabajo de maquillaje y efectos especiales creados por Rob Bottin, con la colaboración de Stan Winston, haría perfecta y completamente visible y hasta casi palpable, para fascinación de unos y disgusto de otros.

Aquí se comprueba una vez más cómo ciertos elementos constitutivos del cine de horror moderno, que estaban ya presentes o presentidos en la literatura del género, no podían en ningún caso encontrar apropiada traducción cinematográfica en el periodo clásico de Hollywood, tanto por ineficacia de

los efectos técnicos de la época, como por la diferencia de sensibilidad en el espectador. Con su adaptación de "¿Quién anda ahí?", rindiendo homenaje al filme de Nyby pero superándolo ampliamente en todos los aspectos, Carpenter puso a prueba, como hicieran Hitchcock en 1960 con *Psicosis* o Romero en 1968 con *La noche de los muertos vivientes*, el umbral de lo soportable y lo visible en el cine de horror moderno. Como todos los pioneros, pagó el precio de la incomprensión y el desprecio, víctima tanto de la ignorancia de muchos —que ni siquiera conocían el relato de Campbell y no eran conscientes, ni se les importaba una higa, de la fidelidad del filme al cuento original— como de la falta de intuición, la pacatería y cobardía de un inmenso sector de la crítica, que durante años seguiría insistiendo en que el «cine de sangre y tripas» era basura que no merecía atención alguna ni estudios o análisis relevantes.

Hoy, *La cosa* es un clásico moderno. Influyó decisivamente en la evolución de los electos especiales y la sensibilidad del público. A través de su proteico y murante monstruo del espacio exterior manifestó la también proteica naturaleza del horror moderno, físico pero a la vez psicológico, tendente a la mezcla bastarda de géneros y que hace de lo gráfico y visceral virtud. Ha conocido una mediocre precuela, *La cosa* (*The Thing*. Matthijs van Heijningen Jr., 2011), inspirado episodios de *Expediente X*, *Star Trek, la nueva generación* y otras series, Guillermo del Toro o Tarantino la han citado entre sus películas favoritas —también lo es de su director—, y el último le rinde homenaje en *Los odiosos ocho* (*The Hateful Eight*, 2015). Pero aquí estamos para recordar también y sobre todo que se trata de una fiel adaptación de la novela corta de John W. Campbell Jr., todo un ejemplo de la Edad de Oro de la ciencia ficción literaria, que influyera seguramente en la novela y película(s) *La invasión de los ladrones de cuerpos*, y hasta en joyas de la Serie B como *Pánico en el Transiberiano* (1972), coproducción hispano-británica de Eugenio Martín a mayor gloria de Peter Cushing y Christopher Lee, o *Hidden* (*Lo oculto*) (*The Hidden*. Jack Sholder, 1987). Por otra parre, el caso de *La cosa es* paradigmático de una época donde los *remakes* eran mucho, pero mucho más que eso: *Carga maldita* (*Sorcerer*. William Friedkin, 1977), *La invasión de los ultracuerpos* (*Invasión of the Body Snatchers*. Philip TGufman, 1978), *Drácula* (John Badham, 1979), *El beso de la pantera* (*Cat People*, Paul Schrader, 1982), *La mosca* (*The Fly*. David Cronenberg, 1986), *La tienda de los horrores* (*Little Shop of Horrors*. Frank Oz, 1986), *The Blob. El terror no tiene forma* (*The Blob*. Chuck Russell, 1988) o *El cabo del miedo* (*Cape Fear*. Martin Scorsese, 1991), fueron todos ejemplares

reelaboraciones de títulos más o menos míticos que llevaban radicalmente y sin prejuicios a la modernidad y hasta a la posmodernidad, de forma imaginativa y eficaz, superando los logros e intenciones de sus modelos originales. La mayoría —sálvese quien pueda— fueron, como *La cosa*, vilipendiados y reprobados públicamente por la crítica cinematográfica y son hoy, por supuesto, obras de culto. Qué cosa.

¿QUIÉN ANDA AHÍ?[1]

CAPÍTULO 1

El lugar hedía. Una peste extraña que tan sólo se conoce en las cabinas enterradas en hielo de un campamento en la Antártida: una mezcla de sudor humano hediondo y el tufo pesado y aceitoso de grasa de foca. Un ligero olor a linimento combatía la pestilencia a humedad de pieles empapadas de sudor y nieve. El olor acre de manteca de cocinar quemada y el olor animal de los perros, matizado por el paso del tiempo, flotaba en el aire.

El olor persistente de aceite de motor contrastaba marcadamente con el tufo de los arneses y la piel.

Sin embargo, de alguna forma, a través de todo ese hedor de seres humanos y sus asociados (perros, máquinas y cocina) se percibía otro olor. Era algo extraño que erizaba los cabellos, una sutil nota ajena a los olores de la industria y la vida terrestre. Aun así era un olor de algo vivo. Manaba de la cosa que yacía atada con cuerdas y cubierta con una lona en la mesa, descongelándose lenta y metódicamente sobre la gruesa tabla, una criatura húmeda y macilenta bajo el crudo resplandor de la luz eléctrica.

Blair, el biólogo canijo y calvo de la expedición, tiró nerviosamente de la lona, dejando expuesto el siniestro trozo de hielo transparente y luego volvió a taparlo rápidamente. Sus acelerados movimientos de impaciencia reprimida como de pájaro hacían bailotear su sombra; la franja de cabello hirsuto y encanecido que bordeaba la superficie del cráneo pelado se veía como un halo cómico sobre la cabeza de la sombra.

El comandante Garry colocó a un lado un conjunto de cómoda ropa interior y se acercó a la mesa.

Paseó la mirada lentamente por el círculo de hombres hacinados como sardinas en el Edificio Administrativo. Tras unos segundos, enderezó torilmente su cuerpo alto y rígido y asintió.

—Treinta y siete, todos aquí. —Su voz se oyó baja, y sin embargo se distinguía el claro tono de autoridad de un comandante por naturaleza, y por título—. Ya conocéis a grandes rasgos la historia del descubrí miento que realizó la Expedición al Polo Magnético Secundario. He estado consultando con el Segundo al mando McReady, y con Norris, así como con Blair y el

doctor Copper. Hay divergencia de opiniones, y ya que la decisión involucra a todo el grupo es justo que el personal de la Expedición al completo tome parte en ella.

»Voy a pedir a McReady que os proporcione los detalles de la historia, porque todos vosotros habéis estado demasiado ocupados con vuestras propias tareas para poder seguir de cerca las ocupaciones de otros. ¿McReady?

Saliendo del fondo de humo azulado, McReady avanzó como un personaje de algún mito olvidado; una estatua de bronce amenazante que hubiera retenido la vida y pudiera moverse. Con una altura de un metro y noventa y tres centímetros, se detuvo junto a la mesa y, echando su característica ojeada hacia arriba para asegurarse espacio bajo las vigas del techo, se enderezó del todo. Aún llevaba puesto su grueso anorak naranja chillón, y sin embargo no parecía desentonar con su corpulencia. Incluso aquí, a más de un metro bajo la ventisca que azotaba las baldías inmensidades de la Antártida, el frío del continente helado se filtraba al interior, dando pleno sentido a la dureza del hombre. Él mismo era de bronce: su larga barba era de color bronce rojizo, y la mata de cabello del mismo color; las nudosas y nervudas manos que se tensaban y se relajaban intermitentemente sobre las tablas de la mesa eran de bronce; incluso los ojos profundamente hundidos bajo espesas cejas eran de bronce.

Una dureza de metal resistente al paso del tiempo moldeaba las hoscas y duras facciones de su rostro, y las suaves inflexiones de su voz grave.

—Norris y Blair están de acuerdo en una cosa; que el animal que encontramos no es de origen… terrestre. Norris teme que esto suponga un peligro, y Blair dice que no hay ninguno.

»Pero retrocederé ahora en el relato hasta cómo y por qué lo encontramos. Según lo que se sabía antes de que llegáramos aquí, este punto está exactamente sobre el Polo Magnético Sur de la Tierra. La brújula apunta directamente aquí, como todos sabéis. Los instrumentos más delicados de los físicos, instrumentos especialmente diseñados para esta expedición y el estudio del polo magnético, detectaron una fuerza secundaria, un campo magnético menos poderoso a unos ciento veintinueve kilómetros al sureste de aquí.

»La Expedición al Polo Magnético Secundario partió para investigarlo. No es necesario dar más detalles. Lo encontramos, pero no se trataba de un meteorito enorme o una montaña magnética como Norris había esperado encontrar. El mineral de hierro es magnético, por supuesto; y el hierro aún

más… y otros metales son incluso más magnéticos. Por los indicios en la superficie, el polo secundario que hallamos era de pequeño tamaño, tan pequeño que el efecto magnético que poseía resultaba absurdo. Ningún material conocido tiene semejante fuerza. Resonancias a través del hielo indicaron que estaba a unos treinta metros de la superficie del glaciar.

»Creo que deberíais conocer la geografía del lugar. Hay una ancha meseta, una elevación que se extiende más de doscientos cuarenta kilómetros hacia el sur desde la estación secundaria, según informa Van Wall. No tuvo tiempo ni combustible para volar más allá, pero rodo iba perfectamente en el sur por aquel entonces. Justo allí, donde estaba enterrada aquella cosa, hay una cadena montañosa cubierta de hielo, una pared de granito de imperturbable fuerza que ha contenido el hielo que avanza desde el sur.

»Y casi seiscientos cincuenta kilómetros al sur está la Meseta Polar Sur. Me habéis preguntado en varias ocasiones por qué aumenta la temperatura aquí cuando se levanta el viento, y la mayoría de vosotros lo sabe. Como meteorólogo he empeñado mi palabra en que no puede soplar viento alguno a una temperatura de -57°, que a -45° de temperatura tan sólo podría soplar un viento de 8 kilómetros por hora, sin causar calentamiento por fricción con el suelo, la nieve, el hielo y el propio aire.

»Acampamos allí durante doce días, sobre el borde de aquella cadena montañosa enterrada bajo el hielo. Montamos el campamento picando sobre la superficie de hielo azul, y esperamos a que amainara el viento. Pero durante doce días consecutivos el viento sopló a setenta y dos kilómetros por hora. Luego aumentaba hasta setenta y siete, y en ocasiones caía hasta sesenta y seis. La temperatura era de -53°. Aumentó a -50° y volvió a caer a -55°. Era meteorológicamente imposible, y continuó así ininterrumpidamente durante doce días y doce noches.

»Desde algún punto del sur, el aire helado de la Meseta Polar Sur baja desde esa cuenca de cinco kilómetros y medio, se desliza por un paso de montaña, cruza un glaciar y se dirige hacia el norte. Debe de haber una cadena montañosa en forma de embudo que canaliza el viento y lo deja correr durante seiscientos cuarenta y cuatro kilómetros hasta alcanzar aquella meseta baldía donde encontramos el polo secundario, y tras avanzar quinientos sesenta y tres kilómetros hacia el norte llega hasta el Océano Antártico.

»Aquel lugar ha permanecido bajo el hielo glaciar desde que la Antártida se heló hace veinte millones de años. Jamás se ha producido ninguna descongelación allí.

»Hace veinte millones de años la Antártida comenzó a helarse. Hemos investigado, reflexionado y construido algunas hipótesis. Lo que creemos que ocurrió es más o menos lo siguiente:

»Algo vino del espacio exterior, una nave. Lo vimos allí en el hielo azul, un objeto similar a un submarino sin torre de mando o hélices de dirección, unos ochenta y cinco metros de largo y catorce metros de diámetro en el punto más ancho… ¿Qué dices, Van Malí? ¿El espacio? Sí, pero explicaré eso más adelante. —McReady continuó con tono reposado—. Esa nave bajó del espacio exterior, impulsada y elevada por una energía aún desconocida por los hombres, y por algún motivo (quizás algún fallo técnico) fue absorbida por el campo magnético de la

Tierra. Llegó aquí al sur, probablemente fuera de control, dando vuelcas alrededor del polo magnético. Este es un paraje salvaje, pero cuando la Antártida estaba aún en proceso de congelación debió de haber sido mil veces más salvaje. Debió de haber tormentas de nieve, y ventiscas, y nieve nueva cayó sobre el continente helado. Los torbellinos debieron de ser continuos, y el viento arrojaba una cortina sólida de nieve sobre la cima de aquella montaña ahora enterrada.

»La nave impactó frontalmente contra el granito sólido, y se rompió. No todos los pasajeros murieron, pero la nave debió de quedar totalmente inservible y su mecanismo propulsor averiado. Norris cree que fue atraída por el campo magnético terrestre. Ningún objeto fabricado por seres inteligentes puede sobrevivir a la atracción de la enorme inmensidad de las fuerzas naturales del planeta.

»Uno de sus pasajeros salió. El viento que vimos allí nunca baja de sesenta y seis kilómetros por hora, y la temperatura nunca se eleva a más de —50°. En aquel entonces el viento debía de ser incluso más fuerte. Y había ventisca cayendo en una cortina sólida. La “criatura” se perdió a tan sólo diez pasos de la nave.

McReady permaneció en silencio unos instantes, su voz neutra fue reemplazada por el zumbido del viento que soplaba sobre sus cabezas y el inquietante e insidioso borboteo de la cañería de la cocina.

Una fuerte ventisca barría la superficie sobre sus cabezas. En ese instante la nieve elevada por el susurrante viento se desplazaba horizontalmente, líneas cegadoras que laceraban el rostro del campamento enterrado. Si un hombre abandonaba los túneles que conectaban cada edificio del campamento por debajo de la superficie, se perdería en diez pasos. En el exterior, el delgado y negro dedo del mástil de la radio se alzaba unos noventa y dos

metros y en su punto más alto se veía el cielo nocturno despejado. Un ciclo de viento cortante y quejumbroso que soplaba constantemente desde un extremo al otro bajo el manto sinuoso y rizado de la aurora. Y por el norte, el horizonte ardía con los extraños y furiosos colores del crepúsculo de medianoche. Era primavera a noventa y dos metros sobre la Antártida.

La superficie… era mortalmente blanca. Una muerte de frío con dedos como agujas propulsadas por el viento, absorbiendo a su paso el calor de cualquier cosa cálida. El frío… y una cortina blanca de interminable e inextinguible ventisca, partículas extremadamente finas de nieve azotadora que oscurecían todas las cosas.

Kinner, el cocinero bajito con una cicatriz en el rostro, se estremeció. Cinco días atrás había salido a la superficie para coger un suministro de ternera congelada. Llegó allí, partió de regreso… y la ventisca comenzó a soplar del sur. La fría y blanca muerte que flotaba sobre la tierra lo cegó en veinte segundos. Avanzó en círculos a trompicones. Media hora más tarde algunos hombres arados a una cuerda guía lo encontraron en la impenetrable oscuridad.

Era fácil que un hombre, o una «cosa», se perdiera en tan sólo diez pasos.

—Y la ventisca por aquel entonces era probablemente más impenetrable de lo que es hoy —la voz de McReady sonó de pronto.

La mente de Kinner regresó a la estancia. Regresó haciendo que se alegrara por disfrutar de la húmeda calidez del Edificio de Administración.

—El pasajero de la nave tampoco estaba preparado, por lo visto. Se congeló a tan sólo tres metros de la nave.

»Cavamos para desenterrar la nave y nuestro túnel vertical terminó dando con el animal… congelado. El piolet de Barclay le golpeó el cráneo.

»Cuando vimos lo que era, Barclay regresó al tractor, encendió el motor y, mientras aumentaba la presión de vapor, pidió que avisaran a Blair y el doctor Copper. El propio Barclay cayó enfermo entonces. De hecho, permaneció enfermo durante tres días.

»Cuando Blair y Copper llegaron al lugar, cortamos el hielo que apresaba al animal en un bloque, tal como veis, lo cubrimos y lo cargamos en el tractor. Estábamos deseando entrar en la nave.

»Alcanzamos un lateral y descubrimos que el extraño vehículo estaba hecho de un metal desconocido. Nuestras herramientas antimagnéticas de berilio y bronce no le hicieron ni un solo rasguño en la superficie. Barclay transportaba en el tractor algunas herramientas para acero, pero tampoco

sirvieron de mucho. Realizamos las pruebas pertinentes… incluso lo intentamos con ácido de las baterías sin obtener ningún resultado.

»Debieron de utilizar algún tipo de proceso de pasivación que hace que el metal de magnesio resista el ácido de esa manera, y la aleación debió de contener como mínimo un noventa y cinco por ciento de magnesio. Pero no teníamos los medios para averiguarlo, así que cuando detectamos la puerta apenas entreabierta, cortamos el hielo por esa zona. Había hielo transparente y duro taponando la cerradura, a la que además no podíamos acceder. A través de la pequeña rendija se podía divisar el interior y vimos que tan sólo había metal y herramientas, así que decidimos desprender el hielo con un detonador.

»Llevábamos bombas de decanita y termita. La termita es un reblandecedor de hielo; la decanita podría haber destruido objetos valiosos, mientras que el calor de la termita tan sólo soltaría el hielo de alrededor. El doctor Copper, Norris y yo colocamos una bomba de termita de 11 kilos, la cableamos, y transportamos el detonador por el túnel a la superficie, donde Blair ya tenía el tractor de vapor listo. A unos noventa metros al otro lado de aquella pared de granito provocamos la detonación de la bomba de termita.

»Por supuesto, el metal de magnesio de la nave comenzó a arder. El resplandor de la bomba centelleó y murió, y entonces comenzó a centellear de nuevo. Corrimos de regreso al tractor mientras la luz comenzaba a aumentar gradualmente. Desde donde estábamos no podíamos ver toda la extensión de hielo iluminada desde abajo con una luz insoportable; la sombra de la nave era un cono grande y oscuro con el morro apuntando hacia el norte, donde el crepúsculo acababa de apagarse. Duró unos instantes, y comamos otras tres sombras que quizás fueron otros pasajeros congelados allí. Y entonces el hielo Comenzó a desplomarse sobre la nave.

»Ese es el motivo de que os haya descrito antes el lugar. El viento que soplaba del Polo estaba a nuestras espaldas.

»El vapor y las llamaradas de hidrógeno se dispersaron en forma de niebla helada blanca; el ardiente calor bajo el hielo viró hacia el Océano Antártico justo antes de que llegara hasta donde estábamos apostados. Si no hubiera sido así ahora no estaríamos vivos, incluso con la protección de aquel risco de granito que bloqueó la deslumbrante luz.

»De alguna manera, en medio de todo aquel infierno cegador pudimos vislumbrar enormes objetos encorvados, masas negras ardiendo.

»Incluso desprendieron durante un tiempo la furiosa incandescencia del magnesio. Debían de ser los motores, eso sí lo sabíamos. Secretos que se destruían en una fulgurante gloria… secretos que podrían haber puesto los

planetas al alcance del Hombre. Eran objetos misteriosos capaces de elevar y propulsar esa nave… y que habían absorbido la fuerza del campo magnético de la Tierra. Vi que la boca de Norris se movía y que se agachaba. No pude oír lo que decía.

»El aislamiento, u otra cosa, cedió Todo el campo magnético terrestre que la nave había absorbido hacía veinte millones de años su liberó en ese instante. La aurora se desplazó en el cielo y toda la meseta quedó bañada en un fuego gélido que cubrió la visión. El piolet que sujetaba en la mano se puso al rojo vivo y cuando lo solté siseó sobre la nieve. Los botones de metal en mi ropa me quemaron la piel. Y un destello de azul eléctrico se alzó con fuerza por detrás de la pared de granito.

»Entonces los muros de hielo se desmoronaron sobre la montaña. Durante un instante chirrió como chirría el hielo seco cuando es presionado entre metal.

»El destello nos cegó y avanzamos a tientas en la oscuridad durante horas mientras nuestros ojos se recuperaban. Descubrimos que todas las bobinas se habían derretido quedando hechas un amasijo, también la dinamo y todos los aparatos de radio, los auriculares y los micrófonos. Si no hubiéramos tenido el tractor de vapor, jamás hubiéramos logrado llegar al campamento secundario.

»Al salir el sol Van Wall voló desde el Gran Imán hasta donde estábamos, como ya sabéis. Volvimos a casa tan pronto como pudimos. Y esa es la historia de… eso —y la gran barba de bronce de McReady señaló la cosa sobre la mesa.

CAPÍTULO 2

Blair se removió incómodo, sus diminutos y huesudos dedos se retorcían bajo la dura luz. Las pequeñas pecas marrones de sus nudillos se movían hacia atrás y hacia delante con cada contracción nerviosa de los tendones bajo la piel. Descorrió un poco la lona y miró con impaciencia al ser apresado en el bloque de hielo.

McReady enderezó su enorme cuerpo. Había conducido a trompicones el chirriante tractor de vapor sesenta y cuatro kilómetros ese día, dirigiéndose lentamente hacia el Gran Imán.

Incluso su firme y serena determinación había resultado socavada por la ansiedad que le causaba mezclarse de nuevo con humanos. El Campamento Secundario era solitario y silencioso, donde un viento aullante soplaba desde el Polo. El aullido del viento ocupaba sus sueños, las ráfagas zumbantes y el

hielo transparente azulado, y un piolet de bronce enterrado en el cráneo de la criatura.

El meteorólogo gigante volvió a hablar:

—El problema es el siguiente. Blair quiere examinar la cosa. Descongelarla y recolectar unas cuantas muestras de sus tejidos y otros análisis. Norris no cree que sea seguro, pero Blair sí. El doctor Copper está bastante de acuerdo con Blair. Norris es físico, por supuesto, no biólogo. Pero tiene una hipótesis que todos deberíamos oír. Blair ha descrito las formas de vida microscópicas que los biólogos han hallado incluso en este frío e inhóspito lugar. Sufren un proceso de congelación todos los inviernos y se descongelan todos los veranos en tres meses, y viven.

»Lo que Norris opina es que… si se descongelan y viven otra vez… debe de haber vida microscópica asociada con esta criatura. La hay asociada con todos los seres vivos que conocemos. Y Norris teme que se desate una plaga… algún tipo de enfermedad infecciosa desconocida en la Tierra… si descongelamos esas cosas microscópicas que han estado congeladas durante veinte millones de años.

»Blair reconoce que tal vida microscópica podría tener la capacidad de vivir. Tales seres desorganizados como células individuales pueden retener la vitalidad durante periodos desconocidos, después de una total congelación. Pero la criatura es comparable a aquellos mamuts congelados que se encuentran en Siberia. Las formas de vida organizada y altamente desarrollada no pueden soportar ese proceso.

»Pero la vida microscópica puede. Norris sugiere que podríamos liberar algún tipo de agente patológico ante el cual el hombre, al desconocerlo, estaría totalmente indefenso.

»La respuesta de Blair es que podrían existir tales gérmenes aún con vida, pero que Norris ha analizado el caso incorrectamente. Esas formas de vida están desprotegidas frente al hombre. A nuestra química vital, probablemente…

—Probablemente —la cabeza del pequeño biólogo se levantó con un movimiento rápido, de pájaro. El halo de pelo canoso alrededor de su calva se agitó como mostrando su enfado—. Je… sólo hace falta un vistazo…

—Lo sé —reconoció McReady—. El ser no es terrestre. No parece probable que pueda tener una química vital lo suficientemente similar a la nuestra para hacer que una infección pueda ser ni remotamente posible. Yo diría que no hay peligro.

McReady miró al doctor Copper. El médico sacudió la cabeza lentamente antes de hablar.

—Sin embargo —afirmó con firmeza—, el hombre no puede infectar o ser infectado por gérmenes que viven en parientes tan relativamente cercanos como las serpientes. Y puedo asegurarles que son —en su rostro recién afeitado se dibujó una sonrisa forzada— mucho más cercanas a nosotros que eso de ahí.

Vanee Norris se removió molesto. Era bajito en esta reunión de hombres grandes, alrededor de un metro y setenta centímetros de altura, y su poderoso y ancho cuerpo lo hacía parecer aún más bajo. Su cabello negro era rizado y duro, como cables cortos de acero, y sus ojos eran grises como el acero molido. Si McReady era un hombre de bronce, Norris era de acero. Sus movimientos, sus pensamientos, todo su porte tenía el rápido y duro impulso de un muelle de acero. Sus nervios eran de acero… duros, rápidos, y de rápida corrosión.

Estaba en ese momento totalmente convencido de su argumento, y lo esgrimió en su defensa con su característico, rápido y entrecortado alud de palabras.

—A la mierda con la química distinta. Esa cosa puede que esté muerta (o, por todos los santos, podría no estarlo), pero no me gusta. Al infierno, Blair, deja que todos vean la monstruosidad que andas mimando allí. Déjales que vean la abominación y que decidan por sí mismos si quieren que esa cosa sea descongelada en este campamento.

»Por cierto… eso va a descongelarse en uno de los barracones esta noche, si finalmente es descongelado. Alguien… ¿quién hace guardia esta noche? Análisis magnéticos… oh, Connant. Esta noche es el turno de la medición de rayos cósmicos. Pues bien, te toca sentarte toda la noche con aquella momia de veinte millones de años.

»Destápala, Blair. ¿Cómo demonios van a saber lo que compran si no pueden verla? Quizá tenga distinta química. No sé qué más cosas tiene, pero lo que sí sé es que tiene algo que no quiero. Si podemos juzgar por la expresión de su rostro (esa cosa no es humana, así que quizás no podamos), estaba pero que muy enfadada cuando se congeló. Aunque no es tanto enfado como odio demente y enajenado lo que se ve en su expresión. Nadie parece querer abordar el rema.

»¿Cómo demonios van a poder estos pájaros saber qué están votando? No han visto esos tres ojos rojos, y esos mechones azules que se retuercen como

gusanos. Se retuercen… maldita sea, ¡ahora mismo están retorciéndose en el interior de ese bloque de hielo!

»Nada que haya nacido en este planeta ha poseído jamás la indescriptible sublimación de furia devastadora con la que esta cosa observó la desolación congelada que la rodeaba hace veinte millones de años. ¿Demente? No cabe duda que debió enloquecer… ¡una locura ardiente y abrasadora!

»Maldita sea, he tenido pesadillas desde que vi por primera vez esos tres ojos rojos. Sueños terribles. Soñé que esa cosa se descongelaba y regresaba a la vida… que no estaba muerta en realidad, ni tan siquiera totalmente inconsciente durante Lodos esos veinte millones de años, sino tan sólo con sus constantes vitales ralentizadas, esperando… esperando. Vosotros también soñareis, mientras esa maldita cosa que la Tierra no quiere acoger siga derritiéndose, derritiéndose en el Edificio Cosmos esta noche.

»Y Connant —Norris se giró hacia el especialista en rayos cósmicos—, re aseguro que pasarás un buen rato ahí sentado toda la noche en total silencio. El viento aullando allá arriba… y esa cosa de ahí goteando…

Se calló unos segundos, y miró a su alrededor.

—Lo sé. Lo que afirmo no es ciencia. Pero esto que voy a deciros lo es, es psicología. Tendréis pesadillas durante un año. Yo las he tenido todas las noches desde que lo vi por primera vez. Por eso detesto a esa criatura, y tanto que la detesto, y no la quiero cerca de mí. Ponedla de nuevo en el lugar del que vino y dejad que se congele otros veinte millones de años. He estado sufriendo pesadillas tremendas: que aquello no era como nosotros, lo cual es obvio, y que estaba hecho de una clase distinta de carne que la criatura podía moldear a su antojo. Que podía cambiar de tamaño y adquirir la apariencia de un hombre… con el único objetivo de matar y comer…

»No es una explicación lógica. Ya sé que no lo es. Pero, de todas formas, esa cosa no sigue la lógica terrestre. Quizás posea un cuerpo con una química corporal alienígena, y quizás sus microbios posean una química distinta. Un germen podría no sobrevivir, pero, Blair y Copper, ¿y si fuera un virus? Es tan sólo una enzima, como habéis explicado. Eso no necesitaría nada, tan sólo precisaría de una molécula de proteina de cualquier cuerpo para comenzar a propagarse.

»¿Y cómo podéis estar tan seguros de que, del millón de variedades de la vida microscópica que podría contener, ninguna de ellas es peligrosa? ¿Y qué hay de las enfermedades como la hidrofobia (la rabia) que ataca a cualquier criatura de sangre caliente, sea cual sea su química corporal? ¿Y la fiebre del loro? ¿Tienes el cuerpo como el de un loro, Blair? O la simple putrefacción

(gangrena), la necrosis… ¡A nada de eso le afecta lo más mínimo la diferencia de químicas corporales!

Blair levantó la vista de sus cacharros el tiempo suficiente para encontrarse con los iracundos y grises ojos de Norris durante un instante. Luego dijo:

—Hasta ahora lo único que has dicho que esta criatura puede provocarnos y que sea infeccioso son sueños. Y estoy dispuesto a aceptar eso —una mueca traviesa y ligeramente maligna cruzó la arrugada cara del hombrecillo—. Yo también los he tenido. Así pues, esa cosa nos infecta con sueños. Sin duda una enfermedad extremadamente peligrosa…

»En cuanto al resto de objeciones que has comentado, parece que tienes una idea muy equivocada sobre los virus. En primer lugar, nadie ha demostrado que la teoría de la enzima-molécula por sí sola los explique totalmente. Y en segundo lugar, si alguna vez contraes el virus de mosaico del tabaco o el hongo del trigo, avísame. Una planta de trigo es mucho más cercana a tu química corporal que esta criatura de otro mundo.

»Y en cuanto a la rabia, su impacto es limitado, bastante limitado. No la puedes contraer ni pasarla a una planta de trigo o un pez… que es un descendiente colateral de un antepasado común nuestro. Lo cual esta criatura, Norris, no lo es.

Blair señaló afablemente el bulto cubierto con la lona sobre la mesa.

Bueno, descongela la maldita cosa en un tanque de formalina —dijo Norris—, si es que finalmente se va a descongelar. Ya he sugerido eso antes…

—Y yo ya he dicho que no tendría ningún sentido —replicó Blair—. No hay solución intermedia. ¿Por qué tú y el comandante Garry vinisteis hasta aquí para estudiar magnetismo? ¿Por qué no os conformasteis con quedaros en vuestras casas? Hay suficiente fuerza magnética en Nueva York. Yo no podría estudiar la vida de esta criatura a partir de una muestra sumergida en formalina, al igual que vosotros no podríais obtener la información que necesitáis desde Nueva York. Y… si le aplicamos ese tratamiento, ¡nunca jamás se podrá hallar un duplicado! La raza de la que provino debe de haberse extinguido a lo largo de los veinte millones de anos que la criatura permaneció congelada, así que incluso si vino de Marte, nunca encontraremos un espécimen igual a este. Además… la nave se ha perdido.

»Tan sólo hay una manera de hacer esto… la mejor posible. Debe ser descongelado lentamente, cuidadosamente, y no en formalina.

El comandante Garry volvió a dar un paso adelante, y Norris hacia atrás farfullando enfadado.

Creo que Blair tiene razón, caballeros. ¿Qué opinan ustedes?

Connant gruñó.

—Suena bien, creo… aunque quizá debería ser Blair el que lo vigile mientras se descongela —dijo Connant sonriendo socarronamente y aparrándose un mechón de cabello color cereza madura de su frente—. De hecho es una excelente idea… que vele él toda la noche a su dichoso y pequeño cadáver.

Garry sonrió levemente. Se oyeron muestras de aprobación entre el grupo.

—Yo creo más bien que si esta cosa tenía algún fantasma a estas alturas debe de haberse muerto de hambre, Connant —bromeó Garry—. Y tú pareces capaz de poder ocuparte de él. «Ironman» Connant tendría que ser capaz de vencer a esa cosa…

Blair ya estaba desatando las cuerdas entusiasmado. Un simple tirón de la lona dejó al descubierto la cosa. El hielo había estado derritiéndose en la habitación y se veía transparente y azul, como un cristal grueso de calidad. La criatura brillaba húmeda y lustrosa bajo la dura luz de la bombilla desnuda del techo.

Todos en la habitación se pusieron tensos ante la visión. La criatura estaba boca arriba sobre las toscas y grasientas tablas de la mesa. La mitad rota del piolet estaba aún hundida en el extraño cráneo. Tres ojos dementes, repletos de odio, brillaban con un fuego vivo, como la sangre recién derramada, en un rostro horadado por abominables nidos de gusanos que se retorcían, gusanos azules, en movimiento, que se cimbreaban donde debiera crecer el cabello. Van Wall, un piloto de un metro ochenta y tres centímetros de altura, noventa y un kilos de peso y nervios de acero, dejó escapar un extraño y ahogado grito, se abrió paso a codazos y salió a trompicones al pasillo. La mitad de la compañía salió en estampida hacia la puerta. Otros se alejaron de la mesa atolondradamente.

McReady permaneció en un extremo de la mesa mirándolos, su enorme cuerpo estaba plantado firmemente sobre sus poderosas piernas. Norris, desde el otro extremo, observó con el ceño fruncido a la criatura, con una mirada de ardiente odio. Al otro lado de la puerta, Garry hablaba con media docena de hombres al mismo tiempo.

Blair blandía un martillo. El hielo que cubría a la criatura crujió bajo el martillo de acero y se desprendió de la cosa que había encapsulado durante veinte millones de años…

CAPÍTULO 3

—Sé que no te gusta la criatura, Connant, pero tiene que ser descongelada inmediatamente. Propones que la dejemos como está hasta que volvamos a la civilización. De acuerdo, admito que tu argumento de que podríamos hacer un estudio más riguroso allí tiene mucho peso. Pero… ¿cómo vamos a cruzar el Ecuador? Tenemos que llevar esto a través de una zona térmica, la zona ecuatorial, y hasta la mitad de otra zona térmica para llegar a Nueva York. No quieres sentarte junto a la cosa ni una sola noche, pero ¿qué sugieres entonces?, ¿que colguemos el cadáver en el congelador con la ternera? — Blair levantó la vista de su martilleo contra el hielo, asintiendo triunfal con su calvo y pecoso cráneo.

Kinner, el corpulento cocinero con la cicatriz en la cara, le ahorró a Connant la molestia de contestar.

—Eh, un momento, señor. Como pongas esa cosa en la nevera con la carne, por todos los dioses que han existido que te pondré a ti dentro para hacerle compañía. Todos vosotros habéis trasladado todo lo que se puede mover en el campamento dentro de mi zona de trabajo, y he tenido que sufrirlo. Pero como pongáis cosas como esa en mi nevera de la carne o en mi arcón congelador vais a tener que cocinaros vosotros mismos la comida.

—Pero, Kinner, esta es la única mesa en el Gran Imán lo suficientemente grande para trabajar —apostilló Blair—, rodo el mundo lo sabe.

—Sí, y rodo el mundo trae todo aquí. Clark trae a sus perros cada vez que hay una pelea y los cose aquí encima de esa mesa. Ralsen entra los trineos. Diablos, la única cosa que aún no han puesto sobre esa mesa es el Boeing. Y lo pondríais si os las apañarais para meterlo por los túneles.

El comandante Garry soltó una risotada y sonrió a Van Wall, el enorme piloto jefe. La larga barba rubia de Van Wall se agitó suspicaz mientras asentía seriamente a Kinner.

Tienes razón, Kinner. El departamento de aviación es el único que re trata bien.

—Es cierro que el lugar en ocasiones está abarrotado, Kinner —reconoció Garry—. Pero me temo que a todos nos pasa en ocasiones. No hay mucha privacidad en un campamento antártico.

—¿Privacidad? ¿Qué demonios es eso? ¿Sabéis?, lo que realmente me hizo llorar fue cuando vi a Barclay entrar aquí cantando «¡La última madera del campamento! ¡La última madera del campamento!», y llevársela fuera para construir ese cobertizo para su tractor. Maldita sea, eché de menos esa

puerta medianera que sacó más que al propio sol. No era sólo la última madera lo que Barclay se llevaba. Se llevó también el último pedazo de privacidad de este condenado lugar.

Una sonrisa afloró en el duro rostro de Connant cuando Kinner inició de nuevo su perenne y simpático refunfuño. Pero este murió prematuramente cuando sus oscuros y profundos ojos se posaron en la criatura de mirada encarnada que Blair descascarillaba despojándola de su capullo de hielo. Una enorme mano despeinó la melena del cocinero, y le tiró de uno de sus mechones rizados.

—Va a estar muy concurrido esto si me quedo a velar esa cosa —gruñó Connant—. ¿Por qué no puedes seguir tú pelando el hielo del bicho? Puedes hacerlo sin que nadie meta las narices, te lo aseguro, y luego lo cuelgas sobre la caldera del generador de la planta, da suficiente calor. Puede descongelar un pollo, incluso media ternera en pocas horas.

—Lo sé —protestó Blair, y soltó el martillo para gesticular más eficazmente con sus dedos huesudos y pecosos, su pequeño cuerpo tenso por la ansiedad—, pero esto es demasiado importante para jugársela. Nunca ha habido un hallazgo semejante a este; y nunca lo volverá a haber. Es la única oportunidad que la humanidad va a tener, y habrá que hacerlo correctamente.

»Mirad, ¿recordáis el pez que pescamos cerca del mar de Ross y que se congeló en cuanto subimos a cubierta, y que luego revivió al descongelarse muy lentamente? Los seres inferiores no mueren si se congelan rápidamente y se descongelan lentamente. Hemos…

—¡Eh! ¡Por amor de Dios!… ¿Estás diciendo que esa maldita cosa volverá a la vida? —gritó Connant—. Si eso ocurre… ¡dejádmela a mí! La voy a reventar en tantos pedacitos…

—¡No! No, idiota… —Blair saltó colocándose delante de Connant para proteger su preciado hallazgo—. No. Sólo los seres inferiores. Por San Pedro, déjame acabar. No se pueden descongelar seres superiores y hacerlos regresar. Esperad un momento ahora… ¡esperad! Un pez puede revivir tras ser congelado porque es una forma de vida tan inferior que las células individuales de su cuerpo pueden revivir, y con eso es suficiente para restablecer las constantes vitales del animal. Cualquier otra forma de vida superior descongelada de esa manera muere. Aunque las células individuales revivan, mueren porque precisa de organización y cooperación celular para sobrevivir. Esa cooperación no puede ser restablecida.

»Existe una especie de potencial vital en todos los animales no heridos y ultracongelados. Pero no puede, no puede bajo ninguna circunstancia

transformarse en vida activa en los animales superiores. Los animales superiores son demasiado complejos, demasiado delicados. Esta es una criatura inteligente tan avanzada en su evolución como nosotros. O quizás más. Está tan muerto como lo estaría un hombre congelado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Connant, levantando el piolet que había cogido un segundo antes.

El comandante Garry apoyó una mano sobre su poderoso hombro.

—Espera un minuto, Connant. Quiero dejar esto claro. Estoy de acuerdo en que no se descongele esa cosa si existe la más remota posibilidad de que reviva. Estoy totalmente de acuerdo en que es demasiado asqueroso para vivir, pero yo no tenía ni idea de que existiera ni la más remota posibilidad.

El doctor Copper se sacó la pipa de entre los dientes y levantó su fornido y moreno cuerpo de la litera en la que había estado sentado.

—Blair tan sólo está hablando en términos muy técnicos. Eso está muerto. Tan muerto como los mamuts que encuentran congelados en Siberia. El potencial viral es como la energía atómica… está ahí pero nadie la puede provocar, y ciertamente no se libera a sí misma excepto en casos contados, tan contados como el radio en la reacción química anterior. Tenemos rodo tipo de pruebas de que los seres vivos no reviven después de haber sido congelados, ni tan siquiera los peces, desde un punto de vista general, y no existe ninguna prueba en absoluto de que una forma animal superior pueda hacerlo bajo ninguna circunstancia. Pero entonces, ¿cuál es el objetivo de descongelar esta cosa, Blair?

El pequeño biólogo se revolvió airado. La fina corona de pelo en punta alrededor de su calva se agitó con indignación.

—El objetivo es —dijo con resentimiento— que las células individuales nos muestren las características que poseyeron en vida, si la criatura es descongelada correctamente. Las células musculares de un hombre siguen viviendo muchas horas tras su muerte. Sólo por el hecho de que estas células continúen con vida, u otras células como las del cabello o las uñas aún vivan, no se podría acusar a un cadáver de ser un Zombi, o algo similar.

»Veamos, si descongelo este ser de la forma correcta, podría existir alguna posibilidad de determinar de qué tipo de mundo procede. No lo sabemos, ni lo podemos saber por ningún otro medio, viniera de la Tierra o de Marte o de Venus o de más allá de las estrellas.

»Y por el mero hecho de parecer bastante distinto al hombre, no debéis acusarlo de ser malvado, o dañino o algo similar. Quizás esa expresión en su cara es el equivalente a la expresión humana de resignación ante el destino.

Fijaos, el blanco es el color de luto para los chinos. Si los hombres pueden tener costumbres distintas, ¿por qué una raza tan diferente a nosotros no podría tener un entendimiento distinto de las expresiones faciales?

Connant se rió discretamente, sin el menor atisbo de alegría.

—¡Resignación pacífica, dice! Si eso es lo mejor que sabe hacer para mostrar resignación, no me gustaría en absoluto ver a esa cosa furiosa. Esa cara no fue diseñada para expresar paz. Simplemente no poseía en su configuración ningún pensamiento filosófico como la paz.

»Sé que le has tomado cariño… —continuó Connant—, pero sé razonable. Esa cosa creció alimentándose del mal, pasó su adolescencia asando vivos al equivalente local de los gatitos, y se divirtió hasta bien entrada su madurez con nuevas e ingeniosas torturas.

—No tienes ningún derecho a decir eso —exclamó Blair con voz cortante —. ¿Cómo puedes interpretar el significado de una expresión facial inherentemente inhumana? Podría no tener ningún equivalente humano. Es simplemente un desarrollo distinto de la naturaleza, otro ejemplo de la maravillosa adaptabilidad de la naturaleza. Al crecer en otro planeta, en un mundo quizás más duro, posee diferentes formas y rasgos.

»Pero es un hijo tan legítimo de la naturaleza como vosotros mismos. Estáis mostrando la infantil debilidad humana de odiar al diferente. En su propio mundo nos clasificarían como una monstruosidad blanca y con barriga de pez, con un número insuficiente de ojos, cuerpo pálido fungoide e hinchado por gases. Sólo porque su naturaleza sea diferente no tenemos derecho a afirmar que sea necesariamente maligno.

Norris dejó escapar un único y explosivo «¡ja!» y fijó su mirada en la cosa.

—Puede que tengas razón y que las criaturas de otros planetas no tengan que ser necesariamente malignas por el mero hecho de ser distintas. ¡Pero esa cosa lo era! Hijo de la naturaleza, ¿eh? Bueno, la suya debió de ser un infierno de naturaleza maligna.

—Oh, por favor ¿podríais vosotros dos idiotas dejar de atacaros y quitar esa maldita cosa de mi mesa? —gruñó Kinner—. Y ponedle la lona encima. Es indecente.

—Vaya, Kinner se ha vuelto recatado —se burló Connant.

Kinner entrecerró los ojos mirando al enorme físico. Arrugó la mejilla, surcada por la cicatriz que se unía a la línea de sus labios delgados formando una sonrisa retorcida.

—De acuerdo, muchachote —replicó Kinner—, ¿sobre qué andabas refunfuñando hace tan sólo un minuto? Si lo prefieres, podemos colocar la cosa en una silla a tu lado esta noche.

—No me da miedo su cara —dijo Connant con tono cortante—. No es que me guste particularmente vetar su cadáver, pero lo haré.

La somisa de Kinner se ensanchó.

—Ajá —se dirigió hacia el quemador de la cocina y removió las cenizas con vigor, ahogando los agudos ruidos que hacía el hielo al quebrarse, ahora que Blair había retomado su tarea.

CAPÍTULO 4

—*Cluck* —informó el contador de rayos cósmicos—, *cluck-brrp-cluck*.

Connant pegó un respingo y se le cayó el lápiz de la mano.

—Maldita sea —el físico volvió a echar un vistazo hacia la mesa donde estaba el contador Geiger, en la esquina más alejada del cuarto, y gateó debajo del escritorio en el que había estado trabajando para recuperar el lápiz.

Volvió a sentarse frente a su mesa de trabajo, intentando que su escritura fuera más uniforme. Esta presentaba saltos y temblores que coincidían con los abruptos sonidos a gallina escandalizada del contador Geiger. El siseo sordo del gas de la lámpara de queroseno que utilizaba para iluminarse, los gorgoteos y ronquidos de una docena de hombres que dormían en el otro extremo del pasillo del Edificio Paraíso, formaban los sonidos de fondo de los irregulares chasquidos del contador y el ocasional crepitar de las brasas en el horno de cobre. Y, además, el leve y constante goteo de la criatura.

Connant desenfundó un paquete de cigarrillos de su bolsillo, lo golpeó hasta que un cigarrillo sobresalió y apresó el cilindro con los labios. El mechero falló y rebuscó enfadado bajo la pila de papeles en busca de una cerilla. Rasgó la rueda del mechero varias veces, lo lanzó sobre la mesa maldiciendo y se levantó para sacar una brasa de la estufa con las pinzas del carbón.

Al regresar a su escritorio el mechero funcionó a la primera cuando intentó encenderlo. El contador dejó escapar una serie de carcajadas chasqueantes al detectar una ráfaga de rayos cósmicos. Connant se giró y lo miró con el ceño fruncido, e intentó concentrarse en la interpretación de los datos recogidos la semana anterior. El informe semanal…

Finalmente se dejó vencer por la curiosidad, o el nerviosismo. Tomó la lámpara del escritorio y la llevó a la mesa situada en la esquina. Luego se acercó a la estufa y cogió las pinzas de carbón.

La bestia había estado descongelándose casi dieciocho horas. La golpeó suavemente y con instintiva precaución; la carne de la criatura ya no estaba dura como una armadura de metal, sino que presentaba ahora una textura gomosa. Parecía goma húmeda, azul y brillante por las gotas de agua que la cubrían, como diminutas y redondas piedras preciosas bajo el brillo de la lámpara de queroseno. Connant sintió un irracional deseo de vaciar el contenido del depósito de la lámpara sobre la criatura encapsulada y lanzar un cigarrillo sobre ella. Los tres ojos rojos brillaban en su dirección, sin verle, y cada órbita de color rubí reflejaba tenebrosos y humeantes rayos de luz.

Se dio cuenta de que había estado mirándolos durante mucho tiempo, e incluso percibió vagamente que ya no estaban ciegos. Pero no le pareció importante, o al menos no más importante que los elaborados y lentos movimientos de los tentáculos que brotaban de la base del escuálido y palpitante cuello.

Connant levantó la lámpara de queroseno y volvió a su asiento. Se sentó y estudió las páginas de cálculos matemáticos que tenía delante de él. El chasqueo del contador era ahora extrañamente menos inquietante, y los sonidos de las brasas en la estufa ya no le distraían.

El crujido del suelo de madera a sus espaldas no interrumpió sus pensamientos mientras completaba el informe semanal de forma mecánica, rellenando columnas de datos y haciendo breves resúmenes.

El crujido del suelo sonó más cerca.

Capítulo 5

Blair regresó abruptamente de las profundidades pobladas de pesadillas. El rostro de Connant flotaba borrosamente sobre el suyo; por unos instantes le pareció una continuación del terrible horror del sueño. Pero la expresión en el rostro de Connant era de enfado, y ligeramente asustada.

—Blair… Blair… maldito tronco, despierta.

—¿Uh?… ¿eh? —el diminuto biólogo se restregó los ojos con sus huesudos y pecosos dedos apretados formando un puno mutilado de niño. En las literas circundantes otros rostros se asomaron para observarles.

Connant se enderezó.

—Levanta… y mueve el trasero. Tu maldito animal se ha escapado.

—¡Escapado… qué demonios! —la bovina voz del Jefe de pilotos Van Wall rugió con un volumen tan alto que sacudió las paredes.

De repente se oyeron otros gritos en los túneles de comunicación. La docena de habitantes del Edificio Paraíso entró en tropel; Barclay, corpulento

y achaparrado con calzones largos de lana, llevaba un extintor.

—¿Qué demonios pasa? —inquirió Barclay.

—Su maldita bestia se ha escapado. Me quedé dormido hace unos veinte minutos y cuando me desperté la cosa había desaparecido. Eh, doctor, al infierno con lo que dijo de que esas cosas no pueden volver a la vida. La condenada potencialidad vital de Blair parece haber desarrollado una barbaridad de potencial y nos ha dejado plantados.

Copper tenía la mirada perdida.

—No era… terrestre —musitó de repente—. Su… supongo que las leyes terrestres no son aplicables.

—Bueno, esa cosa sí se aplicó, solicitó una excedencia y se la tomó. Debemos encontrarla y capturarla como sea.

Connant maldijo amargamente, sus negros y profundos ojos miraban hoscos y enojados.

—Es un milagro que la infernal criatura no me engullera mientras dormía.

Blair lo miró y sus ojos claros de repente brillaron con terror.

—Quizás sí… esto… eh… tenemos que encontrarla.

—Encuéntrala tú. Es tu mascota. Ya he tenido que ver con ella más de lo que desearía, he estado sentado siete horas con el contador saltando a cada segundo, y vosotros aquí roncando como un coro de loros. Es asombroso que consiguiera dormirme. Me voy al Edificio de Administración.

El comandante Garry pasó por la puerta agachando la cabeza y ajustándose el cinturón.

—No hace falta, ya estamos enterados. El rugido de Van sonó como el Boeing en pleno despegue con el viento en contra. Entonces, ¿no está muerto?

—No me lo llevé yo en mis brazos, eso te lo puedo asegurar —replicó secamente Connant—. La última vez que le eché un vistazo, manaba una baba verdosa de la grieta en el cráneo, como una oruga aplastada. El doctor acaba de decir que nuestras leyes terráqueas no funcionan… es extraterrestre. Bueno, es un monstruo extraterrestre, con intenciones extraterrestres a juzgar por su cara, que anda paseándose con el cráneo abierto y rezumando su propio cerebro.

Norris y McReady aparecieron en la entrada, que empezaba a llenarse de hombres temblorosos. \

—¿Lo ha visto alguien al venir hacia aquí? —preguntó Norris inocentemente—. Alrededor de un metro y veinte centímetros de altura… tres ojos rojos… supurando cerebro. Venga chicos, ¿nadie ha comprobado si no se trata de una retorcida broma de Connant? Si es así, creo que deberíamos aunar

fuerzas y atar el animalillo de Blair alrededor del cuello de Connant como el albatros del Viejo Marinero del poema de Coleridge.

—No es una broma —dijo Connant con voz temblorosa—. Dios mío, ojalá lo fuera. Ya me gustaría… —se calló de repente. Un violento y extraño aullido les llegó a través de los pasillos. Los hombres se tensaron bruscamente, y se giraron—. Creo que ha sido localizado —dijo Connant. Sus ojos negros se agitaron con una extraña inquietud. Corrió a su litera en el Edificio Paraíso y regresó casi inmediatamente con un pesado revólver del calibre 45 y un piolet. Levantó ambos lentamente mientras salía corriendo por el pasillo hacia Dogtown—. La criatura se ha metido por los pasillos equivocados… y ha terminado entre los huskis. Escuchad… los perros han roto las cadenas…

Los aullidos medio aterrorizados de la manada se transformaron en una salvaje melé depredadora. Los alaridos de los perros retumbaban en los estrechos corredores, y a través de ellos llegó un profundo gruñido susurrante que supuraba un odio profundo. Un alarido de dolor, una docena de ladridos rugientes.

Connant se abalanzó hacia la puerta. McReady le siguió de cerca, luego Barclay y el comandante Garry. Otros hombres se dispersaron hacia el Edificio de Administración. Pomroy, a cargo de las cinco vacas del Gran Imán, se dirigió por el pasillo en dirección contraria… tenía en mente hacerse con una horca con mango de ciento ochenta y tres centímetros y largos pinchos de estaño.

Barclay se quedó un tanto rezagado; la enorme mole de McReady viró repentinamente apartándose del túnel que llevaba a Dogtown y desapareció tras un ángulo del pasillo. Indeciso, el mecánico dudó unos segundos con el extintor en las manos, sin estar seguro de si tirar hacia un lado u otro. Entonces salió corriendo hasta topar con la ancha espalda de Connant. Tuviera lo que tuviese en mente McReady, se podía confiar en él para hacer que funcionase.

Connant se paró en un ángulo del corredor. De repente dejó escapar el aire de su garganta con un siseo.

—Dios Todopoderoso… —el revólver detonó con gran estruendo; tres ondas de sonido paralizantes y palpables tronaron en los estrechos corredores. Dos más.

El revólver cayó sobre la nieve dura y compacta del túnel, y Barclay vio el piolet cambiar a una posición defensiva. El poderoso cuerpo de Connant bloqueaba su visión, pero más allá oyó algo maullando y riendo

dementemente. Los perros estaban más calmados; había una mortal seriedad en sus gruñidos. Patas con garras arañaron la nieve compacta, las cadenas rotas tintineaban y se enredaban.

Connant se apartó abruptamente y Barclay pudo ver lo que había más allá. Durante unos segundos permaneció inmóvil, luego su respiración exploró en una maldición gutural. La Cosa se lanzó hacia Connant, los poderosos brazos del hombre lanzaron el piolet, con el extremo plano en primer lugar contra lo que debía ser una mano. La criatura aulló de dolor inhumanamente y con la carne a jirones, cercenada por media docena de huskis salvajes, volvió a ponerse en pie. Los ojos rojos centellearon con un odio extraterrestre, una vitalidad extraterrestre e inmortal.

Barclay le apuntó con el extintor; el chorro cegador y frenético de espuma química la confundió, la desconcertó, y junto a los salvajes ataques de los huskis, que ya no tenían miedo a nada que se moviera, la mantenían acorralada.

McReady se abrió paso y recorrió el estrecho pasadizo abarrotado de hombres que no podían alcanzar a ver la escena. Sin duda había un impulso planeado en el ataque de McReady. Uno de los enormes lanzallamas utilizados para calentar los motores del avión estaba en sus bronceadas manos. El artilugio rugía a intervalos cuando dobló la esquina y entonces abrió la válvula. El maullido enloquecido se hizo aún más fuerte. Los perros se arrastraron hacia atrás apartándose de la lanza de casi un metro de llama azul incandescente.

—Bar, ve y trae un cable de suministro eléctrico, extiéndelo hasta aquí de alguna forma. Y un mango de algo. Podemos intentar electrocutar a este… monstruo, si no logro incinerarlo.

McReady habló con la autoridad que confiere una acción planeada. Barclay giró hacia el largo pasillo en dirección a la planta del grupo electrógeno, pero ya delante de él Norris y Van Wall corrían.

Barclay encontró el cable en una caja eléctrica situada en la pared del túnel. En medio minuto realizó el empalme y regresó. La voz de Van Wall vibró alta al dar la señal de «¡Electricidad!», al tiempo que la dinamo de gasolina de emergencia se encendía ruidosamente. Había ya media docena de hombres allá abajo: las brasas de carbón entraban rápidamente en la incineradora de la planta generadora de vapor. Norris, maldiciendo con una voz mortalmente monótona y grave, trabajaba con dedos rápidos y firmes en el otro extremo del cable que sostenía Barclay, empalmando en un contacto uno de los cables de corriente.

Los perros habían retrocedido cuando Barclay llegó al ángulo del corredor, se habían retirado ante un monstruo furioso que los miraba con siniestros ojos rojos, rugiendo con odio de fiera atrapada. Los perros se agrupaban en un semicírculo de hocicos ensangrentados formando un ribete de brillantes dientes blancos, aullando con una violenta ansiedad que casi igualaba la furia de los ojos encarnados de la criatura. McReady permaneció firme y alerta en la curva del corredor, blandiendo el susurrante lanzallamas en posición de ataque. Cuando Barclay regresó, se echó a un lado sin apartar los ojos de la bestia. Había una leve y tensa sonrisa en su enjuto rostro bronceado.

La voz de Norris sonó al otro lado del pasillo y Barclay se dirigió allí. El cable estaba pegado con cinta adhesiva al largo mango de una pala quitanieves, los dos conductores empalmados y situados a cuarenta y seis centímetros el uno del otro a lo largo de un trozo de madera unido en ángulo recto al mango por el extremo más alejado. Los conductores de cobre pelados, cargados con una potencia de 220 voltios, brillaban bajo la luz de las lámparas de queroseno. La criatura rugió, luego se quedó en silencio y reculó a un lado. McReady avanzó junco a Barclay. A sus espaldas, los perros parecían presentir el plan casi con una inteligencia telepática de huskis entrenados. Sus aullidos se hicieron más agudos, más suaves, y fueron acercándose con pasos cortos. De repente un enorme alaskan negro como la noche saltó sobre la presa. La criatura se revolvió chillando y lanzando al aire sus patas con garras como sables.

Barclay se abalanzó hacia delante y le clavó el artilugio eléctrico. Se oyó un extraño y agudo alarido que acto seguido quedó ahogado. El olor a carne quemada en el corredor se intensificó; volutas de humo grasiento se elevaron hacia el techo. El golpeteo lejano de la dinamo gasoeléctrica en el otro extremo del pasillo se transformó en una sucesión de renqueantes golpes sordos.

Los ojos rojos de la criatura se nublaron en lo que ahora era un simulacro de rostro espasmódico y tembloroso. Sus extremidades, similares a brazos y piernas, se retorcían y serpenteaban. Los perros saltaron hacia delante y Barclay retiró el arma eléctrica. La criatura sobre la nieve no se movió mientras docenas de dientes brillantes la descuartizaban.

Capítulo 6

Garry paseó la mirada por la habitación abarrotada. Treinta y dos hombres; algunos nerviosos apoyados en la pared, algunos más relajados pero

inquietos, algunos sentados, la mayoría prefería quedarse de pie, apiñados como sardinas.

Treinta y dos, más los cinco ocupados en coser las heridas de los perros, un total de treinta y siete en plantilla.

Garry comenzó a hablar.

—De acuerdo, supongo que estamos todos aquí. Algunos de vosotros, tres o cuatro como mucho, han visto lo ocurrido. Todos pudisteis ver a la criatura sobre la mesa y podéis haceros una vaga idea. Pero si alguien aún no la ha visto, puedo levantar la lona y… —alargó la mano hacia la lona que cubría a la criatura sobre la mesa. Despedía un olor acre de carne chamuscada. Los hombres se agitaron inquietos, rehusando precipitadamente el ofrecimiento.

—Parece que Charnauk no liderará nunca más el grupo de perros —continuó Garry—. Blair quiere quedarse con la criatura para realizar análisis más exhaustivos. Queremos saber qué ocurrió, y cerciorarnos desde este mismo instante de que la criatura está permanente y completamente muerta. ¿De acuerdo?

—Cualquiera que no esté de acuerdo puede quedarse esta noche a hacer compañía a la cosa —dijo Connant con una sonrisa.

—De acuerdo, Blair, ¿qué puedes decir sobre el bicho? Garry se volvió hacia el pequeño biólogo.

—Me pregunto si realmente lo hemos visto en su forma original —Blair echó un vistazo a la masa cubierta—. Podría estar imitando a los seres que construyeron esa nave… pero no creo que lo hiciera. Creo que ese era su verdadero aspecto. Aquellos de nosotros que estuvimos cerca del ángulo del pasillo pudimos ver a esa cosa en acción; lo que hay en la mesa es el resultado. Cuando la criatura se descongeló, aparentemente, echó un vistazo a su alrededor. Pudo ver que la Antártida estaba aún helada, como lo había estado hace millones de años cuando la vio por vez primera… y se congeló. Por mis observaciones mientras se descongelaba y los trozos de tejido que corté y endurecí entonces, creo que procede de un plañera más caliente que la Tierra. No podía, en su forma natural, soportar temperaturas tan bajas. No hay ningún ser vivo en la fierra que pueda sobrevivir un la Antártida durante el invierno, pero la mejor alternativa es el perro. Encontró a los perros, y de alguna manera se acercó lo suficiente a Charnauk para atraparlo. Los otros perros lo olieron… lo oyeron… no lo sé. En rodo caso se volvieron locos, rompieron las cadenas y atacaron antes de que hubiera terminado el proceso de transformación. La cosa que encontramos era una combinación de Charnauk, extrañamente tan sólo medio muerto y a medio digerir por el

protoplasma gelatinoso de esa criatura, y de los restos de la cosa que encontramos originalmente, pero como si se hubiera derretido hasta quedar convertida en protoplasma básico.

»Cuando los perros le atacaron, adoptó la mejor forma de lucha que se le ocurrió. Aparentemente, una bestia de otro mundo.

—¿Adoptó? —interrumpió Garry—. ¿Cómo?

—Todos los seres vivos están compuestos de gelatina… protoplasma y diminutos y submicroscópicos núcleos que controlan la masa, el protoplasma. Esta cosa era tan sólo una modificación de ese mismo plan universal de la Naturaleza; células hechas de protoplasma, controladas por núcleos infinitamente más pequeños. Vosotros los físicos podríais comparar una célula individual de cualquier ser vivo con un átomo; la masa del átomo, el espacio que ocupa, está compuesta de electrones en órbita, pero el carácter de la cosa viene determinado por el núcleo atómico.

»Esto no es radicalmente distinto a lo que ya conocemos. Es tan sólo una modificación que nunca antes habíamos visto. Es tan natural, tan lógica, como cualquier otra manifestación de la vida. Obedece exactamente a las mismas leyes. Las células están hechas de protoplasma, y su carácter viene determinado por el núcleo.

»Sólo que, en el caso de esta criatura, los núcleos celulares pueden controlar esas células a voluntad. Digirió a Charnauk, y mientras lo digería estudiaba cada una de las células de su tejido dando forma a sus propias células para imitarlas exactamente. Al menos parte de ellas… las partes que tuvo tiempo de acabar de replicar… son células caninas. Pero no tienen núcleos celulares caninos —Blair levantó una esquina de la lona. La pierna desgarrada de un perro con pelo gris erizado quedó expuesta—. Eso, por ejemplo, no es un perro en absoluto; es una réplica. No estoy seguro de ciertos puntos; el núcleo se estaba camuflando, ocultándose tras un núcleo de imitación de células de perro. Con el tiempo, ni tan siquiera un microscopio hubiera detectado la diferencia.

—Supongamos —inquirió Norris friamente— que hubiera tenido mucho tiempo.

—Entonces nos habríamos encontrado con un perro. Los otros perros lo habrían aceptado. Nosotros lo habríamos aceptado. No creo que se hubiera diferenciado en nada; ni en el microscopio, ni en los rayos-X, ni por cualquier otro medio. Este es un espécimen de una raza de una inteligencia suprema, una raza que ha aprendido los secretos más insondables de la biología, y los utiliza a su conveniencia.

—¿Y qué planeaba hacer? —dijo Barclay mirando el bulto bajo la lona.

Blair esbozó una sonrisa inquietante. El ondulante halo de fino cabello alrededor de su calva se meció ligeramente.

—Invadir el mundo, imagino.

—¡Invadir el mundo! ¿Él solo, sin ayuda de nadie? —preguntó Connant resoplando—. ¿Erigirse en único dictador?

—No —Blair negó con la cabeza. El escalpelo con el que sus huesudos dedos habían estado jugando cayó de sus manos; se inclinó para recogerlo de forma que su rostro quedó oculto mientras siguió hablando—. Se convertiría en la población mundial.

—¿Se convertiría… en la población mundial? ¿Quieres decir que se reproduce asexualmcntc?

Blair negó con la cabeza y tragó saliva.

—Esta cosa… no necesita hacerlo. Pesaba unos 38 kilos. Charnauk pesaba alrededor de 40. Se hubiera convertido en Charnauk y aún le sobrarían 38 kilos para transformarse en… oh, Jack por ejemplo, o Chinook. Puede mirar cualquier cosa… es decir, transformarse en cualquier cosa. Si hubiera alcanzado el Mar Antártico se habría transformado en una foca, o quizás en dos focas. O quizás podría haber atrapado a un albatros, o a una skúa, y volar de esa forma hasta Sudamérica.

Norris soltó una maldición en voz baja.

—Y cada vez que digiriese algo, y lo imitase…

—Volvería a quedarle su masa original, para comenzar de nuevo —terminó Blair—. Nada podría matarlo. No tiene enemigos naturales, porque se transforma en cualquier cosa que quiera. Si una orca asesina lo atacase, se transformaría en una orea asesina. Si fuera un albatros y un águila le atacase, se convertiría en un águila. Dios mío, podría convertirse en un águila hembra. ¡Podría regresar, construir un nido y poner huevos!

—¿Estáis seguros de que esa cosa endemoniada está muerta? —preguntó el doctor Copper suavemente.

—Sí, gracias a Dios —jadeó el pequeño biólogo—. Tras retirar a los perros, me quedé allí clavando la barra de alta tensión en su cuerpo durante cinco minutos. Está muerta y totalmente chamuscada.

—Entonces sólo podemos dar gracias a Dios de que estemos en la Antártida, donde no hay ni un solo ser vivo que pueda ser replicado, excepto estos animales del campamento.

—A nosotros —rió Blair—. Puede imitarnos a nosotros. Los perros no pueden desplazarse seiscientos cuarenta y cuatro kilómetros hasta el mar; no

hay alimentos. No hay ninguna skúa que pueda replicar en esta estación del año. No hay pingüinos tan alejados de la costa. No hay nada que pueda llegar hasta el mar desde este punto… excepto nosotros. Tenemos cerebros. Podemos hacerlo. ¿No lo veis? Tiene que imitarnos… tiene que ser uno de nosotros… esa es la única forma que tiene de volar en avión durante dos horas, y dominar… convertirse en todos los habitantes de la Tierra. ¡Tiene todo un mundo a sus pies… si logra replicarnos!

»La criatura aún no lo sabía. No había tenido ocasión de aprender. Se precipitó, se apresuró a digerir el ser vivo que más se aproximaba a su tamaño. Escuchad… ¡Yo soy Pandora! ¡Yo abrí la caja! Y la única esperanza que tenemos… es que nada salga de aquí. No me habéis visto, pero lo he hecho. Ya lo he solucionado. He destruido todos los magnetos. Ni un solo avión puede volar. Nada puede despegar de aquí —Blair rió y a continuación se derrumbó en el suelo, llorando.

El jefe de pilotos Van Wall se abalanzó hacia la puerta. Se oyeron los ecos cada vez más tenues de sus pisadas mientras que el doctor Copper se inclinaba con calma sobre el hombrecillo tirado en el suelo. De su dispensario al otro lado de la sala trajo una jeringuilla e inyectó una solución en el brazo de Blair.

—Se le habrá pasado cuando despierte —suspiró, y se enderezó. McReady le ayudó a levantar al biólogo y acostarlo en una litera cercana—. Todo dependerá de que seamos capaces de convencerle de que esa cosa está muerta.

Van Wall entró en el barracón bajando la cabeza y acariciándose la espesa barba rubia con aire ausente.

—No pensé que un biólogo pudiera realizar un trabajo mecánico tan perfecto. Se le olvidaron los recambios de la segunda caja. Pero ya está. Yo mismo los destrocé.

El comandante Garry asintió.

—Me pregunto si la radio…

El doctor Copper resopló.

—No creerá que pueda transportarse por las ondas de la radio, ¿verdad? —dijo—. Organizarían cinco intentos de rescate en los próximos tres meses si silenciamos la emisora. Lo que hay que hacer es hablar alto y no emitir ningún otro sonido. Ahora bien, me pregunto… —McReady miró con expresión pensativa al doctor—. Podría tratarse de una enfermedad infecciosa. Cualquier cosa que beba su sangre…

Copper sacudió la cabeza.

—Blair pasó por alto una cosa. Quizás ese ser pueda imitar, pero hasta cierto punto tiene su propia química corporal, su propio metabolismo. Si no lucra así, se transformaría totalmente en un perro… y sería un perro y nada más. Tiene que sur la réplica de un perro. Y, si es así, dehe de ser posible detectarlo mediante un análisis de suero sanguíneo. Y su química, ya que viene de otro mundo, debe de ser tan total y radicalmente distinta que unas pocas células, como las que contienen unas gotas de sangre, serían tratadas como gérmenes patógenos por el sistema inmunológico de un perro o de un ser humano.

—Sangre… ¿Podría una de esas réplicas sangrar? —preguntó Norris.

—Y lauto que sí. La sangre no tiene nada de místico. Un másenlo es aproximadamente un noventa por ciento de agua, la sangre tan sólo difiere de este en un par de puntos más de porcentaje de agua, y menos tejido conectivo. Pueden sangrar sin ningún problema —le aseguró Copper.

Blair se incorporó en su litera súbitamente.

—Connant… ¿dónde está Connant?

El físico se acercó al pequeño biólogo.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

—¿Eres realmente tú? —Blair dejó escapar una risilla. Se derrumbó hacia atrás sobre la litera retorcido por una especie de risa silenciosa.

Connant lo miró con ojos inexpresivos.

—¿Eh? ¿Que si yo soy qué?

—¿Estás ahí? —Blair explotó con una fuerte risotada—. ¿Eres Connant? La bestia quería ser un hombre… no un perro.

CAPÍTULO 7

El doctor Copper se levantó de la litera con gesto cansado y lavó la aguja hipodérmica cuidadosamente. Los leves repiqueteos que hacía parecían amplificados en la habitación atestada, ahora que la risa gutural de Blair por fin había cesado.

Copper miró a Garry y sacudió la cabeza lentamente.

—No hay esperanza, me temo. No creo que podamos convencerle de que la cosa está totalmente muerta.

Norris se rió desconcertado.

—Tampoco estoy seguro de que puedas convencerme de ello. Oh, maldito seas, McReady.

—¿McReady? —el comandante Garry se giró para mirar primero a Norris y luego a McReady con curiosidad.

—Las pesadillas —explicó Norris—. McReady tenía una teoría sobre las pesadillas que experimentamos en la Estación Secundaria tras encontrar aquella cosa.

—¿Y cuál era esa teoría? —Garry lanzó a McReady una mirada neutra.

Norris respondió por él, ansioso e inquieto.

—Que la criatura no estaba muerta, que tan sólo se habían ralentizado enormemente sus constantes vitales, una existencia suspendida que sin embargo le permitía ser vagamente consciente del paso del tiempo, de nuestra llegada, tras millones de años. Yo soñé que esa criatura podía replicar cosas.

—Bueno —gruñó Copper—, y así es.

—No seas capullo —ladró Norris—. No es eso lo que me preocupa. En el sueño esa cosa podía leer las mentes, leer los pensamientos, las ideas y los gestos.

—¿Y qué hay de malo en ello? Parece que eso te preocupe más que lo divertido que va a ser estar con un loco en un campamento en la Antártida Copper señaló con la cabeza el perfil durmiente de Blair.

McReady sacudió lentamente su enorme cabeza.

—Tú. sabes que Connant es Connant, no sólo porque físicamente parezca Connant, cosa que empezamos a creer que la bestia puede replicar, sino porque piensa como Connant, habla como Connant, se mueve como Connant. Para eso hace falta más que un cuerpo que se parezca a él; hace falta la propia mente de Connant, sus pensamientos y gestos. Por lo tanto, aunque sabéis que la cosa podría replicar a Connant, no os preocupa mucho porque sabéis que tiene una mente de otro mundo, una mente inhumana, que no podría reaccionar ni pensar ni hablar como el hombre que conocemos, y hacerlo tan bien como para engañarnos ni tan siquiera un segundo.

»La idea de que la criatura pueda imitar a uno de nosotros es fascinante pero irreal, porque es demasiado radicalmente inhumana para poder engañarnos. No posee una mente humana.

—Como he dicho antes —repitió Norris, mirando a McReady fijamente —, puedes decir lo que te dé la gana en el momento que más te aflore, pero ¿tendrías la amabilidad de acabar esa reflexión… de una forma u otra?

Kinner, el cocinero de la expedición, estaba de pie cerca de Connant. Súbitamente cruzó la estancia abarrotada dirigiéndose hacia sus queridos fogones. Azuzó las cenizas del horno ruidosamente.

No serviría de nada —dijo el doctor Copper con un hilo de voz, como si pensara en voz alta— que simplemente replicara la apariencia física; tendría que entender sus sentimientos, sus reacciones. No es humana; tiene poderes

de imitación desconocidos por el hombre. Un buen actor, entrenándose, puede imitar a otro hombre, los gestos de otro hombre, lo suficientemente bien para engañar a la mayoría de la gente. Por supuesto, ningún actor podría imitar tan perfectamente como para engañar a hombres que han estado conviviendo con el replicado con la total falta de privacidad de un campamento en la Antártida. Eso requeriría de una habilidad sobrehumana.

—Oh, ¿también te ha picado a ti el bicho? —Norris maldijo en voz baja.

Connant, de pie y a solas en un rincón de la habitación, miró a su alrededor con ojos desorbitados y el rostro lívido. Una leve marea invisible había empujado al resto de hombres que se apiñaban en el otro extremo de la habitación, de manera que quedó aislado del resto.

—Dios mío, ¿podríais vosotros dos callaros de una vez? Malditos Jeremías —la voz de Connant vibró—. ¿Qué se supone que soy? ¿Algún tipo de. espécimen microscópico que estáis diseccionando? ¿Un gusano asqueroso del que habláis en tercera persona?

McReady le miró a los ojos; dejó de retorcerse las muñecas durante unos instantes.

—Querido Connant: nos lo estamos pasando muy bien. Ojalá estuvieras aquí. Firmado: Todos. Connant, si piensas que lo estás pasando de puta pena, limítate a trasladarte hacia el otro cuarto durante un ratito. Tienes una cosa que nosotros no tenemos; sabes cuál es la respuesta. Créeme, ahora mismo eres el hombre más temido y respetado del Gran Imán.

—Dios, cómo me gustaría que os vierais los ojos —susurró Connant—. Dejad de mirarme, por favor. ¿Qué demonios vais a hacer?

—¿Tienes alguna sugerencia, Copper? —preguntó el comandante Garry con voz firme—. La situación actual es imposible.

—Oh, ¿de verdad? —ladró Connant—. Ven aquí y mira a esa muchedumbre. Cielo santo, tienen exactamente la misma mirada que aquel grupo de huskis de la esquina. Bennings, ¿te importaría dejar de mover ese maldito piolet?

La punta de la herramienta repiqueteó en el suelo al caer de las nerviosas manos del mecánico de aviación. Se inclinó y la recogió rápidamente, levantándola muy lentamente y recolocándosela en las manos mientras Sus ojos marrones se movían frenéticamente por toda la habitación.

Copper se sentó en la litera junto a Blair. La madera crujió ruidosamente en el cuarto. Al otro lado del pasillo un perro aulló de dolor y las tensas voces de los conductores de trineos llegaron al cuarto flotando etéreas.

—El análisis microscópico —dijo el doctor pensativo— sería inútil, como señaló Blair. Ha pasado un tiempo considerable. Sin embargo, los análisis de suero sanguíneo serían definitivos.

—¿Análisis de suero? ¿Qué es lo que quieres decir exactamente? —preguntó el comandante Garry.

—Si yo tuviera un conejo al que se le ha inoculado sangre humana (un veneno para los conejos, por supuesto, como lo sería la sangre de cualquier otro animal excepto la de otro conejo), y si se continuaran incrementando las dosis durante un tiempo, el conejo finalmente se volvería inmune al humano. Si se le extrajera un poco de sangre, se precipitara en una probeta y se añadiera al suero transparente un poco de sangre humana, habría una reacción observable que probaría que la sangre era humana. Si se hiciera la prueba con sangre de vaca o de perro, o cualquier otra proteína distinta a la sangre humana, no se observaría ninguna reacción. Eso sería una prueba definitiva.

—¿Y podrías sugerirme dónde puedo cazar un conejo para ti, doctor? —preguntó Norris—. Es decir, más cerca que Australia; no queremos tampoco perder demasiado tiempo viajando tan lejos.

—Sé que no hay conejos en la Antártida —asintió Copper—, pero es simplemente el animal más común en este tipo de pruebas. Cualquier animal, excepto el hombre, serviría. Un perro, por ejemplo. Pero se tardará varios días en realizar la prueba, y debido al enorme tamaño del animal, bastante sangre. Dos de nosotros tendremos que contribuir.

—¿Sirvo yo? —se ofreció Garry.

—Contigo ya somos dos —asintió Copper—. Me pondré manos a la obra inmediatamente.

—¿Y qué hacemos con Connant mientras tanto? —preguntó Kinner—. Antes prefiero salir por esa puerta e irme corriendo al mar de Ross que acceder a cocinar para él.

—¡Humano! —Connant explotó en un torrente de insultos—. ¡Podría ser humano, maldito saco de huesos! ¿Que demonios pensáis que soy?

—Un monstruo —replicó Copper cortante—. Ahora calla y escucha.

El color se borró del rostro de Connant, que se desplomó pesadamente al escuchar su semencia al fin verbalizada.

—Hasta que lo sepamos… sabes tan bien como nosotros que tenernos motivos para cuestionar el hecho de que seas totalmente humano, y sólo tú sabes cómo debe ser respondida la pregunta… no sería descabellado que esperases ser encerrado. Si eres… no-humano… eres mucho más peligroso que el desgraciado de Blair, y en cuanto a él me encargaré yo mismo de que

permanezca encerrado a cal y canto. Supongo que su próximo estadio se traducirá en un violento deseo de matarte a ti, a todos los perros y probablemente a todos nosotros. Cuando se despierte estará convencido de que todos somos no-humanos, y nada en este planeta le hará cambiar de opinión. Sería más piadoso dejarle morir, pero no podemos hacer eso, por supuesto. El estará en uno de los barracones, tú puedes estar en el Edificio Cosmos con tu instrumental de rayos cósmicos. Que es donde normalmente estás, de todas formas. Yo tengo ahora que curar a un par de perros.

Connant asintió amargamente.

—Soy humano. Acelerad esas pruebas. Vuestras miradas… Dios mío, cómo desearía que pudierais ver vuestras miradas…

El comandante Garry observaba ansiosamente a Clark, el cuidador de los perros, mientras sujetaba al enorme huski marrón de Alaska y Copper comenzaba el tratamiento con inyecciones. El perro no parecía muy dispuesto a cooperar; la aguja era dolorosa y ya había experimentado suficientes agujas esa misma mañana. Cinco puntos mantenían cerrada una herida que le atravesaba las costillas desde el hombro hasta la mitad de su cuerpo. Uno de los colmillos estaba roto; el fragmento que faltaba fue encontrado medio enterrado en el hueso del hombro del monstruo que yacía en la mesa en el Edificio de Administración.

—¿Y cuánto tiempo llevará el proceso? —preguntó Garry apretándose el brazo suavemente. Le dolía el pinchazo de la aguja que el doctor Copper había utilizado para extraer sangre.

Copper se encogió de hombros.

—Para serte franco, no lo sé. Conozco el procedimiento general, lo he utilizado en conejos. Pero no lo he experimentado con perros. Son animales demasiado grandes y torpes para trabajar con ellos; en condiciones normales son preferibles los conejos y son los que se utilizan. En lugares civilizados se puede comprar una reserva de conejos inmunes a los humanos de algunos suministradores, y no muchos investigadores se toman las molestias de prepararse su propio suministro.

—¿Y para qué los quieren allí? —preguntó Clark.

—La criminología es un campo de estudio muy amplio. A dice que no asesinó a B, y que la sangre en su camisa procede de matar a un pollo. Se realiza un análisis, entonces es el turno de A de explicar cómo es posible que la sangre reaccione en conejos inmunes a los humanos, pero no en los que son inmunes a los pollos.

—¿Qué vamos a hacer con Blair mientras tanto? —preguntó Garry extenuado—. No pasa nada por dejarle dormir donde está durante un tiempo, pero cuando despierte…

—Barclay y Benning están instalando algunos cerrojos en la puerta del Edificio Cosmos —replicó Copper con voz grave— Connant está comportándose como un caballero. Creo que quizás la forma en que los otros hombres le miran le hace preferir un poco de privacidad. Dios sabe que hasta ahora todos nosotros individualmente hemos rezado por un poco de privacidad.

Clark se rió amargamente.

—Ya no, gracias. Cuantos más seamos mejor.

—Blair —continuó Copper— también tendrá privacidad… y cerrojos. Seguro que se despierta con un plan bastante definitivo en mente. ¿Alguna vez habéis oído la vieja historia de cómo detener una infección de fiebre aftosa en el ganado?

»Si no hay especímenes con infección de fiebre aftosa, no habrá futura infección aftosa —explicó Copper—. Hay que deshacerse de todos los animales que manifiesten síntomas, y de todos los animales que han estado cerca del animal infectado. Blair es biólogo, y conoce ese protocolo. Teme a esa cosa que hemos liberado. La solución está probablemente bastante clara en su cabeza por ahora. Matar a todo el mundo y todas las cosas del campamento antes de que una skúa o un albatros errante venga con la primavera por estos parajes y… contraiga la infección.

Los labios de Clark se plegaron en una mueca torcida.

—Suena lógico. Si las cosas se ponen muy mal… podemos dejar a Blair suelto. Nos ahorrará el trago de tener que suicidarnos. También podríamos hacer todos un juramento; si las cosas se ponen feas, nos encargamos de que eso ocurra.

Copper se rió ligeramente.

—El último hombre vivo en el Gran Imán… no sería un hombre —señaló —. Alguien tiene que matar a esas criaturas, que no desean autoaniquilarse, ya sabéis. No tenemos suficiente termita para hacerlo de una explosión, y la decanita no sirve de mucho. Tengo la impresión de que incluso los fragmentos más pequeños de esos seres son organismos autosuficientes.

—Si pueden modificar su protoplasma a voluntad —interrumpió Garry pensativamente—, ¿no podrían transformarse simplemente en pájaros para poder volar? Pueden aprender todo acerca de las aves, e imitar su estructura

sin tan siquiera entrar en contacto con ellas. O pueden imitar quizás pájaros de su planeta natal.

Copper negó con la cabeza, y ayudó a Clark a soltar al perro.

—El hombre ha estudiado a los pájaros durante siglos, intentando aprender cómo fabricar una máquina para volar como ellos. Nunca lo consiguió; finalmente lo logró cuando rompió con todo lo anterior y probó nuevos métodos. Conocer la idea general, o conocer la estructura detallada del ala, los huesos y el tejido nervioso es algo muy, muy diferente. Y en cuanto a lo de otros pájaros extraterrestres, quizás, de hecho muy probablemente, las condiciones atmosféricas de aquí son tan completamente distintas que sus pájaros no podrían volar aquí. Quizás, el ser procediera de un planeta como Marte con una atmósfera tan fina que no permitiese la existencia de pájaros.

Barclay entró en el edificio arrastrando un trozo de cable del cuadro de mandos del avión.

—Ya está acabado, doctor. El Edificio Cosmos no puede ser abierto desde el interior. Y ahora, ¿dónde ponemos a Blair?

Copper miró a Garry.

—No hay ningún edificio de biología. No sé dónde podemos aislarle.

—¿Qué tal en el Almacén Este? —dijo Garry tras unos segundos de reflexión—. ¿Podrá Blair cuidar de sí mismo… o necesitará cuidados?

—Podrá apañárselas. Nosotros somos a los que hay que cuidar —1c aseguró Copper lúgubremente—. Lleva una estufa, un par de bolsas de carbón, los suministros necesarios y unas cuantas herramientas para reparaciones. Nadie ha estado allí desde el último otoño, ¿verdad?

Garry negó con la cabeza.

—Si mete mucho ruido… podría ser una buena idea.

Barclay levantó las herramientas que llevaba y miró a Garry.

—Si la perorata que está farfullando ahora nos indica algo, me parece que va a pasar toda la noche canturreando. Y no creo que vaya a gustarle nada la canción.

—¿Qué dice? —preguntó Copper.

Barclay negó con la cabeza.

No me fijé mucho en lo que decía. Tú puedes hacerlo si quieres. Pero, por lo que pude entender, ese maldito idiota estaba teniendo los mismos sueños que tuvo McReady, y unos cuantos más. Durmió junto a la criatura cuando nos detuvimos en el camino al regresar del Magnético Secundario, recuerda. Soñó que la cosa estaba viva, y soñó más detalles. Y, maldita sea su alma,

sabía que no todo era sueño, o al menos tenía motivos para saberlo. Sabía que tenía poderes telepáticos que vibraban levemente, y que no sólo podía leer las mentes, sino también proyectar pensamientos. No eran sueños, ¿comprendes? Eran pensamientos sueltos que esa cosa estaba retransmitiendo, de la misma manera que Blair retransmite sus pensamientos ahora… una especie de susurro telepático en sueños. Por eso él sabía tanto sobre sus poderes. Supongo que tú y yo, doc, no fuimos tan sensibles… si es que quiere creer en la telepatía.

—No me queda más remedio —suspiró Copper—. El doctor Rhine de la Universidad Duke ha demostrado que existe, ha demostrado que algunas personas son más sensibles que otras.

—Bueno, si quieres saber más sobre el tema, ve y escucha un rato el farfulleo de Blair —apuntó Barclay—. Ya ha hecho huir a casi todos los chicos del Edificio de Administración; por no hablar del jaleo de Kinner con las cacerolas y el carbón. Cuando no puede golpear alguna cacerola, se dedica a atizar las brasas.

»Por cierto, comandante, ¿qué vamos a hacer esta primavera, ahora que los aviones están inutilizados?

Garry dejó escapar un suspiro.

—Mucho me temo que nuestra expedición no habrá servido de nada. No podemos dividir nuestras fuerzas ahora.

—Sí habrá servido de algo… si continuamos viviendo, y logramos salir de esta —le prometió Copper—. El hallazgo que hemos realizado, si somos capaces de controlarlo, es lo suficientemente importante. Los datos sobre los rayos cósmicos, los análisis magnéticos y atmosféricos no sufrirán un retraso excesivo.

Garry rió con tristeza.

—Precisamente estaba pensando en las retransmisiones por radio —dijo —. Tendremos que contarle a la mitad del mundo los maravillosos resultados de nuestros vuelos de exploración y engañar a hombres como Byrd y Ellsworth convenciéndoles de que estamos haciendo algo.

Copper asintió con gesto grave.

—Sabrán que algo falla. Pero hombres como esos tienen el suficiente juicio para saber que no les engañaríamos sin una buena razón, y esperarán nuestro regreso antes de juzgarnos. Creo que todo se resume en esto: los hombres que saben lo suficiente para reconocer nuestro engaño esperarán nuestro regreso. Los hombres que no tienen ni la suficiente discreción ni fe para esperar no tendrán la suficiente experiencia para detectar el fraude.

Sabemos bastante sobre las condiciones de este lugar para poder montar un buen farol.

—De manera que no envíen expediciones de «rescate» —dijo Garry—. Cuando… Si alguna vez estamos listos para regresar, tendremos que avisar al capitán Forsythe de que traiga una buena cantidad de magnetos cuando venga aquí. Pero… eso no importa ahora.

—¿Quieres decir si no logramos salir? —preguntó Barclay—. Me pregunto si un informe completo en directo de alguna erupción o terremoto por radio… usando efectos especiales y demás con explosiones de decanita cerca del micrófono… podría ser de ayuda. Por supuesto, nada mantendrá a la gente de allá totalmente apartada de este lugar. Aunque tina de esas escenas tremendas y melodramáticas del tipo *el-último-hombre-vivo* podría al menos hacerles ir con pies de plomo.

Garry sonrió con humor sincero.

¿Está todo el mundo en el campamento pensando eso también?

Copper se rió.

—¿Qué piensas tú, Garry? Nosotros confiamos en poder salir de esta. Aunque la situación nos incomoda un tanto, supongo.

Clark levantó sonriente la vista del perro que estaba acariciando para calmarlo.

—¿Que si confiamos dice, doctor?

CAPÍTULO 8

Blair se movía inquieto en el pequeño almacén. Sus ojos saltaban de un lado a otro con miradas vagas y huidizas observando a los cuatro hombres que estaban con él; Barclay, de un metro ochenta y tres centímetros de alto y un peso de ochenta y seis kilos; McReady, un gigante de bronce; el doctor Copper, bajito y fornido; y Bennings, un metro setenta y siete centímetros de correosa fuerza.

Blair estaba hecho un ovillo contra la pared más alejada del Almacén Este, tenía sus cosas apiladas en medio de la estancia jumo a la estufa, formando una isla entre él y los cuatro hombres. Retorcía sus manos huesudas que temblaban, aterradas. Sus ojos claros titilaban inquietos mientras su calvo y pecoso cráneo temblequeaba con un movimiento de pájaro.

—No quiero que nadie entre aquí. Me cocinaré mi propia comida —ladró con voz nerviosa—. Kinner quizás sea aún humano, pero no lo creo. Voy a salir de aquí, pero mientras tanto no voy a comer ninguna comida que me enviéis. Quiero comida enlatada. Latas cerradas.

—De acuerdo, Blair, te las traeremos esta noche —prometió Barclay—. Tienes carbón, y el fuego está encedido. Lo avivaré un poco —Barclay se adelantó.

Blair de inmediato retrocedió a rastras hasta la esquina más alejada.

—¡Fuera de aquí! ¡Aléjate de mí, monstruo! —gritó el diminuto biólogo, intentando reptar por la pared del cubículo—. Alejaos de mí… alejaos… no seré absorbido… no lo seré…

Barclay se relajó y retrocedió. El doctor Copper sacudió la cabeza.

—Déjale solo, Bar. Es más fácil para él apañárselas solo. Tendremos que arreglar la puerta, creo…

Los cuatro hombres salieron. Benning y Barclay se pusieron a trabajar con rapidez. No había cerrojos en la Antártida; no había suficiente privacidad para que fueran necesarios. Pero clavaron a cada lado del vano de la puerta unos tornillos resistentes, y ataron rápidamente a cada lado el sobrante del cable de la caja de mandos del avión, extremadamente fuerte al estar hecho de fibras de acero, y lo tensaron. Barclay se marchó para coger una taladradora y una sierra de calar. Finalmente consiguió hacer una trampilla en la puerta a través de la cual se podían pasar víveres sin tener que desatar el cable para entrar. Con tres bisagras que cogió del almacén de suministros, dos cerrojos y un par de clavos de siete centímetros y medio logró que no se pudiera abrir desde el otro lado.

Blair se removía nervioso en el interior. Arrastraba algo hacia la puerta con jadeos ahogados, murmullos y frenéticas maldiciones. Barclay abrió la portezuela y miró adentro, mientras el doctor Copper echaba un vistazo por encima de su hombro. Blair había trasladado la pesada litera contra la puerta. La puerta no podría abrirse ahora sin su cooperación.

McReady suspiró.

—Si se escapa, ha jurado matarnos a todos lo más rápidamente posible, algo con lo que no estamos de acuerdo… Pero tenemos entre nosotros algo que es peor que un maniaco homicida. Si tenemos que elegir entre liberar a uno u otro, creo que vendré aquí y abriré esa puerta.

Barclay sonrió.

—Avísame, y te diré cómo puedes abrirla más rápido. Rugiésemos.

El sol aún pintaba el cielo de múltiples colores, aunque ya llevaba dos horas bajo la línea del horizonte. La cortina de ventisca se trasladaba hacia el norte, reluciendo bajo los colores llameantes con un millón de gloriosos reflejos. Los montículos bajos de nieve virgen que apuntaban hacia el norte dejaban

entrever por encima de la ventisca la cordillera del Gran Imán apenas cubierta de nieve. Pequeños remolinos de nieve se escapaban de los esquís cuando los hombres partieron hacia el campamento principal a un poco más de tres kilómetros de distancia. El delgado dedo de la antena de transmisiones alzaba su negra aguja destacando contra el blanco del continente Antártico. La nieve bajo los esquís era como arena fina, dura y chirriante.

—La primavera —dijo Benning con amargura ha llegado. ¡Y no veas qué fiesta tenemos aquí montada! Me muero de ganas de salir de este condenado agujero de hielo.

—Yo no lo intentaría ahora, si fuera tú —gruñó Barclay—. Los tipos que se vayan de aquí en los próximos días van a ser tremendamente impopulares.

¿Qué tal tu perro, Copper? —preguntó McReady—. ¿Algún resultado?

¿En treinta horas? Ojalá lo tuviera. Le administré una inyección de mi sangre hoy. Pero imagino que se necesitan otros cinco días. No estoy seguro de que se pueda lograr antes.

—Me he estado preguntando… si Connant hubiera… cambiado, ¿nos habría avisado tan rápido de la huida del animal? ¿No tendría que haber esperado el tiempo suficiente para que la criatura tuviera una verdadera oportunidad de sobrevivir? Hasta que nos despertásemos, naturalmente —preguntó McReady pensativo.

—La criatura es egoísta por naturaleza. No habrás pensado al mirarla que poseía un completo sistema de altos valores, ¿verdad? —señaló el doctor Copper—. Cada parte de ella es toda ella, cada parte de ella es un todo en sí mismo, imagino. Si Connant hubiera cambiado, para salvar el pellejo tendría que… pero los sentimientos de Connant no han cambiado; o son réplicas perfectas o son los suyos verdaderos. Naturalmente, la réplica, si imitase perfectamente los sentimientos de Connant, haría exactamente lo que Connant haría.

—Veamos, ¿no podrían Norris o Van realizarle algún tipo de prueba? Si la criatura es más inteligente que los hombres, podría tener mayores conocimientos de física de los que Connant debiera, y ellos podrían detectarlo —sugirió Barclay.

Copper sacudió la cabeza con cansancio.

—No si lee las mentes. No puedes planear ninguna trampa contra ella. Van sugirió eso aquella última noche. Esperaba que esa cosa pudiera responderle algunas preguntas de física de las que le encantaría conocer la respuesta.

—Esta idea de una expedición de cuatro nos va a alegrar la vida —Bennings miró a sus compañeros—. Cada uno de nosotros con un ojo puesto en los demás para asegurarse de que no hace algo… extraño. Tío, ¡menudo grupo más bien avenido! Todos vigilando a sus vecinos en la mayor de las demostraciones de fe y lealtad… Estoy empezando a comprender qué quería decir Connant con lo de «ojalá pudierais ver vuestras miradas». De vez en cuando todos lo hemos experimentado, supongo. Uno mira a su alrededor con una expresión del tipo «me-pre-gunto-si-los-otros-tres-son-humanos». A propósito, no me excluyo.

—Por lo que sabemos el animal está muerto y hay una pequeña duda con relación a Connant. No se sospecha de nadie más —afirmó lentamente McReady—. La orden de permanecer «siempre-cuatro» es simplemente una medida preventiva.

—Supongo que Garry no tardará en pasar a la orden de cuatro-en-una-litera —suspiró Barclay—. Antes pensaba que no tenía privacidad alguna, pero desde esa orden…

Nadie observaba el proceso con más tensión que Connant. Una pequeña probeta esterilizada de cristal medio llena de un fluido de color pajizo. Una, dos, tres, cuatro, cinco gotas de la solución transparente que el doctor Copper había preparado a partir de la sangre de Connant. La probeta fue agitada cuidadosamente, luego colocada en un vaso de precipitación de agua transparente y templada. Se midió la temperatura de la sangre con un termómetro, el pequeño termostato pitó y el hornillo eléctrico comenzó a brillar mientras las luces parpadeaban ligeramente.

Entonces… comenzaron a formarse pequeños flecos blancos del precipitado, manchando el fluido transparente color paja.

Dios mío —dijo Connant. Se desplomó pesadamente sobre una litera, llorando como un bebé—. Seis días —gimoteó—, seis días ahí den tro… preguntándome si el maldito test miente…

Garry se acercó en silencio y deslizó el brazo sobre los hombros del físico.

—No podría mentir —dijo el doctor Copper—. El perro era inmune a los humanos… y el suero reaccionó.

—Enronces, ¿él está… bien? —jadeó Norris—. ¿Entonces… el animal está muerto… muerto para siempre?

—Él es humano —habló Copper finalmente—, y el animal está muerto.

Kinner explotó con una risa histérica. McReady se giró hacia él y le abofeteó con un movimiento metódico de uno-dos, uno dos. El cocinero se rió, tragó saliva, chilló unos segundos para luego sumarse frotándose las mejillas y susurrando unas gracias.

—Me asusté. Dios, estaba asustado…

Norris se rió con voz ronca.

—¿Y crees que nosotros no, monigote? ¿Acaso crees que Connant no lo estaba?

El Edificio de Administración vibró con un repentino relajamiento. Se oyeron risas, los hombres alrededor de Connant hablaban con voces innecesariamente altas, agitadas, voces nerviosas pero de nuevo amigables.

Alguien hizo una sugerencia, y una docena de hombres salieron a por sus esquís. Blair. Quizás Blair pudiera recuperarse.

El doctor Copper trasteaba con sus probetas con nervioso alivio, analizando distintas soluciones. El grupo de avituallamiento del barracón de Blair se dirigió a la salida entrechocando ruidosamente los esquís. Al otro extremo del pasillo los perros iniciaron un rápido aullido intermitente cuando detectaron el aire del excitado relevo.

El doctor Copper trasteaba con sus tubos. McReady fue el primero en verle, sentado al borde de la litera, con dos probetas de fluido color pajizo blanqueadas por la precipitina, y el rostro más blanco que el líquido en las probetas, lágrimas silenciosas caían de sus ojos desorbitados por el horror.

McReady sintió un gélido cuchillo de miedo atravesándole el corazón, que se congeló en su pecho. El doctor Copper levantó la mirada.

—Garry —llamó con voz áspera—. Garry, por amor de Dios, ven aquí.

El comandante Garry se acercó a él raudo. El silencio se apoderó del Edificio de Administración. Connant alzó la mirada y se levantó bruscamente de su asiento.

—Garry… el tejido del monstruo… también se precipita. No prueba nada. Nada excepto que el perro también era inmune al monstruo. Uno de los dos que han contribuido con su sangre… uno de nosotros dos, tú y yo, Garry… uno de nosotros es un monstruo.

CAPÍTULO 9

—Bar, llama a esos hombres para que vuelvan antes de que se lo digan a Blair —dijo McReady en voz baja. Barclay se dirigió a la puerta; sus gritos

llegaron débilmente a los hombres que permanecían en la habitación en un silencio tenso. Luego regresó.

—Ya vienen —dijo él—. No les dije por qué. Tan sólo que el doctor Copper ha pedido que no se marchen.

—McReady —suspiró Garry—, tú estás al mando ahora. Que Dios te ayude. Yo no puedo.

El gigante de bronce asintió lentamente, con los ojos clavados en el comandante Garry.

—Podría ser yo —añadió Garry—. Sé que no lo soy, pero no puedo probarlo ante vosotros de ninguna manera. La prueba del doctor Copper lo ha dejado claro. El hecho de que nos informase de su no validez, cuando al monstruo le hubiera favorecido que se desconociese la inutilidad de la prueba, probaría que él es humano.

Copper se meció hacia atrás y hacia delante lentamente sobre la litera.

Yo sé que soy humano. Pero tampoco puedo probarlo. Uno de nosotros dos es un mentiroso, ya que esa prueba no puede fallar, e indica que uno de nosotros lo es. Yo desvelé que la prueba era incorrecta, lo cual parece probar que soy humano, y ahora Garry ha aportado el argumento que prueba mi humanidad… lo cual, si fuera el monstruo, no debiera haber hecho. Y así una y otra y otra y otra vez…

La cabeza del doctor Copper, y luego el cuello y sus hombros, comenzaron a moverse lentamente en círculos al compás de sus palabras.

Súbitamente se desplomó hacia atrás sobre la litera, rugiendo a carcajadas.

—¡No tiene por qué probar que uno de nosotros es un monstruo! ¡No tiene por qué probar eso en absoluto! ¡Ja, ja! ¡Si todos fuéramos monstruos funcionaría igualmente! Todos somos monstruos… todos nosotros… Connant y Garry y yo… y todos vosotros.

—McReady —dijo Van Wall, el Jefe de pilotos de barba rubia—, tú estabas preparándote para estudiar medicina antes de optar por la meteorología, ¿no es así? ¿Podrías hacer algún tipo de análisis?

McReady se acercó despacio a Copper, le arrebató la aguja hipodérmica y la lavó cuidadosamente con alcohol al noventa y cinco por ciento. Garry estaba sentado en el borde de la litera con el rostro impasible, observando a Copper y a McReady inexpresivamente.

—Lo que Copper ha dicho es posible —apuntó McReady—. Van, ¿me echas una mano? Gracias.

La aguja llena se clavó en el muslo de Copper. La risa del doctor no paró, pero fue difuminándose lentamente en un lloriqueo, quedándose luego

totalmente dormido cuando la morfina hizo efecto.

McReady se giró de nuevo. Los hombres que iban al almacén donde estaba Blair permanecían de pie en el extremo más alejado de la habitación, sus esquís chorreaban nieve y sus rostros estaban tan blancos como sus esquís. Connant tenía un pitillo encendido en cada mano; fumaba con aire ausente de uno de ellos, con los ojos fijos en el suelo. El calor del cigarro en su mano izquierda le atrajo y lo miró, y también el de la otra mano, con expresión estúpida, durante un instante. Tiró uno y lo aplastó con el pie lentamente.

—El doctor Copper —repitió McReady— podría tener razón. Yo sé que soy humano… pero por supuesto no puedo demostrarlo. Repetiré la prueba para mi propia información. Cualquiera de vosotros que lo desee puede hacer lo mismo.

Dos minutos más tarde, McReady sostenía una probeta con precipitina blanca separándose lentamente del suero color paja.

—Reacciona a la sangre humana también, así que ninguno de ellos es un monstruo.

—No pensé que lo fueran —exclamó Van Wall—. Eso tampoco debe favorecer al monstruo; podríamos haberles destruido si lo supiéramos. ¿Por qué suponéis que el monstruo no nos ha destruido? Parece andar por ahí suelto.

McReady resopló. Luego sonrió.

—Elemental, querido Watson. El monstruo quiere disponer de formas de vida. Aparentemente no debe poder reanimar cuerpos muertos. Simplemente espera… espera a que lleguen mejores oportunidades. Está reservando a los que seguimos siendo humanos.

Kinner se estremeció con un violento temblor.

—Eh, eh, Mac, si yo fuera un monstruo ¿lo sabría? ¿Sabría si el monstruo ya me ha cazado? Oh, Dios mío, quizás sea ya un monstruo.

—Lo sabrías —respondió McReady.

—Pero nosotros no —Norris soltó una risa corta, medio histérica.

McReady miró el frasco con el suero que quedaba.

—Hay algo para lo que esta cosa puede servir —dijo pensativamente—. Clark, ¿podéis echarme una mano tú y Van? Los demás del grupo quedaos juntos aquí. Vigilaos unos a otros —dijo amargamente—. Aseguraos de que ninguno de vosotros se mete en líos, o algo parecido.

McReady salió por el túnel hacia Dogtown, con Clark y Van Wall tras él.

—¿Necesitas más suero? preguntó Clark.

McReady negó con un gesto.

—Pruebas. Hay cuatro vacas y un buey, y casi setenta perros allí. Esta sustancia sólo reacciona con sangre humana y… monstruos.

McReady regresó al Edificio de Administración, y se dirigió en silencio al lavadero. Clark y Van Wall se le unieron unos segundos después. Los labios de Clark habían adoptado un tic y se torcían en repentinas e inesperadas muecas.

—¿Qué habéis hecho? —explotó Connant súbitamente—. ¿Más inmunizaciones?

Clark dejó escapar una risilla, y paró con un hipido.

—Inmunizaciones. ¡Ja! Y tanto que los hemos inmunizado.

—Ese monstruo —dijo Van Wall con tono neutro— sigue cierta lógica. Nuestro perro inmune estaba bastante bien, y extraímos un poco más de suero para las pruebas. Pero ya no vamos a hacer más.

—¿No… no podéis utilizar la sangre de un hombre en otro perro…? —sugirió Norris.

—Ya no quedan —dijo McReady en voz baja—… más perros. Ni ganado, debo añadir.

—¿No hay más perros? —Benning se sentó lentamente.

—Se vuelven muy violentos cuando comienzan a transformarse —especificó Van Wall—, pero también muy lentos. Esa vara de electrocutar que fabricaste, Barclay, es muy rápida. Tan sólo queda un perro… nuestro ejemplar inmune. El monstruo nos permitió quedarnos con ese, para que pudiéramos jugar con nuestra pequeña prueba. El resto… —se encogió de hombros y se secó las manos.

—El ganado —dijo Kinner tragando saliva.

—También. Reaccionó muy bien. Tienen un aspecto muy extraño cuando comienzan a derretirse. La bestia no puede huir cuando está arada con cadenas de perro, o cabestros de ganado, no le quedó más remedio para poder replicarse.

Kinner se puso de pie lentamente. Sus ojos se movieron frenéticos por el cuarto hasta que los clavó tembloroso en un cubo de metal en la cocina. Lentamente, paso a paso, retrocedió hacia la puerta, abriendo y cerrando la boca silenciosamente, como un pez fuera del agua.

—La leche… —jadeó—. Ordeñé las vacas hace una hora… —su voz se rompió en un grito mientras se abalanzaba por la puerta. Salió al gélido exterior nevado sin impermeable ni ropa de abrigo.

Van Wall lo miró pensativamente durante unos segundos mientras se alejaba.

—Probablemente haya enloquecido irreversiblemente —dijo—, pero también podría tratarse de uno de esos monstruos escapando. No tiene esquís. Coge un soplete por si acaso.

El esfuerzo físico de la persecución les vino bien; al menos era algo en lo que mantenerse ocupado. Tres de los otros hombres vomitaban en silencio.

Norris estaba tumbado boca arriba, con el rostro verdoso, mirando fijamente la parte inferior de la litera superior.

—Mac, ¿cuánto tiempo llevan las vacas… sin ser vacas?

McReady se encogió de hombros desesperanzado. Se acercó al cubo de la leche, y con su pequeña probeta de suero se puso a trabajar con ella. La leche enturbió el suero, haciendo difícil el análisis. Finalmente dejó la probeta en su soporte y sacudió la cabeza.

—Da negativo… Lo que significa que o bien aún eran vacas cuando las ordeñaron, o que, siendo imitaciones perfectas, son igualmente capaces de dar leche perfectamente buena.

Copper se movía inquieto en sueños y dejó escapar un gorgoteo que sonó entre un ronquido y una risa. Ojos silenciosos se posaron en él.

—¿Puede la morfina afectar a un monstruo…? —alguien comenzó a preguntar.

—Sólo Dios lo sabe —McReady se encogió de hombros—. Al menos afecta a todo animal terrestre que conozca.

Connant levantó la cabeza repentinamente.

—¡Mac! Los perros debieron tragarse trozos del monstruo, y esos trozos los destruyeron. Era en los perros donde residía el monstruo. A mí me encerrasteis. ¿No prueba eso…?

Van Wall negó con la cabeza.

—Lo siento. No prueba nada acerca de lo que eres, tan sólo prueba lo que no hiciste.

—Ni siquiera prueba eso —suspiró McReady—. No tenemos nada que hacer, porque no sabemos lo suficiente y estamos tan nerviosos que no somos capaces de pensar correctamente. Te encellamos, sí, pero ¿nunca has visto cómo un glóbulo blanco de la sangre atraviesa las paredes de un vaso sanguíneo? ¿No? Filtra un pseudópodo y ya está al otro lado de la pared.

—Oh —replicó Van Wall apesadumbrado—. El ganado intentó licuarse., ¿verdad? Podrían haberse derretido… podrían haberse convertido en tan sólo

un hilillo de esa materia y pasar por debajo de la puerta para volver a formarse al otro lado. No, las cadenas no servirían de nada. No podrían vivir en un tanque sellado o…

—Si disparas directo al corazón y no muere —dijo McReady—, entonces es un monstruo. Esa es la mejor prueba que se me ocurre así a bote pronto.

—Ya no hay ni perros —dijo Garry en voz baja—, ni ganado. Ahora tiene que replicarse en los hombres. Y encerrarlo no sirve de nada. Tu prueba puede que funcione, Mac, pero mucho me temo que resultará difícil realizada con los hombres.

CAPÍTULO 10

Clark levantó la vista del fogón cuando Van Wall, McReady, Barclay y Benning entraron limpiándose la escarcha de la ropa. Los otros hombres en el Edificio de Administración continuaron concentrados en sus actividades, jugando al ajedrez, al póquer, leyendo. Ralsen reparaba un trineo sobre la mesa; Van y Norris mantenían sus cabezas juntas observando unos datos magnéticos, mientras Harvey leía en voz baja unas tablas.

El doctor Copper roncaba plácidamente en la litera. Garry revisaba con Dutton una gavilla de mensajes de radio cerca de la litera de Dutton, en un extremo de la mesa de la radio. Connant ocupaba la mayor parte de la mesa con sus hojas de datos sobre rayos cósmicos.

A través del pasillo, y con bastante claridad a pesar de las dos puertas cerradas, podían oír la voz de Kinner. Clark golpeó el metal del hervidor de agua contra la estufa y llamó con silencioso gesto a McReady. El meteorólogo se acercó a él.

—No me molesta cocinar —dijo Clark nervioso—, pero ¿no hay forma de que alguien haga callar a ese pájaro? lodos estábamos de acuerdo en trasladarnos al Edificio Cosmos.

—¿Kinner? —dijo McReady señalando con un gesto la puerta—. Me temo que no. Le puedo sedar, supongo, pero no tenemos un suministro ilimitado de morfina, y no corre peligro de enloquecer, tan sólo está histérico.

—Bueno, nosotros sí corremos peligro de enloquecer. Tú llevas fuera una hora y media. Ese lleva así sin parar desde entonces, y ya hace dos horas que empezó. Todo tiene un límite, ¿no crees?

Garry se acercó a ellos lentamente, como pidiendo disculpas. Durante unos segundos McReady observó el brillo salvaje del miedo, del horror, en los ojos de Clark, y supo en ese mismo instante que también brillaba en los de

Garry. Garry… Garry o Copper… uno de los dos era ciertamente un monstruo.

—Creo que lo mejor sería intentar acallar ese jaleo, Mac —susurró Garry —. Ya hay suficientes tensiones en este cuarto. Estuvimos de acuerdo en que sería más seguro para Kinner permanecer allí, ya que el resto nos vigilamos unos a otros constantemente —Garry se estremeció levemente—. E intenta, intenta con todas rus fuerzas encontrar alguna prueba que funcione.

—Vigilados o no, todos estamos tensos —dijo McReady con un suspiro —. Blair ha bloqueado la trampilla, de manera que ya no podemos abrir la puerta de su almacén. Dice que tiene suficiente comida, y se pasa el tiempo gritando «Marchaos, marchaos… sois monstruos. No me absorberéis. No lo haréis. Se lo diré a los hombres cuando vengan. Marchaos». Así que… nos marchamos.

—¿No existe otra prueba? —suplicó Garry

—Copper estaba en lo cierto —dijo McReady encogiéndose de hombros —. La prueba de suero podría haber sido definitiva si no hubiera estado contaminada… Pero ese es el único perro que queda, y está atado ahora.

—¿Y pruebas químicas?

—Nuestro equipo de química no es tan bueno —dijo McReady sacudiendo la cabeza—. Lo intenté con el microscopio…

—Sí —confirmó Garry—; el perro-monstruo y el perro normal eran idénticos. Pero… debes continuar intentándolo. ¿Qué vamos a hacer después de la cena?

—Establecer turnos de dormir —dijo Van Wall, que se había unido a ellos en silencio—. La mitad de la gente duerme y la otra mitad permanece despierta. Me pregunto cuántos de nosotros somos monstruos. Todos los perros lo eran. Pensamos que estábamos a salvo, pero de alguna manera se apoderó de Copper… o de ti —los ojos de Van Wall centellearon inquietos—. Podría haberse metido en todos vosotros… en todos menos en mí, vagando por aquí, mirando. No, no es posible. En tal caso ya hubierais saltado sobre mí. No tendría salida. Los humanos debemos ser mayoría de momento. Pero… —se quedó callado.

—Estás haciendo exactamente lo que Norris me acusaba de hacer a mí —dijo McReady tras reír brevemente—. Dejas tu idea a la mitad. Acábala. «Si alguien más cambia… quizá podría peligrar el equilibrio de poder». Esa cosa no lucha. No creo que luche jamás. Debe de ser una criatura pacífica, a su peculiar manera. Nunca tuvo que luchar, porque siempre logró sus objetivos.

Los labios de Van Wall se torcieron en una sonrisa forzada.

—Sugieres entonces —dijo— que quizás ya haya mayoría de monstruos, pero que simplemente esperan… todos ellos esperan… todos vosotros, por lo que sabemos, esperáis hasta que yo, el último humano, baje la guardia en mis sueños. Mac, ¿te fijaste en sus ojos?, nos miraban todos ellos.

—Tú no eres el que ha estado aquí sentado durante cuatro horas seguidas —dijo Garry tras resoplar—, mientras todos esos ojos sopesan silenciosamente cuál de nosotros dos, Copper o yo, es sin duda un monstruo… quizás ambos.

Clark repitió su petición.

—¿Podrías hacer callar a ese pájaro? Me está volviendo loco. O por lo menos haz que se calme un poco.

—¿Aún reza? —preguntó McReady.

—Aún reza —gruñó Clark—. No ha parado ni un segundo. No me importa que rece si eso le calma, lo malo es que grita, canta himnos y salmos y grita plegarias. Parece que piense que Dios no puede oírle bien desde aquí abajo.

—Quizás Él no pueda —gruñó Barclay—. O ya se habría encargado de esta criatura procedente del infierno.

—Alguien va a terminar probando la prueba definitiva que sugeriste antes si no haces que se calle —afirmó Clark con aire lúgubre—. Creo que un cuchillo clavado en la cabeza sería una prueba tan válida como una bala en el corazón.

—Continúa con la comida. Veré lo que puedo hacer. Quizás haya algo en el botiquín.

McReady se acercó con paso cansado al rincón que Copper utilizaba como dispensario. Tres armarios altos de madera tosca, dos de ellos cerrados con llave, servían de depósito del suministro médico del campamento. McReady se había graduado doce años atrás, primero con prácticas médicas, pero luego desvió sus estudios hacia la meteorología. Copper era un especialista de prestigio, un hombre que conocía la profesión médica de manera profunda y avanzada. Más de la mitad de las medicinas disponibles eran desconocidas para McReady; y gran parte de las otras ya las había olvidado. No había muchos libros de medicina en el campamento, ni revistas médicas donde aprender los temas que no le parecieron que merecía la pena incluir en la pequeña biblioteca con la que se había visto obligado a contentarse para el viaje. Los libros son pesados, y cada kilo de suministro tiene que ser fletado por avión.

McReady cogió lo que creía que era un barbitúrico. Barclay y Van Wall le acompañaron. Ningún hombre iba solo a ningún sitio en el Gran Imán.

Cuando regresaron, Ralsen había apartado su trineo y los físicos habían despejado la mesa tras detener el juego de póquer. Clark les servía la comida. El repiqueteo de las cucharas y los ruidos sordos que hacían los hombres al comer eran los únicos signos de vida en la habitación. No se escuchaba ni una sola palabra cuando regresaron los tres; simplemente las miradas se clavaron en ellos interrogándoles, mientras las mandíbulas seguían moviéndose metódicamente.

McReady se puso tenso de repente. Kinner estaba gritando un himno con voz áspera y rota. McReady miró exhausto a Van Wall con una sonrisa torcida y sacudió la cabeza.

—Uf —suspiró.

Van Wall maldijo amargamente y se sentó a la mesa. Y a continuación dijo:

—Simplemente tendremos que aguantarlo hasta que se le gaste la voz. No podrá seguir berreando para siempre.

—Tiene una garganta de bronce y una laringe de hierro forjado —afirmó Norris furioso—. Seamos optimistas, quizás sea uno de nuestros amigos, en tal caso podría continuar renovando su garganta hasta el día del Juicio Final.

El silencio se apoderó de todos. Durante veinte minutos siguieron comiendo sin pronunciar ni una sola palabra. Pero entonces Connant se levantó y habló con incontenida vehemencia.

—Estáis ahí sentados más callados que estatuas. No decís ni una palabra, pero, oh, Dios mío, vuestros ojos no paran de hablar. Van de un lado a otro como un puñado de canicas de cristal derramadas sobre la mesa. Pestañean, se mueven y miran… y se susurran cosas. Tíos, ¿podríais mirar hacia otro lado para variar, por favor? Escucha, Mac, tú estás a cargo del lugar. ¿Por qué no vemos películas durante la noche? Hemos estado ahorrando esas cintas para que durasen. ¿Durar para qué? ¿Quién va a ver esas últimas cintas, eh? Veámoslas mientras podamos, y así dejaremos de mirarnos las caras los unos a los otros.

—Excelente idea, Connant. Yo al menos estoy a favor de mejorar la situación en todo lo que pueda.

—Eso, y sube el volumen, Dutton. Quizás así podamos ahogar los himnos —sugirió Clark.

—Pero —dijo Norris suavemente— no apagues las luces.

—Las luces estarán apagadas —le corrigió McReady negando con la cabeza— Pondremos todas las películas de dibujos que tenemos. No te importará ver viejos dibujos, ¿verdad?

Claro, por supuesto… me muero de ganas.

McReady se dio la vuelta para mirar al que había hablado, un flaco y larguirucho americano de Nueva Inglaterra llamado Caldwell. Caldwell rellenaba su pipa con parsimonia, con un ojo agrio mirando de soslayo a McReady.

El gigante de bronce no tuvo más remedio que reír.

—De acuerdo, Bart, tú ganas. Quizás no estén las cosas para Popeye y patos trileros, pero algo es algo.

—Juguemos a Clasificaciones —sugirió Caldwell lentamente—. O quizás aquí lo llamáis Guggenheim. Se dibuja una tabla con columnas en un trozo de papel, y se escriben clases de cosas, como animales, ya sabéis. Una columna para la «H», otra para la «D», etcétera. Como «Humano» y «Desconocido» por ejemplo. Creo que eso sería mucho más divertido que las películas. Quizás alguien tiene un lápiz para dibujar las líneas y separar los animales del tipo «D» y los animales del tipo «H», por ejemplo.

—McReady está intentando encontrar ese tipo de lápiz —respondió Van Wall lentamente—, pero aquí tenemos tres tipos de animales, ¿sabes? Además de esos dos hay uno que comienza por «L». De esos no queremos más.

—«Locos» quieres decir, ¿eh? Umm… Clark, te echaré una mano con esas cacerolas para que podamos comenzar con nuestra sesión de cine dijo Caldwell, y a continuación se levantó con parsimonia.

Dutton, Barclay y Benning, a cargo del proyector y del equipo de sonido, comenzaron con los preparativos en silencio, mientras el Edificio de Administración era recogido y los piaros y cacerolas guardados.

McReady se fue acercando lentamente hacia Van Wall, y se echó en la litera junto a él.

—Me he estado preguntando, Van —dijo con una mueca—, si informar o no de mi idea por adelantado. Me olvide de que los animales «D», como Caldwell los llamó, podían leer las mentes. Tengo una vaga idea sobre algo que podría funcionar. Pero es todo demasiado difuso aún para preocuparnos por ello. Que comience la proyección, mientras tanto reflexionaré para intentar comprender la lógica de la criatura. Mr echaré en esta litera.

Van Wall miró hacia arriba y asintió. La pantalla estaba práctica mente en línea con su litera, haciendo así más difícil el visionado de la película y

permitiéndole a su vez que la película le distrajera menos.

—Quizás debieras decirnos que tienes en mente —sugirió Van Wall—. De momento, tan sólo los Desconocidos conocen tu plan. Podrías transformarte en un desconocido antes de poder ponerlo en marcha.

—No llevará mucho tiempo, si he realizado bien los cálculos. Pero no quiero más de todo ese rollo de los monstruos y las pruebas con perros. Será mejor que movamos a Copper a esta litera encima de la mía. Él tampoco va a mirar la pantalla.

McReady hizo una señal con la cabeza hacia el bulto de Copper, que roncaba ligeramente. Garry les ayudó a levantar y trasladar al doctor.

McReady se echó en la litera y se hundió en un trance, o casi, de profunda concentración, intentando calcular opciones, operaciones, métodos. Apenas fue consciente cuando los otros se distribuyeron por la sala silenciosamente y la pantalla se encendió. Sin ser del todo consciente, los gritos solocados de plegarias y el cántico ronco de himnos le siguieron perturbando hasta que el sonido de la película comenzó. Las luces se apagaron, pero la enorme superficie de luces de colores de la pantalla reflejaba suficiente luz para leer. Hacía que los ojos de los hombres brillaran mientras se movían nerviosamente. Kinner aún estaba rezando, gritando, su voz era un ronco acompañamiento al sonido mecánico del proyector. Dutton subió el volumen.

Tanto tiempo había estado sonando la voz que McReady al principio apenas fue consciente de que había cesado. Mientras estaba echado, justo en el otro extremo de la estrecha habitación junto al pasillo que llevaba al Edificio Cosmos, la voz de Kinner le había llegado bastante claramente, a pesar del sonido de las películas. De pronto fue consciente de que había parado.

—Dutton, baja el sonido —ordenó McReady sentándose con un movimiento rápido. El proyector chasqueó durante unos instantes, sin el sonido de la película y extrañamente fútil en el repentino y profundo silencio. El viento arriba, en la superficie, burbujeaba lágrimas melancólicas de sonido que llegaban a través de las tuberías de la cocina.

—Kinner ha parado —dijo McReady en voz baja.

—Por todos los santos, subid el sonido entonces, quizás haya parado de gritar para escuchar —dijo Norris secamente.

McReady se levantó y se dirigió al pasillo. Barclay y Van Wall abandonaron sus posiciones al otro extremo de la habitación para seguirle. Los destellos de la película se reflejaron y bailotearon en la parte de atrás de los calzones grises de Barclay mientras este atravesaba el haz de luz del

proyector aún en marcha. Dutton encendió las luces y las imágenes se desvanecieron.

Norris permaneció en la puerta como le había ordenado McReady. Garry se sentó en silencio en la litera más cercana a la puerta, forzando a Clark a que le hiciera sitio. El resto de hombres permanecieron exactamente donde estaban.

Tan sólo Connant se paseaba lentamente de un lado a otro de la habitación, con ritmo regular e invariable.

—Si vas a seguir haciendo eso, Connant —ladró Clark—, podemos prescindir de ti totalmente, seas o no seas humano. ¿Podrías parar ese maldito ritmo?

—Lo siento —el físico se sentó en una litera, y clavó los ojos en los dedos de sus pies, pensativamente. Transcurrieron casi cinco minutos, que parecieron cinco siglos escuchando tan sólo el viento, hasta que McReady volvió a aparecer en la puerta.

—Se ve —anunció— que no tenemos suficientes problemas aquí ya. Alguien ha intentado ayudarnos. Kinner tiene un cuchillo en la garganta, lo cual probablemente explica por qué paró de cantar. Tenemos Monstruos, Locos y Asesinos. ¿Se te ocurre algún otro tipo más de animales, Cadwell? Si lo hay lo sabremos pronto.

Capítulo 11

—¿Se ha escapado Blair? —preguntó alguien.

—Blair no se ha escapado. A menos que se haya colado volando. Si hay alguna duda acerca de dónde vino nuestro amable ayudante asesino… esto podría aclararla —Van Wall sostenía una hoja de cuchillo de treinta centímetros de larga envuelta en un trapo. El mango de madera estaba medio quemado, ennegrecido con el reconocible entramado de la parte superior de la estufa.

Clark la observó.

—Yo fui el que quemó el mango esta tarde. Me olvidé de esa maldita cosa y la dejé encima de la estufa.

Van Wall asintió.

—Yo lo olí. si recuerdas. Sabia que el cuchillo procedía de la cocina.

—Me pregunto —dijo Benning mirando al grupo con recelo— cuántos monstruos más tenemos. Si alguien pudo salir inadvertido de este lugar, pasar por detrás de la pantalla hasta la cocina y luego irse al Edificio Cosmos y

regresar… porque regresó, ¿no es así? Sí… todo el mundo está aquí. Bien, si uno del grupo pudo hacer eso…

—Quizás lo hizo un monstruo —sugirió Garry en voz baja—. Existe esa posibilidad.

—Al monstruo, como tú mismo has señalado hoy, tan sólo le quedan hombres para poder replicarse. ¿Mermaría él mismo su propio suministro de sujetos? —señaló Van Wall—. No, simplemente tenemos entre nosotros a un ordinario y vulgar asesino repugnante. Normalmente lo describiríamos como un «asesino inhumano» supongo, pero dadas las circunstancias debemos ceñirnos al sentido estricto. Tenemos asesinos inhumanos, y ahora tenemos asesinos humanos. O al menos uno.

—Hay un humano menos —dijo Norris suavemente—. Quizás el monstruo haya conseguido equilibrar las fuerzas ahora.

—No importa —suspiró McReady, luego se giró hacia Barclay—. Bar, ¿podrías traer tu artilugio eléctrico? Quiero asegurarme…

Barclay se fue por el pasillo para coger la lanza eléctrica, mientras McReady y Van Wall regresaban al Edificio Cosmos. Barclay les siguió unos treinta segundos más tarde.

El pasillo que llevaba hacia el Edificio Cosmos se torcía en ángulos, como ocurría con casi todos los pasillos del Gran Imán, y Norris se quedó de nuevo guardando la entrada. Pero entonces oyeron, tenuemente amortiguado, el repentino grito de McReady. Hubo un violento intercambio de golpes, sonidos sordos, *zump, plaff*.

—Bar… Bar…

Se oyó entonces un extraño y salvaje maullido, silenciado antes incluso de que Norris llegase corriendo a la esquina del corredor.

Kinner, o lo que antes fue Kinner, yacía en el suelo, cortado en dos por el enorme cuchillo que llevaba McReady. El meteorólogo estaba apoyado contra la pared, y el cuchillo chorreaba encarnado en su mano. Van Wall se removía ligeramente en el suelo, gimiendo medio inconsciente y frotándose la mandíbula con la mano. Barclay, con un indescriptible brillo salvaje en los ojos, sostenía la lanza eléctrica y se apoyaba metódicamente en ella, clavándola, clavándola, clavándola.

Los brazos de Kinner estaban cubiertos de una extraña piel escamosa, y los músculos se habían retorcido. Los dedos eran más cortos y la mano se había redondeado, las uñas se transformaron en cuernos de siete centímetros y medio de largo de color rojo desvaído, convertidas en garras cortantes como cuchillas y duras como el acero.

McReady levantó la vista, miró el cuchillo que sostenía en la mano y lo dejó caer.

—Bueno, quienquiera que lo hizo puede hablar ahora. Fue un asesino inhumano en cierto sentido… en el sentido de que asesinó a un inhumano. Juro por lo más sagrado que Kinner era un cadáver sin vida sobre el suelo cuando llegamos. Pero cuando descubrió que íbamos a clavarle el punzón eléctrico… cambió.

—Oh, Dios mío, esas cosas son excelentes actores —dijo Norris agitado —. ¡Oh, ciclos!… ¡Sentada aquí dentro durante horas, pronunciando oraciones a un Dios que odia! Gritando himnos con voz rota… himnos de una Iglesia que jamás conoció. Volviéndonos locos con sus continuos alaridos…

—Bien. Que hable el que lo hizo —repitió McReady—. No lo sabía, pero le ha hecho un enorme favor a todo el campamento. Y quiero saber cómo demonios salió de ese cuarto sin que nadie le viera. Podría ser útil para nuestra propia protección.

—Sus alaridos… sus gritos. Ni siquiera el sonido del proyector los ahogaba —Clark tembló—. Era un monstruo.

—Oh —dijo Van Wall comprendiendo repentinamente—. Tú estabas sentado justo al lado de la puerta, ¿verdad? Y ya casi detrás de la pantalla de proyección.

Clark asintió en silencio. Luego dijo:

—Él… ese bicho ya se ha callado. Está muerto… Mac, tu maldita prueba no es buena. Estaba muerto, de todas formas, monstruo u hombre, estaba muerto.

McReady soltó tina risilla.

—Chicos, os presento a Clark, ¡el único que sabemos que es humano! Conozcan a Clark, el que ha demostrado que es humano intentando cometer un asesinato… y fallando. ¿Os importaría a todos los demás absteneros durante un tiempo de intentar demostrar que sois humanos? Creo que podríamos encontrar otra manera de probarlo.

—¡Otra prueba! —exclamó Connant jubiloso, luego su rostro volvió a hundirse en la decepción—. Supongo que se tratará de otro método radical.

—No —dijo McReady con voz firme—. Mantente atento y ten cuidado. Ven al Edificio de Administración. Barclay, trae tu máquina de electrocutar. Y alguien… Dutton, quédate con Barclay para asegurarte de que lo hace. Vigilad a vuestro vecino, porque os juro por el Infierno del que vinieron estos monstruos que tengo algo, y ellos lo saben. ¡Se van a volver peligrosos!

La tensión creció repentinamente en el grupo de hombres. Una corriente de amenaza inminente penetró en los cuerpos de todos ellos, y se miraron unos a otros atentamente. Mucho más atentamente que antes… *¿es ese hombre que está a mi lado un monstruo inhumano?*

—¿Y qué es eso que tienes? —preguntó Garry cuando regresaron a la sala principal—. ¿Cuánto tiempo tardará en llevarse a cabo?

—No lo sé exactamente —dijo McReady con la voz rota por una determinación furiosa—. Pero sé que funcionará, y sin posibilidad de fallo. Se basa en una cualidad básica de los monstruos, no nuestra. «Kinner» ha terminado de convencerme de ello.

Se quedó de pie inmóvil con su corpulento cuerpo de bronce, recuperada otra vez la confianza en sí mismo.

—Esto —dijo Barclay, levantando el arma con mango de madera, coronada con su dos puntiagudos conductores cargados— va a ser imprescindible, me lo llevo. ¿Está la planta del generador asegurada?

Dutton asintió con seguridad.

—La carbonera automática está llena. La planta del generador de gas está en pausa. Van Wall y yo la enchufamos para ver las películas y… hemos estado comprobando su funcionamiento con cuidado varias veces, ya sabes. Cualquier cosa que toquen estos cables, muere —le aseguró lúgubremente—. De eso estoy seguro.

El doctor Copper se removió ligeramente en su litera y se frotó los ojos con manos temblorosas. Se incorporó lentamente, pestañeó para quitarse la niebla de sueño y drogas de los ojos, y luego los abrió desorbitadamente con indescriptible horror por pesadillas narcotizadas.

—Garry —farfulló—, Garry… escucha. Egoísta… viene del infierno, y es infernalmente egoísta… ¿Entiendes lo que quiero decir? —se volvió a hundir en su litera y roncó suavemente.

McReady le miró pensativo.

—Al final lo sabremos —asintió lentamente—. Pero egoísta es la clave. ADN egoísta es el término correcto. Debe serlo, ¿comprendéis? —se volvió hacia los hombres un la cabina, hombres silenciosos que observaban con mirada lupina a sus vecinos—. Egoísta, y como dijo el doctor Copper, cada parre es la totalidad. Cada trozo es autosuficiente, un animal en sí mismo.

»Eso, y otra cosa más, explica la situación. No hay nada misterioso en la sangre; es simplemente un tejido corporal normal como un trozo de músculo,

o un trozo de hígado. Pero no contiene tanto tejido conectivo, aunque posee millones, miles de millones de células vitales.

La larga barba de color bronce de McReady se agitó bajo una lúgubre sonrisa.

—Esta explicación es satisfactoria en cierto sentido. Estoy bastante seguro de que los humanos aún os sobrepasamos… sobrepasamos a los otros. Otros que están de pie aquí. Y nosotros tenemos lo que vosotros, vuestra raza de otro mundo, evidentemente no tenéis. No es una capacidad de imitación, sino un instinto profundamente arraigado, un impulso, un fuego inagotable que es genuino. Lucharemos, lucharemos con una ferocidad que podéis intentar imitar, ¡pero nunca seréis iguales! Nosotros somos humanos. Somos reales. Vosotros sois imitaciones, falsos hasta la médula de cada una de vuestras células.

»De acuerdo. Ha llegado el momento del enfrentamiento. Ya lo sabéis. Vosotros, con vuestros poderes para leer mentes. Me habéis robado la idea de mi cerebro, pero no podéis hacer nada contra ello.

»La sangre es tejido. Tienen que sangrar; si no sangran cuando se les corta, entonces, por todos los santos, ¡son imitaciones! ¡Imitaciones del infierno! Pero si sangran, entonces esa sangre, una vez separada de su cuerpo, pasa a ser un ente autónomo… un individuo recién formado por derecho propio, ¡al igual que ellos, porciones de un original, son individuos! ¿Lo comprendes, Van? ¿Puedes ver la respuesta, Bar?

—La sangre… —dijo Van Wall sonriendo—, la sangre no obedecerá al cuerpo del que procede. Es un nuevo individuo, con el mismo instinto de autoconservación que el original, la masa principal de donde se ha desgajado. La sangre vivirá… ¡e intentará alejarse arrastrándose de, por ejemplo, una aguja caliente!

McReady cogió el escalpelo del centro de la mesa. Del armario sacó un soporte de probetas, un quemador pequeño de alcohol y un trozo de alambre de platino liado en una bobina de vidrio. Una sonrisa de sombría satisfacción se dibujó en sus labios. Durante unos instantes levantó los ojos y miró a los que estaban a su alrededor. Barclay y Dutton se acercaron a él lentamente, con el instrumento eléctrico a mano.

—Dutton —dijo McReady—, será mejor que te coloques junto al empalme eléctrico donde conectaste eso. Sólo para asegurarnos de que nadie… o nada… lo desconecta.

Dutton se alejó.

—Ahora, Van, supongo que deberías ser tú el primero.

Con el rostro pálido, Van Wall dio un paso adelante. Con delicada precisión, McReady cortó una vena en la base del pulgar. Van Wall se estremeció ligeramente, luego permaneció sereno mientras se derramaba un poco más de un centímetro de sangre brillante dentro del tubo. McReady puso la probeta en el soporte, le dio a Van Wall un poco de alumbre y le señaló el frasco de yodo.

Van Wall permaneció inmóvil, observando. McReady calentó el cable de platino sobre la llama del quemador de alcohol, luego lo introdujo en la probeta. El cable siseó levemente. Repitió la prueba cinco veces.

—Yo diría que es humano.

McReady resopló y se enderezó.

—De momento mi teoría no ha sido realmente validada… pero tengo grandes esperanzas. Tengo esperanzas. Por cierto, no os hagáis muchas ilusiones con todo esto. Tenemos entre nosotros algunos indeseables, sin duda. Van, ¿podrías relevar a Barclay sujetando tú ahora el electrocutor? Gracias. De acuerdo, te toca, Barclay, y permíteme que diga que ojalá seas uno de los nuestros, eres un tipo formidable.

Barclay sonrió indeciso y se estremeció bajo la hoja afilada del escalpelo. Después, con una amplia sonrisa, volvió a coger su arma de mango largo.

—Señor Samuel Dutt… ¡Bar! —exclamó McReady.

Y en ese mismo instante se liberó la tensión. Fuera cual fuese el infierno que ardía en el interior de los monstruos, fue igualado por el de los humanos. Barclay no tuvo tiempo siquiera de aparrar su arma cuando una veintena de hombres se abalanzaron sobre aquella cosa que se parecía a Dutton. Maulló, escupió y comenzaron a crecerle los colmillos… pero antes de lograrlo fue descuartizada en cien trozos. Sin cuchillos, ni otra arma más que la fuerza bruta de un pelotón de hombres iracundos, la criatura fue aplastada y hecha papilla.

Lentamente se fueron poniendo en pie con los ojos aún centelleantes, aún conmocionados. Una curiosa arruga en los labios delataba su nerviosismo.

Barclay se acercó con el arma eléctrica. La criatura humeaba y apestaba. El ácido corrosivo que Van Wall derramó en cada gota de sangre derramada provocaba vapores cosquilleantes que hacían toser.

McReady sonrió, sus ojos centelleaban de júbilo.

—Quizás —dijo en voz baja— infravaloré las capacidades del ser humano cuando dije que nada humano podía mostrar la ferocidad que brillaba en los ojos de aquella cosa que encontramos. Desearía que tuviéramos la oportunidad de dispensar un tratamiento más apropiado a estas criaturas. Algo

con aceite hirviendo, o plomo derretido dentro, o quizás asarlos lentamente sobre el caldero. Cuando pienso en lo buen hombre que fue Dutton…

»No importa. Mi teoría está confirmada por… ¿por alguien que lo sabía? Bueno, Van Wall y Barclay están limpios. Creo, entonces, que intentaré demostraros lo que ya sé. Que yo también soy humano.

McReady empapó el escalpelo en alcohol, lo quemó por la parte de la hoja y se cortó en la base del pulgar con precisión.

Veinte segundos más tarde levantó la vista del escritorio para mirar a los hombres expectantes. Ahora veía más sonrisas, sonrisas amistosas, pero se percibía algo más en los ojos de todos ellos.

—Connant tenía razón —McReady sonrió—. Los huskis que observaban a la criatura desde el ángulo del pasillo no os contagiaron nada. Me pregunto por qué pensamos que sólo la sangre de lobo tiene derecho a ser feroz. Quizás en cuanto a violencia espontánea el lobo gane, pero tras estos siete días… ¡abandonad toda esperanza, lobos que oséis entrar aquí!

»Quizás podamos ahorrar tiempo. Connant, acércate…

De nuevo Barclay reaccionó demasiado tarde.

En esta ocasión se produjeron más sonrisas, y la tensión se rebajó aún más cuando Barclay y Van Wall remataron la faena.

—Connant era uno de los mejores hombres que teníamos aquí… —dijo Garry con voz profunda y amarga—, y hace cinco minutos habría jurado que era un hombre. Esas malditas cosas son más que una mera imitación.

Garry tembló estremecido y se sentó en su litera.

Y treinta segundos más tarde, la sangre de Garry se retrajo alejándose del cable caliente de platino, y luchó por salir de la probeta, luchó tan frenéticamente como la réplica de ojos rojos en la que se había transformado, disolviéndose; luchó por esquivar el arma con lengua de doble filo que Barclay le acercaba, lívido y sudoroso.

El ser de la probeta chilló con una voz diminuta y metálica cuando McReady lo dejó caer sobre las brasas encendidas de la estufa.

CAPÍTULO 12

—¿Es el último? —el doctor Copper miró desde arriba de su litera con ojos enrojecidos y tristes—. Han sido catorce…

McReady asintió rápidamente.

—En cierro sentido… si hubiéramos podido prevenir permanentemente su propagación… me gustaría que las imitaciones aún estuvieran vivas. El comandante Garry… Connant… Dutton… Clark…

—¿Adónde llevan esas cosas? —Copper señaló con la cabeza la camilla que Barclay y Norris transportaban.

—Afuera. Han colocado sobre el hielo quince cajas de madera rotas, media tonelada de carbón y al final añadirán treinta y ocho litros de queroseno. Hemos echado ácido en cada gota derramada, en cada fragmento arrancado. Vamos a incinerarlos.

—No está mal el espectáculo —asintió Copper con cansancio—. Me pregunto, no has dicho nada acerca de si Blair es…

McReady pegó un respingo.

—¡Nos habíamos olvidado de él! —exclamó—. ¡Teníamos tantas otras cosas en la cabeza!… ¿Crees que podríamos curarle ahora?

—Si… —comenzó a decir el doctor Copper, e hizo una pausa significativa.

—Incluso a un loco… —McReady retomó la palabra de nuevo—. La criatura imitó a la perfección a Kinner y su histeria devota… —se volvió hacia Van Wall, que estaba sentado junto a la mesa alargada—. Van, tenemos que hacer una expedición al barracón de Blair.

Van levantó la mirada súbitamente, y el ceno de preocupación se transformó en un instante en sobresaltado recuerdo. A continuación se incorporó y asintió.

—Será mejor que vaya Barclay —sugirió—. Él instaló esos cierres, y se le puede ocurrir algo para entrar sin asustar demasiado a Blair.

Avanzaron a pie durante tres cuartos de hora, a través de un frío de -38°, mientras el telón de la aurora se desplegaba encima de sus cabezas. El crepúsculo duraba casi doce horas, ardiendo en el norte sobre nieve, que parecía arena blanca y cristalina, como la que pisaban en esos momentos sus esquís. Un viento de unos ocho kilómetros por hora la apilaba en líneas a la deriva que apuntaban hacia el noroeste.

Tres cuartos de hora tardaron en llegar al barracón cubierto de nieve. No salía humo de la pequeña caseta, y los hombres se apresuraron.

—¡Blair! —rugió Barclay al viento cuando aún estaba a unos noventa metros de la caseta—. ¡Blair!

—Calla —dijo McReady en voz baja—. Y date prisa. Puede que esté intentando que le transponen a larga distancia. Y si tenemos que perseguirle… no disponemos de aviones, y los tractores están inutilizados…

—¿Podría tener el monstruo la resistencia de un hombre?

—Una pierna rota no lo detendría ni un solo minuto —señaló McReady.

Barclay soltó un grito ahogado y señaló a lo lejos. Apenas perceptible en el cielo de luz crepuscular, una criatura alada volaba en círculos de indescriptible gracia y elegancia. Las enormes alas blancas se inclinaron suavemente, y el pájaro voló sobre ellos con curiosidad silenciosa.

—Albatros… —dijo Barclay en voz baja—. Los primeros de la estación, y bastante tierra adentro, por algún motivo. Si hay algún monstruo suelto…

Norris se arrodilló sobre el hielo y rebuscó a toda prisa entre su traje impermeable. Se enderezó con el abrigo abierto ondeando al viento, con una amenazante arma azul metalizado en la mano. En ese momento la hizo rugir retando al blanco silencio de la Antártida.

La criatura en el aire dejó escapar un grito ronco. Sus enormes alas se movieron frenéticamente mientras una docena de plumas de su cola salieron disparadas. Norris volvió a disparar. El pájaro se movía ahora a toda velocidad, pero en línea recta de retirada. Volvió a graznar, se desprendieron más plumas, y cayó en picado aleteando tras un risco de hielo, perdiéndose de vista.

Norris corrió junto a los otros.

—No regresará —jadeó.

Barclay le hizo una señal para que guardase silencio, señalando al mismo tiempo hacia el barracón. Una extraña y feroz luz azul se filtraba por las grietas de la puerta de la barraca. Un zumbido suave y muy bajo sonaba dentro, un zumbido suave y bajo y un repiqueteo de herramientas, sonidos que comunicaban un mensaje de frenética prisa.

El rostro de McReady palideció.

—Dios nos ayude si esa cosa ha…

Apretó el hombro de Barclay, e hizo movimientos de tijera con los dedos, señalando al mismo tiempo los cables que mantenían la puerta cerrada.

Barclay sacó la tijera de su bolsillo y se arrodilló silenciosamente junto a la puerta. El chasquido y el roce de los cables cortados sonaron insoportablemente fuertes en el profundo silencio de la Antártida. Tan sólo lo interrumpía ese extraño y suave zumbido en el interior de la cabaña, y el raro y apresurado chasquido y manipulación de herramientas.

McReady echó un vistazo por la rendija de la puerta. Contuvo la respiración y sus enormes dedos apretaron aún más fuerte el hombro de Barclay. El meteorólogo retrocedió.

—No es… Blair —explicó con voz muy baja—. La criatura está arrodillada sobre algo que está apoyado encima de la litera… algo que se eleva una y otra vez. Parece una especie de mochila… pero se eleva.

—Todos a una —dijo Barclay gravemente—. No. Norris, ve atrás y coge tu pistola. Esa cosa podría tener… armas.

Juntos, el poderoso cuerpo de Barclay y la gigantesca fuerza de McReady derribaron la puerta. Dentro, la litera que bloqueaba la puerta chirrió y se deshizo en astillas. La puerta se soltó de las visagras y cayó al suelo, y la madera de las jambas se reventó hacia dentro.

Como una pelota de goma azul, la Criatura saltó hacia arriba. Uno de sus cuatro brazos con aspecto de tentáculos salió disparado como tina serpiente al ataque. En una mano con siete apéndices, un lápiz de quince centímetros de metal reluciente y parpadeante brilló y la criatura se columpió hacia arriba para encararse a ellos. Sus labios finos se abrieron y revelaron unos colmillos de serpiente en una mueca de odio, bajo unos ojos rojos ardientes.

El revólver de Norris tronó en el interior del pequeño cubículo. El rostro rebosante de odio de la criatura se contrajo en una mueca de agonía, y el tentáculo retorcido se retrajo bruscamente. El objeto plateado que tenía en la mano quedó hecho pedazos, la mano con siete tentáculos se convirtió en un amasijo de carne que supuraba una sustancia viscosa y de color amarillo verdoso. El revólver retumbó tres veces más. Tres negros agujeros atravesaron cada uno de los tres ojos, y entonces Norris lanzó el arma sin munición contra su cara.

La Cosa gritó con odio furibundo, cimbreó un tentáculo sobre sus ojos ciegos. Durante unos instantes se arrastró por el suelo, los tentáculos se agitaban salvajemente y el cuerpo se retorcía. Luego volvió a erguirse, los ojos cegados se movían, hirviendo repulsivamente, y la carne a jirones se desprendía en trozos chorreantes.

Barclay pegó un brinco y se lanzó hacia delante con un piolet. La parte plana del pesado objeto colisionó contra el lateral de la cabeza de la bestia.

De nuevo el monstruo inmortal cayó al suelo. Los tentáculos salieron disparados y de repente Barclay se desplomó agarrando una de las sogas vivas y blanquecinas. La Cosa se disolvió mientras Barclay la sostenía de esa manera, como una sustancia candente que le quemaba la piel de las manos como un fuego vivo.

Se despegó frenéticamente alejando la cosa de él, y mantuvo las manos donde no pudieran ser alcanzadas. La Criatura ciega estiraba y rasgaba la dura y pesada ropa impermeable, buscando carne… carne en la que poder transformarse…

El enorme soplete que había traído McReady esputó fuego. De repente la criatura emitió su desaprobación con un sonido sordo. Luego dejó escapar una

risa gutural y lanzó una lengua de un metro de longitud y color blanco azulado. La Cosa aún en el suelo chilló, se revolvió ciegamente con los tentáculos enroscándose y temblando ante la borboteante furia del fuego. Se arrastraba y revolcaba por el suelo, chillaba y renqueaba enloquecida, pero McReady mantuvo en todo momento el soplete sobre su rostro, los ojos ciegos se quemaban y burbujeaban en vano. La Cosa se arrastró y aulló frenéticamente.

En un tentáculo brotó una garra salvaje… que chisporroteó al tocar la llama.

McReady se movía con paso firme y según un plan trazado. Indefensa y enloquecida, la Cosa retrocedía ante la rugiente llama, ante la lengua ardiente que le acariciaba y lamía. Durante unos instantes se revolvió y berreó con odio inhumano al notar la nieve gélida. Luego cayó hacia atrás ante el chamuscante aliento del soplete, y el hedor de su carne inundó el aire.

Desesperada, la criatura se arrastró por la nieve antártica. El viento cortante soplaba y la lengua de fuego del soplete se retorció en el aire; la cosa se arrastró en vano dejando un rastro de humo aceitoso y maloliente que salía a borbotones de su cuerpo…

McReady regresó a la caseta en silencio. Barclay se reunió con él en la puerta.

—¿Ya no hay más? —preguntó el meteorólogo lúgubremente.

Barclay negó con la cabeza.

—Ya no hay más. ¿Esa de allá no se dividió?

—Tenía otras cosas de las que preocuparse —le aseguró McReady—. Cuando la he dejado, era una brasa en llamas. ¿Qué estaba haciendo cuando llegamos?

Norris soltó una corta risotada.

—¡Pero qué tipos tan listos somos…! Rompemos las magnetos para que los aviones no funcionen, arrancamos los tubos de los radiadores de los tractores, y dejamos a esta Cosa sola durante una semana en esta caseta. Sola y sin interrupciones.

McReady miró el interior de la cabaña con mayor atención. El aire, a pesar de la puerta arrancada de cuajo, era cálido y húmedo.

Sobre una mesa en el extremo más alejado de la habitación había un artilugio con cables enrollados y pequeños imanes, tubos de vidrio y válvulas de radio. En el centro había un bloque de piedra. Desde el centro de ese bloque salía la luz que inundaba el lugar, una luz ferozmente azul, más azul que el brillo de un arco eléctrico, y de allí partía aquel zumbido suave. A un

lado había otro artilugio de cristal, soplado con increíble perfección y delicadeza, láminas de metal y una extraña y brillante esfera etérea.

McReady se acercó.

—¿Qué es eso?

—Déjalo para que lo investiguen —gruñó Norris—. Pero puedo imaginármelo. Eso es energía atómica. Ese objeto a la izquierda… es un pequeño artefacto perfecto para hacer lo que los hombres han estado internando hacer con ciclotrones de cien toneladas y cosas similares. Separa los neutrones del agua pesada, que obtenía del hielo de alrededor.

—¿De dónde sacó todo eso?… Oh, claro. El monstruo no podía ser encerrado dentro… o fuera. Ha estado revisando los almacenes de suministros —McReady observó con atención el aparato—. Dios mío, qué mentes prodigiosas deben tener los de esa raza…

—La esfera reluciente… creo que es una esfera de energía pura. Los neutrones pueden pasar através de cualquier materia, y la Cosa necesitaba un generador de neutrones. Tan sólo hace falta proyectar los neutrones contra sílice, calcio, berilio, casi cualquier cosa, y la energía atómica se libera. Ese objeto es el generador atómico.

McReady se sacó un termómetro del abrigo.

—Estamos a 48° aquí dentro, a pesar de que la puerta está abierta. Nuestras ropas retienen el calor hasta cierto punto, pero ahora estoy sudando.

Norris asintió.

—La luz es fría. He averiguado eso. Pero desprende un calor que calienta el lugar a través de esa bobina de cables. Tenía a su disposición toda la energía del mundo. Podía mantener la caseta a una temperatura cálida y agradable, o al menos lo que su raza consideraba cálido y agradable. ¿Os habéis fijado en la luz, el color que despide?

McReady asintió.

—La respuesta está más allá de las estrellas. Vinieron desde más allá de las estrellas de un planeta más caliente que giraba alrededor de un sol más brillante y más azulado.

McReady echó un vistazo afuera hacia el chamuscado rastro de humo que flotaba y se alejaba en la ventisca.

—Ya no vendrán más, supongo. Fue pura casualidad que aterrizasen aquí, y eso ocurrió hace veinte millones de años. ¿Para qué haría todo eso? —señaló el aparato.

Barclay rió suavemente.

—¿Observasteis en lo que trabajaba cuando entramos? Mirad —señaló hacia el techo de la cabaña.

El artilugio flotaba pegado al techo como una mochila hecha con latas de café aplastadas, con tiras de tela y cinturones de cuero colgando. Un diminuto y brillante corazón de luz sobrenatural relucía en su interior, ardía junto al techo de madera sin quemarlo. Barclay se acercó al artilugio, asió dos de las cintas que colgaban y tiró de ellas hacia abajo con fuerza. Se ató las cintas alrededor del cuerpo. Con un pequeño salto se desplazó en un arco extrañamente lento atravesando toda la estancia.

—Antigravedad —dijo McReady en voz baja.

—Antigravedad —asintió Norris—. Sí, teníamos a esa criatura aquí atrapada, sin aviones ni pájaros. Los pájaros no llegaban… pero tenía latas de café y accesorios de radio, y cristal, y el taller de máquinas por la noche. Y una semana… una semana entera… a solas. América en un solo salto… con la antigravedad propulsada por energía atómica de la materia.

—Nosotros la detuvimos. Si hubiéramos tardado tan sólo media hora más y… la criatura ya estaba ajustando estas cinchas en el mecanismo para poder colocárselo… Entonces nos hubiéramos tenido que quedar para siempre en la Antártida y disparar a cualquier cosa que viniera del resto del planeta.

—El albatros… —dijo McReady con un hilo de voz—. ¿Piensas que…?

—¿Con este artilugio casi acabado? ¿Con esa arma letal que sostenía en la mano? No le habría hecho falta… Gracias a Dios, que evidentemente sí nos escucha incluso en este agujero, y por un margen de media hora, hemos salvado nuestro mundo, y los planetas del sistema solar también. La antigravedad, ya sabéis, y la energía atómica. Y es que vinieron de otro sol, una estrella más allá de las estrellas. Vinieron de un mundo con un sol más azul.

A. E. Van Vogt

Entre los jóvenes lectores aficionados a la ciencia Ficción que se quedaron pasmados con "¿Quién anda ahí?" se encontraba un tal Alfred Elton Van Vogt (1912-2000) que, ni corto ni perezoso, se decidió a enviar a la revista *Astounding Science Fiction* un relato cortado por el mismo parrón que el de Campbell, "Vault of the Beast", con la diferencia de ambientarse parcialmente en escenarios marcianos. El relato fue rechazado, pero al mismo tiempo el editor animó a Van Vogt a que siguiera escribiendo y enviándoles material. Fue así como en julio de 1939 *Astounding* publicó finalmente el cuento "Oscuro destructor" ("Black Destroyer"), que narra el enfrentamiento a vida o muerte entre la tripulación de una nave de exploración espacial y una criatura monstruosa, parecida a un gato gigante, inteligente pero estrictamente depredadora, que está a punco de terminar con los protagonistas, tal y como su raza terminara antes con su propio planeta. Aunque el cuento tiraba de algunos tópicos del *Space Opera*, tenía ritmo, suspense y un detalle que lo diferenciaba esencialmente del seminal relato de Campbell: parte de la historia se contaba desde el punto de vista del Coeurl, la peligrosa y ávida máquina de matar alienígena que se colaba en la nave terrícola.

"Oscuro destructor" sería el primero de una serie de relatos acerca del mismo navío espacial, cuatro en total, que convenientemente revisados se convertirían después, siguiendo una costumbre muy común en la literatura popular estadounidense, en la novela *The Voyage of the Space Beagle*, publicada en 1950 y editada en nuestro país en la colección pionera *Nebulae*, de la editorial Edhasa, como *Los monstruos del espacio* (1955). En ella, los viajeros de esta nueva *Beagle* interestelar iban descubriendo, a imagen y semejanza del *HMS Beagle* que llevara a Darwin hasta su teoría de la evolución, una serie de criaturas, generalmente agresivas, predadoras e indestructibles, que debían ser vencidas por medio no sólo de la fuerza, sino del ingenio y la inteligencia humanas. Por supuesto, salvando todas las distancias y diferencias de rigor, la novela en general y el primer relato en particular, que aquí ofrecemos en su versión original tal y como apareciera

por vez primera en la revista *Astounding*, poseen un esqueleto argumental y toda una serie de elementos narrativos que inmediatamente recuerdan, una vez más, *Alien. El octavo pasajero* (*Alien*, 1979) de Ridley Scott, desde la expedición que investiga las ruinas abandonadas de la antigua civilización de un planeta extraño, hasta la naturaleza del monstruo como auténtica máquina de matar ajena a cualquier emoción humana. Si el lector recuerda el relato de Clark Ashton Smith aquí incluido, "las criptas de Yoh-Vombis", y une el par de episodios a los que ya hicimos referencia (el encuentro de la momia alienígena y el ataque y naturaleza de las sanguijuelas marcianas) al desarrollo del cuento de Van Vogt (una criatura extraterrestre perseguida por entre los compartimientos de una nave espacial, mientras va dando cuenta de todo astronauta que encuentra a su paso), es evidente que el resultado es algo muy, pero que muy parecido al filme escrito por Dan O'Bannon. Es cierto que existen también otras muchas fuentes e influencias posibles, algunas estrictamente cinematográficas, como *Terror en el espacio* (*Terrore nello spazio*. Mario Bava, 1965) o *Planeta sangriento* (*Queen of Blood*. Curtis Harrington, 1966), pero al igual que ocurre con O'Bannon y Giger, tanto Bava como Harringon, directores de estos dos títulos clásicos de la Serie B con B de buena, eran genuinos conocedores y aficionados al género, por lo que incluso se podría esperar que conocieran los relatos aquí incluidos o, al menos, alguno de ellos.

Sea como fuere, y pese a que también hay notables diferencias entre "Oscuro destructor" y *Alien* (en realidad, la criatura del filme posiblemente esté más próxima al no menos mortífero Ixtl del relato "Discord in Scarlet", que forma la tercera sección de la novela), la cosa debió de ser suficientemente confusa y sospechosa como para que Van Vogt interpusiera una demanda por plagio contra la 20th Century Fox, que acabó (como casi todo en Hollywood) arreglándose fuera de los tribunales, con el pago de una suma de 50.000 dólares al escritor, aunque se desconocen los detalles exactos del acuerdo. Así, se puede decir que la película de Ridley Scott pagó su deuda con la literatura de la Edad de Oro de la ciencia ficción… literalmente. Tampoco es, por supuesto, la única influencia cinematográfica de Van Vogt y sus relatos del *Space Beagle*. Por ejemplo, el concepto mismo de una nave que viaja por el espacio en busca de vida extraterrestre, enfrentándose en cada historia a una crisis diferente, es muy similar al de la serie *Star Trek*, y, de hecho, la tripulación del *Space Beagle* incluye personajes con características parecidas a varios de los miembros de la carismática *Enterprise*, incluyendo a un historiador, Korita, de nacionalidad japonesa, en un momento en que

todavía estaba muy caliente la enemistad entre Estados Unidos y Japón. *The Man Trap*, el primer episodio de la serie original, emitido el 6 de septiembre de 1966, dirigido por Marc Daniels y escrito por George Clayton Johnson —coautor de la novela *La fuga de Logan* junto a William F. Nolan— y Gene Koddenberry, seguía un argumentó notablemente similar al de "Oscuro destructor", con el *Enterprise* aterrizando en el misterioso planeta M-113 para descubrir las ruinas de una antigua civilización y llevarse a bordo, sin saberlo, a una criatura vampírica capaz de cambiar de forma, que necesita la sal de los seres humanos para sobrevivir, combinando así elementos de "¿Quién está ahí?" y de "Oscuro destructor", donde el Coeurl requiere de fósforo para alimentarse, asimilándolo de las criaturas a las que destruye.

Como curiosidad, recordemos también que al adaptar por entregas *El viaje del Space Beagle* a cómic en 1983 para la publicación estadounidense de la editorial Warren *Eerie* (que aquí se daría a conocer a través de la revista *1984* de Josep Toutain), el dibujante Luis Bermejo y el guionista Rich Margopoulos convirtieron al motísimo extraterrestre (o *xenomorfo*, que diríamos ahora para no herir la sensibilidad de los alienígenas) del tercer relato, el citado Ixtl, quien pretende utilizar a los tripulantes de la nave como huéspedes vivos donde incubar su descendencia (¿les suena?), en un clon del Alien tal y como lo concibiera Giger, devolviendo así irónicamente la pelota a los creadores de la película, que tantos elementos habían tomado a su vez de los cuentos del hoy un tanto injustamente olvidado A. E. Van Vogt, si bien existe también una edición del año 2000 de *El viaje del Beagle Espacial*, publicada por Plaza y Janés.

OSCURO DESTRUCTOR[1]

¡Coeurl vagó y vagó! La negra noche sin luna y casi sin estrellas daba paso reticente a un amanecer rojo oscuro que se alzaba a su izquierda. Era una luz tenue y sin brillo que no daba sensación del calor que se avecinaba, ni reconfortaba, tan solo transmitía una fría y difusa ligereza que revelaba morosamente un paisaje de pesadilla.

Roca negra y afilada y una llanura negra y muerta comenzaron a tomar forma a su alrededor mientras el pálido sol rojo asomaba por fin por encima del grotesco horizonte. Fue entonces cuando Coeurl reconoció de repente que estaba en terreno conocido.

Se paró en seco. La tensión bullía en sus nervios. Los músculos se tensaban con una súbita e incesante fuerza alrededor de sus huesos. Sus grandes patas delanteras (dos veces más largas que sus patas traseras) se agitaron con un temblor que arqueó cada una de sus pinzas afiladas como cuchillas. Los gruesos tentáculos que brotaban de sus hombros dejaron de ondear y se tensaron en ansiosa alerta.

Profundamente horrorizado, movió su enorme cabeza de gato de un lado a otro mientras los pequeños tentáculos como cabellos que formaban cada oído vibraban frenéticamente, comprobando cada brizna errante, cada palpitación del éter.

Pero no hubo respuesta, ningún rápido cosquilleo por su intricado sistema nervioso, ni la más vaga sugerencia en ningún lugar de la presencia del necesario id. Desesperado, Coeurl se acurrucó, una enorme figura felina recortada contra el tenue horizonte rojizo, corno un grabado distorsionado de un tigre negro descansando sobre una roca negra en un mundo de sombras.

Sabía que llegaría ese día. Durante todos los siglos de incansable búsqueda, ese día se había cernido cada vez, más cerca, más negro, más aterrador… esa hora inevitable en la que debería regresar al punto donde inició su caza sistemática en un mundo casi vacío de criaturas id.

La verdad le golpeó en oleadas como un dolor interminable y rítmico en la base de su ego. Cuando empezó, por cada cien millas cuadradas encontraba unas cuantas criaturas id que debía extirpar sin piedad. Demasiado bien sabía Coeurl en esta hora definitiva que no se le había escapado ninguna. No

quedaban criaturas id para alimentarse. En todos los cientos de miles de millas cuadradas que había convertido en suyas por derecho de conquista implacable, hasta que ningún coeurl vecino se atrevió a cuestionar su soberanía, no había id para alimentar el motor inmortal que, en todos los demás aspectos, era su cuerpo.

Pie cuadrado a pie cuadrado, había peinado todo el territorio. Y ahora reconoció el afloramiento de roca justo delante y el puente de roca negra que formaba un extraño y retorcido túnel a su derecha. Era en ese túnel donde había yacido durante días, esperando a que la criatura id, de mente simple y aspecto de serpiente, saliera de su agujero en la roca para tumbarse al sol… su primera presa tras haber sido consciente de la absoluta necesidad de un exterminio sistemático.

Se lamió los labios recordando satisfecho el momento en que sus mandíbulas babeantes desgarraron a la víctima hasta convertirla en valiosos bocaditos. Pero el oscuro miedo de un universo sin id barrió los dulces recuerdos de su consciencia, dejando tan solo la certeza de la muerte.

Dejó escapar un gruñido audible, desafíame y diabólico que vibró en el aire, resonó y volvió a resonar entre las rocas y retornó con un escalofrío a sus nervios… una expresión instintiva e infernal de su deseo de vivir.

Y entonces… súbitamente… sucedió.

* * *

Lo vio emerger en la distancia en un declive del terreno, un diminuto punto brillante que creció enormemente hasta convertirse en una bola metálica. El gran globo reluciente siseó por encima de Coeurl, ralentizándose visiblemente con una rápida desaceleración. Salió disparado sobre una hilera negra de colinas a la derecha, flotó casi inmóvil durante un segundo y luego se hundió y se perdió de vista.

Coeurl estalló saliendo de su inmóvil estupor. Con la velocidad de un tigre, se deslizó entre las rocas. Sus ojos negros y redondos ardían con el terrible deseo que era una agonía en su interior. Los filamentos de sus oídos vibraron comunicando un mensaje de id en tal cantidad que sintió el dolor en el cuerpo con las punzadas del hambre extraordinaria que le atenazaba.

El pequeño sol rojo era una bola carmesí en los cielos negros amoratados cuando asomó por detrás de una masa de rocas y observó desde sus sombras las desmoronadas y gigantescas ruinas de la ciudad que se extendía abajo. El globo plateado, a pesar de su enorme tamaño, pasaba extrañamente

desapercibido en aquella vasta extensión de ruinas de cuento fantástico. Sin embargo, en él había una actividad contenida, una quietud dinámica que, tras un segundo, lo hizo destacar y dominar el primer plano. Un objeto enorme de metal que rompía las rocas descansaba sobre un lecho formado por su propio peso en la árida y resistente llanura que comenzaba abruptamente en las afueras de la metrópolis muerta.

Coeurl observó a aquellas criaturas extrañas de dos piernas que se erguían en pequeños grupos cerca de la abertura brillantemente iluminada que apareció en la base de la nave. Se atragantó con la urgencia de su necesidad, y el cerebro se le oscureció con ese primer impulso de lanzarse en una furiosa carga y aplastar a aquellas débiles criaturas de aspecto desvalido cuyos cuerpos emitían vibraciones id.

Unos vagos recuerdos detuvieron aquel impulso demente cuando todavía manaba tan solo electricidad a través de sus músculos. El recuerdo provocaba tenor en un flujo ácido de debilidad, derramándose por sus nervios, envenenando las reservas de fuerza. Tuvo tiempo de ver que las criaturas llevaban cosas sobre sus cuerpos reales, telas brillantes transparentes que relucían con destellos extraños y ardientes al reflejar los rayos del sol.

Otros recuerdos acudieron de pronto a su mente. Recuerdos de días borrosos, cuando la ciudad que se extendía allá abajo era el corazón vivo y palpitante de una era de gloria que se disolvió en un solo siglo ante armas llameantes blandidas por aquellos que solo sabían que para los supervivientes habría un suministro de id en constante disminución.

Era el recuerdo de esas armas lo que le mantenía allí, estremeciéndose con una oleada de terror que le nublaba la mente. Se vio a sí mismo aplastado por bolas de metal y quemado por llamas abrasadoras.

Entonces se iluminó su mente… entendió la presencia de aquellas criaturas. Aquello, razonó Coeurl por primera vez, era una expedición científica procedente de otra estrella. En los viejos tiempos, los coeurls habían imaginado los viajes espaciales, pero el desastre acaeció demasiado rápido para que pudiera ser algo más que una idea.

Los científicos perseguían la investigación, no la destrucción. A su manera, los científicos eran unos locos. Armado con sus conocimientos, salió al aire libre. Vio que las criaturas percibían su presencia. Se volvieron y le miraron. Una, la más pequeña del grupo, sacó una varilla metálica brillante de una funda y la sostuvo con gesto despreocupado en la mano. Coeurl continuó su rápido avance, enervado por la acción; pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

* * *

El comandante Hal Morton oyó reír al pequeño Gregory Kent, el químico, con el medio gorjeo avergonzado con el que invariablemente anunciaba alguna duda interior. Vio a Kent toqueteando el arma larga de meta lite.

—No me la jugaré con algo tan grande como eso —dijo Kent.

El comandante Morton dejó que su propia risa profunda resonara por los comunicadores.

—Esa —gruñó finalmente— es una de las razones por las que estás en esta expedición, Kent… porque nunca te la juegas ni dejas nada al azar.

Su risa se desvaneció hasta enmudecer. Instintivamente, mientras observaba cómo se aproximaba el monstruo a ellos por aquella llanura de roca negra, avanzó un poco hasta colocarse ligeramente por delante de los otros y su gran silueta rellenaba el traje transparente de metalite. Los comentarios de los hombres tamborilearon a través del radiocomunicador en sus oídos:

—No me gustaría en absoluto encontrarme con esa preciosidad de noche en un callejón.

—No seas idiota. Obviamente, es una criatura inteligente. Probablemente un miembro de la raza hegemónica.

—Pues solo parece un gato grande, si te olvidas de esos tentáculos que le salen de los hombros y se admiten esas patas delanteras monstruosas.

—Su desarrollo físico —dijo una voz que Morton reconoció como la de Siedel, el psicólogo— presupone una adaptación animal a su entorno, no intelectual. Por otro lado, el hecho de que venga hacia nosotros de esta manera no es el comportamiento de un animal sino de una criatura con consciencia de nuestra posible identidad. Advertirás que sus movimientos son rígidos, lo cual denota precaución, que a su vez sugiere temor y consciencia clara de nuestras armas. Me gustaría observar detenidamente el extremo de los tentáculos. Si están rematados en apéndices parecidos a manos que pueden realmente sujetar objetos, entonces la conclusión incuestionable es que es un descendiente de los habitantes de esta ciudad. Sería de gran ayuda que pudiéramos establecer comunicación con él, aunque tiene toda la apariencia de que ha degenerado a un estado primitivo y sin historia.

Coeurl paró cuando todavía estaba a diez pies de la criatura más adelantada. La sensación de presencia de id era tan abrumadora que el cerebro divagaba al borde del caos. Tenía la impresión de que sus miembros estaban empapados de materia fundida; además su visión era borrosa, al tiempo que la sensualidad pura de su deseo retumbaba con fuerza por Lodo su ser.

Los hombres (rodos excepto el pequeño con la varilla metálica y brillante en la mano) se acercaron. Coeurl vio que lo examinaban abierta y curiosamente. Movían los labios y sus voces punteaban un ritmo monótono y carente de significado en los filamentos de sus oídos. Al mismo tiempo, sintió ondas de una frecuencia muy superior (su propio nivel de comunicación), pero era un chirrido metálico y maquinal que le sacudía el cerebro. Realizando un esfuerzo patente por mostrarse amistoso, emitió su nombre por los filamentos de sus oídos al tiempo que se señalaba curvando uno de los tentáculos.

Gourlay, el jefe de comunicaciones, rezongó:

—Recibo una especie de electricidad estática en mi radio cuando menea esos pelos, Morton. ¿Crees que…?

—Tiene toda la pinta. —El comandante remató la pregunta inacabada—. Eso significa trabajo para ti, Gourlay. Si habla mediante ondas de radio, no debe de ser imposible crear alguna clase de imagen de sus vibraciones o enseñarle el código Morse.

—Ah —dijo Siedel—. Yo tenía razón. Los tentáculos acaban en siete fuertes dedos. Si el sistema nervioso es lo suficientemente sofisticado, esos dedos, con entrenamiento, podrían manipular cualquier tipo de maquinaria.

* * *

—Creo que será mejor que vayamos a comer algo —dijo Morton—. Después, tendremos que afanarnos. Los encargados de materiales pueden montar sus máquinas y empezar a recolectar datos sobre las posibilidades del planeta de albergar metal, y todo lo demás. Los demás pueden explorar la zona con cuidado. Me gustaría que tomaran algunas anotaciones sobre la arquitectura y sobre el desarrollo científico de esta raza y, en especial, qué ocurrió para que desapareciera su civilización. En la Tierra las civilizaciones han ido derrumbándose una tras otra, pero siempre ha brotado una nueva sobre las cenizas de la anterior. ¿Por qué no ocurrió aquí? ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿qué pasa con el minino? Mira, quiere venirse con nosotros.

El comandante Morton frunció el ceño, un gesto que enfatizaba la palidez del espacio interplanetario en su rostro.

—Ojalá hubiera una manera de poder llevárnoslo sin capturarlo a la fuerza. Kent, ¿qué opinas?

—Opino que primero deberíamos decidir si es una cosa o un ser consciente, y tratarlo de una u otra manera. Yo estoy a favor de que es un ser

consciente. En cuanto a llevárnoslo… —El pequeño químico sacudió la cabeza con determinación—. Imposible. Esta atmósfera contiene un veintiocho por ciento de cloro. Nuestro oxígeno sería pura dinamita para sus pulmones.

El comandante se rio.

—Pues él no parece creerlo, por lo visto… —Observó al monstruo felino mientras seguía a los dos primeros hombres y cruzaba tras ellos la gran puerta. Los hombres se mantenían a una tensa distancia de él, luego miraron a Morton de manera interrogante. Morton agitó la mano—. De acuerdo. Abrid la segunda cámara y dejad que respire un poco de oxígeno. Eso le curará.

Unos segundos más tarde, dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Por Dios Bendito, ni tan siquiera ha notado la diferencia! Eso significa que no tiene pulmones, o bien que estos no usan el cloro para funcionar. ¡Que entre!… ¡Y tanto que puede entrar! Smith, ahí tienes todo un tesoro para un biólogo… parece bastante inofensivo si tenemos cuidado. Seguro que podemos ocuparnos de él. ¡Pero qué metabolismo!

Smith, un tipo alto, delgado y huesudo con un rostro largo y triste, dijo con una voz extrañamente forzada:

—En todos nuestros viajes solo hemos encontrado dos formas superiores de vida. Las que dependen del cloro y las que necesitan oxígeno… los dos elementos que activan la combustión. Estoy dispuesto a jugarme mi reputación a que ningún organismo complejo podría adaptarse a ambos gases de forma natural. En una primera revisión, diría que lo de ahí es una forma de vida extremadamente avanzada. Esta raza, hace ya mucho tiempo, descubrió los principios de la biología que nosotros estamos ahora empezando a entrever. Morton, no debemos dejar que esta criatura se escape si podemos evitarlo.

—Si su ansiedad por entrar sirve de criterio —se rio el comandante Morton—, entonces lo difícil será lograr deshacernos de ella.

Entró en la cámara intermedia con Coeurl y los dos hombres. La maquinaria automática emitió un zumbido y en unos minutos estaban frente a una serie de ascensores que conducían a las habitaciones.

—¿Eso va a subir? —dijo uno de los hombres señalando al monstruo con el pulgar.

—Será mejor que suba solo, si quiere entrar.

Coeurl no planteó ninguna objeción, hasta que oyó la puerta cerrándose a sus espaldas y la jaula cerrada salió disparada hacia arriba.

Se revolvió con un gruñido salvaje mientras su razón se nublaba en un torbellino. Con un salto, golpeó la puerta. El metal se hundió con el golpe y el dolor desesperado lo enloqueció. Ahora todo él era un animal atrapado. Golpeó el metal con las zarpas, arrugándolo como si fuera hojalata. Arrancó algunos barrotes grandes con sus gruesos tentáculos. La maquinaria chirrió, se oyeron unos horribles traqueteos mientras el poder ilimitado tiraba de la jaula a pesar de los trozos metálicos que se desprendían y que arañaban las paredes exteriores. Y entonces la jaula se detuvo, arrancó el resto de la puerta y saltó al pasillo.

Esperó allí hasta que Morton y los hombres se acercaron con las armas desenfundadas.

—Somos unos idiotas —dijo Morton—. Deberíamos haberle mostrado cómo funciona. Pensó que le habíamos tendido una trampa.

Se acercó al monstruo y vio cómo se esfumaba el brillo salvaje de sus ojos negros como el carbón cuando abrió y cerró la puerta con gestos exagerados para demostrar el funcionamiento.

Coeurl terminó la lección trotando hasta la habitación grande de su derecha. Se tendió sobre el suelo rugoso e intentó calmar la tensión eléctrica de sus nervios y músculos. Un intenso estallido de ira contra sí mismo por aquel temor le consumía. Su cerebro ardiente le dictaba que había perdido la oportunidad de aparecer como una criatura gentil e inofensiva. Su fuerza debió de sorprender y asustar a aquellas criaturas.

Implicaba un mayor peligro en la tarea que ahora sabía que debía llevar a cabo: matar a todo ser vivo en la nave y llevar la máquina de regreso a su mundo en busca de reservas ilimitadas de id.

* * *

Con los ojos bien abiertos, Coeurl permaneció tumbado y observando a aquellos dos hombres mientras se llevaban la metralla suelta de la puerta de metal del enorme y viejo edificio. Le dolía todo el cuerpo por el hambre de id de sus células. El ansia le desgarraba los músculos palpitantes y latía en su mente como un ser vivo. Cada una de sus terminaciones nerviosas temblaba ansiando seguir a los hombres que habían entrado en la ciudad. Uno de ellos, lo sabía, se había ido… solo.

Los lentos minutos volaron, pero continuó reprimiéndose, continuó observando allí tumbado, consciente de que los hombres sabían que él observaba. Fletaron una máquina metálica de la nave hasta la masa de roca

que bloqueaba la gran puerta medio abierta, en dirección a un tercer hombre. Ni un solo movimiento de sus dedos escapaba a su fiera mirada y, lentamente, a medida que la simplicidad de la máquina se hizo evidente, el desprecio creció en él.

Sabía lo que estaba por venir cuando la llama brilló con violencia incandescente y corroyó con voracidad la dura roca debajo. Pero, a pesar de este conocimiento, saltó y gruñó deliberadamente, como si sintiera temor cuando aquel calor blanco le llegó. Los filamentos de sus oídos captaron la risa de los hombres y el curioso placer ante su simulada consternación.

La puerta se abrió y Morton se aproximó y entró con el tercer hombre. Este último sacudió la cabeza.

—Es un desasne. Se puede percibir el movimiento de la masa. Obviamente, usan energía atómica, pero… pero en forma helicoidal. Es una evolución curiosa. En nuestra ciencia, la energía atómica posibilitó la máquina no helicoidal. Es posible que aquí hayan progresado hasta lograr un nuevo tipo de mecánica helicoidal, Espero que sus bibliotecas estén mejor conservadas que esto, o jamás lo sabremos.

¿Qué pudo haberle sucedido a una civilización para que desapareciera de esta manera?

Una tercera voz irrumpió por los comunicadores.

—Aquí Siedel. Escuché tu pregunta, Pennons. Psicológica y sociológicamente hablando, la única razón por la que un territorio termina deshabitado es la falta de alimentos.

—Pero si están tan avanzados científicamente, ¿por qué no desarrollaron los viajes espaciales y se marcharon en busca de su alimento?

—Pregúntaselo a Gunlie Lester —intervino Morton—. Le he oído exponer alguna teoría al respecto incluso antes de que aterrizáramos.

El astrónomo respondió a la primera llamada.

—Todavía tengo que verificar todos mis datos, pero este mundo desolado es el único planeta que gira alrededor de ese miserable sol rojo. No hay nada más… Ni luna, ni tan siquiera un planetoide. Y el sistema solar más cercano se encuentra a novecientos años luz de distancia.

—Tan tremendo habría sido el problema de la raza dominante de este mundo que en un salto no solo tendrían que haber resuelto el viaje interplanetario sino también el interestelar. Cuando uno tiene en cuenta lo lenta que ha sido nuestra propia evolución (primero la Luna, luego Venus), cada éxito conduciendo al siguiente… siglos hasta las estrellas más cercanas, y finalmente hasta llegar a los antiaceleradores, que permitieron el viaje

galáctico… Teniendo en cuenta todo esto, afirmo que sería imposible para ninguna raza crear tales máquinas sin una experiencia práctica. Y, estando la estrella más cercana tan lejos, no tenían ningún incentivo para las prácticas espaciales que pudieran aportarles la experiencia.

* * *

Coeurl trotaba con brío hacia otro grupo. Pero ahora, impulsado por el acuciante apetito que lo consumía y en el frenesí de su menosprecio, no prestó atención a lo que hacían. Recuerdos de un conocimiento pasado chirriaron poniéndose en movimiento a consecuencia de lo que había visto y fluyeron en su consciencia en una corriente constante y más vivida.

Corrió de un grupo a otro, una dinamo de nervios… irascible y débil por el hambre acuciante. Un pequeño vehículo se aproximó y se paró delante de él y una cámara enorme emitió un zumbido al tiempo que le tomaba una fotografía. Sobre un montículo de roca, un telescopio gigantesco estaba dirigido hacia el cielo. Cerca, una máquina desintegradora horadaba con su abrasador fuego un agujero cada vez más profundo, directo hacia abajo.

En la mente de Coeurl se entremezclaban borrosamente cosas que observaba sin prestar toda la atención. Y el momento en el que sabía que no podría soportar más la tortura del fingimiento era cada vez más inminente. El cerebro bullía con irresistible impaciencia y el cuerpo ardía con la furia de su ansia por salir tras el hombre que se había marchado solo a la ciudad.

No pudo soportarlo más tiempo. Una espuma verde que lo enloquecía le llenaba la boca. Vio que, en ese mismo instante, nadie miraba.

Salió disparado como una bala. Se deslizó por el terreno a grandes saltos por el aire, una sombra entre las sombras de las rocas. En un minuto, tanto la nave como los seres de dos piernas quedaron ocultos tras el terreno accidentado.

Coeurl se olvidó de la nave, olvidó rodo menos su objetivo, como si su cerebro hubiera quedado limpio gracias a una escoba borrarrecuerdos mágica. Dio un amplio rodeo, luego entró a toda velocidad en la ciudad, cruzó las calles desiertas tomando atajos con la facilidad del que conoce bien el lugar, a través de agujeros abiertos en muros vencidos por los siglos, a través de largos corredores entre edificios desmoronados. Redujo la velocidad hasta avanzar agazapado y al trote, cuando los filamentos de sus oídos captaron las vibraciones id.

De repente, se paró y echó un vistazo desde una pila de rocas caídas. El hombre estaba de pie en lo que en otro tiempo debió de ser una ventana, lanzando los rayos cegadores de su linterna hacia el oscuro interior. La luz de la linterna se apagó. El hombre, de complexión fuerte y pesada, se alejó con pasos rápidos y cautos. A Coeurl no le gustó esa precaución. Presagiaba problemas; significaba una reacción relámpago ante el peligro.

Coeurl esperó hasta que el humano desapareció iras la esquina; luego se arrastró a cielo abierto. Ahora corría, mucho más rápido que el paso de un hombre, porque su plan estaba claro en su cerebro. Como un fantasma, se deslizó hasta la siguiente calle y pasó una larga manzana de edificios. Giró en la primera esquina a máxima velocidad y, a continuación, arrastrando el estómago, reptó hasta la semioscuridad entre el edificio y un montón de. escombros. La calle más adelante estaba obstruida por una sólida barrera de escombros que la hacían parecer un valle rematado en un estrecho cuello de botella. Dicho cuello estaba justamente bajo Coeurl.

Con los filamentos de los oídos captó las ondas de baja frecuencia de un silbido. El sonido vibró atravesando su ser y, de repente, el terror clavó sus gélidos dedos en su cerebro. El hombre tendría un arma. Y si lanzaba un chorro de energía atómica (un solo chorro) antes de que sus propios músculos pudieran expandirse en una furia asesina…

Pasó rodando una pequeña lluvia de rocas. Y entonces el hombre se colocó justo debajo de él. Coeurl lanzó el brazo y golpeó una sola vez el casco brillante y transparente del traje espacial. Se escuchó un sonido metálico de algo que se desgarraba, seguido de un chorro de sangre. El hombre se dobló hacia delante, como si una parte de su cuerpo se estirase. Durante unos segundos los huesos, piernas y músculos se combinaron milagrosamente para mantenerlo en pie. Luego se derrumbó con un repiqueteo metálico producido por su armadura espacial.

El miedo se evaporó del todo y Coeurl salió de un salto de su escondite. Con ávida velocidad, golpeó el metal y el cuerpo en su interior hasta hacerlo trizas. Por el suelo había grandes pedazos de metal arrancados del traje.

Los huesos se rompieron. La carne se aplastó.

Resultó sencillo sintonizar con las vibraciones del id y crear la desorganización química que lo liberaba del hueso aplastado. El id se encontraba, como Coeurl descubrió, principalmente en el hueso.

Se sintió revivir, casi como recién nacido. Allí había más comida de la que había ingerido durante codo el año anterior.

En tres minutos todo había acabado, y Coeurl salió disparado como si huyera de un peligro extremo. Con cautela, se aproximó al globo brillante desde el lado opuesto por el que había salido. Los hombres estaban atareados. Deslizándose silenciosamente, Coeurl avanzó sin ser advertido por un grupo de hombres.

* * *

Morton contempló la horrible visión de la carne desgarrada, el metal y la sangre sobre la roca a sus pies y sintió un nudo en La garganta que le impidió hablar. Escuchó a Kent decir:

—¡Tuvo que ir solo, maldita sea! —La voz del pequeño químico contuvo un sollozo cautivo y Morton recordó que Kent y Jarvey habían sido amigos durante años, de esa manera en que solo dos hombres pueden serlo.

—Lo peor de rodo —dijo uno de los hombres estremeciéndose— es que parece un asesinato sin sentido. El cuerpo está descuartizado y desparramado como pequeños grumos de gelatina aplastada, pero parece estar todo aquí. Casi me. apostaría algo a que, si pesamos todo lo que hay aquí, seguiría habiendo ciento setenta y cinco libras de acuerdo con la gravedad terráquea. Aquí son unas ciento setenta libras.

Smith le interrumpió con su triste rostro marcado por la melancolía:

—El asesino atacó a Jarvey y luego descubrió que su carne era extraña… incomestible. Exactamente como nuestro gato grande. No comía nada de lo que le poníamos delante. —Sus palabras se apagaron en un repentino e inquietante silencio; luego, añadió lentamente—: Oye, ¿y esa criatura? Es lo suficientemente grande y fuerte para haber hecho esto con sus propias zarpas.

Morton frunció el ceño.

Podría ser, Después de todo, es el único ser vivo que hemos visto. Por supuesto, no podemos sacrificarlo basándonos solo en meras sospechas…

—Además —dijo uno de los hombres—, no lo hemos perdido de vista nunca.

Antes de que Morton pudiera hablar, Siedel, el psicólogo, interrumpió:

—¿Estás seguro de eso?

El hombre vaciló.

—Quizás lo hemos tenido vigilado durante unos minutos. Se movía de un lado a otro tanto, mirándolo todo.

—Exactamente —dijo Siedel con satisfacción y, a continuación, se volvió hacia Morton—: ¿Lo ves, comandante? Yo también tenía la impresión de que

estaba siempre a nuestro alrededor y, sin embargo, si intento recordar tengo lapsus en blanco. Hubo momentos, probablemente varios minutos, cuando se perdió totalmente de vista.

El rostro de Morton se nubló pensativo al tiempo que Kent irrumpió airado:

—Yo voto que no nos arriesguemos. Matemos a la bestia bajo sospecha antes de que haga más daño.

—Korita —dijo Morton lentamente—, tú has estado dando una vuelta con Cranessy y Van Horne. ¿Creéis que el minino es un descendiente de la clase dominante de este planeta?

El alto arqueólogo japonés miró al cielo como si quisiera ordenar sus pensamientos.

—Comandante Morton —dijo respetuosamente—, esto es un misterio. Mirad esto, todos, a este majestuoso horizonte. Advertid este paisaje gótico de la arquitectura. A pesar de la megalópolis que crearon, estos individuos estaban en contacto con la tierra. Los edificios no son estructuras simplemente ornamentadas. Son ornamentos en sí mismos. Este es el equivalente de la columna dórica, de la pirámide egipcia, la catedral gótica, brotando de la tierra, vivos y engrandecidos por el destino. Si este mundo solitario y desolado puede ser considerado una madre tierra, entonces la tierra tenía un lugar cálido y espiritual en los corazones de esta raza.

»El efecto es enfatizado por las calles enrevesadas. Por sus máquinas sabemos que eran matemáticos, pero ante todo artistas… no construyeron esas ciudades geométricas de las metrópolis ultrasofisticadas del mundo. Aquí hay un abandono genuinamente artístico, una profunda emoción de júbilo escrita en la curvatura y las estructuras no matemáticas de las casas, los edificios y las avenidas; la sensación de intensidades y creencia divina en una certeza interna. Esta no es una civilización decadente desgastada por el tiempo, sino una cultura joven y vigorosa, segura y firme en un propósito.

»Y entonces murió. Insospechadamente, como si en este punto la cultura hubiera sufrido su batalla de Poitiers y hubiera comenzado a hundirse como la antigua civilización mahometana. O como si en un solo salto hubiera abarcado siglos y hubieran entrado en una era de guerras entre estados. En la civilización china ese periodo tuvo lugar entre el 480 y el 230 antes de Cristo, al final del cual el estado de Tsin presenció el inicio del Imperio chino. Esta fase Egipto la experimentó entre 1780 y 1580 antes de Cristo, un periodo cuyo último siglo fue la innombrable era de los hicsos. Los clásicos los experimentaron a partir de la batalla de Queronea (338) y, en el punto álgido

del horror, a partir de los Gracos (133) hasta Actium (31 antes de Cristo). Los norteamericanos procedentes de Europa occidental fueron devastados en los siglos XIX y XX, y los historiadores modernos coinciden en que, teóricamente, entramos en la misma base hace unos cincuenta años, aunque, por supuesto, hemos resuelto el problema.

»Se preguntará, comandante, qué tiene todo esto que ver con su pregunta. Mi respuesta es: no hay constancia aquí de una cultura que se enfrenta abruptamente a un periodo de estados en contienda. Siempre hay un lento progreso, y el primer paso es un despiadado cuestiona— miento de todo lo que siempre se ha tenido por sagrado. Las certezas interiores dejan de existir, se disuelven ante los despiadados sondeos de las mentes científicas y analíticas. El escéptico se convierte así en el tipo de ser superior.

»Afirmo que esta cultura acabó de forma abrupta en su momento de mayor esplendor. Los efectos sociológicos de tal catástrofe podrían ser un repentino desvanecimiento de cualquier moral, una reversión a una criminalidad casi bestial, carente de cualquier ideal y una encallecida indiferencia ante la muerte. Si este… este minino es descendiente de tal raza, entonces será una criatura inteligente, un ladrón en la noche, un asesino a sangre fría, que le rebanaría el cuello a su propio hermano en su beneficio.

* * *

—¡Ya basta! —sonó ahora la voz entrecortada—. Comandante, estoy dispuesto a actuar de verdugo.

—Escucha, Morton —interrumpió Smith bruscamente—, todavía no vas a matar a ese gato, aunque sea culpable. Es una mina de tesoros biológicos.

Kent y Smith se lanzaron miradas furibundas. Morton los miró pensativo con el ceño fruncido y luego dijo:

—Korita, me inclino a aceptar tu teoría como hipótesis de trabajo. Pero tengo una pregunta: ¿El minino procede de un periodo anterior al nuestro? Es decir, estamos entrando en la fase más desarrollada de nuestra cultura, y a un mismo tiempo, de repente, aquella criatura perdió toda su historia en el periodo más vigoroso de esta. Pero ¿es posible que su cultura sea posterior en este planeta a la nuestra en un sistema galáctico que nosotros hemos civilizado?

—Exactamente. La suya podría ser la edad media de la décima civilización de su mundo, mientras que la nuestra es el final de la octava

civilización de la Tierra, y cada una de esas diez civilizaciones ha sido construida sobre las ruinas de la anterior.

—En ese caso, el minino no sabría nada del escepticismo que hizo posible que nosotros averiguáramos con tanta certeza que es un criminal y asesino, ¿verdad?

—No, sería literalmente como magia para él.

Morton sonreía con tristeza.

—Entonces creo que tendrás lo que deseas, Smith. Dejaremos que el minino viva y, si hay alguna otra baja, ahora que lo conocemos, será debido a una dejadez total. Por supuesto, existe la posibilidad de que nos equivoquemos. Como Siedel, yo también tengo la impresión de que siempre ha estado cerca de nosotros. Pero ahora… no podemos dejar al pobre Jarvey aquí de esta manera. Lo meteremos en un ataúd y lo enterraremos.

—¡No, no lo haremos! —rugió Kent. Se sonrojó—. Te pido disculpas, comandante. No tuve intención de decirlo así. Sostengo que el minino quería algo de ese cuerpo. Parece que está todo allí, pero debe de faltar algo. Voy a averiguar qué es y relacionar este asesinato con él de manera que tengáis que creerlo más allá de cualquier sombra de duda.

* * *

Ya era bien entrada la noche cuando Morton levantó la mirada de un libro y vio a Kent entrar por la puerta que conducía a los laboratorios del piso inferior.

Kent llevaba un cuenco grande y poco profundo en las manos; dirigió sus ojos cansados unos segundos hacia Morton y dijo con una voz agotada, pero dura:

—¡Ahora, mira esto!

Comenzó a aproximarse a Coeurl, que en esos momentos estaba tumbado sobre la gran alfombra fingiendo estar dormido.

Morton le detuvo.

Espera un minuto, Kent. En cualquier otro momento no cuestionaría tus acciones, pero pareces enfermo; estás alterado. ¿Qué tienes ahí?

Ken se volvió y Morton vio que su primera impresión había sido tan solo un fugaz atisbo de la verdad. Había ojeras bajo los ojos grises del pequeño químico… unos ojos que miraban febriles sobre las mejillas hundidas en un rostro de asceta.

—He encontrado el elemento que nos faltaba —dijo Kent—. Es el fósforo. No quedaba ni un milímetro cuadrado de fósforo en los huesos de Jarvey. Habían absorbido hasta la última molécula… no sé por medio de qué tipo de superproceso químico. Hay maneras de obtener fósforo del cuerpo humano. Por ejemplo, una forma rápida es lo que le ocurrió al trabajador que ayudó a construir esta nave. Acuérdate, cayó en quince toneladas de metalite fundido… al menos, eso afirmaban sus familiares, pero la compañía no estaba dispuesta a pagar ninguna compensación hasta que se encontrara en un análisis que el metalite contenía un alto porcentaje de fósforo…

—¿Y qué mu dices del cuenco de comida? —interrumpió alguien. Los hombres dejaron a un lado las revistas y libros y miraron interesados.

—Tiene fósforo orgánico. Debe de detectarlo por el olfato, o lo que sea que use en lugar del olfato…

—Creo que capta las vibraciones de las cosas —intervino Gourlay perezosamente—. En ocasiones, cuando menea esos filamentos, detecto una clara estática en la radio. Y luego, de nuevo, no hay reacción, como si se moviera en frecuencias más altas o más bajas. Parece controlar las vibraciones a voluntad.

Kent esperó con obvia impaciencia hasta que Gourlay pronunció la última palabra y luego continuó abruptamente:

—De acuerdo. Entonces, cuando recibe la vibración del fósforo y reacciona como un animal, entonces… bueno, podremos decidir qué hemos logrado probar por su reacción. ¿Puedo proceder, Morton?

—Hay tres cosas equivocadas en tu plan —dijo Morton—. En primer lugar, pareces asumir que solo es un animal; parece que has olvidado que puede que no esté hambriento después de haber consumido a Jarvey, parece que piensas que él no sospechará. Pero coloca el cuenco. Su reacción podría indicarnos algo.

Coeurl miró sin pestañear con sus ojos negros al hombre que colocaba el cuenco ante él. Los filamentos de sus oídos captaron inmediatamente las vibraciones id en el interior del cuenco… y no le prestó ni la menor atención.

Reconoció a aquel ser de dos piernas; era el que le había apuntado con un arma esa mañana. ¡Peligro! Con un gruñido, flotó hasta incorporarse. Cogió el cuenco con los apéndices con aspecto de dedos al final de uno de sus tentáculos enrollados y vació el contenido del cuenco en la cara de Kent, que retrocedió con un grito.

Con una explosión, Coeurl lanzó el cuenco a un lado y cerró uno de sus tentáculos gruesos como mangueras alrededor de la muñeca del hombre. No

se preocupó por el arma que colgaba del cinturón de

Kent. Era solo una pistola vibratoria, lo podía sentir… funcionaba con energía atómica pero no tenía un desintegrador atómico. Lanzó a Kent, que pataleaba en el aire, sobre el sillón más cercano y se dio cuenta con un siseo de consternación de que debería haber desarmado al hombre.

No porque el arma fuera peligrosa… sino porque, mientras el hombre se limpiaba furiosamente todas las babas de la cara con una mano, con la otra buscó su arma. Coeurl se encogió hacia atrás cuando el cañón del arma se levantó lentamente y un haz blanco de llamas impactó en su cabeza.

Los filamentos de sus oídos zumbaron para cancelar los efectos de la pistola vibratoria. Entrecerró los ojos negros y redondos al percibir el movimiento de los hombres que echaban mano ahora de sus pistolas de metalite. La voz de Morton rompió el silencio.

—¡Deteneos!

* * *

Kent apagó su arma y Coeurl se agachó, tembloroso por la furia que sentía hacia el hombre que le había forzado a revelar parte de su poder.

—Kent —dijo Morton con frialdad—, no eres de los que pierden la cabeza. Intentaste matar al minino deliberadamente, sabiendo que la mayoría de nosotros está a favor de mantenerlo con vida. Ya sabes cuál es nuestra regla: si alguien se opone a mis decisiones, debe expresarlo en el momento. Si la mayoría se opone, mis decisiones quedan anuladas. En este caso, tan solo tú te opones y, por lo tanto, el hecho de que te hayas tomado la ley por tu cuenta es totalmente censurable y te excluye automáticamente de las vocaciones durante un año.

Kent miró sombrío al círculo de rostros.

—Korira tenía razón cuando dijo que nuestra era es sumamente civilizada. Es decadente. —La pasión tembló dura en su voz—. Dios mío, ¿es que no hay un solo hombre aquí que se dé cuenta del horror de esta situación? Jarvey lleva muerto solo unas pocas horas y esta criatura, que todos sabemos que es culpable, sigue ahí tumbada y sin encadenar, planeando su siguiente asesinato, y la víctima está aquí mismo, en este cuarto. ¿Qué clase de hombres somos (idiotas, cínicos, demonios), o es que nuestra civilización está tan imbuida en la razón que intentamos mostrar comprensión incluso por un asesino?

Clavó su mirada amenazadora en Coeurl.

—Tenías razón, Morton, no es un animal. Es un demonio del infierno más hondo de este planeta olvidado que gira en su solitaria órbita alrededor de un sol moribundo.

—No te pongas melodramático con nosotros —dijo Morton—. Tu análisis está equivocado, por lo que a mí respecta. No somos ni demonios ni cínicos; simplemente somos científicos y vamos a examinar a este minino. Ahora que sospechamos de él, dudamos que pueda atraparnos a ninguno. Me apuesto uno contra cien a que no tiene ninguna posibilidad. —Miró a su alrededor—. ¿Hablo por todos nosotros?

—¡No por mí, comandante! —Fue Smith el que tomó la palabra ahora y, mientras Morton lo miraba asombrado, continuó—: Con la excitación y confusión del momento, nadie parece haber advertido que cuando Kent disparó su pistola de vibraciones, el rayo impactó directamente en la cabeza de gato de esta criatura… y no le hizo ningún daño.

La mirada de asombro de Morton pasó de Smith a Coeurl y de nuevo a Smith.

—¿Estás seguro de que impactó en él? Como dices, pasó todo de forma tan rápida… Cuando vi que el minino no había resultado herido simplemente asumí que Kent había fallado.

—Le dio en la cara —dijo Smith con una expresión de total certeza—. Por supuesto, una pistola de vibraciones ni tan siquiera puede matar a un hombre directamente… pero puede dejarlo herido. No hay ni una sola marca de herida en el minino, ni siquiera un pelo chamuscado.

—Quizás su piel sea un buen aislante contra el calor de cualquier tipo.

—Quizás. Pero, en vista de nuestras dudas, creo que deberíamos encerrarlo en la jaula.

Mientras Morton permanecía sombríamente pensativo con el ceño fruncido, Kent habló:

—Por fin, Smith, alguien dice algo que tiene sentido.

—Entonces, Kent —preguntó Morton—, ¿estarías satisfecho si lo metemos en la jaula?

Kent reflexionó y dijo:

—Sí. Si cuatro milímetros de microacero no son capaces de sujetarlo, será mejor que le entreguemos ya la nave.

Coeurl siguió a los hombres cuando cruzaron el pasillo. Trotó dócilmente cuando Morton lo condujo con determinación por una puerta que no había visto hasta el momento. Se encontró entonces en una habitación cuadrada compacta y de paredes de metal. La puerta se cerró con un chasquido

metálico a sus espaldas; sintió entonces el flujo de poder cuando el cierre eléctrico se accionó.

Sus labios se entreabrieron en una mueca de odio al darse cuenta de la trampa, pero no mostró ningún otro signo externo. Reparó entonces en que había logrado mejorar mucho su situación desde la criatura hundida en un estado de primitivismo que, tan solo unas horas antes, se había vuelto irracional por el miedo en un cajón de ascensor. Ahora, mil recuerdos de sus poderes despertaron en su cerebro; diez mil argucias, tras años de desuso, de nuevo formaron parte de su ser.

Durante unos segundos se quedó sentado, casi inmóvil, sobre las ancas cortas y pesadas en las que se apoyaba su cuerpo, mientras los filamentos de los oídos examinaban los alrededores. Finalmente, se tumbó con los ojos brillando con un luego de desprecio. ¡Idiotas! ¡Pobres idiotas!

Una hora más tarde oyó al hombre (Smith) trasteando por encima de su cabeza. Las vibraciones se derramaron sobre él, pero el susto apenas duró unos segundos. Se incorporó de un sallo y enseguida se dio cuenta de que las vibraciones eran vibraciones, no explosiones atómicas. Alguien estaba fotografiando el interior de su cuerpo.

Volvió a agacharse, pero los filamentos de los oídos vibraban y pensó con desdén: los muy idiotas van a llevarse una buena sorpresa si intentan revelar esas fotografías.

Un poco después, el hombre se alejó y durante un buen raro se escucharon ruidos de hombres haciendo cosas a lo lejos. Pero también ese sonido se apagó lentamente.

Coeurl se quedó allí esperando mientras sentía cómo el silencio envolvía la nave. En la antigüedad, antes del amanecer de la inmortalidad, los coeurls también habían dormido de noche, y el recuerdo de esta costumbre revivió en su mente cuando vio a algunos de los hombres dormitando. Por fin, la vibración de dos pares de pies, andando, andando sin parar, fue la única frecuencia humana que vibró en los filamentos de sus oídos.

Se tensó al escuchar a los dos vigilantes. El primero caminó lentamente por delante de la jaula. Luego, unos treinta pasos detrás de él, le seguía el segundo. Coeurl sintió el estado de alerta de aquellos hombres; sabía que jamás podría sorprender a ninguno de ellos mientras continuaran andando separados. Significaba… ¡que debía ser doblemente cuidadoso!

Quince minutos, y de nuevo estaban allí. En cuanto hubieron pasado, cambió la sensación de sus vibraciones ampliándolas a un rango mucho más alto. La violencia palpitante de los motores atómicos tartamudeó suavemente

su historia en el cerebro de Coeurl. Las dinamos eléctricas susurraron su canción amortiguada de poder puro. Sintió el susurro de esa corriente a través de los cables de las paredes de la jaula y del cierre eléctrico de la puerta. Forzó su cuerpo tembloroso para que permaneciera en tensa inmovilidad mientras buscaba con sus sentidos sintonizar con esa sibilante tempestad de energía. De repeine, los filamentos de sus oídos vibraron en armonía… atrapó la carga creciente hasta la estridencia de aquella onda arrolladora de fuerza.

Se escuchó un penetrante chasquido de metal contra metal. Con un suave toque de un tentáculo, Coeurl abrió la puerta y se deslizó al pasillo tenuemente iluminado. Durante solo un segundo sintió desprecio, una sensación de superioridad, mientras pensaba en las estúpidas criaturas que se habían atrevido a poner a prueba su ingenio contra un Coeurl. Y en ese momento, de repente, pensó en otros coeurls. Un sentimiento extraño y exultante de raza latía ahora en todo su ser; el odio impulsor de siglos de fiera competición cedió de mala gana al orgullo de especie con los futuros gobernantes de todo el espacio.

* * *

De repente, se sintió agobiado por sus propias limitaciones; la necesidad de otros coeurls, su soledad… cien a una en una apuesta contra toda la eternidad; el mismo universo estrellado ejercía su atracción sobre su rapaz y encastrada ambición. Si tallaba, jamás tendría una segunda oportunidad… ni tiempo para reanimar una maquinaria oxidada desde hace mucho tiempo e intentar resolver el secreto del viaje espacial.

Se arrastró por el suelo con las zarpas crispadas, cruzó el salón hasta el siguiente pasillo y llegó al primer dormitorio. La puerta estaba medio abierta. Un rápido flujo de músculos sincronizados, un rápido chasquido de tentáculo que arrapó la garganta del hombre durmiente sin oponer ninguna resistencia, y la aplastó… la cabeza sin vida rodó absurdamente mientras el cuerpo se convulsionaba.

Siete dormitorios; siete hombres muertos. Era el séptimo trago de muerte que provocó un repentino retorno del ansia, de un deseo puro e ilimitado de matar, el retorno de un hábito de mil anos de destruir cualquier cosa que contuviera el preciado id.

Mientras el decimosegundo hombre moría con convulsiones, Coeurl emergió abruptamente del sensual gozo de la muerte al oír unos pasos.

No estaban cerca… eso fue lo que produjo una onda tras otra de miedo atravesando el caos en el que se había convertido su cerebro.

* * *

Los vigilantes se aproximaban lentamente por el pasillo hacia la puerta de la jaula donde había estado encerrado. En un segundo, el primer hombre vería la puerta abierta y accionaría la alarma.

Coeurl se aferró a los últimos restos de razón que le quedaban. Con frenética velocidad, y sin poner cuidado ahora por no hacer ruido, corrió por el pasillo de los dormitorios, cruzó el salón y emergió un el siguiente pasillo, acobardándose al temer que la llama atómica le impactara en el rostro.

Los dos hombres estaban juntos, de pie uno al lado del otro. Durante unos segundos, Coeurl apenas dio crédito a su tremenda buena suerte. Cuino un idiota, el segundo su aproximó a la carrera cuando vio que su compañero se paraba ante la puerta abierra. Ambos alzaron la mirada, paralizados, al ver la pesadilla de garras y tentáculos, la feroz cabeza felina y los ojos llenos de odio.

El primer hombre corrió a por su arma, pero el segundo, físicamente petrificado ante el funesto destino que le esperaba, dejó escapar un alarido, un grito agudo de horror que se propagó por los pasillos y terminó en un curioso gorgoteo cuando Coeurl lanzó los dos cadáveres con una fuerza irresistible hasta el otro extremo del pasillo. No quería que encontraran los cuerpos muertos cerca de la jaula. Esa era su única esperanza.

Temblando con cada uno de sus nervios y músculos, consciente del terrible error que había cometido e incapaz de pensar de forma coherente, se precipitó al interior de la jaula. La puerta se cerró suavemente tras de él. La energía fluyó una vez más a través del cierre eléctrico.

Se acurrucó con el cuerpo tenso, simulando estar dormido, cuando escuchó las pisadas apresuradas de numerosos pies y captó la vibración de las voces excitadas. Percibió que alguien accionaba el audioscopio de la jaula y miraba dentro. Unos segundos más y los otros cuerpos serían descubiertos.

* * *

—¡Siedel ha desaparecido! —dijo Morton, aturdido—. ¿Que vamos a hacer sin Siedel? ¡Y Breckinridge! ¡Y Coulter y…! ¡Horrible!

Se tapó el rostro con las manos, pero solo unos segundos. Alzó la mirada con expresión sombría, la pesada barbilla proyectada hacia fuera mientras observaba los rostros severos que le rodeaban.

—Si alguien tiene aunque sea la más mínima sugerencia, que no se la guarde.

—¡Demencia espacial!

—He pensado en eso. Pero no se ha dado ningún caso de locura durante cincuenta años. El doctor Eggert hará pruebas a todo el mundo, por supuesto, y ahora mismo está examinando los cuerpos teniendo en cuenta esa posibilidad.

Cuando acabó, vio que el doctor entraba por la puerta. Los hombres se echaron a un lado para dejarle paso.

—Te he oído, comandante —dijo el doctor Eggert—, y creo que puedo decir ahora mismo que tenemos que descartar la teoría de la locura. Las gargantas de esos hombres han quedado aplastadas como si fueran de gelatina. Ningún ser humano hubiera podido ejercer una fuerza tan grande sin utilizar algún tipo de máquina.

Morton vio que el doctor no paraba de lanzar miradas por el pasillo, sacudió la cabeza y gruñó:

—No sirve de nada que sospeche del minino, doctor. Está en la jaula, paseando de un lado a otro. Obviamente oyó el escándalo y… ¡hombre! No puede sospechar de él. Esa jaula fue construida para mantener encerrada cualquier cosa, cuatro pulgadas de microacero y la puerta no tiene ni un solo rasguño. Kent, ni siquiera tú podrás decir que hay que matarlo bajo sospecha, porque no hay ninguna sospecha a menos que exista una nueva ciencia que está más allá de lo que podemos imaginar…

—Por el contrario —dijo Smith categóricamente—, tenemos todas las pruebas que necesitamos. Usé el teleflúor en él, ya sabes, el dispositivo que tenemos en la parte superior de la jaula, e intenté sacar algunas fotografías. Simplemente se velaron. El minino saltó cuando el teleflúor se activó, como si sintiera las vibraciones.

—¿Sabéis lo que Gourlay dijo antes? Esta bestia aparentemente puede recibir y enviar vibraciones de cualquier longitud. La manera en la que fue capaz de dominar la potencia del arma de Kent es la prueba definitiva de su habilidad especial para interferir con energía.

—En nombre de todos los infiernos, ¿qué demonios tenemos aquí…? —gruñó uno de los hombres—. Caramba, si esa cosa puede controlar ese poder

y enviarlo con cualquier vibración, no hay nada que le impida matarnos a todos.

—Lo cual prueba —dijo Morton con tono cortante— que no es invencible, o ya lo habría hecho hace tiempo.

Muy pausadamente, se acercó al dispositivo que controlaba la jaula prisión.

—¡No vas a abrir la puerta! —gritó Kent, casi sin aliento y echando mano de su arma.

No, pero si acciono este interruptor, la electricidad fluirá por la puerta y electrocutará cualquier cosa que haya ahí dentro. No hemos reñido que usarlo antes, tal vez por eso lo has olvidado.

Tiró con fuerza del interruptor. Unas chispas azules salieron despedidas del metal y una caja de Risibles sobre su cabeza se fundió con un solo estallido.

Morton frunció el ceño.

—Qué curioso. ¡Esos fusibles no deberían haberse fundido! Bueno, ahora ni siquiera podemos mirar dentro. El estallido también ha estropeado los audios.

—Si fue capaz de interferir la energía del cierre eléctrico, lo suficiente para abrir la puerta, entonces probablemente haya sondeado cualquier posible peligro y estaba preparado cuando accionaste ese interruptor.

—¡Al menos prueba que es vulnerable a nuestras energías! —dijo Morton con una sonrisa sombría—. Porque logró anularlas. Lo importante es que lo tenemos tras cuatro pulgadas del metal más duro. En el peor de los casos, podemos abrir la puerta e irradiarlo hasta matarlo. Pero primero creo que intentaremos usar el cable de energía teleflúor…

Una conmoción en el interior de la jaula interrumpió sus palabras. Un cuerpo pesado chocó con una pared, seguido por un golpe sordo.

—¡Sabe lo que intentamos hacer! —gruñó Smith a Morton—. Y me apuesto lo que sea a que hay un minino muy enfermo ahí dentro. ¡Ahora se está dando cuenta de lo idiota que ha sido al meterse de nuevo en la jaula!

La tensión se relajaba; los hombres sonreían nerviosamente e incluso se produjo una leve oleada de risas ásperas al oír a Smith hablar del malestar del monstruo.

—Lo que me gustaría saber —dijo Pennons, el ingeniero—, es por qué el dial medidor del teleflúor saltó y se puso al máximo cuando el minino hizo ese ruido. Está justo debajo de mis narices, aquí… ¡y el dial saltó como si la nave estuviera en llamas!

Se hizo el silencio tanto dentro como fuera de la jaula y entonces Morton dijo:

—Podría significar que va a salir. Atrás, todo el mundo, y tened las armas listas. El minino ha sido un idiota al pensar que podría vencer a cien hombres, pero sin duda es con mucho la criatura más formidable del sistema galáctico. Puede que salga por esa puerta en lugar de morir ahí dentro como una rata en una trampa. Y es lo suficientemente fuerte para llevarse a varios de nosotros con él a la tumba… si no tenemos cuidado.

Los hombres retrocedieron lentamente en un grupo compacto; alguien dijo entonces:

—Es curioso. Me pareció oír el ascensor.

—¡El ascensor! —repitió Morton—. ¿Estás seguro, amigo?

—¡Durante unos segundos me pareció que sí! —El hombre, un miembro de 1.a tripulación, ahora vaciló—. Todos estábamos arrastrando los pies…

—Llévate a alguien contigo y echad un vistazo. Traed a quienquiera que se haya atrevido a huir de, aquí…

En ese momento se produjo una sacudida, un tirón horrible, cuando el gigantesco cuerpo de la nave se escoró a sus pies. Morton cayó al suelo con tanta violencia que quedó aturdido. Luchó por recobrar el sentido, consciente de los hombres que había caídos a su alrededor.

—¿Quién demonios ha encendido esos motores? —gritó.

La agonizante aceleración continuó; arrastró los pies con un terrible esfuerzo cuando manipuló torpemente el audioscopio más cercano y marcó el número de la cámara del motor. La imagen que apareció en la pantalla provocó un profundo rugido en sus labios:

—¡Es el minino! ¡Está en la cámara de motores… y nos dirigimos directamente hacia el espacio!

La pantalla se fue a negro cuando aún estaba hablando y no pudo ver nada más.

* * *

Fue Morton el primero que atravesó el salón hacia el cuarto de suministros donde guardaban los trajes espaciales. Después de colocarse torpemente y casi a ciegas su propio traje, anuló el efecto de la aceleración que atormentaba su cuerpo y llevó trajes a los hombres medio inconscientes que estaban en el suelo. Enseguida varios hombres le secundaron y en unos pocos minutos

todos los hombres se enfundaron sus trajes de metalite, con los motores antiaceleración funcionando a medio gas.

Morton, tras mirar primero en el interior de la jaula, abrió la puerta y permaneció can silencioso como el resto de los hombres que se apiñaron a su alrededor para observar el enorme agujero en la pared del fondo. El agujero era una grieta aterradora con bordes afilados y metal horriblemente retorcido, y se abría a otro pasillo.

—Por todos los demonios —susurró Pennons—, eso es imposible. Los martillos automáticos de diez toneladas de los talleres no pudieron más que marcar levemente cuatro pulgadas de micro con un golpe… y nosotros solo hemos escuchado uno. Un desintegrador atómico tardaría al menos un minuto en hacer ese trabajo. Morton, se trata de un superorganismo.

Morton vio que Smith examinaba los daños en la pared. El biólogo alzó la mirada.

—¡Si al menos Breckenridge no estuviera muerto! ¡Necesitamos un ingeniero metalúrgico para explicar esto! ¡Mirad!

Tocó el borde roto del metal. Un trozo se deshizo entre los dedos y se desprendió cayendo en una fina lluvia de polvo al suelo. Morton advirtió en ese momento que había un pequeño montón de desechos metálicos y polvo.

—Has dado con ello —asintió Morton—. No ha habido ningún milagro de fuerza aquí. El monstruo simplemente ha usado sus poderes especiales para interferir las tensiones eléctricas que mantienen unidas las partículas de metal. Eso también explicaría la fuga del cable de teleflúor que advirtió Pennons. La criatura usó la energía con su cuerpo como medio transformador, atravesó de un golpe la pared, corrió por el pasillo hasta el hueco del ascensor y por allí bajá hasta la sala de motores.

—Y ahora, comandante —dijo Kent en voz baja—, nos enfrentamos a un superorganismo que controla la nave, que domina totalmente la sala de motores y su poder casi ilimitado, y que está en posesión de la mayoría de los talleres de máquinas.

Morton se quedó en silencio mientras los demás reflexionaban sobre las palabras del químico. La ansiedad de los hombres era tan palpable que se reflejaba profundamente en sus rostros; en sus expresiones se dibujaba una certeza cada vez mayor de que aquel iba a ser el último trance de sus vidas; que sus existencias estaba en juego y quizás mucho más. Morton expresó el pensamiento que ocupaba la mente de todos:

—Supongamos que él gana. Es absolutamente despiadado y probablemente ve el poder galáctico al alcance de la mano.

—Kent se equivoca —le espetó el jefe navegador—. La criatura no controla del todo la sala de motores. Nosotros tenemos todavía la sala de mandos, y eso nos proporciona el control principal de todas las máquinas. Quizás vosotros no conozcáis el diseño mecánico que tenemos, pero, aunque él logre desconectarnos, de momento podemos apagar todos los interruptores de la sala de motores. Comandante, ¿por qué no desconectaste simplemente la corriente en lugar de ordenarnos que nos pusiéramos los trajes espaciales? Al menos podría haber ajustado la nave a la aceleración.

—Por dos razones —respondió Morton—. Individualmente, estamos más seguros dentro de los campos de fuerza de nuestros trajes espaciales. Y no podemos prescindir de tudas las ventajas a nuestra disposición tomando decisiones precipitadas.

—¡Ventajas! ¿De qué otras ventajas disponemos?

—Sabemos cosas sobre él —contestó Morton—. Y ahora mismo lo vamos a comprobar. Pennons, asigne cinco hombres a cada uno de los cuatro accesos a la sala de motores. Llevad desintegradores atómicos para reventar las puertas grandes. He visto que están todas cerradas. La cosa se ha encerrado dentro.

»Selenski, tú sube a la sala de mandos y desconecta todo excepto los motores de propulsión. Vincúlalos al interruptor general y apágalos todos a la vez. Una cosa… deja la aceleración al máximo. No se debe aplicar ninguna antiaceleración a la nave. ¿Entiendes?

—¡Sí, señor! —dijo el piloto con un saludo.

—Y máncenme informado a través de los comunicado res si alguna de las máquinas comienza a funcionar de nuevo. —Ahora se dirigió a los hombres —: Voy a dirigir el acceso principal. Kent, tú ocúpate del número 2, Smith del número 3 y Pennons del número 4. Vamos a descubrir ahora mismo si nos estamos enfrentando con la ciencia ilimitada o con una criatura limitada como el resto de nosotros. Yo apuesto por la segunda posibilidad.

* * *

Tal como iba, Morton tenía la vaga sensación de estar en constante movimiento, un gigante con su armadura espacial transparente, junto al brillante tubo metálico que era el pasillo principal de la planta de la sala de motores. La razón le dictaba que la criatura ya había mostrado algún punto débil, pero aun así persistió la sensación de que aquello era un ser invencible.

Habló en voz alta por el comunicador:

—No sirve de nada intentar escondernos de él. Probablemente pueda oír el sonido de una aguja al caer. Así que distribuyan a sus unidades. No lleva en esa sala de motores el suficiente tiempo para hacer nada.

—Como ya he dicho, esto es principalmente un ataque de prueba. En primer lugar, jamás nos perdonaríamos si no intentáramos vencerlo ahora, antes de que haya tenido tiempo de prepararse contra nosotros. Pero, aparte de la posibilidad de que podamos destruirlo inmediatamente, tengo una teoría.

»La idea es la siguiente: esas puertas están diseñadas para soportar explosiones atómicas accidentales y los desintegradores atómicos tardarán unos quince minutos en romperlas. Durante ese periodo, el monstruo no dispondrá de energía. Cierto, el propulsor continuará funcionando, pero eso es explosión atómica directa. Mi teoría es que él no puede entrar en contacto con algo así y en pocos minutos comprenderéis a qué me refiero… espero. —Su voz sonó ahora repentinamente cortante—: ¿Listo, Selenski?

—Sí, listo.

—Entonces desconecta el interruptor general.

El pasillo (y toda la nave, como sabía Morton) quedó de repente sumergido en la oscuridad. Morton encendió entonces la luz deslumbrante de su traje espacial; los otros hombres hicieron lo mismo y sus rostros aparecieron pálidos y demacrados.

—¡Maldita sea! —ladró Morton por su comunicador.

Las unidades móviles vibraron y una llamarada puramente atómica salió y se derramó sobre el duro metal de la puerta. La primera gota de metal fundido rodó reticente, no hacia abajo, sino hacia arriba de la puerta. La segunda fue más normal. Siguió un curso descendente un tanto tembloroso. La tercera rodó hacia los lados… porque aquello era pura fuerza no sujeta a la gravitación. Otras gotas continuaron rodando hasta que una docena de hilillos fluyó lenta aunque irregularmente en todas direcciones… ríos de fuego infernal y chispeante, brillantes como piedras preciosas encantadas, vivos con la furia fulgurante de átomos repentinamente torturados, corriendo a ciegas enloquecidos por el dolor.

Los minutos iban carcomiendo el tiempo como un ácido lento. Por fin, Morton preguntó con voz ronca:

—¿Selenski?

—Nada todavía, comandante.

—Pero él debe de estar haciendo algo —dijo con un medio susurro—. No puede estar simplemente esperando ahí dentro como una rata acorralada. ¿Selenski?

—Nada, comandante.

Siete minutos, ocho minutos, luego doce,

—¡Comandante! —La voz de Selenski sonó tensa—. Ha activado la dinamo eléctrica.

Morton inspiró profundamente y oyó que uno de sus hombres decía:

—Qué extraño. No podemos perforar más. Jefe, echa un vistazo a esto.

Morton miró. Los pequeños hilos titilantes se habían congelado hasta quedar rígidos. La ferocidad de los desintegradores azotaba en vano el metal, que de repeine se había hecho invulnerable.

Morton suspiró.

—La prueba ha acabado. Dejad a dos hombres de guardia en cada pasillo. Los demás venid a la sala de mandos.

* * *

Unos minutos más tarde se sentó ante la enorme mesa de mandos.

—Por lo que a mí respecta, la prueba ha sido un éxito. Sabemos que, de todas las máquinas de la sala de motores, la más importante para el monstruo era la dinamo eléctrica. Debió de hacerlo todo en un ataque de terror cuando estábamos junto a la puerta.

—Por supuesto, es fácil ver lo que hizo —dijo Pennons—. Una vez que reunió la potencia suficiente, aumentó las tensiones electrónicas de la puerta hasta el límite.

—Lo principal es esto —intervino Smith—: Él emplea las vibraciones solo en cuanto a sus poderes especiales se refiere y la energía debe proceder de fuera de él mismo. No puede manejar la energía atómica en su forma pura, no siendo vibración, de forma muy distinta a como nosotros lo hacemos.

Kent dijo taciturno:

—Lo principal en mi opinión es que nos ha dejado plantados con un par de narices. ¿De qué sirve que sepamos que lo hizo gracias a su control de las vibraciones? Si no podemos atravesar esas puertas con nuestros desintegradores atómicos, estamos acabados.

Morton negó con la cabeza.

—No estaremos acabados… pero tendremos que planificar un poco. Para empezar, encenderé estos motores. Será más difícil para él controlarlos cuando estén en funcionamiento.

Movió el interruptor general tirando con fuerza y lo colocó de nuevo en su posición. Se escuchó un zumbido cuando un montón de máquinas recobraron

vida abruptamente en la sala de máquinas cien pies por debajo de ellos. Los ruidos disminuyeron hasta convertirse en una vibración regular de palpitante potencia.

Tres horas más tarde, Morton caminaba de un lado a otro ame los hombres reunidos en el salón. Llevaba el cabello negro despeinado y la palidez espacial en su fuerte rostro se enfatizaba más que disminuía por la agresiva proyección de su mandíbula. Cuando habló, su voz profunda sonó tajante, hasta el punto de resultar brusco:

—Para asegurarnos de que nuestros planes están coordinados, voy a pedir a cada experto que describa por turnos su función en el objetivo último de derrotar a esta criatura. ¡Pennons, tú primero!

Pennons se levantó enérgicamente. No era un hombre grande, pensó Morton, pero parecía grande, quizás por sus aires de autoridad. Aquel hombre sabía de motores, y de la historia de los motores. Morton le había visto rastrear la evolución de una máquina desde que era un simple juguete hasta convertirse en el instrumento moderno más sofisticado. Había estudiado el desarrollo de las máquinas en cien planetas distintos y no había nada fundamental que no supiera sobre mecánica. Le resultó casi extraño escuchar a Pennons, que podría haber hablado durante mil horas y aun así no llegar a tocar el tema en cuestión, decir con incomprensible brevedad:

—Hemos instalado un relé en la sala de mandos para que active y detenga cada motor a intervalos. La palanca de navegación se activará cien veces por segundo y el efecto será crear vibraciones de todo tipo. Cabe la posibilidad de que una o más máquinas exploten, siguiendo el principio de los soldados cruzando un puente marcando el paso (sin duda, habrás oído esa vieja historia), pero en mi opinión no existe un peligro real de rotura de ese duro metal. Simplemente, el objetivo principal es interceptar la interferencia de la criatura mientras intentamos romper las puertas.

—¡Gourlay, ahora tú! —exclamó Morton.

Gourlay se puso de pie perezosamente. Parecía somnoliento, como si estuviera aburrido de todos aquellos protocolos. Sin embargo, Morton sabía que a Gourlay le encantaba que otros pensaran de él que era un vago, un perezoso inútil, que pasaba los días durmiendo y las noches dando cabezadas. Su cargo era de ingeniero jefe de comunicaciones, pero sus conocimientos abarcaban todos los campos de las vibraciones y era, posiblemente, con la excepción de Kent, quien poseía la mente más ágil y rápida de toda la nave. Habló arrastrando las palabras y, como Morton advirtió, su seguridad extremadamente parsimoniosa poseía un efecto tranquilizador en los

hombres; sus expresiones de ansiedad se relajaron, sus cuerpos se reclinaron hacia atrás con menos tensión.

—Hemos instalado —dijo Gourlay— unas pantallas vibratorias de pura fuerza que deberían interceptar casi todo lo que él intente controlar. Funcionan siguiendo el principio de la reflectancia, de manera que todo lo que él envíe rebotará de nuevo hacia él. Además, contamos con suficiente energía eléctrica que podemos aplicarle mediante conductores móviles de cobre. Su capacidad de manejar energía con esos nervios aislados que posee debe de tener un límite.

—¡Selenski! —dijo Morton.

El jefe de pilotos ya se había puesto de pie anticipando la llamada de Morton. Aquel, reflexionó Morton, era el hombre. Tenía los nervios de acero, que es el requisito fundamental para ejercer de controlador principal de los movimientos de una gran nave; sin embargo, esa misma firmeza parecía descansar sobre dinamita a punto de explotar a voluntad de su dueño. No era un hombre de grandes conocimientos, pero «reaccionaba» a los estímulos tan rápido que siempre parecía estar anticipándose a los acontecimientos.

—La impresión que he recibido del plan es que tiene que ser acumulativo. Justo cuando la criatura piense que no puede soportar más, algo debe suceder rápidamente para aumentar su turbación y confusión. Cuando el jaleo esté en su punto álgido, yo debería accionar los antiaceleradores. El comandante piensa, al igual que Gunlie Lester, que esas criaturas no saben nada sobre antiaceleración. Es un logro de la ciencia pura aplicada al campo de los vuelos interestelares y no podría haber sido desarrollada de ninguna otra manera. Creemos que cuando la criatura sienta los primeros efectos de la antiaceleración (todos recordaréis el profundo malestar que sentisteis durante el primer mes) no sabrá qué pensar o hacer.

* * *

—Korita, te toca.

—Solo puedo ofrecerte mi apoyo —dijo el arqueólogo—, basándonos en mi teoría de que el monstruo posee todas las características de un animal depredador de los inicios de cualquier civilización, complicadas por una aparente reversión a un estadio primitivo. Smith ha sugerido que su conocimiento de la ciencia es asombroso, y eso solo puede significar que nos enfrentamos a un verdadero habitante, no a un descendiente de los habitantes de las ciudades muertas que visitamos. Esto supone la inmortalidad de nuestro

enemigo, una posibilidad que se ve confirmada por su habilidad para respirar tanto oxígeno como cloro, o ninguno, pero incluso eso no sirve de mucho. Procede de cierra era de su civilización y ha degenerado tanto que sus ideas son principalmente recuerdos de aquella era.

»A pesar de todos sus poderes, perdió la cabeza en el ascensor esa primera mañana, hasta que recordó. Se situó a sí mismo en tal posición que se vio forzado a revelar su poder especial contra las vibraciones. Los asesinaros en masa de hace unas horas fueron una chapuza. De hecho, el registro que tenemos hasta ahora de él es el del ingenio poco desarrollado de una mente egoísta y primitiva que posee poco o ningún conocimiento de la vasta organización a la que se enfrenta.

»Es como el antiguo soldado germano que se sentía superior al viejo sabio romano y, sin embargo, este último era parte de una poderosa civilización a la cual los germanos de aquella época admiraban y temían.

»Podrías ahora objetar que el saqueo de Roma a mano de los germanos años más tarde echa por tierra mi argumento; sin embargo, los historiadores modernos sostienen que el "saqueo" fue un accidente histórico, y no historia en el verdadero sentido de la palabra. La migración de los "Pueblos del mar" que se enfrentaron a la civilización egipcia desde 1400 antes de Cristo solo tuvieron éxito en el reino de islas de Creta… Sus poderosas expediciones contra las costas libias y fenicias, acompañados por flotas vikingas, fracasaron, así como las de los hunos contra el Imperio chino. Roma hubiera quedado abandonada en cualquier caso. La antigua y gloriosa Samaría ya estaba desolada en el siglo X; Pataliputra, la gran capital de Asoka, era un erial deshabitado cuando el viajero Hsinan-tang la visitó hacia el 635 después de Cristo.

»Por lo tanto, tenemos un primitivo, y ese primitivo está ahora lejos en el espacio, fuera de su hábitat natural. Yo digo que entremos y ganemos.

Uno de los hombres se quejó cuando Korita acabó de hablar:

—Puedes decirnos que el saqueo de Roma fue un accidente y que esa cosa es un ser primitivo, pero los hechos son los hechos. Tengo la impresión de que Roma está a punto de caer de nuevo y que no será ningún primitivo el que lo haga. Esta cosa tiene suficiente de lo que hace falta para ello.

Morton sonrió tristemente al hombre, un miembro de la tripulación.

—Nos ocuparemos de eso… ¡ahora mismo!

* * *

En el deslumbrante resplandor del gigantesco taller de máquinas, Coeurl trabajaba a destajo. La nave espacial de cuarenta pies y forma de puro estaba casi acabada. Con un gruñido de esfuerzo, completó la laboriosa instalación de los motores de propulsión e hizo una pausa para examinar su obra.

Su interior, visible a través de una abertura en el casco exterior, era lamentablemente reducido. No había literalmente espacio para nada más que los motores… y un estrecho espacio para él mismo.

Volvió a lanzarse al trabajo en cuanto oyó los pasos de los hombres aproximándose y el repentino cambio en el estruendo parecido al de una tempestad que producían los motores; un zumbido intermitente, más agudo, más nítido y más enervante que el latido regular que lo precedía. De repente, se oyeron de nuevo los desintegradores atómicos en las enormes puertas exteriores.

Luchó contra ellos, pero no se apartó de su tarea. Cada músculo poderoso de su fuerte cuerpo se tensaba al máximo cuando llevaba grandes cargas de herramientas, máquinas e instrumentos y los lanzaba al fondo de aquella nave improvisada. No había tiempo para colocar cada cosa en su sitio, no quedaba tiempo para nada… no quedaba tiempo… no quedaba tiempo.

Ese pensamiento martilleaba su mente. Se sintió extrañamente agotado por primera vez en su larga y vigorosa existencia. Con un último y tortuoso impulso, lanzó la gigantesca plancha de metal en la abertura de la nave y permaneció allí durante un terrible minuto, intentando encajarla precariamente.

Sabía que las puertas cederían. Media docena de desintegradores concentrados en un punto ya devoraban lenta pero inexorablemente las pulgadas restantes. Con un grito ahogado, aparró su atención de las puertas y concentró cada gramo de su mente en la puerta exterior de un metro de espesor, hacia la que apuntaba el morro redondeado de su nave.

Notó que su cuerpo se encogía por la potencia creciente que fluía desde la dinamo eléctrica a través de los filamentos de sus oídos y hacia aquella pared resistente. Sentía que todo su interior ardía y supo que estaba peligrosamente cerca de conducir su última carga de energía.

Y aun así aguantó allí, temblando por el terrible dolor, sujetando la plancha de metal suelta con sus tentáculos en tensión. Su enorme cabeza apuntaba como en espantoso trance hacia aquella pared implacablemente dura.

Oyó que una de las puertas de la sala de motores reventaba hacia dentro. Unos hombres gritaron; los desintegradores rodaron hacia delante mientras

escupían su energía desenfrenada. Coeurl oyó que el suelo de la sala de motores siseaba su protesta mientras aquellos rayos de energía atómica destrozaban todo lo que encontraban por su camino. Las máquinas rodaron apiñándose aún más y unos pasos cautos sonaron tras ellas. En un minuto estarían frente a las débiles puertas que separaban la sala de motores del taller de máquinas.

De repente, Coeurl se sintió satisfecho. Con un gruñido de odio y un brillo de venganza en sus ojos de depredador, se introdujo en su pequeña nave y colocó la plancha metálica en su sitio a modo de escotilla.

Los filamentos de sus oídos zumbaron mientras reblandecía los bordes del metal. En un segundo, la plancha había quedado perfectamente soldada… formaba parte de su nave; una parte sin bordes ni ensambladuras a la vista de un todo que era de sólido metal opaco, a excepción de dos zonas transparentes: una en la parte delantera y la otra en la trasera.

Con un tentáculo abrazó la palanca de propulsión con una ternura casi sensual. Sintió el impulso hacia delante de su frágil máquina directamente hacia la gran pared exterior de los talleres de máquinas. El morro de su nave de cuarenta pies tocó la pared… y esta se disolvió en una brillante lluvia de polvo.

Coeurl sintió un mínimo movimiento de retardo y luego sacó el morro de la máquina al frío espacial, la giró y puso rumbo en dirección opuesta a la que había viajado la nave durante todas estas horas.

Vio hombres con armadura espacial asomados en el agujero irregular que se abría en la parte baja del gran globo. Los hombres y la nave se fueron haciendo más pequeños. Y entonces, los hombres desaparecieron y solo quedó la nave con el resplandor emborronado de mil escotillas. El globo menguó increíblemente, demasiado pequeño ahora para que las escotillas individuales fueran visibles.

Casi frente a él Coeurl vio una diminuta y tenue bola rojiza… y se dio cuenta de que se trataba de su propio sol. Se dirigió allí a toda velocidad. Había cuevas donde podía esconderse y construir secretamente con otros coeurls una nave en la que pudieran alcanzar otros planetas con seguridad… ahora que sabía cómo hacerlo.

Le dolía el cuerpo por la agonía de la aceleración, pero no se atrevió a desacelerar ni por un segundo. Echó la vista atrás medio aterrado. El globo brillante seguía allí, un punto diminuto de luz en la inmensa negritud del espacio. Y, de repente, titiló una vez y desapareció.

Durante unos instantes tuvo la vacua y aterrada impresión de que, justo antes de desaparecer, se había movido. Pero no podía ver nada.

No podía dejar de pensar que habían apagado las luces y se acercaban sigilosos en la oscuridad. Preocupado e inseguro, miró hacia adelante por la escotilla transparente.

* * *

Un temblor de consternación le recorrió el cuerpo. El pálido sol rojo hacia el que se dirigía no aumentaba de tamaño. Por el contrario, se hacía más y más pequeño por segundos y durante los siguientes cinco minutos se convirtió en un punto rojo pálido en el firmamento… hasta desaparecer como la nave.

Entonces llegó el miedo, una oleada que recorrió todo su ser y lo dejó helado con la sensación de lo desconocido. Durante unos minutos miró frenéticamente el espacio que se abría frente a él en busca de algún punto de referencia. Pero allí solo brillaban las estrellas remoras, puntos estáticos sobre un fondo de terciopelo de distancia inson dable.

¡Espera! Uno de los puntos parecía estar aumentando de tamaño. Todos los músculos y nervios de Coeurl se tensaron mientras observaba cómo el punto se convertía en un lunar, luego una bola de luz… luz roja. Más y más grandes cada vez. De repente, la luz roja parpadeó y se convirtió en luz blanca… y allí, ante él, se alzaba el gran globo de la nave con haces de luz saliendo de todas las escotillas, la misma nave que hacía tan solo unos minutos había visto desaparecer a sus espaldas.

Algo le pasó a Coeurl en ese momento. El cerebro le daba vueltas como un volante de inercia, más y más rápido, y más incoherentemente. De repente, el volante salió disparado en un millón de dolorosos fragmentos. Sus ojos casi se salieron de las cuencas mientras, como un animal enloquecido, la ira le embargaba en su pequeño cubículo.

Con los tentáculos agarraba valioso instrumental y lo lanzaba insensatamente; con las zarpas golpeó con furia las paredes de la nave. Finalmente, en un breve lapso de cordura, supo que no podía enfrentarse al inevitable fuego de los desintegradores atómicos.

Era sencillo crear la violenta desorganización molecular que liberase hasta la última gota de id de sus órganos vitales.

* * *

Lo encontraron tirado en el suelo, muerto, en un pequeño charco de fósforo.

—Pobre minino —dijo Morton—. Me pregunto qué pensó cuando nos vio aparecer frente a él, después de que su propio sol desapareciera. Al no saber nada de antiaceleradores, no era posible que supiera que podíamos parar en seco en el espacio, mientras que él tardaría tres horas en desacelerar. Y, mientras tanto, iría alejándose cada vez más de la ruta que descase tomar. No podía saber que, al parar, le pasamos a millones de millas por segundo. Por supuesto, no tenía ninguna posibilidad después de abandonar nuestra nave. Debe de haberle parecido que el universo entero se había vuelto del revés.

—Déjate de ponerte en su piel —escuchó decir a Kent detrás de él—. Tenemos un trabajo que hacer… matar a todos los gatos de este mundo miserable.

—No es una tarea complicada —dijo Korita en voz baja—. Son seres primitivos… solo tenemos que sentarnos y ellos vendrán a nosotros, esperando engañarnos ingeniosamente.

—¡Me ponéis enfermo! —les interrumpió bruscamente Smith—. El minino ha sido el hueso más duro de roer al que nos hemos enfrentado. Tenía todo lo necesario para vencernos…

Morton sonrió y Korita le interrumpió amigablemente:

—Exactamente, mi querido Smith, pero reaccionó según los impulsos biológicos de su especie. Su derrota ya fue presagiada cuando de manera certera lo catalogamos como un depredador de cierta era de su civilización.

»Fue la historia, honorable señor Smith, nuestro conocimiento de la historia lo derrotó —afirmó el arqueólogo japonés regresando una vez más a la antiquísima cortesía de su raza.

Robert Bloch

Uno de los varios autores profesionales de terror, fantasía, suspense y ciencia ficción que contribuyeron con sus guiones al sorprendente nivel de, precisamente, *Star Trek*, fue también uno de los principales actores del cambio de paradigma del cine de terror clásico al de horror moderno. Me refiero, por supuesto, a Robert Bloch (1917 1994), uno de los grandes maestros del género macabro en todas sus posibles y algunas imposibles variedades, quien a día de hoy sigue sin tener, quizás, el reconocimiento que realmente se merece.

Bloch, que comenzó su andadura publicando prácticamente en la misma revista que leía, adoraba y reverenciaba en su adolescencia, la fundamental *Weird Tales*, y que llegó a ser admitido, pese a su corta edad, en el círculo de Lovecraft, escribiendo varios notables relatos de los Mitos de Cthulhu y otros en vena más o menos *lovecraftiana* y gótica, acabaría no sólo por convertirse en un reconocido escritor de misterio, horror y fantasía por derecho propio, sino en una figura de transición, que, sin dejar nunca de lado ninguna variedad literaria perteneciente al ámbito de la imaginación, fue paulatinamente apartando los elementos más directamente sobrenaturales o fantásticos, para centrarse en la maldad de origen humano, el humor negro y la tendencia más asustante y terrorífica de la narrativa policíaca y de suspense. Por supuesto, este cambio de rumbo tendría su mayor impacto en la adaptación cinematográfica realizada por Hitchcock de su novela *Psicosis* (*Psycho*, 1960), como ya hemos comentado hasta la saciedad en estas páginas, marcando la inclinación del género moderno hacia el crimen real, la psicopatología sexual y, en definitiva, los miedos y horrores de la mente y el cuerpo más que del alma. Ya antes de publicar las «hazañas» de Norman Bates en 1959, había escrito al menos cinco novelas de suspense cuyo clima de tenor y miedo nada debía a lo sobrenatural, además de un buen número de relatos donde lo fantástico se entrelazaba también con elementos procedentes de personajes y hechos reales, como “Suyo afectísimo, Jack el Destripador”, “La Máscara de Hierro”, “Lizzie Borden cogió un hacha…” o, por supuesto,

“La calavera del marqués de Sade”, publicado por vez primera en 1945, en la propia *Weird Tales*.

Aunque se trata de un relato fantástico, lo cierto es que “La calavera del marqués de Sade” es una buena muestra del interés permanente de su autor por las personalidades criminales y las psicologías perversas, si bien en realidad el pobre marqués de Sade distara mucho de parecerse al personaje siniestro y terrorífico que presenta Bloch al lector, de forma totalmente consciente, abundando en la leyenda negra y las mistificaciones que le rodean. Puede decirse que se trata de un buen ejemplo de cómo este autor verdaderamente todoterreno que era Bloch fue capaz de conciliar todas las corrientes, subgéneros o tendencias que pueden acogerse al amplio ámbito de la ficción de fantasía, misterio y horror, aunque dando cada vez más peso a los argumentos y personajes en los que el componente humano y «realista» estaba por encima de tópicos sobrenaturales y fantásticos como el vudú, la demonología, el vampirismo y tantos otros que, al mismo tiempo, encontramos también a menudo en una obra que se extiende a lo largo de casi seis décadas, si bien sujetos siempre a un tratamiento contemporáneo, que presagia lo que hará a partir de los 80 una figura como Stephen King, al llevar los mitos y ritos del gótico a la sociedad pop estadounidense de finales del siglo XX.

Durante la larga carrera literaria de Bloch vemos cómo se materializa definitivamente la transformación de los últimos vestigios de la tradición gótica en sus nuevos avatares modernos y posmodernos, que él mismo contribuye a introducir no sólo a través de la literatura, sino también del cine. Bloch es tanto hombre de Hollywood y de la pantalla —grande y pequeña— como novelista y autor de relatos, en algunos de los cuales, por cierto, combina ambos mundos, creando un singular Hollywood Gothic tan memorable como personal. Su dedicación al trabajo de guionista para cine y televisión, por no hablar de la radio y hasta del cómic, llegó a ser casi tan profunda y copiosa como la que otorgaba a la literatura y, sobre todo tras el éxito de *Psicosis*, conseguiría redondear al alza sus ganancias como escritor profesional gracias a colaboraciones constantes con directores como William Castle, series de televisión como la citada *Star Trek* pero también *La hora de Alfred Hitchcock*, la producida por Hammer *Viaje a lo desconocido*, *Alfred Hitchcock presenta* o *Galería Nocturna* entre otras, escribiendo un par de memorables telefilmes dirigidos por Curtís Harrington, *The Cat Creature* (1973) y *The Dead Don’t Die* (1975), estableciendo una larga y fructífera relación con la productora angloamericana Amicus Films, para la que escribió

thrillers como El psicópata (*The psychopath*. Freddie Francis, 1966), y las películas de episodios, basadas en sus propios relatos originales, *Torture Garden* (Freddie Francis, 1967), *La mansión de los crímenes* (*The House That Dripped Blood*. Peter Duffell, 1971) y *Refugio macabro* (*Asylum*. Roy Ward Baker, 1972). Curiosamente, *La maldición de la calavera* (*The Skull*, 1965), el filme de Freddie Francis —recordemos: el mismo hombre que correría con la dirección de fotografía de *El hombre elefante* (1980) de Lynch—, producido también por Amicus, aunque basado en el relato de Bloch que ofrecemos aquí, fue escrito por Milton J. Subotsky, uno de los factótums de la productora, quien pergeñaría una versión esencialmente fiel al cuento, con los añadidos dramáticos de rigor para que alcanzara la adecuada duración estándar.

La maldición de la calavera destaca no sólo como respetuosa adaptación del relato de Bloch, sino también por la presencia de los ubicuos pero siempre admirables Peter Cushing y Christopher Lee, si bien el segundo sólo en un pequeño papel, y muy especialmente por la ingeniosa y arriesgada puesta en escena de Francis, quien recurre a menudo al POV, o punto de vista subjetivo, de la propia calavera asesina, creando una narrativa alucinada, con un imaginativo trabajo de cámara, además de prescindiendo a menudo de diálogos y música, para dejar que imágenes y silencios arrapen al espectador en una atmósfera ocasionalmente perturbadora, onírica e inquietante.

Robert Bloch fue el más prolífico de una nueva generación de autores de ficción que influirían decisivamente en el horror moderno, no sólo a través de su obra literaria, sino también con su trabajo como guionistas cinematográficos y televisivos, como Frederic Brown, Fritz Leiber Jr. o los más jóvenes Richard Matheson, Harlan Ellison y Ray Bradbury, y se nos aparece como puente natural entre la generación *pulp* de Lovecraft, que resuena todavía con cierros ecos del terror gótico y sobrenatural clásico, y la generación de Charlie Manson, que abunda ya en los horrores del cuerpo y la psicología humanos. Como papá de Norman Bates, y experto glosador de figuras como Jack el Destripador, Ed Gein (si bien lejanamente) o H. H. Holmes, quien le inspirara su novela *American Gothic* de 1974, es el principal culpable de la reificación del *serial killer* en monstruo por excelencia del terror contemporáneo, pero al mismo tiempo supo tener siempre presentes el humor, la fantasía y el Sentido de la Maravilla que suponen la mejor herencia de la edad dorada de la *pulp fiction*. Verdadero Damon Runyon del cuento de terror, escritor de fantasía, misterio y ciencia ficción dotado en sus mejores obras de un estilo *hard boiled* no tiene nada que envidiar a Hammett,

Chandler, Cain o Irish —y la referencia al *noir* no es accidental: gran parte de sus novelas y relatos son también limítrofes con el genero, adelantándose así a escritores corno Thomas Harris o Ellroy—, ganador del Premio Hugo de ciencia ficción, del Poe por *Psicosis*, del Ann Radcliffe, el World Fantasy Award y el Stoker, todavía hoy no deja de sorprender que Bloch, figura fundamental del género, no sea un autor mucho más conocido, reconocido y… amado.

LA CALAVERA DEL MARQUÉS DE SADE[1]

I

Christopher Maitland se recostó en el respaldo de su silla frente a la chimenea y acarició las tapas de un libro viejo. Su rostro delgado, cincelado por la luz parpadeante de la lumbre, mostraba la característica expresión de la preocupación académica.

La curiosidad intelectual de Maitland estaba centrada en el volumen que sostenía en las manos. En breve, se preguntaba si la piel humana que se había empleado para la encuadernación de aquel libro procedía de un hombre, una mujer o un niño.

El librero le había asegurado que aquel romo estaba encuadernado con una porción de la piel de una mujer, pero Maitland, por mucho que deseaba creerle, era de naturaleza escéptica. Los libreros que venden este tipo de objetos eróticos no son en su mayoría gente de fiar y los años de trato de Christopher Maitland con tales individuos habían hecho añicos cualquier atisbo de fe en su veracidad.

Sin embargo, tenía esperanzas de que la historia fuera cierta. Estaba muy bien tener un libro encuadernado con la piel de una mujer. Estaba muy bien tener una *crux ansata* tallada en un fémur, una colección de cabezas dayak, una marchita Mano de Gloria robada de un cementerio de Mainz. Maitland poseía Lodos esos objetos y muchos más. Porque era coleccionista de objetos extraños.

Maitland acercó el libro a la luz y examinó las rapas para localizar poros bajo la superficie curtida de las tapas. Las mujeres tienen los poros más finos que los hombres, ¿no es así?

—Disculpe, señor.

Maitland se volvió a Hume cuando éste entró en el cuarto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Esa persona está aquí otra vez.

—¿Persona?

—El señor Marco.

¡Oh!

Maitland se levantó, ignorando la expresión de disgusto casi grotesca del mayordomo. Reprimió una risilla. Al pobre Hume no le gustaba Marco, ni ninguno de los caballeros disolutos que suministraban a Maitland los objetos de su colección. Y la propia colección no le gustaba lo más mínimo, tampoco… Maitland recordó vívidamente el temblor asqueado del viejo sirviente mientras desempolvaba la caja que contenía la momia del sacerdote de Horus decapitado por brujería.

—Marco, ¿eh? Me pregunto que se traerá entre manos… —musitó Maitland—. Bueno, será mejor que le haga pasar.

Hume se dio media vuelta y salió con una más que patente falta de entusiasmo. En cuanto a Maitland, su excitación fue en aumento. Acarició con la mano el dorso de un *tao-tieh* de jade y se pasó la lengua por los labios con una expresión muy similar a la esculpida en el rostro de la imagen china de la glotonería.

El viejo Marco estaba allí. Eso significaba que había alguna adquisición especial. Tal vez Marco no fuera exactamente la clase de tipo que uno invitaría al club, pero tenía su utilidad. Maitland no sabía de dónde sacaba algunas de las cosas que le ofrecía, pero tampoco se preocupaba mucho. Eso era asunto de Marco. La rareza de sus ofertas era lo que interesaba a Christopher Maitland. Si uno quería un libro encuadernado con piel humana, el viejo Marco era justamente el tipo al que dirigirse… aunque tuviera que hacer él mismo la faena de desollar y encuadernar. ¡Todo un personaje, el viejo Marco!

—El señor Marco, señor.

Hume se retiró, una sombra de formalidad, y Maitland hizo señas a su visitante para que pasara.

El señor Marco se derramó por la habitación. El hombrecillo era gordo y grasiento; la carne se amontonaba como cera coagulada alrededor del moribundo tocón de una vela. Su palidez cérea acentuaba el símil. Lo único que parecía faltar era una mecha brotando de la bola calva de grasa que hacía las veces de cabeza del señor Marco.

El hombre gordo alzó la mirada hacia el rostro enjuto de Maitland con lo que intentaba ser una sonrisa halagadora. La sonrisa también rezumaba y contribuía al aura de suciedad que parecía rodear a Marco.

Pero Maitland no era consciente de tales cosas. Su atención estaba centrada en el curioso paquete que Marco llevaba bajo un brazo… un gran

paquete envuelto en un prosaico papel de envolver de carnicero que, de alguna manera, contribuía a la fascinación que provocaba en Maitland.

Marco cambió el paquete de brazo con cuidado mientras se quitaba su abrigo gris de paño. No pidió permiso para despojarse del abrigo, ni tampoco esperó a que le invitaran para sentarse.

El hombrecillo gordo simplemente se sentó cómodamente en uno de los sillones frente a la chimenea, echó mano a la caja abierta de puros de Maitland, cogió un cigarro y lo encendió. Mientras tanto, el gran paquete redondo saltaba arriba y abajo sobre su regazo a cada convulsión de su rotunda barriga.

Maitland miraba al paquete. Marco miraba a Maitland. Maitland fue el primero en hablar.

—¿Y bien? —preguntó.

La sonrisa zalamera se expandió. Marco inhaló rápidamente, luego abrió la boca para dejar salir una voluta de humo y una respuesta.

—Siento haber venido sin avisar, señor Maitland. Espero no estar molestando.

—No se preocupe —contestó Maitland secamente—. ¿Qué hay en el paquete, Marco?

La sonrisa de Marco se ensanchó.

—Algo selecto —susurró—. Algo jugoso.

Maitland se inclinó sobre el sillón y su cabeza adelantada proyectaba una sombra lupina en la pared.

—¿Qué hay en el paquete? —repitió.

—Usted es mi cliente favorito, señor Maitland. Sabe que jamás vengo a verle a menos que tenga algo realmente inusual. Pues bien, lo tengo, señor. Lo tengo. Se sorprenderá al ver lo que esconde este papel de envolver de carnicero, aunque es bastante apropiado. ¡Sí, totalmente apropiado!

—¡Deje ya el parloteo, amigo! ¿Qué hay en ese paquete?

Marco levantó el bulto de su regazo. Lo giró cuidadosamente, pero con firmeza.

—No parece gran cosa —ronroneó—. Redondo. Lo suficientemente pesado. ¿Es un balón medicinal, eh? O un panal. Vaya, incluso podría ser una col. Sí, se podría confundir con una col común. Pero no lo es. Oh, no, no lo es. Qué intriga, ¿eh?

Si la intención del hombrecillo era provocar un ataque de apoplejía a Maitland, casi lo logra.

—¡Ábralo ya, maldita sea! —gritó.

Marco se encogió de hombros, sonrió y comenzó a retirar el papel de envolver. Christopher Maitland ya no era el caballero perfecto, el anfitrión perfecto. Ahora era un coleccionista, despojado de toda pretensión… la encarnación del tembloroso entusiasmo. Revoloteaba por encima del hombro de Marco mientras éste retiraba el papel de envolver de carnicero con sus dedos regordetes.

—¡Ahora! —susurró Maitland.

El papel cayó al suelo. Apoyada sobre el regazo de Marco había una bola grande y brillante de papel de plata.

Marco comenzó a retirar el papel de plata, rasgándolo en tiras plateadas. Maitland se quedó sin aliento cuando vio lo que salió del envoltorio.

Era una calavera humana.

Maitland vio el horrendo hemisferio brillando como marfil blanco a la luz del fuego… Entonces, mientras Marco lo giraba, observó las cuencas vacías y los orificios nasales que jamás sentirían el aliento humano. Maitland advirtió la estructura regular de los dientes, adheridos a una mandíbula bien formada. A pesar de la repulsión instintiva que le provocaba, se mostró sorpresivamente atento.

Le parecía que la calavera era inusualmente pequeña y delicada; sorprendentemente bien conservada a pesar de una leve pátina amarilla por el paso del tiempo. Pero Christopher Maitland estaba impresionado por una peculiaridad innegable. Esa calavera era *diferente*, sin duda alguna.

¡La calavera no sonreía!

Debido a una peculiar formación o malformación del pómulo en yuxtaposición con las mandíbulas, la calavera no simulaba una sonrisa. La clásica mueca de regocijo atribuida a todas las calaveras estaba ausente aquí.

Aquella calavera tenía una expresión sobria, seria.

Maitland pestañeó y dejó escapar un carraspeo avergonzado. ¿Que estaba haciendo, divagando en consideraciones estúpidas sobre una calavera? Era lo suficientemente ordinaria. ¿Qué pretendía el viejo Marco al presentarle un objeto tan tonto con tanto preámbulo?

Sí, ¿qué pretendía Marco?

El hombrecillo gordinflón levantó la calavera a la luz de la lumbre, girándola de vez en cuando con una impresionante muestra de orgullo. Su sonrisilla de satisfacción contrastaba extrañamente con la sobriedad indeleble de la huesuda faz de la calavera.

Maitland por fin expresó su perplejidad con palabras.

—¿Por qué tanta ceremonia? —preguntó—. ¿Es que mu trae la calavera de una mujer, o de una adolescente…?

La risotada de Marco interrumpió sus palabras.

—¡Exactamente lo mismo que dijo el frenólogo! —exclamó el hombrecillo resollando.

¡Al infierno con el frenólogo, amigo! Háble me de su calavera, si es que hay algo que contar.

Marco le ignoró. Volvió a girar la calavera entre sus manos regordetas con una sonrisa satisfecha que asqueó a Maitland.

—Puede que sea pequeña, pero es una belleza, ¿verdad? —reflexionó el hombrecillo—. Una estructura tan delicada y mire… hay una mínima pátina en la superficie.

—No soy paleontólogo —respondió Maitland en tono seco—. Ni tampoco un profanador de tumbas. ¡Cualquiera pensaría que somos Burke y Hare! Sea razonable, Marco… ¿para qué querría yo una calavera ordinaria?

—¡Por favor, señor Maitland! ¿Por quién me toma? ¿Cree que osaría insultar a su inteligencia trayéndole una calavera ordinaria? ¿Cree que le pediría mil libras por la calavera de un don nadie?

Maitland dio un paso atrás.

—¿Mil libras? —gritó—. ¿Mil libras por eso?

—Y le sale barato —le aseguró Marco—. Las pagará gustoso cuando conozca la historia.

—No pagaría esa cantidad ni por la calavera de Napoleón —le aseguró Maitland—. Ni por la de Shakespeare, ya puestos.

—Descubrirá que el propietario de esta calavera es más de su agrado —le aseguró Marco.

—Ya está bien. ¡Suéltelo ya, amigo!

Marco le miró de frente, y con un dedo índice regordete golpeó la frente ósea del cráneo.

—Está viendo ahora mismo —murmuró— la calavera de Donatien Alphonse Francis, el marqués de Sade.

II

Giles de Retz era un monstruo. Los inquisidores de Torquemada cometieron la diabólica ingenuidad de los demonios que pretendían exorcizar. Pero fue el marqués de Sade el que sirvió de ejemplo del deseo viviente por el dolor. Su nombre simboliza la crueldad encarnada… el comportamiento salvaje que los hombres llaman «sadismo».

Maitland conocía la extraña historia de Sade y la repasó mentalmente.

El conde, o marqués de Sade, nació en 1740, de distinguido linaje provenzal. Era un joven atractivo cuando se enroló en su regimiento durante la Guerra de los Siete Años… un hombre refinado, de tez pálida y ojos azules, cuya afectada timidez escondía una perversidad maligna.

Cuando contaba 23 años de edad, el marqués fue encarcelado durante un año como resultado de un crimen brutal. En efecto, pasó veintisiete años de su vida posterior encarcelado por sus actos… actos que incluso hoy día tan sólo llegan a vislumbrarse. Las flagelaciones, la administración de extravagantes drogas y las torturas a mujeres han servido para convertir su nombre en sinónimo de infamia.

Pero Sade no era un libertino al uso con una pulsión primitiva por infligir sufrimiento. Más bien, era el «filósofo del dolor»… un entusiasta estudioso, un hombre de una cultura y gusto exquisitos. Era una persona extraordinariamente instruida, un pensador disciplinado, un asombroso psicólogo… y un sádico.

¡Cómo se habría revuelto el marqués si hubiera podido prever las miserables perversiones que hoy se asignan a su nombre! La tortura de animales por campesinos ignorantes… las palizas a niños a manos de cuidadores histéricos en instituciones públicas… las crueldades sin sentido infligidas por maniacos en otros y por otros en maniacos… todos estos comportamientos son catalogados hoy día como «sádicos». Y, sin embargo, ninguno de ellos es una manifestación de la filosofía antinatural de Sade.

El concepto de Sade de la crueldad no tenía nada de ocultamiento o engaño. Practicaba su credo abiertamente y escribió explícitamente sobre tales temas durante los años que pasó en prisión. Porque él fue el Apóstol del Dolor y su palabra divina fue revelada a todos los hombres en obras como *Justine… Juliette… Aline y Valcour…* la extravagante *La filosofía en el tocador*, y la más que abominable *Las 120 jornadas de Sodoma*.

Y Sade ponía en práctica lo que predicaba. Era amante de muchas mujeres… un amante celoso que tan sólo deseaba compartir los abrazos de sus amantes con un solo rival. Ese rival era la Muerte, y se cuenta que todas las mujeres que experimentaron las caricias de Sade llegaron finalmente a preferir las de su rival.

Tal vez, las torturas de la Revolución Francesa se inspirasen de forma indirecta en la filosofía del marqués… una filosofía que comenzó a circular en Francia tras la publicación de sus famosos volúmenes.

Cuando se instalaron guillotinas en las plazas públicas, Sade emergió de su larga serie de encarcelamientos y caminó por las calles entre hombres enloquecidos por la visión de la sangre y el sufrimiento.

El era un pequeño fantasma gris y amable; bajito, calvo, de suaves maneras y palabras. Sólo alzó la voz para salvar a sus parientes aristocráticos de pasar por la cuchilla. Su vida pública fue ejemplar en esos últimos años.

Pero los hombres continuaron murmurando sobre su vida privada. Se rumoreaba sobre su interés por la brujería. Se dice que para el marques de Sade el derramamiento de sangre era un sacrificio. Y los sacrificios a ciertos seres reportan oscuros beneficios. Los gritos de las mujeres enloquecidas por el dolor son como una oración para las criaturas del Averno…

El marqués era astuto. Años de confinamiento por sus «ofensas contra la sociedad» lo habían convertido en una persona recelosa. Se movía con suma cautela y aprovechaba al máximo los momentos de aguas revueltas para llevar a cabo discretos y poro notorios entierros siempre que terminaba con una amante.

Pero al final la precaución no fue suficiente. Una diatriba desafortunada contra Napoleón sirvió de excusa a las autoridades. No hubo denuncia, ni tampoco se perpetró una farsa de juicio.

Sade simplemente fue encerrado en Charenton como un loco común. Quienes conocían sus crímenes quedaban demasiado conmocionados para hacerlos públicos… y, sin embargo, había algo de satánica grandeza en el marqués que, de alguna manera, impedía que lo destruyeran abiertamente. Uno no piensa en asesinar a Satán. Pero Satán encadenado…

Satán, encadenado, languidecía. Convertido en un hombre enfermo, medio ciego, que arrancaba los pétalos de las rosas en un último gesto de destructividad demoniaca, el marqués pasó sus días de declive olvidado por todos. Prefirieron olvidar, prefirieron creer que estaba loco.

En 1814, murió. Se prohibieron sus libros, se profanó su memoria y sus actos se negaron. Pero su nombre siguió vivo, y sigue vivo como símbolo eterno del mal innato…

Éste era Sade tal como Christopher Maitland lo conocía. Y como coleccionista de objetos eróticos o curiosos, la idea de poseer la verdadera calavera del fabuloso marqués le intrigaba. Tras dejar a un lado sus reflexiones, dirigió la mirada a la seria calavera y a continuación al sonriente Marco.

—¿Mil libras, ha dicho?

—Exactamente —asintió Marco—. Un precio de lo más razonable, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —discrepó Maitland—. Me trae una calavera. Pero ¿qué pruebas puede proporcionarme de su autenticidad? ¿Cómo ha llegado a sus manos este *memento mori* tan inusual?

—Vamos, vamos, señor Maitland… ¡por favor! Sabe perfectamente que no debe preguntarme sobre mis fuentes de suministros. Es lo que me gusta llamar un secreto del negocio, ¿comprende?

Muy bien. Pero no me basta sólo con su palabra, Marco. Por lo que recuerdo, Sade fue enterrado cuando murió en Charenton en 1814.

La sonrisa lechosa de Marco se abrió aún más.

—Bueno, puedo corregirle en ese punto —dijo—. ¿No tendrá un ejemplar do los *Estudios* de Ellis sobre el tema? En la sección titulada *Amor y dolor*, hay una información que podría interesarle.

Maitland se hizo con el ejemplar y Marco rebuscó por las páginas.

—¡Aquí! —exclamó triunfal—. Según Ellis, la calavera del marqués de Sade fue exhumada y examinada por un frenólogo. La frenología era una pseudociencia bastante popular en aquella época, ¿lo sabía? Aquel individuo quería comprobar si la formación craneal indicaba que el marqués era realmente un loco.

»Afirma que descubrió que la calavera era pequeña y proporcionada, como la de una mujer. ¡Exactamente lo mismo que ha dicho usted, como recordará!

»Pero lo verdaderamente, importante es esto. La calavera no fue enterrada de nuevo.

»Cayó en las manos de un tal doctor Londe, pero hacia 1850 fue robada por otro médico que se la llevó a Inglaterra. Eso es todo lo que Ellis sabe sobre el tema. El resto lo he deducido por mí mismo… pero mejor no hablar más. Aquí tiene la calavera del marqués de Sade, señor Maitland.

»¿Acepta entonces mi oferta?

—Mil libras —suspiró Maitland—. Es demasiado por una calavera mohosa y una historia que se sostiene con pinzas.

—Bueno… digamos ochocientas libras. ¿Un trato rápido y sin rencores?

Maitland miró a Marco. Marco miró a Maitland. La calavera miró a ambos.

—Quinientos, entonces —ofreció Marco—. Pero ahora mismo.

—Debe de ser un timo —dijo Maitland—. Si no, no tendría tantas ansias por cerrar la venta.

La sonrisa de Marco volvió a expandirse.

—Por el contrario, señor. Si estuviera intentando timarle no le quepa duda de que no me movería del precio ofertado. Pero deseo deshacerme rápidamente de la calavera.

—¿Por qué?

Por vez primera durante la conversación, el pequeño y grueso Marco vaciló. Giró la calavera en las manos y la colocó sobre la mesa. A Maitland le dio la impresión de que Marco evitaba mirarla cuando respondió.

—No lo sé exactamente. Es sólo que no me apetece tener un objeto como éste. Me dispara la imaginación. Una pena, ¿verdad?

—¿Le dispara la imaginación?

—Empiezo a imaginarme que me siguen. Por supuesto, no son más que tonterías, pero…

—Empieza a imaginar que le sigue la policía, de eso no hay duda —le acusó Maitland—. Porque ha robado la calavera. ¿No es así, Marco?

Marco ocultó la mirada.

—No —Farfulló—. No es eso. Pero no me gustan las calaveras… no es mi idea de objeto decorativo, se lo aseguro. Soy un poco aprensivo.

»Además, usted vive en esta casa enorme. Está seguro. Yo ahora vivo en Wapping. Estoy pasando una mala racha. Le vendo la calavera. Usted la guarda aquí con el resto de su colección, puede mirarla cuando le plazca… y el resto del tiempo se la quita de en medio para que no le moleste. Así yo no la tendré rodando por mi humilde morada. De hecho, cuando la venda, pienso vaciar las habitaciones y mudarme a un alojamiento decente. Por eso quiero deshacerme de ella en realidad. Por quinientas libras, dinero en mano.

Maitland vaciló.

—Debo meditarlo —afirmó—. Dome su dirección. Si finalmente me decido a comprar, iré mañana con el dinero. ¿Le parece justo?

—Muy bien —suspiró Marco.

A continuación, sacó un sucio trozo de lápiz y arrancó un nozo de papel de uno de los envoltorios que habían caído al suelo.

—Aquí tiene la dirección —dijo.

Maitland se metió en el bolsillo la nota mientras Marco envolvía de nuevo la calavera con papel de aluminio. Lo hizo con movimientos rápidos, como si deseara ocultar cuanto antes los dientes brillantes y las oquedades de los ojos. Después envolvió el papel de aluminio con el papel de carnicero, cogió su abrigo con una mano y el bulto redondo con la otra.

—Le espero mañana —dijo—. Y, por cierto, tenga cuidado cuando abra la puerta. Ahora tengo un perro guardián, una bestia salvaje. Podría hacerle pedazos a usted o a cualquiera que intente llevarse la calavera del marqués de Sade.

III

Maitland tenía la impresión de que habían apretado demasiado sus araduras. Sabía que los hombres enmascarados estaban a punto de darle una paliza, pero no enrendía por qué le habían amarrado las muñecas con cadenas de acero.

Sólo cuando sostuvieron los atizadores metálicos sobre el fuego comprendió la razón… sólo cuando levantaron las barras candentes por encima de sus cabezas fue consciente de por qué le habían encadenado.

Porque, al primer feroz beso del latigazo, Maitland no pestañeó… se convulsionó. Su cuerpo, lacerado por el terrible golpe, describió un arco. Atado con correas habría liberado las manos tras el estímulo del insoportable tormento. Pero las cadenas de hierro aguantaron y Maitland apretó los dientes al tiempo que los dos hombres vestidos de negro lo fustigaban con fuego vivo.

Los contornos de la mazmorra se emborronaron y el dolor de Maitland también se emborronó. Se sumergió en una oscuridad que sólo fue rota por la consciencia del ritmo… el ritmo del metal salvaje y candente que descendía sobre su espalda desnuda.

Cuando recobró el sentido, Maitland supo que los golpes habían acabado. Los hombres de negro, silenciosos y ocultos tras máscaras, se inclinaban ahora sobre él para abrir los grilletes. Lo incorporaron con cuidado y lo condujeron lentamente por la mazmorra hacia el gran cofre metálico.

¿Cofre? No era un cofre. Los cofres no suelen estar colocados en posición vertical y abiertos. Los cofres no tienen en las tapas el relieve de los rasgos grabados del rostro de una mujer.

Los cofres no tienen pinchos metálicos en su interior.

El reconocimiento llegó al mismo tiempo que el horror.

¡Esa era la Dama de Hierro!

Los hombres enmascarados eran fuertes. Lo arrastraron hacia delante y lo empujaron a las profundidades de la gran matriz de metal para torturas. Le amarraron las muñecas y los tobillos con grilletes. Maitland comprendió entonces lo que le esperaba.

Cerrarían la tapa sobre él. Luego, girando una manivela, las paredes se estrecharían… poco a poco, mientras los pinchos penetraban en su cuerpo. Porque el interior de la Dama de Hierro estaba tachonado de crueles puntas, firmes y afiladas, según el ingenio de los malditos.

Las puntas más largas serían las primeras en clavársele al descender la tapa. Esas puntas estaban situadas de manera que atravesarían las muñecas y los tobillos. El quedaría así crucificado mientras la tapa continuaba su inexorable descenso. Unas puntas más cortas penetrarían a continuación los muslos, los hombros y los brazos. Luego, mientras forcejeaba, en agonizante empalamiento, la tapa presionaría aún más, hasta que las puntas más pequeñas se acercaran lo suficiente para penetrar los ojos, la garganta y, misericordiosamente, el corazón y el cerebro.

Maitland gritó, pero el sonido apenas sirvió para reventarle los tímpanos al tiempo que la tapa se cerraba. El metal oxidado chirrió y luego se escuchó un ruido más siniestro de maquinaria. Estaban girando la manivela, moviendo las hileras de pinchos cada vez más cerca de su cuerpo atenazado…

Maitland tensó el cuerpo en la oscuridad a la espera del primer beso penetrante de la Dama de Hierro.

Entonces, y sólo entonces, se dio cuenta de que no estaba solo allí en la oscuridad.

¡No había puntas de hierro en la tapa! En su lugar, una figura se perfiló en la superficie de hierro interior. A medida que la rapa descendía, simplemente la figura se aproximaba al cuerpo de Maitland.

La figura no se movía, ni siquiera respiraba. Descansaba contra la superficie y, cuando la tapa se movió hacia delante, Maitland sintió la presión de carne fría y extraña contra la suya propia. Los brazos y piernas se unieron en un abrazo inconsciente, pero aun así la tapa continuó avanzando y presionando aquella figura sin vida contra él. Estaba a oscuras, pero ahora podía ver la cara que se cernía a menos de dos centímetros de. sus ojos. El rostro era blanco fosforescente. Y el rostro… *¡no era un rostro!*

Y entonces, mientras aquel cuerpo se aferraba a su cuerpo en la oscuridad y aquella cabeza tocaba su cabeza, y los labios de Maitland presionaban el espacio donde deberían estar los otros labios, se enfrentó al terror definitivo.

El rostro no era un rostro, ¡era la calavera del marqués de Sade!

El peso del olor a podredumbre de matadero ahogó a Maitland, que volvió a caer en la oscuridad mientras el obsceno recuerdo le perseguía hasta el olvido total.

Pero incluso el olvido tiene un final y Maitland volvió a despertarse. Eos enmascarados lo habían soltado y ahora estaban reanimándole. Estaba echado sobre unos tablones y miró hacia las puertas abiertas de la Dama de Hierro. Sintió un extraño alivio al ver que el interior estaba vacío. No había ninguna figura en el interior de la tapa. Tal vez no había habido en realidad ninguna figura.

La tortura trastoca la mente humana. Pero ahora la necesitaba. Podía ver que la extremada atención que mostraban los hombres de negro era fingida. Le habían sometido a aquel trauma por extrañas razones y había salido de todo ello sin un rasguño.

Le ungieron la espalda, le ayudaron a ponerse de pie y le sacaron de la mazmorra. En el largo pasillo que había más allá, Maitland vio un espejo. Le guiaron hasta él.

¿Le había cambiado la tortura? Durante unos segundos, temió mirar en el espejo.

Pero le sujetaron frente al espejo y pudo contemplar su imagen reflejada… Maitland observó su cuerpo tembloroso, ¡sobre el cual se posaba la funesta y seria calavera del marqués de Sade!

IV

Maitland no reveló a nadie su sueño, pero no perdió tiempo en comentar la visita y la oferta de Marco.

Su confidente era un viejo amigo y compañero coleccionista, sir

Fitzhugh Kissroy. A la tarde siguiente, sentado en el cómodo estudio de sir Fitzhugh, le relató rápidamente los detalles pertinentes.

El brillante Kissroy de barba pelirroja le escuchó en silencio.

—Naturalmente, quiero esa calavera —concluyó Maitland—, pero no puedo entender por qué Marco está tan desesperado por deshacerse de ella cuanto antes. Además, tengo muchas dudas sobre su autenticidad. Así que me preguntaba… ya que eres un experto, Fitzhugh, ¿te gustaría ir a visitar a Marco conmigo y examinar la calavera?

Sir Fitzhugh se rio y sacudió la cabeza.

—No hace falta examinarla —declaró—. Estoy seguro de que la calavera, tal como la describes, es la del marqués de Sade. Parece completamente genuina.

Maitland lo miró con la boca abierta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó.

Sir Fitzhugh sonrió complacido.

—Porque, mi querido amigo… ¡esa calavera me la tobaron a mí!

—¿Qué?

—Así es. Hace unos diez días, un merodeador se metió en la biblioteca por los ventanales que dan al jardín. Nadie del servicio se percató de ello y se largó de noche con la calavera.

Maitland se levantó.

—Increíble —murmuró—. Pero, por supuesto, ahora tendrás que venir. Identificaremos tu propiedad, liaremos que Marco se enfrente a los hechos y recobraremos la calavera de inmediato.

—Nada de eso —contestó sir Fitzhugh—. Estoy encantado de que hayan robado la calavera. Y te aconsejo que te mantengas alejado de ella.

»No denuncie el robo a la policía y no tengo intención de hacerlo. Porque esa calavera trae… mala suerte.

—¿Mala suerte? —Maitland miró a su huésped—. ¿Tú, con tu colección de momias egipcias malditas, me dices eso? Nunca diste pábulo a toda esa palabrería supersticiosa,

—Exactamente. Por lo tamo, cuando te digo que creo sinceramente que esa calavera es peligrosa, debes tener fe en mis palabras.

Maitland reflexionó. Se preguntó si sir Fitzhugh habría experimentado los mismos sueños que le atormentaron a él mismo después de ver la calavera. ¿Había algún aura asociativa en aquella reliquia? Y, si era así, eso tan sólo aumentaba la peculiar fascinación ejercida por la adusta calavera del marques de Sade.

No te entiendo en absoluto —declaró—. Habría jurado que no podrías esperar ni un segundo en recuperar esa calavera.

—Quizás no soy el único que no puede esperar —murmuró sir Fitzhugh.

—¿A qué te refieres?

—Ya conoces la historia de Sade. Conoces el poder de fascinación morbosa que tales genios malignos ejercen en la imaginación de los hombres. Tú mismo sientes esa fascinación; por eso quieres la calavera.

»Pero tú eres una persona normal, Maitland. Quieres comprar la calavera y guardarla junto a ni colección de objetos eróticos. Una persona anormal tal vez no piense en comprarla. Podría querer robarla… o incluso matar a su propietario para poseerla. En concreto, si lo que desea hacer es algo más que poseerla, por ejemplo, si quiere *venerarla*.

La voz de sir Fitzhugh bajó hasta convertirse en un susurro:

—No estoy intentando asustarte, amigo mío —prosiguió—. Pero conozco la historia de esa calavera. Durante los últimos cien años ha pasado de mano

en mano por muchos hombres. Algunos eran coleccionistas y cuerdos. Otros eran miembros pervertidos de cultos secretos, adoradores del dolor, devotos de la Magia Negra. Algunos han muerto intentando conseguir esa espeluznante reliquia, y otros han sido… *sacrificados* por ella.

»Por azar, llegó a mí hace unos seis meses. Un hombre como tu amigo Marco me la ofreció. No por mil libras, ni quinientas. Me la regaló porque le causaba auténtico terror.

»Por supuesto, me reí de tales ideas, al igual que tú ahora te estás riendo de las mías. Pero durante los seis meses que he tenido la calavera en mi poder he sufrido.

»He padecido extraños sueños. Simplemente mirar el rictus grave y artificial es suficiente para provocar pesadillas. ¿No has sentido que emanaba algo de esa cosa? Dicen que Sade no estaba loco… y les creo. Era mucho peor; estaba *poseído*. Hay algo *inhumano* en esa calavera. Algo que atrae a otros, hombres vivos cuyas calaveras esconden una característica bestial que es también no-humana o inhumana.

»Y he tenido que enfrentarme con algo más que mis sueños. Me llegaron llamadas de teléfono y cartas misteriosas. Algunos sirvientes han informado sobre merodeadores nocturnos por los alrededores.

—Probablemente no sean más que ladrones normales, como Marco, en busca de objetos valiosos —comentó Maitland.

—No —dijo sir Fitzhugh con un suspiro—. Esos desconocidos merodeadores hicieron algo más que intentar robar la calavera. *¡Entraron en mi casa de noche y la adoraron!*

»¡Y estoy completamente convencido de este asunto, re lo aseguro! Guardé la calavera en una vitrina de cristal en la biblioteca. Con frecuencia, cuando iba allí para echarle un vistazo por las mañanas, descubría que había sido movida durante la noche.

»Sí, movida. A veces la vitrina estaba hecha añicos y la calavera encima de la mesa. En una ocasión la encontré en el suelo.

»Por supuesto, interrogué a los sirvientes. Sus coartadas eran perfectas. Era obra de alguien de fuera que probablemente temía poseer del todo la calavera, pero que aun así necesitaba acceder a ella de vez en cuando para practicar algún rilo abominable y pervertido.

»¡Entraban en mi casa, te lo aseguro, y adoraban a esa repugnante calavera! Y cuando la robaron, yo me sentí muy contento… muy, muy contento.

»Lo único que puedo decirte es que re mantengas alejado de todo esto. ¡No vayas a ver al tal Marco y no te impliques más con esa maldita reliquia de cementerio!

Maitland asintió.

—Muy bien —dijo—. Te agradezco la advertencia.

Dejó a sir Fitzhugh poco después.

Media hora más tarde subía las escaleras del destartalado ático de Marco.

V

Subió las escaleras hasta la habitación de Marco… escaló los quejumbrosos escalones del alojamiento desvencijado en el Soho y escuchó los latidos curiosamente amortiguados de su propio corazón.

Pero no por mucho tiempo. Un repentino aullido resonó desde el descansillo superior y Maitland subió los últimos peldaños con una urgencia demente.

La puerta de la habitación de Marco estaba cerrada con llave, pero los sonidos que salían del interior llevaron a Maitland a tomar medidas desesperadas.

Las advertencias de sir Fitzhugh le habían convencido para llevar consigo su revólver de reglamento en esta misión; ahora lo desenfundó y voló la cerradura de un disparo.

Maitland abrió la puerta de par en par justo cuando los aullidos alcanzaron el definitivo y demente crescendo. Irrumpió en el cuarto y luego se cubrió para protegerse.

Algo salió despedido hacia él desde el suelo; algo se abalanzó a su garganta.

Maitland levantó el revólver y disparó a ciegas.

Durante unos segundos su visión se empañó y sus oídos ensordecieron. Cuando se recuperó, estaba medio arrodillado en el suelo ante la entrada. Una silueta peluda y grande yacía a sus pies. Maitland reconoció entonces el cadáver de un perro guardián gigantesco.

De repente, recordó la referencia que hizo Marco al animal. ¡Así que eso lo explicaba todo! El perro había aullado y le había atacado. Pero… ¿por qué?

Maitland se levantó y entró en el sórdido dormitorio. Todavía ascendía la voluta de humo de los disparos. Volvió a posar la mirada en el animal y advirtió entonces los brillantes colmillos amarillentos en el rictus sonriente incluso en la muerte. Luego, echó un vistazo a su alrededor, al mobiliario barato, al escritorio desordenado, a la cama deshecha…

La cama deshecha en la que yacía Marco con la garganta desgarrada en un rosario rojo de muerte.

Maitland observó el cuerpo del hombrecillo regordete y sintió un escalofrío.

Entonces vio la calavera. Estaba apoyada sobre la almohada junto a la cabeza de Marco: un siniestro compañero de cama que parecía mirar curiosamente al cadáver con una expresión de fantasmal *camaradería*. La sangre había salpicado los pómulos vacíos, pero incluso bajo aquellas manchas sangrientas, Maitland pudo ver la peculiar solemnidad del cráneo.

Por primera vez sintió en toda su extensión el aura de maldad que envolvía la calavera de Sade. Se podía palpar en aquella habitación devastada; se podía palpar, al igual que la presencia de la propia muerte. La calavera parecía brillar con una fosforescencia real de casa de los horrores.

Maitland sabía ahora que su amigo le había dicho la verdad. Aquel terror óseo poseía un terrible magnetismo inherente… un genuino Elixir de Muerte que manipulaba y acosaba las mentes de los hombres… y los animales.

Debió de ocurrir de esa manera. El perro, enloquecido por un ansia asesina, finalmente había atacado a Marco mientras dormía, y lo había destrozado. Luego, intentó atacar a Maitland cuando entró. Y durante ese tiempo, la calavera había estado observándolo todo; observando y regodeándose exactamente igual que Sade se habría regodeado si sus ojos azules claros hubieran pestañeado en aquellas oscuras cuencas.

Quizás, en algún lugar dentro de aquel cráneo, los restos marchitos de su cruel cerebro todavía estaban sensibilizados ame el terror. La fuerza magnética que concentraba ejercía una fuerte atracción en Maitland, a pesar de lo que ya sabía.

Por eso, Maitland, empujado por una compulsión que no era capaz de explicar, y que tampoco pretendió justificar, se agachó y agarró la calavera. La sostuvo durante un largo rato en la clásica pose de Hamlet.

Luego salió de aquella habitación, para siempre… portando el cráneo en sus manos.

El miedo cabalgaba sobre los hombros de Maitland mientras se apresuraba por las calles en penumbra. El miedo le susurraba extrañamente al oído, advirtiéndole de que se diera prisa, no fueran a encontrar el cadáver de Marco y salieran tras él.

El miedo le llevó a entrar en su propia casa por una puerta lateral y dirigirse directamente a sus aposentos para que nadie pudiera ver la calavera

que escondía bajo el abrigo.

El miedo fue el compañero de Maitland toda aquella noche. Se quedó allí sentado, observando la calavera sobre la mesa y estremecido por la repulsión que le provocaba.

Sir Fitzhugh tenía razón, lo sabía. De aquella calavera y el negro cerebro en su interior manaba una influencia malsana. Había hecho que Maitland desoyera las prudentes advertencias de su amigo… también que Maitland robara la calavera a aquel hombre muerto… y que ahora se escondiera en aquel cuarto solitario.

Debería llamar a las autoridades, lo sabía. Aún mejor, debería deshacerse de la calavera. Donarla, tirarla a la basura y librar al mundo de aquello para siempre. Había algo desconcertante en aquel maldito objeto… algo que no llegaba a comprender.

Porque, sabiendo todas estas verdades, todavía deseaba poseer la calavera del marqués de Sade. Se producía un encantamiento maligno, la vileza durmiente en el alma de los hombres despertaba y reaccionaba a la lujuria despreciable que manaba en oleadas de la calavera.

Observó detenidamente la calavera, le recorrió un escalofrío… pero sabía que no podría renunciar a ella. Y tampoco tenía fuerzas para destruirla. Tal vez poseerla le llevara finalmente a la locura. La calavera incitaría a otros a cometer indescriptibles excesos.

Maitland reflexionó y meditó en busca de una solución para aquel objeto impasible que le miraba con la terquedad de la muerte.

Se hizo tarde. Maitland bebía vino y caminaba de un lado a otro de la estancia. Estaba agotado. Tal vez por la mañana podría analizar la situación y llegar a una conclusión lógica y sensata.

Sí, estaba alterado. Las extrañas insinuaciones de sir Fitzhugh le habían trastornado, y los espantosos sucesos acaecidos a última hora de la tarde le habían sacado de quicio.

No tenía sentido dar pábulo a estúpidas imaginaciones sobre la calavera del loco marqués… lo mejor era descansar.

Se tumbó en la cama. Alargó el brazo para pulsar el interruptor y apagó la luz. Los rayos de la luna se filtraron por la ventana y buscaron la calavera sobre la mesa, envolviéndola con una luminosidad inquietante. Volvió a examinar las mandíbulas que, aunque debieran, no sonreían.

Luego, cerró los ojos e hizo un esfuerzo por quedarse dormido. Por la mañana llamaría a sir Fitzhugh, le confesaría todo y entregaría la calavera a las autoridades.

Su maligna carrera (real o imaginaria) llegaría a su fin. Pues que así fuera.

Maitland cayó en un profundo sueño. Antes de dormirse, intentó prestar atención a algo… algo desconcertante… la misma impresión que tuvo al contemplar el cuerpo del perro guardián en la habitación de Marco. La forma en la que brillaban sus colmillos.

Sí. Eso era. No había visto sangre en el hocico del perro guardián. Extraño. Porque el perro guardián había degollado a Marco. Nada de sangre… ¿cómo podía ser?

Bueno, mejor sería dejar ese tema para la mañana, también…

Mientras dormía, Maitland tuvo la sensación de ser consciente de que soñaba. Y que en su sueño abría los ojos y parpadeaba a la brillante luz de la luna. Dirigió la mirada a la mesa y vio que la calavera ya no reposaba sobre la superficie.

Eso también era curioso. Nadie había entrado en el cuarto, o él se habría despertado.

Si no hubiera estado seguro de que estaba soñando, Maitland se habría sobresaltado aterrorizado al ver el rayo de luna en el suelo… el rayo de luna que alumbraba la calavera rodando.

Giraba una y otra vez, y su rostro huesudo permanecía más impasible que nunca. Con cada vuelta se aproximaba más a la cama.

Maitland casi llegaba a oír el golpeteo de la calavera cuando rodó sobre el suelo desnudo a los pies de la cama. Luego tuvo lugar la grotesca progresión tan típica de las fantasías nocturnas. ¡La calavera ascendió por el lateral de la cama!

Con los dientes, se agarró a la esquina que colgaba de la sábana, y el cráneo, literalmente, se impulsó hacia fuera y arriba, balanceando la sábana en un arco y aterrizando en la cama a los pies de Maitland.

La escena era tan vívida que pudo sentir el golpe al impactar en el colchón. Las sensaciones táctiles continuaron y Maitland sintió que la calavera rodaba por la colcha. Subió hasta su cintura y luego se aproximó a su pecho.

Maitland vio entonces los rasgos óseos a la luz de la luna, apenas a unos quince centímetros de su cuello. Sintió un peso frío sobre la garganta. Ahora la calavera comenzó a moverse.

Entonces se dio cuenta de que estaba atrapado en la peor de las pesadillas y luchó por despertarse antes de que el sueño continuara.

Un grito ascendió por su garganta… pero no llegó a brotar de ella. Porque la garganta de Maitland fue cercenada por dientes que ya se aprestaban a masticar: unos dientes que se hundieron en el cuello con toda la fuerza de una mandíbula humana en movimiento.

La calavera cercenó la yugular de Maitland con cruel celeridad. Se escuchó un gemido, un gorgoteo y, a continuación, ningún otro sonido.

Un rato más tarde la calavera se enderezó sobre el pecho de Maitland.

El pecho de Maitland ya no se movía y la calavera permaneció allí con una curiosa apariencia de satisfecho reposo.

La luna iluminó el cráneo y reveló una circunstancia de lo más curiosa. Era un detalle sin importancia, pero que de alguna manera parecía encajar… dada la situación.

Reposando sobre el pecho del hombre al que había asesinado, la calavera del marqués de Sade ya no tenía un rictus impasible. Sus rasgos ahora mostraban una indiscutible e inequívoca sonrisa *sádica*.

Richard Matheson

Un fenómeno concomitante con las transformaciones que dieron lugar a la aparición y consolidación del horror moderno en las pantallas es el que representan ciertas series de la televisión estadounidense, que a finales de los años 50 y sobre todo durante la década siguiente metieron el terror, la ciencia ficción y el suspense en la sala de estar familiar, a través de la pequeña y diabólica magia catódica del televisor. De entre todas ellas, una destaca no tanto por su éxito como por su ingenio, estilo e imaginación: *The Twilight Zone*, conocida en España primero como *Dimensión desconocida* y posteriormente como *En los límites de la realidad*, creada por el también escritor y genio televisivo Rod Serling, cada uno de cuyos episodios constituía una breve e impactante historia de ciencia ficción, terror o fantasía, y a veces todo al mismo tiempo. Aunque conocería al menos dos resurrecciones, la primera a mediados de los años 80, consecuencia del éxito de su adaptación cinematográfica en 1983, y la más reciente a comienzos de la década de 2000, cuando se emitió por vez primera entre 1959 y 1964, su impacto popular y mediático fue incalculable, ya que no se limitó a suscitar imitaciones incontables tanto en televisión como en radio, influyendo incluso en la moda de los filmes de terror compuestos por varios episodios, que abundaron entre los años 60 y 70, sino que dio un empuje definitivo a la modernización de los temas, personajes y arquetipos del género, introduciéndolos en el mundo contemporáneo, presentando protagonistas normales y corrientes a quienes ocurrían sucesos terribles o fantásticos, pero dentro siempre de la más desarmante realidad cotidiana. Aunque la mayoría de los episodios fueron escritos por el propio Rod Serling, algunos adaptaban historias aparecidas antes en los *pulps* clásicos de ciencia ficción y terror adorados por éste desde su infancia, y otros fueron creados por escritores como Charles Beaumont o… Richard Matheson.

Richard Matheson (1926-2013) es otro de esos personajes indispensables para el horror moderno, en cuya obra, canco literaria como destinada a la pantalla, se encuentra el germen y desarrollo de muchas de las tendencias y

derivas características del género en el fin de siglo. El propio George A. Romero reconoció a menudo que parte de la idea de *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*, 1968) surgió de la novela *Soy leyenda*, el gran clásico de la ciencia ficción vampírica y apocalíptica publicado originalmente en 1954, a su vez llevado a la pantalla en al menos cuatro ocasiones, no siendo pocas las obras de Matheson filmadas con mayor o menor fortuna, destacando *El increíble hombre menguante* (*The Incredible Shrinking Man*. Jack Arnold, 1957), *La leyenda de la mansión del infierno* (*The Legend of Hell House*. John Hough, 1973), los *thrillers* europeos *Los compañeros del diablo* (*De la part des copains*. Terence Young, 1970) y *Los senos de hielo* (*Les seins de glace*. Georges Lautner, 1974), o la más reciente *El último escalón* (*Stir of Echoes*. David Koepp, 1999), por citar algunas. Pero el caso de Matheson, como el de su admirado Bloch, es el de alguien íntima mente asociado también a Hollywood, como demuestra su trabajo en los años 60 para Roger Corman, adaptando la obra de Edgar Allan Poe en una serie de míticos melodramas góticos de horror que supusieron el último aliento del género clásico, teñido ya de erotismo, tremendismo y color, a mayor gloria de estrellas como Vincent Price, Boris Karloff, Peter Lorre o Basil Rathbone; guiones originales como el de la televisiva *El diablo sobre ruedas* (*Duel*. Steven Spielberg, 1971) e infinitas colaboraciones con grandes y pequeños estudios de cine y televisión, que cristalizarían en películas como *Arde, bruja, arde* (*Night of the Eagle*. Sidney Hayers, 1962), con guion coescrito junto a su colega Charles Beaumont y basado en la novela de Fritz Leiber Jr. *Esposa hechicera*, o *La novia del diablo* (*The Devil's Ride Out*. Terence Fisher, 1968), su adaptación de la novela original de Dennis Wheatley para la británica Hammer Films, además de en incontables episodios de series como *Galería nocturna, Rumbo a lo desconocido* (*The Outer Limits*),

Cuentos asombrosos (*Amazing Stories*), *Viaje a lo desconocido, Tensión* (*Thriller*), *La hora de Alfred Hitchcock, Ghost Story, Crónicas marcianas*, varios telefilmes escritos para Dan Curtis e incluso la más moderna *Masters of Horror*, por citar sólo aquellas dentro de nuestro genero. Y, por supuesto, su colaboración en *The Twilight Zone* que incluye, precisamente, la historia que presentamos aquí.

"Pesadilla a 20.000 pies", fue publicado por primera vez dentro de la antología de Matheson *Alone in the Night*, en 1961, y tan solo dos años después su adaptación televisiva dentro de la serie de Rod Serling, emitida el 11 de octubre de 1963, se convirtió de inmediato en uno de los episodios

favoritos de todos sus seguidores, y fue también elegida para formar parte de la esperada versión cinematográfica que rendiría homenaje a la serie, estrenada en nuestro país como *En los límites de la realidad* (*Twilight Zone: The Movie*, 1983). Sin entrar en la crónica negra del rodaje de esta película tan memorable como maldita —para más detalles remito al lector a las páginas que le dedico en mi libro *Hollywood Maldito* (Valdemar, 2015)—, sí resulta pertinente añadir que el fragmento que adapta nuevamente el relato de Matheson, firmado por el australiano George Miller y protagonizado por un estupendo John Lithgow, es posiblemente el mejor del largometraje, lo que no es decir poco si pensamos que el resto de episodios fueron dirigidos por John Landis, Joe Dante y Spielberg. No es extraño en absoluto que tanto el original como su *remake* gocen todavía hoy de inmensa popularidad y constituyan un grato recuerdo para todos los aficionados, ya que el cuento mismo de Matheson es un ejemplo impecable de las virtudes tanto de su autor como de la serie de Serling, y responde a esas características que describimos más arriba, gracias a las cuales los temas e incluso los monstruos o personajes sobrenaturales del género clásico entraron en la modernidad de la mano del sentido del humor, la ironía y, sobre rodo, de una aplastante contemporaneidad en su tratamiento literario, que los inscribe, como aquí a ese siniestro y malévolo *gremlin* aéreo de pesadilla, en la más estricta normalidad, lo que King llevará, con posterioridad, hasta sus últimas consecuencias.

Matheson, fallecido todavía no hace mucho, fue uno de los grandes maestros del terror, quien cultivó además la práctica totalidad del espectro de la literatura de imaginación, del *thriller* y la serie negra a la fantasía romántica y la ciencia ficción, siendo su papel en el genero y en su irreversible proceso de modernización fundamental y nunca suficientemente bien ponderado. Como curiosidad final, reseñar que la novelización de *En los límites de la realidad*, que incluye por supuesto su propio *remake* del relato de Matheson, corrió a cargo de… Robert Bloch.

PESADILLA A 20.000 PIES[1]

—Los cinturones, por favor —dijo animadamente la azafata al pasar a su lado.

Casi al mismo tiempo que lo dijo, el rótulo sobre el arco de la entrada que comunicaba con el compartimento delantero se iluminó —ABRÓCHENSE LOS CINTURONES— con su correspondiente advertencia inferior: NO FUMAR. Wilson tomó una bocanada profunda y la exhaló a borbotones, y luego espachurró el cigarrillo sobre el cenicero del reposabrazos con un gesto irritado, como si estuviera dando puñaladas.

Fuera, uno de los motores tosió monstruosamente, vomitando una nube de vapores que se fragmentó en la atmósfera nocturna. El fuselaje empezó a temblar y Wilson, echando un vistazo por la ventana, vio la emisión de llamas surgiendo de la barquilla del motor. El segundo motor tosió, luego rugió, su turbina convertida instantáneamente en un borrón de revoluciones. Con tensa docilidad, Wilson se abrochó el cinturón sobre el regazo.

Ya estaban funcionando todos los motores, y la cabeza de Wilson palpitaba al unísono con el fuselaje. Permaneció muy rígido, mirando el asiento que tenía delante, mientras el DC-7 rodaba sobre la plataforma de estacionamiento, calentando la noche con el atronador estallido de sus escapes.

Se detuvo al borde de la pista de despegue. Wilson observó a través de la ventana el inmenso resplandor de la terminal. Pensó que a última hura de la mañana, duchado y vestido con ropa limpia, estaría sentado en el despacho de otro contacto, discutiendo otro negocio dudoso, cuyo resultado neto no añadiría ni una pizca de sentido a la historia de la humanidad. Era todo tan condenadamente…

Wilson tragó saliva cuando los motores empezaron su carrera de calentamiento previa al despegue. El sonido, que ya era fuerte, se volvió ensordecedor; oleadas de sonido que chocaban contra los oídos de Wilson como bastonazos. Abrió la boca como para dejar que se derramaran. Sus ojos se vidriaron como los de un hombre enfermo, sus manos se apretaron un garras tensas.

Dio un respingo, retrayendo las piernas, al sentir que le tocaban el brazo. Aparrando la cabeza de golpe, vio a la azafata que le había recibido en la puerta. Le estaba sonriendo.

—¿Se encuentra bien? apenas consiguió distinguir sus palabras.

Wilson apretó los labios y agitó la mano ante ella como si quisiera espantarla. Su sonrisa centelleó con un resplandor excesivo, y luego se extinguió cuando se dio la vuelta y se alejó.

El avión empezó a moverse. Al principio de forma letárgica, como un coloso que se esforzara por levantar la carga de su propio peso. Luego con más velocidad, sacudiéndose la resistencia de la fricción. Wilson, volviéndose a la ventanilla, vio la pista oscura corriendo a su lado cada vez más rápido. Se produjo un gemido mecánico en el extremo del ala cuando bajaron los alerones. Entonces, de forma imperceptible, las ruedas gigantescas comenzaron a perder contacto con el suelo, y la tierra empezó a quedarse atrás. Debajo, centellearon los árboles, los edificios, las flechas de mercurio de los faros de los coches. El DC-7 se escoró lentamente a la derecha, elevándose hacia el resplandor gélido de las estrellas.

Por fin se enderezó, y los motores parecieron detenerse hasta que el oído de Wilson, al ajustarse, captó el murmullo de su velocidad de crucero. Un momento de alivio liberó sus músculos, transmitiéndole cierta sensación de bienestar. Luego pasó. Wilson permaneció sentado e inmóvil, mirando el cartel de PROHIBIDO FUMAR hasta que se apagó con un parpadeo, y entonces encendió un cigarrillo rápidamente. Rebuscó en la bolsa trasera del asiento que tenía delante y sacó su periódico.

Como de costumbre, el mundo se encontraba en un estado similar al suyo. Fricciones en círculos diplomáticos, terremotos y tiroteos, asesinaros, violaciones, tornados y colisiones, conflictos económicos, crimen organizado. Dios está en el Cielo y todo está en paz en la Tierra, pensó Arthur Jeffrey Wilson.

Quince minutos después, abandonó el periódico. Tenía el estómago fatal. Echó un vistazo al cartel de los dos lavabos. Ambos, iluminados, decían OCUPADO. Sacó su tercer cigarrillo desde el despegue y, apagando la luz de arriba, miró a través de la ventanilla.

A lo largo de toda la cabina, la gente ya estaba apagando las luces y reclinando los asientos para dormir. Wilson miró su reloj. Las once y veinte. Resopló cansinamente. Como se temía, las píldoras que había tomado antes de embarcar no le habían hecho el menor bien.

Se levantó bruscamente cuando la mujer salió del lavabo. Agarró su bolsa y avanzó por el pasillo.

Como era de esperar, su organismo no estaba cooperando. Wilson se levantó con un gemido de cansancio y se ajustó las ropas. Tras lavarse las manos y la cara, sacó el juego de aseo de la bolsa y exprimió un hilo de pasta sobre su cepillo de dientes.

Mientras se cepillaba, con una mano agarrada a la mampara para sujetarse, echó un vistazo a través de la portilla. A unos metros de distancia estaba el azul pálido de la hélice interior. Wilson visualizó lo que ocurriría si se soltara y, como un cuchillo de carnicero de tres hojas, viniera dando vueltas hacia él.

Se produjo un encogimiento repentino en su estómago. Wilson tragó instintivamente, y un poco de saliva con sabor a dentífrico bajó por su garganta. Boqueando, se volvió y escupió en la pila, y luego, apresuradamente, se lavó la boca y bebió un trago. Santo Ciclo, ojalá hubiera podido ir en tren. Tendría su propio compartimento, daría un paseo ocasional hasta el vagón cafetería, se sentaría en un sillón con una bebida y una revista. Pero en este mundo no disponía de tanto tiempo ni de tanta fortuna.

Estaba a punto de recoger el juego de aseo cuando su mirada se detuvo en el paquete de hule que llevaba en la bolsa. Vaciló; luego, dejando el pequeño maletín sobre la pila, sacó el paquete y lo abrió sobre su regazo.

Se quedó sentado, mirando la engrasada simetría de la pistola. Ya hacía casi un año que la llevaba encima. Al principio, cuando se le ocurrió, fue por el dinero que transportaba, para protegerse de un atraco, para estar a salvo de las pandillas juveniles de las ciudades que tenía que visitar. Pero, en el fondo, siempre había sabido que sólo había una razón válida. Una razón en la que pensaba todos los días. Qué sencillo sería… aquí, ahora…

Wilson cerró los ojos y tragó saliva rápidamente. Todavía podía saborear la pasta dentífrica en la boca, un leve picor de menta en flor. Se quedó sentado sobre el frío palpitante del inodoro, con el aceitoso revólver en las manos. Hasta que, de pronto, empezó a estremecerse de forma incontrolable. ¡Dios, déjame!, gritó su mente con brusquedad.

—Déjame, déjame —apenas reconoció el lloriqueo en sus oídos.

Bruscamente, Wilson se irguió en el asiento. Con los labios apretados, envolvió otra vez la pistola y la arrojó a la bolsa, puso la cartera encima y cerró la cremallera de la bolsa. Se levantó, abrió la puerta y salió al exterior, volvió apresuradamente a su plaza y se sentó, deslizando el bolso de viaje hasta su sitio exacto. Ajustó el regulador del reposabrazos y se reclinó hacia

atrás. Era un hombre de negocios y tenía negocios que hacer por la mañana. Así de sencillo. Su cuerpo necesitaba sueño, y él le daría sueño.

Veinte minutos después, Wilson se inclinó lentamente y apretó el botón, enderezando el asiento, su cara una máscara de derrota. ¿Por qué combatirlo?, pensó. Era obvio que iba a permanecer despierto. No había más que hablar.

Había terminado más de la mitad del crucigrama cuando dejó que el papel cayera sobre sus piernas. Sus ojos estaban demasiado cansados. Irguiéndose, giró los hombros, estirando los músculos de la espalda. ¿Ahora qué?, pensó. No quería leer, no podía dormir. Y todavía faltaban —comprobó su reloj— entre siete y ocho horas para llegar a Los Angeles. ¿Cómo iba a pasarlas? Echó un vistazo a la cabina y vio que, excepto un único pasajero en el compartimento delantero, todos estaban dormidos.

Una furia repentina y abrumadora le invadió. Quería chillar, tirar algo, golpear a alguien. Apretó los clientes con tanta rabia que le dolieron las mandíbulas, corrió las cortinillas con mano temblorosa y lanzó una mirada asesina a través de la ventana.

Fuera, vio las luces de las alas que parpadeaban encendiéndose y apagándose, y los relámpagos chillones del escape de las cubiertas de los motores. Ahí era donde estaba, pensó; a veinte mil pies sobre la tierra, atrapado en un cascarón aullante y mortal, atravesando la noche polar hacia…

Wilson dio una sacudida cuando un relámpago blanqueó el cielo, derramando su falso día sobre el ala. Tragó saliva. ¿Es que iba a haber tormenta? La idea de la lluvia y los fuertes vientos, del avión como una astilla en el mar del cielo, no era agradable. Wilson era mal pasajero de avión. El exceso de movimiento siempre le ponía malo. Tal vez debería haberse tomado otro par de dramaminas para asegurarse. Y, por supuesto, su asiento estaba al lado de la puerta de emergencia. Imaginó que se abría accidentalmente; imaginó que era absorbido fuera del avión y que caía, chillando.

Wilson pestañeó y agitó la cabeza. Sintió un leve cosquilleo en la nuca al pegarse a la ventanilla y mirar al exterior. Se quedó inmóvil, bizqueando. Podría haber jurado…

De pronto, los músculos de su estómago se sacudieron violentamente y forzó la vista. Había algo arrastrándose sobre el ala.

Wilson sintió un temblor repentino y nauseabundo en el estómago. Santo Cielo, ¿es que algún perro o algún gato se había subido al avión antes del despegue y había conseguido agarrarse de alguna forma? Era una idea escalofriante. El pobre animal estaría enloquecido por el terror. Sin embargo, ¿cómo habría podido encontrar algún asidero en la superficie bruñida y

barrida por el viento? Tenía que ser imposible. Puede que en realidad se tratara de un pájaro o…

El relámpago centelleó y Wilson vio que era un hombre.

No pudo reaccionar. Estupefacto, observó la figura negra arrastrándose sobre el ala. Imposible. En algún lugar, envuelta en capas de aturdimiento, una voz se lo decía, pero Wilson no la escuchó. De lo único que era consciente era del palpitar titánico y casi desgarrador de su corazón… y del hombre que había fuera.

De pronto, corno si le hubieran arrojado agua helada encima, se produjo una reacción; su mente saltó en busca del refugio de una explicación. Debido a algún descuido increíble, un mecánico había despegado con el avión y había conseguido aferrarse a él, aunque el viento le había arrancado las ropas, aunque el aire era escaso y casi gélido.

Wilson no se dio tiempo para contradecirse. Poniéndose en pie de un salto, gritó;

—¡Azafata! ¡Azafata!

Su voz fue un sonido hueco y repiqueteante en la cabina. Clavó el dedo en el timbre para llamarla.

—¡Azafata!

Llegó corriendo por el pasillo, su rostro tenso por la alarma. Cuando vio su mirada, se quedó paralizada.

—¡Hay un hombre ahí fuera! ¡Un hombre! —gritó Wilson.

—¿Qué? —La piel se estiró en sus mejillas, alrededor de sus ojos.

—¡Mire, mire! —con mano temblorosa, Wilson se dejó caer de nuevo sobre su asiento y señaló la ventanilla—: Está arrastrándose hacia…

Las palabras terminaron con un gorgoreo ahogado en su garganta. No había nada en el ala.

Wilson se quedó sentado, temblando. Durante un rato, antes de volverse, contempló el reflejo de la azafata en la ventanilla. Tenía una expresión vacía en el rostro.

Por fin, se volvió y la miró. Vio sus labios rojos separarse como si quisiera hablar, pero no dijo nada, sólo volvió a unir los labios y a tragar. Un intento de sonrisa distendió brevemente sus rasgos.

—Lo siento —dijo Wilson—. Debe de haber sido una…

Se detuvo como si hubiera terminado la frase. Al otro lado del pasillo una adolescente le miraba con la boca entreabierta, presa de una curiosidad soñolienta.

La azafata se aclaró la garganta.

—¿Necesita algo? —preguntó.

—Un vaso de agua —dijo Wilson.

La azafata se dio la vuelta y volvió por el pasillo.

Wilson tomó una honda bocanada de aire y se apartó del escrutinio de la jovencita. Se sentía como si no hubiera pasado nada. Eso era lo que más le desconcertaba. ¿Dónde estaban las visiones, los gritos, el golpear de puños sobre las sienes, el arrancarse los pelos?

Cerró bruscamente los ojos. Había un hombre, pensó. Había un hombre, de verdad. Por eso se sentía igual. Y sin embargo, no podía haberlo habido. Lo sabía con toda claridad.

Wilson permaneció sentado con los ojos cerrados, preguntándose que estaría haciendo en aquellos momentos Jacqueline si estuviera en el asiento de al lado. ¿Estaría en silencio, atónita, sin habla? ¿O estaría, de una manera más comprensiva, haciendo todo tipo de aspavientos, sonriendo, charlando, fingiendo que no lo había visto? ¿Qué pensarían sus hijos? Wilson sintió que un sollozo seco amenazaba con estallar en su pecho. Oh, Dios…

—Su agua, señor.

Con una sacudida, Wilson abrió los ojos.

—¿Quiere una manta? —preguntó la azafata.

—No —agitó la cabeza—. Gracias —añadió, preguntándose por qué estaba siendo tan educado.

—Si necesita cualquier cosa, sólo tiene que llamar —dijo.

Wilson asintió.

Detrás de él, mientras permanecía sentado con el vaso de agua sin tocar en la mano, oyó las voces ahogadas de la azafata y de uno de los pasajeros. Dolido, Wilson se puso tenso. Se inclinó bruscamente y, teniendo cuidado de no derramar el agua, sacó la bolsa de viaje. La abrió, extrajo la caja de somníferos y se tragó dos. Estrujó el vaso vacío, lo introdujo en el bolsillo del asiento que tenía delante, y luego, sin mirar, corrió las cortinillas. Ya está… se acabó. Una alucinación no significaba que estuviera loco.

Wilson se giró sobre el costado derecho e intentó mantenerse firme contra el movimiento entrecortado de la nave. Tenía que olvidarlo, eso era lo más importante. No podía seguir dándole vueltas. Inesperadamente, descubrió que una sonrisa irónica se formaba en sus labios. Bueno, por Dios, al menos nadie podría acusarle de tener alucinaciones vulgares. Cuando se ponía, lo hacía a lo grande. Un hombre desnudo arrastrándose sobre el ala de un DC-7 a veinte mil pies… era una fantasía digna del más noble de los lunáticos.

Su humor se esfumó rápidamente. Wilson sintió un escalofrío. Había sido tan clara, vivida. ¿Cómo habían podido ver sus ojos algo que no existía? ¿Cómo había podido lo que estaba en su mente hacer que el aero físico de ver sirviera a sus propósitos de una forma tan completa? No se sentía aturdido, ni mareado, ni había sido una visión amorfa y vaporosa. Había sido claramente tridimensional, había formado por completo parte de las cosas que veía y que sabía que eran reales. Eso era lo que le asustaba. No había tenido la menor cualidad onírica. Había mirado el ala y…

Con un impulso, Wilson retiró la cortinilla.

En el primer instante, no supo si sobreviviría. Parecía que todo el contenido de su pecho y de su estómago se estuviera hinchando horriblemente, el sobrante subiéndole por la garganta y la cabeza, ahogándole la respiración, apretándole los ojos. Prisionero en aquella masa hinchada, su corazón palpitó acongojado, amenazando con reventar su envoltorio mientras Wilson permanecía sentado, paralizado.

Apenas a un palmo, separado de él por el grosor de un trozo de cristal, el hombre le estaba mirando.

Era un rostro repugnantemente maligno, no era un rostro humano. Su piel era mugrienta, de una aspereza de anchos poros; la nariz era un bulto achatado y descolorido; los labios estaban deformes, agrietados, separados por dientes de un tamaño grotesco y forma retorcida; los ojos estaban hundidos y eran pequeños… y no parpadeaban. El conjunto estaba enmarcado por un pelo revuelto y sucio que brotaba también en tupidos mechones de los oídos y la nariz del hombre, como si fuera un pájaro, y que bajaba por sus mejillas.

Wilson se quedó clavado a su asiento, incapaz de dar respuesta. El tiempo se detuvo y perdió su significado. Todas las funciones y análisis cesaron. Todo se quedó paralizado en el hielo del estupor. Sólo continuó el latido del corazón, como un saltar frenético en la oscuridad. Wilson no era capaz ni de parpadear. Con los ojos abiertos, sin aliento, devolvía la mirada de la criatura.

Entonces, bruscamente, cerró los ojos y su mente, libre de la visión, se recompuso. No está ahí, pensó. Apretó los dientes, el aliento temblando en sus narices. No está ahí, sencillamente no está ahí.

Aferrando los reposabrazos con dedos que se volvían pálidos en los nudillos, Wilson fortaleció su ánimo. Ahí fuera no hay ningún hombre, se repitió. Era imposible que hubiera un hombre ahí fuera, agazapado en el ala, mirándole.

Abrió los ojos…

… y se encogió sobre el asiento con una bocanada de aire jadeante. El hombre no sólo seguía allí, sino que estaba sonriendo. Wilson cerró los dedos y se clavó las uñas en las palmas hasta que el dolor fue intenso. Siguió así hasta que no quedó duda alguna en su mente de que estaba completamente despierto.

Entonces, poco a poco, con el brazo tembloroso y entumecido, Wilson se estiró hacia el timbre para llamar a la azafata. No volvería a cometer el mismo error: gritar, levantarse de un salto, alarmar a la criatura para que huyera. Empezó a levantar lentamente el brazo, con un temblor horrorizado en los músculos porque el hombre le estaba observando, los ojuelos siguiendo el movimiento de su brazo.

Apretó el botón cautelosamente una, dos veces. Venga ahora, pensó. Venga ahora con sus ojos objetivos y vea lo que yo veo… Pero dese prisa.

Oyó cómo se retiraba una cortina en la parte posterior de la cabina y, de pronto, su cuerpo se puso rígido. El hombre había girado su monstruosa cabeza en aquella dirección. Paralizado, Wilson le miró. Aprisa, pensó. ¡Por amor de Dios, dese prisa!

Se acabó en un segundo. Los ojos del hombre volvieron a mirar a Wilson, en sus labios una sonrisa de astucia monstruosa. Luego, con un salto, desapareció.

—¿Qué desea?

Por un instante, Wilson sintió la angustia absoluta de la locura. Su mirada no dejaba de saltar del sitio donde había estado el hombre a la cara inquisitiva de la azafata, y así una y otra vez. De vuelta a la azafata, y otra vez al ala, y de nuevo a la azafata, el aliento contenido, los ojos desquiciados por el pavor.

—¿Qué ocurre? —preguntó la azafata.

Fue la mirada en su rostro la que lo provocó. Wilson suprimió sus emociones. Nunca le creería. Lo comprendió en un instante.

—Lo… lo siento —balbució. Tragó tan secamente que produjo un sonido gorgoteante en su garganta—. No es nada… Discúlpeme.

Resultaba obvio que la azafata no sabia qué decir. Seguía inclinándose contra el movimiento de mecedora de la nave, con una mano agarrada al respaldo del asiento que había al lado del de Wilson, y la otra moviéndose blandamente por la costura de la falda. Sus labios estaban levemente separados, como si quisiera hablar pero no pudiera encontrar las palabras.

—Bueno —dijo por último, y se aclaró la garganta—. Si… necesita algo.

—Sí, sí. Gracias. ¿Vamos a… meternos en una tormenta?

La azafata sonrió apresuradamente.

—Una pequeñita —dijo—. Nada de lo que preocuparse.

Wilson asintió con breves sacudidas. Luego, mientras la azafata se alejaba, tomó aliento violentamente y notó cómo le ardían las narices. Estaba seguro de que ya le tomaba por loco, pero no sabía qué hacer porque en sus cursillos de preparación no le habían dado instrucciones sobre cómo ocuparse de los pasajeros que creyeran ver hombrecillos agazapados en el ala.

¿Que creyeran?

Wilson giró la cabeza bruscamente y miró al exterior. Miró la silueta oscura del ala, la llamarada de los escapes, las luces parpadeantes. Había visto al hombre, eso podía jurarlo. ¿Cómo podía ser plenamente consciente de todo lo que le rodeaba, como podía estar cuerdo en todos los sentidos, y al mismo tiempo imaginar algo así? ¿Era lógico que la mente, al desmoronarse, en lugar de distorsionar toda la realidad, insertara una visión extraña en el conjunto todavía intacto de los detalles?

No, no era lógico en absoluto.

De pronto, Wilson pensó en la guerra, en las noticias de los periódicos que hablaban de la existencia de supuestas criaturas en el cielo que habían hostigado a los pilotos aliados durante sus misiones. Recordaba que les llamaban *gremlins*. ¿Existían realmente unos seres así? ¿Existían realmente en las alturas, sin caer nunca, cabalgando en el viento, en apariencia dotados de masa y peso, y sin embargo inmunes a la gravedad?

Estaba pensando en eso cuando el hombre volvió a aparecer.

El ala estaba vacía. Y de pronto, descendiendo en arco, el hombre cayó de un salto sobre ella. No pareció que produjera ningún impacto. Aterrizó de forma insegura, con sus brazos corros y peludos estirados como para mantenerse en equilibrio. Wilson se puso tenso. Sí, había inteligencia en su mirada. El hombre —¿podía pensar en él como un hombre?—, de alguna forma comprendía que había engañado a Wilson para que llamase a la azafata en vano. Wilson sintió que temblaba, alarmado. ¿Cómo podía demostrar a los demás la existencia del hombre? Miró a su alrededor con desesperación. La muchacha del otro lado del pasillo. Si le hablaba suavemente y la despertaba, ella podría…

No, el hombre se alejaría de un salto antes de que pudiera verle. Probablemente a lo alto del fuselaje, donde nadie podría verle, ni siquiera los pilotos desde su carlinga. Wilson sintió un repentino estallido de autorreproche por no haber comprado aquella cámara que Walter había pedido. Santo Ciclo, pensó, si pudiera sacar una foto de aquel hombre.

Se inclinó hacia la ventanilla. ¿Qué estaba haciendo?

Bruscamente, la oscuridad pareció aparrarse de un salto. El relámpago pintó de blanco el ala y Wilson lo vio. Como un niño curioso, el hombre estaba agachado sobre el borde oscilante del ala, estirando su mano derecha hacia una de las turbinas giratorias.

Mientras Wilson lo observaba, fascinadamente horrorizado, la mano del hombre se acercó cada vez más a la turbina borrosa hasta que, de pronto, se apartó de golpe y los labios del hombre se fruncieron en un grito sin sonido. ¡Había perdido un dedo!, pensó Wilson, asqueado. Pero, de inmediato, el hombre volvió a estirar la mano, su nudoso dedo extendido, la imagen de un niño monstruoso intentando detener el giro de la paleta de un ventilador.

Si no hubiera estado tan admirablemente fuera de. lugar, habría sido divertido, pues, visto de forma objetiva, el hombre, en aquel momento, era una imagen cómica: un duende de. cuento de hadas que había cobrado vida, con el viento azorándole la cabeza y el cuerpo, toda su atención concentrada en el giro de la hélice. ¿Cómo podía inventarse aquella locura?, pensó repentinamente Wilson. ¿Qué podía revelarle sobre sí mismo aquel pequeño horror burlesco?

Una y otra vez, con Wilson observándole, el hombre estiró la mano. Una y otra vez retiró los dedos, a veces incluso metiéndoselos en la boca como para enfriarlos. Y siempre echaba un vistazo por encima del hombro y miraba a Wilson, según parecía para cerciorarse de que seguía allí. Lo sabe, pensó Wilson. Sabe que esto es un juego entre los dos. Si consigo que alguien le vea, pierde. Si yo soy el único testigo, gana. La leve sensación de diversión desapareció. Wilson apretó los dientes. ¿Por qué demonios no le veían los pilotos?

El hombre, ya sin interés por la turbina, se estaba sentando sobre la cubierta del motor como si fuera a horcajadas de un caballo. Wilson se quedó mirándole. Bruscamente, un escalofrío se deslizó por su espalda. El hombrecillo estaba tirando de las planchas que envolvían el motor, intentando meter las uñas debajo de ellas.

Impulsivamente, Wilson estiró la mano y apretó el botón que llamaba a la azafata. La oyó venir desde el fondo de la cabina y, durante un segundo, pensó que había engañado al hombre, que parecía absorto en sus esfuerzos. En el último momento, sin embargo, justo antes de que llegara la azafata, el hombre lanzó una mirada a Wilson. Entonces, como una marioneta a la que retiraran del escenario tirando de sus cables, volvió a salir volando por los aires.

—¿Sí? —le miró temerosamente.

—¿Podría… hacerme el favor de sentarse? —preguntó él.

Ella vaciló.

—Bueno, yo…

—Por favor.

Se sentó cautelosamente en el asiento de al lado.

—¿Qué le ocurre, señor Wilson? —preguntó.

Él reunió valor.

—El hombre sigue fuera —dijo.

La azafata le miró.

—La razón por la que le cuento esto —siguió apresuradamente Wilson— es que ha empezado a manipular uno de los motores.

Ella volvió los ojos instintivamente hacia la ventanilla.

—No, no, no mire —le dijo—. Ahora no está —se aclaró la garganta vistosamente—. Se… aleja cada vez que viene usted.

Una náusea repentina se apoderó de él al comprender lo que ella debía de estar pensando. Al comprender lo que él mismo estaría pensando si alguien le contara una historia semejante, una oleada de aturdimiento pareció recorrerle y pensó: ¡Me estoy volviendo loco!

—La cuestión es —dijo, resistiéndose al pensamiento—, que si no me lo estoy imaginando, la nave está en peligro.

—Sí —dijo ella.

—Lo sé —dijo él—. Cree que he perdido la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo.

—Lo único que pido es lo siguiente —dijo, luchando contra la marea de la ira—. Dígale a los pilotos lo que le he dicho. Pídales que echen un vistazo a las alas. Si no ven nada… muy bien. Pero si lo ven…

La azafata se quedó sentada en silencio, mirándole. Las manos de Wilson se cerraron en puños que temblaban en su regazo.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella se puso en pie.

—Se lo diré —dijo.

Se dio la vuelta y continuó por el pasillo con un movimiento que a Wilson le pareció poco natural, demasiado rápido para ser normal, pero claramente reprimido, como si quisiera asegurarle que no estaba huyendo. Sintió que su estómago se retorcía al volver a mirar por el ala.

Bruscamente, el hombre volvió a aparecer, aterrizando en el ala como un grotesco bailarín de ballet. Wilson observó cómo reanudaba su trabajo,

montándose sobre el motor con sus piernas gruesas y desnudas y tirando de las planchas.

Bueno, ¿por qué se preocupaba tanto?, pensó Wilson. Aquella miserable criatura no podría arrancar los clavos con las uñas. En realidad, no importaba que los pilotos le vieran o no, al menos en lo referente a la seguridad del avión. En cuanto a sus propias razones personales…

Justo en ese momento, el hombre levantó el borde de una plancha.

Wilson tragó saliva.

—¡Aquí, rápido! —gritó, observando que la azafata y el piloto salían por la puerta de la carlinga.

Los ojos del piloto se movieron hacia Wilson, y de pronto, bruscamente, empujó a la azafata y avanzó dando tumbos por el pasillo.

—¡Aprisa! —gritó Wilson. Miró por la ventana a tiempo de ver cómo el hombre saltaba hacia arriba. Ya no importaba. Había pruebas.

—¿Qué está pasando? —preguntó el piloto, deteniéndose sin aliento a su lado.

—¡Ha arrancado una de las planchas de los motores! —dijo Wilson con voz temblorosa.

—¿Que ha hecho qué?

—¡El hombre de fuera! —dijo Wilson—. ¡Le digo que ha…!

—¡Señor Wilson, baje la voz! —ordenó el piloto. Wilson dejó caer la mandíbula.

—No sé qué está pasando aquí —dijo el piloto—, pero…

—¡¿Quiere hacer el favor de mirar?! —gritó Wilson.

—Señor Wilson, se lo advierto.

—¡Por el amor de Dios! —Wilson tragó saliva rápidamente, intentando reprimir la rabia cegadora que sentía. Bruscamente, se recostó sobre el asiento y señaló la ventana con la mano paralizada—. ¿Quiere hacer el favor de mirar, por el amor de Dios?

Tomando aliento nerviosamente, el piloto se inclinó. Al momento, su mirada volvió con frialdad a la de Wilson.

—¿Y bien? —preguntó.

Wilson volvió la cabeza. Las planchas estaban en su posición normal…

—Oh, no, espere —dijo antes de que llegara el pavor—. Le vi levantar esa plancha.

—Señor Wilson, si no…

—Le digo que le he visto levantarla —dijo Wilson.

El piloto se quedó mirándole con la misma expresión horrorizada que había mostrado la azafata. Wilson se estremeció violentamente.

—¡Oiga, le he visto! —gritó. El chasquido repentino de su voz le espantó.

Al momento, el piloto estuvo sentado a su lado.

—Señor Wilson, por favor —dijo—. Vale, le ha visto. Pero recuerde que hay más personas a bordo. No debe alarmarlas.

Al principio, Wilson estaba demasiado perturbado para entenderlo.

—¿Quiere decir… quiere decir que usted lo ha visto? —preguntó.

—Por supuesto —dijo el piloto—, pero no queremos asustar a los pasajeros. Compréndalo.

—Por supuesto, por supuesto, yo no quiero…

Wilson sintió un espasmo enroscándosele en la ingle y el bajo vientre. De pronto, apretó los labios y miró al piloto con ojos malévolos.

—Lo comprendo —dijo.

—Lo que tenemos que recordar… —empezó el piloto.

—Es suficiente —dijo Wilson.

—¿Señor?

Wilson se estremeció.

—Váyase de aquí —dijo.

—Señor Wilson, ¿qué…?

—¿Quiere hacer el favor de dejarlo ya?

Con la cara pálida, Wilson se apartó del piloto y miró el ala, con los ojos como piedras.

De pronto, volvió a mirarle.

—¡Esté tranquilo, no volveré a decir otra palabra! —exclamó.

—Señor Wilson, intente comprender nuestra…

Wilson se giró y miró enfurecido el motor. Por el rabillo del ojo, vio a dos pasajeros de pie en el pasillo, mirándole. ¡Idiotas!, estalló su cerebro. Sintió que sus manos empezaban a temblar y, durante unos segundos, tuvo miedo de vomitar. Es el movimiento, se repitió. El avión saltaba en el aire como tina barca maltratada por un vendaval.

Se dio cuenta de que el piloto seguía hablándole y, estrechando los ojos, miró el reflejo del hombre en la ventanilla. A su lado, sombríamente muda, la azafata permanecía en pie. Wilson pensó que los dos eran unos idiotas ciegos. No dio muestras de haber notado su partida.

Reflejados en la ventanilla, vio que se dirigían hacia la parte trasera de la cabina. Ahora estarán hablando de mí, pensó. Haciendo planes por si me pongo violento.

Deseó que el hombre reapareciese, que arrancase la plancha de la cubierta y que estropease el motor. Le producía un placer rencoroso saber que sólo él se interponía entre la catástrofe y las más de treinta personas que iban a bordo. Si lo deseaba, podía permitir que se produjera una catástrofe. Wilson sonrió sin humor. Menudo suicidio sería ése, pensó.

El hombrecillo volvió a dejarse caer y Wilson vio que lo que había pensado era correcto: el hombre había vuelto a colocar la plancha en su sitio antes de alejarse de un salto. Pues ahora volvía a tirar de ella y la levantaba con facilidad, pelándola como si fuera una piel extirpada por un cirujano grotesco. El movimiento del ala era muy irregular, pero el hombre parecía no tener ninguna dificultad en permanecer equilibrado.

Wilson volvió a sentir el pánico. ¿Qué podía hacer? Nadie le creía. Si seguía intentando convencerlos, probablemente le reducirían por la fuerza. Si pedía a la azafata que se sentara a su lado, obtendría, en el mejor de los casos, un respiro momentáneo. En el momento en que se fuera o, si no lo hacía, en el momento en que se quedara dormida, el hombre regresaría. Aunque permaneciera despierta a su lado, ¿qué impediría que el hombre manipulase los motores de la otra ala? Wilson se estremeció, con la frialdad del pánico enroscándosele en los huesos.

Santo Cielo, no podía hacer nada.

Dio una sacudida cuando, al otro lado de la ventanilla por la cual observaba al hombrecillo, pasó el reflejo del piloto. La locura de aquel momento casi le hizo desmoronarse; el hombre y el piloto a un palmo el uno del otro, ambos vistos por él pero sin ser conscientes de su mutua presencia. No, no era cierto. El hombrecillo había echado un vistazo sobre su hombro cuando pasó el piloto. Como si supiera que ya no había necesidad de seguir saltando, que la capacidad de Wilson para interferir había llegado a su fin. De pronto, Wilson tembló con una furia cegadora. ¡Te matare!, pensó, ¡te mataré, sucio animal!

Fuera, el motor vaciló.

Duró sólo un segundo, pero, en ese segundo, a Wilson le pareció que su corazón también se había detenido. Se apoyó contra la ventanilla, mirando. El hombre había doblado la plancha de la cubierta y ahora estaba arrodillado, metiendo una mano curiosa dentro del motor.

—No —Wilson oyó el sollozo de su propia voz suplicante—. No…

Una vez más, el motor falló. Wilson miró alrededor, horrorizado. ¿Es que estaban todos sordos? Levantó la mano para apretar el botón de la azafata, y

al momento la retiró. No, le encerrarían, le contendrían de alguna forma. Y él era el único que sabía lo que estaba ocurriendo, el único que podía ayudar.

—Dios… —Wilson se mordió el labio inferior hasta que el dolor le hizo lanzar un gemido. Volvió a darse la vuelta y se sacudió. La azafata corría por el pasillo oscilante. ¡Lo había oído! La observó fijamente y vio que le miraba al pasar junto a su asiento.

Se detuvo tres asientos más allá. ¡Alguien más lo había oído! Wilson observó cómo la azafata se indinaba, hablando con el pasajero invisible. Fuera, el motor volvió a toser. Wilson giró la cabeza y miró afuera con los ojos inyectados de horror.

—¡Maldito seas! —gimió.

Se volvió de nuevo y vio a la azafata acercarse por el pasillo. No parecía alarmada. Wilson la miró con ojos incrédulos. No era posible. Se dio la vuelta para seguir su movimiento oscilante y la vio entrar en la cocina.

No Wilson ya se agitaba tanto que no podía dominarse. Nadie lo había oído.

Nadie lo sabía.

De pronto, Wilson se inclinó y sacó la bolsa de viaje de debajo del asiento. La desabrochó, sacó su maletín y lo arrojó sobre la moqueta. Luego, volviendo a meter la mano, agarró el paquete de hule y lo estiró. Por el rabillo del ojo, vio volver a la azafata y empujó la bolsa debajo del asiento con los zapatos, colocando el paquete de hule a su lado. Se quedó sentado rígidamente, jadeante, mientras ella pasaba.

Luego se puso el paquete sobre el regazo y lo desenvolvió. Sus movimientos eran tan febriles que la pistola casi se le cayó. La cogió por el cañón, luego apretó la culata con dedos de nudillos blancos y quitó el seguro. Echó un vistazo al exterior y notó que le invadía el frío.

El hombre le estaba mirando.

Wilson apretó sus temblorosos labios. Era imposible que el hombre supiera lo que pretendía hacer, dragó saliva e intentó recuperar el aliento. Deslizó la mirada hacia donde la azafata estaba ofreciendo unas pastillas al pasajero de más adelante, y luego volvió a mirar el ala. El hombre volvía a dedicarse al motor, metiendo la mano. Wilson apretó la pistola con más fuerza. Empezó a levantarla.

De pronto, la bajó. La ventana era demasiado gruesa. La bala podría rebotar y matar a uno de los pasajeros. Se estremeció y miró al hombrecillo. El motor volvió a fallar y Wilson vio cómo una erupción de chispas

proyectaba su luz sobre los rasgos bestiales del hombre. Reunió valor. Sólo había una respuesta

Bajó la mirada hacia la manecilla de la puerta de emergencia. Tenía una rapa transparente. Wilson la soltó y la dejó caer. Miró al exterior. El hombre seguía allí, agazapado y toqueteando el motor con la mano. Wilson tomó aliento, tembloroso. Apoyó el pie izquierdo sobre la manecilla de la puerta y la probó. Hacia abajo no se movía. Hacia arriba sí daba juego.

Bruscamente, Wilson dejó la pistola sobre su regazo. No había tiempo para discusiones, se dijo a sí mismo. Con manos temblorosas, se abrochó el cinturón sobre los muslos. Cuando se abriera la puerta, se produciría una comente de aire irresistible. Por la seguridad de la nave, no debía dejarse arrastrar con ella.

Ahora. Wilson volvió a coger la pistola, con el corazón dándole saltos. Tendría que atacar por sorpresa y con mucha precisión. Si fallaba, el hombre podría saltar al otro ala, o aún peor, al fuselaje de la cola, donde podría cortar cables, deformar alerones y alterar el equilibrio de la nave sin que nadie le perturbara. No, ésta era la única manera. Dispararía bajo e intentaría alcanzar al hombre en el pecho o el estómago. Wilson se llenó los pulmones de aire. Ahora, pensó. Ahora.

La azafata se acercó por el pasillo mientras Wilson empezaba a tirar de la manecilla. Durante un momento, paralizada, no pudo hablar. Una mirada de horror estupefacto deformó sus rasgos mientras levantaba una mano como si le estuviese implorando. Entonces, repentinamente, su voz chilló por encima del ruido de los motores.

—¡Señor Wilson, no!

—¡Atrás! —gritó Wilson, y levantó la manecilla.

Fue como si la puerta desapareciera. Primero la tenía al lado, entre las manos. Al momento siguiente, con un rugido siseante, había desaparecido.

En el mismo instante, Wilson se sintió envuelto por una succión monstruosa que intentó arrancarle de su asiento. La cabeza y los hombros salieron de la cabina y, de pronto, se encontró respirando un aire tenue y gélido. Durante un instante, los tímpanos casi estallando por el estruendo de los motores, los ojos cegados por los vientos árticos, se olvidó del hombre. Le pareció oír un leve chillido en el torbellino que le rodeaba, un grito lejano.

Entonces vio al hombre.

Estaba caminando por el ala, una figura retorcida que se inclinaba hacia delante, con manos en forma de garras que se estiraban impacientes. Wilson levantó el brazo y disparó. La explosión fue como el descorchar de una

botella en medio del violento rugido del aire. El hombre su tambaleó, dio unos manotazos y Wilson sintió un rayo de dolor atravesándole la cabeza. Volvió a disparar a bocajarro y vio que el hombre se tambaleaba hacia atrás. Luego, repentinamente, desapareció como si no fuera más sólido que un muñeco de papel arrastrado por un venda val. Wilson sintió un entumecimiento creciente en el cerebro. Sintió que la pistola caía de sus dedos débiles.

Luego se perdió en la oscuridad invernal.

* * *

Se agitó y murmuró algo. Cierra calidez gorgoteaba en sus venas, sus miembros parecían de madera. En la oscuridad, oyó un sonido de pies arrastrándose, un delicado remolino de voces. Estaba tumbado, boca arriba, encima de algo que se movía, que se sacudía. Un viento frío le rociaba la cara y sentía la superficie inclinarse debajo de él.

Suspiró. El avión había aterrizado y le estaban transportando en camilla. Probablemente tenía una herida en la cabeza, además de que le habían dado tina inyección para calmarle.

—La forma más extraña de cometer suicidio de la que haya oído hablar jamás —dijo una voz en algún sitio.

Wilson sintió el placer de la diversión. Quienquiera que hubiera hablado se equivocaba, por supuesto. Como pronto quedaría demostrado, cuando revisaran el motor y examinaran su herida más atentamente. Entonces comprenderían que les había salvado a todos.

Wilson durmió sin sueños.

Daphne du Maurier

Que tus obras, o al menos algunas de las más importantes, sean llevadas al cine por un maestro como Alfred Hitchcock no siempre resulta tan positivo como pueda parecer en un principio. Desde el punto de vista de muchos críticos, tanto literarios como cinematográficos, los escritores adaptados por el Mago del Suspense han arrastrado desde siempre el sambenito inicuo de ser autores «menores», de los que el director británico se servía para crear sus obras maestras pero que no merecían mayor atención. De hecho, la conclusión que se seguía de este extendido supuesto es que Hitchcock buscaba a propósito libros de éxito popular pero de escaso valor literario, para no sentirse de este modo condicionado a la hora de reconvertirlos en guiones y películas de no menos éxito, pero a menudo de fidelidad regular respecto a sus originales. Tamaña estupidez ha afectado durante décadas al reconocimiento no sólo de nuestro buen amigo Robert Bloch, sino también de escritores de género de la ralla de Francis lles (seudónimo de Anthony Berkeley Cox), John Buchan, Robert Hitchens, Jack Trevor Story, Boileau y Narcejac o Arthur LaBern, todos excelentes novelistas de crimen y misterio, y sólo más recientemente otros como Patricia Highsmith han recibido verdadera consideración, generalmente por motivos que poco o nada tienen que ver con su mérito literario real. Este tópico resulta particularmente injusto y venenoso cuando nos referimos, por lo demás, a Daphne du Maurier (1907-1989), a quien Hitchcock adaptó al cine en tres ocasiones,

Perteneciente a una familia de profunda raigambre artística e intelectual, que incluye a su famoso abuelo, el escritor e ilustrador George du Maurier, autor de *Trilby*, célebre novela romántica sobre la bohemia parisina del siglo XIX con roque fantástico y sobrenatural —llevada también a menudo a la pantalla y, de hecho, más conocida por el título de sus adaptaciones cinematográficas: *Svengali*, nombre de su icónico e hipnótico villano—, a Daphne de Maurier se la ha tenido durante demasiado tiempo por una suerte de «novelista romántica», epíteto que le desagradaba profundamente, cuando, por supuesto, se trata ante todo y sobre todo de tina refinada y excelente

narradora, con particular inclinación y gusto por lo misterioso, gótico y macabro. De hecho, uno de sus grandes logros como escritora fue llevar los elementos estructurales básicos de la novela gótica tradicional de los siglos XVIII y XIX al XX, situando a menudo sus argumentos en el romántico y agreste paisaje de su Cornualles natal e incluso en épocas pretéritas, pero consiguiendo que sus personajes y situaciones adquieran la verosimilitud, profundidad y sensibilidad moderna necesarias para resultar tan cautivadores en nuestro tiempo como lo fueran las obras de Ann Radcliffe, Matthew Lewis, Mary Shelley o Walter Scott en el suyo, si bien su tono y atmósfera están, por supuesto, más próximos a las grandes obras de las hermanas Brontë o a los melodramas de crimen y misterio de Wilkie Collins y Dickens. El éxito de novelas como *La posada Jamaica* (1936), *Rebeca* (1938) y *Mi prima Rachel* (1951), las dos primeras adaptadas por Hitchcock y la tercera llevada al cine en al menos dos ocasiones y también a la televisión británica, instauró un nuevo modelo de novela gótica contemporánea, catalogada a menudo como «novela de suspense romántico», seguido e imitado con distinta fortuna por escritoras como Mary Stewart, Joan Aiken, Victoria Holt, Dorothy Edén o Phyllis Whitney (amén de por varios escritores que optaron por firmar sus novelas con seudónimo femenino, para asegurarse así el éxito dentro de ese género habitualmente dirigido a las lectoras y conocido hasta hace no demasiado tiempo como *women's own*, término hoy tácitamente prohibido por la nueva censura feminista).

Si bien es evidente que Daphne du Maurier pertenece en parte a este, por llamarlo de algún modo, universo neogótico sentimental, también lo es que su hacer narrativo, exquisito, imaginativo y sensual, está muy por encima de lo que ciertos historiadores y críticos literarios podrían imaginar (algo que por fortuna empieza ya a cambiar). Pero es que además Daphne du Maurier, señora de armas tomar, probablemente bisexual y con un carácter de cuidado, no contenta con sus novelas, obras teatrales y ensayos históricos o autobiográficos, escribió una notable cantidad de relatos fundamentalmente oscuros, siniestros y macabros, que no sólo se cuentan entre lo mejor de la ficción fantástica y de horror del siglo pasado, sino que resultan las más de las veces sorprendentemente atrevidos, modernos y extraños. Cuentos como "Las lentes azules", "El manzano", "No después de medianoche", "La coartada" o "El estanque", por citar algunos de los más conocidos, destacan por su atmósfera de extrañamiento, elegancia formal y personajes incómodos, así como por situaciones donde lo fantástico se instala en la ambigüedad y los intersticios de la realidad, en una suerte de surrealismo personal en el que lo

cotidiano se desliza sutilmente hacia lo absurdo y terrorífico. Su humor negro de limes típicamente británicos, profunda percepción de las psicologías criminales y perversas, y elegancia natural a la hora de construir sus narraciones, hicieron que varias de ellas fueran cambien frecuente objeto de versiones televisivas en series corno *Suspense*, *Danger* o *Mystery!*, entre otras, y dos, por supuesto, conocieron sendas adaptaciones cinematográficas que constituyen destacados hitos en el sendero hacia el cine de horror moderno. De *Los pájaros* (*The Birds*, 1963), poco puede decirse ya que no se haya dicho antes, salvo quizás que el relató es muy distinto a la película de Hitchcock, quien llevó la historia a su propio terreno familiar de la comedia romántica psicosexual, aquí con resonancias ecológicas y hasta bíblicas, si se quiere, pero sin salirse de su mundo privado de rubias empoderadas y a la vez reprimidas y psicóticas, mientras que el cuento original de Du Maurier —quien detestaba la película— resulta ahora singularmente moderno por su tono y desarrollo de puro *survival* apocalíptico, más próximo a *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Decad*. George A. Romero, 1968) o *El incidente* (*The Happening*. M. Night Shyamalan, 2008), que al filme del Mago del Suspense. De "No mires atrás", publicado en su colección de Instorias *Not After Midnight* de 1971 y que ofrecemos aquí, es mejor no decir demasiado, pues cualquier cosa puede privar al lector de las muchas sorpresas que le reserva.

Por supuesto, usas sorpresas dependen también de que no haya visto la película *Amenaza en tu sombra* (*Don't Look Now*, 1973), donde el Siempre imprevisible y fascinante Nicolás Roeg adaptaba el relato con notable fidelidad, al tiempo que construía una nueva entrega de su cine paranoico, metafísico, psicodélico y elegante, oscilando sin prejuicios entre lo autoral y el puro género, como ocurriera a menudo durante los últimos y ácidos —en varios sentidos— años 60 y primeros 70, cuando como hemos visto se asentaron las bases fundamentales del cine de horror moderno. De hecho, este singular *thriller* paranormal, protagonizado por unos excelentes Donald Sutherland y Julie Christie, posee tanto el aroma británico de cierras producciones de la época como un esteticismo colorista y una atmósfera perversa, indefinida y ambigua que, quizá debido también al escenario veneciano en el que se desarrolla la trama, están muy próximos al universo del *giallo*, esa excéntrica y sangrienta variante italiana del horror moderno, con un pie en el *whodunit* y otro en el fantástico. En cualquier caso, *No mires atrás* es una película de horror esencial dentro del cine moderno, donde se dan cita tamo los restos arqueológicos de sus orígenes góticos y

sobrenaturales, como su reinterpretación a través del *thriller*, los fenómenos paranormales, el drama psicológico y cierto nihilismo en forma y fondo que deja al espectador —y al lector— con una incómoda sensación existencial de fatalismo y sinsentido, específicamente moderna y propia de finales del siglo XX.

Los cuentos de Daphne du Maurier, al margen de sus excelentes novelas de suspense romántico, sitúan a su autora a la altura de Somerset Maugham, W. E Harvey, Ambrose Bierce, M. R. James o cualesquiera maestros de la narrativa breve anglosajona que queramos o podamos citar, y dice mucho de su propia sensibilidad y talla intelectual que de entre las distintas versiones cinematográficas que de sus obras se hicieran, que incluyen también curiosos *thrillers* como *Donde el circulo termina* (*The Scapegoat*. Robert Hamer, 1959), sus favoritas fueran *Rebeca* (*Rebecca*. Alfred Hitchcock, 1940), pese al cambio de final introducido por la presión del infame Código Hays, y, por supuesto, *Amenaza en la sombra*, del excéntrico e inquietante Nicolás Roeg.

NO MIRES AHORA[1]

—No mires ahora —dijo John a su mujer—, pero hay un par de ancianas dos mesas más allá que están intentando hipnotizarme.

Laura, rápida en reaccionar, fingió ostentosamente un bostezo y luego ladeó la cabeza como si buscara en el cielo un avión inexistente.

—Justo detrás de ti —añadió—. Por eso no puedes volverte ahora… sería demasiado descarado.

Laura recurrió entonces el truco más antiguo del mundo y dejó caer la servilleta. A continuación, se inclinó para buscarla bajo sus pies, lanzando una mirada rápida por encima del hombro izquierdo mientras se enderezaba. Hundió los carrillos, el primer indicio de una euforia histérica reprimida, y bajó la cabeza.

—No son ancianas, ni mucho menos —dijo—. Son dos gemelos disfrazados de mujer.

La voz se le quebró inquietantemente, el preludio de una risa descontrolada, y John se apresuró a servir un poco más de chianti en su copa.

—Finge que te atragantas —dijo—, así no lo notarán. Ya sabes… son delincuentes dándose una vuelta por Europa, cambiando de sexo en cada parada. Hermanas gemelas aquí en Torcello. Hermanos gemelos mañana en Venecia, o incluso esta noche, marchando cogidos del brazo por la plaza de San Marcos. Es solo cuestión de cambiarse la ropa y las pelucas.

—¿Ladrones de joyas o asesinos? —preguntó Laura.

—Oh, asesinos, definitivamente. Pero, caramba, me pregunto por qué la han tomado conmigo.

El camarero les interrumpió cuando les sirvió el café y retiró la fruta, lo cual le dio tiempo a Laura para anular la risa histérica y recobrar la compostura.

—No se me ocurre —dijo ella— cómo es que no los vimos cuando llegamos. Destacan demasiado. Es imposible equivocarse.

—Ese grupo de norteamericanos los tapaba —dijo John—, y el hombre con barba y monóculo que parecía un espía. Hasta que se fueron todos no vi a los gemelos. Oh, Dios, el que tiene un mechón de pelo blanco vuelve a mirarme.

Laura sacó la polvera del bolso y la sostuvo delante de la cara para observar el reflejo en el espejo.

—Creo que es a mí a quien miran, no a ti —dijo ella—. Gracias a Dios dejé las perlas al cuidado del director del hotel. —Hizo una pausa mientras se empolvaba las aletas de la nariz—. La cuestión es que —dijo unos segundos más tarde— nos hemos equivocado con ellos. No son ni asesinos ni ladrones. Son una pareja de patéticas y viejas maestras de escuela retiradas de vacaciones que han ahorrado toda la vida para visitar Venecia. Vienen de algún lugar con un nombre como Walabanga en Australia. Y se llaman Tilly y Tiny.

Por primera vez desde que llegaron, la voz de Laura adoptó esa efervescencia que a él tanto le gustaba, y el ceño de preocupación entre las cejas había desaparecido. Por fin, pensó él, por fin empieza a superarlo. Si logro que siga así, si logramos recuperar el familiar ritual de bromas compartidas de vacaciones y en casa, las ridículas fantasías sobre la gente en otras mesas, o si nos quedamos en el hotel, o visitamos galerías de arte e iglesias, entonces todo volverá a la normalidad, la vida volverá a ser como antes, la herida se curará y lo olvidará.

—¿Sabes una cosa? —dijo Laura—. Ha sido un almuerzo muy bueno. Lo he disfrutado mucho.

Gracias a Dios, pensó él, gracias a Dios… Luego, se inclinó hacia delante y habló en voz baja con un susurro conspirativo.

—Uno se dirige al váter —dijo— ¿Crees que él, o ella, se va a cambiar la peluca?

—No digas nada —murmuró Laura—. La seguiré y lo averiguaré. Puede que tenga escondida por allí alguna maleta y ahora vaya a cambiarse de ropa.

Laura se puso a canturrear para sus adentros, una señal por la cual su esposo detectaba que estaba contenta. El fantasma quedó temporalmente apartado, y todo gracias al familiar juego de vacaciones, abandonado hacía tiempo, y ahora, por pura casualidad, afortunadamente recuperado.

—¿Va de camino? —preguntó Laura.

—Está a punto de pasar por nuestra mesa —informó él.

Por sí misma, la mujer no resultaba tan llamativa. Alta, de rasgos angulosos y aquilinos, con el pelo corto al estilo garçon, que estuvo tan de moda en tiempos de su madre, tenía el sello característico de aquella generación. Debía de tener unos sesenta y cinco años, supuso, la camisa masculina con cuello alzado y corbata, chaqueta deportiva, falda de tweed gris hasta la mitad de la pantorrilla, medias grises y zapatos negros de

cordones. Había visto ese tipo de mujer en los campos de golf y en las exhibiciones de perros (siempre con carlinos, nunca con perros de caza), y si uno se las encontraba en la fiesta de la casa de alguien eran más rápidas desenfundando el mechero que él mismo, un simple hombre con cerillas de bolsillo. La creencia generalizada de que convivían con una compañera más femenina y regordeta no siempre era cierta. Frecuentemente se pavoneaban con un marido golfista, al cual adoraban. No, lo más sorprendente de esta mujer en concreto es que había dos iguales. Gemelas idénticas formadas en el mismo molde. La única diferencia era que la otra tenía el pelo más blanco.

—¿Y —murmuró Laura—… si cuando me encuentre junto a ella en el baño comienza a desnudarse?

—Depende de lo que te revele —respondió John—. Si es hermafrodita, sal pitando. Podría tener una jeringuilla escondida y dejarte inconsciente antes de que llegaras a la puerta.

Laura hundió los carrillos una vez más y comenzó a sacudirse. Luego, se. compuso y se levantó.

Simplemente, no debo reírme —dijo—, y pase lo que pase, 110 me mires cuando regrese, sobre todo si volvemos jumas.

Recogió el bolso y se alejó tímidamente de la mesa en busca de su presa.

John su sirvió los restos del chianti en su copa y encendió un cigarrillo.

El sol caía a plomo sobre el pequeño jardín del restaurante. Los norteamericanos ya se habían marchado, al igual que el hombre del monóculo y la familia del fondo. Todo estaba en calma. La gemela idéntica estaba reclinada en su asiento con los ojos cerrados. En cualquier caso, pensó, gracias a Dios por estos momentos, cuando era posible relajarse y Laura se había entregado a su tonto e inofensivo juego. Las vacaciones todavía podían convertirse en la cura que ella necesitaba, haciéndole olvidar, aunque solo fuera temporalmente, la entumecida desesperación que la había embargado desde que murió la niña.

«Lo superará —dijo el médico—. Todo el mundo lo supera con el paso del tiempo. Y aún tienen a su hijo».

«Lo sé —dijo John—, pero la niña lo era todo para ella. Siempre fue así, desde el principio, no sé por qué. Supongo que era la diferencia de edad. Un chico de edad escolar, y además fuerte y maduro, es una persona hecha y derecha. Pero no una niña de cinco años. Laura literalmente la adoraba, Johnnie y yo estábamos de más».

«Dele tiempo —repitió el médico—, dele tiempo. Y, de todas formas, ustedes son todavía jóvenes, Habrá más. Otra hija».

Es tan fácil hablar… ¿Cómo reemplazar con un sueño la vida de un hijo amado perdido? Conocía a Laura demasiado bien. Otro hijo, otra hija, tendría sus propias cualidades, identidades distintas, w incluso este mismo hecho podría provocar hostilidad en ella. Un usurpador en la cuna, en la camita, que había pertenecido a Christine. Una réplica regordeta y rubia de Johnnie, y no la pequeña hada de piel cérea y cabello negro que se había ido.

Alzó la mirada por encima de la copa de vino y la mujer volvía a mirarle fijamente. No era la mirada despreocupada y ociosa de alguien que está a una mesa cercana esperando a que regrese su compañera, sino que había en ella algo más profundo, más insistente; los llamativos ojos de color azul claro resultaban extrañamente penetrantes, produciéndole una repentina sensación de malestar. ¡Maldita mujer! De acuerdo, mira todo lo que quieras. Los dos podemos jugar a ese juego. Dejó escapar una nube de humo de cigarrillo en el aire y le sonrió de una manera que esperaba que resultara ofensiva. Pero la mujer no pareció detectarlo.

Los ojos azules siguieron mirándole fijamente, de manera que se vio obligado a apartar la mirada, apagar el cigarrillo, echar un vistazo sobre el hombro en busca del camarero y pedir la cuenta. Una vez que hubo pagado, y mientras rebuscaba una propina en el bolsillo con unos cuantos comentarios casuales sobre la excelente comida, recobró cierta compostura, pero seguía notando un cosquilleo en el cuero cabelludo y una extraña sensación de incomodidad. Entonces, tan repentinamente como había llegado, aquella sensación desapareció, y cuando echó una mirada fugaz a la otra mesa vio que los ojos de la mujer estaban otra vez cerrados y que dormía, o dormitaba, como había estado haciendo antes. El camarero se fue. Todo quedó en silencio.

Laura… pensó al tiempo que miraba el reloj, ha pasado mucho tiempo. Al menos diez minutos. Bueno, algo con lo que pincharla luego. Y se puso a idear la forma que tomaría la broma. La dulce abuelita se había quedado en ropa interior sugiriendo a Laura que hiciera lo mismo. Y luego, el dueño del restaurante irrumpía allí exclamando horrorizado cuánto daño habían hecho a la reputación de su restaurante, insinuando cuáles podrían ser las desagradables consecuencias a menos que… todo se tratara de una trampa, un intento de chantaje. Las gemelas, Laura y él serían recogidos entonces por una lancha de la policía para llevarlos a Venecia e interrogarlos. Un cuarto de hora… Oh, vamos, vamos…

Se oyó un crujido de pies sobre gravilla. La gemela que había estado con Laura pasó a su lado caminando despacio, sola. Se aproximó a su mesa y se quedó allí de pie unos segundos. Su figura alta y angulosa se interponía entre John y la otra gemela. Le decía algo, pero no pudo escuchar las palabras. Pero ¿que acento era ese? ¿Escocés? Luego la mujer se inclinó al tiempo que ofrecía un brazo a la gemela sentada y se alejaron por el jardín hasta la abertura del seto. La gemela que había estado observando a John se apoyaba en el brazo de su hermana. Y de nuevo, otra diferencia. No era tan alta y se veía más encorvada… tal vez sufriera artritis. Se alejaron hasta perderse de vista y John, impaciente, se levantó. Estaba a punto de regresar al hotel cuando Laura apareció.

—Caramba, te has tomado tu tiempo en volver —comenzó a decir, pero se paró en seco al advenir la expresión en el rostro de Laura—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Supo de inmediato que algo no iba bien. Parecía casi en estado de shock. Se aproximó a trompicones a la mesa que él acababa de dejar y se sentó. John arrimó una silla, se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Querida, ¿qué ocurre? Dime… ¿estás enferma?

Ella negó con la cabeza y luego se volvió y le miró. La expresión aturdida que había advertido al principio había dado paso a otra de creciente confianza, casi exaltación.

—Es maravilloso —dijo lentamente—, la cosa más maravillosa que podría suceder. ¿Comprendes? Ella no está muerta, está todavía con nosotros. Por eso no paraban de mirarnos, aquellas dos hermanas. Podían ver a Christine.

Oh, Dios, pensó John. Lo que me estaba temiendo. Ha perdido la cabeza. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo enfrentarme a esto?

Laura, querida —comenzó a decir con una sonrisa forzada—, mira, ¿nos vamos? Ya he pagado la cuenta, podemos ir a ver la catedral y dar una vuelta, y aún quedará tiempo para volver a Venecia en una lancha.

Ella no le escuchaba, o por lo menos las palabras no le llegaban.

—John, amor —dijo—, tengo que contarte lo que ha pasado. La seguí al baño como habíamos planeado. Ella se estaba peinando y yo me metí en el retrete; luego salí y me lavé las manos en el lavabo. Ella se estaba lavando las suyas en el lavabo de al lado. De repente, se volvió hacia mí y me dijo con un fuerte acento escocés: «Deje de estar triste. Mi hermana ha visto a su pequeña. Estaba sentada entre usted y su marido, riéndose». Cariño, pensé que iba a desmayarme. Casi lo hice. Por suerte, había una silla y me senté, y

la mujer se acercó a mí y me acarició la cabeza. No estoy segura de las palabras exactas; dijo algo sobre el momento de la verdad y de que la alegría era más afilada que una espada, y que no tuviera miedo, que todo estaba bien, pero la visión de la hermana había sido tan fuerte que las dos sabían que debían decírmelo y que eso era lo que quería Christine. Oh, John, no me mires de esa manera. Te juro que no me lo estoy inventando, eso es lo que me dijo, todo es cierto.

El tono de desesperada urgencia de su voz hizo que el corazón de John se encogiera. Debía seguirle el juego, mostrar su acuerdo, apaciguarla, hacer cualquier cosa para darle alguna sensación de calma.

—Laura, querida, por supuesto que te creo —dijo—, solo es una especie de conmoción, y estoy alterado porque tú estás alterada…

—Pero yo no estoy alterada —le interrumpió—. Estoy feliz, tan feliz que soy incapaz de expresarlo con palabras. Ya sabes cómo han sido estas últimas semanas, en casa y en todas partes adonde hemos ido de vacaciones, aunque intenté ocultártelo. Ahora todo eso ha pasado, porque sé, sencillamente sé, que esa mujer dice la verdad. Oh, Dios mío, qué desconsiderado de mi parte, he olvidado su nombre… ella me lo dijo. Mira, la cosa es que es medico y está jubilada; vienen de Edimburgo y la que vio a Christine se quedó ciega hace ya años… Aunque ha estudiado las ciencias ocultas durante toda su vida y siempre ha tenido ciertas capacidades paranormales, solo desde que se quedó ciega ha empezado a ver cosas, como una médium. Han tenido experiencias maravillosas. Pero que describiera a Christine como lo hizo la ciega a su hermana, incluso hasta el pequeño vestido azul y blanco con las mangas de farol que llevaba en la fiesta de su cumpleaños y que dijera que sonreía feliz… Oh, querido, me ha hecho tan feliz que creo que voy a llorar.

Ni un atisbo de histeria. Nada de drama. Sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz mientras le sonreía.

—Estoy bien, ¿lo ves? No tienes por qué preocuparte. No tenemos que preocuparnos por nada nunca más. Dame un cigarrillo.

John sacó uno de la cajetilla y se lo encendió. Sonaba normal, como si fuera ella misma de nuevo. Ya no temblaba. Y si esta repentina creencia iba a hacer que continuara feliz no iba a ponerle pegas. Pero… pero… aun así, deseaba que nada de aquello hubiera sucedido. Había algo asombroso en leer la mente, en la telepatía. Los científicos no habían podido llegar a una explicación, nadie podía, y eso era lo que debía de haber pasado ahora entre Laura y las hermanas. De manera que la que había estado mirándole a él era ciega. Eso explicaría aquella mirada fija. Que, de alguna manera, resultaba

desagradable por sí misma, siniestra. Diablos, pensó, ojalá no hubiéramos venido aquí a comer. El azar, una moneda al aire entre ese lugar, Torcello, o conducir a Padua, y tuvimos que elegir Torcello.

—No has vuelto a quedar con ellas ni nada parecido, ¿verdad? —preguntó intentando sonar despreocupado.

—No, cariño, ¿para qué? —respondió Laura—. Es decir, ya no tenían nada más que contarme. La hermana tuvo esa maravillosa visión, y eso fue todo. De todas formas, van a marcharse. Es gracioso, pero se parece bastante a nuestro juego del principio. Están dando la vuelta al mundo antes de regresar a Escocia. Aunque yo había mencionado Australia, ¿verdad? Pobrecillas… nada que ver con asesinos o ladrones de joyas. —Parecía recuperada del todo. Se levantó y miró a su alrededor—. Vamos —dijo—, ya que estamos en Torcello, debemos ver la catedral.

Salieron del restaurante y cruzaron la plaza abierta, donde había puestos de pañuelos, souvenirs y postales, y de allí siguieron hasta la catedral. Uno de los ferris acababa de descargar una multitud de turistas, muchos de los cuales ya habían encontrado el camino hasta Santa Maria Assunta. Laura, impertérrita, le pidió a su esposo la guía y, como había sido su costumbre en tiempos más felices, comenzó a caminar lentamente por la catedral, examinando los mosaicos, las columnas, los relieves a derecha e izquierda, mientras John, menos interesado debido a la preocupación que aún sentía por lo ocurrido, la seguía de cerca, manteniéndose ojo avizor en busca de las gemelas. No había rastro de ellas. Tal vez hubieran entrado en la iglesia de Santa Fosca, cerca de allí. Un encuentro repentino resultaría embarazoso, aparte del efecto que podría provocar en Laura. Pero los turistas anónimos y evasivos, atentos a la cultura, no podían hacerle daño, aunque desde el punto de vista de John hacían que la apreciación artística fuera imposible. No podía concentrarse, la fría y nítida belleza de lo que veía le dejaba frío, y cuando Laura le tocó la manga al tiempo que señalaba el mosaico de la Virgen con el Niño Jesús flotando por encima del friso de los Apóstoles, asintió mostrando su acuerdo, pero no vio nada, el largo y triste rostro de la Virgen le parecía muy distante. Obedeciendo un repentino impulso, se volvió y miró por encima de las cabezas de los turistas, en dirección a la entrada, donde los frescos de los bendecidos y los condenados se exponían para ser admirados.

Las gemelas estaban allí; la ciega todavía apoyada en el brazo de su hermana y con los ojos ciegos fijos en él. John se sintió atado, incapaz de moverse, y le invadió una sensación de perdición y tragedia inminentes. Todo su ser se hundió en la apatía y pensó: «Esto es el fin, no hay escape, no hay

futuro». Entonces, las hermanas se volvieron y salieron de la catedral, y aquella sensación se desvaneció, dejando en su lugar indignación y una ira creciente. ¿Cómo se atrevían aquellas dos viejas chifladas a practicar esos trucos de médium con él? Era fraudulento y malsano; probablemente esa era la manera en la que vivían, viajando por todo el mundo y haciendo sentir incómoda a la gente. Si hubieran tenido la más mínima posibilidad, le habrían quitado a Laura el dinero… o cualquier otra cosa.

Sintió entonces que su mujer volvía a tirarle de la manga.

—¿No es hermosa? Tan feliz, tan serena.

—¿Quién? ¿Qué? —preguntó él.

—La Virgen —respondió ella—. Posee unas cualidades mágicas. Te recorre rodo el cuerpo. ¿No lo sientes tú?

—Supongo que sí. No sé. Hay demasiada gente alrededor.

Ella le miró atónita.

—¿Y qué tiene que ver? Qué raro eres. Bueno, de acuerdo, apartémonos de ellos. De todas formas, quiero comprar unas postales.

Laura sintió su falta de interés y se abrió paso decepcionada entre la multitud de turistas hasta la entrada.

—Vamos —dijo él de repente cuando estuvieron fuera—, tenemos mucho tiempo para comprar postales, vamos a explorar un poco.

Y echó a andar alejándose del camino que los habría llevado de regreso al centro, donde estaban las casitas, los puestos de souvenirs y el flujo de la muchedumbre, y se dirigió hacia un sendero estrecho entre terrenos sin cultivar, al final del cual se veía una especie de corte o canal. La visión del agua, cristalina, pálida, contrastaba apaciblemente con el fiero sol que brillaba sobre sus cabezas.

—No creo que esto lleve a ninguna parte —dijo Laura—. Está embarrado y no podemos sentarnos. Además, hay otras cosas que mencionan en la guía y que deberíamos ver.

—Oh, olvídate de la guía —dijo él impacientemente, tirando de ella para que se sentara a su lado en el ribazo por encima del canal y la rodeó con un brazo—. No es la mejor hora del día para hacer turismo. Mira, hay una rata nadando allí en la otra orilla.

Cogió una piedra, la lanzó ai agua y el animal se sumergió o desapareció de alguna manera, y no quedó nada más que burbujas.

—No —dijo Laura—. Es cruel, pobre animalillo… —De repente, posó la mano en la rodilla de él—. ¿Crees que Christine está ahora sentada junto a nosotros?

John no respondió de inmediato. ¿Qué podía decir? ¿Iban a ser las cosas así a partir de ahora?

—Supongo que sí —dijo lentamente—, si eso es lo que sientes.

Entonces, recordando cómo era Christine antes de la meningitis, imaginó cómo habría corrido excitada por la orilla, quitándose los zapatos de una parada con intención de chapotear en el agua, provocando un ataque de aprensión en Laura. «Cariño, ten cuidado, vuelve aquí…»

—La mujer dijo que parecía tan feliz, sentada a nuestro lado, sonriendo… —dijo Laura. Entonces, se levantó sacudiéndose el vestido, y su estado de ánimo cambió reflejando cierta inquietud—. Venga, regresemos.

John la siguió con el corazón en un puño. Sabía que en realidad ella no quería comprar postales o ver lo que quedaba por ver; quería buscar a las mujeres otra vez, no necesariamente para hablar con ellas, solo para estar cerca. Cuando llegaron a la plaza donde estaban los puestos, advirtió que la multitud de turistas se había reducido, solo quedaban unos cuantos rezagados y las hermanas no estaban entre ellos. Debieron de unirse al grupo principal que llegó a Torcello en el ferri. Le invadió una oleada de alivio.

—Mira, hay un montón de postales en el segundo puesto —dijo rápidamente—, y algunos pañuelos llamativos. Deja que te compre uno.

—Querido, ¡tengo tantos! —protestó ella—. No malgastes las liras.

—No las malgasto. Me apetece comprar. ¿Qué tal una cesta? Ya sabes, nunca tenemos suficientes cestas. O unos encajes. ¿Qué te parecen los encajes?

Laura, riendo, permitió que la llevara hasta el puesto. Mientras rebuscaba entre la mercancía expuesta ante ellos y hablaba con la risueña mujer que la vendía, la cual sonreía aún más al escuchar el terrible italiano de John, este sabía que daría más tiempo a los turistas para que llegaran al embarcadero y subieran al ferri, así las gemelas se perderían de vista y saldrían de sus vidas.

—Nunca —dijo Laura unos veinte minutos más tarde— había visto tantas cosas inútiles en una cesta tan pequeña.

La burbujeante sonrisa de Laura le confirmó que todo iba bien y que no debía preocuparse más, que la hora maldita había pasado. La lancha del hotel Cipriani que los había llevado desde Venecia les esperaba en el embarcadero. Los pasajeros que habían llegado con ellos, los norteamericanos y el hombre del monóculo, ya estaban reunidos. Antes de salir pensaba que el precio por la comida y el transporte de ida y vuelta era indiscutiblemente excesivo. Ahora eso no le importaba lo más mínimo, pero estaba convencido de que la salida a Torcello había sido uno de los mayores errores de estas vacaciones en

Venecia. Montaron en la lancha y se hicieron sitio en la parte abierta. La barca avanzó traqueteando por el canal hacia la laguna. El ferri regular había pasado antes, humeando hacia Murano, mientras que su embarcación pasó de largo San Francesco del Deserto y regresó directamente a Venecia.

John pasó el brazo por los hombros de Laura una vez más y la estrechó contra su cuerpo, y en esta ocasión ella reaccionó sonriéndole., al tiempo que levantaba la mirada hacia él con la cabeza apoyada en su hombro.

—Ha sido un día maravilloso —dijo—. Jamás lo olvidaré, nunca. ¿Sabes, querido? Ahora, por fin, puedo empezar a disfrutar nuestras vacaciones.

John sintió ganas de gritar, aliviado. Todo irá bien, concluyó, que crea lo que quiera, da igual, si le hace feliz. La belleza de Venecia se alzó ante ellos, mudamente recortada sobre el brillante cielo. Quedaba todavía mucho por ver, podrían pasear juntos por las calles, y ahora, gracias al cambio de estado de ánimo de Laura, una vez disipada la sombra, todo sería perfecto. En voz alta, comenzó a hablar sobre la velada que iban a pasar, adonde irían a cenar… no al restaurante al que iban normalmente, cerca del teatro La Fenice, sino a algún lugar distinto, nuevo.

—Sí, pero tiene que ser barato —dijo ella, contagiándose del buen humor de su marido—, porque ya hemos gastado mucho hoy.

Su hotel, cerca del Gran Canal, tenía un aire agradable y acogedor. El recepcionista les sonrió cuando les entregó la llave. El dormitorio les resultaba familiar, como estar en casa, con las cosas de Laura colocadas con orden sobre el tocador, pero estaba rodeado de esa ligera atmósfera festiva de lo extraño, de la excitación que provocan los dormitorios de vacaciones. Esto es nuestro de momento, pero nada más. Mientras estamos en ellos, les damos vida. Cuando nos vamos deja de existir y se difumina en el anonimato. Abrió los dos grifos de la bañera y el agua cayó a chorros mientras ascendía el vapor. «Ahora», pensó, «ahora es el momento de hacer el amor, por fin», y regresó al dormitorio. Ella lo entendió, le abrió los brazos y sonrió. Qué bendito alivio después de tantas semanas de contención.

—La cuestión es —dijo ella después, mientras se colocaba los pendientes frente al espejo— que no tengo mucha hambre. ¿Qué tal si simplemente nos relajamos y tomamos algo en el comedor aquí?

—¡Dios, no! —exclamó él—. ¿Con todas esas parejas horribles en las otras mesas? Me muero de hambre. Y además estoy bastante alegre. Quiero emborracharme.

—Nada de luces brillantes y música, ¿verdad?

—No, no… algún antro pequeño, oscuro e íntimo, algo siniestro, lleno de amantes con las mujeres de otros.

—Hum —dijo Laura, inhalando aire—, ya sabemos lo que eso significa. Tú detectarás a alguna encantadora italiana de dieciséis años y te pasarás echándole sonrisitas durante toda la cena, mientras que yo tendré que pasar el rato contemplando la ancha espalda de algún tipo horroroso.

Salieron riendo a la cálida y suave noche y encontraron magia a su alrededor por todas partes.

—Paseemos —dijo él—. Paseemos, y así hacemos hambre para nuestra pantagruélica cena.

Como era de esperar, acabaron en el Molo, donde las góndolas chapoteaban y bailaban sobre el agua y las luces se fundían con la oscuridad por todas partes. Había otras parejas paseando con el mismo ánimo de puro disfrute, de un lado a otro, sin rumbo, además de los inevitables grupos de marineros, ruidosos y gesticulantes, y las jóvenes de cabello negro que hablaban en susurros al tiempo que sus tacones repiqueteaban sobre el suelo.

—El problema —dijo Laura— es que, una vez que empiezas, caminar por Venecia se vuelve algo compulsivo. Solo hasta el siguiente puente, dices, y luego te animas hasta el siguiente. Estoy segura de que no hay restaurantes por aquí, casi hemos llegado a los jardines públicos donde se celebra la Biennale. Demos la vuelta. Sé que hay un restaurante cerca de San Zaccaria, hay un callejón que conduce hasta allí.

—Te diré lo que haremos —di jo John—: si bajamos aquí por el Arsenal, cruzamos ese puente al final y giramos a la izquierda, llegaremos a San Zaccaria por el otro lado. Lo hicimos la otra mañana.

Sí, pero entonces era de día. Podríamos perdernos, no está bien iluminado.

—No re preocupes. Tengo un instinto especial para estas cosas.

Bajaron por Fondamenta dell’Arsenale y cruzaron el pequeño puente cerca del propio Arsenal, y a continuación dejaron atrás la iglesia de San Martino. Frente a ellos había dos canales, uno a la derecha y otro a la izquierda, con estrechas calles jumo a ellos. John dudó. ¿Por cuál de los dos canales habían paseado el día anterior?

—¿Lo ves? —protestó Laura—, te dije que nos perderíamos.

—Tonterías —respondió John con determinación—. Es el de la izquierda, recuerdo el pequeño puente.

El canal era estrecho, las casas a ambos lados parecían cernirse sobre él. De día, con los reflejos del sol en el agua y las ventanas de las casas abiertas, las colchas sobre los balcones y un canario cantando un una jaula, habían

dado una sensación de refugio cálido y apartado. Ahora, casi en total oscuridad, con las ventanas de las casas cerradas y el agua fría y sucia, la escena parecía del rodo diferente, abandonada y pobre, y las barcas largas y estrechas amarradas a los escalones resbaladizos de las entradas a los sótanos parecían ataúdes.

—Te juro que no recuerdo este puente —dijo Laura, deteniéndose y apoyándose en la barandilla—, y no me gusta nada la pinta de ese callejón del otro lado.

—Hay una farola a medio camino —le dijo John—. Sé exactamente dónde estamos, no muy lejos del barrio griego.

Cruzaron el puente y cuando estaban a punto de adentrarse por el callejón escucharon un grito. Sin duda, procedía de una de las casas de la otra orilla, pero era imposible saber de cuál de ellas. Con las contraventanas cerradas, todas parecían vacías. Se volvieron y miraron en la dirección de donde había llegado el sonido.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Laura.

—Algún borracho —dijo John rápidamente—. Vamos.

Más que un borracho, parecía el sonido de alguien a quien están estrangulando, y el grito ahogado sucumbió al mantener el verdugo la mano firme.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo Laura.

—Oh, por todos los santos —dijo John. ¿Dónde creía que estaban? ¿En Piccadilly?

—Bueno, yo me voy, este lugar es siniestro —replicó ella, y empezó a alejarse a toda prisa por el sinuoso callejón.

John vaciló y en ese momento captó fugazmente una pequeña figura que salió arrastrándose de repente de un sótano situado bajo una de las casas en la orilla opuesta y que luego saltó a una de las estrechas barcazas abajo en el canal. Era una niña, una niña pequeña que no debía de tener más de cinco o seis años, que llevaba un abrigo corto sobre una diminuta falda y una caperuza sobre la cabeza. Había cuatro barcas amarradas, una al lado de la otra, y la niña saltó de una a otra con sorprendente agilidad, intentando, al parecer, escapar. En uno de los saltos se resbaló y John contuvo el aliento, porque se quedó a tan solo unos centímetros del agua al perder el equilibrio. Una vez recuperada, saltó una vez más a la última barca. A continuación se inclinó y tiró de la soga consiguiendo así que la parte trasera de la barca se deslizara por el canal, casi tocando la orilla opuesta y la entrada de otro sótano, a unos diez metros del lugar donde John la observaba. Entonces la

niña volvió a saltar y aterrizó en los escalones del sótano y desapareció en el interior de la casa mientras la barca se deslizaba hasta la mitad del canal a su espalda. La maniobra no debió de durar más de cuatro minutos. En ese momento John escuchó el repiqueteo de unos pasos. Laura había regresado. No había visto nada de aquella escena, por lo cual se sintió indescriptiblemente agradecido. La visión de una niña, una niña pequeña, ante lo que debía de ser una situación peligrosa, el temor a que la escena que John acababa de presenciar pudiera estar conectada con el alarmante grito, podría haber tenido un efecto desastroso en sus ya alterados nervios.

—¿Qué haces? —preguntó ella—. No me atrevo a seguir sin ti. El maldito callejón se divide en dos direcciones distintas.

—Lo siento —respondió él—. Ya voy.

La cogió del brazo y caminaron a paso vivo por el callejón, mientras John adoptaba una aparente confianza que en realidad no tenía.

—No se han escuchado más gritos, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, no —dijo él—, nada. Ya te he dicho que debía de ser algún borracho.

El callejón conducía a un terreno vacío detrás de una iglesia que John no reconoció, y a continuación tomó otra calle y cruzaron otro puente.

—Espera un momento —dijo él—. Creo que tomamos este giro a la derecha. Nos lleva hasta el barrio griego… la iglesia de San Georgio está en algún lugar por esa dirección.

Laura no respondió. Estaba empezando a perder tuda esperanza. Aquel lugar era como un laberinto. Podían estar caminando en círculos toda la eternidad para acabar encontrándose de nuevo cerca del puente donde habían oído el grito. Él la guio tenazmente y, entonces, para su sorpresa y alivio, vio a gente paseando en la calle iluminada que se abría frente a ellos, apareció la aguja de una iglesia y el entorno se le hizo familiar.

—Te lo dije —dijo—. Eso es San Zacearía, lo hemos encontrado. Tu restaurante no debe de estar muy lejos.

Y, de todas formas, habría oíros restaurantes, algún sirio en que cenar. Al menos, allí tenían el alentador brillo de las luces, del movimiento, canales junto a los que paseaba la gente, la atmósfera de un lugar turístico. Las letras «Ristorante» en luces azules brillaban como un faro en el callejón de la izquierda.

—¿Es ese tu restaurante? —preguntó él.

—¡Quién sabe! —dijo ella—. ¿Y qué más da? Comamos allí de todas formas.

Así pues, se adentraron en la oleada de aire caliente y murmullo de voces, el olor a pasta, a vino, los camareros, los clientes apiñados, las risas.

—¿Para dos? Síganme, por favor.

Caramba, pensó John, ¿es que la nacionalidad británica resulta siempre tan evidente? Una mesa pequeña y un menú enorme garabateado con un indescifrable galimatías en tinta azul, mientras el camarero revoloteaba esperando el pedido.

—Dos camparis muy grandes con soda —dijo John—. Luego, miraremos el menú.

No iba a permitir que le metieran prisa. Le pasó el menú a Laura y miró a su alrededor. La mayoría eran italianos… eso significaba que la comida sería buena. Y entonces las vio. En el extremo opuesto del local. Las gemelas. Debieron de entrar casi al mismo tiempo que ellos, porque aún se estaban sentando, dejando los abrigos a un lado, mientras el camarero revoloteaba alrededor de su mesa. A John le asaltó la idea irracional de que aquello no era una coincidencia. Las hermanas les habían visto a ambos fuera, en la calle, y los habían seguido dentro. ¿Por qué, por todos los demonios, habían elegido este lugar en concreto entre todos los locales de Venecia, a menos… a menos que la propia Laura, en Torcello, les hubiera propuesto otro encuentro, o la hermana lo hubiera sugerido? Un pequeño restaurante cerca de la iglesia de San Zacearía, vamos allí a veces a cenar. Fue Laura, antes de iniciar el paseo, quien mencionó San Zaccaria…

Ella seguía atenta al menú, no había visto a las hermanas, pero en cuanto decidiera lo que quería comer levantaría la cabeza y miraría a su alrededor. Si al menos llegaran las bebidas. Si al menos el camarero trajera las bebidas, eso distraería la atención de Laura.

—¿Sabes? Estaba pensando —dijo rápidamente— que deberíamos ir al taller mañana, coger el coche y hacer esa excursión a Padua. Podríamos almorzar en Padua, visitar la catedral, tocar la tumba de San Antonio, ver los frescos de Giotto y regresar cruzando esos pueblos que hay a orillas del Brema y que menciona la guía.

Pero no sirvió de nada. Laura había levantado ya la mirada hacia el restaurante y dejó escapar un gemido de sorpresa. Sonó verdadero. John habría jurado que era verdadero.

—¡Mira! —dijo ella—. ¡Qué extraordinario! ¡Es realmente asombroso!

—¿Que? —preguntó él secamente.

—Están allí. Mis maravillosas y ancianas gemelas. Y además nos han visto. Están mirando hacia aquí.

Laura agitó la mano, radiante y encantada. La hermana con la que había hablado en Torcello saludó bajando la cabeza y sonrió. Falsa y vieja zorra, pensó. Sé que nos han seguido.

—Oh, querido, tengo que ir a hablar con ellas —dijo impulsivamente—, solo para decirles lo feliz que me he sentido rodo el día gracias a ellas.

—¡Oh, por todos los santos! —dijo él—. Mira, las bebidas ya están aquí. Y todavía no hemos pedido la comida. Seguro que puedes esperar hasta más tarde, una vez que hayamos terminado de cenar.

—No tardare ni un segundo —replicó ella— y, de todos formas, yo quiero *scampi*, y nada de primero. Ya te he dicho que no tengo hambre.

Se levantó y, rozando al pasar al camarero que llegaba ya con las bebidas, cruzó el local. Parecía que estuviera saludando a unas queridas amigas de muchos años. Vio cómo se inclinaba por encima de la mesa y estrechaba la mano a ambas, después desplazó hacia atrás una silla que había vacía y se sentó, hablando y sonriendo. Tampoco las hermanas parecían sorprendidas, al menos no la que ella conocía, que asentía y le contestaba, mientras que la hermana ciega permanecía impasible.

De acuerdo, pensó John a la desesperada, entonces seré yo el que se embonadle, y procedió a apurar el campari con soda y pedir otro, mientras señalaba algo ininteligible en el menú para él, pero entonces se acordó de los *scampi* para Laura.

—Y una botella de Soave —añadió—, con hielo.

De todas formas, la velada ya estaba arruinada. Lo que iba a ser una celebración íntima y feliz sería ahora una sesión cargada de visiones espiritistas, la pobre Christine muerta y compartiendo mesa con ellos, lo cual era una total estupidez cuando en la vida terrena la niña habría estado arropada en su cama hacía ya horas.

El regusto amargo del campari acompañaba bien a su estado de ánimo de repentina autocompasión, y durante todo el tiempo se dedicó a observar al grupo de la mesa en el rincón opuesto; Laura escuchaba aparentemente mientras la hermana más activa hablaba largo y tendido y la ciega permanecía en silencio, con los terribles ojos de mirada vacía dirigidos hacia él.

Es una farsante, pensó, no está ciega en absoluto. Ambas son unas farsantes y, después de todo, podrían ser hombres vestidos de mujer, tal como imaginamos en Torcello, y van tras Laura.

Comenzó a sorber su segundo campari con soda. Las dos copas, con el estómago vacío, tuvieron un efecto inmediato. La visión se le nubló. Y Laura continuó sentada en la otra mesa, aportando una pregunta de vez en cuando,

mientras la hermana activa hablaba. El camarero apareció con los *scampi* y con un compañero a su lado para servir el plato que había elegido John, que era algo del todo irreconocible, coronado con una salsa morada.

—¿La *signora* no viene? —preguntó el primer camarero, y John negó moviendo la cabeza con expresión seria, mientras señalaba con un dedo tembloroso hacia el otro extremo del local.

—Dígale a la *signora* —dijo cuidadosamente— que sus *scampi* se van a enfriar.

Miró el plato colocado ante él y lo pinchó delicadamente con un tenedor. La pálida salsa se disolvió revelando dos enormes tajadas redondas de lo que parecía ser cerdo cocido adobado con ajo. Pinchó un trozo con el tenedor, se lo llevó a la boca y masticó, y sí, era cerdo, humeante, grasiento, con un sabor dulzón por efecto de la salsa picante. Dejó a un lado el tenedor, apartó el plato y advirtió que Laura cruzaba ahora la sala y se sentaba junto a él. Ella no dijo nada, lo cual le pareció a John estupendo, porque estaba demasiado cerca de la náusea para responder. No era solo la bebida, sino una reacción a todo el día de pesadilla. Laura empezó a comerse sus *scampi*, todavía en silencio. No pareció darse cuenta de que él no comía. El camarero, revoloteando junto a su hombro, nervioso, pareció reparar en que John había cometido un error en su elección y retiró discretamente el plato.

—Tráigame una ensalada verde —murmuró John, e incluso así Laura no pareció sorprendida, ni, como hubiera hecho en circunstancias normales, le recriminó por haber bebido demasiado. Finalmente, cuando hubo acabado sus *scampi* y tomaba un sorbo de vino, que John había rechazado para mordisquear su ensalada en pequeños bocados como un conejo enfermo, se decidió a hablar.

—Querido —le dijo—, sé que no vas a creerme y de alguna manera resulta aterrador, pero después de que dejaran el restaurante de Torcello las hermanas fueron a la catedral, como nosotros, aunque no las vimos entre la multitud, y la ciega tuvo otra visión. Dijo que Christine estaba intentando decirle algo sobre nosotros, que estaríamos en peligro si nos quedábamos en Venecia. Christine quería que nos fuéramos de aquí lo antes posible.

Así que se trata de eso, pensó. Creen que pueden decidir sobre nuestras vidas. Este va a ser nuestro problema a partir de ahora. ¿Comemos? ¿Nos levantamos? ¿Nos vamos a la cama? Debemos contactar con las hermanas gemelas. Ellas nos dirán qué hacer.

—Bien —dijo ella—, ¿por qué no dices nada?

—Porque —respondió— tienes toda la razón, no lo creo. Honestamente, tus dos ancianas hermanas mu parecen un par de locas, como mínimo. Sin duda, son unas desequilibradas y siento si esto te hiere, pero la verdad es que han dado con una ingenua al encontrarte.

—No estás siendo justo —dijo Laura—. Son auténticas, lo sé. Simplemente, lo sé. Son completamente sinceras en lo que dicen.

—De acuerdo. Lo acepto. Son sinceras. Pero eso no las hace mentalmente equilibradas. En serio, querida, conoces a esa anciana durante diez minutos en el baño, te dice que ve a Christine sentada junto a nosotros… Bueno, cualquiera con ciertas dotes telepáticas podría leer tu inconsciente en un segundo… y, entonces, complacida por el acierto, como lo estaría cualquier viejo experto psíquico, se saca de la manga otro trance de éxtasis y nos quieren echar lucra de Venecia. Bueno, lo siento, pero al diablo con todo esto.

La habitación había dejado de dar vueltas. La ira le había devuelto a su estado de sobriedad. Si no fuera porque avergonzaría a Laura, en ese instante se levantaría, cruzaría la sala hasta su mesa e sugeriría a las dos viejas locas que se marcharan.

—Sabía que te lo tomarías así —dijo Laura, apenada—. Les dije que pasaría. Dijeron que no me preocupara. Que siempre que dejáramos Venecia mañana, todo iría bien.

—Oh, por amor de Dios —dijo John.

Cambió de idea y se sirvió una copa de vino.

—Después de todo —continuó Laura—, ya hemos visto lo mejor de Venecia. No me importa ir a algún otro lugar. Y si nos quedáramos… sé que suena estúpido, pero seguro que me corroería por dentro y no dejaría de pensar en nuestra querida Christine, tan infeliz, intentando decirnos que nos vayamos.

—De acuerdo —dijo John con una calma inquietante—, pues ya está decidido. Nos iremos. Sugiero que vayamos al hotel directamente e informemos en la recepción de que nos marchamos por la mañana. ¿Ya has comido suficiente?

—Oh, querido —suspiró Laura—, no te lo tomes de esa manera. Mira, ¿por qué no vienes conmigo y las conoces, y así pueden explicarte la visión? Quizás así te lo tomes en serio. Especialmente porque es a ti a quien más concierne. Christine está más preocupada por ti que por mí. Y lo más extraordinario es que la hermana ciega dice que tú tienes capacidades psíquicas, y que no lo sabes. Estás en conexión con el más allá, y yo no.

—Bueno, esto es lo que faltaba —dijo John—. Yo tengo poderes psíquicos, ¿no? Estupendo. Mi intuición psíquica me dice que salgamos de este restaurante ahora mismo y decidamos qué hacer sobre lo de irnos de Venecia cuando regresemos al hotel.

Hizo una señal al camarero pidiéndole la cuenta y esperaron a que la trajera, sin hablarse; Laura apenada, trasteando en su bolso, mientras que John echaba miradas furtivas a la mesa de las gemelas y observaba que comían de platos con una montaña de espaguetis de una manera muy poco psíquica. Una vez pagada la cuenta, John echó hacia atrás su asiento.

—De acuerdo. ¿Estás lista? —preguntó.

—Voy a despedirme de ellas primero —dijo Laura con un rictus de malhumor en los labios, que le recordó al instante, con una punzada, a su pobre niña muerta.

—Como prefieras —replicó él, y se adelantó a ella para salir del restaurante sin echar la vista atrás.

La suave humedad de la noche, que resultaba tan agradable antes para pasear, se había transformado en lluvia. Los turistas se habían esfumado. Una o dos personas corrían bajo paraguas. Esto es lo que ven los habitantes de este lugar, pensó. Esta es la vida de verdad. Calles vacías por la noche, la oscura quietud del canal estancado bajo las casas cerradas. El resto es una brillante fachada para mostrar al visitante, reluciente a la luz del sol.

Laura se unió a el y se alejaron de allí juntos en silencio, y tras salir por un lateral del palacio ducal, llegaron a la plaza de San Marcos. Ahora llovía copiosamente, asi que buscaron un refugio jumo a los pocos rezagados bajo los soportales. Las orquestas ya habían acabado su turno de noche. Las mesas estaban vacías. Las sillas habían sido colocadas boca abajo.

Los expertos tienen razón, pensó John, Venecia se hunde. Toda la ciudad agoniza lentamente. Algún día los turistas viajarán aquí en barco para mirar bajo las aguas y verán los pilares, las columnas y los mármoles lejos a sus pies, un inframundo de piedra perdido y revelado unos breves instantes bajo el fango y el barro. Sus tacones repiqueteaban sobre el pavimento y la lluvia les salpicaba desde los canalones de los tejados. Un bonito final para una velada que había comenzado con una esperanzada felicidad e inocencia.

Cuando llegaron al hotel, Laura fue directamente al ascensor y John se dirigió al mostrador para pedir la llave al porrero de noche. El hombre le entregó al mismo tiempo un telegrama y John lo examinó unos segundos. Laura ya estaba en el ascensor. Abrió el sobre y leyó el mensaje. Era del director del colegio privado de Johnnie.

JOHNNIE ESTA EN OBSERVACIÓN POR POSIBLE APENDICITIS EN El HOSPITAL DE LA CIUDAD. NO HAY MOTIVO DE ALARMA, PERO EL MÉDICO CREE CONVENIENTE AVISARLES.

CHARLES HILL

Leyó el mensaje dos veces y luego se dirigió despacio al ascensor, donde Laura lo esperaba. Le dio el telegrama.

—Ha llegado esto cuando estábamos fuera —dijo—. No son noticias buenas.

Presionó el botón del ascensor mientras ella leía el telegrama. El ascensor se detuvo en la segunda planta y salieron.

—Bueno, pues ya está decidido, ¿no? —dijo ella—. Aquí está la prueba. Tenemos que dejar Venecia porque regresamos a casa. Es Johnnie quien está en peligro, no nosotros. Esto es lo que Christine estaba intentando decir a las gemelas.

Lo primero que hizo John por la mañana fue solicitar comunicación telefónica con el director del colegio privado. Luego avisó de su partida al jefe de recepción e hicieron las maletas mientras esperaban la llamada. Ninguno de ellos se refirió a los acontecimientos del día anterior, no era necesario. John sabía que la llegada del telegrama y la admonición de peligro de las hermanas eran una coincidencia, nada más, pero era inútil empezar una discusión sobre ello. Laura estaba convencida de lo contrario, pero sabía de forma intuitiva que era mejor callar sus sentimientos al respecto. Durante el desayuno hablaron de la forma y el medio de transporte para regresar a casa. Podían embarcar ellos y el coche en un tren de pasajeros especial desde Milán hasta Calais, porque aún estaban a principios de temporada. En cualquier caso, el director había dicho que no había urgencia.

La llamada de Inglaterra llegó cuando John estaba en el baño. Laura respondió. John entró en el dormitorio unos minutos más tarde. Ella seguía hablando, pero por la expresión de los ojos de Laura supo que estaba nerviosa.

—Es la señora Hill —dijo—. El señor Hill está en clase. Dice que han informado del hospital que Johnnie ha pasado una noche agitada y que el médico quizás tenga que operar, pero no quiere hacerlo a menos que sea absolutamente necesario. Le han hecho una radiografía y el apéndice se encuentra en una posición complicada, no va a ser sencillo.

—Pásame la llamada —dijo él.

La voz tranquilizadora pero ligeramente cauta de la esposa del director sonó en el auricular.

—Lamento tanto que esto pueda estropear sus planes —dijo—, pero tanto Charles como yo pensamos que debíamos informarles y que podrían sentirse un poco más tranquilos si están presentes. Johnnie es un chico muy valiente, pero, por supuesto, tiene algo de fiebre. El médico dice que es normal teniendo en cuenta las circunstancias. Por lo visto, en ocasiones el apéndice puede desplazarse y esto lo complica todo. Va a decidir si operar o no esta noche.

—Sí, por supuesto, lo entendemos perfectamente —dijo John.

—Por favor, dígale a su esposa que no se preocupe demasiado —continuó —. El hospital es excelente, el personal es muy agradable y confiamos plenamente en el cirujano.

—Sí —dijo John—, sí.

Hizo una pausa porque Laura estaba gesticulando junto a él.

—Si no podemos embarcar el coche en el tren, puedo coger un vuelo —dijo ella—. Estoy segura de que podrán encontrarme asiento en algún avión. Así, al menos uno de nosotros estará allí esta noche.

El asintió mostrando su acuerdo.

—Muchas gracias, señora Hill —dijo—, nos las arreglaremos para regresar sin problemas. Sí, estoy seguro de que Johnnie está en buenas manos. Agradézcaselo a su esposo de nuestra parte. Adiós.

Colgó el teléfono y miró a su alrededor… las camas deshechas, las maletas en el suelo, pañuelos de papel esparcidos. Canastas, mapas, libros, abrigos, todo lo que llevaban en el coche.

—Oh, Dios mío —dijo—, qué desastre, todos estos trastos.

El teléfono volvió a sonar. Era el recepcionista del vestíbulo para informarles de que había logrado reservar un coche cama para ambos en el tren y espacio para el coche la noche siguiente.

—Escuche —dijo Laura, que había descolgado el teléfono—, ¿podría reservar una plaza en el avión de mediodía a Londres para mí, por favor? Es necesario que uno de los dos llegue a casa esta noche. Mi marido puede salir con el coche mañana.

—Un momento, espera —interrumpió John—. No es necesario que nos dejemos llevar por el pánico. Seguro que veinticuatro horas no importan demasiado.

La ansiedad había empalidecido el rostro de Laura. Se volvió hacia él, alterada.

—Puede que a ti no te importe, pero a mí sí que me importa —dijo ella—. Ya he perdido un hijo y no voy a perder otro.

—De acuerdo, querida, de acuerdo…

Extendió la mano hacia ella, pero la apartó con un gesto impaciente y continuó dando instrucciones al recepcionista. John volvió con las maletas. De nada servía hablar. Mejor hacer lo que ella quería. Por supuesto, ambos podían ir en avión y luego, cuando todo volviera a la normalidad y Johnnie mejorara, él podía volver, recoger el coche y regresar por Francia tal como habían llegado. Pero eso sería muy fatigoso y un gasto tremendo. Ya era bastante malo que Laura tuviera que volar y él ir con el coche en el tren desde Milán.

—Podemos ir los dos en avión, si quieres —dijo en tono dubitativo, intentando explicar la idea que acababa de ocurrírsele, pero Laura no quiso ni oír hablar de ello.

—Sería absurdo —dijo con impaciencia—. Lo único que importa es que yo esté allí esta noche y que tú vengas luego en tren. Además, necesitaremos el coche para ir y venir del hospital. Y nuestro equipaje. No podemos marcharnos y dejar todo esto aquí.

No, John sabía que tenía razón. Era una idea estúpida. Solo que… bueno, estaba preocupado por Johnnie al igual que ella, aunque no iba a decírselo.

—Voy a bajar para presionar al recepcionista —dijo Laura—. Siempre se esfuerzan más si estás presente. Todo lo que necesito para el viaje está en la maleta. Me basta con el bolso de mano. Tú puedes traer el resto en el coche.

Laura no llevaba fuera del dormitorio ni cinco minutos cuando el teléfono sonó. Era Laura:

—Cariño —dijo—, no podría haber ido mejor. El recepcionista me ha conseguido un vuelo chárter que sale de Venecia en menos de una hora. Una lancha a motor especial lleva al grupo directamente desde San Marcos en unos diez minutos. Un pasajero del vuelo chárter canceló su billete. Estaré en Gatwick en menos de cuatro horas.

—Bajaré ahora mismo —dijo él.

Se unió a ella en el mostrador de recepción. Ya no se la veía ansiosa ni demacrada, sino llena de determinación. Se había puesto en marcha. John deseaba ir con ella. No podría soportar quedarse en Venecia cuando ella se hubiera ido, pero la idea de conducir a Milán, pasar allí la noche solo en un inhóspito hotel, el interminable y pesado día que seguiría y las muchas horas

un tren de la noche siguiente, le producían una intolerable depresión, aparre del nerviosismo que ya sentía por Johnnie. Caminaron hasta el embarcadero de San Marcos, el Molo resplandecía después de la lluvia, soplaba una suave brisa, que hacía ondear las postales, los pañuelos y los souvenirs de los tenderetes, y los propios turistas paseaban satisfechos ante el feliz día que les esperaba.

Tu llamaré esta noche desde Milán —dijo—. Los Hill te proporcionarán una cama, supongo. Y si estás en el hospital, podrán informarme de cómo evoluciona todo. Ese debe de ser el grupo de tu chárter. ¡Ve con ellos!

Los pasajeros que descendían ahora desde el embarcadero a la lancha llevaban equipaje de mano con etiquetas de la Unión Jack. La mayoría eran de mediana edad, y dos ministros metodistas parecían estar al cargo. Uno de ellos se acercó a Laura ofreciéndole la mano y mostrándole una brillante hilera de dientes al sonreír.

Usted debe de ser la dama que va a unirse a nosotros en el vuelo a casa —dijo—. Bienvenida a bordo, y a la Unión de la Hermandad. Estamos complacidos de conocerla. Lamentamos que no quedara una plaza libre para su maridito.

Laura se volvió rápidamente y le dio un beso a John, al tiempo que un temblor en la comisura de la boca delataba la risa contenida.

—¿Crees que se pondrán a cantar himnos? —susurró—. Cuídate, maridito. Llámame esta noche.

El piloto hizo sonar la bocina y un segundo más tarde Laura había montado en la lancha y estaba de pie entre el grupo de pasajeros, agitando la mano y con el abrigo escarlata convertido en un borrón de color entre los trajes más sobrios de sus compañeros. El piloto hizo sonar de nuevo la bocina y la lancha se separó del embarcadero, mientras John permanecía allí mirándola con una sensación de inmensa pérdida en el corazón. Luego se dio media vuelta y se dirigió al hotel, desolado, ajeno al radiante día que le rodeaba.

Mientras echaba un vistazo al dormitorio del hotel, pensó que no había nada que produjera tanta melancolía como una habitación desocupada, especialmente cuando las señales recientes de ocupación seguían aún visibles a su alrededor. Las maletas de Laura estaban encima de la cama, y un segundo abrigo que se había dejado. Rastros de colorete en el tocador. Un pañuelo de papel con una mancha de carmín dentro de la papelera. Incluso un viejo tubo de dentífrico apretado y seco en el estante de cristal sobre el lavabo. Los sonidos del tráfico desordenado en el Gran Canal penetraban

como siempre por la ventana abierta, pero Laura ya no estaba allí para escucharlo, ni para contemplarlo desde el pequeño balcón. El placer había desaparecido. Y los sentimientos también.

John terminó de hacer el equipaje, lo dejó preparado para que lo recogieran y bajó a pagar la cuenta. El recepcionista estaba recibiendo nuevos huéspedes. Había gente sentada en la terraza con vistas al Gran Canal leyendo el periódico, todo el día por delante aún para hacer planes.

John decidió comer pronto, allí en la terraza, en terreno conocido, para que luego el botones llevara el equipaje a uno de los ferris que navegaban entre San Marcos y Porta Roma, donde estaba aparcado el coche. La frustrada cena de la noche anterior le había dejado vacío y estaba preparado para devorar el carrito de aperitivos que le ofrecieron hacia el mediodía. Pero incluso en esto había un cambio. El *maître*, su amigo especial, libraba ese día y la mesa donde solían sentarse estaba ocupada por nuevos huéspedes, una pareja de luna de miel, se dijo a sí mismo con amargura al observar la felicidad y las sonrisas, mientras le conducían a una pequeña mesa de una plaza junto a un búcaro de flores.

Ya estará volando, pensó John, ya está en camino, e intentó imaginarse a Laura sentada entre los ministros metodistas, hablándoles sin duda acerca de Johnnie y su ingreso en el hospital, y solo Dios sabe qué más. Bueno, de todas formas, las hermanas gemelas podían descansar en paz con sus percepciones psíquicas. Sus deseos se habían cumplido.

Terminado el almuerzo, no tenía sentido demorarse tomando un café en la terraza. Deseaba marcharse lo antes posible, recoger el coche y partir hacia Milán. Se despidió en el mostrador de recepción y, escoltado por el botones que había amontonado el equipaje en un carrito de maletas, echó a andar de nuevo hacia el embarcadero de San Marcos, Cuando embarcó en el ferri con el equipaje apilado junto a él, una multitud de gente se empujaba haciéndose sitio a su alrededor y sintió una momentánea punzada de melancolía por dejar Venecia. ¿Cuándo regresarían, si es que regresaban alguna vez? El ano próximo… dentro de tres años… La vio por primera vez durante la luna de miel, hacía ya diez afros, y luego una segunda visita, *en passant*, antes de un crucero, y ahora estos últimos diez días frustrados, que habían acabado tan abruptamente.

El agua centelleaba a la luz del sol, los edificios brillaban, los turistas con gafas de sol marchaban arriba y abajo del Molo que se alejaba rápidamente, la terraza del hotel ya se había perdido de vista mientras el ferri avanzaba tambaleante por el Gran Canal. Tantas imágenes que captar y guardar, las

familiares y amadas fachadas., los balcones, las ventanas, el agua golpeando contra los escalones de los sótanos de los palacios decadentes, la pequeña casa roja donde vivió D'Annunzio, con su jardín; nuestra casa, como Laura la llamaba fingiendo que era de ellos… Pronto el ferri viraría a la izquierda, para ir directo a Piazzale Roma, perdiéndose así lo mejor del Canal, el Rialto, los palacios situados más allá.

Otro ferri se cruzó con ellos en dirección opuesta, lleno de pasajeros, y durante un breve y absurdo instante deseó poder cambiar de lugar, estar entre los felices turistas que iban en dirección a Venecia y todo lo que acababa de dejar atrás. Entonces la vio. Laura, con su abrigo color escarlata y las dos gemelas a su lado, la hermana activa con la mano posada en el brazo de Laura, hablando con ella gravemente, y la propia Laura, con el cabello ondeando al viento, gesticulando, y en su rostro una expresión de angustia. John la observó, atónito, demasiado asombrado para gritar o agitar la mano y, de todas formas, no habrían podido verle u oírle, pues su ferri ya había pasado y se alejaba en dirección opuesta.

¿Qué demonios había pasado? Debió de haber algún tipo de problema con el vuelo y no llegó a despegar, pero, en ese caso, ¿por qué Laura no le había telefoneado al hotel? ¿Y qué hacían esas malditas hermanas? ¿Se las había encontrado en el aeropuerto? ¿Era una coincidencia? ¿Y por que parecía tan angustiada? No se le ocurría ninguna explicación. Tal vez habían cancelado el vuelo. Por supuesto, Laura iría directamente al hotel, esperando encontrarle allí, intentando, sin duda, regresar con él en coche a Milán y tomar el tren la noche siguiente. Qué maldita confusión. Lo único que podía hacer era llamar al hotel en cuanto su ferri llegara a Piazzale Roma y decirle que le esperara… que regresaría a recogerla. En cuanto a las malditas y entrometidas hermanas, bien podían irse a cardar lana.

Cuando el ferri llegó al embarcadero se produjo la típica estampida de pasajeros. Tuvo que encontrar un mozo de estación para recoger su equipaje y luego esperar hasta encontrar un teléfono. Tener que rebuscar monedas y el número del hotel hicieron que se demorara aún más. Por fin, logró que le pasaran la llamada y, afortunadamente, el recepcionista del hotel que conocía seguía todavía allí.

—Mire, ha habido una terrible confusión —empezó, y le explicó que Laura estaba en esos momentos de regreso al hotel… la había visto con dos amigas en uno de los ferris. ¿Podría el recepcionista explicárselo a ella y decirle que esperara? El estaría de vuelta en el siguiente ferri disponible para

recogerla—. En cualquier caso, reténgala —dijo—. Iré allí tan rápido como pueda.

El recepcionista le entendió perfectamente y John colgó.

Gracias a Dios Laura no había aparecido antes de que él hiciera la llamada, o le habrían informado de que estaba de camino a Milán. El portamaletas seguía esperando con su equipaje y parecía más sencillo ir con él hasta el garaje, dejar las maletas a cargo de la oficina que había allí y pedirles que las guardaran durante una hora, cuando él regresaría con su mujer para recoger el coche. Luego volvió al embarcadero para esperar al siguiente ferri a Venecia. Los minutos pasaban lentamente y no dejaba de preguntarse qué contratiempo habría surgido en el aeropuerto y por qué demonios Laura no le había telefoneado. No servía de nada perder el tiempo con conjeturas. Ella le contaría rodo en el hotel. Pero algo era seguro: no iba a permitir que Laura y él cargaran con las hermanas, ni que se vieran arrastrados en sus asuntos. Podía imaginarse a Laura diciendo que ellas también habían perdido su vuelo y que si podían llevarlas a Milán.

finalmente, el ferri llegó al embarcadero y subió a bordo. ¡Qué momento más anticlimático, pasar de nuevo ante las conocidas vistas de las que acababa de despedirse con tanta nostalgia hacía solo un raro! Ni siquiera miró a su alrededor en esta ocasión, tantas ansias tenía de llegar a su destino. En San Marcos había más gente que nunca, la multitud de la tarde avanzaba apiñada y lodos ellos parecían empeñados en disfrutar.

Llegó al hotel y empujó la puerta giratoria esperando ver a Laura y posiblemente a las hermanas aguardándole en el salón, a la izquierda de la entrada. No estaba allí. Se acercó al mostrador de recepción. El recepcionista con el que había hablado estaba allí, conversando con el director.

—¿Ha llegado mi mujer? —preguntó John.

—No, señor, todavía no.

—Qué extraño. ¿Está seguro?

Completamente seguro, señor. Llevo aquí desde que telefoneó usted a las dos menos cuarto. No he abandonado el mostrador.

—No lo entiendo. Iba en uno de los *vaporetti* por delante de la Accademia. Debió de desembarcar en San Marcos unos cinco minutos más tarde y venir aquí.

El recepcionista parecía desconcertado.

—No sé qué responderle… ¿Y dice que la *signara* estaba con unas amigas?

—Sí, bueno, conocidas. Dos damas a las que. conocimos en Torcello ayer. Me sorprendió verla con ellas en el *vaporetto* y, por supuesto, supuse que el vuelo había sido cancelado y que de alguna manera coincidieron en el aeropuerto y decidió regresar con ellas aquí, para encontrarse conmigo antes de que me fuera.

Oh, demonios, ¿qué estaba haciendo Laura? Eran más de las tres. Era cuestión de minutos llegar desde el embarcadero de San Marcos hasta el hotel.

—Tal vez la *signara* se marchó al hotel de sus amigas. ¿Sabe dónde se hospedan?

—No —respondió John—, no tengo ni la más mínima idea. Lo que es más, ni siquiera sé los nombres de las dos damas. Eran hermanas gemelas, de hecho, parecían iguales. Pero, de todas formas, ¿por qué ir a su hotel y no aquí?

La puerta giratoria se abrió, pero no era Laura. Dos huéspedes del hotel.

El director intervino entonces en la conversación.

—Le diré lo que haremos —dijo—. Telefonearé al aeropuerto y comprobaré el vuelo. Así al menos llegaremos a algún sitio.

Sonrió como pidiendo disculpas. No era normal que los planes salieran tan mal.

—Sí, hágalo —dijo John—. Será mejor que sepamos lo que ha pasado allí.

Encendió un cigarrillo y se puso a andar de un lado a otro del vestíbulo. Qué maldito lío. Y qué impropio de Laura, que sabía que él saldría hacia Milán después del almuerzo… de hecho, por lo que ella sabía, podría haberse ido antes. Pero, en ese caso, a la llegada del aeropuerto ella le habría telefoneado enseguida si el vuelo hubiera sido cancelado. El director tardó un siglo en hacer la llamada, tuvieron que conectarlo con otra línea y su italiano era demasiado rápido para que John pudiera seguir la conversación. Finalmente, colgó el auricular.

—Resulta de lo más misterioso, señor —dijo—. El vuelo chárter no se retrasó, despegó a la hora con todos los pasajeros. Por lo que pudieron decirme, no hubo ningún contratiempo. La *signora* simplemente debió de cambiar de idea —y le sonrió con una expresión más marcada de disculpas en su rostro.

—Cambió de idea… —repitió John—. Pero ¿por qué diablos liaría algo así? Estaba ansiosa por llegar a casa esta noche.

El director se encogió de hombros,

—Ya sabe cómo pueden llegar a ser las mujeres, señor —dijo—. Su esposa tal vez pensó que, después de todo, prefería tomar el tren en Milán con usted. Pero le aseguro que la compañía del chárter es de lo más responsable y era un avión Caravelle, totalmente seguro.

—Sí, sí —replicó John con impaciencia—. No critico la gestión de ustedes en absoluto. Es solo que no llego a comprender qué le ha hecho cambiar de idea, a menos que esa idea fuera encontrarse con estas dos damas.

El director permaneció en silencio. No se le ocurría qué más podía decir. El recepcionista parecía igualmente preocupado.

—¿Sería posible —sugirió—, que cometiera un error y no fuera la *signora* a quien vio en el *vaporetto*?

—Oh, no —contestó John—, era mi esposa, se lo aseguro. Llevaba el abrigo rojo, sin sombrero, tal como iba cuando su marchó de aquí. La vi tan claramente como puedo verle a usted ahora. Lo juraría ante un tribunal.

—Es una pena —dijo el director— que no sepamos el nombre de las dos damas, o el hotel donde están alojadas. ¿Y dice que conocieron a estas dos damas en Torcello ayer?

—Sí… pero solo durante un rato. Ellas no iban a quedarse allí. Al menos, estoy seguro de que no lo hicieron. Las vimos a la hora de la cena en Venecia, más Larde.

—Discúlpeme…

Unos huéspedes llegaban con el equipaje para alojarse en el hotel y el recepcionista se vio obligado a atenderles. John se volvió desesperado al director.

—¿Cree usted que serviría de algo telefonear al hotel de Torcello por si supieran el nombre de las damas o el lugar donde se alojaban en Venecia?

—Podemos intentarlo —respondió el director—. Hay pocas esperanzas, pero podemos intentarlo.

John reanudó sus nerviosos paseos de un lado a otro, sin apartar la mirada de la puerta giratoria, esperando, rogando por divisar el abrigo rojo y ver entrar a Laura. De nuevo, siguió lo que le pareció tina conversación telefónica interminable entre el director y alguien en el hotel de Torcello.

—Háblele de las dos hermanas —dijo John—, dos damas ancianas vestidas de gris, ambas exactamente iguales. Una de ellas es ciega —añadió.

El director asintió. Obviamente estaba haciendo una descripción detallada. Sin embargo, cuando colgó el teléfono, negó con la cabeza.

—El director de Torcello dice que recuerda a las dos damas muy bien —dijo a John—, pero solo estuvieron allí para comer. No dejaron sus nombres.

—Bueno, pues ya está. No podemos hacer nada más que esperar.

John encendió su tercer cigarrillo y salió a la terraza para proseguir con sus nerviosos paseos allí. Miró hacia la otra orilla del canal, escrutando las cabezas de las personas que pasaban en barcos de vapor, en lanchas motoras e incluso en las deslizantes góndolas. Los minutos iban pasando en su reloj y ni rastro de Laura. Le invadió un presentimiento terrible de que, de alguna manera, todo aquello había sido premeditado, que Laura jamás tuvo intención de tomar ese avión, que la noche anterior en el restaurante lo organizó todo con las hermanas. Oh, Dios mío, pensó, eso es imposible, me estoy volviendo paranoico… Y, sin embargo, ¿por qué? ¿Por qué? No, lo más probable es que el encuentro en el aeropuerto fuera fortuito y por alguna razón increíble habían convencido a Laura de que no embarcara en el avión, e incluso impidieron que lo tomara, sacándose de la manga alguna de sus visiones psíquicas, que el avión iba a colisionar, que debía regresar con ellas a Venecia. Y Laura, en su estado sensible, sintió que tenían razón y se lo tragó todo sin cuestionar nada.

Pero, admitiendo estas posibilidades, ¿por qué no había acudido al hotel? ¿Qué estaba haciendo? Las cuatro, las cuatro y media, el sol ya no se reflejaba en el agua. Regresó al mostrador de recepción.

—No puedo quedarme aquí esperando —dijo— Aunque aparezca finalmente, no llegaremos a tiempo a Milán esta noche. Puede que la vea paseando con estas damas en la plaza de San Marcos, o en otro sitio. Si llega mientras estoy fuera, ¿podrían explicárselo?

El recepcionista estaba muy afectado.

—Por supuesto, señor —dijo—. Es una gran preocupación para usted, señor. ¿Sería aconsejable tal vez que le reservemos habitación aquí esta noche?

John hizo un gesto de desesperación.

—Tal vez, sí, no lo sé. Quizás…

Salió por la puerta giratoria y echó a caminar hacia la plaza de San Marcos. Miró todos los escaparates de los soportales, cruzó la plaza una docena de veces, se abrió paso entre las mesas delante del Florian, delante del Quadri, sabiendo que el abrigo rojo de Laura y la singular apariencia de las hermanas gemelas eran fáciles de detectar, incluso entre aquel gentío en movimiento, pero no había rastro de ellas. Se unió a la muchedumbre de compradores de la Mercerie, codo con codo con los haraganes, rateros, mirones de escaparates, sabiendo instintivamente que era inútil, que ellas no iban a estar allí. ¿Por que Laura habría perdido a propósito su vuelo para

regresar a Venecia con semejante fin? E incluso si lo hubiera hecho, por alguna razón que no era capaz de imaginar, sin duda habría ido primero al hotel para encontrarse con él.

Lo único que le quedaba por hacer era intentar localizar a las hermanas. Su hotel debía de estar entre los cientos de hoteles y pensiones desperdigados por Venecia, o incluso en la otra orilla, en las Zattere, o más allá, en la Giudecca. Aunque estas últimas posibilidades parecían un tanto remotas. Lo más probable es que estuvieran alojadas en algún hotel pequeño o pensión en algún lugar cerca de San Zaccaria, no lejos del restaurante donde cenaron la noche anterior. La ciega sin duda no podía alejarse mucho por las noches. Había sido un idiota al no haber pensado en ello ames, así que dio media vuelta y se alejó rápidamente del iluminado distrito comercial, en dirección al barrio de calles más estrechas y casas más apiñadas en el que habían cenado la noche anterior. Encontró el restaurante sin mucha dificultad, pero todavía no habían abierto para las cenas y el camarero que estaba preparando las mesas no era el mismo que les había atendido. John le pidió ver al *padrone* y el camarero desapareció en las profundidades del local. Regresó un par de minutos más tarde con el propietario, un tanto desaliñado en mangas de camisa, pillado en un momento relajado y vestido de manera informal.

—Cené aquí anoche —explicó John—. Había dos damas sentadas a una mesa del rincón.

Señaló el lugar.

—¿Desea reservar mesa para esta noche? —preguntó el propietario.

—No —dijo John—. No, había dos damas allí anoche, dos hermanas, *due sorelle*, gemelas, *gemelle*. —¿Cuál era la palabra para gemelas?—. ¿Se acuerda? Dos damas, *sorelle vecchie*.

—Ah —dijo el hombre—, *si, si, signare, la povera signorina* —se llevó las manos a los ojos para fingir ceguera—. Sí, recuerdo.

—¿Conoce sus nombres? —preguntó John—. ¿Dónde se hospedaban? Tengo necesidad de encontrarlas.

El propietario abrió las manos en un gesto de pesar.

—Lo siento mucho, *signore*, no conozco los nombres de las *signorine*, han estado aquí una o dos veces, quizás para la cena, no dicen dónde están alojadas. Si vuelve usted esta noche, tal vez podrían estar aquí. ¿Le gustaría reservar una mesa?

Señaló a su alrededor, sugiriendo que eligiera la mesa que le apeteciera para una futura cena, pero John negó con la cabeza.

—Gracias, no. Puede que cene en otro lugar. Lamento haberle molestado. Si las *signarme* vinieran… —hizo una pausa—, puede que regrese más tarde —añadió—. No estoy seguro.

El propietario se inclinó respetuosamente y caminó con él a la entrada.

—En Venecia todo el mundo se conoce —dijo sonriendo—. Es posible que el *signare* encuentre a sus amigas esta noche. *Arrivederci, signore*.

¿Amigas? John salió a la calle. Más bien secuestradoras… El nerviosismo su había convertido en miedo, y el miedo en pánico. Algo había salido terriblemente mal. Esas mujeres tenían a Laura, se habían aprovechado de su propensión actual a la sugestión, la habían inducido a que fuera con ellas, o bien a su hotel o a otro lugar. ¿Debería acudir al consulado? ¿Dónde estaba? ¿Qué iba a decir cuando llegara allí? Echó a caminal sin rumbo, y se encontró, como la noche anterior, en calles que no conocía y, de repente, llegó a un edificio en cuya parte superior figuraba la palabra *Questura*. Ya está bien, pensó. Me da igual, algo ha ocurrido. Voy a entrar. Había un grupo de policías uniformados entrando y saliendo; un cualquier caso, el lugar se veía lleno de actividad; se dirigió a uno de ellos que se encontraba al otro lado de un cristal de seguridad y preguntó si alguien hablaba inglés. El hombre señaló un tramo de escaleras y John subió, entró por una puerta a su derecha y allí vio que otra pareja estaba sentada, esperando, y con alivio los reconoció como compatriotas, turistas, obviamente marido y mujer, metidos en algún tipo de problema.

—Pase y siéntese —dijo el hombre—. Llevamos media hora esperando, pero ya no pueden tardar mucho más. ¡Menudo país! No nos dejarían así tirados en casa.

John tomó el cigarrillo que le ofrecía y encomió una silla junto a ellos.

—¿Cuál es su problema? —preguntó.

—A mi esposa le han robado el bolso en una de las tiendas de la Mercerie —dijo el hombre—. Lo dejó apoyado tan solo un momento para mirar algo y, no se lo va a creer, un segundo más tarde había desaparecido. Yo creo que era un carterista, pero ella insiste en que fue la chica del mostrador. Pero ¿quién lo sabe? Estos espaguetis son todos iguales. De todas formas, estoy seguro de que nunca lo recuperaremos. ¿Qué ha perdido usted?

—Una maleta robada —mintió John rápidamente—. Tenía algunos documentos importantes dentro.

¿Cómo iba a decir que había perdido a su mujer? No sabría ni cómo empezar…

El hombre asintió comprensivo.

—Como le he dicho, estos espaguetis son todos iguales. El viejo Musso sabía cómo manejarlos. Hay demasiados comunistas por aquí últimamente. El problema es que no se van a tomar muchas molestias con nuestros problemas, no mientras ese asesino ande suelto. Están todos ahí fuera buscándolo.

—¿Asesino? ¿Qué asesino? —preguntó John.

—No me diga que no se ha enterado. —El hombre le miró sorprendido—. No se habla de otra cosa en Venecia. Ha salido publicado en todos los periódicos, en la radio, e incluso en la prensa inglesa. Un asunto de lo más turbio. Encontraron a una mujer degollada la semana pasada… una turista… y esta mañana ha aparecido un viejo con el mismo tipo de herida de arma blanca. Por lo visto creen que es un loco, porque no parece que haya ningún móvil. Mala cosa que ocurra esto en Venecia en plena temporada turística.

—Mi mujer y yo jamás leemos la prensa cuando estamos de vacaciones —dijo John—. Ni tampoco somos muy dados al cotilleo en el hotel.

—Muy inteligente —se rio el hombre—. Podría echar a perder sus vacaciones, especialmente si su esposa es una mujer nerviosa… Bueno, de todas formas, nosotros nos marchamos mañana. Y no podemos decir que nos importe mucho, ¿verdad, querida? —Se volvió a su esposa—. Venecia ha perdido mucho desde la última vez que estuvimos. Y ahora, el robo del bolso es realmente el colmo.

La puerta de la oficina interior se abrió y un inspector de policía de cierta edad pidió al acompañante de John y a su mujer que pasaran.

—Seguro que no sacaremos nada en claro —murmuró el turista al tiempo que lanzaba un guiño a John, y él y su mujer entraron en la oficina.

La puerta se cerró a sus espaldas. John apagó el cigarrillo y se encendió otro. Le poseía una extraña sensación de irrealidad. Se preguntó qué hacía allí, ¿de qué servía? Laura ya no estaba en Venecia, sino que había desaparecido, tal vez para siempre, con aquellas hermanas diabólicas. Jamás podría localizarla. Y entonces, tal como lo habían inventado en aquella historia fantástica sobre las gemelas, cuando las vieron por primera vez en Torcello, siguiendo la lógica de una pesadilla, la ficción podría haber tenido una base de realidad; las ancianas eran de hecho maleantes disfrazados, hombres con intenciones criminales que arrastraban a personas inocentes a muertes terribles. Incluso podrían ser los asesinos que buscaba la policía. ¿Quién sospecharía de dos mujeres ancianas de apariencia respetable, que vivían tranquilamente en alguna pensión u hotel de segunda categoría? Apagó el cigarrillo sin acabárselo.

Esto, pensó, es el inicio de una paranoia. Así es como la gente pierde la cabeza. Echó una mirada a su reloj. Eran las seis y media. Lo mejor sería olvidarse de esta búsqueda inútil en la comisaría e intentar conservar el único hilo de cordura que le quedaba. Regresaría al hotel, pediría una llamada al colegio privado en Inglaterra y preguntaría sobre el estado de Johnnie. No había pensado en el pobre Johnnie desde que vio a Laura en el *vaporetto*.

Pero ya era demasiado tarde. La puerta de la oficina se abrió y la pareja salió del interior.

—Las típicas tonterías —dijo el marido en voz baja a John—. Harán lo que puedan. Supongo que no mucho. Hay tantos turistas en Venecia… ¡Todos ladrones! Los lugareños son irreprochables. No les saldría a cuenta que robasen a sus clientes. Bueno, le deseo mejor suerte.

El hombre asintió, la mujer sonrió e inclinó la cabeza y luego desaparecieron. John siguió al inspector de policía al interior de la oficina.

Se iniciaron los formalismos. Nombre, dirección, pasaporte. Duración de la estancia en Venecia, etcétera, etcétera. Luego las preguntas, y John, que ya tenía la frente llena de sudor, se lanzó a contar su interminable historia, La primera vez que vieron a las hermanas, el encuentro en el restaúrame, el estado rendente a la sugestión de Laura por la muerte de su hija, el telegrama sobre Johnnie, la decisión de que tomara un vuelo chárter, la partida de Laura y su inexplicable y repentino regreso. Cuando hubo acabado se sentía tan agotado como si hubiera estado conduciendo trescientas millas sin parar tras una fuerte gripe. Su interrogador hablaba un inglés excelente con un fuerte acento italiano.

—Dice usted —comenzó— que su esposa sufría los efectos posteriores al *shock*… ¿Ha advertido alguno de los síntomas durante su estancia en Venecia?

—Bueno, sí —contestó John—, había estado realmente enferma. Las vacaciones no parecían estar sentándole bien. Solo después de conocer a estas dos mujeres en Torcello ayer, su estado de ánimo cambió. La angustia parecía haberse esfumado. Supongo que estaba dispuesta a agarrarse a un clavo ardiendo, y esta creencia de que nuestra pequeña la observaba de alguna manera la trajo de vuelta a una aparente normalidad.

—Sería natural —dijo el policía—, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero sin duda el telegrama de ayer noche debió de ser un mazazo para ambos.

—Sí, en efecto. Esa fue la razón de que decidiéramos regresar a casa.

—¿No hubo ninguna discusión entre ustedes? ¿Ninguna discrepancia de opinión?

—Ninguna. Estábamos totalmente de acuerdo. Lo único que lamentaba era no poder ir con mi mujer en ese vuelo chárter.

El policía asintió.

—Podría ser que su esposa hubiera sufrido un repentino ataque de amnesia y el encontrarse con las dos damas le sirvió de nexo, así que se quedó con ellas para protegerse. Usted las ha descrito con bastante detalle y creo que no será difícil localizarlas. Mientras tanto, le sugiero que regrese al hotel y nosotros nos pondremos en contacto con usted en cuanto tengamos alguna información.

Al menos, pensó John, habían creído su historia. No le tomaron por un chiflado que se había inventado todo y simplemente les estaba haciendo perder el tiempo.

—Debe comprender —dijo John— que estoy tremendamente preocupado. Esas mujeres podrían tener intenciones criminales contra mi esposa. No sería la primera vez que tales cosas…

El policía le sonrió por fin.

—Por favor, no se preocupe —dijo—. Estoy seguro de que habrá una explicación convincente.

Perfecto, pensó John, pero, en nombre del Cielo, ¿cuál?

—Siento haberle hecho perder tanto tiempo —dijo—. Especialmente ahora que la policía tiene a todos sus efectivos en busca de un asesino que todavía anda suelto.

Lo dijo a propósito. ¿Qué problema había si permitía que el tipo supiera que, por lo que sabían hasta ahora, podría existir una conexión entre la desaparición de Laura y el resto de los casos por resolver?

—Ah, eso —respondió el policía al tiempo que se ponía de pie—. Esperamos tener pronto al asesino entre rejas.

Su tono de confianza resultaba tranquilizador. Asesinos, mujeres desaparecidas, bolsos perdidos, rodo estaba bajo control. Se estrecharon las manos y John fue conducido fuera de la oficina y a continuación al piso de abajo. Tal vez, pensó mientras caminaba de regreso al hotel, el policía tenía razón. Laura había sufrido un repentino ataque de amnesia y las hermanas estaban casualmente en el aeropuerto y la habían llevado de regreso a Venecia, al hotel donde ellas se hospedaban, porque Laura no podía recordar dónde habían estado alojados John y ella. Quizás en esos mismos momentos estaban intentando localizar su hotel. De todas formas, John no podía hacer nada más. Ahora estaba en manos de la policía y, con la ayuda de Dios, darían con la solución. Lo único que quería hacer en esos momentos era derrumbarse

en una cama con un whisky y luego hacer una llamada telefónica al colegio de Johnnie.

El botones le condujo por el ascensor a una habitación modesta en la cuarta planta de la parte trasera del hotel. Una habitación desnuda, impersonal, las contraventanas cerradas y un rufo a cocina que se colaba por el patio de luces.

—Que me traigan un whisky doble, por favor —dijo al chico—. Y un ginger-ale.

Cuando estuvo a solas, metió la cabeza bajo el chorro de agua fría del lavabo, aliviado al descubrir que la diminuta porción del jabón de cortesía le reconfortaba levemente. Se quitó los zapatos con dos paladas, colgó el abrigo sobre el respaldo de una silla y se tumbó en la cama. En la radio de alguna habitación sonaba a todo volumen una canción popular, ya varias estaciones pasada de moda, que había sido la favorita de Laura hacía un par de años. «Te quiero, baby…» Cogió el teléfono y pidió que transfirieran la llamada a Inglaterra. Luego cerró los ojos y durante todo el tiempo una voz insistente persistía: «Te quiero, baby… no puedo sacarte de mi mente».

Por fin, se escucharon unos golpes en la puerca. Era el camarero con su bebida. Demasiado poco hielo, un alivio tan escaso, pero una necesidad tan desesperada. Se lo bebió de un trago sin el ginger-ale y en pocos segundos el insistente dolor se calmó, se entumeció, provocándole, aunque tan solo momentáneamente, una sensación de calma. El teléfono sonó, y ahora, pensó preparándose para el desastre definitivo, la conmoción final, Johnnie probablemente estará muriéndose o ya muerto. En cuyo caso, ya nada importaría. Bien podía entonces hundirse Venecia.

La telefonista le comunicó que la llamada había sido realizada y en unos segundos escuchó la voz de la señora Hill al otro lado de la línea. Debieron de advertirle que la llamada era desde Venecia, porque supo de inmediato con quién estaba hablando.

—¿Hola? —dijo ella—. Oh, estoy tan contenta de que haya llamado. Todo va bien. Johnnie ha sido operado, el cirujano se decidió a operar a mediodía en lugar de esperar y ha sido todo un éxito. Johnnie se pondrá bien. Así que ya no tienen que preocuparse más y disfruten de una noche tranquila.

—Gracias a Dios —respondió él.

—Lo sé —dijo ella—, estamos tan aliviados… Ahora le pasaré el teléfono a su esposa para que puedan hablar.

John se quedó sentado en la cama, aturdido. ¿Qué demonios quería decir? Entonces escuchó la voz de Laura, fría y nítida.

—¿Cariño? ¿Cariño, estás ahí?

No podía responder. Sintió que la mano que sujetaba el auricular estaba fría y sudorosa.

—Estoy aquí —susurró.

—No se escucha muy bien —dijo Laura—, pero da igual. Como ya te ha comentado la señora Hill, todo está bien. El cirujano es un hombre de lo más agradable y la hermana de la sala de Johnnie es un encanto, estoy tan feliz, de que todo haya salido bien… Vine directamente aquí después de aterrizar en Gatwick. El vuelo fue bien, por cierto, que grupo más extraño de gente, te vas a partir de risa cuando te lo cuente. Luego fui al hospital y Johnnie ya estaba despertando. Muy drogado, por supuesto, pero feliz de verme. Y los Hill están siendo maravillosos, me han alojado en su habitación de invitados y el trayecto hasta la ciudad y el hospital es bastante corro en taxi. Voy a acostarme en cuanto terminemos de cenar, poique estoy hecha trizas después del vuelo y los nervios. ¿Qué tal fue el viaje a Milán? ¿Dónde vas a dormir?

John no reconoció como suya la voz con la que le respondió. Era la respuesta automática de algún tipo de computadora.

—No estoy un Milán —dijo—. Sigo en Venecia.

—¿Todavía en Venecia? ¿Por qué demonios estás ahí? ¿Es que no arrancaba el coche?

—No te lo puedo explicar —dijo él—. Hubo una estúpida confusión…

De repente, John se sintió tan agotado que estuvo a punto de dejar caer el auricular y, avergonzado, pudo sentir que las lágrimas se desbordaban en sus ojos.

—¿Qué clase de confusión? —La voz de ella sonaba suspicaz, casi líos til —. No habrás tenido un accidente.

—No… no… nada de eso.

Un segundo de silencio y, a continuación, ella dijo:

—No hablas claro. No me digas que te has emborrachado.

Oh, Dios… ¡Si ella supiera! Probablemente fuera a desmayarse en cualquier momento, pera no por culpa del whisky.

—Creí —dijo lentamente—, creí que re había visto, en un *vaporetto*, con esas dos hermanas.

¿Para qué seguir? Resultaba inútil intentar explicarse.

—¿Cómo podrías haberme visto con las hermanas? —dijo ella—. Sabías que me había ido al aeropuerto. En serio, querido, eres idiota. Pareces haberte obsesionado con esas dos pobres ancianitas. Espero que no le hayas dicho nada a la señora Hill ahora.

—No.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Tomarás el tren en Milán mañana, no?

—Sí, por supuesto —dijo.

Todavía no entiendo qué re ha retenido en Venecia —dijo ella—. Me suena todo un poco extraño. Pero, bueno…, gracias a Dios, Johnnie va a ponerse bien y yo estoy aquí.

—Sí —respondió él—, sí.

Podía oír el distante retumbar de un gong en el vestíbulo del director de escuela.

—Será mejor que te vayas —dijo él—. Saluda a los Hill de mi parte, y rodo mi amor a Johnnie.

—Bueno, cuídate, querido, y por lo que más quieras, no pierdas el tren mañana, y conduce con cuidado.

La línea se cortó y la voz de Laura se desvaneció. John se sirvió el resto del whisky en el vaso vacío y, tras rebajarlo con ginger-ale, se lo bebió de un trago. Se levantó, cruzó la habitación, abrió los postigos y se asomó por la ventana.

Se sentía mareado. Su sensación de alivio, enorme, abrumadora, quedaba de alguna manera atenuada por una curiosa sensación de irrealidad, casi como si la voz que le había hablado desde Inglaterra no fuera la de Laura, sino una farsa, y ella siguiera en Venecia, escondida en alguna pensión de mala muerte con las dos hermanas.

La cuestión era que él había visto a las tres en el *vaporetto*. No era otra mujer con abrigo rojo. Las dos mujeres habían estado allí, con Laura. Así que, ¿cuál era la explicación? ¿Qué le pasaba en la cabeza? ¿O era algo más siniestro? Las hermanas, que poseían poderes psíquicos de extraordinaria fuerza, le habían visto cuando se cruzaron los dos ferris y de alguna manera inexplicable le habían hecho creer que Laura estaba con ellas. Pero ¿por qué? ¿Con qué fin? No, no tenía sentido. La única explicación era que se hubiera equivocado, que todo aquel episodio hubiera sido una alucinación. En cuyo caso necesitaba un psicoanálisis, al igual que Johnnie había necesitado un cirujano.

¿Y qué haría ahora? ¿Bajar e informar al director de que todo este embrollo había sido por su culpa y que acababa de hablar con su mujer, que llegó a Inglaterra sana y salva en su vuelo chárter? Se puso los zapatos y se mesó el pelo con los dedos. Miró el reloj. Eran las ocho menos diez. Si pasaba por el bar y tomaba una copa rápida sería más sencillo enfrentarse al director y admitir lo que había pasado.

Luego, tal vez, contactaran con la policía. Profusas disculpas a diestro y siniestro por las enormes molestias causadas a todos.

Se dirigió a la planta baja y fue directamente al bar, sintiéndose avergonzado, un hombre marcado, imaginando que todos lo mirarían y pensarían: «Ahí va el tipo que ha perdido a su esposa». Por fortuna, el bar estaba lleno y no había ningún rostro conocido.

Incluso el camarero de la barra era un subalterno que no le había servido antes. Apuró el whisky y echó un vistazo por encima del hombro hacia la recepción. El mostrador estaba vacío. Podía ver la espalda del director enmarcada en el vano de la puerta de un cuarto interior, hablando con alguien. Siguiendo un impulso, y de manera cobarde, cruzó el vestíbulo, atravesó la puerta giratoria y salió a la calle.

Cenaré algo, decidió, luego volveré y daré la cara. Me sentiré con más fuerzas con algo de comida en el estómago.

Fue al restaurante cercano donde Laura y él habían cenado una o dos veces. Ya nada importaba, porque ella estaba a salvo. La pesadilla había quedado atrás. Podría disfrutar su cena a pesar de la ausencia de Laura e imaginársela sentada con los Hill en una aburrida y tranquila velada; luego, a acostarse temprano, y la mañana siguiente de camino al hospital para sentarse junto a su hijo. Johnnie también estaba a salvo.

Ya no había más preocupaciones, solo las molestas explicaciones y disculpas al director del hotel.

Tenía una agradable sensación de anonimato sentado allí en un rincón, a solas en el pequeño restaurante, pidiendo un *vitello alla Marsala* y media botella de Merlot. Se tomó su tiempo, disfrutando de la comida, pero aún envuelto en una especie de bruma y esa invasora sensación de irrealidad mientras la conversación de sus vecinos ejercía el mismo efecto calmante que la música de fondo.

Cuando se levantó para marcharse, vio en el reloj de la pared que eran casi las nueve y media. No servía de nada seguir retrasando las cosas más tiempo. Se bebió el café, encendió un cigarrillo y pagó la cuenta. Después de todo, pensó mientras regresaba al hotel, el director se sentiría muy aliviado al saber que todo estaba bien.

Cuando empujó la puerta giratoria, lo primero que advirtió fue a un hombre con uniforme de policía de pie junto ai director en el mostrador. El recepcionista también estaba allí. Se dieron la vuelta cuando John se acercó a ellos y el rostro del director se iluminó aliviado.

—*Eccola!* —exclamó—. Estaba seguro de que el *signore* no andaría lejos. Las cosas progresan, *signore*. Han localizado a las dos damas y se han mostrado amablemente de acuerdo en acompañar a la policía a la Questura. Si acude allí de inmediato, este *agente di polizia* le escoltará.

John se ruborizó.

—He causado muchos problemas a todo el mundo —dijo—. Tenía intención de decírselo antes de salir a cenar, pero no se encontraba en la recepción. El hecho es que he contactado con mi mujer. Resulta que después de todo sí que tomó el vuelo a Londres, y hablé con ella por teléfono. Todo ha sido un gran error.

El director le miró desconcertado.

—¿La *signora* está en Londres? —repitió. Entonces intercambió una conversación rápida en italiano con el policía—. Al parecer, las damas sostienen que no han salido en todo el día, excepto para hacer unas compras por la mañana —dijo volviéndose a John—. Entonces, ¿quién era la mujer que el *signore* había visto en el *vaporetto*?

John sacudió la cabeza.

—Un error tremendo por mi parte que todavía no llego a entender —dijo —. Obviamente, no vi ni a mi mujer ni a las dos damas. De verdad que lo siento mucho.

Más conversación rápida en italiano. John advirtió que el recepcionista le miraba con una expresión de curiosidad en los ojos. El director se disculpaba en nombre de John con el policía, quien parecía enfadado y no se callaba, aumentando la voz de volumen para mayor preocupación del director. Era indudable que este asunto estaba causando complicaciones a mucha gente, por no mencionar a las dos desafortunadas hermanas.

—Mire —dijo John interrumpiendo la cascada de palabras—, ¿podría decirle al agente que iré con él a comisaría y pediré disculpas en persona tanto al inspector de policía como a las damas?

El director pareció aliviado.

—Si el *signore* se tomara la molestia —dijo—. Naturalmente, las damas parecían bastante alteradas cuando el policía las interrogó en su hotel, y se ofrecieron a acompañarle a la Questura solo poique estaban muy preocupadas por la *signara*.

John se sentía cada vez más incómodo. Nada de esto debía llegar a oídos de Laura. Se pondría furiosa. Se preguntó si existía alguna clase de multa por proporcional información falsa a la policía con relación a terceros, Además, retrospectivamente, su error había comenzado a adoptar tintes delictivos.

Cruzó la plaza de San Marcos, ahora abarrotada de paseantes que acababan de cenar y de espectadores en las cafeterías, mientras las tres orquestas ejecutaban las piezas musicales a toda marcha en armoniosa rivalidad. Su acompañante se mantenía a dos discretos pasos de distancia a su izquierda y no pronunció una sola palabra.

Llegaron a la comisaría y subieron las escaleras hasta la misma oficina donde había estado antes. Vio inmediatamente que no era el inspector que ya conocía sino otro el que se sentaba al escritorio; un tipo demacrado con expresión agria, mientras que las dos hermanas, obviamente alteradas, sobre todo la activa, estaban sentadas en unas sillas cercanas con un subalterno de pie junto a ellas. El escolta de John se dirigió al agente de policía, hablándole en un rápido italiano, mientras el propio John, tras unos segundos de duda, avanzó hacia las hermanas.

—Ha habido un terrible error —dijo—. No sé cómo disculparme ante ustedes. Yo soy el único responsable de todo, la policía no tiene culpa alguna.

La hermana activa hizo un amago de levantarse torciendo la boca nerviosamente, pero él la detuvo.

—No entendemos —dijo con un fuerte acento escocés—. Nos despedimos de su mujer ayer por la noche durante la cena y no la hemos visto desde entonces. La policía llegó a nuestra pensión hace más de una hora y nos dijo que su mujer había desaparecido y que usted había presentado una denuncia contra nosotras. Mi hermana no es una mujer fuerte. Esto le ha supuesto un gran trastorno.

—Un error. Un terrible error —repitió él.

Se volvió hacia el escritorio. El agente de policía le estaba hablando y su inglés era menos fluido que el del anterior interrogador. Tenía la declaración anterior de John sobre el escritorio y le dio unos golpecitos con un lápiz.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Este documento todo mentira? ¿No hablar la verdad?

—Creía que era la verdad cuando lo conté —dijo John—. Podría haber jurado ante un juez que vi a mi mujer con esas dos damas en un *vaporetto* en el Gran Canal esta tarde. Ahora es cuando me he dado cuenta de mi error.

—No hemos estado cerca del Gran Canal en todo el día —protestó la hermana—, ni siquiera a pie. Hicimos algunas compras en la Mercerie esta mañana y hemos permanecido en la pensión toda la tarde. Mi hermana no se sentía muy bien. Le he dicho al inspector esto una docena de veces y la gente de la pensión puede corroborar la historia. Pero se niega a escucharme.

—¿Y la *signora*? —rezongó el policía enfadado—. ¿Qué pasó con *signora*?

—La *signora*, mi esposa, está a salvo en Inglaterra —explicó John pacientemente—. Hablé con ella por teléfono justo después de las siete.

Sí, tomó el vuelo chárter en el aeropuerto y ahora está alojada con unos amigos.

—Entonces ¿a quién vio en *vaporetto* con abrigo rojo? —preguntó el agente furioso—. Y si no estas *signorine* aquí, entonces, ¿qué *signorine*?

—Me engañó la vista —dijo John, consciente de que su inglés se estaba enrevesando—. Creo que veo a mi esposa y estas damas, pero no, no fue así. Mi esposa en avión, estas damas en pensión todo el tiempo.

Era como hablar chino de teatrillo. De un momento a otro se pondría a hacer reverencias y meter las manos por las mangas.

El policía levantó la mirada al cielo y golpeó la mesa.

—Así que todo este trabajo para nada —dijo—. Hoteles y pensiones registrados por *signorine* y *signora* inglesa desaparecida, cuando aquí tenemos muchas, muchas cosas que hacer. Ha cometido error. Quizás tomar mucho vino en *mezzo giorno* y ver cien *signore* con abrigos rojos en cien *vaporetto*… —Se puso en pie arrugando los papeles que estaban sobre la mesa—. Y ustedes, *signorine* —dijo—, ¿desean presentar queja contra esta persona? —Se estaba dirigiendo a la hermana activa.

—Oh, no —dijo—, claro que no. Puedo comprender que todo ha sido un error. Nuestro único deseo es regresar de inmediato a nuestra pensión.

El policía gruñó. Luego señaló a John.

—Es hombre afortunado —dijo—. Estas *signorine* podrían presentar denuncia contra usted… algo muy serio.

—Estoy seguro —comenzó John—, haré todo lo que esté en mis manos…

—Por favor, no le dé más vueltas —exclamó la hermana, horrorizada—. Jamás permitiríamos algo así. —Y ahora le tocó el turno de disculparse con el policía—. Espero que no tengamos que quitarle más de su valioso tiempo —dijo.

El agente hizo un gesto de despedida con la mano y habló en italiano con el subalterno.

—Este hombre irá con ustedes a la pensión —dijo—. *Buona sera, signorine*.

E ignorando a John, se sentó de nuevo tras el escritorio.

—Iré con ustedes —dijo John—. Quiero explicarles exactamente lo que ha ocurrido.

Marcharon escaleras abajo y salieron del edificio; la hermana ciega se apoyaba en el brazo de su gemela y cuando estuvieron fuera volvió sus ojos ciegos a John.

—Usted nos vio —dijo ella—, y también a su esposa. Pero no hoy. Nos vio en el futuro.

Su voz era más suave que la de su hermana, más pausada, y parecía tener alguna especie de impedimento en el habla.

—No la entiendo —replicó John, perplejo.

Se volvió a la hermana activa y esta sacudió la cabeza frunciendo el ceño y se puso un dedo en los labios.

—Ven, cielo —dijo a su gemela—. Ya sabes que estás muy cansada y quiero que regresemos a casa —y luego, en voz baja a John—: Ella tiene poderes psíquicos. Su esposa se lo dijo, creo, pero no quiero que se ponga en trance aquí en medio de la calle.

Dios no lo quiera, pensó John, y la pequeña procesión comenzó a moverse lentamente por la calle, alejándose de la comisaria por un canal a la izquierda de ellos. El avance era lento a causa de la hermana ciega, y cruzaron dos puentes. John estaba perdido tras doblar la primera calle, pero no podría haberle importado menos. El escolta de la policía estaba con ellos y, de todas formas, las hermanas conocían el camino.

—Les debo una explicación —dijo John con voz suave—. Mi mujer jamás me perdonaría si no lo hiciera.

Y, mientras caminaban, les relató de nuevo la inexplicable historia, comenzando por el telegrama recibido la noche anterior y la conversación con la señora Hill, la decisión de regresar a Inglaterra ai día siguiente, Laura en avión y él en coche y tren. Ya no sonaba tan dramático como cuando declaró ante el inspector, cuando, posiblemente debido a la convicción de que había algo misterioso, la descripción de los dos *vaporetti* cruzándose en medio del Gran Canal poseía un aire siniestro que sugería algún tipo de secuestro por parte de las hermanas, que mantenían cautiva a una Laura desconcertada. Ahora que aquellas mujeres no representaban ninguna amenaza para él, les habló con mayor naturalidad, y con gran sinceridad, sintiendo por primera vez que ambas sentían simpatía hacia él y le entenderían.

—Ya ven —explicó, en un intento final de redimirse por haber acudido a la policía en primer lugar—, realmente creí que las había visto con Laura y pensé… —vaciló unos segundos, porque esa había sido una sugerencia del inspector de policía, no suya—, y pensé que, tal vez, Laura había sufrido una repentina pérdida de memoria, que se había encontrado con ustedes en el

aeropuerto y ustedes la habían traído de regreso a Venecia, a la pensión donde se alojaban.

Habían cruzado una plaza amplia y se acercaban ahora a una casa situada en uno de los extremos, con un cartel que anunciaba *Pensione* encima de la puerta. El escolta se detuvo a la entrada.

—¿Es aquí? —preguntó John.

—Sí —dijo la hermana—. Sé que no es gran cosa desde el exterior, pero es una pensión limpia y cómoda y nos la recomendaron unos amigos. —Se volvió hacia el escolta—: *Grazie*, *grazie tanto*.

El hombre inclinó levemente la cabeza, les deseó *buona notte* y desapareció por la plaza.

—¿Por que no entra? —le invitó la hermana—. Estoy segura de que habrá algo de café, ¿o quizás prefiere té?

—No, gracias —dijo John—, debo regresar al hotel. Mañana por la mañana tengo intención de salir temprano. Solo quiero asegurarme de que ustedes comprendan lo que ha sucedido y mu perdonen.

—No hay nada que perdonar —respondió la anciana—. Este es uno más de los muchos ejemplos de clarividencia que mi hermana y yo hemos experimentado una y otra vez, y me gustaría dejarlo documentado en nuestros archivos, si me lo permite.

—Bueno, en cuanto a eso, por supuesto que sí —dijo él—, pero me cuesta entenderlo. Nunca mu había pasado algo así.

—Tal vez no conscientemente —dijo ella—, pero hay tantas cosas de las que no somos conscientes… Mi hermana percibió que tenía usted capacidades psíquicas. Se lo dijo a su mujer. También le dijo a su mujer la noche pasada en el restaurante que iban a tener algún problema, que les acechaba algún tipo de peligro, y que debían irse de Venecia. Bueno, ¿no cree que el telegrama fue suficiente prueba de ello? Su hijo estaba enfermo, gravemente enfermo tal vez, y por ello era necesario que ustedes regresaran a casa cuanto antes. Gracias al Cielo que su esposa tomó el avión para estar a su lado.

—Sí, por supuesto —dijo John—, pero ¿por que la vi en el *vaporetto con* usted y su hermana cuando en realidad estaba de camino a Inglaterra?

—Transferencia de pensamiento, quizá —respondió ella—. Puede que su mujer estuviera pensando en nosotras. Le dimos nuestra dirección en caso de que usted deseara ponerse en contacto con nosotras. Estaremos aquí otros diez días más. Y ella sabe que le transmitiríamos cualquier mensaje que mi hermana pudiera recibir de su pequeña desde el mundo de los espíritus.

—Sí —dijo John un tanto incómodo—, sí, comprendo. Es muy amable de su parte. —Le vino a la cabeza entonces la imagen de las dos hermanas con auriculares en su dormitorio, escuchando mensajes codificados de la pobre Christine—. Miren, esta es nuestra dirección en Londres —dijo—. Sé que Laura agradecerá tener noticias de ustedes.

Garabateó la dirección en una hoja de papel arrancada de su agenda de bolsillo, añadiendo incluso de propina el número de teléfono, y se lo pasó. Podía imaginarse el resultado. Laura saldría una noche con que las «queridas ancianas» pasarían por Londres de camino a Escocia y lo menos que podían hacer era ofrecerles hospitalidad, incluso la habitación de invitados para pasar la noche. Luego una sesión espiritista en el salón y panderetas apareciendo de la nada.

—Bueno, debo irme ya —dijo—. Buenas noches, y mis disculpas una vez más por todo lo ocurrido esta noche. —Estrechó la mano de la primera hermana, luego se volvió hacia la gemela ciega y dijo—: Espero que no esté demasiado cansada.

Aquellos ojos ciegos resultaban desconcertantes. La mujer sujetó la mano de John con fuerza y la retuvo.

—La niña —dijo, hablando con una extraña voz grave—, la niña… puedo ver a la niña…

Y, a continuación, para consternación de John, un hilillo de espuma apareció en la comisura de la boca de la anciana, que echó la cabeza atrás violentamente y cayó medio desmayada en los brazos de su hermana.

—Debemos meterla dentro —dijo la hermana con urgencia—. No pasa nada, no está enferma, está empezando a entrar en trance.

Entre los dos llevaron a la gemela, que se había puesto rígida, al interior de la casa y la sentaron en la silla más cercana mientras la hermana la sujetaba. Una mujer apareció corriendo desde alguna habitación interior. Llegaba un fuerte olor a espaguetis de la parte trasera del edificio.

—No se preocupe —dijo la hermana—, la *signorina* y yo podemos apañarnos solas. Será mejor que. se marche. A veces se pone enferma después de estos ataques.

—Lo lamento muchísimo… —comenzó a decir John, puro la hermana ya le había dado la espalda y junto a la *signorina* se inclinaba sobre la gemela, la cual emitía unos extraños jadeos ahogados.

Era evidente que sobraba allí y, tras un gesto final de cortesía: «¿Puedo ayudar en algo?», que no recibió respuesta, giró sobre sus talones y se dispuso

a atravesar la plaza. Miró una vez hacia atrás y vio que habían cenado la puerta.

¡Menudo final de velada! Y todo por su culpa. Pobres ancianas, primero arrastradas hasta la comisaría y sometidas a un interrogatorio y luego, por si lucra poco, un ataque psíquico. Lo más probable es que se tratara de epilepsia. Qué vida para la otra hermana, pero parecía llevarlo bien. Un peligro adicional si ocurría en un restaurante o en la calle. Y desde luego nada agradable bajo su techo y el de Laura, si es que alguna vez las hermanas se encontraban bajo este, lo cual rogaba que no ocurriera jamás.

Pero ahora, ¿dónde demonios estaba? La plaza, con la inevitable iglesia en uno de los lados, estaba casi desierta. No recordaba por dónde habían llegado desde la comisaría, le había parecido que doblaban demasiadas esquinas.

Espera un momento, aquella iglesia le resultaba familiar. Se acercó un busca del nombre que a veces figuraba en los letreros de la entrada.

San Giovanni in Bragora, le sonaba. Laura y él habían entrado una mañana para ver un cuadro de Cima da Conegliano. Seguro que se encontraba a tiro de piedra de Riva degli Schiavoni y las aguas abiertas de la laguna de San Marcos, con todas las luces brillantes de la civilización y los turistas. Recordó entonces que giraron desde Schiavoni y llegaron a la iglesia. ¿No era aquel el callejón? Se adentró por él, pero a medio camino vaciló. No le pareció el camino correero, aunque le resultaba familiar por alguna razón desconocida.

Entonces se dio cuenta de que no era el callejón al que habían llegado la mañana que visitaron la iglesia, sino el que atravesaron la noche anterior, pero en aquella ocasión se adentraron por el extremo opuesto. Sí, era este, en cuyo caso sería más rápido continuar por él y cruzar el estrecho canal por el pequeño puente; allí encontraría el Arsenal a su izquierda y la calle que conducía a Riva degli Schiavoni a su derecha. Más sencillo que volver sobre sus pasos y perderse de nuevo en el laberinto de callejuelas.

Casi había llegado al final del callejón y tenía ya el puente a la vista, cuando vio a la niña. Era la misma niña con la caperuza que había visto saltar sobre las barcas amarradas la noche anterior y que luego había desaparecido tras subir los escalones del sótano de una de las casas. En esta ocasión corría desde la iglesia del otro lado, en dirección al puente. Corría como si su vida dependiera de ello, y en un segundo vio por qué. Un hombre la perseguía, el cual, cuando ella echó la mirada atrás unos segundos, todavía corriendo, se pegó a la pared creyendo así pasar inadvertido. La niña continuó su huida,

correteando por el puente y John, temiendo alarmarla aún más, se escondió en el interior de una entrada abierta que conducía a un pequeño patio.

Recordó entonces el grito ebrio de la noche anterior, que había salido de una de las casas donde el hombre se escondía ahora. Eso es, pensó, el tipo vuelve a perseguirla, y con un relámpago de intuición relacionó ambos sucesos, el terror de la niña entonces y ahora, y los asesinatos de los que informaban los periódicos, supuestamente obra de algún loco.

Podría tratarse de una coincidencia, una niña huyendo de un familiar borracho y, sin embargo, sin embargo… El corazón le latía con fuerza en el pecho y el instinto le aconsejó huir ahora, de inmediato, de regreso al callejón por donde había llegado… pero ¿y la niña? ¿Qué iba a pasarle a la niña?

En ese momento oyó unos pasos a la carrera. La niña irrumpió por la entrada abierta en el patio en el que él se encontraba, sin verle, y se dirigió a la parte trasera de la casa que lo flanqueaba, donde unos escalones conducían a una entrada trasera. Sollozaba mientras corría, no el lloro habitual de una niña asustada, sino los hipidos de pánico de un ser desvalido y desesperado. ¿Había unos padres en la casa que la protegieran, a quienes poder avisar? Vaciló unos segundos, luego la siguió por los escalones y por la puerta del fondo, que se había abierto al contacto de las manos de la niña, que se había lanzado contra ella.

—No pasa nada —exclamó—. No dejaré que re haga daño, no pasa nada…

Maldijo su ignorancia del italiano, aunque tal vez una voz inglesa pudiera infundirle mayor seguridad. Pero no sirvió de nada… subió corriendo y sollozando otro tramo de escaleras, que se elevaban en espiral y llevaban al piso superior, y ya era demasiado tarde para batirse en retirada. Podía oír al perseguidor en el patio que había dejado atrás, alguien gritando en italiano, y un perro ladrando. Ya está, pensó, estamos juntos en esto, la niña y yo. A menos que podamos cerrar con cerrojo alguna puerta de dentro, nos atrapará a los dos.

Subió corriendo las escaleras tras la niña, que había salido disparada y se había metido en una habitación que daba a un pequeño descansillo. John la siguió al interior y cerró de un portazo, y, gracias a Dios, había un cerrojo que deslizó y ancló. La niña estaba acurrucada junto a la ventana abierta. Si gritaba pidiendo ayuda, sin duda alguien le oiría, sin duda alguien llegaría allí antes de que el hombre se lanzara contra la puerta y esta cediera, porque no había nadie más que ellos, ni tampoco los padres; la habitación estaba vacía, a

excepción de un colchón sobre un viejo somier y una pila de trapos en un rincón.

—No pasa nada —jadeó él—, no pasa nada —y le ofreció una mano mientras intentaba sonreír.

La niña se incorporó con esfuerzo y permaneció de pie frente a él. La caperuza cayó de su cabeza al suelo. John la miró y la incredulidad se convirtió en miedo y el miedo en terror. No era una niña, en absoluto, sino una enana rechoncha, de poro menos de un metro de altura, con una enorme cabeza cuadrada de adulta, demasiado grande para su cuerpo, de grises cabellos que le llegaban hasta los hombros, y ya no sollozaba. Ahora le sonreía y asentía moviendo la cabeza arriba y abajo.

Escuchó unos pasos fuera en el descansillo, golpes en la puerta, y el perro que no cesaba de ladrar, y no solo una voz, sino varias voces, que gritaban: «¡Abran! ¡Policía!»

La criatura hurgó en su manga y sacó un cuchillo, y cuando ella lo hundió en su cuello con tremenda fuerza, degollándolo, John se tambaleó y cayó con las manos con las que intentaba protegerse cubiertas de pegajosa sangre.

Y vio el *vaporetto* con Laura y las dos hermanas bajando por el Gran Canal, no hoy, ni mañana, sino el día siguiente, y comprendió por qué estaban juntas y qué triste motivo las había llevado allí. La criatura farfullaba en un rincón. Los golpes y las voces y los ladridos del peno fueron haciéndose más débiles… y «Oh, Dios mío», pensó, «qué forma tan malditamente estúpida de morir…»

Clive Barker

Cerramos esta antología como la abrimos: con canibalismo, como si al fin y al cabo el terror moderno sintiera alguna oscura necesidad de devorarse a sí mismo, lo que quizá haya ocurrido ya de hecho. Una cosa sí es indudable: con Clive Barker, nacido en Liverpool en 1952, se cierra en cierro modo un ciclo. Hasta aquí, el cine de terror moderno parecía haberse emancipado notablemente con respecto a la literatura en su impacto gráfico y su descripción de la violencia, el erotismo y el horror, inspirándose, como hemos visto, en numerosos a precedentes literarios, pero en cierto modo superándolos y, sobre rodo, penetrando osadamente entre tinieblas mucho más espesas y peligrosas que la mayoría de los autores del genero que escribían y publicaban al mismo tiempo que se estrenaban títulos, tantas veces citados en estas páginas, como *La nuche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*. George A. Romero, 1968), *La matanza de Texas* (*The Texas Chainsaw Massacre*. Tobe Hooper, 1974), *Vinieron de dentro de…* (*Shivers*. David Cronenberg, 1975) o *La noche de Halloween* (*Halloween*. John Carpenter, 1978), por recordar algunos. Si bien amores como Robert Bloch, Richard Matheson e incluso Daphne du Maurier, habían contribuido enormemente a la modernización de lo gótico y terrorífico, no sólo a través de su obra escrita, sino también de sus colaboraciones cinematográficas y televisivas, su formación era todavía demasiado clásica y tradicional como para permitirles, salvo notables excepciones, llegar a los extremos y excesos propios del cine *splatter*, tanto visuales como incluso conceptuales. Pero este joven británico, que se movía en las aguas del teatro independiente y la cultura *underground*, ilustrador y cinéfago de videoclub, apasionado tanto por los escritores clásicos del género como por las películas de horror *gore*, el *slasher* y las manifestaciones más gráficas y físicas del terror, iba a llevar por fin sin prejuicios ni temores, en plenos años 80, el carácter brutal, materialista, nihilista y carnal del nuevo horror a su literatura, pasando también Ocasionalmente a la dirección de cine, con algunos tirulos significativos para el género.

Descontento con las primeras adaptaciones cinematográficas de sus relatos, como *Mundo subterráneo* (*Underworld*, 1985) y *RawHead* (*Rawhead Rex*, 1986), ambas dirigidas por George Pavlou, Barker se estrenaría tras las cámaras con un clásico de la década, *Hellraiser: Los que traen el infierno* (*Hellraiser*, 1987), basado en una de sus novelas breves, que se convertiría de inmediato en obra de culto, iniciando una irregular franquicia que ha llegado hasta los 2000, y creando un nuevo icono del terror moderno: los cenobitas y, muy especialmente, su representante más popular, Pinhead. En *Hellraiser* se ponía ya en evidencia la facilidad con que Barker aunaba la herencia del terror fantástico, decadente y sobrenatural anglosajón, con sombras del Oscar Wilde de *El retrato de Dorian Gray*, de los filmes de la Hammer y hasta de los conceptos cósmicos y esotéricos de Lovecraft, con las tendencias más radicales del fin de siglo, como la Nueva Carne, el *body horror* y el *slasher*. Porque salido del armario, con actitud post-punk, vestido de cuero y armado de S&M hasta los dientes, Clive Barker, con un pie en la vanguardia posmoderna británica y otro en la *pulp fiction* más demente, antes de convertirse en director ocasional de cine de horror moderno había llevado éste a la literatura, insuflando la prosa brutal de sus seminales *Libros de sangre* (1984-1985), que reunían sus relatos de terror carnal y descarnado, con la saña, el sexo velado y desvelado, la violencia física y moral —a veces incluso moralista, como lo es siempre todo pornógrafo de corazón—, y las más gráficas especulaciones sobre la mutabilidad del cuerpo, su rebeldía y transformaciones, sus enfermedades, vicios y virtudes, que hasta entonces sólo habíamos visto en el cine de David Cronenberg, George A. Romero, Wes Craven o Tobe Hooper. Clive Barker y sus *Libros de sangre*, recientemente reeditados en esta misma editorial, revolucionaron una literatura que desde la llegada, una década atrás, de Stephen King, se había acomodado demasiado y necesitaba ponerse urgentemente a la altura del cine de horror. Como bien sabía el propio Rey, si King era algo así como Los Beatles del terror, Barker, nacido precisamente en Liverpool, era, más que los Rolling Stones, los Sex Pistols… o, quizás, los Talking Heads.

Una buena muestra de lo dicho la encontramos en el relato “El Tren de Carne de Medianoche”, incluido en el primer volumen de los *Libros de Sangre*, de 1984, que se nutre antes de referentes cinematográficos que literarios, remitiendo a títulos de culto como *Sub-Humanos* (*Death Line*. Gary Sherman, 1972), a personajes como el *psychokiller*, y a la antropofagia en la vena yugular de *La matanza de Texas*, trasladada ahora al infierno urbano de Nueva York… Sin embargo, la habilidad de Barker, su visionaria capacidad

para renovar el género en el límite mismo de su agotamiento, reside también aquí en su manera de refundir y refundar este terror moderno, físico, sangriento y visceral, con su reflejo metafísico, conspiranoico y casi cósmico, nihilista y existencial, al introducir un giro final hacia lo ominoso y ancestral, herencia de Lovecraft y Poe, que no carece de cierra grandeza abisal ni de algunos ribetes de crítica social. Este relato resume con vigor y energía muchas de las mejores virtudes del Clive Barker de los años 80, que llevó el cine de horror moderno a la literatura, rompiendo al fin con muchos de los tabúes que habían impedido hasta entonces este abyecto matrimonio. Eficazmente adaptado a la pantalla por el japonés Ryûhei Kitamura en la producción estadounidense *El vagón de la muerte* (*The Midnight Meat Train*, 2008), lo que nuevamente nos obliga a recordar los extraños lazos de sangre que unen tradiciones tan distantes pero no tan distintas como las del *eroguro* japonés y el *splatter* anglosajón, esta historia de mitos modernos y ritos antiguos, que combina la brutalidad del *slasher con* el terror existencialista lovecraftiano, es perfecto colofón para nuestro viaje por los orígenes literarios del cine de horror moderno o, mejor dicho, por las extrañas relaciones de cama entre ambos mundos.

Después de parir dolorosa y sanguinolentamente sus *Libros de sangre*, muchos de cuyos relatos han sido también adaptados al cine con distinta fortuna; de dirigir un par de interesantes películas más como *Razas de noche* (*Nightbreed*, 1990), puesta al día de viejas historias *pulp* como *Más oscuro de lo que pensáis* (1940) de Jack Williamson, con un pequeño papel para el mismísimo David Cronenberg, o *El señor de Lis ilusiones* (*Lord of Illusions*, 1995), *hard boiled* sobrenatural y alucinado con influencias italianas, Barker se apartó del horror puro y la Nueva Carne y prefirió cultivar la fantasía más o menos oscura, viviendo tranquilamente con su novio de las rentas de Pinhead y compañía en la cálida y soleada California, a seguir penetrando en el Lado Oscuro. Desde entonces, muchas cosas han cambiado en un cine y una literatura de horror contemporáneos que ya difícilmente pueden ser calificados de modernos o de posmodernos siquiera. Especialmente en un cine de terror al que cabría, siguiendo a Lipovetsky y Serroy, definir quizá como hipermoderno, que ha olvidado casi cualquier conexión con la literatura, perdiéndose voluntariamente en el laberinto vacío de lo digital, lo virtual y lo impostado. Pero ésa, si la hay, ya es otra historia.

EL TREN DE CARNE DE MEDIANOCHE[1]

Leon Kaufman no era nuevo en la ciudad. El Palacio de los Placeres, como siempre la había llamado en sus años de inocencia. Pero eso era cuando vivía en Atlanta y Nueva York todavía era una especie de tierra prometida donde todo y nada era posible.

Ahora Kaufman llevaba viviendo tres meses y medio en la ciudad de sus sueños y el Palacio de los Placeres parecía muy poco placentero.

¿Tan solo había transcurrido una estación desde que puso el pie en la terminal de autobuses de la Port Authority y echó la vista por la calle 42 hacia el cruce con Broadway? ¡En qué poco tiempo había perdido tantas ilusiones atesoradas!

Ahora se avergonzaba al pensar en su ingenuidad. Se estremecía al recordar el día que se levantó y exclamó: «Nueva York, te amo».

¿Amor? Jamás.

Como mucho fue un capricho pasajero.

Y ahora, después de tres meses viviendo con su objeto de adoración, pasando los días y las noches en su presencia, la ciudad había perdido su aura de perfección.

Nueva York solo era una ciudad.

La había visto despertarse por la mañana como una puta y sacarse con un palillo hombres asesinados de entre los dientes y suicidas de la maraña de su pelo. La había visto a altas horas de la noche, mientras sus sucias calles cortejaban descaradamente la depravación. La había observado en las calurosas tardes, perezosa y fea, indiferente a las atrocidades que se cometían a todas horas en sus callejones sofocados.

No era ningún Palacio de los Placeres.

Engendraba muerte, no placer.

Todas las personas que había conocido habían tenido algún roce con la violencia; era una realidad de la vida. Casi resultaba *cool* haber conocido a alguien que hubiera muerto de forma violenta. Era una prueba concluyente de vivir en la ciudad.

Pero Kaufman había amado Nueva York desde lejos durante casi veinte años. Había planeado su relación amorosa a lo largo de la mayor parte de su

vida adulta. Por lo tanto, no resultaba fácil sacudirse esa pasión, fingir que nunca la había sentido. Había momentos de calma, muy temprano, antes de que comenzaran a sonar las sirenas de la policía, o durante el crepúsculo, cuando Manhattan todavía era un milagro.

Por esos momentos, y por sus sueños, todavía otorgaba a la ciudad el beneficio de la duda, incluso cuando su comportamiento no era en absoluto el de una señorita.

La ciudad, sin embargo, no hacía fácil que le concedieran esa indulgencia. En los pocos meses que Kaufman había vivido en Nueva York sus calles se habían inundado de sangre derramada.

De hecho, no eran tanto las calles, sino los túneles bajo esas calles.

«La matanza del metro» era la muletilla del mes. Tan solo una semana antes se había informado de otros tres asesinatos. Los cuerpos fueron descubiertos en uno de los vagones del metro en la AVENUE OF THE AMERICAS, abiertos en canal y con las entrañas parcialmente vaciadas, como si un eficiente operario de matadero se hubiera visto obligado a interrumpir su trabajo. Los asesinatos eran tan profesionales que la policía estaba interrogando a todo hombre que figurara en sus ficheros que tuviera alguna conexión pasada con el negocio de la carnicería. Se estaban vigilando especialmente todas las plantas de empaquetado de carne de los muelles y registrando los mataderos en busca de pistas. Se prometió un rápido arresto, pero todavía no se había llevado a cabo ninguno.

Este trío reciente de cadáveres no eran los primeros en ser descubiertos en tal estado; el mismo día que Kaufman llegó a la ciudad salió a la luz una noticia en *The Times* que continuaba siendo el tema de conversación de las secretarias morbosas de la oficina.

La noticia informaba de que un turista alemán, perdido en la red del metro por la noche, había encontrado un cadáver en uno de los vagones. La víctima era una mujer atractiva, con buen físico, de treinta años de edad, de Brooklyn. Estaba totalmente desnuda. Le habían quitado cada pieza de ropa, cada artículo de joyería. Incluso los aretes de las orejas.

Y más extraño que el hecho de aparecer desnuda era la manera impecable y sistemática en la que la ropa había sido doblada y colocada en bolsas de plástico individuales en el asiento junto al cadáver.

No parecía tratarse de un asesino irracional. Aquí había involucrada una mente muy bien organizada: un lunático con un fuerte sentido de la pulcritud.

Además, y aún más extraño que la cuidada desnudez del cadáver, eran las atrocidades que habían perpetrado en su cuerpo. En los informes se afirmaba, aunque el Departamento de Policía no llegó a confirmarlo, que el cuerpo había sido meticulosamente afeitado. Cada cabello había sido eliminado: de la cabeza, de la entrepierna, de las axilas; todo cortado y chamuscado hasta las raíces. Incluso las cejas y las pestañas habían sido arrancadas.

Finalmente, aquel trozo de carne demasiado desnudo fue colgado por los pies de uno de los asideros colgantes del techo, y había un cubo de plástico negro forrado con una bolsa de plástico negra debajo del cadáver para recoger el reguero regular de sangre que caía de las heridas.

En ese estado, desnudo, afeitado, suspendido y prácticamente desangrado, fue hallado el cuerpo de Loretta Dyer.

Era nauseabundo, era meticuloso, y profundamente desconcertante.

No se había producido violación, ni ninguna señal de tortura. La mujer había sido despachada rápidamente y de manera eficiente, corno si fuera un trozo de carne. Y el carnicero aún andaba suelto.

Los Padres de la Ciudad, en su sabiduría, ordenaron la retirada de los informes de prensa sobre aquella carnicería. Se dijo entonces que el hombre que había encontrado el cuerpo se hallaba en detención preventiva en Nueva Jersey, escondido de los inquisitivos periodistas. Pero la maniobra de encubrimiento había fracasado. Un policía codicioso había filtrado los detalles más relevantes a un reportero del *The Times*. Todo el mundo en Nueva York conocía ahora la terrible historia de los destripamientos. Era tema de conversación en todas las cafeterías y bares, y, por supuesto, en el metro.

Pero Loretta Dyer solo fue la primera.

Ahora se habían encontrado tics cuerpos más en idénticas circunstancias, aunque el trabajo se había visto interrumpido en esta ocasión. No todos los cuerpos habían sido rasurados, ni les habían cortado la yugular para desangrarlos. Había otra diferencia más significativa en el descubrimiento: en este caso no fue un turista quien se tropezó con la escena, fue un periodista del *The New York Times*.

Kaufman hojeó la noticia que ocupaba toda la primera plana del periódico. No tenía ningún interés morboso en la historia, a diferencia de su compañero de barra en el mostrador de la cafetería. Lo único que sentía era una ligera repugnancia que hizo que apartara el plato de huevos demasiado hechos a un lado. Era simplemente una prueba más de la decadencia de la ciudad. Y él no era capaz de disfrutar con su enfermedad.

Sin embargo, siendo humano, no pudo ignorar del rodo los detalles sangrientos de la página que tenía frente a él. El artículo estaba escrito sin sensacionalismo, pero la simple claridad del estilo hacía el tema aún más atroz. Además, no pudo evitar preguntarse sobre el hombre que estaba detrás de aquellas atrocidades. ¿Se había escapado un psicópata, o varios, y todos ellos inspirados en el asesino original? Quizás este solo fuera el principio del horror. Quizás se produjeran más asesinatos, hasta que al final el asesino, por exceso de euforia o cansancio, se descuidara y fuera cazado. Hasta entonces la ciudad, la adorada ciudad de Kaufman, viviría en un estado entre la histeria y el éxtasis.

Pegado a su codo, un hombre con barba derramó el café de Kaufman.

—¡Mierda! —dijo.

Kaufman se apartó girando sobre el taburete para evitar el reguero de café que caía del mostrador.

—Mierda —dijo de nuevo el hombre.

—No ha pasado nada —dijo Kaufman.

Miró al hombre con una expresión ligeramente desdeñosa en el rostro. El muy torpe estaba intentando recoger el café con una servilleta, que se estaba convirtiendo en pulpa al empaparse.

Kaufman se sorprendió preguntándose si aquel zoquete, con sus mejillas floridas y su barba descuidada, sería capaz de asesinar. ¿Se veía alguna señal en aquel rostro sobrealimentado, alguna pista en la forma de su cabeza o el contorno de sus pequeños ojos que revelara su verdadera naturaleza?

El hombre habló.

—¿Quiere otro?

Kaufman negó con la cabeza.

—Café. Normal. Solo —dijo el zoquete a la chica que estaba detrás del mostrador. Ella levantó la mirada de la parrilla que estaba limpiando.

—¿Qué?

—Café. ¿Estás sorda?

El hombre sonrió a Kaufman.

Sorda dijo.

Kaufman advirtió que le faltaban tres dientes de la mandíbula inferior.

—Pinta mal, ¿verdad? dijo.

¿A qué se refería? ¿Al cafe? ¿A su falta de dientes?

—Tres personas liquidadas así. Trinchadas.

Kaufman asintió.

—Le da a uno qué pensar —dijo.

—Claro.

—Me refiero a que debe ser una maniobra de ocultación, ¿no cree? Saben quién lo hizo.

Esta conversación es ridícula, pensó Kaufman. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo: el rostro barbudo ya no estaba enfocado. Al menos, algo había mejorado.

—Cabrones —dijo—. Puros cabrones, todos ellos. Me juego lo que sea a que es una tapadera.

—¿De qué?

—Ellos tienen las pruebas, pero nos mantienen en la puta ignorancia. Hay algo ahí fuera que no es humano.

Kaufman lo entendió. Lo que el zoquete estaba balbuceando era una teoría conspirativa, Las había oído en tantas ocasiones… una panacea.

—Mira, esos tipos hacen todo eso de las clonaciones y se les puede ir la mano. Podrían estar criando putos monstruos sin que nos enteráramos. Hay algo ahí abajo de lo que no nos quieren decir nada. Una maniobra de encubrimiento, como he dicho. Me juego lo que sea.

A Kaufman le resultó interesante la certeza de aquel hombre. Monstruos al acecho. De seis cabezas y una docena de ojos. ¿Por qué no?

Él sabía por qué no. Porque eso excusaba a su ciudad; eso la dejaba salir del atolladero. Y Kaufman estaba convencido de que los monstruos que encontrarían en los túneles serían totalmente humanos.

El hombre de la barba tiro el dinero en el mostrador y se levantó deslizando su gordo trasero por el sucio taburete de plástico.

—Probablemente sea un puro poli —dijo a modo de despedida—. Intentando hacerse el héroe, en realidad creó un puto monstruo —sonrió grotescamente—. Me juego lo que sea —continuó y salió avanzando pesadamente sin mediar otra palabra.

Kaufman dejó escapar el aire por la nariz, despacio, sintiendo que amainaba la tensión de su cuerpo.

Detestaba ese tipo de confrontación, le hacía sentirse cohibido e inútil. En realidad, detestaba a esa clase de hombres: el bruto aferrado a sus opiniones que tan bien su le daba criar a Nueva York.

Ya eran casi las seis cuando Mahogany se despertó. La lluvia de la mañana se había convertido en una fina llovizna al atardecer. El aire olía todo lo fresco que podía oler el aire en Manhattan. Se estiró en la cama, apartó la manta mugrienta y se levantó para ir a trabajar.

En el cuarto de baño la lluvia goteaba sobre la caja del aire acondicionado, llenando el apartamento de un rítmico chapoteo. Mahogany encendió el televisor para ocultar el ruido, sin interés por lo que pudiera ofrecerle.

Se acercó a la ventana. La calle, seis pisos más abajo, estaba abarrotada de tráfico y gente.

Tras un duro día de trabajo, Nueva York regresaba a casa: para jugar, para hacer el amor. La gente salía en riadas de las oficinas y se metían en sus coches. Algunos de mal genio tras un día de sudoroso trabajo en una oficina mal ventilada; otros, mansos como ovejas, deambulaban hacia sus casas por las Avenidas, empujados por una incesante riada de cuerpos. Y otros todavía estarían apiñados en el metro, ciegos a las pintadas de las paredes, sordos al parloteo de sus propias voces y al gélido estruendo de los túneles.

A Mahogany le agradaba pensar en eso. Después de todo, él no era uno más del rebaño. Podía mirar por la ventana, ver allá abajo miles de cabezas y saber que él era un elegido.

Tenía plazos que cumplir, por supuesto, como la gente de la calle. Pero su trabajo no era como las absurdas tareas de los otros, era más bien un deber sagrado.

Necesitaba vivir, y dormir, y defecar como todos los demás, también. Pero no era la necesidad económica lo que le empujaba, sino las exigencias de la historia.

Formaba parle de una gran tradición que se extendía en el tiempo más allá de América. Era un acosador nocturno: corno Jack el destripador, como Gilíes de Rais, la reencarnación viva de la muerte, un espectro con rostro humano. Era un invasor de sueños y un propiciador de terrores.

Las personas que ahora deambulaban a sus pies no podían conocer su rostro; ni tampoco se molestarían en mirarle dos veces. Pero su mirada las captaba, y las calibraba, y seleccionaba lo más sabroso del desfile, de viandantes, eligiendo solo a los sanos y jóvenes para ser sacrificados por su cuchillo consagrado.

A veces Mahogany sentía deseos de desvelar su identidad al mundo, pero tenía responsabilidades que atender y pesaban en él considerablemente. No podía aspirar a la fama. La suya era una vida secreta y era solo SU orgullo lo que ansiaba reconocimiento.

Después de todo, pensó, ¿saluda el ternero al carnicero mientras se desploma sobre sus rodillas?

En general, estaba satisfecho. Formar parte de esa gran tradición era suficiente, tendría que ser suficiente para siempre.

Sin embargo, recientemente se habían producido algunos descubrimientos, No eran culpa suya, por supuesto. Nadie podía culparle. Pero era un mal momento. La vida no resultaba tan fácil como lo había sido unos diez anos atrás. El era más viejo, por supuesto, y eso hacía que el trabajo Riera más agotador; y cada vez. pesaban sobre sus hombros más obligaciones. Era un elegido, y ese era un privilegio con el que resultaba difícil vivir.

En ocasiones se preguntaba si no iba siendo ya hora de entrenar a un hombre más joven para desempeñar sus tareas. Debería realizar algunas consultas con los Padres, pero más pronto o más tarde tendrían que encontrar un sustituto, y pensaba que sería un total desperdicio de su experiencia no tomar a su cargo a un aprendiz.

Tenía tantas y tan buenas enseñanzas que transmitir. Los trucos de su extraordinario ollero. La mejor manera de acechar, de cortar, de desnudar, de desangrar. La mejor carne para el trabajo. La forma más sencilla de deshacerse de los restos. Tantos detalles, tanta experiencia acumulada.

Mahogany entró en el baño y abrió el grifo de la ducha. Cuando se metió en ella bajó la mirada a su cuerpo. La pequeña panza, el pelo canoso del pecho hundido, las cicatrices y los granos por toda su pálida piel. Se estaba haciendo viejo. Pero, esa noche, como cualquier otra noche, tenía un trabajo que cumplir…

Kaufman regresó corriendo al vestíbulo con su sándwich, se bajó el cuello del abrigo y se sacudió la lluvia del pelo. El reloj situado sobre el ascensor marcaba las siete y dieciséis. Trabajaría de seguido hasta las diez, no más tarde.

El ascensor lo transportó hasta la planta doce, a las oficinas de Pappas. Avanzó tristemente por el laberinto de escritorios vacíos y máquinas cubiertas con fundas hasta su pequeño territorio, que todavía estaba iluminado. Las mujeres que limpiaban las oficinas charlaban en el pasillo: era la única vida que había allí.

Se quitó el abrigo, se sacudió la lluvia lo mejor que pudo y lo colgó.

Luego se sentó delante de una pila de pedidos con los que había estado peleando casi tres días y se puso a trabajar. La parre más complicada del trabajo le llevaría solo una noche más de dedicación, estaba seguro, y le resultaba más fácil concentrarse sin el incesante tecleo de las mecanógrafas y las máquinas de escribir por todas partes.

Desenvolvió el sándwich de jamón con pan de cereales y extra de mayonesa y se preparó para la noche.

Ya eran las nueve.

Mahogany estaba vestido para el turno de noche. Llevaba puesto su habitual traje sobrio, con la corbata marrón atada con un pulcro nudo, los gemelos de plata (regalo de su primera mujer) ajustados en las mangas de su camisa inmaculadamente planchada, su cabello ralo reluciente de brillantina, las unas cortadas y limpias y el rostro refrescado con colonia.

Tenía la bolsa lista. Las toallas, los instrumentos, el delantal de cota de malla.

Comprobó su aspecto un el espejo. Pensó que todavía podía hacerse pasar por un hombre de cuarenta y cinco, cincuenta como mucho.

Mientras examinaba su rostro se recordó a sí mismo el deber que debía cumplir. Sobre todo, debía ser cuidadoso. Habría ojos puestos en él a cada paso que diera un el camino, observando su actuación esta noche, y juzgándola. Debía salir de allí como inocente, sin levantar ninguna sospecha.

Si supieran la verdad, pensó. La gente que paseaba, corría y brincaba a su lado en las calles; que chocaban con él sin disculparse; que cruzaban miradas de desdén con él; que sonreían al ver su mole incómoda en un traje que no le quedaba bien. Si supieran lo que hacía, lo que era y lo que llevaba.

Precaución, se dijo, y apagó la luz. El apartamento estaba a oscuras. Se dirigió a la puerta y la abrió, acostumbrado como estaba a andar a oscuras. Feliz por ello.

Las nubes de lluvia habían desaparecido por completo. Mahogany avanzó por Amsterdam hacia el metro de la calle *145*, Esa noche tomaría otra vez la línea de la AVENUE OF THE AMERICAS, su línea favorita, y a menudo la más productiva.

Bajó las escaleras del metro con el billete en la mano. Cruzó las puertas automáticas. El olor de los túneles ahora inundaba sus fosas nasales. No el olor de los túneles profundos, por supuesto. Esos tenían un aroma propio. Peto se sentía ya reconfortado incluso en el estancado aire eléctrico de aquella línea poco profunda. El aliento regurgitado de un millón de viajeros circulaba por esa madriguera, mezclándose con el aliento de criaturas mucho mas viejas; criaturas con voces suaves como la arcilla, de apetitos abominables. Cómo le gustaba. El olor, la oscuridad, el estruendo.

Se quedó de pie en el andén y examinó concienzudamente a sus compañeros viajeros. Había uno o dos cuerpos que pensó en seguir, pero

había demasiada escoria entre ellos, muy pocos que merecieran el esfuerzo. Los agotados físicamente, los obesos, los enfermos, los cuerpos exhaustos destrozados por los excesos y la indiferencia. Como profesional, le ponía enfermo, aunque entendía la debilidad que echaba a perder a los mejores hombres.

Permaneció en la estación durante más de una hora, deambulando entre andenes mientras los trenes iban y venían una y otra vez, y la gente con ellos. Había tan poca calidad a su alrededor que resultaba descorazonador. Tenía la impresión de que cada día debía esperar más tiempo para encontrar carne que valiera la pena utilizar.

Ya eran casi las diez y media y no había visto ni a una sola criatura que resultara idónea para la matanza.

Da igual, se dijo, todavía quedaba tiempo. Muy pronto aparecería el público del teatro. Siempre incluía uno o dos cuerpos robustos. Intelectuales bien alimentados con sus entradas en la mano y opinando sobre las distracciones del arte… oh, sí, algo habría allí.

De lo contrario, y había noches que tenía la impresión de que jamás encontraría algo apropiado, se vería obligado a ir al centro de la ciudad y acorralar a un par de amantes trasnochadores, o encontrar a un atleta o dos, carnes de gimnasio. Estos siempre garantizaban un buen material, aunque con tales especímenes sanos siempre existía el riesgo de que se resistieran demasiado.

Recordó la ocasión en la que cazó a dos negratas, hacía un año o más, con unos cuarenta años de diferencia, padre e hijo, tal vez. Se resistieron con cuchillos y tuvo que permanecer hospitalizado durante seis semanas. Fue una lucha igualada, que le hizo dudar de sus habilidades. Peor aún, le hizo preguntarse qué habrían hecho sus amos con él si hubiera sufrido una herida mortal. ¿Le habrían trasladado con su familia a Nueva Jersey y le habrían dado un entierro cristiano decente? ¿O habrían tirado sus huesos a la oscuridad, para uso propio?

El titular del ejemplar del *New York Post* abandonado en el asiento frente al de Mahogany atrajo su atención: «La policía intensifica la búsqueda del asesino». No pudo evitar sonreír. Los pensamientos de fracaso, debilidad y muerte se desvanecieron. Después de todo, él era ese hombre, ese asesino, y esa noche la idea de que fueran a capturarlo le resultaba risible. Después de todo, ¿no habían bendecido las autoridades de mayor nivel su actividad? Ningún policía podía retenerlo, ningún tribunal podía juzgarlo. Las mismísimas fuerzas de la ley y el orden que montaban rodo el espectáculo de

su persecución servían a sus amos al igual que él; casi deseaba que algún poli insignificante le arrapara y le llevara triunfal ante el juez, solo por ver sus caras cuando les llegara desde la oscuridad la consigna de que Mahogany era un hombre protegido, por encima de cualquier ley del código penal.

Ya eran las diez y media pasadas. La riada de gente que salía del teatro había comenzado, pero de momento no había nadie que sirviera a sus propósitos. De todas formas, quería dejar que pasara el desfile de gente y seguir solo a una o dos presas escogidas hasta el final de la línea. Aguardaba el momento oportuno, como cualquier cazador experimentado.

A las once Kaufman no había acabado aún el trabajo, una hora más tarde de lo que se había prometido. Pero la exasperación y el hastío hacían más difícil concentrarse y las hojas de cálculo comenzaban a aparecer borrosas ante sus ojos. A las once y diez dejó a un lado la pluma y admitió la derrota. Se frotó los ojos ardientes con las palmas de las manos hasta que la cabeza se le llenó de colores.

—Joder —dijo.

Nunca soltaba tacos en público. Pero de vez en cuando decir joder para sus adentros resultaba un enorme consuelo. Se dirigió a la salida de la oficina con el abrigo mojado sobre el brazo y avanzó hacia el ascensor. Sentía las extremidades aletargadas y apenas podía mantener los ojos abiertos.

Fuera hacía más frío de lo que había esperado y el aire le sacudió un poco del letargo. Avanzó hacia el metro de la calle 34. Cogería un expreso hacia bar Rockaway. Estaría en casa en una hora.

Ni Kaufman ni Mahogany lo sabían, pero en la 96 con Broadway la policía había arrestado al que suponían que era el Asesino del Metro, tras arraparlo en uno de los trenes que se dirigían hacia el norte de la ciudad. Un hombrecillo de origen europeo, que empuñaba un martillo y una sierra, había acorralado a una joven en el segundo vagón y amenazado con cortarla en dos en nombre de Jehová.

Era bastante dudoso que pudiera cumplir su amenaza. De hecho, no tuvo la oportunidad de demostrarlo. Mientras que el resto de los pasajeros (incluyendo a dos marines) miraban, la supuesta víctima propinó una patada al hombre en los testículos. Este dejó caer el martillo. La joven lo recogió y le rompió la mandíbula con él antes de que los marines intervinieran.

Cuando el tren se paró en la 96, la policía esperaba arrestar al Carnicero del Metro. Entraron en tropel al vagón, gritando como banshees y cagados de

miedo. El Carnicero yacía en un rincón con la cara destrozada. Lo sacaron en camilla, triunfantes. La mujer, después de ser interrogada, se fue a casa con los marines.

Iba a resultar un giro en los acontecimientos de lo más rentable, aunque Mahogany no podía saberlo en esos momentos. A la policía le llevó la mayor parte de la noche determinar la identidad de su prisionero, principalmente porque lo único que podía hacer aquel hombrecillo era babear por su mandíbula destrozada. No fue hasta las tres y media de la mañana cuando un tal capitán Davis, que tomaba el relevo en el servicio, identificó al hombre como un vendedor de flores retirado del Bronx llamado Hank Vasarely. Hank, por lo visto, había sido arrestado anteriormente por amenazas y exhibicionismo, todo ello en nombre de Jehová. Las apariencias les habían engañado: era tan peligroso como un conejito de Pascua. Ese no era el Matarife del Metro. Pero cuando los polis llegaron a esa conclusión, Mahogany ya había cumplido con su tarea desde hacía un buen rato.

Eran las once y quince cuando Kaufman subió en el expreso hasta Mott Avenue. Compartía el coche con otros dos viajeros. Uno era una mujer negra de mediana edad con un abrigo morado, el otro un adolescente pálido y granujiento que observaba la pintada de «Besa mi culo blanco» en el techo con expresión de ir colocado.

Kaufman estaba en el primer vagón, Tenía por delante un viaje de treinta y cinco minutos. Dejó que sus ojos se cerraran, reconfortado por el balanceo rítmico del tren. Era un viaje tedioso y estaba cansado. No vio las luces parpadeantes de los faros del segundo vagón. Tampoco vio el rustro de Mahogany cuando miraba por la puerta que separaba ambos vagones, comprobando si había algo más de carne.

En la calle 14 la mujer negra bajó. Nadie subió.

Kaufman abrió brevemente los ojos, contemplando el andén vacío de la 14, y luego los volvió a cerrar. Se escuchó el siseo de las puertas al cerrarse. Floraba en ese cálido asiento, entre la consciencia y el sueño, y en su cabeza ya revoloteaban sueños incipientes. Era una sensación agradable. El tren volvió a partir, traqueteando hacia los túneles.

Quizás, en lo más hondo de su mente amodorrada, Kaufman registró a medias que las puertas entre el primer vagón y el segundo se habían abierto. Quizás olió el repentino borbotón de aire de los túneles y percibió que el ruido de las ruedas sonaba más fuerte durante unos segundos. Pero decidió ignorarlo.

Quizás incluso escuchó la refriega mientras Mahogany sometía al joven de la mirada drogada. Pero el sonido era muy distante y la promesa de un buen sueño resultaba tentadora. Continuó dormitando.

Por algún motivo soñó con la cocina de su madre. Ella cortaba nabos y sonreía dulcemente mientras lo hacía. Él era sólo un niño en su sueño y miraba el rostro radiante de su madre mientras trabajaba. Corta. Corta. Corta.

Abrió los ojos súbitamente. Su madre se desvaneció. El vagón estaba desierto y el joven había desaparecido.

¿Cuánto tiempo llevaba dormitando? No recordaba la parada del tren en la Calle 4 Oeste. Se levantó con la cabeza aturdida por el sueño y a punto estuvo de caer cuando el tren dio una sacudida violenta. Parecía haber ganado bastante velocidad. Quizás el conductor deseaba llegar pronto a casa y arroparse en la cama con su señora. Iban a toda mecha; de hecho, resultaba malditamente aterrador.

Vio una persiana bajada en el cristal entre los dos vagones y que, según creía recordar, ames no lo estaba. Una leve inquietud empezó a abrirse camino en la sobria cabeza de Kaufman. Supuso que llevaba dormido mucho tiempo y que el vigilante no le había visto en el vagón. Quizás ya habían pasado Far Rockaway y el tren ahora se apresuraba a dondequiera que lo guardaran de noche.

—Joder —dijo en voz alta.

¿Debería ir hacia delante y preguntar al conductor? Era una pregunta bastante estúpida; ¿dónde estoy? A esas horas de la noche probablemente no iba a recibir más que un chorro de improperios por toda respuesta.

Entonces el tren comenzó a frenar.

Una estación. Sí, una estación.

El tren emergió del túnel y avanzó bajo la sucia luz de la estación en la Calle 4 Oeste. No había perdido ninguna parada.

Entonces, ¿adónde había ido el joven?

O bien había ignorado la prohibición de cambiarse de coche con el tren en movimiento, o bien se había dirigido a la cabina del conductor al frente del convoy. Probablemente estuviera entre las piernas del conductor en ese mismo instante, pensó Kaufman con una mueca de asco.

No sería la primera vez. Después de codo, esto era el Palacio de los Placeres y todos tenían derecho a recibir un poco de amor en la oscuridad.

Kaufman se encogió de hombros. ¿Que más le daba adonde había ido el chico?

Las puertas se cerraron. Nadie subió al tren. Este salió disparado de la estación y las luces parpadearon como solían hacer al consumir más energía para volver a coger velocidad.

Kaufman sintió de nuevo que le invadía el sueño, pero el repentino temor a estar perdido había introducido adrenalina en su organismo y sentía que sus extremidades bullían con una energía nerviosa.

Sus sentidos también se aguzaron.

A pesar del rechinar y traqueteo de las ruedas sobre los raíles, oyó el sonido de ropa rasgándose en el coche contiguo. ¿Había alguien arrancándose la camisa?

Se levantó y agarró uno de los asideros colgantes para mantener el equilibrio.

La persiana entre ambos coches estaba bajada, pero él la miró fijamente, con el ceño fruncido, como si de repente fuera a descubrir la visión de rayos X. El coche se balanceaba y se sacudía. De nuevo viajaba a bastante velocidad.

Otro sonido de ropa rasgada.

¿Sería una violación?

Movido por un mero instinto de voyeur, avanzó por el coche hacia la puerta intermedia, esperando que hubiera una rendija en la persiana. Seguía con la mirada clavada en el cristal y no vio las salpicaduras de sangre que pisaba.

Hasta que…

… su le resbaló el talón. Miró hacia abajo. Su estómago vio la sangre casi antes que su cerebro y el jamón con pan de cereales subió por el gaznate y se le atascó en la parte de atrás de la garganta. Sangre. Aspiró varias bocanadas de aire rancio y aparró la mirada dirigiéndola de nuevo al cristal.

Su cabeza decía: sangre. Nada habría conseguido borrar esa palabra. Ahora no había más que un metro o dos entre él y la puerta. Tenía que mirar. Tenía sangre en el zapato y corría un fino reguero hasta el coche contiguo, pero aun así debía mirar.

Debía hacerlo.

Dio dos pasos más hacia la puerta y examinó la persiana en busca de algún roto; un hilo sucho un el tejido bastaría. Había un diminuto agujero. Pegó el ojo allí.

Su mente se negó a aceptar lo que sus ojos captaban al otro lado de la puerta. Rechazaba el espectáculo por absurdo, como una visión de un sueño. La razón le dictaba que no podía ser real, pero su carne sabía que lo era. Su

cuerpo se tensó aterrado. Sus ojos, impasibles, no lograban borrar aquella escena arroz tras la persiana. Permaneció junto a la puerta mientras el tren seguía avanzando, mientras la sangre se retiraba de sus extremidades y el cerebro le daba vueltas por falta de oxígeno. Puntos brillantes de luz parpadearon en su campo de visión, ocultando por fin la atrocidad.

Después se desmayó.

Estaba inconsciente cuando el tren llegó a Jay Street, No escuchó el anuncio del conductor que informaba de que todos los pasajeros que fueran más allá de esa estación debían cambiar de tren. Si lo hubiera oído, habría cuestionado el motivo de ello. Ningún tren vaciaba a todos sus pasajeros en Jay Street; la línea iba hasta Mott Avenue, vía el Hipódromo del Acueducto, y pasando el Aeropuerto JFK. Se habría preguntado qué clase de tren podría ser. Pero ahora ya lo sabía. La verdad estaba colgada en el vagón de al lado. Sonreía satisfecha desde detrás de un ensangrentado delantal de cora de malla.

Este era el Tren de Carne de Medianoche.

No hay forma de calcular el tiempo después de un desmayo. Podrían haber pasado segundos u horas antes de que los ojos de Kaufman volvieran a abrirse temblorosos y su mente se adaptara a la nueva situación.

Estaba rumbado bajo uno de los asientos, pegado a la vibrante pared del vagón, oculto a la vista. Hasta el momento, el Destino había estado de su parte, pensó; por algún motivo, el balanceo del vagón debió de desplazar su cuerpo inconsciente hasta allí.

Pensó en el horror que había visto en el segundo vagón, y de nuevo se tragó el vómito. Estaba solo. Dondequiera que estuviera el vigilante (tal vez muerto), no tenía manera de gritar pidiendo ayuda. ¿Y el conductor? ¿Estaba muerto a los mandos? ¿Estaría ahora el tren lanzándose a través de un túnel desconocido, un túnel sin una sola estación que lo identificara, hacia su destrucción?

Y si no se produjera una colisión mortal, aún quedaba el Carnicero, que seguía despedazando carne a tan solo una puerta de distancia de donde yacía escondido Kaufman.

Mirara donde mirara, el nombre de la puerta de salida era Muerte.

El ruido era ensordecedor, especialmente al estar tumbado en el suelo. Los dientes de Kaufman castañeteaban en las encías y sentía el rostro adormecido por la vibración; incluso el cráneo le dolía.

Poco a poco sintió que recobraba la fuerza en sus miembros exhaustos. Con precaución, estiró los dedos y cerró los puños para hacer que la sangre fluyera de nuevo.

Y a medida que fue recuperando el tacto, también recuperó la náusea. No dejaba de atormentarle la truculenta brutalidad del vagón contiguo. Había visto antes fotografías de víctimas de asesinato, por supuesto, pero estos no eran asesinatos normales. Estaba en el mismo tren que el Carnicero del Metro, el monstruo que colgaba a sus víctimas por los pies, afeitadas y desnudas, de los asideros del techo.

¿Cuánto tiempo tardaría el asesino en cruzar esa puerta e ir a por él? Estaba seguro de que si el matarife no acababa con él, lo haría la tensión.

Escuchó unos movimientos al otro lado de la puerca.

Kaufman se dejó llevar por el instinto y se apretó aún más bajo el asiento, enrollándose en un pequeño ovillo, con el rostro lívido pegado a la pared. Luego se cubrió la cabeza con las manos y cerró los ojos con tanta fuerza como un niño aterrorizado por el hombre del saco.

La puerta se abrió deslizándose. Clic. Ssshh. Una bocanada de aire procedente de los raíles. El olor era el más extraño que Kaufman hubiera olido jamás, y más frío. Era aire primigenio entrando en sus fosas nasales, aire hostil e insondable. Le hizo estremecerse.

La puerta se cerró. Clic.

El Carnicero estaba cerca, Kaufman lo sabía. Tal vez estuviera a Unos pocos centímetros de donde él se encontraba.

¿Miraba ahora incluso la espalda de Kaufman? ¿Se inclinaba incluso con un cuchillo en la mano para arrastrar a Kaufman fuera de su escondrijo como si sacara a un caracol de su concha con un gancho?

No ocurrió nada. No sintió aliento en el cogote. Y no le rebanó la columna vertebral.

Tan solo se escucharon las pisadas cerca de la cabeza de Kaufman y luego ese mismo sonido alejándose.

La respiración de Kaufman, retenida en sus pulmones hasta que empezó a dolerle, fue exhalada con un siseo entre dientes.

Mahogany se sintió casi decepcionado al ver que el hombre dormido se había bajado en la Calle 4 Oeste. Le habría gustado realizar otro trabajo esa noche y así mantenerse ocupado mientras descendían. Pero no: el hombre había desaparecido. De todas formas, la víctima potencial tampoco le había parecido demasiado sana, pensó, probablemente fuera un contable judío anémico. La carne no habría sido de calidad. Mahogany recorrió la distancia

del coche hasta la cabina del conductor. Probablemente pasaría el resto del viaje allí.

Dios mío, pensó Kaufman, va a matar al conductor.

Oyó la puerta de la cabina al abrirse. Luego la voz del Carnicero, grave y ronca.

—Hola.

—Hola.

Se conocían.

—¿Ya está?

—Ya está.

Kaufman se quedó impresionado por el tono trivial del intercambio. ¿Ya está? ¿Qué significaba lo de «ya está»?

No pudo escuchar las siguientes palabras porque el tren atravesó una sección del trazado especialmente ruidosa.

Kaufman ya no pudo resistirlo más. Con precaución, se estiró y miró por encima del hombro hacia el otro extremo del coche. Lo único que podía ver eran las piernas del Carnicero y la parte inferior de la puerta abierra de la cabina. Maldita sea. Quería ver otra vez el rostro del monstruo.

Entonces se escuchó una risa.

Kaufman calculó los riesgos de la situación: las matemáticas del pánico. Si se quedaba donde estaba, más pronto o más tarde el Carnicero echaría la mirada hacia abajo y lo vería, y entonces sería picadillo de carne. Por otro lado, si se movía de su escondite, su arriesgaba a ser visto y perseguido. ¿Qué era peor: parálisis y encontrar la muerte en un agujero, o salir corriendo y encontrar a su Hacedor en medio del coche?

Kaufman se sorprendió a sí mismo por su entereza: se movería.

Avanzando milímetro a milímetro, se arrastró de debajo del asiento al tiempo que observaba la espalda del Carnicero en todo momento. En cuanto salió, se puso a gatear hacia la puerta. Cada paso que daba era un tormento, pero el Carnicero parecía estar demasiado enfrascado en la conversación para darse la vuelta.

Kaufman llegó a la puerta. Comenzó a levantarse, intentando estar preparado para la visión que le esperaba en el segundo vagón. Agarró el pomo y abrió la puerta.

El ruido de los raíles aumentó y una ráfaga de aire frío y húmedo, que no olía a nada que existiera en este mundo, le dio de lleno. Sin duda, el Carnicero lo había oído, u olido. Sin duda, se daría la vuelta…

Pero no. Kaufman se coló por la rendija abierta y penetró en la cámara sangrienta ai otro lado.

El alivio lo volvió descuidado. Se olvidó de cerrar bien la puerta al salir y esta comenzó a abrirse con el impulso del tren.

Mahogany sacó la cabeza de la cabina y miró al otro lado del coche, en dirección a la puerta.

—¿Qué cojones es eso? —dijo el conductor.

—No cerré bien la puerta. Nada más.

Kaufman oyó los pasos del Carnicero dirigiéndose hacia allí. Su acurrucó haciéndose un ovillo de consternación tras la pared intermedia, súbitamente consciente de lo lleno que tenía el vientre. La puerta se cerró por el otro lado y los pasos se alejaron otra vez.

A salvo, al menos para respirar una vez más.

Kaufman abrió los ojos y templó los nervios para enfrentarse a la masacre que tenía ante él.

No le quedaba más remedio.

Todos sus sentidos se vieron invadidos: el olor de las entrañas al aire, la visión de los cuerpos, el tacto del líquido en el suelo bajo sus dedos, el crujido de los asideros colgantes con el peso de los cadáveres oscilando, incluso el aire tenía el sabor salobre de la sangre. Estaba absolutamente rodeado de muerte en aquel cubículo que se precipitaba a través de las tinieblas.

Pero ya no había náusea. Ya no quedaban sensaciones, solo una leve repulsión. Incluso se sorprendió a sí mismo observando los cuerpos con cierra curiosidad.

El cadáver más cercano era el del joven granujiento que había visto en el primer vagón. El cuerpo colgaba boca abajo y oscilaba al ritmo del tren, al unísono con sus Lies compañeros; una obscena danza macabra. Los brazos colgaban lacios de las articulaciones de los hombros, en las que su veían dos cortes de unos tres o cinco centímetros de profundidad para que los cuerpos colgaran más ordenados.

Todas las partes de la anatomía inerte del chico se balanceaban hipnóticamente. La lengua, que colgaba de la boca abierta. 1.a cabeza, que pendía del cuello rebanado. Incluso el pene del joven se sacudía de un lado a otro sobre su entrepierna depilada. La herida de la cabeza y la yugular abierta todavía bombeaban sangre en un cubo negro. Había cierta elegancia en aquella escena; la marca de un trabajo bien hecho.

Más allá de ese cuerpo estaban colgados los cadáveres de dos mujeres jóvenes blancas y un hombre de piel más oscura. Kaufman giró la cabeza

hacia un lado para mirar sus rostros. Carecían de toda expresión. Una de las chicas era una belleza. Concluyó que el hombre era portorriqueño. Todos llevaban la cabeza y el cuerpo totalmente rasurados. De hecho, el aire apestaba con el olor del esquileo. Kaufman se deslizó por la pared y se enderezó, y al hacerlo uno de los cuerpos de las mujeres giró y mostró una vista dorsal.

No estaba preparado para ese último horror.

La carne de la espalda de la mujer estaba abierta desde el cuello hasta el trasero y habían pelado el músculo para dejar expuestas las brillantes vértebras. Era el triunfo final del oficio del Carnicero. Allí colgaban esos trozos de humanidad rasurados, desangrados y trinchados, abiertos como un pescado y listos para ser devorados…

Kaufman estuvo a punto de sonreír al observar la perfección de aquel horror. Sintió un atisbo de locura cosquilleándole en la base del cráneo, tentándole hacia el olvido, prometiéndole una indiferencia total hacia el mundo.

Rompió a temblar de forma incontrolada. Sintió que las cuerdas vocales intentaban formar un grito. Era intolerable y, sin embargo, gritar significaría convertirse en breve en algo similar a las criaturas que tenía delante.

Joder dijo, más fuerte de lo que había pretendido, y luego se obligó a sí misino a avanzar por el vagón entre los cadáveres oscilantes, observando las pulcras pilas de ropa y pertenencias colocadas en los asientos jumo a sus dueños. Bajo sus pies, el piso estaba pegajoso por la bilis reseca que lo cubría. Incluso con los ojos entrecerrados podía ver demasiado claramente la sangre en los cubos; era espesa y embriagadora y salpicada de cuajarones.

Ya había pasado junto al joven y podía ver la puerta que conducía al tercer vagón. Lo único que tenía que hacer ahora era resistir el acoso de aquellas atrocidades. Se apresuró e intentó ignorar los horrores que le rodeaban concentrandose en la puerta que le llevaría de regreso a la cordura.

Pasó junto a la primera mujer. Unos metros más, se dijo, diez pasos más como mucho, menos si avanzaba con confianza.

Entonces las luces se apagaron.

—Dios santo —dijo.

El tren dio un bandazo y Kaufman perdió el equilibrio.

En medio de la oscuridad, buscó a tiernas un apoyo y, sacudiendo los brazos, se agarró al cuerpo más cercano. Antes de poder evitarlo, sintió que sus manos se hundían en la carne tibia mientras se aferraba con los dedos al

músculo expuesto en la espalda de la mujer muerta y tocaba con los dedos las vértebras. Aterrizó con la mejilla en la carne viva del muslo.

Gritó, y mientras lo hacía las luces volvieron a encenderse.

Y cuando estas parpadearon de nuevo y su grito se extinguió, escuchó el ruido de los pies del Carnicero que recorrían el primer vagón hacia la puerta medianera.

Soltó el cuerpo al que estaba abrazado. Tenía el rostro cubierto de la sangre de la pierna. Podía sentido en la mejilla, como pinturas de guerra.

De algún modo, el grito le despejó la cabeza a Kaufman y de repente se sintió imbuido de una especie de fuerza. No habría persecución por el tren, lo sabía: no habría cobardía, ahora no. Iba a ser una confrontación primitiva, dos seres humanos cara a cara. Y no había ningún truco —ninguno— que no pudiera usar para derrotar a su enemigo. Era una cuestión de supervivencia, pura y dura.

El tirador de la puerta repiqueteó.

Kaufman miró a su alrededor en busca de algún arma, con mirada decidida y calculadora. Entonces reparó en la pila de ropa junto al cuerpo del portorriqueño. Había allí una navaja, junto a los anillos de strass y las cadenas do imitación de oro. Un arma de hoja larga e inmaculadamente limpia, probablemente el orgullo y alegría de aquel hombre. Alargando el brazo junto al cuerpo bien musculado, Kaufman cogió la navaja de la pila de ropa. Le gustaba sujetarla en la mano; de hecho, resultaba agradablemente excitante.

La puerta se estaba abriendo y el rostro del matarife apareció.

Kaufman miró a través del matadero a Mahogany. No es que fuera terriblemente aterrador, solo otro hombre medio calvo y con sobrepeso de unos cincuenta años. Su rostro era pesado y sus ojos estaban hundidos. La boca era bastante pequeña y de labios delicados. De hecho, tenía boca de mujer.

Mahogany no podía entender de dónde había salido aquel intruso, pero era consciente de que se trataba de otro descuido, otra señal de su creciente incompetencia. Debía despachar a aquella criatura harapienta de inmediato. Después de todo, no podían estar a más de dos kilómetros o tres del final de la línea. Debía rebanar a aquel hombrecillo y colgarlo por los talones antes de llegar a destino.

Avanzó por el segundo vagón.

—Estabas dormido —dijo tras reconocer a Kaufman—. Te vi.

Kaufman no dijo nada.

—Deberías haber bajado del tren. ¿Qué intentabas hacer? ¿Esconderte de mí?

Kaufman siguió en silencio.

Mahogany agarró el mango del cuchillo de carnicero que colgaba de su desgastado cinturón de cuero. Estaba manchado de sangre, al igual que el delantal de cota de malla, el marrillo y la sierra.

—Tal como están las cosas —dijo—, tendré que acabar contigo.

Kaufman levantó la navaja. Parecía una nimiedad en comparación a la parafernalia que portaba el Carnicero.

—Joder —dijo.

Mahogany sonrió ante las pretensiones de defensa del hombrecillo.

—No deberías haber visto esto: no es algo para los de tu clase —dijo, dando otro paso hacia Kaufman—. Es secreto.

Oh, así que este es del tipo de los inspirados por la divinidad, ¿verdad?, pensó Kaufman. Eso explicaría algunas cosas.

—Joder —repitió.

El Carnicero frunció el ceño. No le gustaba la indiferencia que mostraba el hombrecillo por su trabajo, por su reputación.

—Algún día, todos nosotros tendremos que morir —dijo—. Deberías estar más que complacido: no vas a ser quemado como la mayoría de ellos; puedo usarte. Para alimentar a los padres.

La única respuesta de Kaufman fue una mueca. Había soportado lo suficiente para que no le aterrorizara aquella mole con sobrepeso que arrastraba los pies.

El Carnicero desenganchó el cuchillo del cinturón y lo empuñó.

—Un sucio y pequeño judío como tú —dijo— deberías estar agradecido de servir para algo: ser carne es lo máximo a lo que puedes aspirar.

Sin previo aviso, el Carnicero lanzó el brazo. La cuchilla dividió el aire a bastante velocidad, pero Kaufman dio un paso atrás. La hoja le cortó la manga del abrigo y se hundió en la espinilla del portorriqueño. El impacto casi amputó la pierna y el peso del cuerpo abrió el tajo aún más. La carne expuesta del muslo parecía carne de primera calidad, suculenta y apetitosa.

Mientras el Carnicero tiraba del cuchillo para sacarlo de la herida, Kaufman aprovechó para saltar. La navaja se dirigía hacia el ojo de Mahogany, pero por un error de cálculo la enterró en el cuello. Traspasó la columna vertebral y apareció por el otro lado con una pequeña gota de sangre. Hasta el fondo. De un solo golpe. Hasta el fondo.

Mahogany sintió la hoja de la navaja en el cuello con un carraspeo ahogado, casi como si se hubiera atragantado con un hueso de pollo. Emitió una tos desganada y ridícula. La sangre brotó de los labios y los coloreó, como el carmín en los labios de una mujer. El cuchillo de carnicero repiqueteó contra el suelo.

Kaufman tiró de la navaja y la sacó. De las dos heridas manaron unos pequeños arcos de sangre.

Mahogany se derrumbó sobre las rodillas con la mirada clavada en la navaja que lo había matado. El hombrecillo lo observaba con bastante pasividad. Decía algo, pero los oídos de Mahogany estaban sordos a cualquier comentario, como si estuviera bajo el agua.

Mahogany de repente se quedó ciego. Sintió cierta nostalgia por sus sentidos y fue consciente de que no volvería a ver ni oír nunca más. Esto era la muerte: se le había echado encima, no cabía duda.

Sin embargo, todavía podía sentir con las manos el tejido de los pantalones y las manchas calientes en la piel. Su vida parecía alejarse de puntillas mientras se aferraba con los dedos a una última sensación… Luego su cuerpo se derrumbó, y sus manos, y su vida, y su deber sagrado se desplomaron bajo el peso de su carne gris.

El Carnicero estaba muerto.

Kaufman arrastró bocanadas de aire estancado hacia sus pulmones y se agarró de uno de los asideros colgantes para estabilizar su cuerpo tambaleante. Las lágrimas emborronaban el caos que le rodeaba. Pasó un tiempo, no sabía cuánto; estaba perdido en un éxtasis de victoria.

Entonces el tren aminoró la velocidad. Sintió y escuchó la acción de los frenos. Los cuerpos que colgaban se balancearon con fuerza hacia delante mientras el tren frenaba a toda velocidad y las ruedas rechinaban en raíles que exudaban cieno.

La curiosidad invadió a Kaufman.

¿Cambiaría el tren de vía para dirigirse al matadero subterráneo del Carnicero, decorado con la carne que había ido reuniendo a lo largo de su carrera? Y el risueño conductor, tan indiferente a la masacre, ¿qué haría en cuanto el tren se detuviera? Pasara lo que pasara, ahora todo era pura teoría. Podía ocurrir cualquier cosa; observen y vean.

El sistema de megafonía crujió. Sonó la voz del conductor:

—Ya hemos llegado. Será mejor que te coloques en tu sitio, ¿eh?

¿Que se coloque en su sitio? ¿Qué. quería decir?

El tren avanzaba ahora a paso de tortuga. Al otro lado de las ventanas reinaba una oscuridad absoluta. Las luces del vagón parpadearon y luego su apagaron. En esta ocasión no volvieron a encenderse.

Kaufman quedó completamente a oscuras.

—Saldremos en media hora —informó el altavoz, igual que cualquier otro anuncio de estación.

El tren paró por completo. El sonido de las ruedas sobre los raíles, el estruendo de su paso, al que Kaufman ya se había acostumbrado, cesó de repente. Lo único que oía era el zumbido del sistema de megafonía. Seguía sin poder ver nada.

Luego escuchó un siseo. Las puertas se estaban abriendo. El olor penetró en el coche, un olor tan cáustico que Kaufman se cubrió la cara con la mano para no inhalarlo.

Permaneció en silencio, con la mano en la boca, durante lo que le pareció toda una vida.

No ver. No oír. No hablar.

Entonces, vio un destello de luz fuera de la ventana. Esta dibujó la silueta de la puerta y poco a poco se hizo más intensa. Pronto hubo suficiente luz en el vagón para que Kaufman pudiera ver el cuerpo desplomado del Carnicero a sus pies, y los costados cetrinos de carne colgando a ambos lados de este.

También se oyó un susurro procedente del oscuro exterior del tren, diminutos ruidos en aumento como voces de escarabajos, En el túnel, arrastrándose hacia el tren, había seres humanos. Kaufman podía ver ahora las siluetas. Algunos de ellos llevaban antorchas que ardían con una mortecina luz pardusca. El ruido quizás lo producían los pies sobre la tierra húmeda, o quizás sus lenguas al chasquear, o ambos.

Kaufman ya no era tan ingenuo como hacía una hora. ¿Podía haber alguna duda en cuanto a la intención que tenían aquellas criaturas que salían de la oscuridad y avanzaban hacia el tren? El Carnicero había descuartizado a hombres y mujeres para proporcionar carne a esos caníbales; los cuales se acercaban, como comensales acudiendo al gong que anunciaba la cena, para comer en aquel vagón restaurante.

Kaufman se inclinó y recogió el cuchillo que el Carnicero había tirado. El ruido de las criaturas que se acercaban se hacía más fuerte a cada segundo. Retrocedió alejándose de las puertas abiertas del vagón, peto entonces descubrió que las puertas a sus espaldas también estaban abiertas, y también le llegó el susurro de las criaturas que se acercaban desde allí.

Se hundió en uno de los asientos, y estaba a punto de refugiarse bajo ellos cuando una mano, delgada y frágil hasta el punto de la transparencia, apareció en el vano de la puerta.

No pudo apartar la mirada. No fue el terror lo que lo dejó petrifica do como ocurrió con la ventana medianera. Simplemente quería mirar.

La criatura entró en el coche. Las antorchas a sus espaldas ocultaron el rostro tras las sombras, pero podía ver claramente el contorno.

No había nada que resultara demasiado sorprendente en su apariencia.

Tenía dos brazos y dos piernas como él; la cabeza no presentaba ninguna deformidad. El cuerpo era pequeño y el esfuerzo de subir al tren hizo que su respiración se tornara ronca. Parecía más un caso de geriátrico que de manicomio; generaciones de devoradores de hombres de ficción no habían preparado a Kaufman para tal grado de angustiante vulnerabilidad.

Detrás de esta, criaturas similares emergían de la oscuridad y se arrastraban al interior del tren. De hecho, entraban por todas las puertas.

Kaufman estaba atrapado. Sopesó el cuchillo en las manos, calculando su peso y dispuesto para la batalla contra aquellos monstruos vetustos. Metieron una antorcha en el vagón que iluminó los rostros de los líderes.

Eran completamente calvos. La carne ajada de sus rostros estaba tensa sobre los huesos de sus calaveras y brillaba por la tirantez. Había manchas de putrefacción e infecciones en la piel, y zonas en las que a través del músculo que se había marchitado convirtiéndose en pus negro se veía el hueso de la mejilla o la sien. Algunos iban desnudos como bebés y sus cuerpos pastosos y sifilíticos apenas mostraban rasgos sexuales. Lo que en otro tiempo fueron pechos, ahora eran bolsas correosas que colgaban del torso y los genitales habían menguado hasta desaparecer.

Pero peor visión que la de los cuerpos desnudos era la de aquellos que llevaban un velo de ropajes. Pronto Kaufman descubrió que la tela raída que colgaba de sus hombros, o anudaban en sus cinturas, estaba hecha de piel humana. No solo una, sino una docena o más de pieles se apilaban caprichosamente una encima de otra como patéticos trofeos.

Los líderes de esta grotesca cola de comida ya habían llegado a los cuerpos y las manos delicadas se posaron sobre los trozos de carne y recorrían de arriba abajo la piel afeitada de una manera que sugería cierto placer sensual. Lenguas bailoteaban fuera de sus bocas mientras gotas de saliva aterrizaban sobre la carne. Los ojos de los monstruos parpadeaban mirando a un lado y a otro hambrientos y excitados.

Finalmente uno de ellos vio a Kaufman.

Los ojos de la criatura parpadearon unos segundos y luego se clavaron en él. Una mirada interrogante se dibujó un su rostro, transformándolo en una parodia de asombro.

—Tú —dijo; la voz sonó tan exhausta como los labios de donde había brotado.

Kaufman levantó unos centímetros el cuchillo, calculando sus posibilidades. Tal vez hubiera treinta de ellos dentro del coche y muchos más fuera. Pero parecían muy débiles, y no llevaban armas, solo sus pellejos y huesos.

El monstruo volvió a hablar y su voz sonó bastante bien modulada, cuando fue capaz de recobrarla; era el trino de un hombre en otro tiempo cultivado y elegante.

—Viniste detrás del otro, ¿verdad?

La criatura bajó la mirada hacia el cuerpo de Mahogany. Sin duda, había captado la situación muy rápido.

—Era viejo, de todas formas —dijo, y sus ojos acuosos regresaron a Kaufman y lo examinaron con atención.

—Que te jodan —dijo Kaufman.

La criatura intentó una sonrisa sardónica, pero casi había olvidado la técnica y el resultado fue una mueca que dejaba expuesta la boca llena de dientes que habían sido concienzudamente afilados en punta.

—Ahora debes hacer esto por nosotros —dijo a través de aquella mueca bestial—. No podernos sobrevivir sin comida.

La criatura dio unas palmaditas a la cadera de carne humana. Kaufman no encontró respuesta a esa afirmación. Simplemente miró asqueado mientras las uñas se deslizaban por la raja entre las nalgas, palpando la turgencia de delicado músculo.

—Nos repugna tanto como a ti —dijo la criatura—. Pero estamos condenados a elegir entre comer esta carne o morir. Sabe Dios que no tungo ningún apetito de ella.

Sin embargo, la criatura no dejaba de babear,

Kaufman entonces logró recobrar la voz. Sonó bajita, más por una confusión de sentimientos que por miedo.

—¿Qué sois? —preguntó, y recordó en ese momento al hombre con barba de la cafetería—. ¿Sois algún tipo de accidente del azar?

—Somos los Padres de la Ciudad —dijo la criatura—. Y madres, hijas e hijos. Los constructores, los legisladores. Nosotros creamos esta ciudad.

—¿Nueva York? —preguntó Kaufman. ¿El Palacio de los Placeres?

—Antes de que nacieras, antes de que ninguno de los que ahora viven hubiera nacido.

Mientras hablaba, la criatura deslizaba las uñas por debajo de la piel del cuerpo rajado y retiraba la fina capa clástica del suculento músculo. Detrás de Kaufman, las otras criaturas habían empezado a desenganchar los cuerpos de los asideros colgantes, palpando con ese mismo deleite los suaves pechos y costillares de carne. También habían empezado a desollar los cuerpos.

—Tú nos traerás más —dijo el padre—. Más carne para nosotros. El otro era débil.

Kaufman le miró incrédulo.

—¿Yo? —dijo—. ¿Alimentaros? ¿Quién crees que soy?

—Debes hacerlo por nosotros, y por aquellos mayores que nosotros. Por aquellos nacidos antes de que se imaginara la ciudad, cuando América era bosque y desierto.

La frágil mano señaló fuera del tren.

La mirada de Kaufman siguió el dedo hacia la oscuridad. Había algo más fuera del tren que no había visto antes; mucho más grande que cualquier humano.

El grupo de criaturas abrió paso a Kaufman para que pudiera inspeccionar de cerca aquella cosa que se erguía allí fuera, pero sus pies no se movieron.

—Adelante —dijo el padre.

Kaufman pensó en la ciudad que había amado. ¿Eran estos realmente sus antiguos habitantes, sus filósofos, sus creadores? Tenía que creerlo. Quizás había gente sobre la superficie (burócratas, políticos, autoridades de rodo tipo, que conocían este horrible secreto y cuyas vidas estaban dedicadas a preservar aquellas abominaciones, alimentándolas, como salvajes sacrificando corderos para sus dioses). Sintió una terrible familiaridad con todo aquel ritual. Le sonaba demasiado… no en la mente consciente de Kaufman, sino en su yo más profundo y primitivo.

Sus pies, que ya no obedecían a su mente sino a su instinto de rendir culto, se movieron. Recorrió los pasillos de cuerpos y salió del tren.

La luz de las antorchas apenas iluminaba la infinita oscuridad de allá fuera. El aire parecía algo sólido, tan denso era el olor a tierra antigua. Pero Kaufman no olió nada. Inclinó la cabeza, fue lo único que pudo hacer para evitar desmayarse otra vez.

Allí estaba; el precursor del hombre. El Americano original, y su patria era esta antes de que lo fuera de los passamaquoddy o de los cheyenes. Sus ojos, si es que tenía ojos, estaban clavados en él.

El cuerpo de Kaufman se estremeció. Le castañetearon los dientes.

Pudo escuchar el ruido de la anatomía de aquello: tictacs, crujidos, sollozos.

Se movió ligeramente en la oscuridad.

El sonido de su movimiento fue formidable. Como una montaña enderezándose.

Kaufman alzó el rostro hacia él y, sin pensar qué estaba haciendo o por qué, se arrodilló en la porquería que había delante del Padre de los Padres.

Cada día de su vida le había conducido a ese día, cada segundo le empujaba a ese momento inenarrable de terror sagrado.

Si hubiera habido suficiente luz en aquel pozo para ver la totalidad, tal vez, su tibio corazón habría reventado. Así las cosas, lo sintió palpitar con fuerza en su pecho al ver lo que vio.

Era un gigante. Sin cabeza ni extremidades. Sin un solo rasgo que fuera humano, sin un órgano que tuviera sentido, ni sentidos. Si pudiera compararse con algo, sería con un banco de peces. Mil hocicos moviéndose al unísono, brotando, alcanzando su plenitud y marchitándose rítmicamente. Era iridiscente, como de madreperla, pero en ocasiones era de una tonalidad más profunda que cualquier color que Kaufman conociera, o supiera identificar.

Eso era todo lo que Kaufman podía ver, y era más de lo que deseaba ver. Había mucho más en esa oscuridad, palpitando y agitándose.

Pero no pudo mirar más tiempo. Se giró, y al hacerlo una pelota de fútbol salió volando del tren y rodó hasta detenerse frente al Padre.

Al menos, Kaufman creyó que era una pelota de fútbol, hasta que la observó más atentamente y descubrió que se trataba de una cabeza humana: la cabeza del Carnicero. La piel de la cara había sido pelada a tiras. Brillaba cubierta de sangre delante de su Señor.

Kaufman apartó la mirada y regresó al tren. Todas las partes de su cuerpo parecían estar llorando, todas menos los ojos. Le ardían demasiado por la visión a sus espaldas y el calor evaporó sus lágrimas.

Dentro, las criaturas ya habían empezado a cenar. Kaufman vio que una de ellas arrancaba de su cuenca el dulce bocado azul del ojo de una mujer. Otro tenía la mano en su boca. A los pies de Kaufman yacía el cadáver decapitado del Carnicero, todavía sangrando profusamente por donde el cuello había sido devorado.

El pequeño padre que había hablado antes se irguió delante de Kaufman.

—¿Nos servirás? —preguntó suavemente, como si estuviera pidiendo a una vaca que le siguiera.

Kaufman tenía los ojos clavados en el cuchillo, símbolo de la profesión del Carnicero. Las criaturas ahora abandonaban el vagón, arrastrando los cuerpos medio devorados tras ellos. A medida que las antorchas salían del vagón, la oscuridad fue regresando.

Pero antes de que las luces hubieran desaparecido del rodo, el padre alargó la mano, sujetó la cara de Kaufman y la giró para que se mirara a sí mismo en el sucio cristal de la ventana del vagón.

Era un reflejo débil, pero Kaufman pudo ver bastante bien lo cambiado que estaba. Más blanco que ningún otro hombre vivo, y cubierto de sangre y mugre.

La mano del padre todavía sujetaba la cara de Kaufman, e introdujo el dedo en la boca y en el gaznate hasta tocar con la uña la parte más profunda de la garganta. Kaufman sintió arcadas, pero no le quedaba voluntad para repeler el ataque.

—Sírvenos —dijo la criatura—. En silencio.

Kaufman se dio cuenta demasiado tarde de la intención de los dedos…

De repente notó que le sujetaba con fuerza la lengua y la retorcía por la raíz. Kaufman, horrorizado, dejó caer el cuchillo. Intentó gritar, pero no salió ningún sonido de su boca. Tenía sangre en la garganta y escuchó su propia carne desgajándose, y unos dolores agónicos le hicieron convulsionarse.

Luego la criatura sacó la mano de la boca y colocó los dedos escarlata y cubiertos de saliva delante de su rostro, mientras sostenía la lengua entre el pulgar y el índice.

Kaufman su quedó mudo.

—Sírvenos —dijo el padre, y se metió la lengua en su propia boca y la masticó con evidente satisfacción. Kaufman cayó de rodillas y vomitó el sándwich.

El padre ya se alejaba arrastrando los pies hacia la oscuridad; el cesto de los antiguos ya se había cobijado en su madriguera una noche más.

El altavoz chirrió.

—A casa —dijo el conductor.

Las puertas se cerraron con un silbido y el zumbido eléctrico atravesó el tren. Las luces se encendieron, luego se volvieron a apagar, y por fin se encendieron.

El tren comenzó a moverse.

Kaufman estaba tirado en el suelo, le caían lágrimas por el rostro, lágrimas de turbación y de resignación. Se desangraría hasta morir, decidió,

allí donde yacía ahora. No importaba si moría. De todas formas, era un mundo de mierda.

El conductor le despertó. Kaufman abrió los ojos. El rostro que lo observaba desde arriba era negro, y no parecía poco amistoso. Le sonrió. Kaufman intentó decir algo, pero tenía la boca sellada con sangre seca. Retorció la cabeza de un lado a otro como un demente babeante intentando escupir una palabra. Tan solo salieron gruñidos.

No estaba muerto. No se había desangrado.

El conductor le incorporó sobre las rodillas y le habló como si fuera un niño de tres años.

—Tienes un trabajo que hacer, amigo: están muy satisfechos contigo.

El conductor se había lamido los dedos y estaba frotándole los labios hinchados, intentando separarlos.

—Tienes mucho que aprender antes de mañana noche…

Mucho que aprender. Mucho que aprender.

Sacó a Kaufman del tren. Estaban en una estación que no había visco nunca. Era absolutamente prístina y con baldosas blancas; el Nirvana de un encargado de estación. Ninguna pintada desfiguraba las paredes. Ninguna taquilla, pero tampoco había puertas de entrada ni pasajeros. Aquella era una línea que solo proporcionaba un servicio: El Tren de Carne.

El turno de limpiadores de la mañana ya andaba atareado lavando la sangre de los asientos y del suelo del tren. Alguien desnudaba el cuerpo del Carnicero para ser despachado a Nueva Jersey. Por todas partes alrededor de Kaufman había gente trabajando.

Una lluvia de luz del amanecer se colaba por una rejilla en el techo de la estación. Se veían motas de polvo suspendidas en los haces de luz, girando una y otra y otra vez. Kaufman las observó, embelesado. No había visto algo tan bello desde que era niño. Polvo maravilloso. Girando una y otra y otra vez.

El conductor había logrado separar los labios de Kaufman. Tenía la boca demasiado dolorida para moverla, pero al menos pudo respirar sin dificultad. Y el dolor ya estaba empezando a remitir.

El conductor le sonrió y a continuación se giró hacia el resto de trabajadores de la estación.

—Me gustaría presentaros al sustituto de Mahogany. Nuestro nuevo carnicero —anunció.

Los trabajadores miraron a Kaufman. Se dibujó cierta deferencia en sus rostros al mirarle y la sensación le resultó placentera.

Kaufman alzó la mirada hacia la luz solar, que ahora se derramaba a su alrededor. Hizo una seña con la cabeza hacia arriba, con la que intentaba indicar que quería subir y salir a cielo abierto. El conductor asintió y le condujo por un tramo de escalones y a través de un callejón hasta salir a la calle.

Era un día hermoso. El brillante cielo sobre Nueva York estaba veteado con finos filamentos de nubes de color rosa claro, y el aire olía a mañana.

Las calles y avenidas estaban prácticamente vacías. A cierta distancia un taxi cruzó una intersección y su motor sonó cuino un susurro; un corredor pasó sudando por la otra acera de la calle.

Muy pronto estas mismas aceras desiertas se llenarían de gente. La ciudad seguiría con sus cosas, ignorante; sin saber jamás sobre lo que estaba fundada, o a quién le debía su existencia. Sin vacilar, Kaufman se arrodilló y besó el sucio asfalto con sus labios sangrientos, y juró silenciosamente lealtad eterna a su continuidad.

El Palacio de los Placeres recibió la adoración sin comentario alguno.

FIN

NOTAS

[1] SAWNEY BEAN. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] THE BLACK CAT. Traducido por por Mauro Armiño. <<

[1] THE MONKEY'S PAW. Traducido por Manuel Ortuño. <<

[1] HERBERT WEST, REANIMATOR. Traducido por José María Nebreda. <<

[2] Distinguised Service Order (Orden del Servicio Distinguido), condecoración militar establecida por la reina Victoria en 1886. (N. del T.) <<

[1] THE ELEPHANT MAN. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[2] *British Medical Journal*, diciembre de 1886 y abril de 1890. (N. del A.) <<

[3] Expresión del idioma francés que se empleó durante la Revolución Francesa para desigual a los antiguos nobles que habían perdido su condición aristocrática y su título. Equivale en español a ex, anterior o antiguo. (N. de la T.) <<

[1] THE ISLINGTON MYSTERY. Traducido por Juan Antonio Molina Foix. <<

[2] Se refiere al poema de Milton “Lycidas” (1637), elegía en forma de pastoral a la muerte de Edward King, un compañero de estudios del poeta en el Christ’s College de Cambridge. Véase “Johnson versus Milton” en *The Student: A Magazine of Theology, Literature and Science*, Vol. I, James Gilbert, Londres, 1844, págs. 348-349. (Notas del traductor). <<

[3] Canción inglesa, conocida también como “Sailor’s Epitaph”, compuesta por Thomas Dibdin (1740-1814) a la muerte en alta mar de su hermano mayor, que era capitán de un mercante dedicado al comercio en la India. Escrita en 1789, formaba parte de la serie de canciones propuestas por el gobierno británico para «mantener vivos los sentimientos patrióticos contra los franceses», que se consideraron responsables del alistamiento de miles de marineros. <<

[4] Novela histórica de George Eliot (Mary Ann Cross, 1819-1880), publicada por entregas en la *Cornhill Magazine* en 1863, que describe la vida en Florencia a finales del siglo XV. <<

[5] Novela de Charles Reade (1814-1884), publicada en 1861, que narra la vida de los padres de Erasmo de Rotterdam y está considerada la más importante novela histórica inglesa del siglo XIX. <<

[6] Proceso que apasionó a la Inglaterra victoriana en 1857. Madeleine Smith, hija mayor de una familia acomodada de Glasgow, que mantenía una relación clandestina con un ambicioso empleado de comercio francés, fue acusada de haberlo envenenado con arsénico para eliminar cualquier rastro de la misma y evitar un incipiente chantaje. La defensa adujo que el francés se habría envenenado a sí misino para culparla de su muerte por venganza. Madeleine fue absuelta por falta de pruebas y poco después emigró a Estados Unidos. En 1950 David Lean realizó una adaptación cinematográfica titulada *Madeleine*, protagonizada por Ann Todd e Ivan Desny. <<

[7] Novela de Mary Augusta Ward (1851-1920), publicada en 1888, que ahogaba por revitalizar el cristianismo acentuando su misión social y renunciando a su ingrediente milagroso. <<

[8] Danza ritual nocturna de los aborígenes de Australia para celebrar victorias tribales o acontecimientos similares. <<

[9] Joseph Grimaldi (1778-1837) fue un actor y bailarín londinense muy popular durante la Regencia [entre 1811 y 1820, cuando el Príncipe de Gales, futuro Jorge IV, gobernaba Gran Bretaña por inhabilitación permanente de su padre Jorge III], que fusionó el bufón y la comedia del arte en su personaje del *clown*, con el rostro pintado de blanco, aditamento que todavía se utiliza en todo el mundo así corno en su país se le sigue llamando por su apodo "Joey". La anécdota la cuenta el propio Machen en "The Man with the Silver Staff", incluido en *Dreads and Drolls* (Martin Secker, Londres, 1926). <<

[10] Perpendicular es una fase del gótico inglés, desde mediados del siglo XIV al XVI, que se caracteriza por el predominio absoluto del vano, concebido lineal y perpendicularmente.

La ojiva de tercio punto es un arco apuntado en el que los centros de las porciones de circunferencia que lo forman se encuentran en los arranques. <<

[11] Técnica popular de taracea de los siglos XVII y XVIII, aunque en Italia ya se hacía en el siglo X. El nómbrele viene por el ebanista francés André Charles Boulle (1642-1732), cuyos muebles combinaban piezas de bronce dorado y burilado con piezas de tortuga e incluso materiales preciosos como el marfil, las piedras preciosas, la madreperla y los bronces de exquisita factura. <<

[12] Machen se refiere a la poco agraciada noble alemana Carolina de Brunswick, Duquesa de Brunswick-Wolfenbüttel (1768-1821), cuyo matrimonio con el príncipe de Gales, futuro rey Jorge IV, fue un desastre desde el principio, pese a la enorme popularidad y simpatía que ella despertó entre el pueblo británico. Su azarosa vida sentimental le granjeó el vacío de la alta sociedad británica, que la forzó a abandonar la isla. Cuando estaban a punto de divorciarse, murió el rey Jorge III y le sucedió su hijo Jorge IV, pero Carolina, que había regresado a Londres para su coronación, no pudo asistir porque le negaron la entrada a la Abadía de Westminster. Diecinueve días después falleció y fue enterrada en su ciudad natal. En su lápida se puede leer: "Carolina, la agraviada reina de Inglaterra". <<

[13] Al ebanista y diseñador inglés Thomas Sheraton (1751-1806) se le atribuye un estilo propio de carácter neoclásico, muy importante para la evolución del llamado estilo Regency. Sencillo y sobrio, prescinde de los adornos, introduce el mimbre y permite una fabricación más racional de los muebles. <<

[14] Joseph Butler (1692-1752), teólogo anglicano que fue obispo de Bristol y después de Durham. Autor de *Analogy of Religion, Natural and Revealed, to the Constitution and Course of Nature* (1736), en la que defiende al cristianismo contra los ataques de los deístas. <<

[1] THE PLAGUE OF THE LIVING DEAD. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] IMOMUSHI. Traducido por Daniel Aguilar. Traducción cedida por editorial Satori. <<

[2] En japonés, *aodaisho* («general azul»). La *Elaphe climacophora*, serpiente cazadora de la familia de los colúbridos, es bastante grande aunque no venenosa. (N. del T.) <<

[3] El *tokonoma* es una parte de la habitación compuesta por una tabla de madera elevada unos centímetros sobre el suelo y dispuesta paralelamente a uno de los lados de la pared. Sobre ella pende una sección de pared, de manera que parece una diminuta habitación separada del resto. Sobre la tabla de madera suelen colocarse adornos florales o piezas decorativas. (N. del T.) <<

[4] El texto no lo deja claro, pero posiblemente se refiera a las necesidades fisiológicas. (N. del T.) <<

[5] La expresión japonesa *naichi* («el interior») se aplicaba a las islas centrales del Japón (Honshu, Shikoku y Kyushu), en contraposición a lo que podían considerarse nuevos territorios, como Hokkaido, Okinawa, Taiwán y las posesiones en China o Manchuria. Todavía hoy es posible encontrar personas que utilizan este término. (N. del T) <<

[6] Alguna de las ediciones que he manejado me ha dado la impresión de que originalmente había aquí algunas líneas más que pueden haber sido censuradas. (N. del T.) <<

[1] THE VAULTS OF YOH-VOMBIS. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] FROM BEYOND. Traducido por José María Nebreda. <<

[1] WHO GOES THERE? Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] BLACK DESTROYER. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] THE SKULL OF MARQUIS DE SADE. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] NIGTMARE, AT 20.0000 FEET. Traducido por Santiago García. <<

[1] DON'T LOOK NOW. Traducido por Marta Lila Murillo. <<

[1] MIDNIGHT MEAT TRAIN. Traducido por Marta Lila Murillo. <<